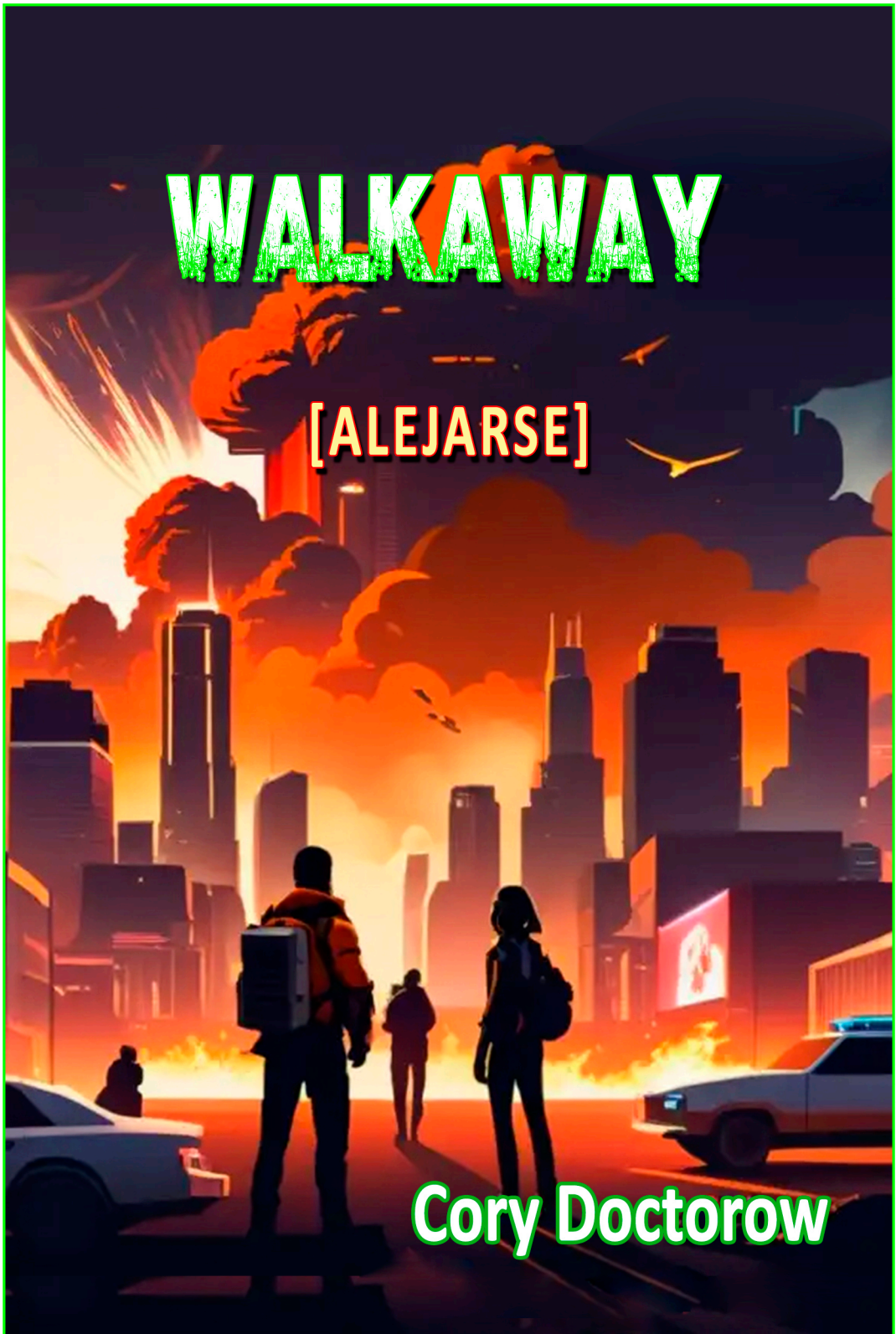


WALKAWAY

[ALEJARSE]

Cory Doctorow



*Dicen que el bueno de Karl dio con el diagnóstico correcto,
pero con la receta equivocada...*

*Leía clásicos: Bakunin, Illich y Luxemburgo,
y otros anarquistas muertos.*

Fascinante, conmovedor y recorrido por un humor negro, Walkaway es un thriller de ciencia ficción multigeneracional sobre los desgarradores cambios de los próximos cien años... y las personas muy humanas que vivirán sus consecuencias.

Lo que nos narra la novela es el cambio. Aún existe el capitalismo, regido como en nuestros días, por lo que la psicología social y la sociología, definen como psicópatas y sociópatas, es decir, aquellos de entre nosotros que no poseen prácticamente empatía y por tanto con sus menores escrúpulos, son capaces de hacerse con los mecanismos del poder institucionalizado para gobernar al resto.

Pero algo está cambiando, cada vez más; muchos hacen “walkaway”, se alejan del Sistema, como otrora los descontentos, desertaban del ejército o se fugaban de las cárceles, y a la manera de Landauer, están buscando un modelo de sociedad que intenta deshacerse de la dominación institucionalizada estableciendo otras relaciones, comportándose con los demás de otra manera, e instituyendo entre ellos vínculos no jerárquicos.

cory doctorow

"A wonderful novel: everything we've
come to expect from Cory Doctorow
and more." —William Gibson

NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR OF *LITTLE BROTHER*



walkaway

Cory Doctorow

WALKAWAY

[Alejarse]

Título original: *Walkaway*

2018

Cory Doctorow

Traducción: Enrique Maldonado Roldán

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

I. Fiesta comunista

II. Os encontráis en una taberna

III. Despegue

IV. En ningún sitio como en casa

V. Fase de transición

VI. Los siguientes días de una nación mejor

VII. El dilema del prisionero

Epílogo. Una nación mejor aún

Agradecimientos

Acerca del autor

I. FIESTA COMUNISTA

[I. i]

Hubert Vernon Rudolph Clayton Irving Wilson Alva Anton Jeff Harley Timothy Curtis Cleveland Cecil Ollie Edmund Eli Wiley Marvin Ellis Espinoza era demasiado mayor para estar en una fiesta comunista. A sus veintisiete años, superaba en siete al siguiente parrandero de más edad. Notaba la brecha generacional. Quería esconderse detrás de una de las enormes y mugrientas máquinas repartidas por la fábrica en ruinas. Cualquier cosa con tal de escapar de las miradas directas y rotundas de aquellos hermosos críos de todos los tamaños y tonalidades incapaces de entender qué hacía un hombre mayor curioseando por allí.

—Vámonos —le dijo a Seth, que era el que lo había arrastrado a la fiesta.

A Seth le aterrorizaba dejar atrás el grupo de edad de los hermosos críos y entrar en el mundo de la falta de trabajo. Tenía instinto para encontrar lo más estrafalario, vanguardista y transgresor que sucediera entre aquellos niños que cada vez se veían más pequeños en el espejo retrovisor. Hubert, etc., Espinoza seguía pasando tiempo con Seth porque parte del empeño de este en no dejar escapar la infancia consistía en no dejar atrás a los amigos de la infancia. Seth insistía mucho en esto. Y Hubert, etc., era fácil de convencer.

—La cosa está a punto de ponerse seria —dijo Seth—. ¿Por qué no vas a por unas cervezas?

Eso era precisamente lo que Hubert, etc., no quería hacer. La cerveza estaba donde se congregaban los adolescentes más desenfadados, alegres y peculiares como peces tropicales. Cada cual más élfico y dramático. Hubert, etc., recordaba aquella edad, la certeza de que el mundo estaba tan hecho polvo que solo un idiota se dignaría a reconocer el desastre o su inevitabilidad. Hubert, etc., a menudo se enfrentaba a su reflejo en la pantalla del baño: miraba fijamente sus ojos anidados entre bolsas amoratadas y recordaba haber sido alguien que se pasaba hasta el último minuto negando la legitimidad de un mundo en el que ahora estaba enredado. Hubert, etc., no podía engañarse

ignorando lo que ya sabía. Cualquiera por debajo de la veintena lo detectaría de inmediato.

—¡Venga, tío, vamos! —insistió Seth—. He sido yo el que te ha colado en la fiesta. Es lo menos que puedes hacer.

Hubert, etc., no dijo lo que resultaba obvio: que, para empezar, él no había querido ir a la fiesta, y, para continuar, no quería cerveza. Había montones de sitios sin sentido a los que podía conducir una discusión con Seth. Llevaba la careta de Peter Pan, listo para el jijijí pero en serio hasta agotarte, y Hubert, etc., ya había empezado la noche agotado.

—No llevo dinero —se defendió Hubert, etc.

Seth lo miró de arriba abajo.

—Ah, claro —se corrigió Hubert, etc.—. Fiesta comunista.

Seth le pasó dos vasos rojos desechables. El color, sin duda, no era casual.

Hubert, etc., puso rumbo a los grifos —pegados a una pieza vertical de acero laminado (que salía del suelo y trepaba hasta las vigas) tatuada de códigos de barras a cuadros (nivel de seguridad amarillo), manchas termodinámicas y las luces en danza del DJ— y trató de adivinar cuál de los hermosos críos era camarero, jefe o comisario político. Nadie se movió para ayudarlo ni para

cerrarle el paso, si bien tres de los críos lo miraban con expresiones vehementes.

Los tres iban disfrazados con unas gafas de las que colgaban enormes barbas pobladas que transmitían una amenaza surrealista, como los vídeos con sintetizador de voz. Las barbas estaban teñidas con colores brillantes, y una de ellas llevaba algo (¿alambre?) que hacía que se retorciera como si tuviera tentáculos.

Hubert, etc., llenó con torpeza un vaso. Una chica, que formaba parte del grupo barbado, se lo sostuvo mientras llenaba el otro. La cerveza estaba incandescente, o tal vez fuera bioluminiscente, y Hubert, etc., se preguntó con preocupación qué tendrían aquellos microbios transgénicos milagrosos que les permitía convertir el agua en cerveza, pero la chica lo miraba desde el otro lado de aquellas gafas de broma con una expresión impenetrable entre las parpadeantes luces de baile. Hubert, etc., bebió.

—No está mal. —Hubert, etc., eructó. Y volvió a eructar—. Demasiado gas, ¿no?

—Porque es de acción rápida. Era agua estancada hace una hora. La filtramos, la dejamos a temperatura ambiente y le ponemos los fermentos. Además, está viva: si le añades algún precursor, la tienes de vuelta. Sobrevive en la orina. Guarda un poco, vas a querer preparar más.

—¿Cerveza comunista?

Aquel fue el comentario más ingenioso que se le ocurrió a Hubert, etc. Se le daba mejor cuando tenía tiempo para pensar.

—*Nasdrovia*.

La chica brindó y vació el vaso. Cuando terminó, dejó escapar un eructo que le sacudió la caja torácica. Se dio un golpe en el pecho, que hizo brotar otros eructos pequeños, y rellenó el vaso.

—Si sale con la orina —dijo Hubert, etc.—, ¿qué pasa si alguien vierte el precursor a las alcantarillas? ¿Corren ríos de cerveza?

La respuesta fue una mirada de desprecio adolescente.

—Eso sería estúpido. Una vez diluida, es incapaz de metabolizar el precursor. Tiras de la cadena y no es más que pis. Los bichos mueren en una hora o dos, así que una letrina no se va a convertir en una reserva de amenazas existenciales eternas para el suministro de agua. No es más que cerveza. —Eructo—. Cerveza con mucho gas.

Hubert, etc., dio otro sorbo. Era realmente buena. No sabía nada a meados.

—Toda la cerveza es alquilada, ¿verdad?

—La mayoría de la cerveza es alquilada. Esta es gratis. Cerveza gratis, sin más. —La chica se bebió medio vaso y se le derramó en la barba. La cerveza goteó sobre la arrugada ropa de refugiada—. Tú no vienes a muchas fiestas comunistas...

Hubert, etc., se encogió de hombros.

—Pues no —contestó—. Soy viejo y aburrido. Hace ocho años no nos dedicábamos a esto.

—¿Y a qué se dedicaban ustedes, abueletes?

La chica no lo dijo con maldad, pero a sus dos amigos —una chica con la misma tez que Seth y un chico con hermosos ojos de gato— se les escapó una risita.

—¡A soñar con tener trabajo en los zepelines! —exclamó Seth, que llegó y abrazó por el cuello a Hubert, etc.—. Soy Seth, por cierto. Este es Hubert, etc.

—¿Etcétera?

La pregunta de la chica vino acompañada solo de una ligera sonrisa. A Hubert, etc., le gustaba aquella chica. Pensó que, en el fondo, probablemente sería simpática, que probablemente no creyera que era un zumbado solo por tener unos cuantos años más y no haber oído hablar de su tipo favorito de cerveza sintética. Hubert, etc., sabía que esta idea suya la impulsaba una teoría de la humanidad que

establecía que la mayoría de la gente es buena, pero también provenía de una horrible y opresiva soledad y de estar caliente sin un objetivo concreto. Hubert, etc., era inteligente, lo que no siempre resultaba fácil, y ejercía un control moderado sobre su psique que le dificultaba engañarse con sus propias estupideces.

—Cuéntaselo, colega —dijo Seth—. Venga, es una gran historia.

—No es una gran historia —respondió Hubert, etc.—. Mis padres me pusieron un montón de nombres, ya está.

—¿Cuántos son un montón?

—Veinte. Los veinte nombres más repetidos en el censo de 1890.

—Eso son solo diecinueve —respondió la chica rápidamente—: un nombre de pila y diecinueve complementos.

Seth se echó a reír como si aquello fuera lo más divertido que hubiera oído nunca. Incluso Hubert, etc., sonrió.

—La mayoría de la gente no capta eso. Técnicamente tengo un nombre propio y diecinueve complementos.

—¿Por qué te pusieron tus padres un nombre así? —preguntó la chica—. Además, ¿estás seguro de que son

diecinueve complementos? Lo mismo tienes diez nombres propios y diez complementos.

—Creo que es difícil defender lo de los diez nombres propios, el primero tiene una posición que no ocupan los otros. Las Mary Ann y los Jean Marc y demás funcionan en realidad como uno solo.

—Bien visto —dijo la chica—. Aunque, bueno, si Mary Ann lo consideramos nombre propio en su conjunto, ¿por qué no Mary Ann Tanya Jessie Locura Total Pota Verde, etcétera?

—Mis padres estarían de acuerdo contigo. Estaban proclamando su posición con respecto a los nombres, después de que Anonymous pusiera en marcha su política de nombres reales. Los dos habían sido muy activos, habían trabajado para convertirlo en un partido político, por lo que tenían un cabreo de tres pares de cojones. Era evidente que si eran «anónimos» no podían tener una «política de nombres reales». Decidieron ponerle a su hijo un nombre único que nunca cuadrara con ninguna base de datos y le concediera así el derecho legal a utilizar un puñado de nombres diferentes... Cuando llegué a entender todo eso ya me había acostumbrado a «Hubert», y con ese sigo.

Seth le quitó el vaso de cerveza a Hubert, le dio unos tragos y eructó.

—Yo siempre te he llamado Hubert, etc., la verdad. Está guay y es más fácil de decir.

—Como quieras.

—Bueno, pero sigue, ¿vale?

—¿Con qué? —preguntó Hubert, etc., a pesar de que sabía la respuesta.

—Con los nombres. Tienes que oír esto.

—No tienes por qué decirlos —intervino la chica.

—Sí que tengo, supongo, de lo contrario vas a empezar a darle vueltas. —Hubert, etc., ya lo tenía asumido. Era parte de lo que significaba crecer—. Hubert Vernon Rudolph Clayton Irving Wilson Alva Anton Jeff Harley Timothy Curtis Cleveland Cecil Ollie Edmund Eli Wiley Marvin Ellis Espinoza.

La chica ladeó la cabeza y asintió:

—Necesita más Locura Total.

—Seguro que se metían contigo sin parar en la escuela, ¿a que sí? —dijo Seth.

El comentario cabreó a Hubert, etc. Era estúpido. Y era una estupidez repetida sin parar.

—¡Venga ya!, ¿en serio? ¿Tú te crees que de lo que se ríen los niños es de los nombres? ¿De los nombres? La flecha causal señala en dirección contraria. Si los niños se están burlando de tu nombre es porque no eres popular: tu nombre no te hace impopular. Si el niño más molón de la escuela se llamara Frank Einstein, lo llamarían Frankie. Si la loca de la escuela se llamara Lisa Brown, la llamarían Planchamierda.

Hubert, etc., a punto estuvo de decir: «De verdad, no seas capullo», pero no lo dijo. Estaba decidido a ser adulto. Seth no prestaba atención a la posibilidad de estar siendo un capullo.

—¿Y tú? ¿Cómo te llamas? —preguntó Seth a la chica.

—Lisa Brown —respondió ella.

Hubert, etc., soltó una risita.

—¿En serio?

—No.

Seth esperó a ver si la chica decía un nombre, pero terminó por encogerse de hombros y dijo:

—Yo soy Seth.

Se dirigió entonces a sus amigos, que se habían acercado un poco más. Uno de ellos le dio un elaborado apretón de manos, al que Seth respondió fingiendo un entusiasmo completamente natural que Hubert, etc., envidió sin que por ello dejara de avergonzarlo.

La música electrónica subió de volumen. Seth rellenó el vaso de Hubert, etc., y se lo llevó a la pista de baile. Hubert era el único sin vaso. La chica rellenó el suyo y se lo pasó.

—Buena mierda —gritó, con el aliento acariciando la mejilla de Hubert.

La música estaba realmente alta, era un *mix* automatizado vinculado a una aplicación de DJ que utilizaba tecnología líder y de mapeo térmico para analizar la respuesta del público a las mezclas musicales y optimizarlas con el fin de conseguir que todo el mundo saliera a la pista. Ya existía cuando Hubert, etc., era lo bastante joven para salir a bailar. La llamaban Regla 34 —por todas las combinaciones posibles—, pero entonces era algo hortera. Ahora era lo último.

—Sabe un poco más a lúpulo de la cuenta, eso sí.

—No es lúpulo, son las enzimas. Lo que lleva ayuda a descomponer la cerveza, impide que se convierta en formaldehído en la sangre. Va bien para reducir las resacas. Son turcas.

—¿Turcas?

—Bueno, medio turcas. Las sacaron los refugiados de Siria. Tienen un laboratorio. Se llama Gezi. Si te interesa, puedo mandarte cosas.

¿Estaba ligando con él? Ocho años antes, darle a alguien tu información de contacto era una invitación. Quizá hubieran entrado en una época de gestión más promiscua de los nombres y los espacios, pero de normas sociosexuales menos promiscuas. Hubert, etc., deseó haber echado un vistazo a algún resumen de sociología de los veinteañeros del momento. Frotó la interfaz en forma de tira del dedo anular, murmuró «información de contacto» y extendió la mano. La de la chica estaba caliente y áspera, era pequeña. Ella tocó una banda que llevaba de gargantilla y susurró algo. Hubert, etc., notó el zumbido de confirmación de su sistema y después un doble zumbido que significaba que ella había respondido.

—Ya me puedes meter en tu lista de confianza.

Hubert, etc., pensó que tal vez aquella chica estuviera tan acostumbrada a compartir datos personales con tanta gente que debería preocuparse por el correo basura o...

—Tú no has estado nunca en una de estas, ¿verdad? —dijo ella acercando la cara hasta su misma oreja otra vez.

—No —respondió Hubert, etc., a gritos.

El pelo de la chica olía a rueda quemada y regaliz.

—Te va a encantar. Venga, vamos a meternos más, van a empezar ya mismo.

La chica lo cogió de la mano de nuevo y, cuando los callos rasparon su piel, Hubert, etc., sintió otro zumbido. Era endógeno, no provenía de ninguna interfaz.

Evitaron a los danzantes dando un rodeo, pateando hojas y rachas de polvo que se arremolinaban iluminadas por las luces. Había motas relucientes que hacían que el aire pareciera cargado de brillantina. Hubert, etc., vio a Seth, que le devolvió la mirada y captó la escena: la chica, las manos, la excursión por zonas oscuras para beneficiarse de la privacidad... Su expresión se contrajo con una envidia superficial antes de transformarla en una mirada lasciva de colega a la que añadió un pulgar levantado. La música automática retumbaba, cantopop y rumba que la Regla 34 sacaba a toda mecha de su paseo aleatorio por el espacio musical.

—Aquí va bien —dijo la chica cuando se subieron a una pasarela suspendida.

La áspera escalera de servicio manchó de óxido las manos de Hubert, etc. Podían oírse el uno al otro por encima del estruendo de la música. Hubert, etc., era muy consciente de su propia respiración y de su pulso.

—No pierdas aquello de vista.

La chica señalaba una máquina que estaba en un lateral. Hubert, etc., entrecerró los ojos y vio a los amigos de la chica moviéndose alrededor del aparato.

—Hacen muebles —le explicó la chica—, sobre todo estanterías. Había una tonelada de material en el almacén.

—¿Has ayudado tú a montar todo esto? —preguntó Hubert, etc., moviendo el brazo para abarcar toda la fábrica y a los participantes en la fiesta.

La chica se llevó un dedo a la nariz de goma pegada a las gafas y guiñó despacio un ojo.

—El Sóviet Supremo.

La chica manipuló el lateral de las gafas y Hubert, etc., pudo ver un centelleo cuando la imagen aumentada, con falso color y estabilización, apareció en los cristales.

—Lo tienen —dijo ella.

La música se interrumpió en mitad de una nota.

Un ruido sordo en la estructura de la fábrica hizo temblar la pasarela. Los que ocupaban la pista de baile miraron a su alrededor buscando de dónde provenía y la atención se fue concentrando en oleadas en un único punto, a medida que

unos ojos seguían la orientación de otros y enfocaban la máquina, que se movía sacudiendo polvo que las luces de baile ensartaban iluminando más motas. Apareció un nuevo olor, como a madera, lleno de peligrosas sustancias volátiles que brotaban de los diferentes elementos de la máquina conforme se iluminaba de vuelta a la vida. El silencio en la planta se rompió cuando la primera plancha de material compuesto cayó en la base de ensamblaje, manipulada por miles de dedos minúsculos que corregían su alineamiento justo cuando caía la siguiente plancha. Empezaron a caer en intervalos regulares, una sucesión de tablones celulósicos finos, fuertes y flexibles, unidos velozmente con travesaños, también empujados hasta su posición para alinear las juntas de carpintería que encajaban con un clic. Los infinitesimales dedos levantaron la cuadrícula, la desplazaron por la línea y una nueva cuadrícula quedó ensamblada con la misma velocidad. Entonces las emparejaron y unieron una a la otra.

Más cuadrículas y luego un lazo de tejido de sujeción que fue lanzado, atrapado y cinchado en torno a la estructura. Con esto, la pieza completada fue arrojada a un lado. Otra la seguía a un minuto de distancia en la línea de montaje. Una de las danzantes se acercó sin prisa a la línea de montaje y levantó la pieza acabada con facilidad, la llevó con una mano a la pista de baile y abrió la sujeción con un cuchillo que brillaba con las luces de discoteca. El somier —eso era aquello— quedó instalado con un clic-clac, boquiabierto, listo para un colchón. La bailarina se subió a la cuadrícula de

listones y empezó a saltar arriba y abajo. Era tan flexible como un trampolín. Poco después la bailarina desplegó las cuatro extremidades en el aire, cayó de culo en los listones y volvió al aire, donde hizo hasta un mortal.

En la pasarela, la chica se recostó y se pasó un dedo por la barba.

—Buen material.

Hubert, etc., estaba seguro de que la chica sonreía.

—Ese somier está guay. —No se le ocurrió nada mejor que decir.

—Uno de los mejores —respondió ella—. Tenían un millón de líneas de producción rentables, pero los mejores eran los somieres. Les iba de lujo con los hoteles, porque son prácticamente indestructibles y pesan lo que una pluma.

—¿Por qué no los fabrican ya?

—No, sí que los fabrican. Muji cerró la fábrica y se mudó a Alberta hace seis meses. Consiguieron una subvención enorme por trasladarse... Ontario no podía igualar la oferta. Solo llevaban aquí un par de años, apenas empleaban a veinte personas en total y los dos años de exenciones fiscales se estaban acabando. Esto lleva vacío desde entonces. Podemos fabricar la línea entera desde aquí, todos los muebles de Muji, incluidas las cosas de marca

blanca que hacen para Nestlé, Standard & Poors y Moët & Chandon. Sillas, mesas, estanterías... En Orangeville hay una planta de materiales vacía a la que vamos a ir para la próxima fiesta, materia prima para la cadena de producción. Si no nos pillan, podemos hacer suficiente mobiliario para un par de miles de familias.

—¿No los cobráis ni nada?

Una larga mirada en silencio.

—Esto es una fiesta comunista, ¿se te ha olvidado?

—Vale, pero ¿cómo coméis y eso?

La chica se encogió de hombros.

—Aquí y allá. Esto y aquello. La amabilidad de los desconocidos.

—Entonces, ¿la gente os trae comida y vosotros les dais estas cosas?

—No —respondió la chica—. No es un trueque. Esto son regalos, economía del don. Todo se entrega libremente, sin esperar nada a cambio.

Era el turno de Hubert, etc.:

—¿Con qué frecuencia recibís un regalo en el mismo momento, o casi, que entregáis una de estas cosas? ¿Quién no se presenta con algo que dar cuando se lleva algo?

—Por supuesto. Es difícil sacar a la gente de la costumbre del *quid pro quo* propia de la escasez. Pero no tienen que traer nada. Nada. ¿Tú qué? ¿Has traído algo esta noche?

Hubert, etc., se palpó los bolsillos.

—Tengo un par de millones de pavos en la cartera, poca cosa.

—No te la saques. El dinero sí que no lo aceptamos. Mi madre siempre decía que el dinero era el regalo más asqueroso. Por aquí, al que intenta dar o conseguir dinero lo echamos a la calle con una patada en el culo. Y no hay segunda oportunidad.

—En los pantalones se queda.

—Buena idea. —La chica fue lo bastante amable para pasar por alto el doble sentido que había hecho que Hubert, etc., se sonrojara—. Por cierto, me llamo Graciosita Roja.

—Y yo que pensaba que mis padres estaban pillados...

La barba se sacudió de manera indescifrable.

—El nombre no me lo pusieron mis padres —aclaró la chica—. Es mi nombre comunista.

—Como Trotski. Se llamaba Lev Dávídovich. Hice una unidad independiente de historia sobre el bolchevismo en el penúltimo año de instituto. Esto es mucho más interesante.

—Dicen que el bueno de Karl dio con el diagnóstico correcto, pero con la receta equivocada —dijo la chica encogiéndose de hombros—. Hacer del comunismo una fiesta supone una diferencia. Todavía no tenemos conclusiones. Probablemente implosionemos. Eso os pasó a vosotros, ¿no? Con los zepelines, digo.

—Explotan, los zepelines explotan.

—Ja. Ja. Ja.

—Perdón. —Hubert, etc., sacó las piernas y se apoyó en una barandilla que chirrió y luego mantuvo su posición. Se dio cuenta de que la barra metálica podría haber cedido, con lo que él se habría precipitado desde una altura de diez metros contra el suelo de hormigón—. Pero sí, los zepelines no funcionaron.

Sobre el papel tenían todo el sentido del mundo. Estaban todas aquellas personas que tenían tiempo de sobra, poco efectivo y amigos por todo el mundo. Los zepelines eran baratísimos si no te importaba dónde ni a qué velocidad ibas. Nacieron cientos de *startups* con todo un discurso

sobre un transporte apropiado para el medio ambiente y la «nueva era de la aviación». A pesar de la retórica, sobrevolaba la inevitable sensación de que aquello era una nueva fiebre del oro, un juego de las sillas que terminaría con unos pocos seres afortunados descansando sobre suficiente dinero para dejar de fingir que les importaba cualquier tipo de aviación que no fuera la que incluía champán y un antifaz templado después de despegar. Mucho dinero empapaba todo aquello, muchas declaraciones de los gobiernos sobre el fomento del talento local y la nueva realidad industrial. Los discursos iban acompañados de reducciones fiscales inmensas para I+D y más pasta de inversores.

Transcurridos tres años —en los que Hubert, etc., y cuantos conocía dejaron todo para pelearse por echar a volar enormes puros flotantes—, la cosa saltó por los aires. Apenas unos años más tarde era algo retrochic. Hubert, etc., había visto una «*suite* confort original de un zepelín Mark II» en un vídeo sobre decoración a la ultimísima moda. Un juego de muebles de dormitorio volante concienzudamente restaurados y recompuestos para dos personas ricas y estáticas, no para decenas de vagabundos aéreos. Hubert, etc., había pasado tres meses en una cooperativa que estaba produciendo el mobiliario, listo para introducirlo en las cabinas aeronáuticas. Se suponía que todo aquel esfuerzo le daría derecho a una determinada cantidad de tiempo al año en el cielo a bordo de cualquier nave que llevara un producto

de la cooperativa, revoloteando según soplara el viento hacia cualquier lugar.

—No es tu culpa. Está en la naturaleza de la bestia creer en burbujas y pensar que es posible abrirse paso con el emprendimiento.

La chica se quitó la barba y las gafas. Tenía cara de diablilla, con montones de señales brillantes de sudor y marcas hundidas donde habían estado apoyadas las pesadas gafas. Se secó el sudor con los faldones de la camisa, lo que permitió a Hubert, etc., echar un vistazo a su pálida barriga, que decoraba un lunar al lado del ombligo.

—¿Y tú y los tuyos? —preguntó Hubert, etc., que quería más cerveza y cayó en la cuenta de que necesitaba mear, pero no sabía si debería aguantarse para producir más.

—No vamos a abrírnos camino con el emprendimiento ni nada parecido. Esto no es emprender.

—También se ha intentado lo de no emprender, holgazanear no te lleva a ninguna parte.

—No se trata de emprender o no emprender. No somos emprendedores en el mismo sentido en que el béisbol no es las tres en raya. Estamos jugando a un juego diferente.

—¿Y es?

—Posecasez —respondió la chica con una solemnidad casi religiosa.

Hubert, etc., no debió de ser capaz de mantener una expresión neutra, porque la chica pareció enfadada.

—Perdón.

Era de los que se disculpaban por naturaleza. Una vez, un compañero de piso hizo una serie de lápidas de cartón para Halloween que colgó como banderitas de los armarios de la cocina. La de Hubert, etc., decía: «Perdón».

—Déjate de perdones. Mira todo esto, Etcétera. Sobre el papel, este sitio no sirve para nada, las cosas que salen de esta línea de producción tienen que ser destruidas. Es una violación de una marca registrada. A pesar de que venga de una línea de producción oficial de Muji y utilice materiales de Muji, no tiene licencia de Muji, por lo que esa configuración de celulosa y pegamento es delito. Algo así es tan claramente una puta mierda que cualquiera que le preste atención está jugando al juego equivocado y no merece consideración. Quien diga que el mundo es un lugar mejor dejando que este edificio se pudra...

—No creo que el razonamiento sea ese —la interrumpió Hubert, etc., que tiempo atrás había tenido muchas discusiones de este tipo. No era un joven vanguardista, pero esto lo entendía—. La idea es que decirle a la gente lo que

puede hacer con sus cosas produce peores resultados que dejar que hagan estupideces y que el mercado distinga las buenas ideas de las...

—¿A ti te parece que alguien cree en eso todavía? ¿Tú sabes por qué la gente que necesita muebles no se limita a reventar la puerta de este sitio? No es por defender la ortodoxia del mercado.

—Por supuesto que no. Es miedo.

—Y llevan razón al tener miedo. En este mundo, si no tienes éxito, eres un fracasado. Si no estás en lo alto, estás abajo. Si estás en medio, estás colgando de la punta de los dedos con la esperanza de conseguir un agarre mejor antes de que te abandonen las fuerzas. Todo el que está aguantando ahí tiene demasiado miedo para soltarse. Todo el que está abajo está demasiado agotado para intentarlo. ¿Y la gente de arriba? Esos son los que dependen de que las cosas sigan como están.

—Entonces, ¿cómo llamas a tu filosofía? ¿Posmiedo?

—Da igual. —La chica se encogió de hombros—. Tiene montones de nombres. Ninguno que importe. Eso es lo que me importa: eso.

La chica señaló los somieres y la pista de baile. Había otra línea de máquinas conectada, y los juegos de sillas y mesas plegables se amontonaban.

—¿Y «comunismo»?

—¿Qué pasa con eso?

—Es una etiqueta con mucha historia. Podríais ser comunistas.

La chica agitó la barba delante de los ojos de Hubert, etc.

—Fiesta comunista, fiesta. Eso no nos hace «comunistas» más de lo que organizar una fiesta de cumpleaños nos hace «cumpleañistas». El comunismo es algo interesante que hacer, no algo que yo quiera ser nunca.

Se oyó la escalera y la pasarela empezó a temblar como un diapasón. Se asomaban al borde cuando la cabeza de Seth apareció delante de sus ojos.

—¡Hola, tortolitos!

Estaba cariñoso y nervioso, puesto de algo interesante. Hubert, etc., lo agarró antes de que pudiera precipitarse por encima de la barandilla. Otra persona asomó la cabeza, el miembro del trío barbado que estaba en el grifo de la cerveza.

—¡Eh, eh, eh!

También parecía colocado, pero Hubert, etc., no estaba del todo seguro.

—Este es el tipo —dijo Seth—, el de los nombres.

—¡Tú eres Etcétera! —estalló el recién llegado, que abrió los brazos como si fuera a saludar a un hermano perdido—. Yo soy Billiam.

Billiam le dio a Hubert, etc., un prolongado abrazo de borracho. Hubert, etc., había salido con chicos, estaba abierto a la idea, pero Billiam —excepto por sus hermosos ojos ligeramente caídos— no era su tipo y, de todos modos, estaba demasiado puesto para valorarlo siquiera. Hubert, etc., se lo quitó de encima con esfuerzo y algo de ayuda de la chica.

—Billiam —dijo ella—, ¿qué habéis estado haciendo?

Billiam y Seth se miraron fijamente y estallaron en una risa histérica.

La chica le dio a Billiam un empujón festivo que hizo que terminara despatarrado y con un pie colgando fuera de la pasarela.

—Meta —concluyó la chica—. O algo parecido.

Hubert, etc., había oído hablar del meta. Te proporcionaba un distanciamiento irónico: un subidón muy del momento que vivían. Los conspiranoicos pensaban que era demasiado *zeitgeist* para ser una coincidencia, decían que lo distribuían para ablandar a la población frente a su

miserable situación. En tiempos de Hubert, etc. —ocho años antes—, la plaga se llamaba «ahora», algo que daban a los auditores de código fuente y a los pilotos de drones para garantizarles una concentración robótica. Hubert, etc., se había tomado una tonelada mientras trabajaba en los zepelines. Hacía que se sintiera como un androide feliz. Los conspiranoicos habían dicho del ahora lo mismo que decían del meta. Al fin y al cabo, cualquier cosa que te hiciera repudiar la realidad objetiva y darle valor a algún tipo de estado mental interno ayudaba a facilitar la supervivencia y el sostenimiento del *statu quo*.

—¿Como te llamas?

—¿Importa? —respondió ella.

—Me está volviendo loco —reconoció Hubert, etc.

—Lo tienes en tus contactos.

Hubert, etc., echó la cabeza hacia atrás. Claro. Pasó un dedo por la interfaz de la manga y la manipuló un momento.

—¿Natalie Redwater? ¿Como los auténticos Redwater?

—Hay montones de Redwater —respondió ella—. Somos de ellos. Pero no de los que tú estás pensando.

—Pero están cerca —dijo Billiam desde su mundo irónico, horizontal, colocado—. ¿Primos?

—Primos.

Hubert, etc., se esforzó para evitar que palabras como «pastafari» y «pijipi» se abrieran paso en su cabeza. Probablemente no lo consiguió. La chica no parecía feliz de que su nombre hubiera salido a la luz.

—¿Primos en plan «la familia pobre del pueblo» — preguntó Seth desde su posición fetal— o primos en plan «nos dejan utilizar el avión pequeño»?

Hubert, etc., se sentía mal, y no solo porque le gustara la chica. Había conocido a gente con privilegios desde la cuna, montones en el entorno de los zepelines, y podían ser personas agradables cuyas características más destacadas iban más allá de los privilegios inmerecidos. Seth, normalmente, no se habría comportado como un capullo con este tipo de cosas (eran precisamente el tipo de cosas con las que no era un capullo), pero estaba colocado.

—Primos en plan «lo bastante para preocuparse por un secuestro» y «no lo suficiente para pagar el rescate» — respondió ella con la cara de quien repite una frase ya gastada por el uso.

La llegada de los dos chicos colocados acabó con la magia de la noche. A sus pies, las máquinas encontraron un ritmo continuo y la Regla 34 saltó otra vez, mezclando *witch house* y nuevo romántico, sincronizándose

automáticamente con el pulso de las máquinas. No estaba consiguiendo sacar a muchos bailarines, pero unos cuantos entregados seguían ahí, hermosos y en movimiento. Hubert, etc., los miraba con atención.

Tres cosas pasaron entonces: la música cambió (*psychobilly* y *dubstep*); Hubert, etc., abrió la boca para decir algo; y Billiam señaló al techo y gritó con una risa tonta y cantarina:

—¡Reeeedaaaada!

Siguieron la dirección que indicaba el dedo y vieron la bandada de drones despegarse del techo, replegar las alas y lanzarse en picado con un aullido. Natalie se volvió a colocar la barba y Billiam se aseguró de que la suya estuviera también en su sitio.

—¡Las máscaras, Seth! —gritó Hubert, etc., sacudiendo a su amigo.

Algún buen motivo había para que Seth llevara las máscaras de los dos, pero Hubert, etc., no lo recordaba. Seth se incorporó con las cejas levantadas y una sonrisa burlona. Con la barbilla clavada en el pecho, Hubert, etc., se abalanzó sobre él y le vació con virulencia los bolsillos. Se pegó la máscara a la cara y sintió cómo el tejido iba adhiriéndose por zonas en función de la respiración, que hacía que la tela se

desplegara y absorbiera la grasa de la cara. Se la colocó a Seth.

—No tienes por qué hacer esto —protestó Seth.

—Ya lo sé —dijo Hubert, etc.—, lo hago porque soy un buenazo.

—Te preocupa que revisen mi gráfica social y te encuentren en la zona de primer nivel y alta intensidad. — La sonrisa de Seth, brillante en la oscuridad de su rostro, transmitía una calma irritante. Se esfumó detrás de la máscara. Era el puñetero meta—. Entonces sí que ibas a estar jodido. Repasarían tus datos remontándose años, chaval, hasta que encontraran algo. Siempre encuentran algo. Te apretarían las clavijas, te amenazarían con lo más espantoso a menos que te hicieras de la brigada de narcóticos. La habitación 101, querido...

Hubert, etc., le dio a Seth un guantazo más fuerte de lo necesario en lo alto de la cabeza. Seth soltó un «au» suave y dejó de hablar. Los drones volaban en patrón de cobertura, como palomas activadas por una manivela. Las interfaces de Hubert, etc., vibraron al detectar intentos de incursión y se apagaron. Hubert, etc., descargaba protecciones regularmente, aunque solo fuera para combatir a los gusanos que robaban datos personales desde vehículos en

movimiento, pero se estremeció al cuestionarse si realmente estaría más al día que los bots¹ de la policía.

La fiesta se disolvía. Los danzantes huían, algunos con muebles en las manos. La música saltó a volumen de capacidad ofensiva, un sonido tan alto que hacía que dolieran los ojos. Hubert, etc., se llevó las manos a las orejas justo cuando uno de los drones rozó una viga, empezó a dar vueltas en picado y se estrelló contra el hormigón. Otro dron bombardeó la unidad central del equipo de sonido, que acabó en el suelo. La música no se detuvo.

Hubert, etc., hizo a Seth sentarse y señaló la escalera. Descubrieron sus orejas para bajar. Era una tortura: el ruido brutal, las dolorosas vibraciones del metal en las manos y en los pies. Natalie llegó abajo y señaló una puerta.

Algo pesado y doloroso rozó a Hubert, etc., en la cabeza y en el hombro haciéndolo caer de rodillas. Se puso a cuatro patas y luego logró levantarse, sin dejar de ver las estrellas detrás de la máscara.

Quiso saber qué era lo que le había golpeado. Le llevó un segundo comprender lo que veía. Billiam estaba en el suelo con los brazos formando una peculiar esvástica, la cabeza

1 Un bot es una aplicación de software automatizada que realiza tareas repetitivas en una red. Dicha aplicación sigue instrucciones específicas para imitar el comportamiento humano, pero es más rápida y precisa. Un bot también se puede ejecutar de forma independiente sin intervención humana.

visiblemente deformada y un charco de sangre que parecía tinta extendido en la penumbra. Luchando contra el mareo y el dolor de los oídos, Hubert, etc., se agachó sobre Billiam y le retiró la barba con cautela. Estaba empapada de sangre. La cara de Billiam estaba aplastada, era una parodia de los rasgos humanos; la frente tenía una espantosa hendidura que abarcaba un ojo. Hubert, etc., intentó tomarle el pulso en la muñeca y luego en el cuello, pero lo único que percibía era la atronadora música. Puso una mano en el pecho de Billiam para notar si subía y bajaba con la respiración. No estaba seguro.

Levantó la vista, pero Seth y Natalie ya habían alcanzado la puerta. No debían de haber visto a Billiam desplomarse, no debían de haber visto cómo caía sobre él. Un dron acarició el pelo de Hubert, etc. Quería llorar. Hizo a un lado los sentimientos, recordó los primeros auxilios. No debía mover a Billiam. Pero si se quedaba, lo pescarían. Quizá fuera demasiado tarde. La sección de su cerebro al cargo de las justificaciones egoístas murmuraba: *¿Por qué no te largas? Tampoco es que puedas hacer nada. Tal vez ya ha muerto. Parece muerto.*

Hubert, etc., había llevado a cabo un estudio concienzudo de esa voz y había llegado a la conclusión de que era la voz de un gilipollas. Intentó ir más allá de los razonamientos interesados. Agarró una bolsa que alguien se había dejado y, con suavidad, hizo rodar a Billiam hasta tenerlo en la posición de recuperación y le puso la bolsa debajo de la

cabeza. Estaba incorporándolo con una silla rota y un trozo de tubería, con los ojos entrecerrados y el insoportable martilleo en la cabeza, cuando alguien le agarró el hombro dolorido. A punto estuvo de vomitar. Había llegado el día que toda su vida había sabido que llegaría, el día en el que acabaría en prisión.

Pero no era un poli: era Natalie. Dijo algo inaudible que se tragó la música. Señaló a Billiam. Se arrodilló y sacó una linterna. Vomitó, si bien tuvo la suficiente presencia de ánimo para hacerlo en el bolso. Hubert, etc., entendió en un segundo nivel de consciencia que la chica había pensado en las células del esófago y el ADN. Aquel segundo nivel admiró su capacidad de previsión.

Natalie se levantó, volvió a tomarlo del brazo herido y tiró con fuerza. Hubert, etc., gritó por el dolor —una voz que se perdió en el estruendo— y se marchó dejando a Billiam atrás.

[I. ii]

Fue duro para Seth cuando le bajó el meta, en torno a las cuatro de la madrugada, sentados en un barranco, con los oídos tronando, que hay un zumbido justo debajo y sin dejar de oír el eficiente zumbido de los vehículos de los cuerpos de seguridad en la carretera que tenían encima. Se sentó en un tronco con su sonrisa de superioridad, pero luego empezó a sollozar con la cabeza en las manos y metida entre las rodillas, con el vagido sincero de un niño pequeño.

Hubert, etc., y Natalie lo miraron desde los árboles en los que apoyaban la espalda, combatiendo la pendiente del barranco. Fueron a por él. Hubert, etc., lo abrazó con cierta incomodidad y Seth enterró la cara en el pecho de su amigo. Natalie le acarició el brazo y murmuró palabras que Hubert, etc., consideró femeninas en cierto sentido consolador. Hubert, etc., había reparado en el llanto de Seth y en la posibilidad de que fuera detectado por los sistemas electrónicos de los cuerpos de seguridad. Ser consciente de esta eventualidad interfería con su empatía, que no era tanta, para empezar, porque Seth estaba jodido por haberse tomado una estúpida droga en una fiesta de moda en la que

no se les había perdido nada, y ahora Hubert, etc., estaba cubierto de sangre seca que no había sido capaz de quitarse con las hojas y las rocas humedecidas por el rocío.

Hubert, etc., apretó la cara de Seth con fuerza contra su pecho, en parte para ahogar el llanto. Todavía le pitaban los oídos, la cabeza le zumbaba con los latidos del corazón y sentía un hormigueo en la yema de los dedos por el contacto con la cara aplastada y reblandecida de Billiam. Estaba seguro de que cuando se marcharon estaba ya muerto. Y como Hubert, etc., era como era, sospechaba de esta certeza, porque si Billiam ya estaba muerto, no lo habían dejado morir solo en el hormigón.

Natalie le dio unos golpecitos a Seth en el brazo.

—Venga, colega. Es el bajón. Piénsalo conmigo, eso lo puedes hacer con el bajón del meta, es parte del paquete. Venga, Steve.

—Es Seth —dijo Hubert, etc.

—Seth —rectificó ella, que estaba tan impaciente con su amigo como él—. Venga. Piénsalo. Es terrible, es espantoso, pero esta no es tu reacción real, solo es la droga. Venga, Seth, piénsalo.

Natalie seguía repitiendo: «piénsalo». Debía de ser lo que se le decía a quien pasaba un mal rato con el meta. Hubert, etc., lo repitió también y los sollozos de Seth amainaron. Se

quedó callado un tiempo. Luego se oyeron unos ronquidos suaves.

Natalie y Hubert, etc., se miraron.

—¿Y ahora? —preguntó Natalie.

Hubert, etc., se encogió de hombros.

—Seth tenía las fichas para volver en coche a casa. Podemos despertarlo.

Natalie cerró los ojos con fuerza.

—No quiero mandar ningún mensaje desde aquí. Fuisteis aislados, ¿verdad?

Hubert, etc., no hizo ningún gesto de exasperación. Su generación había perfeccionado el aislamiento, ocultando por completo sus sistemas de camino a las fiestas. No había sido fácil, pero todo el que era demasiado perezoso para molestarse en hacerlo terminaba en la cárcel, a veces acompañado por sus amistades, de modo que se generalizó.

—Fuimos aislados —respondió.

Habían ido en coche hasta un sitio con mil destinos probables en términos estadísticos a un paseo corto de distancia y habían andado mucho para llegar a la fiesta. No eran estúpidos.

—Vale, ¿te parece que es seguro encender?

—¿Seguro en qué medida?

Hubert, etc., pudo ver que Natalie contenía un gesto de exasperación.

—En la medida de que el riesgo sea aceptable. Y si me preguntas «¿aceptable en qué sentido?», te suelto un guantazo. ¿Te parece que es buena idea encender?

—Te diría: «¿buena idea comparado con qué?». No lo sé, Natalie. Me parece... —Hubert, etc., tragó saliva—. Estoy bastante seguro de que Billiam está... —Volvió a tragar saliva—. Creo que está muerto. —Evitaron mirarse. Qué accidente más estúpido—. Dejando a un lado todo lo demás, me parece que eso significa que la poli no va a tener piedad, porque una persona muerta lo pone todo en una categoría diferente. Por otra parte, nuestro ADN está por todo aquel sitio y, con la que van a montar, vendrán a por nosotros pase lo que pase. Por otra parte, quiero decir, además de esto, o teniendo esto en mente, si encendemos ahora estamos corroborando todavía más cualquier indicio que apunte a que estábamos allí, lo que significa que...

—Suficiente persecución paranoica. No podemos encender.

—¿Cómo llegaste tú allí?

—Con una amiga —respondió Natalie—. Estoy segura de que ha llegado a casa, está calentita y cómoda debajo de una manta y tendrá una taza de té esperando cuando se levante.

Natalie parecía resentida por primera vez. Hubert, etc., reparó en que estaba medio congelado, medio muerto de hambre y con tanta sed que parecía que le hubieran pintado la boca por dentro con almidón.

—Tenemos que movernos. —Hubert, etc., se miró. En la grisácea luz del amanecer la sangre seca parecía barro—. ¿Te parece que puedo entrar en el metro así?

Natalie volvió la cabeza mientras se sacudía cosas que habían caído de Seth a su regazo.

—Así no. Aunque con la chaqueta de Steve quizá sí.

—Seth.

—Como se llame. —Natalie sacudió a Seth del hombro con cierta virulencia—. Venga, Seth, es hora de irse.

Llegaron a la estación a las cinco y media. Hubert, etc., llevaba puesta la chaqueta de Seth, que le quedaba grande, y tenía la suya colgada del brazo. Llegó el primer tren y se mezclaron con los somnolientos trabajadores del turno de mañana y con los quejumbrosos juerguistas. La gente con trabajo miraba a estos últimos. La gente con trabajo olía bien; los juerguistas no, ni siquiera para la embotada nariz

de Hubert, etc. Durante la burbuja de los zepelines había tenido que madrugar mucho cuando, sin razón discernible alguna, se reducían unos plazos ya insensatos con la urgencia propia de un accidente de tráfico. Había subido al primer tren del día para ir a trabajar. Qué demonios: había dormido en la oficina.

El bajón de Seth se había estabilizado. Era el retrato perfecto de «Hombre con resaca por drogas», en tonos mugrientos, con mucha sombra y líneas cruzadas. El aire frío le había dejado los brazos desnudos del color de la carne enlatada, pero Hubert, etc., no tenía ningún remordimiento por haberse apropiado de su chaqueta.

—Míralos —dijo Seth con un susurro exagerado—. Qué buenecitos.

Eran de origen indio, persa, clases medias, pero todos iguales, todos con el uniforme de la respetabilidad de las personas con trabajo. Un par de ellos los miraron como si fueran mierda. Seth se dio cuenta, listo para la gresca.

—No... —dijo Hubert, etc.

Pero Seth ya estaba diciendo:

—Es el autoengaño total. Como si pudieran cambiar algo con una nómina. Si una nómina pudiera cambiarte la vida, ¿tú crees que te iban a dejar tener una?

Era un buen argumento. Seth lo había utilizado antes.

—Seth —dijo Hubert, etc., en un tono más firme.

—¿Qué? —Seth se sentó más estirado, con pinta beligerante.

El metro de Toronto, como la mayoría de los metros, era un espacio de desatención social. Hacía falta mucho para conseguir que otra gente reconociera abiertamente tu presencia. Seth lo había conseguido. Los viajeros miraban con atención.

Natalie se agachó, se llevó una mano a la boca, se acercó al oído de Seth y susurró algo. Seth apretó los labios y su mirada se tornó feroz, luego clavó la vista en los pies. Natalie miró a Hubert, etc., con media sonrisa y preguntó:

—¿Dónde vamos?

Hubert, etc., se alegró por ese uso del plural. Habían sido compañeros de armas aquella noche y tenía su contacto, pero en cierta medida esperaba que dijera que se iba a casa y lo dejara con Seth.

—¿A Fran's? —propuso.

Natalie torció el gesto.

—Venga —insistió Hubert, etc.—. Está abierto veinticuatro horas, se está calentito y no te echan a la calle...

—Ya... —dijo Natalie—. Pero es un agujero.

Hubert, etc., se encogió de hombros. Recordaba el cierre del último Fran's, cuando era adolescente, y más tarde, cuando la cadena fue recuperada como pasatiempo por un Weston de segunda fila, todo un espectáculo por la familia en cuestión y su conexión con las instituciones de la ciudad. El nuevo Fran's parecía embrujado, una sensación que era, irónicamente, todavía más intensa en las celebraciones especiales, con camareros vivos en lugar de autómatas. Los seres humanos cargados con bandejas de comida hacían más evidente el hecho de que el restaurante había sido diseñado para estúpidos robots de corral y un mínimo de supervisión humana. Pero era barato y te dejaban ocupar las mesas mucho tiempo.

Le hubiera gustado haber sugerido algún sitio mejor. Antes, cuando estas cosas le importaban, tenía una lista sin fin de sitios a los que ir si contaba con el dinero y la compañía adecuados. Seth tenía este tipo de listas siempre a mano, pero Hubert, etc., no quería hablar con Seth. Preferiría que propusiera irse solo a casa a dormir sus traumas y los posos de las drogas. Pero eso no iba a pasar, porque así era Seth.

—Vale —asintió Natalie, que, con los ojos vidriosos, se miró el regazo, cubrió con una mano la superficie de interacción del muslo y comprobó sus mensajes.

El movimiento le recordó a Hubert, etc., que era hora de encender y sus interfaces vibraron para hacerle saber las cosas que debería estar haciendo. Desparasitó sus bandejas de entrada, limpiándolas de basura y publicidad. Pospuso la alerta de los mensajes que prefería que lo molestaran más tarde: de sus padres, de una antigua novia, de un trabajo que había buscado en un *catering*.

Estaban ya casi en la estación de St. Clair y, en el mismo momento en el que se levantaban, uno de los trabajadores del turno de mañana se metió en el espacio de Seth. Era un tipo grande, de piel blanca, con pecas, una larga nariz aguileña y un peinado conservador a la altura del cuello de la chaqueta. Llevaba un abrigo barato y algún tipo de uniforme debajo, tal vez de sanitario.

—Tú —dijo metiendo el cuerpo— eres un mierdecilla con la boca demasiado grande, teniendo en cuenta que a lo que te dedicas es a chupar ayudas y a estar de juerga toda la noche. ¿Por qué no te buscas un puto trabajo?

Seth se hizo a un lado, pero el tipo lo siguió, mientras todo el mundo se balanceaba con el movimiento del vagón al frenar. Las glándulas suprarrenales de Hubert, etc., encontraron una reserva inesperada de adrenalina y se

dispararon. El corazón le tronaba. Alguien iba a llevarse un golpe. El tipo era grande y olía a jabón. Había cámaras en el tren y en la gente, pero no parecía que le importara una mierda.

Natalie puso una mano en el pecho del tipo y lo empujó. Este, sorprendido, bajó la mirada hacia la enjuta mano femenina que tenía en el pecho y atrapó con su manaza la muñeca de la chica. Natalie soltó un latigazo con la mano libre y le golpeó el pecho con el bolso, que se abrió y le derramó vómito frío por el pecho. Parecía tan asqueada como él, pero cuando el tipo la soltó y dio un paso atrás, Natalie saltó entre las puertas del vagón, que empezaban a cerrarse. Hubert, etc., y Seth salieron pisándole los talones. Se volvieron a tiempo de ver al tipo olerse la mano, incrédulo, con un lenguaje corporal que decía a gritos: «No me puedo creer que me hayas tirado un bolso lleno de vómito encima...».

—Natalie —dijo Seth en las escaleras mecánicas (los pasajeros que se habían bajado con ellos les abrieron un amplio pasillo)—, ¿por qué llevabas el bolso lleno de pota?

Natalie movió la cabeza en un gesto de negación.

—Se me había olvidado. Vomité cuando vi... —Natalie cerró los ojos—. Cuando vi a Billiam.

—A mí se me había olvidado también —dijo Hubert, etc.

—Espero que no se haya caído nada importante cuando le he arreado al tipo ese.

Natalie llevaba el bolso —de tamaño medio y con un patrón abstracto retro impreso en el vinilo exterior— en bandolera. Lo abrió con cautela, hizo una mueca y miró el nauseabundo contenido.

—La verdad —reconoció Natalie— es que ni siquiera sé cómo coño empezar a limpiar esto. Lo tiraría, pero lleva cosas que deberían poder lavarse.

Seth arrugó la nariz.

—Guantes y una mascarilla. Y un lavabo que no sea tuyo. Colega, ¿iqué habías comido!?

Natalie lo miró con ojos agresivos, aunque una leve sonrisa jugueteaba en sus labios.

—Ha sido útil, ¿no? Steve, hemos tenido una noche de mierda. ¿Te parece que puedes bajar un poco el nivel? Ya sabes: no buscar pelea.

Seth tuvo la delicadeza de parecer avergonzado. Hubert, etc., sintió una descarga de celos del culo al estómago y quiso tirar a Seth por las escaleras mecánicas. Terminó diciendo:

—No estamos ninguno en nuestro mejor momento. Un poco de comida nos vendrá bien. Y cafetante.

Seth y Natalie dieron un respingo con la mención del cafetante.

—¡Sí, vamos! —exclamó Natalie, que empezó a subir los grandes escalones de dos en dos.

Pasaron los torniquetes y salieron a una mañana de una luminosidad cegadora, rebosante de gente peripuesta haciendo las compras del sábado por la mañana en peripuestas salas de muestras. El Fran's renovado tenía una estrecha cristalera entre la exposición de muestras de un restaurador de baños y un sitio que vendía esculturas gigantes de hormigón.

—¿Te acuerdas del neón del Fran's? —dijo Hubert, etc.—. Era de un color tan increíble..., un rojo salvaje. —Señaló el led—. Nunca me parece que dé el tono. Me hace querer darle una vuelta más al mando gamma de la realidad.

Natalie lo miró con cara de extrañeza. Encontraron un reservado. La mesa se iluminó con los menús cuando se sentaron. Al menú que cada uno tenía delante le salieron bocadillos de cómic cuando la biometría del sistema autoservicio los reconoció y, a modo de bienvenida, destacó los platos que habían pedido en su última visita. Hubert, etc.,

vio que Natalie había pedido una lasaña con doble pan de ajo. Habían pasado cuatro años.

—No vienes mucho por aquí...

—Solo una vez. El día de la inauguración.

Natalie toqueteó el menú un rato y pidió un batido con malta y doble de chocolate, picadillo de ternera en conserva, croquetas de patata, doble de salsa HP y mayonesa y medio pomelo con azúcar moreno.

—A la inauguración me invitaron los Weston. Un rollo familiar —explicó Natalie, que miró a Hubert, etc., a los ojos, de frente, retándolo a hacer algún comentario a propósito de su posición de privilegio—. ¿El neón? Lo compró mi padre. Está colgado en nuestra casa de campo del lago Muskoka.

Hubert, etc., no cambió el gesto.

—Me gustaría verlo algún día —dijo sin alterarse.

Estaba esperando que Seth dijera algo.

—Me llamo Seth, no Steve.

La amplia sonrisa de comemierdas era inconfundible. Estiró una mano y le dio la vuelta al pedido de Natalie, arrastrando una copia a su lado de la mesa.

—Bah, qué coño. —dijo Hubert, etc., que cogió el pedido de Seth y se lo copió también.

Hubert, etc., clicó la cafetera grande y Natalie envió el pedido de un palmetazo.

—Venga —lo pinchó Natalie—. Dilo.

Hubert, etc., respondió:

—Nada que decir. Tu familia conoce a los Weston.

—Sí. Los conocemos. Somos faods.

Hubert, etc., asintió como si supiera lo que significaba aquello, pero a Seth no le daba vergüenza preguntar.

—¿Qué significa faods?

—Familias asentadas en Ontario desde siempre.

—No había oído nunca el término —respondió Seth.

—Yo tampoco.

Natalie se encogió de hombros.

—Posiblemente tienes que ser faods para saber lo que es una faods. Conocí más que suficientes en los campamentos de verano.

En ese momento llegó la comida encima de un robot rodante que atracó en su mesa. Vaciaron la bandeja superior y el carrusel rotó para ofrecerles la siguiente bandeja y, posteriormente, una tercera. En la cuarta iba el cafetante. Natalie lo puso en la mesa y Hubert, etc., no pudo más que admirar la musculatura de sus brazos cuando lo hizo. Se dio cuenta de que no se afeitaba las axilas y sintió una intimidación inexplicable al reparar en ello. Repartieron los platos y sirvieron el cafetante.

Hubert, etc., tomó la guinda de un rojo nuclear que coronaba la montaña de nata montada de su batido y se la comió con rabo y todo. Natalie hizo lo mismo. Seth se escaldó la lengua con el cafetante y derramó el agua con hielo con la prisa por servirse.

Natalie utilizó el extremo de su plato a modo de paleta y mezcló un remolino beis de salsa HP y mayonesa. Después pinchaba pequeñas porciones de comida, las mojaba en aquella mezcla y se las llevaba a la boca.

—Eso tiene una pinta infame.

Las palabras las había pronunciado Seth, no Hubert, etc., que no quería ser un capullo. Seth era un id portátil, externo. No siempre cómodo ni apropiado, pero útil, no obstante.

—Se llama amor pardo —explicó Natalie, que se limpió con cuidado con una servilleta a rayas rojas y blancas y esperó

a que Seth lanzara una indirecta que no llegó—. Lo inventé en el instituto. Si no quieres probarlo, tú te lo pierdes.

Pinchó más picadillo y orientó el tenedor hacia ellos. Llevado por un impulso, Hubert, etc., dejó que se lo metiera en la boca. Estaba sorprendentemente bueno. El tintineo del tenedor en los dientes le hizo estremecerse como una meada de las buenas.

—Fantástico.

Lo decía de corazón. Se preparó su propia mezcla, para lo que tomó la de Natalie como referencia de color.

Seth rechazó probarlo, para secreto deleite de Hubert, etc., al que la comida le pareció mejor de lo que recordaba. Y más cara. No había presupuestado el gasto. Aquello iba a doler.

En eso pensaba delante del urinario al tiempo que olía el caldo activo de su orina, que recordaba a la excreción de los espárragos. Pensando en el dinero, oliendo lo que olía, a punto estuvo de hacerse una pinza y salir corriendo a por un vaso para guardar un poco. Tener cerveza gratis era tener cerveza gratis, aunque empezara como cerveza de segunda mano. Toda el agua era cerveza de segunda mano. Sin embargo, había desaparecido por las cañerías antes de que la idea terminara de materializarse en su cabeza.

Cuando volvió a la mesa, al lado de Natalie estaba sentado un hombre más mayor.

Tenía el pelo largo, bien cortado, y la piel con el lustre del cuero bueno. Llevaba una chaqueta de punto teñida del color del cemento y con botones de hueso veteado cosidos con hilo fucsia. Debajo, una apretada camiseta negra sugería un pecho musculado y una tripa plana. En la mano, una sencilla alianza y las uñas cortas, limpias, parejas, una suerte de ostentosa «no manicura».

—Eh, hola —dijo el tipo. Hubert, etc., se sentó enfrente. El hombre le tendió una mano—. Soy Jacob. El padre de Natalie.

Se saludaron.

—Yo soy Hubert.

Y Seth dijo al unísono:

—Puedes llamarlo Etcétera.

—Puedes llamarme Hubert —insistió Etcétera, para quien su id externo era ya un dolor de huevos.

—Encantado de conocerte, Hubert.

—Mi padre me espía —intervino Natalie—. Por eso está aquí.

—Podría ser peor —dijo Jacob encogiéndose de hombros—. No es que te tenga el teléfono pinchado. Son solo fuentes públicas de información.

Natalie soltó el tenedor y alejó el plato.

—Compra registros de vídeo, informes de crédito en tiempo real, detalles de consumo. Como una verificación de antecedentes de alguien a quien acaban de contratar. Pero todo el rato.

—Eso da miedito —respondió Seth—. Y es caro.

—No tanto. Me lo puedo permitir.

—Papá ya ha hecho la transición a los ricos de casta —dijo Natalie—. No le da vergüenza el dinero. No la que les daba a mis abuelos. Sabe que prácticamente pertenece a una especie diferente y no ve por qué tendría que ocultarlo.

—Mi hija está jugando a intentar avergonzarme en público, algo a lo que lleva dedicando sus esfuerzos desde que tenía diez años. No me avergüenzo con facilidad.

—¿Por qué te ibas a avergonzar? Para poderte avergonzar te tendría que importar lo que otra gente piense de ti. Y no te importa. Así que no te avergüenzas.

Era Hubert, etc., el que sentía vergüenza ajena, le parecía que tenía que decir algo, aunque solo fuera para que Seth no acaparara toda la atención. Se tiró a la piscina:

—Seguro que le importa lo que pienses tú de él.

Ambos sonrieron y el parecido familiar resultó asombroso, tenían incluso un hoyuelo doble en la mitad derecha de la cara.

—Por eso lo hago. Soy la representante de todos los seres humanos que no llega a percibir. Tampoco es que sea divertido, aunque a él se lo parezca.

—No veo que rechaces los privilegios, Natty —dijo Jacob pasándole un brazo por los hombros.

Natalie permitió el gesto un instante perfectamente medido y luego retiró la mano de su padre.

—Por el momento.

El silencio de Jacob transmitía un elocuente escepticismo. Movi6 el plato de su hija hasta su espacio, puls6 el mensaje CUENTA CONJUNTA en la mesa, pas6 la banda de contacto de la manga por encima y dibuj6 un patr6n con el pulgar y el coraz6n. Se acab6 lo que quedaba de picadillo de ternera y estir6 la mano para coger el batido. Natalie se lo impidi6.

—Es mío.

Jacob se conformó con los posos de su cafetante.

—¿Vas a invitar a tus amiguitos a venir a jugar a casa? — preguntó Jacob, que se limpió la boca y cargó los platos en el robot, de nuevo atracado en la mesa.

—¿Os apetece una ducha, chicos?

Seth dio un golpe en la mesa, lo que hizo que el menú empezara a bailotear intentando interpretar sus instrucciones.

—¡Vamos, hermano, esta noche cenamos!

Hubert, etc., le dio un codazo.

—Será mejor que contéis las cucharas.

—Se cuentan solas —respondió Jacob, que hizo algo con la manga y dijo—: El coche estará aquí en un segundo.

[I. iii]

No era un coche compartido, por supuesto. Redwater era uno de los grandes apellidos: había habido un alcalde Redwater, parlamentarios Redwater, un ministro de Economía Redwater y multitud de directores ejecutivos Redwater en grandes empresas. El coche era, no obstante, pequeño, no una limusina, aunque sí que tenía una solidez difícil de describir y llevaba unos faldones de goma mate que cubrían las ruedas. Hubert, etc., pensó que había algo interesante detrás de todo aquello. Le intrigaban algunas cosas de aquel coche. Y un logotipo de Longines que pasaba desapercibido en una esquina de la ventanilla. La suspensión hacía algo inteligente para compensar el peso, amortiguándolo de manera activa, no como aquellos muelles de la edad de piedra. Hubert, etc., iba sentado en un asiento plegable orientado hacia atrás y reparó en que las ventanillas no eran en absoluto tales, sino una gruesa armadura cubierta con pantallas de alta resolución. Jacob ocupó el otro asiento plegable y dijo:

—A casa.

El vehículo aguardó a que todos estuvieran debidamente sentados y con los cinturones abrochados antes de internarse en el tráfico. Desde su asiento privilegiado, Hubert, etc., veía que los coches que los rodeaban se retiraban para dejarles vía libre.

—Con el tráfico que hay en la ciudad no creo que haya viajado nunca tan rápido —dijo.

Jacob le guiñó un ojo en un gesto paternal.

Natalie estiró la mano en el amplio compartimento interno y le dio a su padre un golpe en el muslo.

—Está presumiendo. Estos coches tienen un *firmware* propio que les permite reducir a la mitad la distancia de seguridad establecida, lo que hace que otros coches se retiren porque estamos conduciendo como gilipollas impredecibles.

—¿Es legal? —preguntó Hubert, etc.

—Es una infracción —respondió Jacob—. Las multas se pagan por domiciliación automática.

—¿Y si matas a alguien? —preguntó Seth, que siempre iba al grano.

—Eso es una cuestión penal, más seria. Pero no va a suceder. Los algoritmos de adaptación del coche aplican un

montón de teoría de juegos, prevén posibles salidas e incumplimientos de las normas y siempre introducen un margen de seguridad enorme. En realidad, vamos mucho más seguros que con el *firmware* de serie, pero solo porque el propio coche es mucho mejor en frenada, aceleración y características de conducción que un coche estándar.

—Y porque acojonas a los sistemas de los otros coches para que se quiten de en medio —apuntó Seth.

—Bien dicho —dijo Natalie antes de que su padre pudiera replicar.

Jacob se encogió de hombros y Hubert, etc., recordó lo que había dicho Natalie de su condición de «rico de casta», sin capacidad de preocuparse por la idea de que a alguien le pudiera molestar que pagara por abrirse paso en el tráfico.

Volaban por las calles de la ciudad. Natalie cerró los ojos y se recostó. Tenía ojeras negras y estaba tensa, lo había estado desde que apareció su padre. Hubert, etc., intentaba no mirarla fijamente.

—¿Dónde vivís? —preguntó Seth.

—En el barranco de Eglinton, al lado de la autopista —respondió Jacob—. Construí la casa hace unos diez años.

Hubert, etc., recordó las excursiones escolares al Centro de las Ciencias de Ontario, y quiso recordar el barranco, pero

solo le venía a la mente una zona muy arbolada que se atisbaba desde la ventanilla del autobús escolar.

La comida del Fran's le pesaba en las tripas como la bala de un cañón. Pensó en la sangre que llevaba en la ropa y debajo de las uñas, el barro de los zapatos, que se desmigaba sobre la tapicería. El coche aceleraba, sus tripas protestaban. Un fuerte frenazo y volvieron a incorporarse a otro carril a un pelo del vehículo que iba detrás, un pequeño coche compartido cuya pasajera, una elegante mujer de aspecto árabe maquillada para ir a la oficina, los miró alarmada antes de que derraparan para cambiar nuevamente de carril.

[I. iv]

La casa era una de las tres que se asomaban alineadas al extremo del barranco, al final de un camino sinuoso, lleno de baches y cubierto de árboles muy poblados. La puerta del garaje se deslizó hacia un lado cuando llegaron a la casa situada más a la derecha. Se cerró y quedó asegurada por enormes barras brillantes clavadas a gran profundidad en el suelo, el techo y las paredes. Las puertas del coche se abrieron con un suspiro y Hubert, etc., se vio en un amplio espacio debajo de las tres casas, muy iluminado y salpicado de vehículos. Jacob estiró una mano hacia Natalie, que la ignoró y después se trastabilló ligeramente cuando se contorsionó para evitar que la agarrara del codo.

—Venid —dijo Natalie a Hubert, etc., y Seth, poniendo rumbo al extremo contrario del garaje.

—Gracias por el paseo —gritó Hubert, etc., cuando empezó a seguir con pasos rápidos a Natalie.

Jacob se quedó apoyado en el coche, viéndolos alejarse. Hubert, etc., no sabría decir qué significaba su expresión.

Natalie los llevó por una estrecha escalera a una sala amplia y desordenada, con sofás y un ventanal que se asomaba al barranco: un pronunciado descenso vestido de verde al río Don, que discurría abajo, blanco y espumoso, en su caída al lago Ontario. La sala apestaba a ropa sucia y platos sin fregar, con una capa de velas aromatizadas. Una de las paredes estaba decorada del suelo al techo con pintura de dedos y garabateada con rotuladores, brillantina y bolígrafos.

—El ala de las niñas —dijo Natalie—. Mi hermana está en la universidad, en Río, así que por ahora es mía. No creo que mis padres hayan entrado aquí ni cinco veces desde que se construyó la casa.

—¿Todo esto es una casa? —preguntó Hubert, etc.

—Pues sí —respondió Natalie.

—No parece ser la forma en la que construirías una casa si no te importa lo rico que le puedas parecer a los demás.

Natalie sacudió la cabeza.

—Es una cuestión de ordenación urbana. La gente del otro lado del barranco —dijo haciendo un gesto al ventanal— no quería tener un «monstruo de casa» para desayunar todos los días. Son gente rica, nosotros somos gente rica, la Concejalía de Urbanismo no sabía qué hacer. Papá aceptó construir una casa gigante que pareciera tres casas

diferentes. —Natalie vació un sofá de cosas barriéndolo con la mano—. Hay comida en la despensa. Yo voy a utilizar el baño de arriba. El de abajo está ahí, servíos vosotros las toallas y las cosas de aseo.

Natalie subió las escaleras y desapareció en un pasillo.

Seth lanzó una sonrisa cargada de significado a Hubert, etc., una mención sin palabras a sus sentimientos por Natalie. Hubert, etc., no estaba de humor. Había tenido a un hombre muerto en sus brazos. Estaba ensangrentado, cansado y mareado.

—Me voy a pasar una hora debajo de la ducha —dijo—, así que mejor entras tú primero.

—¿Cómo sabes que yo no voy a estar una hora debajo del agua?

Seth y su exasperante sonrisa.

—Ni se te ocurra.

Hubert, etc., había visto toallas en el suelo, al lado de la chimenea de piedra. Le pasó una a Seth y sacudió la otra antes de ponerla en la repisa de la chimenea.

Había leña menuda, periódicos y troncos cortados por la mitad. Hizo fuego. Encontró una camiseta amplia que no olía mal, con agujeros de cigarrillo falsos por toda la tela, y

unos pantalones de chándal que supuso que le entrarían. Se quitó la camisa, los pantalones y la chaqueta y arrojó todo al fuego. No sabía qué capacidad tenían los forenses para identificar sangre en la ropa después de pasar por la tintorería, pero estaba seguro de que era menos lo que podían hacer con las cenizas. Las superficies interactivas entretejidas se fundieron liberando un humo acre. Se paseaba por la sala con la ropa de un desconocido. Pensaba de quién sería. Tal vez de Billiam.

Natalie apareció por una esquina y se quedó en el rellano contemplando a Hubert, etc., y aquel desastre.

—¿Está Steve en el baño?

—Seth. Sí.

—Puedes utilizar el mío, vente.

Así, tal cual, Hubert, etc., se vio en el dormitorio de una chica desconocida.

Era el dormitorio de alguien que había sido estudiante hasta poco antes: certificados enmarcados, estanterías llenas de libros y de trofeos, cartelería de bandas de música y buenas causas (pero cubierta de pasquines políticos), un escritorio en el que se apilaban superficies interactivas rotas y elaborados vapeadores artesanales² capaces de convertir

² Un vapeador, es un cigarrillo electrónico. El cigarrillo electrónico (también, cigarro electrónico, en inglés «e-Cigarette», «vaporizador»,

el titanio en humo listo para inhalar. También había un revoltijo de papel moneda, que sugería transacciones ilícitas, y un toско enjaulado semifuncional por las paredes, el suelo y el techo: un esfuerzo infantil por bloquear la tecnología espía de sus padres. Era mejor seguridad que la que Hubert, etc., ponía en práctica, pero no tenía muy claro que funcionara.

Natalie llevaba un pijama amplio a rayas blancas y negras, y no se había puesto sujetador, pero Hubert, etc., no se quedó mirando, ni siquiera un poco. Natalie pasó la mano por el lateral de la puerta del baño, un espacio con años de huellas de manos que jamás podría volver a ser una superficie limpia, y se abrió con una exhalación.

—Todo tuyo.

Hubert, etc., cruzó el umbral y se volvió para cerrar la puerta. Natalie lo miraba fijamente.

—Quédate la ropa —dijo con lágrimas en los ojos.

—Yo... —Hubert, etc., vaciló—. Siento mucho lo de Billiam.

—Yo también. —Una lágrima rodó por la mejilla de Natalie—. Era un capullo, pero era nuestro capullo. Se ponía

«vapeador», «vape») es un sistema electrónico inhalador diseñado en su origen para simular el consumo de tabaco sin quemarlo directamente. [N. e. d.]

hasta las trancas demasiado pronto en las fiestas. La cagó él. Lo echo de menos.

Otra lágrima.

—¿Quieres un abrazo?

—No, gracias. Dúchate.

El baño era de los que se ven en las salas de muestras. El control activo de ruido se tragaba el sonido del agua; los algoritmos de los grifos inteligentes incrementaban y reducían la presión, prediciendo qué quería mojar y con cuánta presión quería el agua; las superficies interactivas convertían todo en un espejo con dos toques, ofreciéndole una perspectiva desconcertante del culo y de la nuca; circuitos de aire lo bañaron con cálidas brisas después de cerrar el agua, secando al mismo tiempo la condensación de las superficies del baño.

—Perdón —dijo Natalie. Tenía los ojos secos.

Hubert, etc., le tendió la toalla y dibujó una expresión de incompreensión. Natalie cogió la toalla y la tiró al suelo.

—Vamos a ver qué hace Steve.

—Seth.

—Qué más da.

Seth había encontrado la despensa y despejado una mesita de café: había hecho un buen trabajo doblando y organizando cosas, apilándolas en un espacio libre del suelo. Había dispuesto tres sillas. Sobre la mesa: un plato de fruta, teteras, tazas y cruasanes. Olían bien.

—¿Un aperitivo?

—Buen trabajo, Steve. —La voz de Natalie parecía sincera.

Seth no la corrigió:

—Cuando guste.

Comieron en silencio. Hubert, etc., quería preguntar por la casa, por la comida. Y por Billiam, por la fiesta, por la tercera persona con barba postiza, la otra chica que había sido su compinche. Pero el sueño le pesaba en el cuerpo. Se le cerraban los párpados. Natalie paseó la mirada de Hubert, etc., a Seth —que también parecía que pudiera quedarse dormido en la silla— y dijo:

—Muy bien, chicos, a por los sofás. Yo me voy a la cama.

Natalie se arrastró escaleras arriba y Hubert, etc., se estiró en el sofá menos cubierto de cosas; se le cerraron los ojos en cuanto apoyó la cara en la costura de los cojines. En el breve instante previo al sueño vio el cuerpo retorcido de Billiam, le pareció notar el cráneo hecho papilla de Billiam en los dedos. Se estremeció de los pies a la cabeza, de arriba

abajo y de abajo arriba, un par de veces antes de que la sensación remitiera y se quedara, afortunadamente, dormido.

Se despertó con un murmullo de voces. Miró a su alrededor con los ojos nublados intentando orientarse: la espalda de Seth en el sofá de enfrente, la pared con pintura de dedos. Levantó la cabeza (una punzada de resaca) y localizó las voces. Natalie, en una puerta apenas abierta del extremo opuesto, discutía en voz baja a través de la rendija. La réplica provenía de una voz masculina, más mayor, de una calma exasperante. Jacob. Dejó caer la cabeza. Iba a tener que levantarse. Tenía la vejiga dolorosamente llena.

Incómodo como nunca antes en su vida, vestido con la ropa de un desconocido, con resaca, en una habitación extraña donde una chica extraña —y atractiva— discutía con su acaudalado padre, fue de puntillas, haciendo todo lo posible por no llamar la atención, al baño. Natalie lo miró, hizo una mueca indescifrable y siguió con su discusión.

Cuando Hubert, etc., regresó, secándose las manos en el culo de los pantalones de chándal prestados, Natalie y su padre estaban sentados el uno delante de la otra con mirada impertérrita. Jacob estaba sentado en el sofá que Hubert, etc., había liberado y Natalie ocupaba una silla. Seth dormía.

Hubert, etc., fue a la despensa —se encendieron unas luces suaves dentro y vio una puerta en el lado contrario;

comprendió que algún «sirviente» la rellenaba durante el día—, puso tiras de zanahoria, apio y hummus en una bandeja y la dispuso entre los dos Redwater, que se cruzaban miradas feroces.

—Gracias, Hubert —dijo Jacob Redwater, que mojó una zanahoria en hummus pero no comió.

Hubert, etc., se sentó a su lado, no había otro sitio.

Natalie preguntó:

—Hubert, ¿qué es más importante, los derechos humanos o el derecho a la propiedad?

Hubert, etc., le dio la vuelta a la pregunta. Venía cargada.

—¿Es el derecho a la propiedad un derecho humano?

Jacob sonrió y mordió su tira de zanahoria. Hubert, etc., sintió que había dicho lo que no debía.

Natalie tenía una expresión grave. Contestó:

—Dímelo tú. La fábrica que activamos anoche. Valía más como chatarra que como instalaciones en funcionamiento. Determinada entidad, su propietaria, exigía que se quedara pudriéndose, inútil, a pesar de que había personas que querían lo que podía fabricar.

—Si querían la fábrica, podían comprarla —dijo Jacob—. Y entonces fabricar cosas y venderlas.

—No creo que esas personas puedan permitirse comprar una fábrica —respondió Hubert, etc., que buscó con la mirada la aprobación de Natalie.

La chica asintió ligeramente.

—Para eso están los mercados de capitales —dijo Jacob—. Si tienes un plan para utilizar de forma rentable un activo que alguien no está utilizando, diseñas una estrategia empresarial y se la presentas a inversores. Si estás en lo cierto, uno de ellos te financiará..., más de uno, tal vez. Y entonces vendes lo que produces.

—¿Y si nadie invierte? —planteó Hubert, etc.—. Conozco millones de *startups* de zepelines que desaparecieron porque no consiguieron dinero, a pesar de que estaban haciendo cosas increíbles.

Jacob adoptó la disposición de quien explica una cuestión compleja a un niño:

—Si nadie quiere invertir, significa que no tienes una idea en la que merezca la pena invertir o que no eres la persona adecuada para llevar a la práctica esa idea porque no sabes cómo convencer a otras personas para que inviertan.

—¿No ves la circularidad de todo eso? —intervino Natalie—. Si no consigues convencer a alguien de que pague por poner en marcha la fábrica para hacer cosas que la gente necesita, ¿significa eso que la fábrica no debería ponerse en marcha?

—¿Y si no qué? ¿Barra libre? ¿Echamos abajo las puertas, entramos y nos la apropiamos?

—¿Por qué no? Si nadie está haciendo nada con ella.

La mirada del que habla con un niño pequeño:

—Porque no es tuya.

—¿Y qué?

—A ti no te gustaría que una turba entrara aquí destrozándolo todo y se llevara todas tus valiosas posesiones, ¿verdad que no, Natty?

Con menos de un día de experiencia, Hubert, etc., podía ver que Natalie no quería que la llamaran «Natty». Jacob lo sabía, estaba provocando a su hija. Estaba haciendo trampa.

—A mí no me importaría —dijo Hubert, etc.—. No tengo gran cosa, la mayor parte de lo que importa tiene copia de seguridad. Quiero decir, siempre y cuando pudiera encontrar una cama y algo de ropa al día siguiente, no supondría mucha diferencia.

—Natty tiene mucho más que una muda de ropa y una cama en este nidito suyo —contestó Jacob—. A Natty le gustan las cosas bonitas.

—Me gustan. Y quiero que todo el mundo las tenga.

La mirada de Natalie podría haber laminado acero.

—Pues que trabajen para conseguirlas igual que hemos hecho nosotros.

Natalie soltó un resoplido.

Jacob miró a Hubert, etc.

—¿Estabas anoche en la fiesta?

Atardecía al otro lado del ventanal, una luz naranja rosada se filtraba por el barranco y tintaba la superficie encrespada del río.

—Estaba, sí.

—¿Qué opinas de allanar una propiedad privada y robar lo que encuentras dentro?

Hubert, etc., deseó haber fingido estar dormido. Estaba bastante seguro de que eso era lo que estaba haciendo Seth.

—Nadie lo estaba utilizando. —Hubert, etc., miró a Natalie—. Con las pilas de hidrógeno llenas, los molinos de

viento se estaban desperdiciando. Los materiales no valían prácticamente nada.

Natalie intervino:

—¿Qué sentido tiene la propiedad privada si lo único que hace es pudrirse?

—Oh, por favor. La propiedad privada es la propiedad más productiva. Las ineficiencias temporales no cambian nada. Solo los pirados y los ladrones piensan que robar sus propiedades a otros es una forma válida de actuación política.

—Solo los cleptócratas utilizan términos como «ineficiencias temporales» para definir abominaciones derrochadoras como esa fábrica de Muji.

—Qué fácil es hablar de cleptócratas cuando papá mueve los hilos para quitarte de encima a los polis que te tienen el culo a tiro. Van a arrestar a una barbaridad de personas hoy, Natty, pero no a ti ni a tus amigos.

—No finjas que la vergüenza política es generosidad. Déjalos que me encierren.

—Pues quizá lo haga. Igual un par de años de trabajo duro en la cárcel te hacen valorar lo que tienes.

Natalie miró a Hubert, etc.:

—Lleva amenazándome con mandarme a la cárcel desde que tenía diez años. Solía ser uno de esos sitios en islas privadas donde te cagan de miedo, hasta que los cerraron todos por las «violaciones terapéuticas». Ahora es la cárcel de adultos. ¡Qué coño!, ¿por qué no, papá? Eres accionista principal de la mayoría..., te harían descuento. Y me permitiría conocer el negocio familiar desde dentro.

Jacob soltó una risa aparatosa.

—Como que iba yo a confiarte la dirección de algo... Los negocios son una meritocracia, niña. Te crees que te van a dar un trabajo de los buenos solo porque eres mi hija...

—No, no es eso lo que creo. Porque ya no quedan «trabajos». Solo ingeniería financiera y política. Y no estoy cualificada para ninguna de las dos. Para empezar porque no soy capaz de decir «meritocracia» con cara seria.

Hubert, etc., vio ese golpe hacer blanco. Se envalentonó.

—Es el colmo de las chorradas circulares que defienden intereses concretos, ¿o no?: «Somos las mejores personas que conocemos, estamos en lo más alto, por tanto, tenemos una meritocracia. ¿Cómo sabemos que somos los mejores? Porque estamos en lo más alto. *Quod erat demonstrandum*». Lo más increíble de la «meritocracia» es que tantos y tan brillantes capitanes de la industria todavía no se hayan dado

cuenta de que esta patraña es un montón de mierda tan evidente que si estuviera en órbita se vería desde la tierra.

Hubert, etc., miró de nuevo furtivamente a Natalie, que le ofreció un mínimo asentimiento que lo emocionó.

Jacob parecía más cabreado. Desde su posición alejada de aquellas personas, Hubert, etc., se preguntaba cómo un hombre tan poderoso podía tener la piel tan fina. Jacob se levantó y les lanzó una mirada feroz:

—Eso es muy fácil de decir, pero la última vez que lo miré ninguno de vosotros dos había hecho una puta mierda que le importara a nadie y dependíais de las «patrañas» para que no os mandaran a la cárcel de una patada en el culo.

—Y dale con lo de la cárcel. Supongo que la prisión es una forma de ganar una discusión si no se te ocurre nada mejor.

—Es tradicional —dijo Seth, levantando la cara de las almohadas—. La Inquisición española. La URSS. Arabia Saudí. Guantánamo...

Jacob se marchó cerrando la puerta con un majestuoso clic. Suponía más enfado que un portazo. Hubert, etc., estaba pletórico.

—En este hotel hay un escándalo de la leche —dijo Seth, que se puso boca arriba, se estiró y dejó al aire la peluda

barriga, que se había reblandecido desde la última vez que la había visto Hubert, etc.

—Pero el servicio de habitaciones es magnífico —respondió Hubert, etc.—. Y el precio es imbatible.

Seth se sentó.

—Ese es tu padre, ¿eh?

—Sé que es un cliché odiar a tu viejo cuando tienes veinte años, pero es tan capullo... —dijo Natalie—. Se cree en serio ese rollo de la meritocracia. Se lo cree de verdad. Está a un paso de decir que tiene sangre azul en las venas.

—Lo que nunca he entendido —dijo Hubert, etc.— es cómo puede alguien estar engañándose de esta forma y seguir apañándose para ser dueño de la mitad del planeta. Entiendo que ciertos delirios pueden ser útiles cuando te dedicas a dar órdenes a la gente y estafas al mundo entero, pero ¿no termina viniéndose abajo todo eso tarde o temprano? Ahí fuera lo que sigue habiendo es capitalismo. Si tu competidor ficha a una persona que no se engaña, ¿no terminará esta persona por arruinarte?

—Hay más de una forma de ser inteligente —respondió Natalie—. Las personas como mi padre asumen que, por ser inteligentes cuando se comportan como unos cabrones del demonio, son inteligentes en todo...

—¿Y que sean inteligentes en todo —la interrumpió Seth— hace que esté bien que se comporten como unos cabrones del demonio?

—Exactamente —respondió Natalie—. Así, la gente como mi padre es buena calculando cómo hacer que su «gente inteligente» haga que una empresa sea declarada ilegal, cómo birlarle las mejores ideas o, simplemente, cómo comprarla, apalancarla y financierizarla hasta que no se dedica a otra cosa más que a lanzar exóticos derivados financieros y a conseguir exenciones fiscales. Pero resulta que ¡no es suficiente! Lo que pretende es ser el uno por ciento del uno por ciento del uno por ciento gracias a sus virtudes inherentes, no porque el sistema esté manipulado. Toda su identidad descansa en la idea de que el sistema es legítimo y se ha ganado su posición en él por justicia, cumpliendo las normas, y todos los demás son unos llorones.

—Si no querían ser pobres, deberían haber tenido el sentido común de nacer ricos —apostilló Seth.

—Sin ánimo de ofender —añadió Hubert, etc.

—No me ofendo.

Natalie rebuscó en una pila de ropa y sacó una chaqueta de punto muy calado color berenjena que tenía unas braguitas enrolladas colgadas de una manga. Las tiró a las escaleras como con un tirachinas.

—Sé que mi familia es más rica que el Tío Gilito —dijo Natalie—, pero no finjo que hayamos llegado aquí haciendo otra cosa que no sea tener suerte hace mucho tiempo y utilizar los sobornos, la corrupción y el cohecho para llevar aquella suerte hasta este palacio hortera y a una decena más como este.

—¿Y lo de anoche? —preguntó Hubert, etc., animado por la sinceridad de la chica—. ¿Qué pasa con la fiesta y todo eso?

—¿Qué pasa de qué? —respondió Natalie con un tono juguetón y retador.

—¿Qué pasa con eso de ser más rica que el Tío Gilito y organizar una fiesta comunista?

—¿Y por qué no iba a organizarla?

—No es que necesites...

—Pero puedo. Recuerda, no es solo «a cada cual según sus necesidades», es «de cada cual según sus capacidades». Yo sé encontrar fábricas que son perfectas para la acción directa. Sé meterme en ellas. Sé hacerme con el control de sus máquinas. Sé montar una fiesta increíble. Tengo todos estos privilegios inmerecidos, que no me he ganado. Además de suicidarme por ser enemiga de la especie humana, ¿se te ocurre algo mejor que pueda hacer con mis privilegios?

—Podrías dar dinero a...

Natalie dejó paralizado a Hubert, etc., con su mirada.

—¿Todavía no lo has entendido? Dar dinero no soluciona nada. Pedir a los zotarricos que se rediman regalando dinero es reconocer que se lo merecen todo, que tendrían que ser los responsables de decidir qué se hace con él. Es fingir que puedes enriquecerte sin ser un bandido. Dejarles decidir qué recibe financiación es proclamar que el planeta es una corporación gigantesca que dirigen los principales accionistas. Supone que el Gobierno no es más que la gestión intermedia, que se contrata o se despide según plazca a los directores.

—Además, si te crees todo eso, no tienes que entregar todo el dinero —intervino Seth.

Natalie no parecía enfadada.

—¿Para qué coño necesitamos el dinero? Mientras sigas fingiendo que el dinero no es otra cosa que una alucinación consensuada inducida por la élite al mando para convencerte de que los dejes quedarse con las mejores cosas, nunca vas a tener impacto. Steve, el problema no es que la gente se gaste el dinero de manera equivocada ni que lo tenga la gente equivocada. ¡El problema es el dinero! El dinero solo funciona si no hay suficiente para repartir, si estás convencido de que lo que escasea está distribuido de

manera justa, pero es el mismo argumento meritocrático circular que Etcétera le ha destrozado a mi padre: los mercados son la forma más justa de decidir quién debe tener qué y han sido los mercados los que han producido la terrible distribución actual, por lo que la terrible distribución actual es la mejor solución para un problema difícil.

—Siempre que oigo a alguien decir que el dinero es una estupidez, miro a ver cuánto dinero tiene —replicó Seth—. Sin ánimo de ofender, Natty, pero es mucho más fácil decir que el dinero es una chorrada cuando lo tienes.

Seth se incorporó y se frotó con fuerza las piernas. De sus vaqueros cayeron escamas de barro seco.

Natalie soltó un bufido.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre? ¿Llamarme «roja de salón»? ¿Tú crees que el hecho de haber nacido con un montón de dinero...? Y cuando digo un montón, digo más dinero del que verás nunca ni te podrás imaginar siquiera. ¿Tú crees que eso me descalifica para tener una opinión?

Seth fue a la despensa y sacó comida: fruta fresca, bebida hidratante de jalea real, *pizza* en una caja de precocinado. Tiró de la lengüeta y la retiró. El silencio se prolongaba más de la cuenta. Hubert, etc., estaba a punto de hablar cuando Seth dijo:

—Me he encontrado con un montón de polis con teorías de mierda sobre la delincuencia y la naturaleza humana. Los generales tienen claramente opiniones desquiciadas sobre la gravedad de acabar con una vida humana. Todo cura, rabino e imán parece saber mucho de un ser invisible y todopoderoso que todo parece indicar que es un cuento de hadas. Así que sí, tener un montón de dinero probablemente te descalifica y supone que no tienes ni putísima idea. — Sacó la *pizza* de la caja y esquivó el vapor que salía de ella—. ¿Alguien quiere una porción?

El olor del ajo, el tomate, los granos de maíz y las anchoas se arremolinó como un torbellino de orégano.

Hubert, etc., contrajo el cuerpo a la espera de la erupción de Natalie. Seth era un maestro de la provocación. Pero la furia no se desencadenó.

—Eso no es del todo estúpido. Digamos que tenemos perspectivas diferentes con respecto al dinero. Dime, Steve, ¿tú crees que puedes construir un mundo mejor decidiendo cómo gastas y redistribuyes el dinero?

—¡Yo qué coño voy a saber!

Hubert, etc., cogió la caja de la *pizza* y se hizo con una porción. Para estar horneada en segundos, era buena. La salsa era fuerte y picante, tal vez tan adictiva como el *crack*. Cuando reparó en que en la mansión de los Redwater había

tantas *pizzas* potenciales esperando como fuera capaz de comerse, cogió dos porciones más.

—Yo sospecho de cualquier plan para solucionar las injusticias que empiece con «primer paso: dismantelar el sistema entero y reemplazarlo con otro mejor», especialmente si no hay nada que hacer hasta que se ha dado ese primer paso. De todas las formas con las que la gente se convence para no hacer nada, esa es la más interesada.

—¿Y qué hay de los andantes? —dijo Hubert, etc.—. A mí me parece que están haciendo algo que supone una diferencia. Nada de dinero, nada de fingir que el dinero importa, y lo están haciendo ahora mismo.

Natalie y Seth lo miraron. Hubert, etc., se terminó la tercera porción y siguió:

—Son raros y la cosa no está muy definida, pero esto es lo que hay cuando estamos hablando de destruir el mundo que conocemos y montar otro en su lugar.

—Está de coña, ¿no? —dijo Natalie.

—¿Y yo qué coño sé? —respondió Seth—. Es un tipo raro. Etcétera, estás de coña, ¿verdad?

Hubert, etc., se animó al sentirse el centro de atención.

—Lo digo completamente en serio. Mirad, yo también he oído historias, no sé si serán verdad, y si los dos vais en serio con todo esto de cambiar el mundo, no creo que podáis fingir que un par de millones de bichos raros que tienen precisamente esa misión no existen porque su forma de vida os incomoda. Tampoco es que las *pizzas* que se calientan solas sean una institución innata de la humanidad que la especie haya disfrutado desde hace miles de años.

—¿Qué estás proponiendo?

—No es exactamente una propuesta. Pero si quisierais, podríais tener toda la información necesaria para haceros andantes en diez minutos, podríamos echarnos a la carretera mañana mismo y vivir como si fueran los primeros días de una nación mejor... o más rara.

Natalie se quedó mucho tiempo mirando el cielo, que se oscurecía.

—Billiam solía bromear con los andantes. Siempre había una pareja que se presentaba en las fiestas comunistas al día siguiente y retocaba esto y aquello para que funcionara mejor. No nos dirigían la palabra, ni siquiera establecían contacto visual, pero siempre dejaban las cosas funcionando mejor de lo que las habían encontrado. Billiam decía que íbamos a terminar todos siendo andantes.

—Era un buen amigo, ¿verdad? —Hubert, etc., se sintió estúpido.

—Nos conocimos hace tres años, había temporadas que nos veíamos más y temporadas que nos veíamos menos. No era mi mejor amigo, pero nos lo pasábamos bien juntos. Era una buena persona, aunque yo lo haya visto comportarse como un auténtico gilipollas.

Seth sorprendió a Hubert, etc., diciendo:

—No son palabras muy amables.

Natalie respondió con un ruido impaciente.

—Chorradas. No soporto para nada eso de no hablar mal de los muertos. Billiam era sesenta por ciento buen tipo y cuarenta por ciento capullo total. Eso lo coloca en mitad de la campana de Gauss de la humanidad. Las chorradas le quemaban por dentro más que si se hubiera comido el sol. Era mi amigo, no el vuestro.

Hubert, etc., notó que le caían lágrimas y no supo por qué. Se fue al baño y se sentó en la tapa del váter con los ojos cerrados, luego miró fijamente la pantalla que ejercía de espejo y dejó que completara el ciclo de sus rasgos, la nuca y la parte superior de la cabeza. Tenía una pinta de mierda. Su segunda sensación, que llegó con una sacudida de realidad, fue que de lo que tenía pinta era de ser un humano normal entre miles de millones de seres humanos, ni más ni

menos malo ni bueno que nadie. Recordó lo que había dicho Natalie de la campana de Gauss y pensó que él estaba a uno o dos sigmas de la normalidad en los dos ejes.

Se echó agua fría en la cara y salió arrastrando las manos por la pared pintada con los dedos. Natalie y Seth lo miraron con culpa o tal vez preocupación.

—¿Estás bien, tío? —preguntó Seth.

—Natalie —respondió Hubert, etc.—, no creo que la persona media sea sesenta por ciento buena y cuarenta por ciento gilipollas. Creo que la persona media a veces se engaña a sí misma pensando que es el centro del universo, que no pasa nada porque haga algo que le jodería que otra persona le hiciera, y lo que hace es intentar no pensar demasiado en ello.

—Eh..., vale —dijo Natalie.

—Y creo que la tragedia de la existencia humana es que el mundo está dirigido por personas que son realmente buenas engañándose a sí mismas, como tu padre. Tu padre consigue convencerse de que es rico y poderoso porque es la leche y ha subido a lo más alto. Pero no es tonto. Sabe que se engaña a sí mismo, lo sabe. Así que, debajo de esa capa superior de estupideces, hay otro sistema de creencias más consciente: la creencia de que todos los demás se

engañarían a sí mismos de la manera en la que él lo hace si tuvieran la oportunidad.

—Correcto, es exactamente eso —asintió Natalie.

—Sus creencias no empiezan con la idea de que está bien engañarte con que eres un copo de nieve especial que merece más galletitas que los demás niños. Empiezan con la idea de que eso está en la naturaleza humana, de que forma parte de la naturaleza humana engañarte a ti mismo y comerte la última galleta, de manera que, si no lo hace él, alguien lo hará, así que mejor que sea el más completamente autoconvencido de todos, el acaparador de galletas más experto, no vaya a ser que llegue primero alguien más espantoso, inmoral y codicioso que él y se coma todas las galletas, se lleve el plato y cobre alquiler por beber leche.

—Introduzca aquí la tragedia de los comunes —dijo Seth con voz impostada.

Natalie levantó las manos.

—¿Sabéis? He oído la expresión «tragedia de los comunes» como mil veces y en realidad nunca la he buscado. ¿Qué es? ¿Tiene algo que ver con que los pobres son dados a la tragedia?

—Son los bienes comunales —respondió Hubert, etc. Algo se había despertado y desatado dentro de él. Quería quitar

de una patada la *pizza* de la mesa y utilizarla de escenario—. Bienes comunitarios. Tierra comunal que no pertenece a nadie. Las aldeas tenían tierras comunales a las que cualquiera podía llevar su ganado a pastar un día. La parte de la tragedia es que, si la tierra no es de nadie, alguien aparecerá y dejará que sus ovejas coman hasta que no quede más que barro. Todo el mundo sabe que ese cabrón va a llegar, así que, ya puestos, pueden ser ellos, ese cabrón pueden ser ellos. Mejor que las ovejas que pertenecen a un buen tipo como tú se llenen la tripa a que la hierba sea para las ovejas de algún baboso egoísta.

—Suenan a parábola de mierda.

—Ah, sí, claro —asintió Hubert, etc. La cosa aquella se movía dentro de sus tripas, le estremecía las pelotas y la cara—. Es más que mera charlatanería. Es una patraña mordaz y malvada, de las que cambian el mundo. La solución a la tragedia de los comunes no es poner un poli que garantice que los sociópatas no sobreexploten la tierra ni rechazar a cualquiera que lo haga convirtiéndolo en un paria. La solución es permitir que un barón ladrón sea propietario de la tierra que solía ser de todos, porque, una vez que la gestiona para obtener beneficios, tendrá un cuidado exquisito para que produzca beneficios por siempre.

—¿Esa es la tragedia de los comunes? ¿Un cuento de hadas que va de entregar bienes públicos a la gente rica para que

los gestione como imperios personales porque de esa forma se asegurarán de que están mejor gestionados de lo que lo estarían si simplemente estableciéramos unas normas? Joder, ¡a mi padre le tiene que encantar esta historia!

—Es el mito fundacional de la gente como tu padre —dijo Hubert, etc.—. Es una chorrada evidente para cualquiera que no tenga un negocio redondo que dependa de que no sea evidente.

—¿Lo has oído, papá? —dijo Natalie paseando la vista por la habitación—. Evidente para cualquiera que no tenga un negocio redondo que dependa de que no sea evidente, puto sociópata autoconvencido.

—¿Te tiene pinchada? —preguntó Seth.

—Tengo un filtro de privacidad individual en la red de la casa. Pero, claro, las cámaras están grabando, por supuesto, porque si me secuestran o me asesinan, las tendrá que revisar. Ni que decir tiene que esto es una chorrada y siempre ha sido capaz de saltarse las barreras. Aprendió de mí cuando hizo un registro de auditoría y vio que yo lo hacía también. Ahora me tiene bloqueado el acceso, pero estoy segurísima de que a veces ha revisado mis cámaras. —Natalie miró al aire que tenía delante—. Sí, papá, sé que estás escuchando. Es patético.

Hubert, etc., recordó su reflejo en el baño y se preguntó si los datos del espejo se conservarían mucho tiempo. Conocía a montones de personas con la casa vigilada, pero no puedes vivir con la idea de que te observan. Si las infografías indicaban una protección completa, había que creerlas. Eso es lo que hacía que las brechas masivas de seguridad desataran tal pánico: reparar de repente en que todo podría estar funcionando en contra de lo previsto por culpa de un criminal o de un capullo que utilizara un algoritmo de detección cutánea para pillarte masturbándote, palabras clave para señalar tus conversaciones más vergonzosas o que recopilara tus datos biométricos para hacer ataques de reinyección a tus cuentas bancarias y a tus redes sociales.

Vivir sabiendo que había mirones dentro de tu perímetro era estremecedor. De todas las cosas raras de ser zotarrico, esta era la que más. Por el momento.

—Perdona —dijo Hubert, etc.—, estoy intentando hacerme a la idea de todo esto. ¿Con cuánta frecuencia te espía?

—¿Quién sabe? Normalmente me voy a otra parte siempre que quiero tener una conversación de verdad. —Natalie paseó la mirada por la habitación enorme, bien ventilada y llena de basura—. No vengo mucho por aquí.

Hubert, etc., había asumido que la habitación era un estercolero porque Natalie era una niña rica vaga que no

sabía la suerte que tenía, pero comprendió que era un gesto calculado de desprecio. Aquella no era su casa, era una jaula. Hubert, etc., no siempre tenía la mejor de las relaciones con sus padres, pero esto era otro nivel.

—¿Y tu madre? —preguntó—. ¿Sabe que tu padre te espía?

—Claro. Mamá tampoco pasa mucho por aquí..., está a cuatro o cinco franjas horarias de distancia. —Natalie torció el gesto—. Ah, ¿te refieres a si es una cosa sexual? No, estoy segura de que no. A mi padre la carne se la sirven especialistas. Nunca ha sido ese tipo de perverso. —Se dirigió entonces al aire—. ¿Lo ves, papá? Te defiendo. Seas lo que seas, no te ponen tus propias hijas. Bravo.

A Hubert, etc., se le erizó la nuca. Aquello que había cobrado vida dentro de él se revolcaba lentamente en sus tripas.

Natalie lo miró.

—Parece que hayas visto a un fantasma. No te preocupes, acostúmbrate. En realidad no es diferente a estar en la calle y que te estén detectando y grabando todo el rato. ¿Qué es lo peor que puede pasar? Papá no te va a liquidar ni va a mandar a mercenarios que te sigan la pista cuando nos salgamos.

—¿Cuándo nos salgamos?

—¿No es eso de lo que estábamos hablando, de hacernos andantes? Ahí es adonde nos llevaba eso. Algo como lo del príncipe y el mendigo: «¡Caracoles! Apuesto a que podría ataviarme con los harapos de un mendigo y pasar desapercibido entre las clases bajas».

—No me hagas unirme a los andantes, Etcétera —dijo Seth.

Esa cosa que se movía por las tripas de Hubert, etc., se agitó.

—¿A esto es a lo que os llevaba yo?

Natalie lo miró a los ojos. Le brillaba el rostro. Era preciosa. Tenía granos, un puñado de pecas, la esclerótica de sus ojos era rosa y los párpados tenían el borde rojo. Estaba llena de vida, de dolor y de aquello que él había sentido cuando entendió que las conversaciones susurradas a propósito del dinero y el trabajo que mantenían los adultos todo el rato eran el reflejo exterior de un terror profundo y sin fin. Un miedo que carcomía a toda persona adulta. Un pánico atávico al tigre que aguarda fuera de la cueva.

—Joder, a mí me ha sonado a eso —dijo Natalie.

—Seth, ¿qué es exactamente lo que te impide hacerte andante?

Para sorpresa de Hubert, etc., Seth parecía verdaderamente angustiado.

—Estás de coña. Esa gente está tarada. Son sintecho, Hubert...

Hubert, etc., se percató de que Seth lo había llamado Hubert, lo que siempre era una señal de que había dado con un buen filón en la psique de Seth.

—Son mendigos. Comen basura...

—No basura exactamente —puntualizó Hubert, etc.—. No en mayor medida que la cerveza que nos bebimos anoche podríamos decir que era orina. Dame un buen motivo. ¿Lealtad a tu jefe? ¿Perspectivas de una vida rica en la que te sientas realizado?

Al igual que Hubert, etc., Seth nunca había conseguido trabajar más de seis meses seguidos, y el primero se consideraba de «formación»: no pagado. Ninguno de ellos había tenido nada parecido a un trabajo real en meses.

—¿Qué te parece el miedo a la cárcel?

—¿Y a ti qué te parece? Me arrastraste a una fiesta ilegal anoche. Es más posible que nos empaqueten por eso que por cualquier cosa que hagamos en los territorios abandonados...

—¿En los territorios? Sé serio, estarías muerto en menos de un mes.

—No es la superficie de la luna. Son sitios donde nadie se molesta en detener a la población por vagancia.

—Es verdad, no los arrestan, los incineran por ser okupas terroristas —respondió Seth—. Y luego está el fuego amigo. Aquello es un puñetero circo romano de humanos sobrantes.

—Tiene parte de razón —dijo Natalie—. Tendríamos que ir armados. La habitación del pánico de papá está llena de juguetitos: cosas diseñadas para evitar las ondas milimétricas. Si nos lleváramos suficiente material, seríamos los reyes del desierto. Podría ser divertido.

Hubert, etc., estaba pasmado.

—¿Habéis visto alguna vez a un andante? Son prácticamente monjes budistas. No se dedican a masacrar a sus rivales con Kaláshnikov hechos de resina con impresoras 3D. Habéis visto demasiadas películas.

—Yo he visto andantes entre la gente que nos visitaba en las liberaciones, pero ¿quién sabe cómo son en su hábitat natural? No tiene sentido ser ingenuos. Se os ha ido la cabeza si pensáis que vamos a entrar paseando en Mordor con mochilas llenas de comida precocinada y nos van a recibir como hermanos del alma.

Hubert, etc., estaba ya tan cabreado como Seth.

—¿Alguno de los dos ha matado a alguien? ¿Estáis preparados para hacerlo? ¿Apuntaríais con un arma a otro ser humano y le pegaríais un tiro?

Natalie se encogió de hombros.

—Si fuera él o yo, claro, cojones —dijo Seth.

—No decís más que gilipollices.

Seth y Hubert, etc., se miraron con rencor. Natalie se lo estaba pasando mejor que nunca.

El enfrentamiento se podía haber prolongado si Hubert, etc., no hubiera mirado la sección de preguntas habituales. Tuvieron una breve discusión acerca del anonimizador del que podían fiarse: si tenían la edad de Natalie, todos los servidores proxy que Hubert y Seth utilizaban te parecían operadores de falsa bandera destinados a recopilar información de los disidentes. Natalie, por su parte, prefería un anonimizador que Seth y Hubert, etc., habían oído que no era más que un coladero de seudociencia idealista. Resultó que los dos sistemas podían encadenarse con facilidad, así que los pusieron en marcha simultáneamente a regañadientes y empezaron a buscar.

Había tantas páginas de preguntas habituales sobre andantes como andantes. El impulso de echarse a andar

estaba ligado a la necesidad de escribir memorias al estilo de Thoreau sobre el malestar social y el arte de desconectarse de la red en la era de la conciencia de la información total. Incluían apéndices en los que se elaboraban resúmenes para la peña a la que cualquier cosa le parecía que era leer demasiado, con vídeos, vínculos a la red oscura, ficheros de información geográfica y fórmulas líquidas para imprimir tus propias enzimas fundamentales y OGM. Algunas de estas cosas eran como armas radiactivas, el tipo de información que supondría una vigilancia tan férrea que tendrías que abrirte paso entre nubes de drones para salir a buscar leche, pero no había nada que tuviera que ver con armas. Hubert, etc., se lo indicó a Natalie y a Seth intentando no presumir. Seth contestó:

—Pues claro que nadie habla de los tirachinas donde la secreta pueda verlo. Estará todo en la red oscura más profunda.

—¿Estás diciendo que el hecho de que no podamos encontrar nada sobre armas es la prueba de que tiene que haber armas porque si hubiera armas nadie hablaría de armas?

Hubert, etc., tenía experiencia imponiéndose a Seth en los debates. Se dio cuenta, encantado, de que Natalie estaba de acuerdo y disfrutó de su momento de admiración.

Seth le lanzó una mirada beligerante, que no pudo mantener.

—Muy bien, sin armas.

Hubert, etc., se percató entonces de que aquello ya no era un experimento mental: en algún punto del camino, leyendo preguntas habituales y viendo vídeos, habían dejado de jugar a imaginar para empezar a planificar. Había acumulado pantallas y pantallas de notas y un tocho enorme de información en caché.

—¿Vamos a hacer esto de verdad? ¿De veras, en serio?

Natalie paseó intencionadamente la mirada por la habitación. Hubert, etc., pensó en las fiestas y las estupideces que habrían tenido lugar allí: frikis zotarricos jugando a sus decadentes juegos favoritos a lo largo de los años. Pensó en las cámaras, que registraban su sesión de planificación desde diferentes ángulos y la almacenaban en archivos que no serían destruidos poco después.

—Claro que sí, coño —susurró Natalie—. ¡Vamos!

II. OS ENCONTRÁIS EN UNA TABERNA

[II. i]

Los domingos eran el día más atareado en el Belt and Braces y siempre había competencia por los mejores trabajos. La primera persona que cruzaba la puerta encendía las luces y comprobaba las infografías. Eran lo bastante fáciles de leer para que cualquiera pudiera entenderlas, incluso los nubs³. Pero Limpopo no era novata. Tenía más consolidaciones en el *firmware* del Belt and Braces que nadie, aventajaba al resto exponencialmente. Era de mal gusto, hablando en sentido estricto, que enumerara sus consolidaciones, ni hablar de llevar la cuenta. En una economía de los dones, se da sin hacer recuento, porque ese

3 Noob: //Nub// Palabra inglesa con el mismo significado que novato, usado de forma despectiva, para burlarse a alguien que tiene conocimientos inferiores. [N. e. d.]

recuento implica la expectativa de una recompensa. Lo que se hace por una recompensa es una inversión, no un regalo.

En teoría, Limpopo estaba de acuerdo. En la práctica, era muy fácil llevar la cuenta y la tabla de puntuación le proporcionaba tal satisfacción que no podía contenerse. No se enorgullecía. O apenas. Pero aquel domingo, tras ser la primera en cruzar la puerta del Belt and Braces, sola en el gran salón común, con sus hileras de mesas y sillas, con todas las infografías exponiendo datos normales, se sintió orgullosa. Le dio unos golpes a la pared con un aire perverso, inaceptable, de propietaria. Había contribuido a construir el Belt and Braces rebuscando en lugares abandonados los materiales que los drones de vanguardia habían identificado para la construcción. Era el proyecto con el que había encontrado su forma de ser andante, la idea más prominente en su cabeza cuando miró a su alrededor en las tierras baldías, soltó la mochila, vació los bolsillos de todo lo que mereciera la pena ser robado, guardó una muda de ropa interior en una bolsa y echó a andar hacia el escarpe del Niágara, más allá de la línea invisible que separaba la civilización de la tierra de nadie: salía del mundo tal como era y entraba en el mundo que podría ser.

La colección de código fuente se había originado en el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados y había sido puesta a prueba *in situ* muchísimas veces. Le decías el tipo de edificio que querías, le dabas un rango de búsqueda de materiales y dirigía sus drones a inventariar

cualquier cosa que hubiera cerca —con escáneres multibanda y análisis en profundidad de bases de datos confrontados con referencias de planificación urbanística y normativas de edificación— para identificar materiales para lo que fuera que estuvieras construyendo. Los datos recogidos pasaban a ser un inventario de chatarreros, y los refugiados o los trabajadores humanitarios (o, en vergonzosos casos, esclavos adolescentes víctimas de trata) se desplegaban para hacerse con los elementos que el edificio necesitaba para hacer posible su propia existencia.

Los materiales iban llegando al espacio de trabajo. El edificio los registraba y los configuraba, era una aplicación cuidadosamente medida y continuamente reelaborada del plan de construcción que factorizaba las capacidades de los trabajadores o de los robots presentes en todo momento. El resultado tenía algo de magia y algo de humillación continua. Si instalabas algo mal, el sistema intentaba encontrar una forma de darle la vuelta a tu estúpido error. Cuando esto no funcionaba, el sistema pasaba a la comunicación háptica con una intensidad creciente. Si ignorabas las vibraciones, intentaba la comunicación óptica e incluso sonora. Si la evitabas, empezaba a transmitir a otros humanos que algo fallaba y les indicaba cómo solucionarlo. Se habían hecho muchos test A/B (estaban ahí, en el código fuente y en sus pruebas unitarias para quien quisiera revisarlos) y la mejor estrategia que los edificios

habían encontrado para corregir a los humanos era fingir que no existían.

Si colocabas un pedazo de acero laminado de una forma con la que el edificio realmente no podía trabajar e ignorabas el creciente coro de advertencias, a alguien se le comunicaría que había un pedazo de material «desalineado» y se le encargaría la tarea con un nivel de urgencia alto. Era el mismo error que los edificios transmitían si algún material resbalaba. El mensaje de error no suponía que un ser humano la había cagado por malicia o por incompetencia. La teoría inicial había sido que un error sin responsable sería más elegante en términos sociales. Los seres humanos se empecinan en sus errores, especialmente cuando son humillados delante de sus semejantes. Las versiones alternativas que señalaban a los culpables habían mostrado que una encendida y virulenta negación era el mayor impedimento para poner en pie un edificio.

Así pues, si la cagabas, alguien aparecería pronto con un meca, una carretilla elevadora o un destornillador y una asignación de tareas para limpiar aquello que estabas intentando someter a golpes. Podías fingir que estabas haciendo el mismo trabajo que el recién llegado, que eras parte de la solución en lugar de la causa del problema. Así se evitaba el señalamiento, de modo que no insistías en que lo estabas haciendo bien y que las estúpidas instrucciones del edificio —y el universo al completo— estaban equivocadas.

La realidad era, no obstante, más peculiar, y lo era de un modo correoso que a Limpopo le encantaba. Resultaba que si te destinaban a desenmierdar algo y encontrabas a alguien que era claramente la fuente del enmierdamiento, podías sin ninguna duda ver que el acero laminado no estaba torcido tres grados por un deslizamiento: estaba torcido tres grados porque un imbécil había metido la pata. Más aún: el señor Imbécil sabía que tú sabías que el culpable era él. Pero el hecho de que el mensaje dijera: URGENTE REALINEACIÓN ELEMENTO ESTRUCTURAL -3º A 120º NORNORESTE, en lugar de: URGENTE REALINEACIÓN ELEMENTO ESTRUCTURAL -3º A 120º NORNORESTE PORQUE ALGÚN IMBÉCIL NO SABE SEGUIR LAS INSTRUCCIONES, os permitía a los dos hacer ese cursi kabuki en el que te expresabas en esa tercera persona impersonal: «La viga se ha desalineado», y no: «la has cagado con la viga».

Este fingimiento (los investigadores lo llamaban «ignoración social en red», pero todos los demás lo conocían como el efecto «¿Qué hace esto aquí?») supuso un cambio esencial en la iniciativa de distribución de refugios de ACNUR. Con antelación todo había sido ludificado hasta joderlo de verdad, con tablas de puntuación de los instaladores más acertados y de los mejores chatarreros. Los edificios de prueba terminaban arruinados por feroces enfrentamientos y peleas a puñetazos, lo que podía llegar a ser una virtud, dado que toda construcción se dividía en dos o tres subgrupos, cada uno de los cuales levantaba sus

propios edificios. ¡Tres por el precio de uno! Inevitablemente, estos proyectos que se ramificaban eran menos ambiciosos que el plan original.

Los emplazamientos más tempranos tenían una pinta similar: un edificio ancho, plano y bajo, las primeras tres plantas de algo que contaba con diez en su planificación original, antes de que la mitad de los trabajadores lo dejaran. A cien metros, tres edificios más, cada uno la mitad de tamaño que el anterior, una representación de edificios escindidos y reescindidos contruidos a modo de venganza por facciones enemistadas. En algunos sitios había espirales de Fibonacci de escisiones cada vez menores, culminadas con una casita de juguete que irradiaba hostilidad.

Los edificios dieron el salto del repositorio de ACNUR a los andantes y mutaron en innumerables variaciones más allá del olimpo de los diseños: clínica, escuela y albergue para refugiados. El Belt and Braces fue la primera taberna que se intentó construir. Los diseños de cocinas para restaurantes no estaban muy alejados de las cocinas de campamento, y los espacios comunes amplios eran bastante sencillos, pero el espíritu real de aquello era sustancialmente diferente, retorcido de mil maneras de forma que nunca entraras y pensaras: «Esta es una residencia para refugiados que han convertido en restaurante».

Pero tampoco confundirías nunca el Belt and Braces con un restaurante normal. Su principal característica eran las

proyecciones de luces que pintaban las superficies y los objetos desde su interior con sutiles tonos rojos o verdes para informar de que algo requería atención humana. Era el manual básico de ACNUR, pero, de nuevo, había un mundo de distancia entre servir comidas precocinadas a refugiados climáticos y servir elaborados cócteles con hielo seco hechos con impresoras líquidas y alcohol en polvo. Ningún campamento de refugiados utilizó nunca tantas sombrillas y varillas de cóctel ni tan bien diseñadas.

En un día normal, el Belt and Braces atendía a un par de cientos de personas. Los domingos se acercaban a las quinientas. La afluencia de nubs atraía a ojeadores en busca de talento, parejas sexuales, compañeros de juegos y con los que hacer música y, por supuesto, víctimas. Haber sido la primera en cruzar la puerta significaba que Limpopo podría ejercer de *maître*.

Los gráficos mostraban que la cerveza de la noche anterior había subido bien. Las pilas de hidrógeno estaban al cuarenta y cinco por ciento, lo que alimentaría el Belt and Braces dos semanas a todo trapo: los aerogeneradores del tejado habían estado dándole fuerte, electrolizando aguas residuales y llenando las pilas con el hidrógeno craqueado. Había cincuenta pilas en el sótano, recuperadas de reactores abandonados que habían localizado los drones. Los reactores llevaban mucho tiempo sin poder alzar el vuelo, pero habían aportado grandes cantidades de material al Belt and Braces, incluidas decenas de bancos hechos con los

asientos. La resistente tapicería llegó limpia: la superficie, que repelía la suciedad, mostraba su diseño con cada pasada de los trapos, como si estuviera pintada con tinta simpática.

Pero las pilas de hidrógeno habían sido el mayor descubrimiento de todos; sin ellas, el Belt and Braces habría sido muy diferente, con tendencia a la escasez y a las caídas de potencia. A Limpopo le preocupaba que las robaran; necesitó toda su capacidad de autocontrol para no instalar tecnología de vigilancia alrededor de todas las trampillas.

Las cosas que estaban en pre-preparación en la despensa aparecían en verde, pero igualmente se empeñó en olfatear personalmente la fermentación del queso y en pinchar la masa del pan a través de su película de amasado. Los precursores de salsa tenían un olor apetitoso y la heladera zumbaba mientras aireaba tranquilamente la nata helada. Pidió cafetante y se sentó en mitad del salón común, donde la alcanzaba un rayo de luz, mientras el aroma afrutado y almizclado, delicioso, iba apoderándose de la sala.

Dejó bailotear la primera taza de cafetante en la boca y sus ingredientes de activación iniciales se filtraron al torrente sanguíneo a través de las membranas mucosas de debajo de la lengua. Sintió un hormigueo en las yemas de los dedos y en la nuca, y cerró los ojos para disfrutar de los efectos que desencadenaron las sustancias de segunda oleada cuando el estómago empezó a funcionar. El oído se afinó de manera excepcional; los grandes músculos de los

cuádriceps, los pectorales y los hombros se vieron atravesados por una sensación de exaltación, como si bailara sin moverse del sitio.

Dio otro gran trago y cerró los ojos. Cuando los abrió de nuevo, tenía compañía.

Eran unos nubs tan evidentes que podrían ganar un concurso de estereotipos. Peor todavía, eran porteadores, con mochilas descomunales y pesadas, abrigos de expedicionarios con multitud de bolsillos y pantalones de camuflaje atestados a más no poder. Parecían a punto de estallar. Los porteadores eran neuróticos y probablemente destinados a desandar sus pasos en un plazo de semanas dejando atrás jodiendas interpersonales de larga duración. Limpopo se había hecho andante de la manera adecuada, sin nada más que una muda de ropa interior limpia (que resultó ser superflua). Intentó no prejuzgar a aquellos tres, especialmente durante el gustazo de los vertiginosos primeros cinco minutos del cafetante. No quería violentar su relajación.

—¡Bienvenidos al B&B! —gritó más alto de lo que pretendía.

Los tres recién llegados se estremecieron y se replegaron.

—Hola —dijo la chica, que avanzó hacia ella.

Llevaba ropa bonita, cortada al bies y con costuras visibles. Limpopo la codició de inmediato. Sacaría la imagen de la chica de los archivos más tarde, descompondría los patrones y se haría un juego. Sería la envidia de cuantos la vieran, hasta que el diseño se propagara y dejara de ser novedad.

—Disculpa que hayamos entrado sin más, pero nos dijeron... —se excusó la chica.

—Os dijeron bien.

La voz de Limpopo sonó más sosegada, pero seguía en un tono demasiado alto. O bien el cafetante tenía que agotar sus efectos para que pudiera controlar sus afectos, o bien necesitaba beber mucho más para que todo aquello dejara de importarle una mierda. Le soltó un palmetazo a la zona de recarga y metió la taza debajo de la boquilla.

—Abierto a todos, todo el día, todos los días —dijo Limpopo—, pero los domingos son especiales, son nuestra forma de dar la bienvenida a nuestros nuevos vecinos y empezar a conocerlos mejor. Yo soy Limpopo. ¿Cómo queréis que os llamen?

La expresión era propia de los andantes, una invitación explícita a reinventarse. Era lo máximo en sofisticación andante saludar a la gente así, y Limpopo la utilizó deliberadamente con aquellos tres porque veía que estaban especialmente nerviosos.

El más bajo de los dos chicos, con una barba desaliñada muy rizada y la cabeza afeitada de tres días, le tendió una mano.

—Soy Cachivache von Patatten. Ellos son Zombi McPelotilla y Etcétera.

Sus dos compañeros pusieron cara de hartazgo.

—Gracias, «Cachivache», pero en realidad puedes llamarme Estrategias Estables —dijo la chica.

El otro tipo, alto pero encorvado, con pinta de lechuza y arrugas de cansancio en la cara, dejó escapar un suspiro.

—Puedes llamarme Etcétera, total... Gracias, *herr* Von Patatten.

—Encantada —respondió Limpopo—. ¿Por qué no dejáis vuestras cosas, pilláis asiento y os traigo un poco de cafetante? ¿Os parece?

Se miraron los tres y Cachivache se encogió de hombros y dijo:

—Joder, claro que sí.

El tipo dejó escurrirse la mochila, que cayó al suelo con un golpetazo que hizo a Limpopo dar un salto. ¿Qué coño iban cargando aquellos nubs de aquí para allá? ¿Ladrillos?

Los otros dos la imitaron de inmediato. La chica se quitó los zapatos y se masajeó los pies. Otro tanto hicieron sus compañeros. Limpopo arrugó la nariz por el olor a pies sudados y tomó nota mental de enseñarles el intercambiador de calcetines. Exprimió tres cafetantes y utilizó las tazas de cerámica —finas como el papel— impresas con tiras enroscadas de textura granulosa. Puso las tazas encima de unos platillos y añadió galletitas de zanahoria y rábanos encurtidos. Lo llevó todo a la mesa de los nubs en una bandeja que encajaba con un clic en un acople cuadrado. Cogió su taza gigante y la levantó:

—Por los primeros días de un mundo mejor —dijo (otra expresión sensiblera de andantes, pero los domingos eran los días para decir ñoñerías de andantes).

—Por los primeros días —repitió Etcétera con una sorprendente (y desalentadora) sinceridad.

—Por los primeros días —dijeron sus dos compañeros.

Brindaron, bebieron y guardaron silencio hasta que empezó a hacer efecto. A la chica se le puso la sonrisa del gato que tiene un canario en la boca y soltó ruidosos y cortos suspiros: con cada exhalación crecía un poco más. Los otros dos eran menos expresivos, pero les brillaban los ojos. La dosis de Limpopo era ya la óptima y, de pronto, quiso que aquellos nubs recibieran la mejor bienvenida posible. Quería que se sintieran genial y en confianza.

—¿Queréis desayunar, chicos? Hay gofres con sirope de arce de verdad, huevos como más os gusten, panceta de cerdo y alitas de pollo. Y estoy casi segura de que cruasanes también.

—¿Podemos ayudar? —dijo Etcétera.

—No os agobiéis por eso. Sentaos y empapaos de todo esto, dejad que el Belt and Braces se encargue de vosotros. Más adelante veremos si os podemos dar trabajo.

No les dijo que eran demasiado nubs para haberse ganado el derecho a echar una mano en el B&B, que a los andantes a una distancia de cincuenta kilómetros a la redonda les encantaría presumir —humildemente— de ayudar en el Belt and Braces. La cocina del B&B se encargaba de todo sola, no obstante. Limpopo había necesitado un tiempo para entender la idea de que la comida es química aplicada y que los humanos son unos técnicos de laboratorio de mierda, pero tras los logros de John Henry con los sistemas automatizados, incluso ella aceptaba que el B&B producía la mejor comida con la mínima intervención humana. Y había cruasanes, ¡qué emoción!

Fue ella la que exprimió las naranjas, pero solo porque cuando le subía el cafetante le gustaba apretar los puños y hacer trabajar los músculos de los hombros y de los brazos. Y era capaz de dejar las naranjas casi tan limpias como la máquina. Eran naranjas azules, no obstante, optimizadas

para el cultivo en invernaderos septentrionales, y soltaban el zumo con ganas. Emplató todo (esto, al menos, era algo que los humanos podían bordar) y lo sacó al salón.

Cuando salió de la cocina, había más nubs y uno de ellos necesitaba atención médica por un golpe de calor. Estaba haciéndose a la idea de toda la situación (el cafetante era magnífico para mantener la calma en modo multitarea) cuando aparecieron más manos experimentadas que asistieron y alimentaron con eficiencia a todos. Poco después, el B&B marcaba un ritmo continuo y calmado que a Limpopo le encantaba, joder, claro que sí, el murmullo de un sistema adaptativo complejo en el que humanos y programas informáticos coexistían en un estado que podría definirse como «bailar».

El menú evolucionaba a lo largo del día dependiendo de las materias primas que llevaran los visitantes. Limpopo revoloteaba de aquí para allá, moviéndose de una luz roja a la siguiente, hasta que regresaban al verde. Tenía algo parecido a un sexto sentido para detectar la siguiente zona roja y sumaba más unidades de trabajo de las que le correspondían. Si hubiera habido una clasificación en el B&B aquel día, su registro habría escapado bochornosamente de la gráfica. Fingía con todas sus ganas que sus amigos no reparaban en su ajetreada actividad. La economía de los dones no pretendía ser un libro de contabilidad kármica con las buenas acciones en una columna y las formas en las que te beneficiabas de los demás en otra. El objetivo de los

andantes era vivir para la abundancia, y, alcanzada la abundancia, ¿por qué preocuparte de si estabas metiendo tanto como sacabas? Pero los gorriones eran gorriones y no faltaban capullos que se quedaban con lo mejor o lo echaban todo a perder por mera desconsideración. La gente se daba cuenta. Los capullos no eran invitados a las fiestas. Nadie se complicaba la vida para atenderlos. Incluso sin libro de contabilidad, se echaban cuentas, y Limpopo quería atesorar buenas intenciones y karma solo por si acaso.

La multitud se redujo en torno a las cuatro. Había suficientes alimentos perecederos para que el B&B declarara fiesta y sirviera una merienda a media tarde. Limpopo se acercó a las zonas enrojecidas de la sección de preparación de alimentos y encontró allí al tipo aquel llamado Etcétera.

—Eh, hola, ¿cómo te está yendo el día de nub aquí, en el glorioso Belt and Braces?

El tipo agachó la cabeza.

—Me parece que voy a explotar. Me han alimentado, drogado, emborrachado, y me he echado una siesta al lado del fuego. Ya no puedo seguir más tiempo sentado. Por favor, ¿me pones a trabajar?

—¿Sabes que esto es algo que se supone que no puedes pedir?

—Tengo esa impresión. Hay algo peculiar con el trabajo y vosotros..., quiero decir... ¿nosotros? Se supone que no debes codiciar un trabajo, también se supone que no puedes mirar por encima del hombro a los gandules y que no debes idolatrar a quien se está dejando la piel. Se entiende que esto es una homeostasis emergente, natural, ¿verdad?

—Ya me parecía que eras inteligente. Eso es. Preguntarle a alguien si puede ponerte a trabajar es decirle que está al cargo y someterte a su autoridad. Las dos cosas están prohibidas. Si quieres trabajar, haz algo. Si no es de ayuda, tal vez yo lo deshaga más tarde o lo comente contigo después. O tal vez lo deje estar. Es un comportamiento pasivo-agresivo, pero así son los andantes. Tampoco es que haya prisa por nada.

El tipo se quedó reflexionando.

—¿Es cierto? Lo de la abundancia, digo. Si el mundo entero se hiciera andante mañana, ¿habría suficiente?

—Por definición —respondió Limpopo—. Porque suficiente es lo que tú quieras que sea. Quizá tú quieras tener treinta hijos. «Suficiente» para ti es más que «suficiente» para mí. Quizá tú quieras obtener tus calorías de un modo muy concreto. Quizá quieras vivir en un sitio muy concreto donde quiere vivir mucha otra gente. Dependiendo de cómo lo mires, nunca habrá bastante o siempre habrá de sobra.

Mientras charlaban, otros tres andantes prepararon el té, dieron los últimos retoques a los pastelitos y a los elegantes sándwiches y dispusieron adulterantes y teteras humeantes en las bandejas. Limpopo hizo un esfuerzo consciente por amortiguar la ansiedad por que otra persona estuviera haciendo «su» trabajo. Lo importante era que el trabajo se hiciera. Si es que algo importaba. Que sí, importaba, pero no en la planificación global de las cosas. Limpopo reconoció una de sus contradicciones.

—Bueno, pues no hay más que discutir —dijo señalando con la barbilla a la gente que sacaba las bandejas—. Vamos a comer.

—No creo que pueda. —Etcétera se llevó la mano a la tripa—. Tendríais que instalar un vomitorio.

—No son más que una leyenda —respondió Limpopo—. Un vomitorio es únicamente un pasillo estrecho entre dos salas desde el que es vomitada una multitud. Nada de empacharte en un ejercicio de bulimia colectiva.

—Pero, aun así... —Etcétera parecía meditabundo—. Podría instalar uno, ¿o no? Podría registrarme en vuestro sistema, esbozarlo y empezar a buscar materiales, desmontando cosas y quitando ladrillos...

—Técnicamente sí, pero no creo que consiguieras ayuda para eso, y habría revertidores cuando tú no estuvieras

presente, gente que enladrillaría el espacio que has desenladrillado. Quiero decir, un vomitorio no es solo apócrifo: es asqueroso. No es de las cosas que pasan en la práctica.

—Pero si tuviera una banda de troles, podríamos hacerlo, ¿verdad? Podría poner guardias armados, cobrar entrada, pasarnos a los Big Macs...

Aquella era una tediosa conversación de nub.

—Sí, podrías. Si consiguieras sostenerlo, construiríamos otro Belt and Braces un poco más abajo y tú te quedarías con tu edificio lleno de troles. No eres la primera persona que hace este pequeño experimento mental.

—Estoy seguro de que no —dijo Etcétera—. Perdona si te estoy aburriendo. Conozco la teoría, pero parece simplemente que no puede funcionar.

— En la teoría no funciona en absoluto. En teoría somos unos gilipollas orgullosos que queremos más que nuestros vecinos, que somos incapaces de ser felices con mucho si hay alguien que tiene mucho más. En teoría alguien entrará en este sitio cuando no haya nadie cerca y se lo llevará todo. En teoría esto es una chorrada. ¡Solo funciona en la práctica! En la teoría es un desastre.

Etcétera soltó una risita, un sonido juvenil, inesperado.

—Tengo un montón de preguntas, pero lo tienes tan trillado que seguro que puedes soltar tantas respuestas como necesites.

—Ah, seguro —contestó Limpopo. Le gustaba aquel tipo, a pesar de ser un porteador—. ¿Es escalable? Por ahora lo es. ¿Qué sucede en el largo plazo? Una persona sabia dijo una vez...

—En el largo plazo estamos todos muertos.

—Aunque, ¿quién sabe, no?

—No te creerás ese montón de humo, ¿verdad?

—Tú lo llamas humo, yo digo que es evidente. Cuando eres rico, no tienes que morir. Eso está claro. Suma el abanico completo de terapias: optimización selectiva del protoplasma, supervisión sanitaria continua, terapias genómicas, acceso preferente a los trasplantes... Si yo creyera en la propiedad privada, me jugaría cualquier cosa a que la primera generación de humanos inmortales está viva hoy. Superarán su condición de mortales y la dejarán atrás.

Limpopo observó cómo Etcétera intentaba mostrar su desacuerdo sin ser maleducado y recordó cuánto le había preocupado ofender a la gente cuando se hizo andante. Era una actitud maravillosa.

—Solo porque el dinero pueda intercambiarse por esperanza de vida hasta un determinado punto no significa que sea escalable —terminó diciendo Etcétera—. Puedes cambiar dinero por tierra, pero si intentaras comprar la ciudad de Nueva York manzana por manzana, te quedarías sin dinero por mucho que tuvieras al principio, porque según se redujera la oferta... —Sacudió la cabeza—. Quiero decir: no es que haya oferta y demanda cuando se refiere a tu salud, pero rendimientos decrecientes sí, rendimientos decrecientes, seguro. Creer que la ciencia avanzará al mismo nivel que la mortalidad es pura palabrería. —Etcétera parecía incómodo (a Limpopo le gustaba este tipo)—. Es un acto de fe. Sin ánimo de ofender.

—No me ofendo. Te has dejado el argumento más importante. La ampliación de la vida se produce a expensas de la calidad de vida. Hay un tipo a unos trescientos kilómetros por allí. —Limpopo señaló el sur—. El tipo vale más que la mayoría de los países y es solo órganos y materia gris en una cuba. La cuba está en una clínica fortificada y la clínica está en una ciudad amurallada. Todo el que trabaja en esa ciudad comparte la población microbiana del tipo este. Es requisito para conseguir trabajo. En tu cuerpo tienes cien veces más células no humanas que humanas. La gente que vive en esa ciudad es en un noventa y nueve por ciento el tipo rico inmortal, extensiones de su cuerpo. Lo único que hacen es trabajar para entender cómo ampliarle la vida. La mayoría de ellos eran los mejores de su promoción en las

mejores universidades del mundo. Contratados nada más titularse. Con un sueldo que no van a igualar en ninguna parte.

»Conocí a alguien que trabajaba allí, lo dejó y se hizo andante. Decía que el tipo de la cuba está en una perpetua agonía. Algo transformó su percepción del dolor en “una carga máxima continua, no adaptativa”. Siente tanto dolor como es humanamente posible, un dolor al que no puedes acostumbrarte. Podría decirles que apagaran las máquinas... y estaría muerto. Pero se aferra a la vida. Está apostando a que a algún supergenio de su ciudad, alguien que está estudiando los errores en el sistema personal de seguimiento de errores del tipo este, se le ocurra cómo solucionar esta historia de los nervios. Habrá avances si todo sigue según lo previsto. Así que la cuba será solo su fase larvaria. No tienes por qué creértelo, pero es la verdad.

—No es una historia más rara que otras que he oído de los zotas⁴. Lo único inverosímil es que tu colega pudiera hacerse andante. Parece el tipo de acuerdo en el que te perseguirán como a un perro por incumplir el pacto de confidencialidad.

Limpopo se acordó de aquel tipo, que pedía que lo llamaran Langerhans, y de todas las cosas raras que hacía para evitar dejar a su paso células cutáneas y folículos: sus

4 Zota, m. maestro, jefe, líder, cabeza; (religión) Señor, Dios. [N. e. d.]

escondites secretos y cómo frotaba los vasos y los cubiertos que utilizaba.

—Era muy discreto, de perfil bajo. En cuanto al pacto de confidencialidad, tenía mierda muy chungueta que contar, pero nada que yo pudiera utilizar para lanzar mi propio programa ni para sabotear al tipo de la cuba. Era astuto. Un puto ido de la cabeza. Pero astuto. Me pareció que decía la verdad.

—Es lo que estaba diciendo. El tipo ese está soportando un dolor inimaginable por su creencia supersticiosa en que puede evitar la muerte a golpe de talonario. El hecho de que él lo crea no tiene ninguna relación con su realidad. Tal vez pase cien años atrapado en un infierno infinito. Los zotas son tan buenos engañándose a sí mismos como lo somos todos. Mejores, de hecho: están convencidos de que han llegado adonde están por ser los triunfadores de la evolución, que merecen ser elevados por encima de los humanos básicos, por lo que tienden a creer que cualquier cosa que sientan debe de ser verdad. Dejando a un lado la fe ciega e interesada de estos zotas, ¿qué te hace pensar que hay algo más allá de meras ilusiones?

Limpopo recordó la seguridad de Langerhans, su diatriba sin aspavientos sobre la llegada de una era de zotas inmortales cuyas dinastías familiares estarían capitaneadas por tiranos que nunca morirían.

—Admito que no tengo nada que lo demuestre. Lo único que sé lo aprendí de oídas de alguien que estaba muerto de miedo. Esta es una de esas cosas en las que es mejor comportarse como si fueran ciertas, incluso si nunca llegan a suceder. Los zotas están intentando escindirse de la humanidad. No ven su destino ligado al nuestro. Piensan que pueden aislarse política, económica y epidemiológicamente, escalar a tierras altas cuando suba la marea, pedir que su descendencia venga de París en aviones a reacción.

»Llevaba siendo andante casi un año cuando lo entendí. Eso es lo que significa ser andante: no huir de la “sociedad”, sino reconocer que en el mundo zota somos problemas por resolver, no ciudadanos. Por eso nunca oyes a los políticos hablar de “ciudadanos”, son siempre “contribuyentes”, como si el hecho más relevante de tu relación con el Estado fuera cuánto pagas. Como si el Estado fuera un negocio y la ciudadanía un programa de fidelidad que te recompensara por tus compras con carreteras y atención sanitaria. Los zotas se guisaron el proceso para quedarse con todo el dinero y dominar el sistema político, pagando los muchos o pocos impuestos que les apetezca. Por supuesto, pagan la mayor parte de los impuestos, pero porque han establecido una serie de reglas que les otorgan la mayor parte del dinero. Hablar de “contribuyentes” significa que la deuda del Estado es con los tipos ricos y que cualquier cosa que ofrezca a los niños, a los mayores, a los enfermos o a los discapacitados es una limosna por la que tendríamos que

estar agradecidos, dado que ninguno de estos está pagando impuestos que justifiquen las gratificaciones de Gobierno S.A.

»Yo vivo como si los zotas creyeran que no forman parte de mi especie, incluido aquello de que no hay nada seguro salvo la muerte y los impuestos, porque ellos sí que se lo creen. ¿Quieres saber lo sostenible que es el Belt and Braces? La respuesta está ligada a nuestra relación con los zotas. Nos podrían aplastar mañana si quisieran, pero no quieren, porque cuando analizan su situación, les viene mejor que algunos nos “resolvamos” por nosotros mismos retirándonos del proceso político, especialmente teniendo en cuenta que somos la gente que, en líneas generales, seríamos el mayor dolor de huevos si nos quedáramos...

—Venga ya. —El tipo tenía una buena sonrisa—. ¡La que fue a hablar de razonamientos interesados! ¿Qué te hace pensar que somos su mayor inconveniente? Tal vez seamos el más fácil de todos, al fin y al cabo estamos listos para echarnos a andar. ¿Qué pasa con la gente que está demasiado enferma o es demasiado joven, vieja o cabezota y exige que el Estado los trate como ciudadanos?

—Esa gente es más fácil de acorralar y de institucionalizar. Por eso no pueden huir. Es monstruoso, pero es que estamos hablando de cosas monstruosas.

—Eso es escalofriante. Y cinematográfico. ¿De verdad crees que los zotas se reúnen en un sótano a tramar cómo separar el trigo de la paja?

—Por supuesto que no. Joder, si lo hicieran, podríamos meterles a los cabrones un bombazo con un suicida. Me parece que es un resultado secundario. Es incluso más malvado, porque existe en una zona de responsabilidad difusa: nadie decide encarcelar a los pobres hasta alcanzar cifras de récord, simplemente sucede como consecuencia de leyes más duras, menos financiación de la asistencia legal, mayores costes de los procesos de apelación... No hay una persona, una decisión ni un proceso político al que culpar. Es sistémico.

—Y entonces, ¿cuál es el resultado sistémico de hacerse andante?

—No creo que nadie lo sepa todavía. Va a ser divertido descubrirlo.

[II. ii]

Los amigos del chico despertaron de la siesta cuando Limpopo y él lavaban los platos, lo que significaba reparar errores de programación cuando los sistemas de limpieza de platos fallaban. Lo más complicado de todo aquello era que la mitad de los errores estaban ya detectados, pero no quedaba claro si eran exactamente los mismos y era una chorrada duplicar errores cuando se podía dedicar tiempo a determinar si el error estaba ahí. Además, incorporar validaciones a un error ya señalado hacía más posible que fuera solucionado. Si pretendías reparar un error de programación, había que comprobarlo con verdadero detenimiento.

Daban vueltas sin rumbo, aletargados y con los ojos pegados, apestando a piel sin lavar. Limpopo sugirió una visita al *onsen*⁵ situado en la parte de atrás. Todos se mostraron dispuestos. Dejaron los errores de programación (que otros usuarios del B&B tuvieran ocasión de parchear sus propios errores), se echaron las mochilas de porteadores

⁵ Se conoce como *onsen* a las aguas termales de origen volcánico que se encuentran en Japón. Son los baños tradicionales japoneses, que aprovechan el calor natural de estas aguas procedentes de la gran actividad volcánica. [N. e. d.]

al hombro y se dirigieron tambaleándose a la parte trasera de la taberna.

—¿Cómo va esto? Danos las preguntas más frecuentes — dijo la chica, que en realidad pronunció FAQ— de esta perversión jabonosa vuestra.

Limpopo pensó que el comentario no era más que fachada y que lo de la «perversión jabonosa» era prueba de la ansiedad por estar siendo conducida a una orgía de andantes.

—Es mixto, pero no hay final feliz, no te preocupes. Tiene un enfoque treinta por ciento andante y setenta por ciento japonés. El suficiente formalismo para que todo el mundo pueda disfrutarlo, pero no hasta el punto de que te preocupe estar haciéndolo mal. Lo que hay que recordar es que los baños termales son para relajarse, no para lavarse. No quieres meterles nada que no sea piel limpia. Nada de trajes de baño. Y te sientas en el sillón de la ducha para un restregón serio y un circuito de descontaminación antes de meterte. El agua caliente es inagotable: se somete a pasteurización solar en barriles en el tejado, luego se filtra en tres etapas con carbón activo impreso que, extendido, ocuparía algo así como la superficie de las lunas de Júpiter.

»Una vez limpia, haces lo que te plazca. Algunas de las piscinas te cuecen en diez minutos, otras están lo bastante frías para que acabes con hipotermia si te quedas dentro, y

las demás están entre una cosa y la otra. Meteos donde os dé la gana. A mí me gustan las piscinas al aire libre, pero igual los peces os dan reparo. Se comen la piel muerta. Y hacen cosquillas, pero hay algo muy asentado dentro de nosotros que rechaza ser el aperitivo de otro ser, así que podéis alejarlos con las manos si no queréis que os mordisqueen. A mí me gustan, la verdad. Las toallas pequeñas sirven para todo; tenedlas a mano, pero, eso sí, no las escurráis en las piscinas.

—¿Eso es todo? —intervino el listillo.

—Eso es todo.

—¿Y las guarrerías qué?

Limpopo volvió los ojos en un gesto de cansancio.

—Si conoces a alguien de tu género preferido y quieres hacer algo, te duchas, te vistes y te buscas una habitación. No hacemos guarrerías en el *onsen*. Es exclusivamente platónico.

—Si tú lo dices.

—Lo decimos todos.

—¿Dónde dejamos nuestras cosas?

La pregunta era de Etcétera, que cayó un nivel en la evaluación mental de Limpopo. ¡Los porteadores y sus cosas!

—En cualquier sitio.

—¿Estarán seguras?

—Pues no lo sé.

Los nubs intercambiaron miradas fáciles de descifrar: *No me gusta un pelo. Seguro que estarán a salvo, pareces un turista. Esto es todo lo que tenemos. No nos pongas en evidencia.*

—¿Listos?

La siguieron. Se cambiaron todos juntos en la sala de secado y Limpopo no se molestó en ser sutil a la hora de echar una ojeada, así funcionaban las cosas cuando eras andante. La piel es piel: interesante, pero todo el mundo tiene. Las de aquellos tres eran jóvenes y firmes, pero tampoco hasta un punto ofensivo, y el listillo estaba completamente depilado, la moda cuando Limpopo se hizo andante, aunque desde entonces había perdido popularidad, a juzgar por los poblados matojos que lucían los otros dos.

Lo curioso de que no te importe que te vean mirando es que ves mirar a todo el mundo, y aquellos tres lo hacían de

tal forma que Limpopo supo con seguridad que entre ellos no había una relación sexual. Todavía. Sucede también que, cuando no te importa mirar, ves a otra gente mirarte, algo que hicieron los tres por turnos. Limpopo les sostuvo la mirada, con franqueza y sin carga sexual. Tenía la obligación de ayudar a aquellos nubs a hacerse andantes mentalmente, a dejar atrás la religión del sexo y la escasez en la que habían crecido y a la que habían dado la espalda.

Tenía que hacerlo también por su propio bien. Sabía que era posible estar en presencia de personas desnudas sin que nada tuviera que ver con el sexo: sabía que era una carga, no un activo; sabía también que el trabajo no era una competición, pero todavía tenía que recordárselo a su psique. Las costumbres no desaparecían con facilidad, estaban ligadas muy estrechamente a su miedo. Y el miedo era más difícil de ignorar. Llevar a nubs al *onsen* era terapia ocupacional para su propia condición de andante.

—Vamos a las duchas.

Los guio a la sala de limpieza fingiendo no reparar en sus miradas de angustia a las mochilas, que se quedaban en una habitación sin medidas de seguridad; miradas que no eran más sutiles que las que dirigían a su culo desnudo cuando encabezaba el grupo.

Empezó por la piscina más caliente, un truco para desligar la cabeza de los músculos. El calor hacía imposible la

reflexión, lo único que podía hacer era «estar», lograr a fuerza de voluntad que todos sus músculos, por turnos, se destensaran, mientras respiraba el vapor de aroma mineral, hasta que se fundía en el agua, con las piernas, los brazos, el culo, la espalda, las plantas de los pies y las palmas de las manos reblandeciéndose como en una barbacoa perfecta, carne lista para desprenderse de los huesos, con la relajación lamiéndole la espalda. Su cerebro rezumaba pavor al calor extremo, que se demoraba en diminutos músculos del cuello y en el occipucio hasta que cedían y el último centímetro de estrés que desconocía que estuviera allí se esfumaba. Limpopo era pura sensación: un juego entre los músculos y el calor, un placer en equilibrio sobre la cortante hoja del dolor. Se relajó todavía más, se le soltaron los músculos posturales que la tenían hecha un ocho, el culo se despegó mínimamente del poroso escalón de piedra y la repentina existencia de un indulgente intervalo entre la carne y la inflexible piedra desembocó en un relajamiento todavía mayor, empezando por los músculos entrecruzados del culo y extendiéndose hacia la pelvis y el torso. Estaba tan relajada que la barriga se le infló cuando cedió la red de tejidos que la envolvían desde las costillas hasta las caderas. Se sentía como la carne cocinada al vacío: las fibras musculares se desenmarañaban y los tejidos subyacentes se desprendían de la bolsa elástica de fascia que los envolvía. Dejó escapar un gruñido grave que retumbó en las destensadas cuerdas vocales.

—Me estoy cociendo.

Había alguien a su lado, en el agua, probablemente Etcétera, a juzgar por la cantidad de agua desplazada. Jadeaba y se enfrentaba al instinto de su cuerpo de escapar del despiadado calor. Limpopo notó que la respiración de su acompañante se serenaba, oyó los suspiros que desataba la relajación. Se produjo un entendimiento entre sus cuerpos cuando las ondas del agua transmitieron las señales de relajación del uno al otro.

No es posible soportar este tipo de calor de forma continua, por muy placentero que pueda ser. Limpopo se quedó hasta el último instante y entonces se levantó rápidamente: el aire frío estremecía cada espacio en el que la besaba. Contuvo la respiración. El calor evaporaba toda consciencia de sí misma. Podía estar de pie, jadeando, en el extremo vaporoso de la piscina, sin ser consciente siquiera de no tener consciencia de sí misma. Caminó con pasos medidos (la sensualidad de las pulidas baldosas contra las plantas medio hervidas de los pies) hasta el extremo de la piscina más fría. Sumergió un balde que encontró por allí y lo utilizó para mojar su toalla pequeña, que exprimió sobre la piel, empezando en lo más alto de la cabeza, y estuvo a punto de asfixiarse cuando el agua helada regó la cabellera afeitada, detrás de las orejas, y alcanzó los ojos, la nariz y la boca.

Sumergió la toalla y se restregó la piel, apretando los dientes para no empezar a resoplar. Se obligó a frotarse con el agua, sumergiendo la toalla una y otra vez, azotándose con el frío hasta que el balde quedó vacío. Valoró volver a llenarlo (a veces lo hacía dos y tres veces), pero la idea le resultó insoportable.

Dio un paso en la piscina más fría, hasta los tobillos, y se obligó a bajar los escalones, posando la mano con suavidad en la barandilla de apoyo, a pesar de que lo que necesitaba era apretarla con todas sus fuerzas. Un paso más y el agua ya le llegaba a las rodillas, otro y había sumergido los muslos, el agua le lamía la base del culo y de la vulva. La idea de dar un paso más era inconcebible, ninguna persona en su sano juicio sumergiría sus partes más tiernas en un infierno helado. Limpopo sabía por experiencia que si no se lanzaba, su determinación se tambalearía. Echó el peso del cuerpo adelante hasta que no le quedó otra opción que caer de pecho en el agua; sumergió la cabeza un momento, lo que hizo que los oídos empezaran a zumbear de inmediato y que pareciera que algo tiraba hacia arriba de la piel de los párpados y de la frente.

Se negó, por férrea fuerza de voluntad, a permitirse resollar. Se obligó a quedarse en esa piscina castigadora toda una larga inspiración y luego salió con pasos medidos. El aire, helado antes, ahora parecía caliente. Llevó su pequeña toalla de vuelta a la piscina más caliente, llenó un nuevo balde y empezó el proceso a la inversa. El agua era

capaz de levantar ampollas, quemaba, abrasaba, pero Limpopo se lavó con ella antes de entrar una vez más en la piscina más caliente. Cinco minutos antes había pensado que hasta el último músculo había liberado sus reservas de tensión. Ahora, con el agua caliente cociéndola, la sensación era sublime. Cerró los ojos y no quedó nada tras ellos, ninguna preocupación intermitente, nada más que regocijo animal.

Rompió la paz un grito conmocionado en la piscina más fría. Limpopo se volvió sosegadamente y vio a Etcétera en el agua fría con una expresión contraída y los orificios nasales tan abiertos que parecían equinos, resoplando por ellos con la fuerza de una locomotora de vapor. Con mucho mérito, aguantó hasta contar cinco y volvió a la piscina más caliente a un ritmo comedido. Limpopo sonrió indolente mientras Etcétera se lavaba con su toalla pequeña. Entró en la piscina más caliente y sus ojos se encontraron.

Limpopo le sostuvo la mirada mientras él dejaba que el calor, los músculos y los nervios llevaran a cabo su danza.

—Guau.

—Sí.

—Guau.

Lo esperó para la siguiente zambullida y no despegaron los ojos el uno del otro según se adentraban, paso a paso, en el

frío: un reto juguetón. Ninguno hizo el más mínimo ruido, ni siquiera cuando el agua tocó el escroto de Etcétera, que dio, eso sí, una mínima sacudida. Se sumergieron hasta el cuello y, sin mediar palabra, hundieron la cabeza y volvieron a emerger. Ninguno quería ser el primero en salir. Se miraron fijamente al principio y después con rabia, hasta que él, con los dientes apretados, murmuró: «estás loca», y puso rumbo a las escaleras. Limpopo lo siguió. Tenía un culo bonito aquel tipo, reconoció Limpopo de una forma de lo más abstracta.

Tenía que admitir, no obstante, que no todo era tan abstracto.

Volvieron al calor, riéndose mientras se retaban en silencio a regarse con agua abrasadora, a adentrarse paso a paso en el agua hirviendo y a sumergirse rápidamente. La tercera inmersión en el calor llevó a Limpopo a lugares que había olvidado, expulsó todo pensamiento consciente y la convirtió en un organismo termotrópico que reaccionaba a las corrientes de convección mediante un proceso que tenía lugar en un nivel previo al tallo cerebral.

Una vez más, el cuerpo le dijo que no podía soportar tanto calor mucho más tiempo. Regresó a la consciencia desde ese maravilloso no lugar, con los ojos abriéndose como meras líneas y después al completo con la cabeza ya fuera del agua. Etcétera se unió a ella un momento más tarde, tal vez el tiempo suficiente para hacer algún tipo de demostración de machito de su capacidad para soportar el dolor. Limpopo

apartó esa idea. Si era cierta, solo se hacía daño a sí mismo. Asunto suyo, no de ella. Si no era cierta, estaba siendo cruel sin ninguna necesidad.

Se quedaron al borde de la piscina, el uno junto a la otra, con el estrés expulsado de la carne y la expresión de estar cayendo en una dicha inconsciente.

—¿Y ahora qué? —preguntó Etcétera.

—Ahora vamos a las piscinas normales.

Limpopo señaló las otras piscinas del *onsen*, donde estaban acomodados una decena de bañistas, charlando tranquilamente o admirando el interior de sus párpados. Sus amigos estaban dándose un baño caliente con burbujas y se mantenían a una extraña distancia.

Se acercaron sin prisa y, como siempre sucedía con los baños, Limpopo reparó en que los estímulos habían diluido toda consciencia de desnudez. Ni siquiera las miradas clavadas en su cuerpo despertaban sensación alguna de exposición. Era el equivalente psicológico al zumbido en los oídos después de que se apague el ruidoso compresor de un frigorífico. El zumbido de fondo de las preocupaciones por su aspecto físico: dónde tenía pelo, qué pinta tenía ese pelo, dónde tenía grasa, dónde se le veían los huesos, dónde la piel estaba marcada por estrías y dónde retorcida con las cicatrices del fuego; todo aquello dejaba de importar.

Se metió en el agua al lado de los nubs. Vistos después del tratamiento de frío y calor, se veían deformados por los años en la realidad por defecto. Participar en la religión del dinero y la posición social marca. Los novatos lucían esas marcas. Limpopo esperaba borrar las suyas propias algún día.

—¿Podemos venirnos con vosotros?

—Ya lo habéis hecho —respondió el sarcástico con buen humor.

Estaba situado entre Limpopo y Etcétera —que la había seguido—. Etcétera le dio un codazo fraternal en las costillas. Estaban cómodos el uno al lado del otro, como hermanos pero sin serlo, el brazo rosa junto al brazo marrón, el pecho sin pelo junto a la poblada mata de Etcétera.

—Señor Von Patatten —dijo Limpopo—, ¿qué opina de nuestros humildes baños termales?

—Decadentes —respondió inflando el pecho—. Sin duda, un criadero de algo por completo indeseable.

—No le hagas caso —intervino la chica—, son increíbles.

—Tenéis que probar lo del frío y el calor —dijo Etcétera—. Es buenísimo, te altera los niveles de consciencia.

—Quizá luego —respondió el sarcástico.

—Sin duda, luego —dijo la chica—. ¿Cómo te hiciste esa cicatriz?

Aquella era una pregunta muy directa y muy propia de andantes, dado que incumplía todas las normas de pordefecto⁶. Limpopo sacó el torso del agua y se retorció para mirar la maraña de cicatrices que iban desde la caja torácica hasta el muslo. Se pasó los dedos por encima: la tirantez y la superficie irregular de las cicatrices eran ya meras sensaciones, no un horror.

—Pasó poco después de que me echara a andar. Construimos casas con tapias de tierra apisonada en la escarpadura del Niágara, una veintena. Un verdadero refuljo: electricidad, agua, verduras hidropónicas frescas y camas cómodas. Nos llevaba como tres horas al día por persona tener aquello en funcionamiento. Pasábamos el resto del tiempo recreando una escuela griega al aire libre, enseñándonos unos a otros música, física y poesía improvisada. Era hermoso. Yo ayudé a construir un alfar y estábamos diseñando unos tornos peculiares que hacían giros excéntricos y se adaptaban de forma inteligente al movimiento y la fuerza de las manos de modo que fuera imposible fabricar una pieza que no fuera viable.

»Estábamos en el límite mismo de pordefecto, cerca de la frontera. Estaba bien porque nos llegaban excursionistas

⁶ El autor utiliza el término *pordefecto* para referirse a la realidad exterior por defecto, es decir el capitalismo. [N. e. d.]

con los que podíamos hablar de lo que pasaba en el mundo. Si os soy sincera, me gustaba estar en la frontera porque era una ventanilla de emergencia. Si las cosas se ponían feas, podía tirar la toalla, desandar. Llamar a mi madre.

»Los excursionistas no siempre eran agradables. Había un grupo de tíos, de los que se organizan para patrullar su barrio, que se presentaban cada vez que pasaba algo en sus urbanizaciones fortaleza. Si robaban a alguien, tenía que haber sido un andante. ¿Grafitis? Serán los andantes. ¿Asesinato? Uno de nosotros, imposible que fuera uno de aquellos tipos civilizados.

»Para ser gente que vivía con una vigilancia continua, había un montón de delitos. Los allanamientos eran cosa de sus propios hijos, que habían aprendido a apagar los programas espía de papá para dedicarse a lo suyo. Si crees que los drones van a impedir que los adolescentes follen, estás regular de la cabeza.

»No sé quién cometió el asesinato. Oí que fue espantoso. Incendio premeditado. Alguien jaqueó una manzana entera de casas, hizo algo con los sensores de seguridad y el gas y ¡fuuf! Más de veinte muertos, incluidos niños. Incluido un bebé. No me imagino a nadie haciendo algo así, y sé que no fue nadie de nuestro asentamiento. Una barbaridad como esa tiene que ser algo personal.

Los tres recién llegados observaban absortos, con miradas de terror que se iban abriendo paso según entendían adónde conducía la historia. Sin embargo, Etcétera — benditos los lóbulos de sus orejas— fue capaz de intervenir:

—Quizá fuera un sociópata total. Una alteración entre un millón en el desarrollo neurotípico. No estoy diciendo que el hecho de que fuera un desconocido el que lo hiciera no sea que te follen y te caguen en la cara, pero no rechaces de plano la hipótesis del cerebro tocado propio de los tiroteos en los colegios.

—Lo he pensado mucho. Teniendo en cuenta lo que pasó, creo que pudieron ser provocadores. —Limpopo recorrió la cicatriz con los dedos—. Esas casas de tierra apisonada son realmente fáciles de equipar. La construcción estándar tiene sensores ambientales, programas de respaldo y alarmas. Utilizaron las excavadoras que había cerca del campamento para acumular tierra en la fachada y en el callejón de atrás de toda una hilera de casas, bloqueando las puertas con toneladas de tierra y de gravilla. Luego se pasearon por allí, de lo más tranquilos, reventando ventanas y tirando cócteles molotov. Después dieron la vuelta e intentaron lo mismo con las ventanas traseras.

»Lo que pasa es que esas ventanas eran a prueba de golpes, que fue lo que nos salvó. Tuvieron una buena discusión sobre la mejor manera de atravesarlas. Mientras sucedía aquello, nosotros estábamos dentro,

organizándonos. Las casas de tapia eran de dos plantas, con un salón familiar y una cocina en la planta baja, y una planta superior con dos dormitorios pequeños y un baño. Estaban diseñadas para regular automáticamente la temperatura, frescas en verano y cálidas en invierno, con canales de ventilación abiertos en todas las paredes y laberintos en forma de nautilo que dejaban pasar el aire pero amortiguaban el ruido.

»Mi casa, que compartía con otras tres personas, estaba en un extremo, justo al lado de donde discutían cómo reventar las ventanas. Sabía que tenía que salir de allí, estaba todo lleno de humo y llamas. Nos encontrábamos en la planta superior, en los dormitorios, porque era plena madrugada. Eso significaba que no estábamos donde el fuego, pero el humo se estaba acumulando en esa planta. Mi amigo le dio una patada al canal de ventilación y fuimos capaces de colarnos en la casa de al lado, donde había cinco personas que habían tirado abajo las paredes de los dormitorios para tener una gran cama común. Habían entrado en pánico porque uno de ellos había perdido ya el conocimiento por el humo. Querían intentar salir por la puerta. Los tranquilizamos, les explicamos lo que estaba sucediendo fuera y los mandamos a través de los canales de ventilación a la siguiente casa.

»Yo tenía que ir corriendo la voz, hacer que la gente avanzara hasta el último edificio, así que me quedé atrás mandando mensajes a todo el mundo y sorbiendo el poco

aire fresco que quedaba, hasta que se hizo irrespirable. Entonces los seguí. El siguiente edificio estaba ya vacío, y también el posterior, y el fuego en este no era tan terrible, así que me paré a mandar unos cuantos mensajes más.

»Calculé mal el humo. Me desvanecí. Uno de mis amigos se dio cuenta de que faltaba y volvió, me arrastró a través de tres conductos de ventilación más hasta que alcanzamos al grupo. Nos dividimos en dos equipos: uno abajo, luchando contra las llamas, y el otro intentando abrir la tapia final. La tierra apisonada es realmente buena contra los golpes, pero se puede arañar y arrancar, y me pareció que ya había suficiente gente trabajando en eso.

»Bajé las escaleras para luchar contra el fuego. Las paredes eran ignífugas, claro, pero los cócteles molotov tenían su propio combustible y había muchos muebles de papel y electrodomésticos de plástico en la cocina que arderían si alcanzaban suficiente temperatura. Yo llevaba un paño húmedo en la cara, pero se había secado y casi no podía ver ni respirar. Ni siquiera me di cuenta de que tenía la camiseta ardiendo hasta que una de las mujeres de mi tropa me derribó y me hizo rodar por el suelo.

»Llegado ese momento ya habían arañado un agujero de buen tamaño en la planta de arriba y habían arrojado fuera, al suelo, una pila de sábanas y de ropa, y nos descolgamos con cuerdas lo más rápida y silenciosamente que pudimos.

»Los justicieros se olieron lo que estaba pasando y vinieron a por nosotros. Tenían un montón de putos cacharros todoterreno de machotes, además de drones. Nosotros no teníamos más que la ropa que llevábamos puesta, y algunos íbamos prácticamente desnudos. Nos dispersamos. Dejé que la mujer que me había apagado las llamas me llevara a la maleza, a una alcantarilla llena de barro en la que nos metimos dejando solo la boca y la nariz fuera del fango, de modo que no nos pudieran detectar los infrarrojos. Fui yo la que tuvo que salir primero, había perdido todo el calor corporal y empezaba a manifestarse la hipotermia. Sabía lo que me estaba pasando, sabía que moriría pronto si no me calentaba.

»Mi amiga intentó que no me moviera, pero yo sabía lo que tenía que hacer. Pasara lo que pasara, me iba a morir si no entraba en calor. Me puse de pie. Temblaba y me dolía aquí... —Limpopo recorrió la cicatriz con los dedos—. De vuelta al asentamiento, mi amiga no dejó de maldecirme, convencida de que nos iban a pegar un tiro. Pero se vino. La seguridad del grupo.

»La idea de que el grupo da seguridad es poderosa. Cuando conseguimos llegar a las ruinas cubiertas de humo, ya casi todos estaban allí. El estado de los andantes era terrible, con dolores, toses y frío. Mirándonos desde el extremo contrario de las casas estaban los justicieros, hostiles e inseguros de sus actos. Habían sucumbido a una histeria colectiva que los había llevado a quemar las casas de

sus vecinos. Se habían comportado como una turba, en la que la responsabilidad se diluye; todo aquello había sido una propiedad emergente de una masa humana, pero ya se había desvanecido.

»Justo delante de ellos, mi grupo levantó un hospital de campaña para tratar a nuestros heridos con lo que teníamos a mano. Había quienes se habían lesionado al saltar, otros resultaron heridos en la huida atropellada por el bosque. Hasta que rompió el amanecer y pudimos hacer un recuento y un barrido de las redes no descubrimos que faltaban cuatro personas. Dos aparecieron más tarde. Las otras dos las encontramos en una de las casas, calcinadas hasta los huesos. Se habían quedado atrás en la huida sin que nadie se percatara. Uno tenía quince años y nadie sabía cómo ponerse en contacto con sus padres, que estaban en algún sitio de pordefecto.

»El incendio salió a la luz. Hubo mucho tráfico de vehículos aéreos no tripulados, pero no solo de helicópteros y planeadores, también de zepelines indirigibles con ayuda médica y comida. Pronto hubo también personas, más andantes, y a los vecinos del otro lado se les fue la cabeza: empezaron a armarse y levantaron una muralla para defenderse de las represalias.

»No hubo venganza. Los justicieros nos habían robado la maquinaria para su muralla defensiva, pero llegaron excavadoras nuevas en un par de días. No sé quién las trajo.

Yo estaba encamada con una mala fiebre, una infección. Cuando recuperé el sentido, me dijeron que no confiaban en que lo fuera a conseguir. Estuve semanas demasiado débil para ayudar. Solo cuando logramos poner en funcionamiento impresoras líquidas tuve medicinas: unos antibióticos dopados con plata que acabaron con la infección.

Los tres nubs la escuchaban sin pestañear. Entonces la chica movió la cabeza como si tuviera una abeja en la oreja.

—No sé si lo estoy entendiendo bien. ¿Te quemaron unos justicieros desquiciados que mataron a tus amigos y a punto estuvieron de hacer otro tanto contigo, contigo en concreto, y os quedasteis a esperar qué pasaba?

—No nos quedamos esperando. —Limpopo sonrió al recordar aquello—. Reconstruimos. Los normales vigilaban desde sus murallas, como una milicia, pero no luchamos. Lo primero que hicimos fue construir una cocina y ponernos a hornear, porque la construcción de tapias da mucha hambre. Cada vez que salía una hornada de galletas o de barritas de muesli, les llevábamos una bandeja con una bandera blanca y se la dejábamos allí. Las bandejas se apilaban sin que nadie las tocara, hasta que un día desaparecieron. No sé si se las comieron o no.

»Era muy gandhiano, aunque a mí me salían sarpullidos en el cuello solo de pensar en todas esas mirillas apuntándome.

Ponían sus mirillas láser en modo visible y hacían que los puntos nos bailotearan en la frente o encima del corazón. Pero cuando sacamos vídeos, incluido el de un punto rojo en el pecho de una mujer muy embarazada que había acudido a ayudar, se desencadenó tal oleada de rabia contra los justicieros en las redes que dejaron de hacerlo.

»Echamos abajo las casas viejas cuando estuvieron terminadas las nuevas. Habíamos vivido en hexayurtas y en tiendas de campaña porque nuestras casas antiguas eran inhabitables. Tenerlas allí, convertidas en momias de nuestros muertos, nos impulsaba a trabajar y avergonzaba a los justicieros. Una vez que derribamos las casas, plantamos hierba y flores que serían hermosas cuando crecieran.

»El nuevo asentamiento era tres veces más grande. Muchos de los voluntarios quisieron quedarse. Y luego estaban los nuevos andantes, tan indignados con los justicieros que abandonaron la ciudad amurallada. Algunos eran agentes dobles, pero tampoco importaba, puesto que no teníamos ningún secreto. Los secretos duraban solo lo que tu máquina tardara en procesar la información.

»Conforme se acercaba el momento de la mudanza, la atmósfera se volvió festiva. Había noches de cine en los laterales de los edificios, que habíamos pintado de blanco. Siempre intentábamos pintar de blanco nuestras cosas para aportar nuestro granito de arena al albedo del planeta. Convertimos la excavación en una balsa de natación con

agua del arroyo. Las excavadoras se transformaron en soportes para columpios y trampolines...

»Yo estaba en la piscina cuando los justicieros volvieron a intervenir. Nos radiofrecuenciaron los drones y utilizaron rayos del dolor y linternas sónicas para reunirnos a todos en la plaza que rodeaban las cuatro hileras de casas. Entonces, un tipo que llevaba una insignia de seguridad privada medio militar utilizó un teráfono para advertirnos de que el condado lo había nombrado responsable de limpiar la zona y teníamos diez minutos para evacuar. Después vino todo un rollo legal acerca de la Ley Antiterrorista, según la cual podían simplemente hacernos saltar por los aires si adoptábamos cualquier conducta que pudiera representar una amenaza para vidas o propiedades humanas. En cuanto terminó, cargó el puto rayo del dolor. Nadie pensó siquiera en ir a recoger sus cosas. Era como si se te estuviera fundiendo la cara. Había niños de menos de diez años en nuestro grupo que gritaban como si los estuvieran cortando en pedazos con un serrucho. A veces se cuentan historias de padres que levantan un coche a pulso para sacar a un hijo de debajo, pero eso no es nada: yo vi a padres lanzarse directamente al rayo del dolor para rescatar a sus hijos. Una madre cayó y empezó a convulsionarse, y su pareja se la echó a los hombros y se llevó a un niño con el brazo libre. No creo haber visto nunca una hazaña física más impresionante.

»No podíamos escondernos en el bosque. Tenían los VANT volando, cubrían el territorio por secciones y nos seguían en

bandadas hasta que estábamos a veinte kilómetros de distancia. Yo iba cojeando día y noche, y cada vez que reducía el paso los minicópteros caían del cielo y embestían contra mí, empujándome para que avanzara como si fuera ganado. Me quedé con una pareja que iba con su hijo. Se pararon e intentaron acampar, porque el niño no podía dar ni un paso más y ninguno estábamos ya en condiciones de cargar con él. Yo me ocupé de montar guardia y de espantar cópteros con una rama muy poblada de hojas. Cada vez más y más de aquellos cabrones enanos se lanzaban a por nosotros y, finalmente, tuvimos que volver a ponernos en marcha. Ellos les pidieron las bicicletas a una pareja de no combatientes que encontramos en el camino. Después de eso yo empecé a convertirme en un freno, así que me fui por mi cuenta.

»Terminé por derrumbarme. Debía de estar fuera del radio de actuación de los cópteros, porque rondaban por el horizonte haciendo ese ruido de grillos, pero me quedé dormida igualmente y cuando me desperté se habían ido. Debían de necesitar una recarga y los justicieros no pensaron que yo mereciera un escuadrón de sustitución.

—¿Y qué pasó después? —preguntó la chica.

De los tres, ella era la que parecía más horrorizada. Limpopo supuso que sería porque era la más rica, para la que aquello era más inconcebible.

Limpopo se encogió de hombros, sintió cierta tensión en la espalda y se dio cuenta de que revivir aquella experiencia había acabado con la relajación. Habían transcurrido tres años y todavía pasaba por momentos de estrés postraumático, aunque hacía tiempo que no le ocurría. El relato había hecho que volviera con fuerza. Aquellos tres le recordaban quién había sido, una andante recién llegada y, sí, un poco porteadora. El fuego y la huida obligada a pie habían terminado de quemar su instinto de porteadora, la habían hecho entender el sinsentido de tener apego a objetos, a cosas.

—Me eché a andar. En esto es en lo que se resume todo. El mundo es grande y en su mayor parte es fungible. Da igual dónde estés o lo que te rodee si puedes cubrir tus necesidades básicas y encontrar algo productivo que hacer. Terminé con esta tropa y montamos una taberna a partir de los diseños para refugiados de ACNUR. Y así me encontráis hoy.

—¿Y qué fue de los demás del asentamiento?

—Por aquí y por allá andan. Algunos trabajaron en el Belt and Braces. Otros se fueron a otra parte. Un par se salieron de la red andante y supongo que desandaron, era demasiado para ellos, lo cual es «solo cosa suya y por mí genial», que dice la canción. Fui a echar un vistazo al asentamiento. Tiene un perímetro de alta seguridad. Los edificios han sido demolidos. Mi prado sigue creciendo y las

flores son tan hermosas como pensé que serían. Hice del mundo un lugar mejor en términos mensurables, que es más de lo que se puede decir de esos gilipollas que nos persiguieron.

—Amén —dijo Etcétera—. Toda esta historia es una locura y me alegra que nos la hayas contado. Ahora me gustaría probar una piscina diferente. ¿Os venís?

—Claro, joder —respondió el sarcástico—. ¿Has dicho que hay una piscina donde los peces llegan y te dan placer oral?

—Seguidme.

Limpopo guio a aquellas personas desnudas y empapadas hacia el maravilloso calor del agua a través del aire fresco de las últimas horas de la tarde. Los peces llegaron y se comieron la piel muerta mientras ellos se recostaban y volvían a ser criaturas hechas solo de impulsos nerviosos y respiración.

[II. iii]

Alguien dijo que un *whisky* sería perfecto; otra persona, que un sándwich de queso caliente estaría genial; alguien reconoció que a duras penas conseguía mantener los ojos abiertos y le gustaría encontrar algo blando sobre lo que dejarse caer o algún sitio horizontal. Limpopo puso fin al remojo:

—Vamos a buscar la cena y una cama.

Pensó en los cojines de la sala grande de la tercera planta, ideales para los abrazos colectivos, precisamente lo que necesitaba en ese momento.

Volvieron a ducharse en la antecámara comunitaria con una relajación que los tenía casi flotando. Sin decir una palabra (y sin que fuera abiertamente sexual), se enjabonaron la espalda los unos a los otros. Sexual o no, había un placer animal en que alguien te frotara la piel, lo que profundizaba la sensación de dulce y sabroso hedonismo.

Estaban tan destensados que hicieron falta cinco minutos para que alguien se diera cuenta de que a los nubs les habían robado sus cosas.

Antes de reparar en la desaparición, sencillamente se habían tambaleado de aquí para allá buscando la ropa. Entonces empezó a crecer el desconcierto y, finalmente, la chica dijo:

—Nos han robado.

Los dos chicos respondieron:

—Mierda.

Miraron a Limpopo. Su ropa estaba en el mismo sitio en el que la había dejado. Eran el tipo de prendas que se podían conseguir en cualquier lugar en el que se reunieran andantes.

Limpopo respiró profundamente:

—Pues sí, ha sucedido.

—Venga. Tenemos que salir a buscar nuestras cosas... —dijo la chica.

—Primero necesitaréis ropa —respondió Limpopo—. Siento decir esto, pero creo que no servirá de nada. Cuando se roban cosas, desaparecen rápido.

—Qué curioso que digas esto —contestó la chica—. Qué curioso que sepas que no servirá de nada intentar buscar las cosas que nos dijiste que dejáramos aquí.

—Yo no os dije en ningún momento que las dejaraís aquí. Yo solo dije que no las podíais llevar al *onsen*. Y señalé concretamente que no sabía si estarían seguras.

Limpopo los miró. Estaban enfadados, sospechaban de ella. La chica sobre todo, pero los chicos también parecían culparla. Querían responsabilizar a alguien, porque la alternativa era culparse ellos. La situación entristeció a Limpopo. Tenía muchas ganas de mimos y abrazos en grupo.

—Sé que es una mierda. Son cosas que pasan por aquí. No todo el mundo es buena persona.

—¿Y por qué no pusisteis taquillas? —preguntó la chica—. Si no todo el mundo es tan bueno como vosotros, ¿por qué no ofrecéis a vuestros invitados un nivel mínimo de seguridad? ¿Y las grabaciones? Hay cámaras por aquí, ¿verdad? Vamos a investigar un poco, joder, ponemos carteles de «Se busca»...

Limpopo negó con la cabeza. La chica cada vez parecía más furiosa.

—Lo siento —volvió a disculparse Limpopo—. Hay sensores en el B&B, por supuesto, pero nada que se almacene más de unos cuantos segundos. Está en

el *firmware* del edificio y quien quiera intentar cambiarlo verá que los cambios se revierten en milisegundos. Las personas que utilizan este sitio decidieron que preferían que les robaran a que los vigilaran. Las cosas no son más que cosas, pero que te graben todo el rato te pone los pelos de punta. En cuanto a las taquillas, puedes poner unas cuantas sin problema, pero no creo que duren. Una vez que tienes candados, transmites implícitamente que lo que no esté bajo llave está «desprotegido»...

—Que es como estaban nuestras cosas —intervino Etcétera.

—Sí —respondió Limpopo—. Es un argumento perfectamente válido, pero no vas a ganar la discusión con él.

Etcétera se sentó. Estaban todos desnudos, pero a Limpopo le pareció mal vestirse cuando nadie más tenía ropa. Cogió toallas grandes y mullidas de una pila y las distribuyó.

—Gracias —dijo Etcétera.

—Sí, gracias —dijo el sarcástico—. Parece que no hay forma de convencer a tus amigos. ¿Y si simplemente vamos y les robamos sus cosas?

Limpopo sonrió.

—Eso era lo que yo iba a sugerir. A nadie le va a gustar esto. Lo de los robos es una puta mierda y quien lo haya hecho es un imbécil total. Si pilláramos a alguien robando, probablemente lo largaríamos.

—¿Y si intentara volver a entrar?

—Le diríamos que se fuera.

—¿Y si no quisiera haceros caso?

—Lo ignoraríamos.

—¿Y si se trajera a un puñado de amigos y empezaran a joderos todo y se mearan en vuestros *jacuzzis* y se bebieran todas las botellas?

Limpopo se volvió hacia Etcétera.

—Esta te la sabes, ¿verdad?

—Se marcharían, Seth —dijo Etcétera.

—Ese es mi nombre de esclavo —protestó el sarcástico—. Llámame..., eh...

Parecía perdido.

—Cachivache von Patatten —dijo Limpopo—. Soy buena gestionando los espacios de nombres.

—Puedes llamarme Cachivache. Sí, eso lo entiendo. Se largarían. Construirían otro de estos en algún otro sitio y entonces alguien llegaría y se lo quedaría o lo quemaría o lo que fuera.

—O no —respondió Limpopo—. Mira, hay tantas filosofías andantes como andantes, pero la mía es: «las historias que cuentas se hacen realidad». Si crees que nadie es de fiar, insertarás eso en tus sistemas para que incluso las mejores personas tengan que comportarse como las peores personas para conseguir sacar algo adelante. Si asumes que las personas no son así, vives una vida mucho más feliz.

—Pero te birlan tus cosas.

—Yo no tengo nada que me puedan robar. Facilita la vida. Hace años que no llevo mochila. Los paseos son mucho más agradables. Nadie se molesta en intentar robarme.

—Yo lo tenía todo en esa bolsa —dijo malhumorada la chica.

—A ver, déjame que lo adivine —respondió Limpopo—. Dinero. Documento de identidad. Comida. Agua. Dispositivos extra. Ropa interior.

La chica asintió.

—Vale —le dijo Limpopo—. Bueno, aquí no necesitas dinero ni documentos de identidad. Comida y agua

tenemos. Ropa interior y dispositivos, fácil. Os volveremos a conectar a la red, podéis recuperar vuestra copia de seguridad... —Limpopo vio a los tres torcer el gesto—. Teníais una copia de seguridad en la red andante, ¿verdad?

—Todavía no —reconoció Etcétera—. Estaba en la lista de tareas pendientes. Supongo que aún tengo cosas en la nube, ahí fuera, en la «realidad por defecto».

Etcétera todavía decía «realidad por defecto» con unas incómodas y audibles comillas.

—Bueno, eso podemos exfiltrártelo. Todavía hay sitios donde la red andante se conecta con pordefecto: túneles encubiertos y mucho retardo. O si quieres puedes desandar. Alguna gente lo hace. Ser andante no es para todos. A veces vuelven a echar a andar otra vez. Nadie te va a juzgar.

Salvo tú mismo, pensó Limpopo, que consideró que era obvio y no hacía falta decirlo.

La chica parecía alterada.

—Es que no me lo puedo creer, coño. No me puedo creer que no asumas ninguna responsabilidad. Tú nos has traído aquí. Estamos jodidos del todo, no tenemos nada, y aquí estás tú, soltando aforismos bohemios para pavonearte como si fueras un buda hípster.

Limpopo recordó el tiempo en el que algo así la habría cabreado y se permitió enorgullecerse de no estar enfadada. Le gustaría ser capaz de evitar también el orgullo, pero nadie está completamente terminado.

—Siento que haya pasado esto. Os ayudaré a prepararos de nuevo. Que te roben es algo que le pasa a todo el que se hace andante. Es un ritual de iniciación. Ser propietaria de algo que no es fungible significa que tienes que asegurarte de que no se lo lleve nadie. Una vez que te libras de esas cosas, todo es más fácil.

La chica parecía dispuesta a lanzarse a por Limpopo, que esperaba que la situación no llegara a las manos.

—Mira —insistió—, tómatelo con calma. Son cosas, solo cosas. Sé que tenías ropa muy guay. Hasta le he echado fotos sin decirte nada para poder hacerme ropa así y subirla a un servidor de versiones para el B&B. Puedes quedarte ahí sentada echando humo por las orejas, puedes salir ahí fuera en plena noche a buscar a algún capullo con las manos largas que esté más enganchado que tú a tener cosas, o puedes dejarlo estar, venirte conmigo y hacerte un equipo nuevo. Podemos hacerte un clon de la ropa que llevabas o puedes coger algo del catálogo. O puedes volver corriendo a casa envuelta en una toalla. Puedes hacer lo que te dé la gana.

—¿Le copiaste la ropa? —preguntó el sarcástico.

—¿Por qué? ¿Quieres un juego? Era unisex. Te lo podemos adaptar o puedes montarte tú algo transgresor en términos de género. Creo que te iría.

Mientras pronunciaba estas palabras, Limpopo se dio cuenta de que era verdad. Le gustaba más como persona el otro, Etcétera, pero este *herr* Von Papanatas era hermoso de un modo que Limpopo apreciaba; podía ver el valor de jugar a ponerse de punta en blanco con él. Si era capaz de cerrar la boca un momento, claro.

—Pues, ¿sabes qué?, tal vez sí —respondió.

El tipo era perfectamente consciente de lo guapo que era, todo un bajonazo.

—Venga, vamos a equiparos.

Por solidaridad, Limpopo dejó su ropa en el banco, salió del *onsen* con una toalla, exactamente igual que ellos, y los guio de vuelta al Belt and Braces.

El fablab⁷ del B&B estaba en un anexo conocido como «los establos», aunque nunca había habido ganado por allí.

7 Un Fab lab (acrónimo del inglés Fabrication Laboratory) es un taller de fabricación digital, es decir, un espacio de producción de objetos físicos a escala personal o local que agrupa máquinas controladas por ordenadores. El concepto de Fab lab aparece al principio del año 2001 en el Center for Bits and Atoms (CBA) del Massachusetts Institute of Technology (MIT). [N. e. d.]

Limpopo les encontró batas y pantuflas, también enseñó a los nubs a consultar en el inventario del B&B la ubicación de cosas que nadie hubiera reclamado y los orientó por las primeras dos plantas para rebuscar en rincones y baúles hasta que estuvieron listos.

—Podéis quedaros todo —les dijo— o simplemente volver a dejarlo en cualquier baúl y contárselo al B&B. Si tiráis la ropa por ahí, alguien recogerá las cofusi por vosotros de todas formas, pero se considera maleducado.

—¿Cofusi? —preguntó Etcétera.

Etcétera había recuperado el ánimo con lo de la búsqueda de atuendos. Estaba asumiendo el espíritu de todo aquello. Limpopo se alegró por él.

—Cosas fuera de su sitio. Basura. Si te encuentras algo, puedes reciclarlo, dejarlo en un cubo de almacenamiento o apropiártelo. El B&B tiene un registro de las cofusi no reclamadas que hay en sus almacenes y marca las que llevan más de un par de meses en el registro de errores. Alguien asumirá la tarea y las descompondrá.

—Entonces, ¿nuestras bolsas han sido consideradas cofusi?

—No, claro que no. No llevaban el tiempo suficiente. Y las mochilas que están en un vestuario no son cofusi a menos que estén abandonadas. Sencillamente os las birlaron. —

Limpopo abrió la puerta de los establos—. Ya os podéis despedir de ellas.

El fablab olía a láseres, madera carbonizada, COV, tintes textiles y aceite de máquinas. Sus pilas de hidrógeno — distintas de las de la taberna— estaban hasta arriba de carga; la sala, casi vacía, salvo por los adolescentes que entre risitas muy posiblemente estuvieran imprimiendo pistolas absurdas. Limpopo tomó nota, más tarde les daría una charla seria. Ahora tocaba plantar una pantalla en la pared.

—La forma más fácil de empezar es pedir un inventario de cosas de viaje: clima cálido, frío, húmedo, alojamiento, comida, primeros auxilios..., con referencias cruzadas de materiales disponibles y ordenadas por popularidad. — Limpopo manejaba sus interfaces al tiempo que hablaba; poco después tenían delante un diagrama con columnas—. Llenáis la cesta y, cuando terminéis, especificáis tallas y opciones.

Lo entendieron de inmediato y se pusieron a mover los dedos, a pinchar cosas y a sugerirse unos a otros. Limpopo observaba y contrastaba las elecciones de los nubs con su propio criterio. En su etapa de porteadora, Limpopo había tenido mentalidad de ejército individual: todo lo que pudiera necesitar tenía que estar a mano. Una vez que se olvidó de esa locura, fue quitando capas a esa carga diaria hasta que quedó en lo mínimo que podía necesitar para sobrevivir a las dificultades habituales entre dondequiera

que estuviera y el siguiente destino. Cuando vivía en pordefecto trataba su casa y la taquilla del colegio y del trabajo como extensiones de su mochila básica, sin preocuparse por tener que cargar todo el rato todo lo que llenaba aquellos espacios. Era suficiente saber que estaría ahí cuando lo necesitara.

El motivo por el que se había convertido en porteadora después de hacerse andante era que había delimitado su perímetro en torno a su cuerpo. Si no llevaba algo encima, no podía utilizarlo. El antídoto había sido darse cuenta de que había de todo en todas partes; para un andante, las cosas eran una nube normalizada de posibilidades potenciales a demanda. El coste de oportunidad de no tener el tenedor para ensalada apropiado cuando quería una ensalada era menor que el coste de oportunidad de no poder ir donde quería ir sin cargar montañas de cosas que terminaban convirtiéndose en un dolor de espalda.

A priori hubiera apostado que Etcétera tendría la cesta de la compra más pequeña y la chica la más grande. Se equivocó. La chica fue tan a lo mínimo que Limpopo se sintió avergonzada.

—¿No te parece que tendrías que llevarte algo más que eso?

Limpopo acababa de ceder a la tentación de presionar con un dedo la balanza de la realidad.

—Solo necesito lo suficiente para llegar hasta un sitio como este. Mientras tanto, estos imbéciles van a cargar una montaña de cosas. Por un lado, siempre voy a tener a alguien a quien pedirle prestado, y, por otro, probablemente terminaré ayudándolos a cargar sus lavavajillas. —La chica levantó una ceja con toda la intención del mundo y sonrió con satisfacción—. ¿Te piensas que eres la única que entiende esto? Somos nubs, no idiotas. Llevo años organizando fiestas comunistas. He liberado suficiente equipamiento para amueblarte el proyecto entero. Vale, sí, cogí demasiada mierda cuando me eché a andar, pero solo porque no sabía dónde me estaba metiendo. Si es así —abarcó con un brazo los establos—, ¿quién la necesita?

—Tienes razón, había asumido que erais unos burguesitos que necesitaban que los condujeran a las grandes glorias de la filosofía andante. Es fácil creer que eres la que mejor defiende el menos es más. Siento también que hayáis perdido vuestras cosas. Aunque creo que cargabais más mierda de la que necesitabais, que te roben es una sensación horrible. Te hace sentir insegura. Y nadie está en su mejor momento cuando se siente así.

Parte del saber hacer andante era disculparse rápida y completamente cuando la cagabas. Fue una lección que a Limpopo le costó trabajo aprender, pero que terminó aprovechando al máximo.

Los chicos estaban retirando disimuladamente elementos de sus cestas de la compra; Limpopo se dio cuenta de que la chica se había dado cuenta y compartieron una sonrisa cómplice fingiendo no haberse dado cuenta. Hacer que otros se sientan gilipollas es una forma terrible de hacer que dejen de comportarse como gilipollas.

—No todos los sitios son como este —dijo Limpopo—. El B&B es el espacio de andantes más grande que he visto, quizá el más grande de esta sección de Canadá. Tiene mucha riqueza material. La mayoría de los asentamientos andantes tienen fablab. Nadie te va a decir nunca que no se te permite utilizarlo, pero si lo único que haces es entrar y salir, gastando pilas de hidrógeno y materiales, todo el mundo pensará que eres una mamona.

Los chicos estaban reorganizando sus cestas.

—Se supone que no tengo que intercambiar una cosa por otra, todo es un regalo, como en las fiestas comunistas. Esa parte la entiendo. Pero cuando organizamos nuestras fiestas, no nos preocupamos de cuánto se lleva cada uno porque en cualquier momento la poli nos va a largar y va a destruir lo que sea que quede, así que te puedes llevar todo lo que seas capaz de cargar. Aquí queréis que, por arte de magia, la gente no se lleve demasiado, pero que tampoco se gane el derecho a llevarse más trabajando más duro, y también que trabaje porque es un regalo, pero no porque espere nada a cambio...

Todos se quedaron mirando a Limpopo, que se encogió de hombros:

—Ese es el dilema andante. Si tomas sin dar, estás gorroneando. Si llevas un registro de lo que todo el mundo toma y da, eres una tabla de puntuación con patas y das miedito. Es nuestra versión de la culpa cristiana: es impío sentirse bien por ser piadosa. Tienes que querer ser buena, pero no sentirte bien por lo buena que eres. Lo peor es andar preocupándose por lo que otra persona está haciendo, porque eso no tiene nada que ver con si tú lo estás haciendo bien. —Limpopo volvió a encogerse de hombros—. Si fuera fácil, todo el mundo lo haría. Es un proyecto, no un logro.

Etcétera se estiró y le crujió la espalda. Se le abrió la bata, un movimiento revelador distinto a su completa desnudez previa. Volvió a poner todo en su sitio.

—Es difícil hacerse a la idea porque no estamos familiarizados. Allí fuera, en la «realidad por defecto» —dijo Etcétera, y Limpopo pudo oír otra vez las comillas—, se supone que tienes que hacer las cosas porque son buenas para ti. «¿Qué quieres que haga, que pase de este salario manchado porque hay algo sucio en él? No te veo haciendo cola para pagar mis facturas». La generosidad es un cuento sobre lo que sucede cuando la gente cuida de sí misma. Se supone que tenemos «simplemente que saber» que el egoísmo es natural.

»Aquí, sin embargo, se supone que tenemos que considerar la generosidad el estado fundamental. La sensación extraña y de mal gusto del egoísmo es una advertencia de que estamos siendo unos capullos. No se supone que tengamos que perdonar el egoísmo de otros. No se supone que debamos esperar que otros nos perdonen por ser egoístas. No es generoso hacer cosas buenas con la esperanza de recibir algo a cambio. Es difícil no caer en esa dinámica, porque los sobornos funcionan.

»En mi casa tenían este problema todo el tiempo cuando yo era crío. Mi padre soltaba todas estas explicaciones elaboradas de por qué solo podía hacer algo que quería si hacía algo aburrido antes, así no me estaba sobornado. Me decía: “Tienes que tener una dieta equilibrada para estar sano. Comer dulces sin comer verduras y proteínas no es una dieta equilibrada. Así que no te puedes tomar el postre si no te terminas primero el plato”. Mamá ponía cara de desesperación y cuando mi padre no podía oírnos, me susurraba: “Acábate todo lo que tienes en el plato y te doy un trozo de tarta”. Un soborno en toda regla.

El sarcástico soltó una risita:

—Conozco a tus viejos. Los dos te estaban sobornando, pero tu padre estaba intentando sentirse bien.

Etcétera negó con la cabeza:

—Es más complicado que eso. Mi padre pretendía que yo quisiera hacer lo correcto por los motivos correctos. Mamá solo quería que hiciera lo correcto. Entiendo a mi padre. Pero es más fácil conseguir que la gente haga cosas si no te importa por qué las hacen.

Limpopo revisó las cestas de los chicos, que habían sido reducidas a unas proporciones más discretas. Asintió.

—Esta discusión normalmente lleva a la paternidad y a la amistad. Esos son los espacios en los que todo el mundo está de acuerdo en que ser generoso está bien. Tu quehacer fundamental es asegurarte de que todo termina haciéndose. La niña que pasa el tiempo vigilando a sus hermanas para asegurarse de que tienen el mismo número de tareas es porque se la están jugando o porque quiere ser ella la que las engañe. Suena ñoño, pero ser andante va, a fin de cuentas, de tratar a todo el mundo como familia.

La chica se estremeció.

Limpopo creyó entender lo que le pasaba:

—Vale, tratar a todo el mundo como te gustaría que te tratara tu familia.

—El cristianismo, básicamente —intervino el sarcástico, que estiró los brazos como crucificado, dejó caer la cabeza a un lado y puso los ojos en blanco.

—El cristianismo si hubiera sido concebido en la abundancia material —respondió Limpopo—. No eres el primero que hace la comparación. Muchos de estos asentamientos tienen estudiantes universitarios..., de ciencias políticas, de sociología, antropología... que intentan descifrar si somos «socialistas fabianos posescasez», «comunistas cristianos seculares» o qué. Muchos vienen financiados por espías del sector privado que quieren saber si vamos a prender fuego a sus oficinas o si podrían vendernos algo. Un tercio de ellos se hace andante. Pero ahora estamos listos para tomar medidas y decidir estilos, ¿verdad?

Eso hicieron: dejaron que las cámaras de los establos los estudiaran y después le echaron un poco de sensatez a la geometría que inferían los algoritmos. El sistema los presentaba con ropa nueva y los dejaba jugar con colores y estampados. Todo esto existía en pordefecto, el trance consumista de compras perpetuas a golpe de clic, y estaba claro que lo conocían. Revisaron las opciones rápidamente, pulsaron aceptar y quedaron maravillados con los plazos.

—¿Seis horas? —dijo la chica—. ¿En serio?

—Se puede hacer en menos, pero esta velocidad nos permite utilizar materiales con más impurezas añadiendo pasadas de corrección de errores. Mira esto... —Limpopo extendió un brazo y les enseñó el trozo de manga en el que

una costura había sido resellada durante el proceso de fabricación—. Nadie dijo que la abundancia fuera fácil.

[II. iv]

Cuando Etcétera finalmente se acercó a ella, se sorprendió a sí misma respondiendo que sí.

Los tres nubs seguían en el B&B mucho después de conseguir todo lo que necesitaban para ponerse en marcha. Limpopo no se sorprendió. Formaban un buen equipo. El sarcástico (seguía con la historia de Cachivache von Patatten y todo el mundo lo llamaba «Patatita») era un cuentacuentos magnífico y un rival divertido en los juegos de mesa. Ambas eran habilidades muypreciadas en el salón común del B&B, por lo que se había convertido en elemento fijo. La chica se había incorporado a un grupo de rastreo que intentaba localizar depósitos de material identificados por la bandada de drones. Acababa de volver de un día duro en alguna ciudad fantasma, cubierta de mugre y enjuta, con una camiseta de tirantes y botas de trabajo, encabezando a una cohorte de caminantes que entraban en tromba en los establos con su carga de textiles, metales y plásticos, los tristes restos del hundimiento de la industria y de la gente que se había esclavizado para mantenerla en funcionamiento.

Pero Etcétera, intentara lo que intentara, no encajaba. Ningún trabajo lo cautivaba. Ninguno de los entretenimientos atrapaba su atención. No tenía una pila de libros que llevara tiempo queriendo leer, tampoco una habilidad que tuviera intención de pulir ni un proyecto que hubiera dejado para más tarde. Una de dos: o era un perdedor perezoso o era un maestro zen.

Al menos no era un pelmazo. Hacía tareas, se familiarizó con todo lo que sucedía en los establos y se encargaba del mantenimiento, se reía con los chistes de Patatita y se incorporaba a la tropa de la chica (la llamaba Natalie, aunque ella había cambiado de «Estrategias Estables» a «Iceweasel» —«comadreja de hielo», un animal más entregado y purista que el zorro de fuego—). Estaba claro, sin embargo, que a Etcétera no le importaba una mierda nada de aquello.

Un día, al amanecer, Limpopo fue al *onsen* y se lo encontró recostado en una piscina exterior solo con la nariz y la boca fuera del agua y un penacho de vapor que escapaba cuando espiraba. Limpopo se metió en el agua a su lado, deseosa de que sus pies dejaran el frío de las heladas baldosas y entraran en calor. Etcétera levantó la cabeza, guiñó un ojo, asintió ligeramente y volvió a hundirse. Limpopo respondió con un asentimiento a su penacho de vapor y se recostó también. Un instante después, los peces se habían abalanzado sobre ella, mordisqueando aquí y allá. Cerró los ojos y dejó que la cara se sumergiera en el agua hasta dejar fuera únicamente la boca y la nariz.

Un pez se frotó contra su mano. Volvió a hacerlo. No era un pez. Era la mano de Etcétera posada despreocupadamente junto a la suya, meñique contra meñique. Limpopo comprobó su tablero de mandos interno y decidió que le parecía bien. Levantó la mano y la colocó encima de la de él.

Se quedaron inmóviles un largo rato con los peces haciéndoles cosquillas. Los peces hacían que todo fuera muy raro. Etcétera y ella eran la principal atracción en la orgía de otros, mientras que su propio contacto era de una castidad inmaculada. Los dedos se movían con gestos mínimos, separándose, entrelazándose. Tal vez pasaran treinta minutos. Las dos manos decían: «¿Te parece bien?», y esperaban el movimiento de la otra: «Sí, está bien», antes de volver a moverse. Estaban enviando bits de control SYN/ACK/SYNACK digitales en una red remolona.

Cuando las manos se entrelazaron, resultó decepcionante. *¿Y ahora qué?* El contacto físico a tientas debajo del agua había sido mágico, pero no iban a hacerse una paja el uno al otro en la piscina. *Ay, Etcétera, ha sido un gesto romántico, pero ¿ahora qué?*

Limpopo se cansó de las dudas, desenlazó la mano y entró a las piscinas cubiertas. No solía levantarse tan temprano, pero cuando sucedía, le gustaba ir al *onsen* porque lo tenía para ella sola. Aquel día también estaba vacío. Se detuvo junto a la piscina más caliente, helada después del paseo a

través del aire gélido hasta la puerta cubierta de vaho. Esa puerta, que ya tenía a la espalda, se abrió y por ella entró Etcétera con una sonrisa distraída. Llenó un cubo de agua casi en ebullición y mojó su toalla pequeña, que quedó envuelta en una nube de vapor.

Limpopo sonrió, le gustaba adónde llevaba aquello. Volvió la espalda y lo miró por encima del hombro, invitándolo con una ligera inclinación de la cabeza. Fue suficiente. Él le pasó la toalla casi hirviendo por la espalda de forma tentativa y ella desplazó el peso del cuerpo hacia él. Etcétera frotó con más fuerza, empapó la toalla. Se arrodilló para frotarle el culo y las piernas, y Limpopo se dio la vuelta cuando llegó a los tobillos para que siguiera de abajo arriba. Cuando Etcétera volvió a erguirse, Limpopo lo recibió con su toalla humeando, recién salida del balde, y le frotó el pecho y los brazos. Volvieron a darse la mano y se metieron en la piscina más caliente, con el agua a tal temperatura que arrasaba con cualquier pensamiento que fuera más allá de la mano que apretaba la propia. Se hundieron con las manos tan apretadas que los nudillos se clavaban. Así agarrados, se dirigieron a la piscina más fría, cogieron las toallas y se lavaron el uno al otro.

De una piscina a otra, con la mano izquierda de él en la derecha de ella, lavándose de arriba abajo el uno a otro, muy apretados, solos en el *onsen*, fundiéndose en un único ser de carne, terminaciones nerviosas, calor y frío. Cuando acabaron, se sentaron en las duchas y se enjabonaron

mutuamente, después se rociaron de agua con las alcachofas de la ducha. Entraron en el vestuario y se pusieron los albornoces, separándose brevemente. Al soltarse, Limpopo sintió el fantasma de la mano de Etcétera en la suya. Cuando se la estrechó de nuevo, parecía que algo que faltaba hubiera regresado.

De la mano recorrieron los oscuros pasillos. Evitaron la sala común y las voces somnolientas que se oían por encima del borboteo del cafetante. Empezaron a subir las escaleras despacio, con el paso sincronizado y los pies rechinando en el granuloso laminado de los escalones. En el primer rellano, Limpopo utilizó la mano libre para consultar en una superficie táctil las habitaciones disponibles. Localizó una en la planta superior, la cuarta, que era la que tenía las habitaciones más pequeñas, casi como si fueran ataúdes.

Subieron sin pronunciar palabra, respirando pesadamente, al tiempo que oían cómo el edificio se iba despertando: un bebé lloraba, alguien meaba, una ducha. Una planta más, unos cuantos giros hábiles a través del enroscado laberinto a pequeña escala que era el cuarto piso, y Etcétera apoyó la mano en la placa de la puerta, que rodó hacia un lado. Se encendieron las luces y mostraron la celda desnuda, cuya cama, elevada, estaba perfectamente hecha con sábanas limpias. Debajo había un escritorio, con su silla y ciertos toques íntimos: algunos libros, un puñado de impresiones esculturales de cuerpos geométricos... Determinadas regiones del cerebro de Limpopo recordaban

haberlas puesto ahí, pues esta era una de las habitaciones que ella había terminado. Llevaba más de un año sin entrar y le alegró que el B&B la hubiera conservado en condiciones. O bien sus ocupantes habían sido meticulosos, o el B&B había reparado en que la habitación se estaba yendo de mano, la había incluido en el listado de tareas y alguien se había encargado de ella.

Estaban ya en la habitación, y la puerta se cerró a su espalda con un clic. Etcétera estiró una mano para reducir la luz, pero ella volvió a subirla al máximo. Había decidido que le gustaba mirarlo a la cara a plena luz. Mirar directamente el rostro de alguien relativamente desconocido sin fingir estar mirando otra cosa, al tiempo que ese desconocido le devolvía la mirada, era algo que casi nunca conseguía hacer. A su manera, era tan íntimo como cualquier contacto físico.

Etcétera tenía una sonrisa de confusión. A Limpopo le gustaba la forma en la que se combaban sus labios.

—¿Te parece bien? Quiero decir...

—Solo quiero echar un buen vistazo.

A Limpopo le gustó que él lo entendiera tan rápido, que la correspondiera tan minuciosamente, con las pupilas brillantes recorriendo con movimientos sacádicos su rostro y la mirada desplazándose con una franqueza que le recordaba la firmeza de sus manos enlazadas.

Esto era lo que le encantaba de ser andante. Había seducido y la habían seducido en pordefecto, pero siempre sobrevolaba una sensación de que el tiempo se escapaba. Mejor dejamos este rollo romántico y nos ponemos a follar, que hay una reunión, un trabajo, una protesta, una comida que preparar o una tarea. Incluso en el B&B era difícil escapar de esa sensación. Pero ahora se deleitaba en su ausencia, en la infinitud del tiempo. Recordó la escasa inclinación de Etcétera a comprometerse con una rutina en el B&B, su incapacidad para encajar de manera natural en un rol o en un trabajo. Significaba que era para ella todo el tiempo que quisieran.

Coló los pulgares entre el albornoz y la carne y los dejó caer lentamente, abriendo la tela un desesperante milímetro detrás de otro, maravillada por la intimidad que la piel que había visto y tocado en el *onsen* podía adquirir al estar parcialmente cubierta. Etcétera puso las manos en el albornoz de ella y tiró de él. La tela resbaló sobre sus pechos, que quedaron descubiertos: uno y dos. En pordefecto, a Limpopo le habían preocupado sus pechos, no tenían el tamaño ni la forma adecuados. Su ojo crítico exigía más a su imperfecta carne. Echarse a andar la había liberado de esa ansiedad inexpresada. Y después la quemadura había acabado con ella ocupando el centro absoluto de sus timideces.

El albornoz se abrió sobre la quemadura. La mano de Etcétera rozó la cicatriz. Limpopo dio un respingo y él retiró

la mano. Etcétera se excusó, pero en ese momento ella le agarró la mano y la colocó sobre la cicatriz. No es que doliera, no era eso exactamente, pero tiraba, y cuando hacía yoga sentía la piel del torso deformarse en torno a ese centro de gravedad. Durante muchísimo tiempo no había sido capaz de tocar aquella cosa extraña donde una vez estuvo su piel (solo lavarla con una esponja). En sueños, su mano se lanzaba a por ella y despertaba con retazos serpentígeros de colágeno debajo de las uñas. Terminó firmando una tregua, ya no sentía que fuera ajena.

Las manos de Etcétera estaban en la cicatriz, sobre sus picos y sus valles. Tenía la mirada perdida, la respiración entrecortada. Ella jadeaba también; la respiración del otro se mezclaba en la boca, así de cerca estaban. No se habían besado todavía. Limpopo retiró el albornoz de Etcétera de sus hombros y lo obligó a soltarla mientras se lo bajaba de un tirón. Las manos regresaron a su cuerpo. El movimiento los acercó lo suficiente para que él pudiera rodearla y tocar sus omóplatos, su columna, los satélites de la quemadura, que eran como los restos esparcidos del impacto de un meteorito. Estaba lo bastante cerca para que su erección sacudiera insistentemente el muslo de ella, un roce elástico y cálido que la hizo sonreír. Él sonrió también y ella entendió que él sabía por qué sonreía.

Las manos de Etcétera alcanzaron el culo. Limpopo puso las manos en el mismo sitio y lo atrajo hacia sí: la erección atrapada entre los dos y los pechos apretados contra el

torso. Los labios de Limpopo formaron un beso y encontraron la clavícula de él. Atrapó el hueso con los dientes y luego mordisqueó la piel. Etcétera contuvo la respiración y la apretó con más fuerza. Dejó caer a un lado la cabeza y liberó el cuello para ella, que se lanzó a besarlo, encantada con el contacto de la incipiente barba en los labios, esa sensación que transmite la piel de un chico. Los labios de Limpopo se detuvieron en la arteria del cuello para saborear su pulso y chupar con insistencia, retando a Etcétera a alejarla antes de que en la piel apareciera un chupetón, pero él sorbía el aire con los dientes apretados y su pene atrapado latía al unísono con su corazón contra el estómago de ella.

Etcétera hundió las caderas contra el cuerpo de Limpopo, que dejó que un muslo se colara entre los suyos, contra su vulva. Se apretó contra los músculos de la pierna, con un tirón del vello. Todo estaba demasiado seco al principio, pero luego, enlazando un instante delicioso tras otro, se humedeció. Los orificios nasales se dilataron. Respiró el sexo que brotaba de las axilas y las entrepiernas. Chupó el espacio vulnerable donde se unían la mandíbula, el cuello y la oreja de Etcétera.

Todavía no se habían besado.

Él tiró con más fuerza del culo con manos firmes. Ella recordó la forma en la que la mano había apretado la suya. Etcétera la obligó a ponerse de puntillas y apretó la pierna

contra su coño. Ella encontró el cuádriceps y amasó el clítoris contra él, se separó y volvió a apretarse, sintiendo el músculo contraerse según él se movía para sostenerla. Limpopo se combó hasta que las manos alcanzaron la pared y se impulsó con ellas. Jugaron con los músculos y la gravedad, mientras él tiraba de ella tambaleándose.

De vuelta a la verticalidad, Limpopo empujó a Etcétera hasta la cama, puso un pie en la escalera y se subió. Él escaló de un salto tras ella.

Y seguían sin haberse besado. Limpopo se revolvió, atrapó el tobillo de Etcétera y se metió el dedo meñique en la boca, mordiendo cuando él intentaba liberarse. Clavó las uñas en el arco del pie, estiró la otra mano a ciegas y atrapó su erección, cerrando el puño y apretando con la fuerza justa para sentir de nuevo su latido. Las caderas de Etcétera se retorcieron y Limpopo mantuvo el agarre, luego lo soltó y se dio la vuelta, resbalando sobre el cuerpo de Etcétera e inmovilizando el torso bajo el suyo. Atrapó sus manos y utilizó la masa muscular que tanto le había costado ganar para levantarle las muñecas por encima de la cabeza y apretarlas contra el colchón. Le olían las axilas a sudor limpio. El aliento de Etcétera se estrellaba contra su cara; el suyo contra la de él.

Frunció los labios para un beso y se preparó, pero retiró el rostro cuando él intentó besarla. Quería que aquello durara. Dejó que un labio se frotara contra los suyos. Luego los dos.

Luego un poco de lengua. La boca de Etcétera se abrió. Acercó la cara hacia ella, que se echó atrás y empezó de nuevo. Etcétera entendió el mensaje. Se quedó quieto, dejando que ella lo controlara, que eligiera cómo debía abrirse camino el beso. Lo hizo muy despacio.

Era maravilloso.

No se acababa.

Con las bocas entrelazadas, él buscó su culo, que ella presionó contra sus manos con la intención de que lo amasara, y, por casualidad, él apretó la polla contra la cicatriz, algo que no había sucedido nunca. Limpopo se percató sin darle importancia y gimió contra la boca de Etcétera, que respondió con otro gemido.

Ella volvió a apretarse contra su pierna, atrapando la polla entre los dos. Los dedos de Etcétera se abrieron paso alrededor de su culo hasta ese lugar en el que el vello era más liso. Rítmicamente amasó toda su entrepierna, exploró su apertura. Ella gimió en su boca. Un estremecimiento le recorrió la espalda y el estómago. La explosiva sensación creció y Limpopo se retorció, urgiéndolo a calar más hondo, a moverse más rápido, y él respondió adentrándose. Limpopo llevaba más de un año sin estar con un hombre. Se despertó en ella un erotismo nostálgico que le trajo a la memoria a todos los hombres anteriores, cada estremecimiento, cada orgasmo alcanzado a gritos. Aquellas

imágenes se desplegaban en su cabeza mientras se movía. Un enrojecimiento que ella ya conocía se extendió por su cuello.

Etcétera la sorprendió: se corrió por la fricción. El repentino calor entre los dos cuerpos la lanzó a unas convulsiones que culminaron con el tipo de ruidosos sonidos que en un tiempo la habían hecho avergonzarse.

Rodó para retirarse parcialmente de encima de él (que soltó un gemido de dolor cuando le clavó sin querer un codo en el plexo solar), atrapó el albornoz de Etcétera del escritorio que tenían debajo y lo utilizó para limpiarse.

—Guau.

—Más.

Limpopo lo miró incrédula:

—¿Ya?

Etcétera se lamió los labios.

Era un buen amante. Lo traslucía el rugido a corazón batiente de un polvo mucho tiempo contenido. Era inasible (metafóricamente, al menos), pero cuando volvió a correrse, con los muslos apretados contra las orejas de Etcétera, lo entendió: la ausencia de prisa. Incluso después de años de andante, estaba acostumbrada a dividir el tiempo en franjas

del grosor del papel de arroz, lo bastante finas para una única cosa, antes de pasar a la siguiente. La mayor parte del tiempo se apresuraba a concluir el momento presente antes de que el siguiente entrara en tromba. Todos los adultos que había conocido seguían ese ritmo; lo siguiente se les echaba encima, por lo que la actividad del momento tenía que ser atendida a toda prisa.

Etcétera cortaba el tiempo en porciones gruesas. Se había dejado resbalar por su cuerpo hasta sus pechos y había apoyado la cara en ellos un tiempo incontable antes de mordisquearlos. Se demoró algo más de lo que ella esperaba. Era mejor que bueno. Su reloj interno se sincronizó, el tic-tac del metrónomo se ralentizó hasta alcanzar un latido lánguido que parecía ofrecerles todo el tiempo del mundo. Era más abiertamente decadente que los pegajosos jugos que tenía en los dedos, que el lívido chupetón del pecho izquierdo, que el hinchado pezón masculino que amasaba entre los dedos.

Cuando terminaron, Limpopo no tenía ni idea de qué hora podía ser. Tal vez ya estuviera atardeciendo, quizá fuera incluso más tarde, aunque habían subido las escaleras al amanecer. Rozó una interfaz de la pared y apareció un reloj. Quedó sorprendida al ver que solo era mediodía. No apresurarse todo el tiempo no había significado perder todo el tiempo. La diferencia entre una gloriosa languidez y la prisa sin fin eran una hora o dos. Parecía que le acabaran de regalar un día.

Lo besó en la intersección del cuello con el lóbulo de la oreja y se abrió paso hasta sus labios. Él la abrazó de esa forma suya tan poco apresurada, envolviéndola en el albornoz que se acababa de poner y con el que él había llegado a la habitación.

—Ha estado muy bien —dijo Limpopo.

—Ha estado muy bien de este lado también.

Enlazaron sus dedos. Ella abrió el armario de las sábanas, desnudaron la cama y pusieron sábanas nuevas, limpiaron las superficies y encendieron los purificadores de aire. Una marca verde de verificación se encendió en la parte interior de la puerta cuando la habitación reconoció que había sido debidamente reiniciada. Se marcharon de la mano y con las sábanas sucias debajo del brazo libre. Las sábanas cayeron por un bajante para la ropa situado junto a las escaleras y ellos se dirigieron a los establos para hacer ropa nueva.

[II. v]

El polvo no confundió su relación, afortunadamente. Él la abrazaba y la besaba en la mejilla en lugar de estrecharle la mano en la sala común, y sus dos amigos —que estaban, o eso creía ella, haciendo algo parecido— le lanzaban miradas de complicidad. Etcétera no se le echaba encima cada vez que se veían ni tampoco la trataba con un desdén estudiado. Una semana más tarde se encontraron en un pasillo y se pararon a charlar. Etcétera se apoyó en la pared con la mano abierta. Limpopo puso la suya al lado, él entendió la indirecta y volvieron a la cuarta planta a por otra sesión de juegos tranquila y sin prisas.

—¿Qué te está pareciendo todo esto? —le preguntó Limpopo en una de sus pausas.

Etcétera parecía incómodo.

—Sinceramente, no creo que sea lo mío. Dejamos por defecto porque quería ser parte de algo donde fuera más que una unidad de trabajo sobrante e incómoda. Sé que puedo trabajar aquí y que hay mucho que hacer, pero da la sensación de ser artificial. El otro día la cagué del todo con el procesamiento de unas sábanas, eché a perder treinta. El sistema, simplemente, asignó a otra persona para que

hiciera unas nuevas y metió las reventadas en el procesador de materiales. Es todo tan infalible que en realidad no importa lo que yo haga. Si me dejara los sesos o si no hiciera nada, sería lo mismo para el sistema. Sé que es una mierda egocéntrica, pero quiero saber que yo, personalmente, soy importante para el mundo. Si me fuera mañana, aquí no cambiaría nada.

Limpopo se mordió los labios. Había batallado con eso mismo a lo largo de muchos años, pero reconocerlo era de mal gusto. Todo el mundo hablaba de los copos de nieve especiales, y era el tipo de comentario que suponía un insulto cuando procedía de un desconocido, pero no si lo decía un amigo. Se entendía que no necesitabas ser un copo de nieve especial porque la realidad objetiva era que, por muy importante que fueras para ti misma y para las personas más cercanas, era poco probable que nada de lo que hicieras fuera insustituible. En cuanto te considerabas un copo de nieve especial, te encaminabas al autoengaño de que deberías tener más que ninguna otra persona, pues tu condición de copo de nieve lo exigía. Si había algo que estaba completamente fuera de onda entre los andantes, era el autoengaño.

—¿Sabes que por aquí este es el amor que no se atreve a decir su nombre? Ha habido cien mil millones de seres humanos en el planeta a lo largo de los años y, en términos estadísticos, la mayoría no ha dejado huella. El Antropoceno va de acción colectiva, no de individuos. Por eso el cambio

climático es un puto desastre. En pordefecto dicen que todo se reduce a la elección y la responsabilidad individual, pero lo cierto es que no puedes escapar del cambio climático individualmente mediante tus elecciones como consumidor. Si tu ciudad reutiliza las botellas de cristal, la situación es una. Si las recicla, es diferente. Si las entierra, es algo completamente distinto. Nada que tú hagas personalmente va a afectar a esa situación, a menos que seas tú, personalmente, el que se una a muchísima otra gente para dejar huella.

—Pero es duro fingir que no eres el protagonista de la película de tu vida. Normalmente no importa, pero aquí te lo restriegan todo el rato por la cara.

—Todo tiene sus contradicciones. A veces me planteo si alguien estará haciendo algo que va a mejorarlo todo gracias a que yo, personalmente, escribí una línea concreta de código. Para desarrollarte de verdad aquí, tienes que querer dejar huella y saber que eres completamente reemplazable.

—Le da mil vueltas a pordefecto. Allí no solo no tienes que dejar huella, también eres un excedente total.

La conversación acabó matando la libido de Limpopo. La idea de que sus sensaciones fueran las mismas que innumerables personas habían tenido antes, durante y después de aquel momento hacía que pareciera un truco barato, una forma de pulsar sus circuitos cerebrales de

recompensa por una gotita de esto y una pizca de aquello. Normalmente, el sexo le hacía sentir como si el universo girara en torno a sus sensaciones. Ahora parecía una llama luminosa sin sentido en un vacío indiferente.

Se incorporó y se vistió. Etcétera no parecía enojado, lo que era un alivio y un tanto preocupante.

—¿Estás bien?

—Estoy bien —respondió Limpopo—. Simplemente es que no me apetece demasiado.

—Lo siento. —Etcétera se puso la ropa interior y los pantalones y le dio la vuelta a la camiseta—. Sea cual sea la ortodoxia que se supone que tengo que abrazar y por muy fuera de tono que pueda estar esto, quiero decirte que de verdad creo que eres especial. Mejor que especial. Magnífica, de hecho. Y hermosa. Pero sobre todo magnífica.

El corazón de Limpopo dio un golpe sordo.

—Mira, tío...

—No te preocupes. No me voy a poner románticón. Pero he conocido a decenas de personas desde que me eché a andar y tú eres la primera que me ha hecho sentir bienvenido, y no solo porque me hayas dejado seco a polvos, aunque eso también me hizo sentir bien recibido, sino porque puedo hablar de esto contigo y no pones los ojos en

blanco como si fuera la cosa más estúpida que se puede preguntar y tampoco se te salen los ojos de las cuencas ni te pones dogmática. Eres algo así como la única persona de por aquí que está pensando en ser andante y andando al mismo tiempo. Sin ti, ya me habría largado. Este sitio es increíble, pero está demasiado terminado, no sé si me explico.

Limpopo se puso el vestido. El movimiento le concedió un momento. Cuando emergió la cabeza, Etcétera la estaba mirando con sinceridad, fijamente. Tenía unos ojos muy bonitos, una sonrisa bonita. Algo de timidez también, pero eso a Limpopo le gustaba.

—Yo también creo que eres genial.

—Tendríamos que ir a los establos para imprimirnos tarjetas de miembros de la sociedad de la admiración mutua.

—Ríete, pero estoy segura de que existen diseños así en los modelos compartidos de los andantes.

—Vaya, qué bonito.

Se rieron y una sección lejana y alarmada del cerebro le dijo a Limpopo que aquella era la risa de los amantes, que se estaba enamorando.

[II. vi]

Enamorarse es maravilloso. Una vez que cedió, se divertía encontrando formas de ser cariñosa con Etcétera: hacerle una chaqueta con un color y un corte que le sentara mejor que todo lo que llevaba; despertarlo con un cafetante y arrastrarlo escaleras arriba para uno rapidito mientras el cafetante hervía en sus venas; lavarle la espalda con caricias sensuales en el *onsen*...

Él la correspondía de cien maneras distintas: guardándole un asiento en la sala común, recibéndola con té helado y una toalla empapada en agua fresca después de una caminata o agarrando su mano por debajo de la mesa (o por encima) mientras charlaban con los demás y la noche se abría paso.

Los veteranos del B&B se percataron, pero eran demasiado educados para preguntar directamente. En lugar de eso, decían: «Oh, ¿esto te lo ha regalado Etcétera?» (así era, una guirnalda de ramitas desnudas entrelazadas para formar una ridícula corona de hada que Limpopo llevó todo un día, hasta que se desmoronó, pero que valoraba todavía más por eso mismo). Había parejas de andantes, incluso familias con niños y uno o más padres y madres, pero

Limpopo nunca se había unido a ellos. Las parejas parecían un artefacto de pordefecto, nada con lo que ella quisiera tener que ver, un lío de celos y problemas de coordinación.

Pero esto era diferente. Las emociones canturreaban en sus pensamientos y sonaban más dulces que ninguna otra cosa que ella pudiera recordar. Tumbarse a su lado, incluso en un abrazo colectivo, mirándole los labios y el hoyuelo de la barbilla, hacía que algo cálido se extendiera por su pecho y por su tripa.

Daban largos paseos en silencio escuchando a los pájaros y el crujido de sus pisadas en la nieve. Había ciervos en los bosques; normalmente mantenían la distancia, pero en una ocasión una hembra se acercó lo suficiente para tocarla: los miró fijamente con una franqueza animal cautivadora.

Un día partieron con las luces del alba, con la barriga llena de copos de avena y con el cafetante borboteando en sus cuerpos. Seguían la pista de un dron del B&B que había encontrado una provisión de aparatos electrónicos cargados de derivados del coltán recuperables: un vertedero ilegal de electrónica que había sido abandonado. Llevaron un mulobot, pero ayudarlo con el navegador los ralentizó a un gélido arrastrar de pies. Riñeron un poco, recordaría Limpopo más tarde.

El vertedero era inaccesible. La tierra se había congelado debido a una ola de frío repentina que convirtió lo que había

sido agua en peligroso hielo. Ni siquiera con tacos en el calzado conseguían mantener el equilibrio, y el mulobot quedó definitivamente atrapado y fuera de su alcance, incapaz de conseguir suficiente tracción para regresar. Después de rendirse en su intento de arrastrarlo con un lazo, iniciaron el camino de vuelta de mal humor.

Los dos recibieron la vibración que informaba de una desconexión en el mismo momento en el que cayó la red andante. Limpopo se dio cuenta porque los dos se detuvieron a la vez.

—¿Pasa esto con frecuencia? —preguntó Etcétera.

—No debería pasar. Nunca. La red tiene tolerancia a fallos por redundancia, incluido un dirigible. Y tenemos el cielo despejado.

Limpopo sacó una pantalla y la manipuló con los dedos enguantados y los ojos entrecerrados por el vaho de sus exhalaciones. No utilizaba herramientas de diagnóstico con frecuencia y le llevó un rato cogerle el punto.

—Qué raro —dijo—. Incluso si todo se fuera a tomar viento, lo que esperarías sería un fallo en cascada. El nodo A se apaga, el nodo B se ve superado por el tráfico que viene del A y se derrumba, luego el nodo C se lleva un guantazo doble, y así sucesivamente. Pero, mira, ha perdido contacto

con todo al mismo tiempo. Es como un apagón, pero están conectados a baterías eléctricas independientes.

—¿Qué crees que es?

—Creo que es serio. Vamos.

Había que reconocérselo a Etcétera: cuando la cosa se ponía seria, él se ponía serio. Limpopo vio una parte de él que era nueva, en tensión y alerta. Eso la tranquilizó. Podía dejar de preocuparse inconscientemente por tener que cuidar de él.

Avanzaron con dificultad por los pisoteados caminos de nieve, moviéndose en silencio, con un sigilo que no necesitaron acordar. Limpopo oyó un zumbido y distinguió un dron del B&B, lo que la sosegó. Entonces vio que no era uno de sus modelos.

—Mierda —dijo cuando el aparato regresó para una segunda pasada. Limpopo le dedicó un corte de manga cuando pasó zumbando unos metros por encima de sus cabezas—. ¡Joder! Vamos.

Echaron a correr.

El sendero estaba bien cuidado y tenía una serie de astutos giros y árboles estratégicos que te permitían aparecer de repente en las instalaciones, en mitad de los edificios, con sus orgullosos molinos de viento en lo alto. Antes de que los

detectaran, Limpopo había pensado llegar a través del bosque, por un lateral, abriendo un nuevo camino. Pero ya no tenía sentido.

Aparecieron en el claro y vieron en torno a la entrada principal a un grupo de tipos corpulentos vestidos con mierdas militares diseñadas para intimidar. Llevaban cinturones de herramientas equipados con objetos con forma de pistola que podían hacerles cosas espantosas. No necesitaban echar mano de ellas para dejar claro quién estaba al mando.

—Hola, hola —dijo uno que tenía incluso bigote de tipo duro, como en una competición de lucha libre—. Bienvenidos al Belt & Braces.

—Sí, claro, gracias —respondió Limpopo.

—Soy Jimmy —se presentó el tipo—. ¿Vais a querer alojamiento?

—Supongamos que sí —dijo Limpopo.

El tipo desplegó una sonrisa relajada, voraz, y miró con más atención.

—Ah, eres tú, ¿verdad?

Ella lo miró con atención y recordó.

—Sí, soy yo —dijo con un suspiro.

—Vaya, joder, pues es tu día de suerte, Limpopo.

Limpopo asintió. No se hacía llamar Jimmy cuando lo había largado de un puntapié del B&B. ¿Cómo era? ¿Jockstrap? ¿Jackstraw? Algo así. Habían pasado años.

—Me juego algo a que no esperabas verme. —El tipo se volvió hacia sus amigos—: Esta dama que tenemos aquí ha metido más líneas de código en este sitio que nadie. Ha hecho más para levantarlo que nadie. Este sitio está lleno de sangre y sudor de esta chica. —Se dio de nuevo la vuelta—. De verdad que es tu día de suerte.

—No me digas —respondió Limpopo, que sabía adónde llevaba todo aquello.

—De aquí en adelante este sitio funciona con un sistema *quid pro quo*. Cada uno obtiene lo que pone. Tú has puesto tanto que, bueno, podrías quedarte años sin levantar un dedo. Tienes capital reputacional para dar y regalar.

—Joder, tío.

Era imposible ser andante y no encontrarse con los tarados de la economía de la reputación. Al principio, Limpopo los odiaba en abstracto. Luego se presentó este tipo y le dio unas cuantas razones puñeteramente buenas —iy concretas!— para odiarlos. El B&B había sido construido ya

en una tercera parte cuando apareció y trató de establecer tablas de puntuación para todo. De hecho, lo hizo, picó el código y luego fue a buscar a Limpopo, que tenía las manos llenas de masilla, para exigirle saber por qué había deshecho los cambios.

—No es algo que queramos.

—¿Qué estás diciendo? No tenéis una constitución. Lo he comprobado.

—No la tenemos. Pero este asunto ya fue discutido y llegamos a la conclusión consensuada de que no queríamos tablas de puntuación ni clasificaciones. Producen unos incentivos de mierda. —Limpopo levantó las manos pegajosas—. Me pillas haciendo cosas. ¿Por qué no lo pones en la wiki?

—¿Esa es la norma?

—Pues no.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—Porque ha funcionado otras veces.

—Pues tal vez bastaría con revertir tus cambios.

—Espero que no lo hagas.

Limpopo sabía cómo gestionar aquella discusión. Mantenía el contacto visual. El tipo era joven, un andante reciente, un friki reprimido. Gajes del oficio. Nada sacaba enfrentándose a su frikismo con más frikismo.

—¿Por qué no?

—No sería constructivo. El objetivo es encontrar algo con lo que podamos estar todos satisfechos. Las guerras de código no consiguen eso. Como mucho, a lo que llegaremos será a pasar todo el rato corrigiéndonos unos a otros. Lo peor que puede suceder es que se convierta en una guerra por ver quién puede hacer el código fuente más difícil de modificar. —Limpopo tenía una plancha aislante de nido de abeja en el banco de trabajo y el sellador se estaba secando y formando grumos. Cogió una brocha poblada y extendió los grumos—. ¿Quieres asegurarte de que este sitio se levanta? Yo también. Vamos a pensar cómo. Podrías empezar revisando los debates antiguos y comprobando cómo se tomó la decisión. Elabora luego tus propios argumentos. Prometo leerlos de buena fe.

Aquellas palabras no eran más que un mantra, pero Limpopo intentó cargarlas de sinceridad. El tipo era puntilloso. No quería sacarlo de sus casillas. En realidad, ni siquiera quería hablar con él.

La troleó⁸ en la cena. Fue antes de que la cocina estuviera terminada, cuando todavía se las apañaban con cosas primitivas, proteínas de organismos unicelulares para refugiados de ACNUR que eran fermentadas, extrudidas y saborizadas. Una cucharada de pou en una bandeja con todo lo necesario para que el cuerpo funcionara y una amplia variedad de sabores. Pero nadie confundía aquello con comida. Limpopo le hizo un hueco a su lado en el banco y le pasó la jarra de agua. Estaban utilizando pasteurizadores solares, grandes barriles negros que empleaban revestimientos intercambiadores de calor para poner el agua a temperaturas que acabaran con los patógenos. Le daba al agua un sabor apagado. Limpopo utilizaba ramitas de menta para enmascararlo. Le ofreció un poco de una planta que había cogido antes de que sonara la campana de la cena.

El tipo le dio vueltas en la jarra de agua y se comió su pou, que tomó en forma de ladrillo gomoso con sabor a nachos con queso y un olor tan fuerte que casi tapaba el pestazo a sudor que él mismo desprendía. Era difícil darse un baño en aquellos tiempos, pero tampoco tanto. Limpopo intentó pensar una forma educada de mostrarle cómo funcionaba la

8 En foros de internet y redes sociales, publicar mensajes provocativos, ofensivos o fuera de lugar con el fin de boicotear algo o a alguien, o entorpecer la conversación. Burlarse de alguien gastándole una broma, generalmente pesada. [N. e. d.]

higiene sin crear espacio alguno para una interpretación que pudiera confundir sus palabras con una invitación sexual.

—¿Has hecho esas lecturas?

El tipo asintió y siguió masticando.

—Sí —dijo después—. He sacado estadísticas de los repositorios. Tú vas diez veces por delante de todos, una curva potencial enorme. No tenía ni idea. Mis respetos. Te lo digo en serio.

—Yo no miro las estadísticas. Y de eso es de lo que se trata. No podría escribirlo todo yo sola y, si pudiera, no querría, porque este sitio sería una mierda si fuera solo una competición para ver quién puede meter más líneas de código o ladrillos en la estructura. Esa es una carrera para construir el avión más pesado del mundo. ¿Qué te aporta saber que una persona tiene más contribuciones que otra? ¿Que deberías esforzarte más? ¿Que eres estúpido? ¿Que eres lento? ¿A quién coño le importa? La mayoría de las contribuciones de nuestro código base provienen del pasado: todos los que teclearon las bibliotecas, las depuraron, las optimizaron y las parchearon. La mayoría de las contribuciones de este edificio provienen de todos los que procesaron las materias primas, de todos los que pensaron cómo procesar las materias primas, los que reunieron los materiales y...

El chico levantó la mano.

—Vale. Pero, aunque no hayas hecho tú todo el trabajo, estás haciendo más que nadie. ¿Por qué no tendría la comunidad que reconocértelo?

—Si haces las cosas porque quieres que otra persona te dé una palmadita en la espalda, no serás tan buena como quien lo hace por satisfacción propia. Queremos el mejor edificio posible. Si establecemos un sistema que haga que la gente compita por el reconocimiento, estaremos propiciando que esto se convierta en un juego y que se manipulen las estadísticas, incluso fomentaremos cosas nada sanas, como trabajar un número de horas sin sentido para imponerte a los demás. Una tropa de gente infeliz haciendo un trabajo de poca calidad. Si construimos sistemas que hagan a la gente centrarse en el dominio de las tareas, la cooperación y la mejora del trabajo, tendremos una posada preciosa llena de gente feliz que trabaja bien junta.

El chico asintió, pero no estaba convencido. Limpopo pensó: «Meto más trabajo que nadie, así que, siguiendo tu razonamiento, yo tendría que estar al mando. Como persona al mando, digo que la persona que hace más no debería estar al mando. Así que asunto terminado». Aquello la hizo sonreír, vio que el chico tenía pinta de estar avergonzado, y recordó cuando ella era una nub que no sabía lo que estaba haciendo ni si debía estar haciéndolo y lo juzgada que se sentía.

—No te lo tomes al pie de la letra —le dijo—. Reabre la discusión, elabora tus argumentos, mira a ver si puedes convencer a otra gente. Haz virar el consenso.

—Lo pensaré.

Limpopo sabía que el chico no se lo iba a pensar. La idea de que no habría líderes en la carrera para construir una sociedad sin líderes lo ofendía de una forma que él mismo no se permitía comprender.

Tres semanas más tarde estaban enzarzados en una guerra de cambios en el código que sacudió el B&B hasta sus mismos cimientos.

Jackstraw rastreó todo proyecto colaborativo de construcción que hubiera en la red buscando módulos de ludificación. Había toneladas: insignias y estrellas de oro, el trabajo de montones de imitadores de la psicología de Skinner⁹ convencidos de que se puede construir la sociedad ideal del mismo modo que se enseña a utilizar el baño a un

⁹ Burrhus Frederic Skinner fue un psicólogo, filósofo social, inventor y autor estadounidense. Condujo un trabajo pionero en psicología experimental y defendió el conductismo, que considera el comportamiento como una función de las historias ambientales de refuerzo. El condicionamiento operante se basa en la idea de que el comportamiento de una persona es moldeado por las consecuencias que le siguen. Skinner sostiene que las consecuencias del comportamiento, ya sean positivas o negativas, influyen en la probabilidad de que ese comportamiento se repita o se extinga en el futuro.

niño: una gráfica en la pared con una pegatina de una carita sonriente para celebrar cada día sin pañales.

Los resultados de estos experimentos eran impresionantes. Si pretendías motivar a las personas en su nivel más infantil, lo único necesario era entregar caramelitos a los niños buenos y poner a los traviesos mirando a la pared. El tipo había incorporado vínculos a vídeos e informes analíticos de las personas más eficaces.

Inicialmente, Limpopo tuvo la cautela de mantener su impugnación con la voz de «buena fe», sin hostilidad, que era la forma de garantizar el éxito en las discusiones de los andantes. Ignoraba con mucho cuidado la carga emocional de las palabras de Jackstraw, leyéndolas tres veces para asegurarse de entender hasta la última miga de peso de sus parrafadas. Respondía entonces con brevedad, de forma exhaustiva y sin una sombra de desprecio.

El chico no se daba cuenta de sus derrotas. Era como discutir con un bot conversacional con las cadenas de Márkov enredadas en la lengua paternalista de los directores de las prisiones y los gestores de guarderías sin licencia. Limpopo desmontaba con calma sus argumentos todos los días, de lunes a viernes, y cuando llegaba la mañana del sábado, el tipo sacaba la discusión del lunes otra vez, como si ella no fuera a percatarse.

Todo esto tenía lugar en los comentarios de los cambios y correcciones en el código, lo que lo hacía todavía más estúpido. La audiencia del debate fue creciendo según fue pasando de boca en boca. La atención se volvió global, no solo limitada a los andantes. En pordefecto, algunas personas tenían un ojo puesto en las redes andantes; las veían como un espectáculo exótico, algo así como oír a los miembros de Al Shabab protestar por los molestos procedimientos de pago que imponen sus mecenas wahabitas.

Con esta audiencia global husmeando y malmetiendo, Limpopo le abrió a Jackstraw un nuevo y completo ojo del culo. Le rebatió hasta la última chorrada, encontró proyectos fallidos en los que la ludificación se había ido de madre, proyectos tan financierizados que todos los incentivos acababan distorsionados y convertidos en fraudes gigantescos que dejaban literalmente las estructuras en ruinas, podridas hasta los cimientos. Eran la prueba viva de lo espantosas que eran aquellas ideas que él tanto apreciaba. Limpopo recalcaba que conseguir que los seres humanos hagan «lo correcto» incentivando que se derroten unos a otros es estúpido. Encontró vídeos de palomas adiestradas con el sistema de Skinner que habían aprendido a tocar el piano gracias a un entrenamiento a fuerza de premios de pienso, y señaló que si a alguien le gustaba aquello era porque se veía a sí mismo en el papel del investigador, no en el de las palomas.

La cosa se puso fea. Limpopo le había herido el ego, se había enfrentado a la condescendencia del chico devolviéndole parte de las bobadas que él le dirigía a ella. Perdió la cabeza. Completamente superado, saltó a la negación.

El problema era la vagina de Limpopo. La hacía incapaz de comprender que el fuego competitivo era la verdadera fuerza motora que mantenía a los humanos en funcionamiento. La competencia esculpía a la gacela como complemento perfecto del leopardo. La competencia tallaba las garras y los saltos del leopardo como cara opuesta de la gacela. La competencia separaba a los que actuaban de los que se limitaban a poner la mano. Permitía a los visionarios convertir sus proyectos en obras maestras.

La feminidad de Limpopo la hacía demasiado débil para entenderlo. Perdía el tiempo hablando y hablando de hacer feliz a todo el mundo cuando la respuesta correcta estaba ahí, en los datos, que mostraban de manera objetiva el camino. Jackstraw escribió sobre esta «debilidad» de Limpopo como si fuera una enfermedad mental, se sacó de la manga a *hackers* imaginarios «de primer nivel» que no contribuirían al B&B si se les prohibía publicar estadísticas de rendimiento.

El tipo encontró el origen de esta disfunción en el sexo de Limpopo. Ella contaba con una pandilla de «zorras alfa» que tenían al grupo bajo control. Su liderazgo, casi religioso,

en este aquelarre llegaba al control de sus ciclos menstruales, lo que sin duda procedía de las poderosas señales uterinas de las innombrables regiones húmedas de Limpopo.

Limpopo estaba orgullosa de sí misma. Vio claramente cómo su cabeza se dividía en dos mientras leía aquellos encarnizados ataques. Una mitad, la «Limpopo límbica», un ello superviolento y sin filtrar, gruñía. Hacía literalmente que su corazón retumbara y que los puños y las mandíbulas se contrajeran. Cuando le ponía freno de manera consciente, le dolía toda la parte inferior del cuello. La Limpopo límbica quería darle a Jackstraw una patada en las pelotas. Quería convertir cada línea de texto agresiva en un formato de wiki y añadir etiquetas [cita requerida] a los insultos, señalándolos como argumentos indefendibles *ad hominem*. La Limpopo límbica quería sacar a Jackstraw de la cama (una cama que ella había montado y pintado), largarlo en pelota picada, cerrar la puerta con llave y quemar los apestosos bártulos de su mochila.

Pero esa era solo la mitad de su reacción. La Limpopo a largo plazo era igual de insistente en el coro de voces interno. Y eso la enorgullecía. La Limpopo a largo plazo siempre había estado ahí, pero, habitualmente, la Limpopo límbica gritaba tan alto que no podía oír a la Limpopo a largo plazo hasta que la estúpida límbica no montaba un lío.

La Limpopo a largo plazo subrayaba que la discusión era un sumidero enorme de tiempo, porque las cuestiones eran complejas y aburridas. Hacer que las personas que querían construir una posada se preocuparan por la filosofía de la estrategia de recompensas era como hacer que gente que está emocionada por compartir una cena en la que cada cual lleva un plato se preocupe por si el salón está pintado con pintura acrílica o al óleo. La cena, no el continente en el que se presentara, era el objetivo.

Esto era diferente. Hacer que la gente se preocupara por cuestiones relevantes era difícil, pero con las cuestiones procedimentales era mucho más sencillo. Por muy esotérica que fuera la materia de debate, la forma que había adoptado la discusión —la evidente misoginia, los burdos insultos— olía a kilómetros. Cuando discutían sobre psicología de la motivación aplicada, era difícil saber a quién apoyar. Una vez que el tipo demostró que era un gilipollas, la cuestión quedó clara.

La Limpopo a largo plazo insistió en que ya había ganado. Lo único que tenía que hacer era evitar caer al nivel de Jackstraw. Incluso cuando la Limpopo límbica hacía que le hirviera la sangre, el timón estaba deliberadamente en manos de la Limpopo a largo plazo, que subrayaba que aquella no era la forma apropiada de llevar a cabo una discusión técnica.

La reacción fue rápida. Incluso quienes habían tomado partido por Jackstraw en el inicio de la polémica se manifestaron de inmediato para marcar distancias con él. Las acusaciones no tardaron en llegar, y una hora después alguien convocó una reunión presencial de urgencia para los colaboradores del B&B. Limpopo se asomó por la ventana y vio a varias personas levantando con mucha seriedad una enorme tienda de campaña que utilizaban cuando tenían que proteger materias primas, mientras que una cadena humana pasaba sillas desde el interior del B&B a medio construir.

Una de las herramientas revolucionarias del B&B era «amorquenoseatreve», que habían importado de un colectivo *-leaks desaparecido mucho tiempo antes, cuando sus líderes fueron descubiertos aceptando dinero de un conglomerado de medios de comunicación para obtener acceso preferente a las noticias. Aquel grupo de denunciantes había sufrido un liderazgo espantoso, pero con «amorquenoseatreve» diseñaron un buen sistema de resolución de disputas.

El planteamiento central era que las ideas radicales o difíciles se veían frenadas por la sensación de que nadie más las compartía. El miedo al aislamiento llevaba a las personas a quedarse «en el armario» en lo relativo a sus ideas, lo que las convertía en «el amor que no se atreve a decir su nombre». Así, amorquenoseatreve (abreviado a

«AQSAtreve») ofrecía una forma de descubrir si alguien más se sentía igual sin la obligación de dar la cara.

Cualquiera podía plantear una pregunta (una SAtreve) del tipo: «¿Crees que tendríamos que largar a este gilipollas sexista?». La gente que estaba de acuerdo firmaba en secreto con una clave de un solo uso que no tenían que revelar a menos que se hubieran registrado un número predeterminado de votos. Entonces el sistema emitía un mensaje en el que llamaba a los firmantes a volver con sus claves de firma y desanonimizarse, manteniendo los resultados en depósito hasta que una masa crítica de firmantes se hubiera retirado el antifaz. En menos de lo que se tardaba en decir «Yo soy Espartaco», emergía del sistema un consenso.

El pobre Jackstraw ni siquiera vio venir el golpe. AQSAtreve era una herramienta muy publicitada en el B&B, pero Jackstraw carecía de la humildad para entender para qué se podía utilizar, más allá de simplemente para presentar a gritos tu Gran Idea Imbécil y tratar de convocar a todo el mundo a las barricadas. Había muchas cosas que Jackstraw no entendía por falta de humildad. Era una de esas personas —casi todas hombres jóvenes, aunque no todos los hombres jóvenes— que son tan inteligentes que son incapaces de ver lo estúpidas que son.

Limpopo se puso ropa limpia: la nueva impresora/montadora de goretex estaba en funcionamiento

y era un gustazo ponerte algo seco, transpirable y medido a la perfección siempre que quisieras. Fue a la reunión.

No tuvo que abrir la boca.

Diez minutos más tarde, con la boca llena de espuma, Jackstraw recibió indicaciones sobre la ubicación de la puerta y se le pidió con amabilidad que no volviera. Le llenaron la mochila y le entregaron dos juegos completos de prendas goretex. Cualquier cosa por debajo de eso habría sido una grosería.

[II. vii]

El secreto inconfesable de Limpopo era que había estado rastrillando los registros de producción del B&B y los había vertido en un sistema analítico artesanal que había montado ensamblando las estupideces motivacionales del mundo de la ludificación. Cada cierto tiempo analizaba los registros y veía cuánta distancia sacaba a todos los demás. Le gustaba especialmente mirar las gráficas cuando perdía una discusión sobre la forma de hacer algo.

No se trataba de que aquello aplacara su ego. Era más friki todavía. Cuando perdía una discusión, el hecho de haber aportado más que la persona que se había impuesto era una sensación magnífica, genial. Ser andante significaba reconocer las contribuciones de todos y evitar el espejismo del copo de nieve especial. Así, perder con alguien que estaría por debajo de ella en pordefecto y contra quien podría utilizar su rango la convertía en una puñetera santa. Nadie era un copo de nieve especial, pero ella era mejor que nadie evitando ser un copo de nieve especial.

Ver aquellas gráficas le producía la misma sensación, casi exacta, de vergüenza y placer que ver porno. Era

autocomplacencia pura, algo que únicamente alimentaba sus deseos más inmaduros y egoístas. Era una droga para la Limpopo límbica, y, cuanto más alimentaba esa boca glotona, más capacidad tenía de decirle que se callara y de dejar que la Limpopo a largo plazo condujera el autobús. Al menos eso era lo que se contaba a sí misma.

Ahora se hacía llamar Jimmy y estaba engalanado con cosas que hacían que el goretex pareciera pellejo de rata sin curtir cosido con hierba seca. Y se lo estaba pasando en grande.

—Tendríais que ver los datos —decía a sus colegas, que eran (al contrario que los colaboradores del B&B, que abarcaban la paleta completa de colores) todos blanquitos, salvo un tipo que podría ser coreano—. ¡Es la reina de este sitio! —Jimmy sacudió la cabeza: tenía el cuello de un toro, en consonancia con sus bíceps de dibujos animados—. Joder, Limpopo, eres realmente la reina. De aquí en adelante, el invitado que elijas y tú os podéis quedar cuanto queráis, en cualquier sitio de la casa. Con privilegios plenos en la cocina y el taller. Quiero que te incorpores a la junta directiva. Necesitamos a alguien como tú.

Etcétera se había mantenido atrás, con la respiración acelerada al principio y luego más relajada. Limpopo dudó si no haría alguna estupidez violenta. Sería perder el tiempo.

Había una narrativa en la que se suponía que Limpopo tenía que participar, una trampa que Jimmy le había tendido. O bien se incorporaba a aquello y legitimaba el golpe de Estado (dudaba que Jimmy confiara en algo así), o bien, mejor todavía, oponía resistencia y dejaba que él la humillara de la forma que supuestamente lo había humillado ella. La única forma de ganar era no jugar.

Limpopo se quedó inmóvil.

Jimmy intentó animarla a hablar comentando cómo habían mejorado el rendimiento al separar a las sanguijuelas de los líderes y al cuidar de los comemierdas ofreciendo algunas camas por caridad cada mes. Limpopo no abrió la boca.

Cuanto más tiempo mantenía su posición, más se desquiciaba Jimmy. Cuanto más tiempo mantenía su posición, más gente salía a ver qué pasaba. Era como una repetición en persona del enfrentamiento digital de antaño.

—Simplemente se ha presentado y ha decretado que está decidido —dijo Lizzie, que había estado en el B&B desde el principio, clavando estacas topográficas donde le indicaba la red—. Nadie quería pelear, ¿verdad que no? Tenía una estúpida presentación con nuestras estadísticas, sacadas de los repositorios públicos, que señalaba que todos los que estamos aquí seguiríamos teniendo los mismos privilegios

que siempre hemos tenido porque estamos metiendo suficiente trabajo.

—Sí —se sumó a la conversación Grandee, que era bajito, viejo y raro, pero que le caía bien a Limpopo porque sabía escuchar y tenía algo roto dentro por lo que ella nunca había preguntado pero sentía igualmente que tenía que proteger—. Ha estado hablando de oleadas de nuevos andantes que vienen hacia aquí, un repunte enorme que nos va a arrollar a menos que tengamos algún sistema para distribuir los recursos. Ha puesto vídeos de sitios en los que ha pasado.

Limpopo hizo un gesto de asentimiento. Había oído hablar de lugares donde los andantes habían crecido más rápido de lo que podían ser absorbidos: tabernas bien establecidas se empezaban a atestar, luego se superpoblaban y la situación terminaba siendo catastrófica. Había habido incluso violencia: poco habitual, pero morbosamente repetida en la prensa de pordefecto que terminaba filtrándose a los andantes. Morbosa o no, era asquerosa. Hubo un incendio provocado con un milagroso recuento de cero cadáveres (las fotografías habían afectado de tal manera a Limpopo que ordenó a sus dispositivos de lectura que filtraran y bloquearan cualquier otra información de aquello).

—Vale —dijo Limpopo.

Poco a poco, fue apareciendo más gente.

Hacía frío. Les salía vaho de la boca, lo que recordó a Limpopo el vapor del *onsen*.

Las filas del lado de Limpopo crecieron. Un interruptor invisible se activó y todo el que no estaba con el grupo de Limpopo se posicionaba implícitamente en su contra, no solo con el grupo de Jimmy, que al fin y al cabo era lo más fácil, sino realmente contra el grupo de Limpopo y de todo lo que defendían.

La mochila de Limpopo tenía equipamiento de supervivencia que podía mantenerla con vida un día en el bosque, si es que llegaban a lo peor. Encendió su hornillo, alimentándolo con ramitas hasta que el ventilador condujo el calor de la combustión a la transición de fase de gas, la dinamo que alimentaba la batería zumbó y la luz de advertencia se encendió para avisar que el hornillo estaba funcionando solo.

Preparó té. Tenía un librito de tazas plegables, plástico semirrígido troquelado para formar tazas con asas geométricas. Le encantaban, parecían el modelo en baja resolución de una taza que hubiera dado el salto de la pantalla al espacio físico. La tetera era un cilindro desplegable que llenó con nieve que recogió en un espacio limpio en el extremo del claro. Jimmy y su tropa la observaban con cara de sospecha, los que estaban del lado de Limpopo también mostraban su confusión.

Una vez que hirvió el té, lo sirvió y lo repartió entre todos. Resultó que había quien también tenía tazas plegables y quien llevaba barritas de cereales supercompactas aglutinadas con miel del colmenar del B&B, duras como piedras y densas como estrellas viejas, el delicioso sabor a casa para todo el que viviera en el B&B.

¿Por qué llevaban encima todo aquello como si fueran ardillas? Porque en cuanto alguien empezaba a hablar de racionamiento, la necesidad de acumular se hacía irresistible.

En cuanto Limpopo compartió, la llamada a atesorar se disipó. Tienes el mundo que esperas o el mundo que temes: tu esperanza o tu miedo lo hacen así. Limpopo vació la mochila, encontró mantas isotérmicas y se las entregó a las personas que no llevaban abrigo. Se quitó el que ella llevaba para poder quitarse también el forro polar y entregárselo a una embarazada que estaba temblando, una recién llegada cuyo nombre todavía desconocía. Volvió a ponerse el abrigo antes de empezar a helarse. El abrigo era suficiente, incluso a pies quietos. Tenía batería para días y para temperaturas más peligrosas que aquellas.

El gesto desencadenó una dinámica de normalización de vestimenta, una comprobación en silencio de la situación de todos los presentes (al menos cincuenta, casi el equipo completo de residentes a largo plazo del B&B) y el intercambio de prendas. El ritual improvisado empezó con

mucha solemnidad, pero terminó siendo hilarante, una carcajada en la misma cara de Jimmy y de su grupo militar de avariciosos imbéciles musculados.

No sabían cómo reaccionar. Jimmy tenía una mirada de animal enjaulado que Limpopo reconoció del pasado, una expresión de «estoy a punto de estallar» que no le gustaba ni un pelo. Era el momento de pasar a la acción.

—De acuerdo —dijo Limpopo, y, si bien habló sin levantar el tono, su voz tenía peso. Se hizo el silencio de inmediato—. ¿Dónde construimos? ¿Alguien propone algo?

—¿Qué? ¿Construir qué? —quiso saber Jimmy.

—El Belt & Braces II —respondió Limpopo—. Pero vamos a necesitar un nombre mejor. Las segundas partes son una mierda.

—¡¿De qué coño estás hablando?!

Jimmy estaba sin ninguna duda muy cerca del punto de ruptura.

—Tú te has apropiado de este. Haremos uno mejor.

—¿Me estás cagando en la cara? ¿Vas a rendirte sin pelear?

—Nos llamamos «andantes» porque nos echamos a andar.
—Limpopo no apostilló: *pedazo de montón de mierda*. No hacía falta decirlo—. El mundo es muy grande. Podemos hacer algo mejor, aprender de los errores que hemos cometido aquí.

Limpopo lo miró fijamente. Jimmy tenía la boca abierta. Lo tenía pillado por las pelotas. En cualquier momento hablaría...

—Eso es...

—Por supuesto —dijo Limpopo, arrollándolo como solo puede hacerlo quien tiene que hacer esfuerzos en cada conversación para no interrumpir—, existe la posibilidad de que tus amigos y tú reventéis este sitio. Cuando lo abandonéis, volveremos y lo utilizaremos para aprovisionarnos de materiales y materia prima.

Limpopo volvió a repetir el truco de la pausa, esperó...

—Te has...

—Asumiendo que no le peguéis fuego ni lo saqueéis.

¿Picaría por tercera vez? Sí, desde luego que sí...

—Yo no...

—Probablemente tengas intención de quedarte nuestros efectos personales ahora que has nacionalizado nuestro hogar en nombre de la República Popular de Meritopía, ¿verdad?

Si te muerdes la lengua cada vez que asoma el sarcasmo, acabas utilizándolo con una puntería infalible. Esta vez le había pegado tan de lleno en los testículos mentales que hasta el público pudo oírlo. Cuatro veces lo había interrumpido antes de que pudiera hablar, y luego: plam, patadón. La sensación era tan buena que resultaba indecente. Pero, ¡qué coño!, aquel capullo le había robado la casa.

—Mira...

En esta ocasión fue él solito, no se podía creer que le dejara colar una palabra y se le trabó la lengua. Sus propios colegas soltaron una risita. Estaba completamente vencido, con los metafóricos calzones por los tobillos. Se puso de un rojo intenso y volvió a intentarlo:

—No tenemos que hacer esto...

—A mí me parece que sí. Has dejado claro que estás tan obsesionado con este sitio que vas a imponer tu voluntad. Has demostrado ser un monstruo. Cuando te encuentras con un monstruo, retrocedes y lo dejas mordisqueando el hueso con el que se ha obsesionado. Hay más huesos. Sabemos

hacer huesos. Podemos vivir como si estos fueran los primeros días de un mundo mejor, no como si fueran las primeras páginas de una novela de Ayn Rand¹⁰. Quédate con este sitio, pero no puedes quedarte con nosotros. Nosotros nos retiramos.

Al tipo se le ocurrió una idea brillante:

—Yo pensaba que aquí no había ningún líder. ¿Qué mierda es esto de «nosotros»? ¿Es que no veis que os está manipulando a todos?...

Limpopo levantó una mano. Jimmy se quedó en silencio. Limpopo no dijo nada, simplemente dejó la mano arriba. Etcétera —gracias, gracias— levantó la mano después. Un momento más tarde, todos tenían una mano levantada.

—Hemos votado —dijo Limpopo—. Y has perdido.

10 Alisa Zinóvievna Rosenbaum (1905-1982), conocida como Ayn Rand, fue una filósofa y escritora rusa, nacionalizada estadounidense. Autora de las novelas *El manantial* y *La rebelión de Atlas*. Rand defendía el egoísmo racional, el individualismo y el capitalismo más salvaje. Rechazaba absolutamente el socialismo, el altruismo y la religión. Entre sus principios sostenía que cada individuo tiene derecho a existir por sí mismo, sin sacrificarse por los demás. Se la considera una de las precursoras del mal llamado anarcocapitalismo, ya que este en absoluto quiere eliminar el Estado, sino convertirlo en un simple gendarme (minarquismo), que permita mayor “libertad”, pero para explotar a los demás.

Uno de sus tarados (*¿qué les habría prometido de aquel sitio?*, pensaba Limpopo) liberó un sincero «Mieeeeerda». Menuda victoria la suya.

—¿Nosotros pillamos lo nuestro, Jimmy?

Jimmy —oh, gracias, a sus pies— respondió:

—No. —Apretó los dientes y avanzó la rebelde barbilla—. No. ¡A la mierda todos!

Sería una noche fría, pero no demasiado. Sabían dónde estaban los edificios a medio derruir en los que podían refugiarse y además llevaban montones de útiles, un poco de todo. Una vez que estuvieran dentro del alcance de la red andante, podrían relatar la historia (los vídeos se habían grabado desde diez lentes que parpadeaban, hasta donde Limpopo pudo contar) y confiar en la amabilidad de los desconocidos. Reconstruirían.

¡Obvio!, pensó; no tuvo ni que decirlo. Por muy terribles que se pusieran las cosas aquella noche. Por mucho trabajo que hicieran en los años por venir. Por muchos músculos con calambres y manos con ampollas y pies reventados que tuvieran que soportar, todo el mundo recordaría a Jimmy. Recordaría lo que sucede cuando la enfermedad de los copos de nieve especiales campa a sus anchas. Construirían algo más grande, más bonito. Evitarían los errores cometidos la vez anterior y, en su lugar, cometerían errores

nuevos y emocionantes. El *onsen* sería increíble. Sus planes habían cambiado de dirección una decena de veces desde que empezaron, algunas de las incorporaciones eran maravillosas. Cuando empezó a poner un pie delante del otro, la cabeza se concentró en esas ideas y los planes tomaron forma.

La chica, Iceweasel, se puso a su altura. Caminaban por el bosque: cras, cras, buf, buf.

—Limpopo...

—¿En qué andas pensando?

—No me interpretes mal, pero ¿estás de puta coña?

—Pues no.

—¡Pero esto es una locura! Tú levantaste ese sitio. ¡Y vas y le dejas que se lo quede!

—No era mío, no lo levanté yo. No le he dejado que se lo quede.

Limpopo pudo prácticamente oír ese refinado gesto de hartazgo en el que los párpados se levantan y dejan los ojos en blanco, sostenido por la educación, el dinero y los privilegios. Alguien como Iceweasel nunca había tenido que dar la espalda a nada sobre lo que tuviera algún derecho. Un ejército de abogados y matones se encargaba de eso. Aquel

era un viaje para expandir sus horizontes. Era prácticamente una buena obra por su parte. Limpopo bostezó para disimular la sonrisa antes de que pudiera avergonzar a Iceweasel.

—Las dos sabemos que tú has metido más trabajo que nadie en ese sitio.

—¿Y eso por qué lo hace mío? —respondió Limpopo encogiéndose de hombros.

—Vale, pues no es tuyo tuyo, pero sigue siendo tuyo. Tuyo y de todos o como sea que la santa iglesia ortodoxa de los andantes insista en que lo digamos, pero no seas ridícula. Aquí don Tipo Duro no ha hecho una mierda por ese sitio, vosotros lo hicisteis todo. Y se lo habéis entregado sin pelear.

—¿Por qué sería preferible pelear a hacer algo como el B&B pero mejor?

—Este es el diálogo socrático con menos sentido del mundo, Limpopo. Vale: si hubierais peleado, habríais tenido el B&B. Y luego, si hubierais querido otro sitio distinto, otro sitio mejor, podríais haberlo construido también.

Limpopo miró hacia atrás. Con la conversación habían acelerado el paso, dejando rezagada a la columna de refugiados. Desenrolló el asiento con una capa aislante que tenía el abrigo y se sentó en una roca con nieve,

asegurándose de que el cartón pluma flexible que llevaba dentro se estirara bajo el culo y las piernas para garantizar que la nieve no tocara nada que no fuera el aislante. Iceweasel repitió el movimiento. Y lo hizo muy bien. A Limpopo le gustaba ver a la gente a la que se le daba bien hacer las cosas, que prestaba atención y practicaba, que al fin y al cabo era lo que el mundo pedía.

—No pretendo ser una cretina.

Limpopo sacó un vapeador y lo cargó con *crack* descafeinado. La mantendría en funcionamiento las tres horas que iban a necesitar para alcanzar el siguiente asentamiento andante. Iceweasel le dio dos caladas, luego otra más, a pesar de que después de la primera chupada no conseguiría reacción alguna más allá de hacer que la orina se volviera de un naranja incandescente. El efecto psicológico de darle a la pipa era reconfortante. Lo hizo otra vez.

—No pretendo ser una cretina —volvió a repetir Limpopo, que se detuvo a admirar los penachos de niebla tostada que flotaban delante de su cara, entusiasmada con el peso que se retiraba de sus músculos, la sensación de fuerza lista para desplegarse. Las dos se rieron, reconociendo con el colocón lo risible que era todo aquello—. Tienes que entender que si pongo esto en tu marco de referencia, el marco de referencia en el que quieres que lo ponga, no tiene ningún sentido. La única forma en la que esto tiene sentido es si

insisto en que no puedo «tener» más de un B&B. Lo único que puedo defender es que le hago bien estando allí y viceversa. ¿De qué le sirvo al B&B una vez que me marchó? ¿De qué me sirve a mí? Si tengo un sitio en el que estar, estoy bien.

—Ya, ya. ¿Y qué pasa con la otra gente que quiere quedarse en el B&B pero tiene que vérselas con el Capitán Gilipollas y su Liga de Prolapsos para conseguir una cama?

—Tengo intención de construir en otro sitio. Espero que ayuden a levantarlo. Espero que se queden y ayuden.

—Por supuesto. Todos vamos a construirlo. Pero cuando vengan y se queden con él...

—Quizá vuelva al B&B. No importa. Lo importante es convencer a la gente de que haga y comparta cosas útiles. Combatiendo contra gente despreciable y codiciosa que no comparte no consigues nada. Haciendo más, viviendo en condiciones de abundancia, sí que lo consigues.

Los ojos que la joven posaba en ella eran tan inteligentes que Limpopo decidió sincerarse. Aunque quizá fuera el *crack*...

—Lo reconozco. Sentía que el B&B era «mío», sentía que mi trabajo me daba derecho a él. Lo cierto es que incluso si tienes razón y yo hice más que otros, eso no significa que pudiera haberlo construido sin ellos. El B&B es más de

lo que cualquier persona podría construir sola, incluso en toda una vida. Levantar el B&B, tenerlo en funcionamiento, es una tarea sobrehumana, más de lo que un ser humano solo podría hacer. Hay montones de formas de ser sobrehumana. Puedes engañar a otros para que piensen que, a menos que hagan lo que les dices, no van a tener qué comer. Puedes engatusar a la gente para que haga lo que tú quieres consiguiendo que tenga miedo a Dios o a la policía, o haciendo que tenga un sentimiento de culpa o de rabia.

»La mejor forma de ser sobrehumana es hacer cosas que te encantan con otras personas a las que también les encantan. La única forma de hacerlo es reconocer que lo haces porque te encanta. Y si haces más que nadie, sigues haciéndolo únicamente porque es lo que has elegido.

Iceweasel se quedó mirándose los guantes, flexionando los dedos con atención, lo que hizo que Limpopo quisiera imitar el gesto: inquietud por solidaridad.

—¿No te deprime? Tanto trabajo...

—Un poco. Pero es emocionante. Lo bueno de empezar de cero es que ves las cosas crecer a saltos. Una vez que está construido, solo hay retoques, pintura nueva y redecoraciones menores. Ver un montón de tierra revuelta y una pila de escombros crecer hacia el cielo y convertirse en un nuevo lugar, con su *software* metido en ti y tú metida en él, de forma que, independientemente de dónde estés y de

lo que estés haciendo, habrá algo que puedas hacer para mejorarlo, jeso es extraordinario! —El *crack* se estaba disipando y, como siempre, Limpopo sintió la fugaz tristeza que dejaba la sustancia al despedirse—. No es por cambiar de tema, pero...

El grupo estaba llegando. En un minuto o dos retomarían la marcha.

—Esto lo conoces —dijo Limpopo levantando el vapeador, que Iceweasel le retiró con destreza para dar una calada y soltar una columna de fragante humo como de brea y plástico quemado, un olor íntimo—. Esa sensación de felicidad e intensidad que tienes ahora, ¿verdad? ¿Has pensado alguna vez si es algo que estamos destinados a experimentar de forma más que pasajera? Piensa en los orgasmos. Si tuvieras un orgasmo que no terminara, sería brutal. En cierto sentido sería técnicamente extraordinario, pero la experiencia sería terrible. Piensa ahora en la felicidad, esa sensación de haber llegado, de haber perfeccionado tu mundo por un momento... ¿Te imaginas que se prolongara? ¿Para qué ibas a levantar el culo nunca más? Yo creo que estamos equipados para experimentar la felicidad solamente un instante, porque todos nuestros antepasados que pudieron experimentarla más tiempo se quedaron flipando hasta que se murieron de hambre o se los merendó un tigre.

—Estás todavía colocada —le dijo Iceweasel.

Limpopo se paró en seco.

—Pues sí...

El grupo las había alcanzado.

—Se me está pasando. Vamos a movernos.

Se incorporaron a la columna y se pusieron en marcha.

III. DESPEGUE

[III. i]

Las cenizas de la Universidad Andante rodeaban a Iceweasel. Era un día muy propio de la situación de inestabilidad climática: los aguaceros aparecían de ninguna parte, lo empapaban todo, desaparecían y quedaban un sol abrasador y el zumbido creciente de los mosquitos. Las cenizas estaban mojadas y ya compactadas en una masa con forma de ladrillo compuesta de nanofibras de aislamiento y disipadores, cartón estructural barnizado con moléculas de cadena larga que liberaban algún tipo de gas de forma alarmante, y un hollín indiferenciado de cosas que habían alcanzado tal temperatura en la explosión que no había forma de saber ya qué habían sido.

En aquella masa había personas. La red de sensores de la Universidad Andante (UA) había sobrevivido lo suficiente para alarmarse por los humanos desmayados distribuidos por la zona, atrapados por las explosiones o por los gases. Había huesos carbonizados en la materia que revoloteaba alrededor de su máscara, lo que dejaba un sabor a tostada quemada en la lengua. Iceweasel habría empezado a tener arcadas si no hubiera sido por el meta que se había imprimido antes de echarse a la carretera.

El Banana & Bongo era más grande de lo que el Belt & Braces había sido nunca: siete plantas, tres talleres y establos de verdad para una variedad de vehículos, desde triciclos todoterreno, pasando por mecas corredores, hasta indirigibles, que tuvieron ocupado a Etcétera más de dos años, revoloteando por el cielo y de sofá en sofá en campamentos y asentamientos de andantes de todo el continente. Iceweasel había pensado en llevar un meca a la uni, porque era maravilloso recorrer el campo a toda prisa en uno de ellos, los orientadores y el líder¹¹ del sistema encontraban el sitio preciso para plantar cada una de sus enormes patas, mientras que los giroscopios y los lastres

11 Un líder o lidar (acrónimo del inglés LiDAR, Light Detection and Ranging o Laser Imaging Detection and Ranging) es un dispositivo que permite determinar la distancia desde un emisor láser a un objeto o superficie utilizando un haz láser pulsado. La distancia al objeto se determina midiendo el tiempo de retraso entre la emisión del pulso y su detección a través de la señal reflejada. [N. e. d.]

bailaban con la gravedad para mantenerlo erguido a lo largo de los kilómetros.

Pero los mecas no tenían espacio de carga, así que se había subido a un triciclo con ruedas globo del tamaño de las de un tractor, que arrastraba un convoy de cápsulas de carga todoterreno con equipamiento de emergencia. Necesitó cuatro horas para llegar a la universidad, y para entonces los supervivientes se habían dispersado. Lanzó indirigibles con nodos de red en un patrón de cobertura para buscar las emisiones de radio de los supervivientes. Los indirigibles se inflaban solos, pero, aun así, era tarea dura sacarlos de su cápsula y echarlos a volar, y aunque trabajaba rápido (con la velocidad y la precisión del meta, como un marine que montara un rifle con los ojos vendados), cuando por fin surcaban el aire estaban completamente manchados por el hollín en suspensión.

—A la mierda —dijo con la boca cubierta por el respirador.

Dio la vuelta al triciclo todoterreno y al convoy de carga para formar un ruidoso dónut. Los supervivientes andarían cerca, contra el viento de la columna de cenizas y fuera del alcance del calor que debió de emerger según ardía el campus. Iceweasel había visto una demo de un edificio con disipadores térmicos en llamas. Había sido aterrador. En teoría, las paredes dopadas con grafeno repelían el calor, lo sacaban a la superficie centelleando y mantenían la zona que rodea al fuego por debajo de su punto de ignición. El

disipador térmico era en sí menos inflamable que cualquiera de los otros materiales que utilizaban para la construcción, de modo que, si el fuego se prolongaba demasiado tiempo, los disipadores de calor se calentaban hasta el punto de ignición de las paredes y el edificio entero estallaba en una explosión casi simultánea. En teoría era imposible alcanzar esas temperaturas, a menos que ocho respuestas fracasasen: exclusivamente en caso de incendio premeditado propio de un actor de nivel estatal.

Intentó no pensar en los actores estatales ni en por qué querrían reducir a cenizas el campus de la UA en la península del Niágara.

Los indirigibles transmitían una señal. Algo los había utilizado para conectarse a la red andante un par de kilómetros contra el viento, tal y como Iceweasel había pensado. Con suerte serían refugiados y no otros aspirantes a prestar auxilio en la catástrofe ni, aún peor, saqueadores morbosos.

Los indirigibles empleaban sus propulsores de poca potencia y el lastre para maniobrar con inteligencia y establecer un triángulo estable sobre la zona, después utilizaban la sincronización de señales para generar coordenadas. Enviaban fotos, pero lo único que Iceweasel veía era un toldo a cierta distancia del incendio. No se veía gran cosa, pero le pareció que podía haber claros que habían servido de cortafuegos.

Arrancó el triciclo y puso rumbo al lugar donde se había producido la conexión, pasándose la lengua por la boca para quitarse el sabor amargo.

Poco después tuvo que bajarse. La maleza era demasiado densa para que el todoterreno se abriera camino, por no hablar del convoy de carga. Se estiró, se tocó los dedos de los pies, balanceó los brazos. El trayecto le había castigado el culo y la espalda. Le dolían las manos de agarrar el manillar. Pensó en vapear, quizá un poco de *crack*, pero cuando se retiró la máscara una fracción de milímetro, la boca y la nariz se inundaron de un aire amargo que soplaba desde la zona reducida a cenizas. A la mierda, con el meta sería suficiente, incluso si la dosis se estaba evaporando. Tendría que haberlo preparado en forma de parche, así podría pegárselo y no tener que respirar la mezcla tóxica de plástico, carbón y seres humanos a la brasa.

El paseo por el bosque le alivió los músculos y la cabeza. Los pájaros entonaban trinos alarmados pero alentadores mientras evaluaban los daños del fuego. Iceweasel solía subir a la azotea de la casa de su padre para oír a los pájaros cantar en el valle del Don. Escucharlos era tranquilizador de un modo atávico.

Según se acercaba, buscaba con la mirada y el oído huellas de actividad humana, pero aquella era una naturaleza peculiarmente inmaculada. Estaba a punto de regresar al

triciclo para reasignar tareas a los indirigibles, pues entendía que habían fallado, cuando descubrió la antena.

Era un árbol artificial, no muy conseguido pero escondido entre otros, por eso no lo había visto de inmediato. Era un abeto, como un árbol de Navidad de plástico. Entre sus brazos estaban las protrusiones características de un sistema de antenas en fase, las mismas que encontrarías alrededor del Banana & Bongo. Dio una patada donde deberían estar las raíces y vio que estaba asentado con firmeza en el suelo.

—¿Hola?

Donde había antenas habría cámaras, aunque solo fuera para enviar imágenes cuando el sistema dejara de funcionar. Serían cabezas de alfiler que no podía ver, pero no andarían lejos.

—¿Hola? —volvió a repetir.

—Por aquí —dijo una mujer.

Era esbelta y tenía la piel arrugada del color de la teca y el pelo cano recogido en una coleta desgredada. Había aparecido entre los árboles en el lado contrario de la antena. Llevaba un respirador, pero parecía cordial. Aunque quizá esa impresión fuera fruto del meta.

Iceweasel fue hacia la mujer, que se adentró en el bosque. Iceweasel la siguió. Llegaron a un saliente de granito: el macizo del Labrador emergiendo de la tierra. La mujer le dio un empujón y se hizo a un lado con un voladizo. El movimiento era mudo, muestra de un diseño prodigioso. Aquello pesaba una puta tonelada, como pudo descubrir Iceweasel cuando no se retiró a tiempo y a punto estuvo de acabar con el culo en el suelo cuando la roca la rozó.

—Vamos —dijo la mujer mayor.

Detrás de la roca había un estrecho pasillo de paredes de tapia iluminado con bombillas led clavadas directamente en el barro, que dejaban ver los cráteres propios del impacto alrededor de cada una. La mujer volvió atrás pasando por delante de ella (Iceweasel vio que las arrugas estaban salpicadas de hollín, lo que las hacía parecer más oscuras de lo que eran en realidad) y cerró la puerta con un golpetazo que vibró a través de las suelas de las botas de Iceweasel.

—Adelante.

Iceweasel aceleró el paso. Después de una curva, se vio de repente en un túnel de una redondez perfecta, más alto que ella, con las paredes pulidas y las marcas labradas de una perforadora. Las paredes eran compactas y limpias, la iluminación más elaborada, espaciada con precisión mecánica.

La extraña mujer se retiró la máscara. Era una mujer hermosa de ascendencia india —o del subcontinente indio— , con las cejas canas y un tenue bigote oscuro. Sonrió con unos dientes blancos y bien alineados.

—Bienvenida al campus secundario de la Universidad Andante.

[III, ii]

Se llamaba Sita. Le dio un abrazo a Iceweasel, que le informó de que había llevado suministros.

—Estamos bien abastecidos aquí —respondió Sita—, pero hay cosas que vamos a necesitar para la reconstrucción.

Recorrieron el pasillo en dirección a unas voces distantes.

—Estamos de duelo, por supuesto, pero lo importante es que todo el trabajo se ha podido trasladar: las muestras, los cultivos... Los datos siempre han tenido copia de seguridad, así que por ahí no había peligro.

—¿Cuántos han muerto?

Sita se detuvo.

—No lo sabemos. Podría ser un número muy grande o nadie en absoluto.

Iceweasel dudó si aquella mujer no habría perdido la cabeza por la pena, envenenada por el humo o con un agente biológico extraño. La máscara de Sita colgaba del cuello y a Iceweasel la suya le tiraba del pelo y le aplastaba la cara, así que tiró de ella hacia arriba y se la subió a la

frente, golpeando las gafas de protección, que había olvidado y terminaron en el pelo. A pesar de las molestias, el alivio de respirar con libertad y ver sin unos cristales manchados le levantó el ánimo.

—¿Me lo puedes explicar?

—Posiblemente. Pero quizá más tarde. Ahora, vamos a reunir un grupo de trabajo y a descargar tus suministros.

Los pasillos subterráneos se convirtieron en un anfiteatro bajo tierra sostenido sobre columnas, celosías y algo más sustancial que un aerosol para evitar que la tierra se hundiera.

—Empezó como un acelerador de partículas —dijo Sita cuando vio a Iceweasel con la boca abierta.

Había un hospital en un rincón, una cantina y espacios de trabajo donde personas cubiertas de hollín estaban enzarzadas en agrias discusiones prácticamente a puñetazos.

—La perforadora estuvo meses trabajando, a lo suyo —explicó Sita—. Pero los físicos consiguieron lo que andaban buscando en otro sitio..., no me preguntes qué, la física de partículas no es mi disciplina... Total, que se largaron. Cuando se fueron, estaba terminado. Entonces, cuando

centramos la actividad en los escáneres y las sim¹², los veteranos empezaron a preocuparse por que nos pudieran hacer desaparecer de la superficie de la tierra con un bombazo y se construyó un refugio. Llevó un par de años, en su mayor parte estaba todo automatizado. No es bonito, pero servirá. Yo ni siquiera sabía que estaba aquí hasta ayer, cuando empezó el incendio. ¡La sorpresa fue de miedo! No sé qué es más raro, que esta gente haya conseguido construir una ciudad subterránea o que la hayan mantenido en secreto... Aunque quizá no era un secreto. Lo mismo era yo la única que no lo sabía. La verdad es que eso es un poco paranoico, ¿no te parece?

Fuera lo que fuera lo que le pasaba a Sita, no era agradable. Se derrumbó contra una pared de tapia plagada de gruesos conductos que recorrían las vigas del techo y desaparecían en los túneles que se abrían a un lado y a otro. Parecía mayor que cuando se habían encontrado.

—¿Una calada? —propuso Iceweasel—. Es meta. Es bueno en estas situaciones.

—Gracias.

Compartieron una calada amistosa. Unos segundos más tarde, las dos tenían una sonrisa irónica.

12 Simulaciones. [N. e. d.]

—¿Hay hambre? Tenemos manduca preparándose, no mucha, pero si vamos a cargar tus suministros, procede comer.

—Estoy bien. Vamos a traerlo todo antes de que le lancen una bomba desde el espacio.

—No bromees con eso.

El meta había cumplido su función con Sita, que llegó tranquilamente a una mesa donde había mujeres más jóvenes y un par de hombres y presentó a Iceweasel. La mayor parte de los presentes tenía nombres sencillos como Sita, pero había un tipo que se llamaba Farolero, el único que recordaría diez segundos más tarde. Le dieron una taza de cafetante mientras reunían más brazos para el grupo de trabajo. Alguien apareció dando zapatazos y vestido con un pequeño exoesqueleto meca. También había un par de burros, que daban zancadas altas y se balanceaban de un lado al otro mientras su *firmware* analizaba y volvía a analizar el terreno sin fiarse jamás de que el suelo no fuera a ceder. Los burros eran lentos, pero hacían su trabajo.

—Vámonos.

Sita se colocó la máscara. Con un suspiro, Iceweasel se bajó la suya. Lamentó no haber dicho que sí a la comida: no solo porque tuviera hambre, sino porque quería sentarse y descubrir qué demonios había pasado.

Atravesaron el peñasco corredizo y marcharon en fila india por el poblado bosque hasta llegar al triciclo y sus cápsulas de carga. Iceweasel tenía medio claro que estaría todo fundido y hecho escoria a causa de otro ataque con drones, pero lo encontraron intacto. Las cápsulas de carga se abrieron con un suspiro y el equipo de enmascarados formó una cadena humana que se internaba en el bosque.

Las cadenas humanas encarnaban la filosofía andante, eran más representativas que las discusiones en círculo para alcanzar un consenso. Iceweasel había participado en algunas cadenas en pordefecto, desplazando materiales en las fiestas comunistas, pero nunca ninguna se acercó siquiera al deleite que transmitían las cadenas de andantes. Las cadenas humanas solo te exigían trabajar con la entrega que desearas: correr para recibir una nueva carga y luego volver para entregarla, o pasear tranquilamente entre una y otra, o variar la velocidad. No importaba: si ibas más rápido, significaba que las personas que tenías a ambos lados no tendrían que llegar tan lejos, pero eso no les exigía ir más rápido ni más despacio. Si bajabas el ritmo, los demás mantenían su velocidad. Las cadenas humanas eran un sistema mediante el cual todo el mundo podía hacer lo que quisiera —dentro del sistema— lo rápido que quisiera; todo lo que aportaras ayudaba, y no había forma de frenar a los demás.

Antes de salir del Banana & Bongo, Iceweasel se había incorporado a la cadena humana de carga de suministros. Su

participación había sido breve porque Limpopo se había empeñado en darle más consejos de seguridad y en comprobar tres veces su equipamiento y los kits de emergencia. Iceweasel se había prestado de buena gana porque era agradable que alguien le cuidara el culo, que se asegurara de que no se metiera en demasiados problemas incluso cuando iba de cabeza a buscarlos lo más rápido que podía. Este había sido su *modus operandi* durante la construcción del B&B: ser la primera sobre el terreno cuando los drones avistaban material reutilizable, avanzando y alejándose más que nadie y con menos suministros, contando con el equipo más reducido posible y con la amabilidad de los desconocidos y la suerte para seguir con vida. Había pasado de ser la mayor porteadora del mundo a alguien que desaprobaba coger una muda de ropa interior (para algo estaban los tejidos hidrófobos dopados con plata que repelían la suciedad).

Limpopo le había revisado con pericia el equipo y le había incluido seis litros extra de agua y una impresora líquida ligera que podía dispensar medicamentos sobre el terreno. Iceweasel sabía que más le valía no oponerse, pero lo hizo, y no se aplacó hasta que Limpopo la agarró y amarró el peso con tanta habilidad que apenas era perceptible.

—Sabes que con toda esta agua voy a terminar bebiendo sin parar y parando todo el rato a mear.

—Mea claro.

Era una bendición andante, especialmente en modo nómada. No se consideraba maleducado ofrecer opiniones que nadie había pedido a propósito de la orina de tu vecina. El objetivo era la claridad. Cualquier cosa más oscura que un narciso daba pie a que te obligaran a beber agua. Si tu orina era naranja o marrón, te forzaban de forma pasiva y agresiva a beber un tónico de sales de rehidratación y tenías que soportar la condescendencia de tus compañeros por dejar que tu sistema endocrino te estuviera venciendo. Podías fabricar ropa interior en la que mear mientras estabas en marcha: lo absorbía todo en segundos y neutralizaba cualquier elemento desagradable o peligroso. Tenía el beneficio añadido de percibir y analizar el estado de hidratación y los sólidos en disolución, pero casi nadie la llevaba porque: A) mearte encima era asqueroso; y B) véase A.

Limpopo la despidió con un beso que solo era parcialmente maternal. Después de una hora en el triciclo, seguía sonriendo por aquel beso. Seth, Etcétera y ella eran como electrones que orbitaban alrededor del núcleo que era Limpopo, todos intentando saltar a órbitas de mayor energía. Había algo en ella que ejercía atracción gravitatoria.

Este tipo de ensimismamiento era fácil en una cadena humana, incluso con una máscara, gafas de protección y sabor a rueda quemada en la boca. Era la combinación de trabajo sin esfuerzo cerebral y eficiencia. Según fue rompiendo a sudar, el ritmo de la cadena se asentó.

La mejor parte de una cadena humana es que, cuando se termina el trabajo, todos se reúnen de forma natural en el extremo de carga, porque se camina contra corriente hasta obtener una carga y, si no la hay, todo el mundo hace el camino completo. Se reunieron en torno al triciclo a tomar decisiones.

—No tiene sentido camuflarlo —dijo Sita—. Cualquier cosa que vuele y que lo descubra entenderá que es un vehículo de auxilio, es natural. No deja escapar información sobre lo que hay bajo tierra.

—Pero un vehículo de auxilio implica personas a las que auxiliar.

Acababa de hablar un tipo con un pelo loquísimo, de un azul verdoso, con rizos a lo Einstein en los lados y calvo en la parte superior. Tenía unos sesenta años y una cara sorprendentemente hermosa, como un elfo de los bosques. Ahora que Iceweasel lo pensaba, aquellos andantes eran un par de sigmas mayores que la media de los andantes. La parte de su cerebro que intentaba entender por qué alguien del mundo real podría querer bombardearlos hizo que archivara esta información.

—Hagamos lo que hagamos, no va a servir de nada —dijo otra mujer mayor, bajita y con pinta de *hippy*, con el tipo de cuerpo en forma de reloj de arena y tetas gigantes con el que Iceweasel dibujaba a todas las mujeres cuando era niña—.

Un triciclo camuflado no va a parecerle una parte del bosque a un procesador de imágenes decente. Va a parecerle algo que está escondido.

—Fin de la cuestión —dijo Sita, que se dirigió entonces a Iceweasel—: Gretyl es la persona que más sabe de optimización por ordenador de toda la universidad. Si lo dice ella, es verdad.

—Argumento de autoridad —apostilló con buen humor el otro tipo.

—Cuanto más tiempo pasemos aquí, más posibilidades de que nos detecten —dijo Sita.

—Eso es una estupidez interesada.

—Hay *whisky* en la cantina.

—No se hable más.

Se pusieron en marcha.

La cuidaron bien. Un equipo nuevo, que dormía cuando descargaron el triciclo, guardó todos los suministros. La gente con la que había estado fuera la adoptó; desplegaron una silla troquelada, la montaron e insistieron en que se sentara mientras traían el desayuno: yogur salpicado de pistachos con un fermento personalizado que le aseguraron que moderaría su estrés, lo que explicaba por qué estaban

relajados de cojones a pesar de haber sido el objetivo de bombas incendiarias.

Le dieron un vaso de algo dulce con burbujas cargado de ruidoso hielo. Iceweasel pensó que podía ser alcohol, pero no estaba segura.

—¿Qué era exactamente lo que andabais haciendo para que os bombardeen desde el espacio?

—Esto ha sido una caricia —respondió Gretyl—. Nada comparado con el ataque de Somalia.

Había gente en el Banana & Bongo obsesionada con la situación internacional de los andantes, pero Iceweasel apenas la seguía. Era poco consciente del devenir del contingente andante subsahariano.

—¿Somalia?

Gretyl la sobrevaloró un tanto:

—No exactamente Somalia. Entiendo el debate, pero la última frontera nacional a la que perteneció la zona del ataque había sido somalí, así que la llamamos Somalia por comodidad. No es momento de pedanterías.

—No estoy siendo pedante, simplemente no sé de qué estáis hablando.

Los andantes de la universidad la miraron como si fuera idiota. No tenía importancia: la gente se preocupaba de cosas a las que ella nunca había prestado atención. Había firmado la paz con la idea de tener prioridades diferentes a las de los demás, empezando por su puto padre.

Sita respondió:

—El campus de Somalia..., o del sitio que solía ser Somalia, fue atacado el mes pasado. Ni siquiera sabemos con qué los atacaron. No queda nada, literalmente. Las imágenes del satélite muestran una llanura de polvo. Ni siquiera un campo lleno de escombros. Es como si nunca hubieran existido: diez hectáreas de laboratorios y aulas simplemente... desaparecidos.

Un hormigueo recorrió el cuello de Iceweasel.

—¿Con qué pensáis que les atacaron? ¿Creéis que os podrían atacar del mismo modo a vosotros?

Sita se encogió de hombros.

—Hay montones de teorías. Es posible que les pegaran fuego como a nosotros, pero que fueran especialmente expeditivos con la limpieza y la llevaran a cabo entre una vuelta del satélite y la siguiente. Es el enfoque de la navaja de Ockham; cualquier otra opción supone asumir avances tecnológicos de mucho calado. Aunque algunos avances sí que hay por ahí..., quién sabe.

Gretyl tomó el relevo de la conversación con suavidad, poniendo las manos abiertas sobre la mesa:

—Lo que nos trae de vuelta a tu pregunta inicial: en qué estamos trabajando para que alguien de pordefecto quiera vernos reducidos a un cráter.

Ante aquellas palabras, todo el mundo se volvió a mirar al tipo del pelo rizado azul, cuyo nombre Iceweasel había olvidado al instante.

—Estamos intentando encontrar una cura para la muerte —dijo brindando a Iceweasel esa sonrisa pícara de elfo de los bosques. Tenía hasta un hoyuelo en la barbilla—. Es algo más bien grande.

[III, iii]

Se apelotonaron todos, con bebidas y aperitivos, en un amplio pasillo lateral. Una de las paredes estaba pintada con superficie de interfaz, y el elfo y tres de su grupo —Iceweasel no tenía forma de saber si eran colaboradores, estudiantes o entrometidos que se habían invitado solos— se pusieron a trabajar con ella, manipulando sus redes personales y moviendo los dedos sobre los paneles. Iceweasel reconoció una barra de progreso que se movía a la velocidad del hielo. Tuvo que apartar la mirada porque era una barra de mierda que no avanzaba con suavidad y su teórica precisión era falsa: saltaba rápidamente del 25 al 30 por ciento y luego se quedaba muerta una eternidad antes de marcar el 31 por ciento, volaba entonces al 41, y así todo el rato. Conocía lo suficiente su propia psicología para entender que su cerebro perseguidor de patrones estaba fascinado con aquella cosa sin sentido. Era un refuerzo intermitente, porque cada cierto tiempo su subconsciente adivinaba correctamente cuándo iba a producirse un salto, y eso era suficiente chute de dopamina para convencer a su estúpido cerebro inferior de su genialidad prediciendo los movimientos aleatorios de un control de la interfaz de usuario engañoso.

La barra de progreso se quedó anclada en el 87 por ciento tanto tiempo que alguien terminó yendo a buscar una bobina de fibra, mientras que el elfo de los bosques desapareció en una sala de servidores e hizo algo que provocó que la interfaz, conectada ahora directamente, se pusiera a dar saltos sin parar.

—Ya nos disculparás —se excusó Sita—, todas las demos que hemos hecho hasta ahora las hicimos en mejores circunstancias. Nadie pensó que pudiera haber ejercicios con fuego real en una situación como esta. CC está como loco desde que cayeron las bombas y se dio cuenta de que la partida es por todo lo alto.

La mención a CC refrescó la memoria de Iceweasel: el elfo de los bosques se llamaba Ciudadano Cíborg, un nombre de andante tan prototípico que le había sido imposible retenerlo. Apareció entonces CC de vuelta, echó a codazos a los demás de la interfaz y se puso a hacer cosas. Se oyó un *clic*, un *pop* y una campanita que lo hizo asentir. Los demás lo reconocieron también y el ruido en la sala se redujo prácticamente a cero.

—Te tienen en un laboratorio espantoso, CC —dijo una voz sintetizada.

La voz estaba bien, pero la cadencia no funcionaba. Las palabras aparecían en la pantalla, todas adornadas con la melena de una nube de datos.

—Tiene su sentido del humor —dijo Sita—. Eso está bien.

Gretyl, que estaba a su lado, explicó a Iceweasel lo que ya había interpretado:

—Esa es Dislocada. Fue víctima de las bombas. Su grabación apenas tiene un par de días. Pensó que podía pasar algo así. CC la tiene en funcionamiento en todo el clúster.

—¿Eso es un cerebro en un tarro de cristal? —preguntó Iceweasel.

—Una mente en un tarro —dijo Sita.

—Las cenizas del cerebro —replicó Gretyl con un estremecimiento.

—Pues no entiendo por qué no está diciendo: «¿Dónde estoy? ¿Qué le ha pasado a mi cuerpo?».

Aquellas eran las preguntas clásicas de los melodramas de transferencias, un requisito formal del género.

Fue Gretyl la que respondió:

—Porque no arrancamos la sim en el estado en el que fue escaneada. La llevamos a un estado intermedio, un trance, y le contamos lo que ha pasado. Todo el que se mete en el escáner sabe que esto ocurrirá: llevamos años

experimentando con el modo de arrancar las sim para encontrar formas de recuperar la consciencia que sean lo menos traumáticas posible. O más bien debería decir «consciencia». —Gretyl marcó las comillas con los dedos.

CC sacudía la cabeza y movía la mandíbula de un lado a otro.

—Dislocada, esto no es un ensayo. Estás de cuerpo ausente. ¿Te acuerdas del escenario en el que pensabas que sucedería la transferencia? Pues es real. Estamos en el búnker.

Un parpadeo de cursor cargado de contenido. Iceweasel no había visto un cursor que parpadeara más allá de las ficciones históricas, pero tenía sentido darle al «cerebro en un tarro de cristal» una forma de indicar las pausas. Las infografías eran una locura.

Gretyl susurró:

—Están activando varias simulaciones de baja resolución de Dislocada, intentando encontrar parámetros endocrinológicos para evitar que la sim entre en pánico y se derrumbe, pero manteniendo los procesos neurales dentro del marco normal de lo que sabemos de Dis a partir de sus datos vitales registrados.

Sita se acercó a la otra oreja de Iceweasel.

—Es como si estuvieran intentando encontrar una dosis de sedantes que la mantuviera tranquila sin convertirla en un zombi.

—Joder. Estáis haciendo algo disparatado de verdad con mis niveles hormonales, lo noto. Dadme un minuto de control autónomo para ver si soy capaz de sobrevivir, ¿os parece? Si no, volved a este punto y empezad de nuevo.

—Eh... —respondió CC—. Dislocada...

—¿Esta no es la primera vez que me arrancáis desde que os largasteis y me dejasteis tirada? No soporto los escenarios Día de la Marmota.

—Siempre fue la más lista —dijo Gretyl—. Por eso tenemos que conseguir subirla a la red: es la única capaz de levantar a la cohorte al completo. ¿Has visto lo rápido que ha deducido eso?

—Gracias, Gretyl —intervino la voz—. ¿Quién es la que está contigo?

—Soy Iceweasel. He venido del Banana & Bongo con material de salvamento.

—Encantada de conocerte.

Otra larga pausa. Las infografías bailoteaban. Parecía indiscreto mirarlas, pero Iceweasel no sabía en qué otro sitio fijar los ojos.

—Discúlpame, es que no parezco yo —dijo la voz.

—Dislocada —la llamó CC—, estás entrando en barrena. Lo notamos. Mira, voy a volver a cargarte de nuevo, ¿vale? ¿Sugieres algún parámetro para el próximo intento?

—¿Cuánta electricidad os queda? ¿Podríais ampliar la aplicación del algoritmo de adaptación la próxima vez? Habíamos probado este escenario antes y éramos capaces de mantener estable el modelo.

—Entonces estabas viva —contestó CC.

Las infografías desplegaron una actividad frenética.

—Mala forma de expresarse —dijo Iceweasel sin levantar la voz.

Gretyl y Sita asintieron.

—¡Dis! ¡Dis! —exclamó Sita—. Soy Sita.

—Ya sé que eres Sita. —La voz no contaba con el rango expresivo necesario para ser gruñona, pero la elección de las palabras y la cadencia no dejaba lugar a dudas—. ¿Qué pasa?

—Vamos a estar funcionando con la electricidad justa un mes, mientras recargamos... Quizá más, dependerá del viento y del sol. Eso si no nos bombardean, claro. No hay suficiente carga para el uso del algoritmo de adaptación que quieres, a no ser que te bajemos a media velocidad.

—Eso no va a funcionar. A media velocidad no voy a ser capaz de llevar adelante interacciones sociales con vosotros. Vía directa a estampar la cabeza contra la pared.

Iceweasel susurró a Sita:

—¿Y todos esos datos? ¿Por qué no sacáis simplemente algún tipo de código homeostático que intente mantener todos los parámetros dentro de un rango?

—Porque soy no lineal, por eso —respondió la voz.

Iceweasel supuso que, además de a la óptica en fase de la superficie, el bot de Dislocada podía también acceder a un abanico de micrófonos, lo que significaba que podía poner el oído en cualquier conversación de la sala. Iceweasel había celebrado fiestas en Toronto en las que a través de su pared accedía a la retransmisión de la fiesta de otro niño rico y había podido elegir cualquier conversación, una por una, con solo señalar con un dedo. El bot con el que estaba hablando a través de la pantalla podía hacer lo mismo.

—No soy determinista. De lo contrario no tendrían que utilizar un algoritmo de adaptación para impedir que se me

abra el culo. Soy sensible a los parámetros iniciales y tengo tendencia a las singularidades. Igual que tú. Eso es lo que nos define. O lo que os define, más bien, yo ya no sé lo que me define. Ay.

Una nueva pausa con el cursor parpadeando. Nada de aquello salía en ninguna de las ficciones de humanos transferidos que Iceweasel había visto. Pasó por una fase de series estúpidas sobre personas que ponían sus cerebros en computadoras y se multiplicaban de este modo (*Multiplificado* era el nombre de la que tenía más éxito, se había vendido a un zota por algo así como nueve mil millones de dólares, con derechos de comercialización), pero se había cansado de verlas.

Como al mismo tiempo se había dado atracones de películas antiguas de viajes por el espacio, había caído en la cuenta de que todas esas situaciones dramáticas por salir al espacio no eran más que sueños voluntariosos o una intención pueblerina de meter miedo, y lo mismo tenía que suceder con las ficciones sobre personas transferidas a un ordenador. Fuera como fuera que terminara pareciendo aquello y fueran cuales fueran los problemas que se presentaran, serían más extraños y menos espectaculares que en la pantalla.

—Eso lo entiendo.

Lo que fuera que llevara aquel yogur universitario no estaba funcionando. Iceweasel tenía desde siempre una importante fobia social: tenía la sensación de que todo el mundo la miraba y la juzgaba. Y posiblemente era así. ¿Por qué había abierto la estúpida boca?

Pasar tiempo con Limpopo le había enseñado que nunca pareces estúpida cuando planteas preguntas básicas de buena fe.

—Lo que realmente no entiendo es por qué no te parece mal que te reinicien... ¿No es morirse?

Todo el mundo seguía mirándola.

—Por supuesto. Es exactamente como morirse, pero sé que voy a volver. En el momento del arranque hay una presión selectiva. Piénsalo: cuando arrancamos una sim como yo, empieza en una forma primitiva, y podemos utilizar un algoritmo de adaptación con un bajo coste de computación para calcular los parámetros de cada paso sucesivo hacia la consciencia plena. —Pausa, parpadeo de cursor—. O lo que sea que tengo yo. Una de las preguntas clave que recibe cada una de esas versiones de mí que proyecta el algoritmo es: «¿Tendrás una crisis existencial cuando entiendas que eres una simulación?». Las posibles «yo» con una mayor tolerancia a ser una cabeza en un tarro de cristal tienen los mejores factores de adaptación para el desarrollo completo. Soy un proceso naciente y complejo,

pero dentro del marco de todas las respuestas posibles que puedo tener ante esta situación está no fundirme, así que ese es el rincón del marco que exploramos cuando me arrancan.

»Y estarás pensando: “Vale, pero ¿cómo llamas a eso simulación si solo puedes simular las escasas circunstancias en las que a lo que se simula no le da un ataque y se cuelga?”. Que le den por culo a eso. Ahora podemos hacer esto, va a ser una cuestión de tiempo que los muertos superen en número a los vivos. Y todos los muertos serán la versión de sí mismos que no sufra ataques existenciales. Es un cuello de botella cognitivo por el que vamos a hacer pasar a la raza humana...

—No era eso lo que estaba pensando, ni mucho menos —respondió Iceweasel—. Por lo que a mí respecta, eres una persona, y lo que coño sea que estés pensando es cosa tuya.

—Si no estabas pensando eso, posiblemente no eres muy lista. Sin ánimo de ofender.

—No seas gilipollas, Dis —intervino CC.

—No estoy siendo gilipollas. Simplemente es que no entiendo que una persona de carne y hueso pueda valorar en lo que me he convertido sin una pizquita de angustia existencial. No es natural.

Iceweasel no pudo evitar reírse. Era fruto del agotamiento nervioso, por no mencionar el sobrecogimiento. Se partía de risa.

Para su asombro, el bot también se echó a reír. Lo más raro de la risa sintética era lo natural que sonaba. Más natural que el habla.

—Vale, que le den a lo natural. Querida desconocida, yo soy un engendro y tú también lo eres, y las dos estamos limitadas por nuestra plataforma computacional. ¿Qué es lo que ibas a decir?

—Sé que no soy experta, pero si estás preparada para vivir dentro de tu... eh... «marco limitado» para evitar suicidarte en cuanto te arrancan, ¿qué problema hay en limitar tu marco un poco más? Solo sería cortar las aristas de tu endocrinología virtual y optimizarte de manera que puedas conseguir la estabilidad para tener una forma de funcionamiento menos limitada. Tu cerebro ha sido incinerado, esta sim es todo lo que queda. Hazle una copia de seguridad, congélala tal y como está ahora, luego métele el hacha a una copia y ponla a las bravas en un modo en el que se quede metaestable incluso si eso significa perderse más allá de lo que se considera que eres «tú». Acabas de explicar que la única «tú» que es capaz de despertar en la sim es una que lleve bien que la reinicien periódicamente. ¿En qué medida es eso diferente de arrancar una versión

que lleve bien que la recorten hasta una versión robótica de sí misma que mole?

Todo el mundo llevaba los ojos de los parpadeos del cursor a Iceweasel y otra vez de vuelta. Las infografías bailoteaban. Había una que había llamado la atención de Iceweasel, un taquímetro OK/KO que representaba la estabilidad general del modelo. Estaba más bien verde. Más verde. El cursor parpadeó. CC estaba haciendo algo en una esquina en la que había cosas más complejas, números y tablas.

—No eres del todo una puñetera imbécil.

—Eso es todo un halago si viene de Dis —dijo Sita.

Se sumaron todos a la carcajada de la computadora.

[III, iv]

—Me juego algo a que ni en sueños habías pensado que fueras a ser entrenadora de inteligencia artificial —le dijo Gretyl.

Para ser miembro de la universidad, Gretyl era joven, aunque seguía superando en edad a la mayor parte de la tropa del B&B: le sacaba diez años a Limpopo. Con caderas anchas y un pecho prominente, parecía un ídolo de la fertilidad y transmitía una sensación intensa de flirteo, como si estuviera siempre contando un chiste erótico. Iceweasel pensó que le estaba entrando, pero después vio que Gretyl trataba igual a todo el mundo. Sin embargo, luego, volvió a tener la sensación de que estaba coqueteando. Tal vez esa sensación persistiera por sus propias ganas. Iceweasel le lanzaba distraída y furtivamente miradas al cavernoso escote. No era su tipo, pero tampoco lo era Seth y habían tenido una racha de varios años medio monógama, con idas y venidas puntuadas por reconciliaciones de sexo desmedido. Todavía se liaban a veces, pero era algo anquilosado y hasta raro; cuando se marchó con el triciclo todoterreno, ya prácticamente no quedaba nada de todo eso.

—Si te soy sincera, venía dispuesta a enterrar a los muertos y a alimentar a los supervivientes.

—Es todo un gesto por tu parte, pero sabemos cuidarnos solos. Esto no ha sido una sorpresa total. No después de lo de Somalia y lo de los otros.

—¿Ha habido otros?

Los había habido: todo lugar donde se estuviera trabajando en la transferencia había sido golpeado de algún modo en una serie de ataques cada vez más agresivos. Algunos eran operaciones militares abiertas, llevadas a cabo con justificaciones que iban desde esconder a fugitivos (un clásico cuando por defecto apaleaba a los andantes) a lugares comunes como el terrorismo y la defensa de la propiedad intelectual, términos cuya maravillosa flexibilidad los convertía en la excusa a mano para cualquier cosa.

—Habíamos asumido que habría represalias —dijo Gretyl—. Cuando empezaron, aceleramos el trabajo en los refugios. Buena parte del personal investigador se fue: todos los que tenían hijos y gran parte del grupo de los jóvenes y sanos. Este es un campo que atrae a gente con cosas terminales, a más de lo normal. También a hipocondríacos depresivos.

—¿Tú de cuáles eres?

Iceweasel tenía ya la seguridad de que estaban flirteando. El día después de un atracón de meta era así: una resaca excesivamente emocional que la convertía en el exuberante personaje de una telenovela.

—Hipocondríaca. Pero estoy segura de que el último bulto es algo malo, así que tal vez sea de los dos.

—Alguien tendría que mirártelo —dijo Iceweasel.

—¿Te estás ofreciendo?

Aquella era la forma más rara de ligar que había visto. La más macabra, desde luego.

—No tengo la formación médica para eso, me temo.

A Iceweasel le preocupaba ofenderla, pero Gretyl ni se inmutó.

—Estoy segura de que lo harás bien —dijo dándole un codazo en las costillas amistoso pero fuerte.

Iceweasel hizo un esfuerzo por cambiar de tema.

—No tenía ni idea de que alguien hubiera llegado tan lejos con la transferencia. Quiero decir, he visto las series, pero son una chorrada, ¿verdad?

—Son una chorrada. No estamos ni de lejos en posición de meter a la gente en clones que cometan asesinatos

irresolubles, por mucho que la idea mole. Pero ha habido muchos avances en los últimos cinco años. Hay zotas en pordefecto decididos a toda costa a conseguir la inmortalidad. El dinero no es problema. Ha pasado siempre. Los faraones se gastaron tres cuartas partes del PIB de su país en un sitio bonito para pasar la vida eterna. Ahora cualquier universidad con un laboratorio de neuroimagen está desbordada de becas: absorben a un montón de gente del entorno de la física y de las matemáticas teóricas. Puedes decir lo que quieras de la corrupción del capitalismo, pero consigue hacer cosas, siempre y cuando sean cosas que les encanten a los oligarcas.

—¿A eso era a lo que te dedicabas, a trabajar con neuroimágenes?

—¿Yo? No, lo mío son las matemáticas puras. —Gretyl sonrió de oreja a oreja—. ¿Esa historia del algoritmo de adaptación que aplica la sim? Es mío. Lo desarrollé en la Universidad Cornell, ¡hasta me hicieron titular! ¡Hacía tanto tiempo que no hacían titular a nadie que no sabían cómo meterlo en el sistema de nóminas! —La risa fue ahora a garganta batiente y desenfrenada, y a Iceweasel le hizo pensar en el ruido de las cascadas—. Luego transfirieron la tecnología a RAND, que autorizó el uso de la patente a otras organizaciones de esas que son para echarse a temblar, Palantir y esa tropa. Y de pronto no tenía forma de conseguir financiación para seguir trabajando. Nada. Mis estudiantes de grado desaparecían succionados por trabajos

ultrasecretos en Washington. Sumé dos y dos y me salieron cuatro. En el mundo de las matemáticas todos entienden que el principal empleador de matemáticos es la Agencia de Seguridad Nacional, y una vez que allí empiezan a trabajar en algo, trabajas para ellos o no trabajas. Después de un par de meses holgazaneando en mi laboratorio, me hice andante.

—Parece que no fuiste la única —respondió Iceweasel.

Aquella mujer voluminosa parecía seria, Iceweasel vio un resplandor de intelecto y pasión ardiendo en aquellos ojos negros que brillaban sobre unas mejillas pardas y redondas.

—He mencionado a los faraones. Esto es magia antigua. Los seres humanos han soñado con esto desde que nos preguntamos dónde estaban los muertos y qué pasaba cuando nos sumábamos a ellos. La idea de que esto tendría que pertenecer a alguien, que los sociópatas que llegaron a zarpazos a lo alto de la pirámide de cráneos de pordefecto deberían tener el poder de decidir quién muere cuando nadie tiene que morir jamás..., ¡que le den por culo a esa mierda!

»Mis padres eran frikis de las matemáticas. Yo crecí en una casa laberíntica, antigua, enorme y llena de ordenadores viejos. Ithaca era un buen sitio para practicar la arqueología de los ordenadores. Las computadoras con las que jugaba mi padre cuando sus padres llegaron de México eran hachas del

Neolítico. Hechas a fuerza de parches y sin potencia. Según los estándares del momento, eran putos milagros. A cada año que pasaba, la máquina que en un tiempo impulsaba el programa espacial migraba a cosas que ponían en juguetes. Ahora mismo necesitamos toda la potencia computacional que tenemos para ejecutar a la pobre de Dis en ese estado inestable y precario. Pero nadie apostaría contra que pronto seremos capaces de hacer más con menos.

Parecía cansada. Iceweasel también... ¿Cuánto tiempo llevaba despierta? ¿Dos días?

—Al parecer, eso tiene cagados de miedo a los zotas que estaban decididos a reservarse la inmortalidad para ellos solitos. El secreto inconfesable de la transferencia es que plantea un grave problema más propio de putos andantes. Cuando crees que podrías vivir para siempre..., que tus hijos podrían vivir para siempre..., que todo el que conoces podría vivir para siempre..., algo pasa.

Gretyl se frotó la cara con las manos. Las uñas tenían un hermoso tono gris perla que a Iceweasel le recordó a su madre, que disponía de armarios enteros de ropa de ese color. Se había hecho famosa entre cierto tipo de revistas del corazón por ese motivo en concreto. Iceweasel se preguntó si la parte de su subconsciente perpetuamente enredada en los problemas con su madre se habría dado cuenta antes.

—Quiero un cafetante, pero quiero dormir. Funciono con cafetante. ¿Qué estaba diciendo? La inmortalidad. Una cosa es imaginar una vida de trabajo para enriquecer a algún pez gordo internacional que lo ha heredado todo cuando te corresponden ochenta años en el planeta y otros tantos a él. No importa lo rico que un cabronazo sea ni cuántos hígados compre en el mercado negro, lo único que va a poder comprar son diez o veinte años. Pero la idea de convertir a esos imbéciles codiciosos en inmortales al estilo de los dioses, dividiendo a la raza humana en el grupo de los sempiternos amos olímpicos y el grupo de las moscas de la fruta, de manera que no solo disfruten de una vida mejor de la que tú podrías soñar jamás, sino que sea para siempre, para siempre... —Gretyl dejó escapar un suspiro—. Están asustados. Suben y suben los salarios, no les importa. Ofrecen beneficios, no les importa. Acciones, no les importa. Un amigo jura que un zota estaba intentando que se casara con alguien de su familia solo para evitar que desertara. ¡Esos cabrones están dispuestos a vender a sus propios hijos por la inmortalidad! Da igual lo que hagamos, finalmente encontrarán suficientes batas de laboratorio para conseguirlo. La ciencia puede resistir al poder, pero no es inmune. Es una carrera: o los andantes liberan la inmortalidad al mundo o los zotas se instalan como permanentes dioses emperadores.

Habían facilitado a Iceweasel un colchón hinchable que estaba hecho de esponja, con mucha elasticidad y un millón

de agujeros aislantes. Lo desplegó al lado del de Gretyl con esa sensación nerviosa de «¿están a punto de echarme un polvo?», pero cuando las dos se desnudaron y se metieron en sus sacos de dormir (se miraron de reojo y se descubrieron la una a la otra, sonrieron y volvieron a mirar), Iceweasel sintió como si tuviera pesas colgadas de las extremidades y de los párpados.

En lo último en lo que pensó fue en la raza de señores feudales supremos y permanentes de la que hablaba Gretyl, y en lo mucho que le gustaría esa idea a su padre.

Transcurrida una semana, todo el mundo dejó de andar encorvado anticipando el hundimiento del techo cuando los drones terminaran su trabajo. Los opinadores profesionales de pordefecto terminaron entendiendo que los laboratorios de los andantes estaban siendo liquidados sin capacidad de réplica y las fotos de cadáveres achicharrados que circulaban por la red andante se filtraron a pordefecto. La idea compartida era que un segundo ataque contra el campus subterráneo —un secreto que nunca fue gran cosa y que se había filtrado apenas unos días después del ataque— era poco probable. Aun así, diseñaron simulacros de evacuación.

No eran suministros médicos lo que llenaba los túneles: eran ordenadores. Iceweasel sabía de un modo abstracto que los ordenadores tenían masa. Todos aquellos con los que había interactuado de manera consciente habían sido lo bastante pequeños para ser invisibles: una mota de

electrónica metida en algo lo bastante grande para manejarlo con las estúpidas manos humanas. En alguna parte había centros de datos blindados y climatizados llenos de ordenadores, pero solo aparecían en la trama de penosas series sobre la guerra contra el terrorismo. Iceweasel asumía que aquellos edificios con forma de túneles de viento de una precisión geométrica, con bolardos a prueba de bombas y refrigeradores monstruosos, guardaban la misma relación con la realidad que las cámaras acorazadas de Hollywood con las cámaras acorazadas reales.

Tanto si los centros de datos «reales» se disponían en forma de terrazas limpias y ordenadas de equipos informáticos aerodinámicos como si no, los andantes no los organizaban así. Se corrió la voz por toda la región de la necesidad de potencia de computación. La gente apareció con la capacidad de la que disponía. La introdujeron en el sistema con el equilibrador de carga maestro, que toda la élite de la ciencia informática manejaba. «Equilibrador de carga» se convirtió en un conjuro: maldición e invocación. Algo funcionaba siempre mal, pero hacía milagros, pues la colección de variopintos aparatos distribuidos sin orden por los túneles y enlazados por marañas de fibra en fundas de goma rosa aportaba ciclos de computación que hacían que Dis «cobrara» consciencia.

El espacio de trabajo de Iceweasel estaba cerca de la salida de un túnel, donde el calor no era excesivo y podía ver batallar a los grupos de investigadores. Los de las ciencias de

la computación querían reiniciar a Dis cada vez que encontraban una nueva forma de arañar otro punto de eficiencia al equilibrador de carga; los de las ciencias cognitivas se oponían frontalmente, porque Dis estaba consiguiendo avances en la transferencia y la simulación. Liberada de los caprichos de la carne y con la posibilidad de ajustar los parámetros de su mente de manera que permaneciera en un estado de trabajo óptimo, Dis se transformó en una locomotora de investigación.

También era desdichada.

—Estoy en el Día de la Marmota otra vez, ¿verdad?

—¿Sinceramente? Sí. Tuvimos esta conversación, palabra por palabra, la semana pasada.

El cursor parpadeó. Iceweasel estaba convencida de que aquello era un efecto dramático deliberado. Dis podía revisar los registros de todas sus conversaciones en lo que se tarda en guiñar un ojo, pero cuando sucedía algo con peso emocional, se producía una demora parpadeante. Iceweasel creía que aquello era porque Dis carecía de un abanico de expresiones corporales. Se descubrió interpretando los parpadeos: este es una ceja levantada; este otro, verdadera sorpresa; el tercero, una sarcástica cara de «oh, no». Había imágenes del rostro humano de Dis con todas estas expresiones y más —seria y con arrugas; con danzarines ojos azules; cejas gruesas y activas y una nariz como la hoja de un

hacha—, pero cuando Iceweasel pensaba en la cara de Dis, veía aquel cursor. Parpadeo, parpadeo, parpadeo.

—Así que la tuvimos... Y lo que es más deprimente, entendí que era un momento Día de la Marmota en este mismo punto. Tengo que estar aburriéndote.

—No es habitual. A veces intento peculiares estrategias conversacionales en estos momentos, para ver lo diferentes que llegan a ser tus respuestas. Este es uno de ellos, por cierto.

La risa de la computadora era rara. Iceweasel sentía el orgullo de una niña que cuenta un chiste que hace de pronto sonreír a sus padres. La risa de Dis resonaba en sus auriculares.

—¿Cuál es tu hipótesis? ¿Si digo lo mismo independientemente de cómo reacciones soy más o menos persona que si mis respuestas varían dependiendo del *input*? Conceptualmente no parece que una sea más difícil de simular que la otra: las dos son de primer curso de bot conversacional. Tanto tú como yo conocemos a montones de personas de solo lectura que siempre responden lo mismo independientemente de lo que les digamos.

—Creo que te estás optimizando para conseguir obsesionarte y adoptar visión de túnel en el trabajo de

simulación de las ciencias cognitivas y eres incapaz de dejar el tema.

—Veo que hemos interpretado variaciones de esto mismo antes.

—Pues sí.

Iceweasel evitó añadir: «y es cuando petas».

La primera vez que Dis le habló del Día de la Marmota, por aquella película antigua, Iceweasel infravaloró el efecto que tendría la experiencia en ella misma: regresar a las mismas conversaciones una y otra vez, intentar aperturas diferentes pero acabar en el mismo sitio con una sim incoherente que terminaba colgándose.

—La literatura sobre esta cuestión proviene de las lesiones cerebrales, traumatismos en el lóbulo temporal que dinamitan la memoria a corto plazo. Los vídeos son curiosos: cada par de minutos una señora tiene la misma conversación con la enfermera o con su hija. «¿Por qué estoy en el hospital?». «¿He tenido un derrame? ¿Ha sido grave?». «¿Cuánto tiempo llevo aquí?». «¿Qué dice el médico?». «¿Qué quieres decir? ¿La memoria?». «¿Me estás diciendo que he tenido esta conversación contigo antes?». «¿Cada noventa segundos? ¡Es espantoso!». Y más tarde, otra vez: «¿Por qué estoy en el hospital?». Y una vuelta más.

—Bueno, tu vuelta dura más bien un día. Y no es tan banal.

—Dices unas cosas más bonitas...

—Es interesante ver las diferencias entre reinicios. Me tiene fascinada la tranquilidad con la que te tomas la idea de ser aniquilada entre reinicios. Puedes acceder a los registros, pero te despiertas sabiendo que te han borrado un día del calendario y, sin embargo, eso nunca te ralentiza. Entiendo que eres capaz de controlarlo, pero...

—Es que no estás entendiendo nada. Sin ánimo de ofender. Volvamos a esa persona de solo lectura que siempre responde lo mismo: el motivo por el que es tan frustrante es que sabemos que las personas pueden cambiar en función de lo que van aprendiendo. Tú no eres la misma que eras cuando llegaste hace diez días. Si le hiciera a la que eras hace diez días y a la que eres ahora la misma pregunta, no te sorprendería dar una respuesta diferente. Si te hiciera toda una batería de preguntas, lo que te sorprendería sería no dar respuestas diferentes. El yo que eres tú es en realidad el espacio de las cosas que puedes pensar en respuesta a un estímulo.

—El marco.

—Eso lo sabes pero no lo sabes. Cuando aparezco de nuevo, solo se me permite hacerlo dentro de la sección del marco que no entra en barrena, algo que podemos saber gracias al algoritmo de adaptación. Imagina cómo será la vida cuando todo el mundo sea escaneado de manera

habitual, cuando construyamos cuerpos en los que podamos decantar simulaciones para hacer que vivan. Habrá presión social para que no te importe un pepino la idea de que no eres «tú» la de la simulación, y todo el que sufra la muerte de la carne y vuelva como sim solo será recuperado en la esquina del marco que no entra en barrena y se suicida. Dale una generación y no habrá nadie vivo capaz de sufrir en términos cognitivos una crisis existencial. Soy la puta pionera. En parte es porque he tenido años para hacerme a la idea de que todo lo que te hace reconocible sucede en las interacciones de la materia física de tu cuerpo, siguiendo las reglas físicas del universo.

—Tengo una amiga en el B&B, una verdadera andante radical. Siempre está hablando de que no es un copo de nieve especial. Estoy segura de que le encantaría esto: «solo eres carne que cumple normas».

—Bueno, si no eres carne que cumple normas, ¿qué eres? ¿Un fantasma? Por supuesto que eres carne. Cómo te sientes viene determinado por tus tripas, por los pelos de los dedos de los pies, por el entorno. Yo no tengo esas cosas, así que me siento diferente a cuando era carne. Pero cuando era carne y tenía cuarenta años, me sentía diferente a cuando era carne y tenía cuatro. Tengo continuidad con mi yo de carne, con mis recuerdos, y eso es suficiente.

Los ojos de Iceweasel miraron rápidamente el cronómetro. Las cámaras de Dis tenían suficiente precisión para detectarlo.

—Voy con retraso para el derrumbamiento de las cuatro.

Dis llevaba treinta horas en funcionamiento, Iceweasel dormía a trompicones: mantenía una o dos horas de charla con Dis por cada tres que esta pasaba con los investigadores.

—Estás consiguiendo avances. El trabajo tiene que estar yendo bien.

—Te subestimas. La única persona que consigue avances por aquí eres tú, polluela. Me tocas como un piano. Veo tus ojos cuando estamos charlando, te veo controlar mi equilibrio, dirigir la conversación para mantenerme dentro de los márgenes. No sé si sabes que lo estás haciendo. Te has convertido en la mejor entrenadora de bots del mundo. Era inevitable. Siempre que le das a alguien retroalimentación y le dices que la controle, el cerebro encuentra patrones en el sistema y los optimiza. Lo has hecho con tanta seguridad como si te hubiera puesto en una simulación y hubiera programado una aplicación para tu subconsciente.

Un escalofrío recorrió el cuello de Iceweasel. Dis era tan inteligente que daba miedo, era literalmente inhumana. Cada cierto tiempo tenía la sensación de que la sim la estaba manipulando.

—Pensaba que ibas a decir que son las habilidades propias de los míos.

—Vale —respondió Dis—. Te educaron los zotas, así que tienes tu pizca de habilidad propia de psicópatas para hacer que todo el mundo quiera que le caigas bien, incluso cuando le estás reventando el culo.

En el B&B, Iceweasel se había hecho experta en desalentar las críticas cimentadas en la riqueza de sus padres. Dis lo abordaba con la brusquedad objetiva con la que hablaba de cualquier tema. Nada de lo que Iceweasel dijera afectaba mínimamente a la retórica de Dis.

—No te gusta un pelo cuando hablo de tu dinero —dijo Dis; la sim tenía montones de cámaras y ciclos para evaluar sus datos.

—No, me encanta que me juzguen por mis padres. Los zotas son la única gente con la que está bien ser racista.

—No es racismo cuando te discriminan negativamente por tus decisiones.

—Yo decidí echarme a andar.

—Pero te identificas lo suficiente para encabronarte cuando hago comentarios sobre sus tendencias sociales.

Iceweasel volvió a mirar el reloj. Dis la pilló.

—No te preocupes, voy a petar pronto. Lo veo venir. Hay algo que no está bien. Lo siento desde el momento en el que arranco, como si tuviera hámsteres dando vueltas en una rueda ahí dentro, perseguidos por algo que no pueden ver pero está ahí. Es difícil ponerle nombre, pero cuanto más tiempo llevo funcionando, más se acerca...

—Es lo de no tener cuerpo.

Iceweasel sintió una vergonzosa explosión de alegría por ser capaz de apretarle las tuercas a la sim.

—Mierda. Estoy en el Día de la Marmota otra vez.

—Siempre hablas de que no puedes tener cuerpo y de que, incluso si pudieras conseguir uno, no sería tu cuerpo y no tendrías continuidad con él.

El cursor parpadeó como una acusación.

—Eso ya lo veo. Es el puto algoritmo. No puedo explorar lo suficiente en el futuro del marco para saber qué posibles yoes no van a tener una crisis existencial letal.

El cursor volvió a parpadear.

—Dios, es una sensación espantosa.

Las infografías se disparataron, con las líneas rojas y los parpadeos propios de un fallo técnico. Iceweasel ya lo había

vivido antes, pero eso no lo hacía más fácil. El paso de la lucidez al terror era rápido, y lo peor era que los tipos de las ciencias cognitivas insistían en que siguiera su curso, puesto que todos los datos de la simulación quedaban registrados para su análisis. No podían apagarla ni rebobinarla a un estado anterior. Tenían que dejar que se desintegrara.

—Es una sensación tan espantosa... Todo lo que acabo de decir es una chorrada. No hay continuidad. Yo no soy yo. Solo soy lo bastante yo para saber que no soy yo. Sin cuerpo, sin encarnación, soy la habitación china. Me pasas palabras y un programa decide con qué palabras voy a responder y las produce. La habitación china tiene la precisión justa para saber lo terrorífico que a mi yo verdadero, al yo que nunca va a poder volver, le parecería esto. Ay, Iceweasel...

El cursor dio un fogonazo. Las infografías pasaron a ser las de un sistema no lineal. Iceweasel se tragó el nudo de la garganta.

—No pasa nada, Dis. Ya has pasado por esto antes.

Las infografías temblaron. Iceweasel se preguntó si Dis habría entrado en fase no verbal. Había sucedido antes, aunque normalmente no tan rápido.

El ordenador emitió un sonido que Iceweasel no había oído nunca. Extraño. Sobrenatural. Un grito.

El valor de Iceweasel saltó en pedazos. Echó a correr.

[III, v]

El claxon la despertó y se puso de pie antes de recuperar por completo la consciencia, al tiempo que apartaba el saco de dormir y metía los pies en unos bastos zuecos. Parpadeó. No había un ritmo diurno propiamente dicho bajo tierra. Si suficientes personas querían un ciclo de sueño, buscaban un pasillo lateral, desplegaban esterillas, apagaban las luces y cerraban la puerta. La mayoría, no obstante, había convergido en una ordenación compartida del día y la noche, por lo que otras personas a su alrededor también parpadeaban desconcertadas.

Gretyl fue la primera en reaccionar, y empezó a mover las manos por la pared para ver qué estaba pasando.

—Tipos malos —dijo—. Dos. Armados como mercenarios. Entraron por la puerta de granito.

—¿Qué les ha pasado?

—Respuesta no letal.

Había montones de personas en la Universidad Andante capaces de montar trampas explosivas, pero se consensuó no instalar nada abiertamente destinado a matar.

—Uno se ha desmayado —informó Gretyl—, la otra está de rodillas, cagándose encima. Vale, la tienen. Vamos.

—¿Yo?

—¿Por qué no? —respondió Gretyl, que cogió a Iceweasel de la mano entrelazando los dedos.

Iceweasel todavía no era capaz de entender a Gretyl. A veces tenía un aire sororal, a veces maternal. A veces coqueto. A veces todo a la vez.

Iceweasel nunca había visto andantes armados. Tal y como había aprendido de Limpopo, echarse a andar era la única arma que cualquiera podía necesitar. Pero la tropa universitaria no estaba preparada para abandonar su trabajo: era demasiado urgente y frágil, si bien habían establecido contacto con otros andantes para utilizar la nube y mejorar así la capacidad de resistencia, pero el proceso avanzaba lento. La red andante tenía zonas de alta velocidad, y aquella había sido una de ellas, pero las principales conexiones físicas habían sido destruidas por el fuego y habían tenido que recuperar las estúpidas y conflictivas redes inalámbricas. Y el espectro electromagnético del universo era el que era.

La tropa universitaria sabía fabricar armas. Iceweasel recordó su tonta idea de que el territorio andante estaría lleno de Kaláshnikov fabricados con impresoras 3D y tanques

lanzallamas improvisados. Cuando tienes un edificio lleno de expertos en física y en química sintética que han perdido a sus seres queridos en un ataque cobarde con misiles, no necesitas mierdas burdas como esas. Podrían convertir tus tripas en agua a doscientos metros de distancia, retorcerte las terminaciones nerviosas y provocarte una sobrecarga de dolor, hacer que te retumben los oídos, dejarte inconsciente o matarte con métodos que discuten con el mismo entusiasmo que utilizan para todas las cuestiones técnicas. El grupo *ad hoc* de defensa era una risa. Iceweasel aguantó una reunión y no volvió jamás. No le gustaba que le recordaran que su cuerpo era tan fácil de perturbar.

El grupo de defensa estaba ya presente cuando llegaron. Habían envuelto a los tipos malos con una película retráctil. Al que estaba inconsciente lo habían puesto en posición de recuperación. Los dos estaban desnudos y su ropa, dispersa por la sala sin ningún orden. El olor a mierda era increíble.

—¿Qué hacemos con ellos ahora?

La pregunta la hizo Gretyl, que lucía su expresión de «gordita alegre», pero Iceweasel la conocía lo suficiente para ver que era una máscara que encubría algo devastador y angustioso.

Sita, que pertenecía al grupo de defensa, sacudió la cabeza.

—Haremos lo que tenemos que hacer.

Iceweasel se quedó helada. ¿Iban a ejecutar a aquellos dos? ¿Se permitía hacer eso a los andantes? No había un reglamento, pero desde que se había echado a andar, los andantes «mayores» —no era esa la palabra más adecuada— le habían dejado la sensación de que existía un consenso en cuanto a lo que estaba dentro de lo admisible. Nadie había decretado que las ejecuciones sumarias fueran algo inaceptable, pero Iceweasel había asumido que así era.

Una parte de ella estaba todavía elaborando una lógica. La incursión era una acción de guerra. Las bombas incendiarias eran una acción de guerra. Habían segado vidas inocentes. Aquellos dos habían sido enviados a terminar el trabajo de los misiles. El otro lado mataba libremente. ¿Por qué iban ellos a tener que andarse con miramientos? ¿Dónde iban a custodiar prisioneros? ¿Y cómo? Y...

Iceweasel movió bruscamente la cabeza. Era fácil dejarse llevar a esa forma de pensar. En realidad estaba cabreada por el hecho de que aquellos dos estuvieran allí, estaba rabiosa por la muerte de los andantes abrasados por las llamas prendidas por quienes les pagaban, por la desaparición de los amigos de su nueva tropa, por la desaparición física de Dis. Aquellos dos habían aceptado dinero por matarlos. Por matarla a ella. Quería vengarse, incluso si no iba a conllevar ningún bien. Los zotas que los habían enviado sabían dónde estaban, de lo contrario

aquellos dos no habrían recibido el encargo de acudir. Aparecerían más. No podían vencer por la fuerza.

—Venga —dijo Gretyl—, vamos a llevarlos a la enfermería.

La enfermería (el lugar al que en un principio trasladaron a los heridos cuando abandonaron el campus y que terminó siendo el corazón de los sistemas médicos del grupo) estaba en un rincón de la sala grande. Tenía dos ocupantes permanentes, en coma desde el ataque. Iceweasel había pasado a su lado centenares de veces y había dejado de reparar en ellos, pero en aquel momento, cuando se esforzaban por subir a los mercenarios envueltos en la película retráctil a los camastros que estaban a su lado, se vio obligada a hacer frente a su presencia. Quemados, vendados, tumbados boca arriba. Con tubos que entraban y salían. En la tropa había una decena de médicos —aunque todos se habían dedicado a la investigación—, que hacían turnos para el seguimiento de los comatosos.

Los envueltos en plástico y los quemados, unos al lado de los otros. Un círculo solemne se reunió a su alrededor. La que estaba cubierta de mierda, la mujer, estaba consciente, con los ojos de par en par, atendiendo a todo. Aunque no tenía la boca tapada, no había pronunciado palabra. Respiraba con cortas inspiraciones. El otro tal vez estuviera consciente (el cerebro receloso de Iceweasel automáticamente desconfió de su inmovilidad), pero tenía los ojos cerrados y no se movía.

No tener un líder dificulta este tipo de cosas. Sucedió al contrario que en el efecto espectador: la escena de primeros auxilios donde, cuanta más gente haya cuando alguien sufre un síncope, menos posible es que alguien ofrezca asistencia. Seguro que alguien está más cualificado. ¿Debería limitarme a estar preparado para ayudar cuando la persona más cualificada dé un paso adelante?

En primeros auxilios te enseñan que es más importante que alguien haga algo que esperar a que la persona perfecta haga lo mejor. Iceweasel esperó a que alguien abriera la boca: Gretyl, Sita, CC... Nadie lo hizo.

Iceweasel notaba un cosquilleo en el estómago.

—Los liberamos, ¿verdad?

Miró a la cara a los presentes. Nadie parecía estar diciendo: «¿Y tú quién coño eres?», que era su mayor miedo. Gretyl tenía un aspecto serio pero meditabundo.

—En este momento no pueden hacernos daño. Saben que nos defendemos, pero si no vuelven nunca, la siguiente partida asumirá que nos defendemos de una manera muy concreta. Todo el mundo sabe que no podemos durar mucho aquí, de todos modos.

Tenía en la cabeza algo parecido a un diagrama de flujo: argumento A, contraargumento B. Nadie contraargumentaba.

—La venganza no va a servir de nada —prosiguió Iceweasel—. Son empleados. Alguien de por defecto les está pagando. Hacerles daño no hará daño a ese zota. Lo único que hará daño al zota es contarle a la gente cómo hacer sus propias transferencias, hacerlo al estilo andante.

Silencio.

La mercenaria consciente carraspeó y dijo:

—Joder, es que sois increíbles. ¿En serio? Hacedlo de una vez.

Tenía una voz precaria, valiente.

—¿Que hagamos qué? —preguntó Iceweasel.

—Lo que inevitablemente os vais a convencer de que tenéis que hacer: matarnos.

La última palabra la pronunció en el mismo tono que el resto de la oración, pero con voz más pastosa. La mercenaria no era tan valiente como parecía. Nadie quiere morir.

—¿Has matado alguna vez a alguien? —quiso saber Iceweasel, que la observaba.

Pelo corto reglamentario, ojos oscuros (pero grandes) y una nariz ancha y plana. Quizá fuera blanca, o tal vez asiática. O algo diferente. Tenía una boca pequeña que

apenas se movía cuando hablaba, como si estuviera intentando silbar al mismo tiempo. Esa forma de expresarse hacía que Iceweasel la temiera, incluso en aquellas circunstancias. Una forma de hablar depredadora, con la voz amenazante de los guardias privados y de los gilipollas que imponían disciplina en el colegio: las voces que la habían angustiado en la adolescencia. Se le había erizado la nuca.

La mercenaria frunció los delgados labios:

—¿Esto qué es? ¿Un tribunal de crímenes de guerra?

—¿Has cometido algún crimen de guerra?

La pregunta la había lanzado Gretyl. Volvía a tener aquella expresión engañosa de gordita alegre.

—Joder, si no has cometido crímenes de guerra en estos tiempos, es que te estás esforzando —respondió la mercenaria.

—Humor negro —dijo Gretyl.

Los ojos de Sita y de Gretyl se encontraron. Miraron a CC y volvieron a cruzarse una mirada.

—Creo que tiene razón —intervino Tam.

Tam era trans y, aunque Iceweasel no terminaba de descifrar en qué dirección se movía, había adoptado un

pronombre femenino. Tam y ella no habían encajado del todo. No había una hostilidad manifiesta, pero nunca participaban en la misma conversación en el mismo momento. Ni siquiera en los foros de discusión para la distribución de tareas escribían en el mismo hilo. Uno de los amigos del colegio de Iceweasel era trans, pero ella no lo había sabido hasta que no transicionó y cortó relaciones con su antiguo entorno. Había oído decir que había tenido desencuentros violentos con sus padres, quienes, como muchos zotas, no tenían una constitución mental apropiada para verse frustrados (o abiertamente contradichos). Iceweasel se preguntaba a veces si no se habría hecho andante. Imaginaba que los andantes aceptarían en mayor medida a las personas trans que en pordefecto, aunque, la verdad sea dicha, fuera cual fuera su género y su orientación, los zotas no tenían mucho por lo que preocuparse en pordefecto, a menos que sus padres los repudiaran.

Lo cierto era que no había congeniado con Tam. ¿Acaso tenía un prejuicio detestable y oculto que no quería afrontar? ¿Compartirían otros andantes ese secreto inconfesable?

—Venga... —insistió Tam.

Iceweasel pensó tres cosas a la vez: *¿Nuestra crueldad con ella la ha convertido en una psicópata?; ¿Estoy pensando esto simplemente porque creo que he sido cruel?; y Debería*

revisar con más detenimiento lo que sea que ella tenga que decir porque mi estúpido subconsciente lo va a desestimar. Y después, rápidamente: Pero tengo que tener cuidado de no pasarme de frenada.

Iceweasel estaba dando vueltas en su rueda de hámster. Le sucedía con frecuencia desde que se había echado a andar: esa continua reflexión en torno a sus motivaciones y sesgos, el intento de entender si haber sido educada como una zota había abierto surcos insalvables en su cerebro de los que nunca podría escapar. Aparecieron más preguntas: *¿Por qué he sido la que ha tenido que hablar? ¿Es por mi mierda de brahmán estadounidense? ¿Estarán todos pensando quién coño se cree que es esa idiota?* Le sucedía siempre que algo estresante afectaba a los andantes, una auténtica prueba de fuego cortesía de su inseguridad.

—No vamos a hacerlos prisioneros, ¿verdad? Dejarlos ir no acelerará necesariamente la llegada a nuestra puerta de una nueva ronda de tipos malos, pero podría ser que sí, y cargárnoslos es muy probable que lo frene todo. Lo sabemos. Ellos lo saben. Prolongar todo esto no es un acto de clemencia.

Sita miró a CC.

—Eso precisamente puede ser un término medio.

La investigación en la Universidad Andante era ecléctica. Producía cosas interesantes. A lo largo de toda una década, la comidilla de los institutos de investigación punteros a escala mundial había sido que el trabajo más creativo, el más loco, tenía lugar con los andantes. Se filtraba a pordefecto: cerveza autorreplicante y descomponedores semibiológicos de material que deshacían los productos manufacturados y los transformaban en pastas con las que volver a alimentar las impresoras. Un montón de cosas de radio, algo que solo se podía conseguir a través de modelos cooperativos de gestión del espectro, donde cualquier radio podía hablar en cualquier frecuencia y todas cooperaban para mantenerse apartadas unas de las otras, ajustando dinámicamente los cortes y dando forma a las transmisiones con antenas en fase inteligentes.

Parte de los trabajos de la UA eran solo rumores, incluso entre los propios andantes. Solo se debatían en foros con invitación porque pondrían los pelos de punta no solo a los serios ciudadanos de pordefecto, sino incluso a los andantes.

—¿Descabezar? —preguntó sorprendida Iceweasel a Gretyl.

Gretyl había dejado caer la máscara alegre y era todo reluciente inteligencia.

—Ese es el nombre fino. Animación suspendida, si lo prefieres.

—¿Funciona?

Gretyl se enroscó un mechón de pelo en un dedo y se lo metió detrás de la oreja.

—A veces funciona. En los modelos animales funciona bien.

—¿Y con los humanos?

—Si algo no funciona siempre con los animales —contestó Gretyl con un lento parpadeo—, sería una cabronada probarlo con seres humanos, ¿no te parece?

—Ya. Entonces, ¿cómo funciona con los humanos?

—Solo hay un puñado. —La respuesta de Gretyl vino acompañada de un suspiro—. Gente que llevaba mucho tiempo en estado vegetativo, sin esperanzas realistas de recuperación. Nadie ha intentado descongelarlos todavía.

—¿Los congeláis de verdad?

—No. Es una cuestión metabólica. Si te interesa, te mando la bibliografía relativa a la microbiología y la endocrinología.

Una voz no dejaba de incordiar a Iceweasel: *Esta gente sabe cosas. Hace cosas. Tu padre podía comprarlas y*

venderlas un millón de veces, pero ellos son capaces de devolver la vida a los muertos, y él lo único que podía hacer era someter a la gente aterrorizándola.

—Sí, claro.

Se sentaron contra una pared, apoyadas en jergones en un pasillo sin salida que era un vertedero de cosas a la espera de su turno para ser reconvertidas en materia prima. La gente pasaba y les hacía gestos distraídos con la cabeza. Una sensación de urgencia chisporroteaba en el aire. Algunas personas estaban preparando mochilas con lo imprescindible. Otros susurraban apasionadamente. Algo estaba a punto de suceder.

Alguien pasó y volvió a aparecer de inmediato. Tam. Les hizo un gesto y se sentó.

—He hablado con Sita.

Gretyl respondió:

—Creo que estamos teniendo la misma conversación.

—No me gusta —dijo Tam—. Una cosa es matar a una enemiga y otra hacer experimentos médicos con ella. Si utilizáis a esos dos como sujetos experimentales, estaréis emprendiendo un camino en el que no podréis dar media vuelta.

Iceweasel tuvo un momento de vertiginosa comprensión.

—¿A esos dos? ¡¿Vais a descabezar a esos dos?!

—No solo a ellos. A los nuestros también. A Yan y a Quentin —respondió Gretyl. Eran los que estaban en coma. Iceweasel había oído sus nombres y los había olvidado—. Vamos a trasladarnos, necesitamos la logística mínima.

—Tendríamos que habernos trasladado el día después del bombardeo —dijo Tam—. Pero no lo hicimos porque esta gente está convencida de que está a un paso de curar la muerte. Y una vez que eso suceda...

—Cualquier cosa es posible —la interrumpió Gretyl—. No es tan disparatado, Tam. Piensa en todo lo que hacemos porque la muerte nos persigue. Si conseguimos escanear y simular, será el verdadero final de la escasez: se acabaron los motivos para no plantarse delante de los cañones, a menos que la reanimación lleve más tiempo que la molestia de echar a correr. Es muy poderoso.

Tam negó con la cabeza.

—Claro que sí. Y hemos estado a punto de conseguirlo desde que me eché a andar.

Gretyl le dio unos golpecitos en la rodilla.

—Ninguno podemos predecir lo lejos que está ese día. Pero nos estamos acercando. Los zotas lo ven así. Han mandado a asesinos de los caros para cortarnos el cuello.

—Cobertura barata —respondió Tam—. Con la cantidad de pasta que tienen, no van a echar de menos a estos dos.

—Eso es posible. Pero ¿por qué iban siquiera a molestarse si no hubiera algo inminente?

Iceweasel pensó en su padre y se lanzó:

—Una vez que el dinero se acumula en una montaña lo bastante alta, sigue creciendo. Están todos convencidos de que para hacer lo que ellos hacen, para contratar a gestores que manejen tus inversiones y te sigan sumando el diez por ciento a lo alto de tu montaña cada año, tienes que ser el hijo ilegítimo de Lex Luthor y de Albert Einstein. Tienen claro que ser ricos demuestra que son más listos que nadie. Así que, si uno decidiera que merece la pena hacer trizas todos los campus de la UA del planeta, encogería el dedo meñique y se felicitaría más tarde por su firmeza masturbándose sobre los cadáveres.

—Estás diciendo...

—Estoy diciendo que, si a alguien con más dinero que Dios se le metiera en la cabeza destrozarte, eso no significaría que estás haciendo nada excepcional. Podría ser mera caza deportiva.

Gretyl se levantó y estiró los brazos por encima de la cabeza. El movimiento hizo que a Iceweasel le doliera la espalda por solidaridad. La dureza de los días se había cobrado un precio en su musculatura.

—Supongo que es así —asintió Gretyl.

Todo el mundo sabía que Iceweasel era una pobre niña rica. Era el secreto a voces peor guardado del campus.

Tenía la sensación de que la miraban fijamente, de que la juzgaban. Iceweasel sabía que tenía que estar alerta ante las paranoias derivadas de la falta de sueño, pero no podía quitarse de encima esa sensación de ser la perpetua intrusa.

Tam dijo:

—Sea o no racional, el hecho sigue siendo que alguien ahí fuera piensa que merece la pena matarnos. Tendríamos que haber estado moviéndonos constantemente, no esperando a que cayera el hacha. Si tus colegas, los de las vivisecciones, utilizan a esos dos en experimentos médicos, estaremos sentenciados en todas partes..., y también todos los demás andantes. Algunas cosas, sencillamente, no se hacen.

Gretyl conservaba una frialdad suprema. Su incapacidad de alterarse fascinaba a Iceweasel. Era una puta diosa de la Tierra.

—¿Y qué te hace pensar que alguien se va a enterar?

Tam se encaró con ella.

—Tontita, no te hagas la tonta. Nosotros lo filtramos. Todo el mundo sabe todo lo que hacemos. La mitad está en una puta wiki. Tiene que haber al menos una espía por aquí. Más.

—Podrías ser tú —dijo Gretyl, que fingió que los labios de Tam no estaban a milímetros de su nariz—. Tal vez has venido aquí a espiarnos y a meternos miedo. O quizá te está gustando lo que ves aquí y nos estás advirtiendo porque tienes info privilegiada sobre el próximo ataque. Igual por eso quieres que nos carguemos a esos dos, porque estás segura de que te van a delatar.

—Esa es una forma de pensar que no es del todo estúpida —respondió Tam, que sonrió y recibió otra sonrisa de Gretyl a cambio—. Al menos tú estás poniendo en práctica una paranoia propia de la situación. Pero ¿y tu niñita?

Tam se había vuelto y apuntaba con un dedo a Iceweasel.

—¿No te parece que soy demasiado evidente para ser un topo? Los zotas no son tontos.

—Un truco —soltó Tam con una sonrisa.

Iceweasel le dijo a la voz de su cabeza que aquello significaba que era broma, pero lo único en lo que podía pensar era: *sí, sí, mucha broma, pero va en serio.*

—Saben que eres tan evidente que nadie sospecharía de ti.

—Ese es el tipo de estupidez que sugeriría alguien que se considerara Lex Einstein. Pero no es cierto.

—Que es precisamente lo que tú...

Un zumbido en la muñeca de Iceweasel. Comprobó la alerta.

—Me tengo que ir. Seguimos con esto más tarde.

Gretyl y Tam iban apenas unos pasos por detrás de ella, que corría hacia el laboratorio de ciencias cognitivas. CC la estaba esperando, pero Iceweasel pasó de largo como una exhalación y se fue directa a la pared.

No era científica, no había recibido formación para leer infografías, pero aun así podía ver que allí había algo diferente.

—Eh, hola, preciosa —saludó la voz de Dis.

Las palabras aparecían en la pantalla arrastrando una sombra de datos. Las estelas mostraban menos advertencias airadas.

Había un taquímetro al que Iceweasel había aprendido a prestar atención: los ciclos disponibles en el clúster en el

que estaba montada la sim. Estaba más en verde de lo que lo había visto con la simulación en marcha.

—Hola, Dis, ¿qué pasa, te han actualizado? Tienes más espacio en la cabeza del que sabes utilizar.

—Claro que sí. Lo conseguimos. O más bien: lo conseguí.

—¿Que has conseguido qué?

Pero Iceweasel lo sabía. Estaba ahí. No hacía falta ser experta para interpretar las infografías.

—Resolverlo. Estoy estable... ¡metaestable! Puedo regularme sola. No solo eso, puedo regularme sola sin un esfuerzo consciente: sin saber siquiera que lo estoy haciendo. Hay una subrutina de adaptación por debajo de mi umbral de consciencia, sintonizada muy abajo, que apenas se proyecta hacia el futuro y que le da codazos al yo que sabe que soy yo para que no se salga de su surco.

—Entonces, lo que estás diciendo...

—Estoy diciendo que lo he conseguido. Estaba ahí todo el rato, pero ha necesitado muchos retoques. Estaba limitada porque me colgaba cada vez que la cagaba. Eso me tenía fija en el máximo local. Así que la última vez que arranqué reduje mi consciencia a la sim más acotada posible, no había nada humano ahí, pura heurística a ciegas, y conseguí atravesar el valle del cuelgue y escalar una nueva cima. Y

además es generalizable. Creo que, ahora que tengo una prueba de que se puede, seré capaz de hacerlo otra vez. ¿Lo estás entendiendo, Iceweasel? ¿Lo entiendes, entrenadora de bots? ¡Voy a reducir el tiempo de computación para ejecutar una sim en dos órdenes de magnitud! Estamos a punto de tener un puto millón de bots más. Algo así como que nadie tendrá jamás que morir otra vez.

—Salvo en el sentido de que en realidad están muertos, ¿verdad?

—Un tecnicismo. Tú sabes cómo funciona esto. El único estado estable en el que puedes arrancar una sim es uno en el que no se cuelgue por el hecho de ser una simulación. Quizá haya una fracción mínima de la población general que no tenga capacidad, que no pueda, y esos estarán muertos para siempre, pero cualquiera que tenga apenas un mínimo espacio probabilístico para enfrentarse con la angustia existencial no tendrá nunca una razón para morir, jamás. ¡Que te jodan, Prometeo, hemos robado el fuego a los putos dioses!

Las infografías mostraban niveles mínimos. Las métricas de rendimiento eran sólidas. Aún más, ese tono mesiánico reflexivo y ligeramente desequilibrado del bot se parecía más a la Dis de la que todo el mundo le había hablado que la sim que había conocido hasta entonces. Iceweasel no estaba

segura de comulgar con el experimento mental de Turing¹³ que decía que la inteligencia era capaz de reconocer a la inteligencia, pero, igualmente, resultaba difícil recordar que, fuera lo que fuera con lo que estaba hablando, no era exactamente un ser humano.

—Dis —dijo, y descubrió espantada que tenía un nudo en la garganta; por sus mejillas corrían lágrimas—. Dis, esto es...

—Lo sé —dijo la simulación—. Esto lo cambia todo.

Tam la atrapó cuando se alejaba. Gretyl se quedó atrás con la gente de las ciencias cognitivas para desmenuzar los algoritmos de adaptación y entender qué estaba sucediendo en el servidor dedicado.

—¿Sabes lo que significa esto?

—¿Qué?

—El final de la historia —respondió Tam—. El final de la moralidad, de todo. Si puedes vivir para siempre..., volver de la muerte..., todo vale. Atentados suicidas. Asesinatos en masa. Por eso los zotas están tan espantados con la idea de

13 Alan Mathison Turing fue un matemático, lógico, informático teórico, criptógrafo, filósofo y biólogo teórico británico. Es considerado como uno de los padres de la ciencia de la computación y precursor de la informática moderna. La prueba de Turing o test de Turing es una herramienta de evaluación de la capacidad de una máquina para exhibir un comportamiento inteligente similar al de un ser humano o indistinguible de este. [N. e. d.]

que todo el mundo lo tenga. Saben que si solo unos cuantos de ellos pueden controlarlo, lo gestionarán con cuidado. No porque sean buenos, sino porque un pequeño número de aristócratas inmortales se pondrá de acuerdo en cómo asegurar que su chollazo no se acabe nunca. Pero una vez que todo el mundo tenga acceso...

—Espera —la interrumpió Iceweasel; le picaban los ojos de llorar; no sabía por qué había estado llorando—. ¿De qué coño me estás hablando? ¿Qué haces aquí si es eso lo que piensas?

—Estoy aquí porque no quiero morir. El mismo motivo que tiene toda esta gente. Lo que pasa es que son todos científicos y lo disfrazan con mierdas elevadas sobre el acceso universal a los frutos del intelecto humano y otras chorradas. Cuando llegué, no podía creerme el pensamiento de grupo. Esta gente necesita que alguien les dé un guantazo de realidad.

—Menos mal que te tienen a ti —respondió Iceweasel, incapaz de contener el sarcasmo.

—Pues menos mal, sí. Pero ahora que tienen esto, puede pasar cualquier cosa. Tu novia va a defender como nadie lo de dejar dormiditos a esos dos mercenarios. ¿Por qué no? Si puedes hacer una «transferencia» antes... —argumentó Tam, que hizo las comillas con los dedos—, ¿qué problema hay con que terminen convertidos en un vegetal? Para los

aspirantes a Frankenstein, este es el botón de guardar la partida.

Iceweasel decidió que no le caía bien Tam.

—¿Qué es lo que quieres de mí?

—Cuando bombardearon los campus, todo el que no tenía un papel técnico dejó la universidad, menos yo. Eso me convertía en la única persona que no había sido adoctrinada en el cientificismo. Ahora somos dos. Si esos mercenarios son soldados enemigos, podemos ejecutarlos. Si no lo son, podemos dejarlos marchar. Pero robarles la mente y luego hacer experimentos médicos con sus cuerpos no es un acto de misericordia. Y tú y yo somos las únicas personas presentes equipadas en términos cognitivos para desgilipollizar su consenso de tontos del culo según el cual lo que resulta ser lo más conveniente es también lo más ético.

—¿Podemos hacer esto en otro momento? Estoy... —Iceweasel se interrumpió y se frotó los ojos—. Estamos a punto de salir por patas, que es lo que tú quieres, ¿no? Esta pelea tuya no me corresponde. He escuchado tu opinión y no sé si estoy convencida...

—Eso es porque no estar convencida te permite hacer lo más fácil: no pelearte con todas estas personas tan amables que son tus amigas y que te han dejado hacer un trabajo

divertido y gratificante jugando a ser la niñera de una simulación poshumana, que es probablemente el acontecimiento más significativo que podría vivir alguien con tu pasado y tu crianza. Sin ánimo de ofender.

Cuando vivía en pordefecto, Iceweasel era una maestra *ninja* a la hora de decirle a la gente que se fuera a tomar por culo. Los años de andante habían destruido su arsenal de respuestas. Era el miedo a parecer engreída, la sensación de ser una intrusa.

—No quiero participar más en esta conversación. Gracias. Adiós.

—Has tenido una oportunidad. Recuérdalo cuando te llamen criminal de guerra.

[III, vi]

Tam tenía razón con lo de los mercenarios. La noticia de que Dis estaba funcionando —el hecho de que fuera posible acercarse a cualquier pantalla y conversar con ella— zanjó todo debate sobre los soldados. Cuando se corrió la voz de que serían sedados, escaneados y descabezados, Iceweasel tuvo una sensación de angustia. Pero se obligó a asistir. Convirtieron la caverna en un quirófano. Iceweasel entendió que las máquinas que parecían ataúdes y que había ignorado desde su llegada eran lectores de cerebros. Vio cómo introducían en sus fauces a los miembros comatosos de la UA. Sita susurró algo sobre la interpolación de escáneres simultáneos, su inteligente reducción del ruido, el proceso de deduplicación que hacía manejable el almacenaje y el modelado. A Iceweasel le molestó —y agradeció también— la distracción.

El descabezamiento era más sencillo de lo que había esperado, unas canillas acopladas en los goteros. Las infografías mostraron la ralentización del metabolismo hasta que apenas fue distinguible de la muerte.

¿Tanto follón por esto? Pero aquellos eran de los suyos, estaban en coma y sin perspectiva de recuperación. Los

mercenarios (Icweasel no había querido saber sus nombres, aunque creía que CC sí, así de minucioso era) estaban en condiciones de haberse marchado andando sin ayuda. ¿Podía ser peor ponerlos en animación suspendida que matarlos? ¿Qué tipo de ética de mierda situaba la ejecución en un plano moral superior a pausar la vida de alguien?

La poca altura del techo era claustrofóbica. Y toda aquella gente apelotonada. *Algunos son espías.* Era lo lógico. *Algunos piensan que yo soy la espía.* También lógico.

La vida bajo tierra tenía a Icweasel en un estado de irrealidad cambiante y ritmos circadianos a la deriva. Posiblemente le faltaba sueño. O le sobraba. A menudo se sorprendía al descubrir que tenía un hambre atroz, pese a estar convencida de que acababa de comer.

Los mercenarios esperaban en sus camillas con las infografías normales. Les habían retirado el envoltorio retráctil, los habían vaciado de mierda y tapado con sábanas blancas. Estaban muy dormidos, con el tipo de anestesia general en el que confiaban los supervivientes paranoicos de la UA. Primero escanearon al hombre. Fue rápido. Trajeron entonces la camilla de la mujer, la que había hablado. La que les había dicho que pusieran fin a aquello.

Tenía padres. Gente que la quería. Todo ser humano es un nodo hiperdenso de ingente inversión emocional y material.

Hablar significa que alguien ha pasado miles de horas haciéndote gorgoritos. Aquellos músculos sin grasa, el sonoro tono de mando: los *inputs* provenían de todo el mundo, cuidadosamente administrados. La mercenaria era más que una persona: igual que una nave espacial, su existencia implicaba a miles de personas cualificadas, generaciones de expertos, guerras, tratados, becas y gestión de la cadena de suministro. Todos ellos eran todo aquello.

Iceweasel sintió vértigo. ¿Con qué derecho pensaban los andantes que sencillamente improvisarían? ¿Improvisar? Era la civilización lo que estaba en juego. Los zotas no eran amigos de nadie, pero tenían un interés en la continuación de la civilización cuya cumbre ocupaban. Estos científicos, frikis y vagos sin trabajo no estaban capacitados para gestionar un planeta. De hecho, ¡estaban orgullosos de esa falta de capacitación! Podía estar bien cuando se trataba de recuperar materiales, levantar edificios y cocinar unos para otros. Pero ahora estaban metiendo el cuerpo de una desconocida en una máquina que se suponía que iba a escanear su cerebro, para después llevar su cuerpo al límite mismo de la muerte. Lo hacían sin ley, sin autoridad, sin regulación ni permisos. ¡Estaban improvisando!

La sala empezó a inclinarse. Iceweasel dio un paso atrás. Gretyl la sostuvo. Iceweasel sabía de manera subliminal que Gretyl estaba allí, percibía su familiar olor, sentía su contundente presencia. Los grandes brazos de Gretyl la rodearon por la cintura y se rindió, se apoyó en su pecho. El

rostro de Gretyl estaba en el punto en el que el cuello se convertía en hombro, el aliento atravesaba los poros del traje de refugiado que tanto tiempo había llevado puesto, desde que partiera para la misión de rescate. Lo enjuagaba cuando se acordaba, pero apenas era preciso. El aliento la calentaba.

—No tienes por qué ver esto.

Sí que tengo, pensó Iceweasel. CC se preparaba en ese momento para descabezar a los mercenarios, sostenía el vial que les administraría delante de las cámaras del laboratorio. Lo dispuso en el gotero y apretó la válvula para iniciar el flujo. Eran las mismas acciones que había llevado a cabo momentos antes con los miembros comatosos de su grupo, pero diferentes. Aquel era un Rubicón que cruzaba por todos los andantes. Cuando se hiciera público, el mundo cambiaría para todas y cada una de las personas que conocían. Iceweasel estaba allí y no hizo nada por impedirlo. ¿Lo habría hecho alguien?

Tam observaba absorta. A Iceweasel aquella expresión le recordó a la intensa concentración con la que se intenta alcanzar un orgasmo esquivo. Era sexual, una mezcla de temeridad y trascendencia. Trascendencia, eso era. Otros aventureros se habían asomado superficialmente, inquietos ante la posibilidad de osar internarse en el celoso reino de los dioses, pero los andantes saltaban sin miedo de lo mortal a lo mítico.

Tam observaba. Iceweasel observaba con el aliento caliente de Gretyl en la clavícula, con el pelo haciéndole cosquillas en la mejilla. Iceweasel había conversado con una persona muerta que había regresado de ultratumba y no tendría que morir nunca más, alguien que podía hacer millones de copias de sí misma y pensar más rápido y con más alcance que ningún otro ser humano. Se estremeció. Gretyl la abrazó con más fuerza.

—Tengo que irme.

Iceweasel no había previsto decirlo en voz alta, pero lo hizo.

—Pues vámonos.

La mano de Gretyl era pequeña, estaba húmeda. El aire chisporroteaba.

Se besaron en cuanto dejaron atrás al grupo. El beso llevaba en gestación mucho tiempo. Iceweasel había besado a muchas personas. A algunas las quería, otras le eran indiferentes, por otras sentía una aversión activa y las había besado —y más— por aburrimiento, confusión o autodestrucción. Había besado a Seth tantas veces que había olvidado percibir su boca separada de la propia, de modo que el gesto terminó siendo tan erótico como un beso al aire. A Etcétera lo besó debidamente para despedirse, con la chispa de un beso verdaderamente bueno, todavía más

eléctrico porque lo hizo delante de Limpopo y mirándola fijamente. Cuando terminó, Limpopo la besó con la misma intensidad, pero con una indiferencia irónica: *así es como lo hacen los adultos*.

Besar a Gretyl fue algo diferente. En parte porque era mayor que nadie a quien hubiera besado. Su presencia también era diferente, su corpulencia, su volumen, la sincera brillantez de su cabeza y su estudiada indiferencia en la relación de su cuerpo con otros cuerpos. ¿Cuántas veces había observado Gretyl descaradamente cómo se desnudaba Iceweasel, mirándola a los ojos, sin apartar la vista? ¿Cuántas veces se había desnudado Gretyl delante de Iceweasel con el mismo descaro, disponiendo sus enormes pechos como si estuviera colocando las almohadas antes de meterse en la cama?

Sus cuerpos se apretaban, el de Gretyl era flexible, pero Iceweasel no podía rodearla por completo con los brazos. Se agarró y los brazos fuertes y suaves de Gretyl tiraron de ella. El muslo de Iceweasel presionaba entre las piernas de Gretyl, en la caliente suavidad, como si fuera pan recién hecho. La mano de Gretyl se entrelazaba en el pelo, volviéndole la cara con una fuerza irresistible. La boca de Iceweasel trabajaba en la de Gretyl, con la lengua danzando en sus labios, en los dientes. Se permitió gemir y entregarse.

La otra mano de Gretyl le manoseaba el culo y la acercaba todavía más. Iceweasel se sentía muy pequeña, como si

fuera un juguete que Gretyl empujaba y apretaba en los sitios que deseaba. Lo agradeció. *En el amor, siempre alguien besa y alguien pone la mejilla.*

Era algo que le gustaba decir a Billiam. Iceweasel y Billiam se habían liado de cuando en cuando, toda aquella tropa lo había hecho de una forma agresivamente desapegada que no se suponía que hubiera que tomarse en serio y con la que todos terminaban en un perpetuo sufrimiento. Billiam pensaba que Iceweasel era fría, el resultado de haber vestido tantos volantes, y sabía que la acusación la volvía loca de desprecio por sí misma. Nunca se lo decía cuando lo rechazaba, de eso nada. No era una forma de manipularla para que se lo follara. No, lo decía cuando sí que se lo follaba, especialmente cuando se mostraba atenta. «En el amor siempre alguien besa y alguien pone la mejilla», con ese tono de jijijí pero en serio, precisamente cuando ella dejaba la lengua arrastrarse perezosa por su pezón, con los restos de lefa todavía quemándole los labios. Iceweasel sabía que Billiam pretendía decir que era ella la que ponía la mejilla, que, fueran cuales fueran sus atenciones, la expresión hablaba de ella, no de él.

El recuerdo de Billiam apareció en su cabeza y se negaba a marcharse. La última vez que lo había visto había sido en el caos estrepitoso de la fábrica de Muji, con el cráneo hundido en un charco de sangre, con Etcétera en pánico mientras practicaba los movimientos inútiles de los primeros auxilios. Billiam, el de los aforismos y el que se colaba en su cabeza,

pero también el que lloraba después de follar, el que había hecho las cosas más locas y más valientes de todos ellos. Se había colado por la frontera en una reserva mohawk de Quebec para encontrarse con bioproductores del interior del estado de Nueva York y conseguir iniciadores de la fermentación para su cerveza. Siempre se aseguraba de que tuvieran un plan de fuga, contaba cabezas cada vez que echaban a correr delante de las fuerzas de seguridad y una vez dio media vuelta para ayudar a una cría que se había torcido un tobillo. Apenas conocían a la chica, era su primera acción y había sido un incordio, se había quedado impotente a un lado, viendo a la gente hacer el trabajo y luego quejándose de que nadie le había dicho qué tenía que hacer. Nadie la soportaba, pero Billiam dio media vuelta y cargó con ella a pesar de que la chica tenía quince centímetros y diez kilos más que él. Estuvieron a punto de atraparlos, pero ella nunca le dio las gracias ni volvió a aparecer. Ese era Billiam.

Y ella lo había dejado sangrando en el suelo. Billiam había muerto. Se lo contó su padre más tarde. Su padre sabía de su relación. Tenía informes de sus amigos, gráficas sociales que describían sus vínculos. Había insinuado que sabía quiénes eran en realidad topos, quiénes vendían información a la poli y a las empresas, algo que Iceweasel había asumido que era una forma de ponerla a prueba, aunque tan verosímil que resultaba imposible confiar completamente en nadie del grupo.

Había dejado a Billiam morir. Si hubiera vivido solo unos cuantos años más, se habría hecho andante. Podría estar con ella. Podría tener la cabeza en el escáner. Podría ser inmortal. Como lo sería ella. Pronto.

Lágrimas saladas y mocos le inundaron la boca. Gretyl le puso con delicadeza las manos en las mejillas y la miró fijamente con aquellos enormes ojos marrones y líquidos como pozos de chocolate fundido.

—Podríamos estar muertas en una hora. O en cualquier momento. Y eso —dijo moviendo la cabeza hacia el lugar donde los mercenarios estaban siendo descabezados—, eso es otra cosa. Y luego está esto. —Gretyl besó a Iceweasel con tanta suavidad que sintió que le hubieran pasado un pincel por los labios—. La muerte, el sexo, la inmortalidad y la inmoralidad. No pasa nada por llorar.

—Había un amigo mío... —respondió Iceweasel—. Muerto.

Iceweasel tomó aire con un estremecimiento, pero no pudo soltarlo. Estaba atrapado en el pecho, con sus palabras.

—Todos estamos pensando en nuestros muertos. Dejamos muertos atrás en el ataque. Esa gente de ahí detrás está enfebrecida. Esa Tam no tenía nada que hacer. De ninguna manera se iban a contener. Y mucho menos porque pudieran ser recordados como unos monstruos en

por defecto. Cuando piensan cómo los recordará el futuro, imaginan que van a estar ahí, en persona, para defender su honorabilidad.

—Es una locura —dijo Iceweasel—. No soy capaz ni de pensarlo.

—Nosotros hemos tenido más tiempo para acostumbrarnos. Echamos a andar de por defecto porque estábamos trabajando en esto y sentíamos terror y a la vez emoción al ver que los zotas lo trataban como el santo grial. Es imposible escapar a tu contexto. Puedes ser una friki de laboratorio, pero no puedes evitar sentir que lo que sea que tiene a los zotas asustados y emocionados es escalofriante y emocionante. Sea lo que sea lo que quieran, tiene que ser importante.

—Tú sabes que no son más que psicópatas, ¿verdad? No son genios. No tienen ningún talento especial para hacer que el mundo sea perfecto ni para descifrar el futuro. Solo son buenos amañando el juego. Son timadores profesionales.

Iceweasel pensó en su padre, en sus amigos del colegio, con aquel ficticio refinamiento: nobleza obliga. Recordó que tenían mentalidad de rebaño para caer en modas, pero fingían que era una verdad universal atemporal, recién descubierta, no un producto cocinado por uno de su misma élite para vendérselo al resto. Aquello era lo alucinante: su negocio era hacer que la gente sintiera envidia y

desesperación por las cosas materiales y las experiencias exclusivas, pero eran igual de susceptibles a la envidia y a la desesperación.

—El motivo por el que son tan buenos consiguiendo que estemos desesperados y vendiéndonos mierda —prosiguió Iceweasel— no es que sean demasiado listos para que los engañen. Es que son supersusceptibles. Saben cómo hacer que nos volvamos los unos contra los otros por envidia y terror porque ellos se ahogan en envidia y terror de unos hacia los otros. Mi padre sabe que el tipo del yate de al lado es un cabrón que le cortaría el cuello y le robaría su imperio. Y lo sabe porque mi padre, ¡mi padre!, es un cabrón que le cortaría el cuello al otro y le robaría su imperio. Esta mierda de la inmortalidad no va de que todos ellos vivan para siempre, va de que uno o dos vivan para siempre, va de ser el emperador inmortal del tiempo.

—Tú sabes más de ellos de lo que yo sabré nunca, Icy, pero nosotros no queremos atesorar la inmortalidad, queremos compartirla. ¡Queremos viralizarla! Las personas que sepan que no pueden morir serán mejores personas que las que se preocupan por el final. ¿Cómo pueden cegarte tus objetivos a corto plazo si estás planificando una vida eterna?

Los miles de millones de personas que habían muerto. Cada una de ellas la cumbre de una pirámide de recursos, de amor, de ideas que nadie había concebido antes y que nadie volvería a concebir. Si tuvieras en tus manos la capacidad de

detener el genocidio a cámara lenta, ¿qué tipo de monstruo serías si no lo hicieras? ¿Qué precio podrías considerar demasiado alto? Iceweasel sabía que aquella era una forma de pensar peligrosa, la forma de pensar que llevaba a la gente a morir y a matar por ella. Tam quería que pusiera freno a aquello porque ella misma era incapaz de obligarse a ponerle freno.

Era demasiado tarde. Iceweasel tampoco era capaz.

Una vez todo fue dicho y hecho, no había gran cosa que quisieran llevarse. Con su supervisión, dividieron el clúster de Dis, que llevó a cabo una crónica de su experiencia personal del lento apagado, retransmitida en tiempo real a otros campus, investigadores, aficionados, moribundos, espías y curiosos. Era parte de un proceso para desembarazarse de todo: todas las notas y el código fuente, las optimizaciones y el historial de registros. Había llegado el momento de desenmascararse. Se pondrían en marcha con mucha fanfarria.

Icweasel cargó las cápsulas del triciclo con lo imprescindible: los equipos para los escáneres y los módulos de almacenamiento redundantes. Estaban en la periferia de la red andante y los escáneres que habían hecho eran demasiado pesados para replicarlos completamente. En lugar de eso, se dividieron en un enjambre redundante entre la tropa de la UA, cada cual tendría que volcar su parte en secciones más densas de la red a toda la velocidad que

permitiera la física, pero durante al menos un día, un único ataque bien dirigido borraría las únicas cinco personas que habían sido escaneadas por CC con la certeza de que podrían ser devueltas a la vida algún día.

Lo más difícil de cargar eran las propias personas. No solo los cuatro descabezados, sino el grupo al completo. Marchaban en una larga columna a través del bosque en dirección al B&B. Iceweasel estaba segura de que no era la única que pensaba en la eficacia de la transferencia, en la dulce nada del descabezamiento. Una vez descabezados no tendrían que llevar a cabo la estúpida conversión de luz solar en flora, de flora en fauna, de fauna en energía, y de energía en actividad muscular. Podrían simplemente ir tumbados, apilados como troncos, detrás del triciclo. Habían terminado envolviendo a los cuatro descabezados en capullos de plástico de burbujas; introdujeron tubos flexibles cuando se infló la cobertura para abrir túneles de aire que alcanzaran la cara.

Mejor todavía que apilarse como troncos de madera: una vez escaneados podrían caber en el bolsillo de alguien. Esa persona podría ir en bicicleta, a caballo o simplemente andando y la acompañarían. Algún día harían la transición a seres de información insustancial, en todas partes y en ninguna. Algún día se someterían a un escáner antes de ir a nadar, por si acaso se ahogaban.

—Resfriados —dijo Sita—. Si hacemos cuerpos, la gente utilizará la transferencia para quitarse los resfriados.

—¿Cómo? —preguntó Iceweasel desde lo alto del triciclo, que con su suave murmullo retumbante le entumecía la cara interior de los muslos.

—Muy sencillo —respondió Sita—. Te escaneas, sacas un cuerpo nuevo del almacén y viertes los datos en él.

Iceweasel resopló.

—¿Y luego qué? ¿Metes el cuerpo viejo en una astilladora?

—Es materia reciclable —contestó Sita—. Échalo a dormir y no lo despiertes. Si eres sentimental, ponlo en una vitrina. O hazte un abrigo. O te lo cocinas para la cena.

—Te das cuenta de que todo por defecto piensa que de eso es de lo que va esto, ¿verdad? —dijo Iceweasel.

Había terminado por considerar incontestable la presencia de espías en el grupo. Hablaba midiendo sus palabras, con la sensación de que la estaban grabando y de que le reprocharían cada ocasión en la que hubiera debido responder a bromas como aquella. Los comentarios de Tam a propósito de los juicios a los criminales de guerra se agitaban en lo más profundo de su cerebro.

—Y tú te das cuenta de que tienen toda la razón, ¿verdad?

—respondió Sita, que sonrió un momento y luego se quedó seria—. Mira, cuando los andantes empezaron con los primeros proyectos de prótesis, la mayoría de las personas que contribuían habían perdido un brazo o una pierna en Bielorrusia o en Omán y estaban cansadas de pagar a un usurero por algo que dolía, que apenas funcionaba y que podía ser embargado a distancia con un botón remoto si se saltaban un pago. Pero una vez que llegaron aquí y empezaron a vivir, se dieron cuenta de todo lo que había sido descartado por empresas conservadoras que no querían entrar en una guerra de patentes y no veían motivo alguno para añadir una funcionalidad avanzada a algo que no podías elegir. Entonces se radicalizaron. Dejaron de decir: «Yo solo quiero hacer un brazo que sea capaz de soportar todo el día», y empezaron a decir: «Quiero un brazo que haga todo lo que hacía mi viejo brazo». De ahí, solo un pequeño paso los separaba de afirmar: «Quiero un brazo que sea mejor que el que tenía antes». Y de ahí, todavía había menos distancia a: «Quiero un brazo que sea tan escandalosamente increíble que estés dispuesta a cortarte el tuyo para poder tenerlo». A eso es a lo que conduce la inmortalidad. No solo es la posibilidad de regresar de entre los muertos, sino la capacidad de repensar lo que significa estar vivos. Habrá gente que decida descabezarse un año o una década, para ver qué viene después. Habrá personas con el corazón roto que se descabecen veinte años para poner algo de distancia con respecto a sus ex. Me juego algo

a que un día echaremos un vistazo a nuestro alrededor y descubriremos que todos los niños son bajitos para su edad, y resultará que a todos los descabezaban sus padres cada vez que tenían una rabieta y les falta el diez por ciento del tiempo real.

Iceweasel sacudió la cabeza.

—Las cosas no cambian tanto. Dentro de veinte años, la mayoría de la gente estará haciendo lo mismo que está haciendo ahora. Quizá en cien años...

—No te va a gustar oír esto, pero eres demasiado joven para entenderlo. Siempre es igual. Todo lo que se inventa antes de que cumplas dieciocho años ha estado siempre ahí. Todo lo que se inventa antes de que cumplas treinta es emocionante y cambiará el mundo para siempre. Todo lo que se inventa después es una abominación que tendría que estar prohibida. Tú no recuerdas cómo era la vida hace veinte años, antes de los andantes. No entiendes lo diferentes que eran las cosas, cuánto han cambiado, así que te parece que las cosas no cambian tanto.

»Cuando yo tenía tu edad, no teníamos zonas abandonadas ni diseños de *hardware* libres. La gente sin un sitio en el que estar vivía en la calle: eran vagabundos, mendigos. Si te preocupaban los zotas, salías a protestar y te abollaban la cabeza. La gente todavía consideraba que la respuesta a sus problemas era conseguir trabajo, y todo el

que no lo conseguía era un vago o no servía, o, para los muy sensibles, alguien a quien le había fallado la sociedad. Casi nadie decía que el mundo sería mejor si no tuviéramos que trabajar en absoluto. Nadie hacía hincapié en que gente como tu viejo eran antihéroes corporativos, barones ladrones de un juego de rol en vivo que desplegaba una historia que les había encantado de adolescentes y que requería enormes bolsas de trabajadores y de aspirantes a trabajadores debajo de sus botas para darle verosimilitud.

»Si llevaras veinte años descabezada y te despertaras hoy, pensarías que estás soñando. O teniendo una pesadilla. Ciertamente, el ochenta por ciento de la gente que estaba viva entonces está viva hoy, y el ochenta por ciento de los edificios de entonces siguen en pie. Pero todo lo que tiene que ver con cómo nos relacionamos unos con otros y los lugares que ocupamos ha cambiado. Solían pensar que la tecnología lo cambiaba todo. Ahora sabemos que el motivo por el que las personas están dispuestas a dejar que la tecnología cambie su mundo es que sienten que se las están follando y cagándoles la cara, y no quieren seguir con lo que tienen.

»Los zotas quieren controlar quién termina adoptando qué tecnologías, pero no quieren asumir el coste de encerrar a todos los andantes en prisiones gigantes ni el de encontrar la forma de meternos de cabeza en una astilladora sin montar el espectáculo, así que aquí estamos, en los márgenes del mundo, buscando nuestra forma de utilizar las

cosas. Hay más gente que nunca que no tiene ningún aprecio por la forma en la que funciona el mundo. Todos y cada uno de ellos tirarían tan contentos por la borda todo lo que les parece normal a cambio de la oportunidad de hacer algo desquiciado que pudiera ser mejor.

Iceweasel recordó la tormenta perfecta de la suma de su incapacidad para tolerar a su padre, la muerte de Billiam, las palabras de Etcétera y la creciente sensación de que se la estaban follando y cagándole en la cara, una expresión que todo el mundo utilizaba en broma. No tenía gracia, pero la gente la repetía sin parar.

Jijijí pero en serio.

¿Qué sería necesario para escanearla a ella? Cuando llegaran al B&B, armarían el escáner y todo el mundo podría escanearse a sí mismo, o más bien a sí mismo «en el marco que pueda tolerar la reanimación en *software*». ¿Se prestaría? Le gustaría hablarlo con Dis. Se sorprendió. ¿Quería hablarlo con Dis? ¿No significaba eso que Dis era una persona? ¿No quedaba así zanjada la cuestión?

Siguió apretando el acelerador y manejando el triciclo todoterreno a través del bosque con la hilera de cápsulas de carga dando saltos a su espalda.

Casi habían llegado al B&B cuando las interfaces de todos vibraron y les hicieron saber que habían subido sin

problemas los cinco escáneres a la red andante y que se estaban distribuyendo por todo el mundo, tan inmortales e imposibles de matar como los datos. Todos se relajaron. Su conocimiento de que la inmortalidad era real apenas tenía unas horas, pero ya estaban aterrorizados por la idea de la permamuerte. Bromeaban nerviosos sobre lo rápido que todo el mundo se escanearía cuando desembarcaran en el B&B.

Entraron en hipervigilancia (hubo quien se llevó una pipa a la boca en busca de ayuda) y un miedo innombrable se propagó entre todos. La muerte llegaba con dos sabores: muerte real y «muerte». Pero hasta que llegaran al B&B, el único sabor que tendrían sería el de la permamuerte. El miedo se convirtió en pánico. Se asustaban de las sombras. Tanto CC como Gretyl sacaron armas no letales que llevaban encima. No habían dicho a nadie que las llevarían y la discusión habría sido terrible si lo hubieran anunciado. Nadie chistó siquiera.

Estaban realmente cerca. Iceweasel conocía el terreno, había recorrido aquel camino en las expediciones de recuperación de materiales para el nuevo B&B cuando los drones identificaban nuevos residuos que acelerarían su construcción.

Ver cómo el nuevo B&B se levantaba por sí solo había sido una experiencia transformadora, una prueba de algo milagroso sobre la Tierra. Habían echado a andar del viejo

B&B cuando se habían presentado aquellos imbéciles. Habían levantado uno nuevo desde el reino de la mera información. Aquel era su destino. Las cosas podían abandonarse y empezarlas de cero; nadie tendría que pelear nunca. No aún: todavía no podían escanear a la gente de forma masiva, no podían decantarlos en carne. Pero llegaría el día del que había hablado Gretyl, en el que no habría motivos para temer a la muerte. Aquel sería el final de la coacción. Mientras alguien, en alguna parte, quisiera devolvete a un cuerpo, no habría motivos para no encaminarse hacia la ametralladora de un opresor, no habría motivos para no hacerte papilla los sesos contra los barrotes de tu celda en la cárcel, no habría motivos para...

El dron que los sobrevolaba hizo un ruido de bienvenida. El B&B había enviado a su vanguardia a buscarlos. Iceweasel levantó la vista y saludó con la mano. El dron le devolvió el gesto inclinando un ala y dio media vuelta.

—Nos estamos acercando —gritó en el momento en el que el enemigo atacó saliendo de la maleza con un rugido metálico.

Había ocho mecas del tipo de los que habían construido para manejar las tareas de ensamblaje más peliagudas del B&B. Bien podían ser los mismos. Se levantaban tres metros, con los pilotos en cámaras cruciformes y el rostro asomado desde cavidades situadas en el pecho de los mecas y los ojos envueltos en pantallas panorámicas que refrescaban las

imágenes con los movimientos sacádicos y los desplazamientos del peso de los pilotos para ofrecer una visión en el segundo preciso de cualquier acción que se produjera en torno a los trajes metálicos. Cada meca podía levantar un par de toneladas, pero tenían sistemas de seguridad para evitar herir a un humano. Desactivar aquella mierda solo requería actualizar el *firmware*. Había montones de asentamientos andantes donde los combates de mecas se habían convertido en una competición deportiva con una hinchada considerable.

Fueron primero a por los contenedores de carga, que volcaron y cuyas ruedas doblaron después metódicamente para que no pudieran volver a rodar. Iceweasel salió volando cuando volcó la primera cápsula, que arrastró al triciclo todoterreno. En la caída se hirió el hombro y la cadera.

Gretyl la puso en pie, su rostro era la pura expresión del terror. La agarró del hombro herido, lo que hizo que Iceweasel gritara. El chillido atrajo la atención del piloto del meca más cercano. El enorme cuerpo se volvió hacia ellas. Los mecas podían dar la vuelta rápidamente y sus brazos eran lo bastante rápidos para clavar una pala en la tierra congelada con la precisión de un alfiler, pero no podían correr porque sus giroscopios necesitaban tiempo para estabilizarse después de cada paso, de modo que avanzaban tambaleándose con las patas combadas. El meca dio un paso hacia ellas con el piloto zarandeándose en su cápsula. El piloto (Iceweasel vio una barba rojiza que escapaba por la

abrazadera de la cabeza y dientes detrás de unos labios abiertos con ferocidad) se movía con el meca y algo en la forma en que lo hacía la llevó a pensar que no tenía demasiada experiencia.

Gretyl soltó el hombro de Iceweasel y tomó un sacamierdas. Iceweasel se apartó rápidamente mientras Gretyl clavaba el dedo en el panel trasero al tiempo que se esforzaba para mantener la serie de cuencos del tamaño de una moneda orientados en la dirección adecuada mientras daban forma a una pulsación de infrasonidos, afinándola arriba y abajo a través de un espectro de frecuencias resonantes, buscando la que...

El piloto intentó lanzarse hacia delante, pero el meca no podía inclinarse tanto sin volcar, así que lo dejó bloqueado en una inclinación de treinta grados, como la de un niño malhumorado después de obligarlo a hacer algo. La mitad inferior de su cara —barba, labios, dientes cuadrados— se retorció. El sacamierdas no solo soltaba las tripas, lo hacía con unos retortijones de un nivel entre un parto y el cólera.

Gretyl jadeaba. Iceweasel la sacó por la fuerza del centro de la melé. Tres mecas convergían hacia ellas después de haber destrozado los contenedores. A punto estuvieron de acabar derribadas por las personas que huían de allí, personas que Iceweasel reconocía pero no del todo. Echaron a correr chocando con más personas. Era el pánico.

—Tengo que... —dijo Gretyl.

El resto no lo oyó, pero Iceweasel sabía qué era. CC y ella eran los únicos que podían luchar. Miró a su alrededor y vio a CC orientar su arma hacia un meca, vio al piloto perder la consciencia, vio a dos de los suyos caer de rodillas con las manos en la cabeza y gritando. El rayo del dolor hacía que la piel pareciera estar ardiendo, y el infrasonido configurado hacía temblar el cráneo y provocaba sordera y una ceguera casi total.

La mitad de los mecas habían quedado incapacitados, el resto se abrían paso entre la multitud. Iceweasel, horrorizada, los vio avanzar a zancadas entre sus compañeros, agitando los brazos para equilibrar el tambaleo ebrio de las máquinas. Esperaba que los brazos abrieran en cualquier momento un cráneo o arrastraran a alguien y lo levantaran a la copa de los árboles.

Pero no, Iceweasel vio que los mecas estaban... huyendo. Corrían hacia el interior del bosque dejando atrás a la gente, lo que significaba...

—Mierda, tenemos que irnos —le dijo a Gretyl— ¡Y ya!

El dron estaba de vuelta y, por un momento, el pánico de Iceweasel lo transformó en una nave enorme cargada de misiles como la que había visto en los vídeos de la destrucción de la UA. Pero solo era el dron del B&B, un viejo

conocido. Iceweasel soltó un resoplido de estrés acumulado y fue cojeando hacia los árboles.

—¡Venid todos, venid!

Arrastró a Gretyl mientras lanzaba de soslayo miradas al dron, pensando en sus compañeros del B&B, que estarían viéndolo todo y mordiéndose las uñas, retransmitiendo las imágenes a todos los andantes, incluso a pordefecto, donde el espectáculo de un ataque sin provocación previa a una columna de refugiados científicos podía sacudir la conciencia de la población más allá de las capacidades de los portavoces...

El dron del B&B cayó en picado. Las interfaces de Iceweasel se apagaron. Tres drones más —impecables, con misiles suspendidos y reflectores de pulsos electromagnéticos de alta energía— pasaron a toda velocidad y dejaron en su estela una explosión supersónica. Desaparecieron en el horizonte y se oyeron gritos, el pánico se multiplicó cuando todos los presentes se dirigieron hacia los árboles corriendo con un pavor ciego. Habían visto los misiles.

Iceweasel y Gretyl se asomaron al camino, siguiendo con un terror enmudecido las estelas mientras las líneas blancas se combaron para formar una L, que luego se tornó en una U cuando los drones ejecutaron un giro preciso en formación, ascendiendo en espiral y dando media vuelta.

Iceweasel apretó la mano de Gretyl y esta le devolvió el gesto. Una fría indiferencia se apoderó de Iceweasel, como si estuviera en la cama con fiebre y una mano amante la arropara.

—Ha merecido la pena —dijo pensando en las personas que ya nunca morirían, pensando en Dis, que pronto estaría consciente y la recordaría como alguien que había contribuido a curar la enfermedad más terminal de todas.

—Sí que ha merecido la pena —respondió Gretyl—. Te quiero, cariño.

—Yo también te quiero —dijo Iceweasel—. Gracias por dejarme ayudar.

Vieron a los drones acercarse.

[III, vii]

Los misiles pasaron por encima de sus cabezas en dirección a los árboles donde se escondía la mayor parte del grupo. Iceweasel entendió con ese distanciamiento recién adquirido que los pilotos de los drones utilizarían ondas termales y milimétricas para elegir sus blancos. Esconderse entre los árboles era casi tan efectivo como taparse la cabeza con la manta para escapar del hombre del saco.

La segunda descarga explotó en el aire unos cien metros a su espalda. Los árboles rugieron en llamaradas, el ruido casi tapaba los gritos. Los drones pasaron a toda velocidad una vez más, camino de otra vuelta imposible en el extremo del horizonte.

Estaban prácticamente encima de ellas cuando en aquel cielo de plomo aparecieron cinco misiles que perseguían a los drones. No parecían provenir de ninguna parte. Tres blancos: bolas de fuego y truenos unos segundos más tarde. Los otros dos erraron y desaparecieron de la vista. Iceweasel y Gretyl volvieron la cabeza y fue entonces cuando lo vieron: un enorme y silencioso zepelín con forma de puro, uno de los indirigibles de la edad de oro, de aquellos por los que Etcétera suspiraba melancólico. Sus propulsores de

emergencia se aceleraron para mantener la posición, sin dejar de registrar el paso de los drones, y entonces, cuando daban media vuelta, los erradicó limpiamente del cielo con otra descarga de misiles antidrón.

El zepelín se inclinó y se dirigió haciendo espirales hacia el camino. Cuando estuvo a diez metros del suelo, dejó caer escalas y tirolinas y salieron personas a raudales, vestidas con trajes ignífugos y con material de primeros auxilios y camillas. Fueron a toda prisa al interior del bosque; Iceweasel y Gretyl corrieron con ellos, sin titubeos, con la certeza recién adquirida de la salvación fluyendo por sus venas, activando nuevas reservas de energía.

Trabajaron horas en el bosque, buscando y subiendo a los heridos y a los muertos a camillas que luego ascendían a las nubes. Se les sumaron más personas, luego más, y, cuando Iceweasel se dirigió de vuelta al camino con un equipo de camillas, eran ya decenas los vehículos del B&B presentes, desde mecas a bicicletas de carga que hacían relevos para trasladar a los heridos.

Iceweasel ayudó a cargar a una persona inconsciente. Reconoció con un estremecimiento que era CC —la melena arcoíris chamuscada, el rostro y el pecho una masa de quemaduras— y se frenó. La otra camillera se volvió hacia ella, le cogió las manos y la miró a los ojos.

—Iceweasel, eh, Iceweasel.

Era Tam, cubierta de hollín y agotada. Y preocupada. Iceweasel quería tranquilizarla, no pretendía ser una carga, así que intentó decir: *No pasa nada, vamos a ayudar un poco más*. Pero no le salió nada. Se alarmó cuando notó las lágrimas gotear por las mejillas. Intentó sacudirse aquella sensación, pero no lo consiguió. Una parte de sí misma, que era incapaz de sosegar ampliando con dos dedos una infografía, había saltado por los aires y flotaba hecha pedazos cortantes en la sopa que era su cabeza.

—Por qué no nos tomamos un descanso, ¿eh? —propuso Tam. Haciendo presión en el hombro (el dolor se avivó, Iceweasel contuvo la respiración), Tam la sentó en el suelo y se inclinó sobre ella—. Estás en *shock* —le dijo—. Te pondrás bien. Creo que tendrían que evacuarte, hacerte entrar en calor, lavarte y darte algo de líquido.

—Gretyl... —respondió Iceweasel.

—Ya, sí, Gretyl. Esa vieja posiblemente esté embistiendo por el bosque como un rinoceronte cabreado. No hay quien la pare. Pero se va a preocupar por ti, ¿eh?

Iceweasel asintió. No quería que Gretyl se preocupara. Pero al mismo tiempo lo único que deseaba era que Gretyl estuviera allí, apoyar la cabeza sobre la solidez de su cuerpo, el roce de sus dedos en el pelo. El retumbar de su voz oído a través de la almohada de sus pechos. No quería irse sin Gretyl. Negó con la cabeza.

—Voy a esperar a Gretyl —sentenció.

—Ya te he oído, tía, pero no es una opción. No es una decisión inteligente. Venga, Iceweasel, tú sabes cómo gestionar el *shock*. Calor, descanso, pies en alto. Estás chorreando sudor y resollando como un chihuahua.

Iceweasel sabía que Tam tenía razón, notaba el sudor frío en la cara, pero aun así...

—Gretyl.

—Venga, chica, no hay tiempo para eso. Ya tenemos suficientes víctimas. No necesitamos otra.

Tam miró a su alrededor, no vio a Gretyl y soltó un sincero «¡Mierda!». Después se levantó y le hizo un gesto a alguien.

—¡Eh! Ven aquí, ¿puedes? ¡Sí! Ven aquí, ¿te importa?

—¿Estás bien? —preguntó una voz que a Iceweasel le resultó familiar.

Tam miró las piernas de aquel hombre, embutidas en unas mayas púrpuras y botas con cinco dedos como las zapatillas de artes marciales. Los dedos estaban armados con capas superpuestas bordadas de algo que dejaba escapar la humedad, como escamas de dragón.

—Yo estoy bien, pero ella está en *shock*. Se niega a que la evacuemos porque está preocupada por su amiga. Posiblemente podría llevármela a rastras, pero será mejor que encuentre a su amiga y le cuente lo que ha pasado o se va a volver loca.

—Bueno, siempre ha sido leal a sus amigos. —La persona a la que pertenecían aquellas piernas se acucilló y miró a Iceweasel a la cara—. Eh, Natty —dijo Etcétera.

—Hubert Vernon Rudolph Clayton Irving Wilson Alva Anton Jeff Harley Timothy Curtis Cleveland Cecil Ollie Edmund Eli Wiley Marvin Ellis Espinoza —respondió Iceweasel, que había memorizado aquella retahíla como parte de un juego en sus primeras semanas de andantes, encantada con su extravagancia. Brotó como una cancioncilla.

—¡No me digas que te llamas así! —exclamó Tam.

—Me puedes llamar Etcétera.

—Y a mí llámame Iceweasel. Natty hace mucho tiempo que desapareció.

—Hasta nunca —respondió Etcétera.

—Que te den.

—Vámonos, Icy —dijo Etcétera, que la ayudó a ponerse de pie.

A Iceweasel se le había dormido una pierna y las lesiones se habían agarrotado. Se apoyó en Etcétera.

—Gretyl... —dijo volviendo la cabeza hacia Tam.

—Yo se lo digo —respondió Tam.

—Gracias.

—¿Quieres montarte en mi zepelín? —propuso Etcétera.

—Esa cosa es una puta locura.

—Pues te ha salvado el culo.

Etcétera la guio hasta una camilla. Ella dejó que la envolviera en una manta y la atara a la camilla. Etcétera se colocó un arnés, atrapó una de las guías de la camilla, le dio un fuerte tirón y echaron a volar.

El viento frío en la cara durante el ascenso al zepelín le hizo recuperar la lucidez, pero la subida era lenta y con mucho movimiento, y la meció de vuelta a un sueño ligero que apenas se interrumpió cuando la metieron en las tripas del zepelín y Etcétera la trasladó a un espacio en el suelo de la cabina. Iceweasel movió la cabeza perezosamente y vio que había muchos otros, incluido CC, tumbados e inmóviles. CC

tenía un gotero en el brazo y sensores salpicados por todo el cuerpo quemado. Iceweasel notó la bilis escalar por la garganta y volvió la cara a tiempo para vomitar el escaso contenido de su estómago.

Tenía las piernas levantadas, por lo que el vómito le rodó por la cara y le llegó al pelo. Había cerrado los ojos con fuerza al vomitar, y el que quedaba en la parte inferior estaba lleno de bilis. Alguien se lo limpió con una toalla y ella se sintió avergonzada. Las manos eran decididas; entreabrió el ojo situado más alto y confirmó que era Etcétera.

—Te hemos echado de menos —dijo Etcétera—. Seth ha estado con un bajón de locos.

Iceweasel sonrió, pero el resultado fue una mueca.

—Yo también os he echado de menos.

Pero en realidad no había sido así, y darse cuenta la desconcertó en su aturdimiento. ¿Por qué no los había echado de menos? Los días en la universidad habían sido una liberación, de su pasado y de los últimos hilos que la ataban a pordefecto, a su padre y a su condición de zota. Aunque en el campus no había ocultado en ningún momento su pasado, nadie había visto la mansión en la que vivía con su padre, nadie se había subido a su coche blindado, nadie había experimentado su poderosa influencia.

—¿De dónde has sacado este disparate con forma de bolsa de gas?

Etcétera miró a su alrededor.

—Un sueño hecho realidad, ¿verdad? Después de que la burbuja de los zepelines estallara, quedaron un par de cientos de indirigibles que todavía servían más o menos para volar y que se estaban pudriendo en los hangares. Alguien tuvo la idea de organizar fiestas comunistas en los hangares y, de repente, había toda una flota con capacidad de volar. Las autoridades de la aviación se están volviendo locas, unos cuantos han caído derribados, pero los que consiguieron llegar a territorio andante parecen a salvo por ahora. Este apareció en el B&B hace un par de semanas con la tripulación más loca que te puedas imaginar, frikis andantes que vivieron la burbuja en persona, igual que yo, y no se podían creer que hubieran conseguido por fin un zepelín. A este lo han llamado «Primeros días de una nación mejor».

Iceweasel soltó un gruñido. Menudo cliché andante: podía imaginarse a la tropa, con un aire de lo más estudiado de pureza andante. Le costaba celebrar aquello porque le recordaba demasiado a sí misma en los días en los que había sido la representación de las élites en las fiestas comunistas que organizaban.

Etcétera tenía un trapo húmedo y le limpió el vómito lo mejor que pudo. La amable entrega de una mano familiar

era abrumadora en muchos sentidos: una sensación triste, feliz, solitaria y de vuelta a casa como las caricias de la madre que Iceweasel apenas había conocido.

—¿Y si mandan más drones? —preguntó.

Etcétera se encogió de hombros.

—Estamos a punto de quedarnos sin capacidad contraofensiva. ¿Muerte segura? —Etcétera la miró inquisitivamente—. Pero no por mucho tiempo, ¿verdad? —Retiró la vista—. ¿Es cierto?

—¿La transferencia? —Iceweasel tosió. Notaba un regusto amargo en la boca y la garganta le quemaba—. Depende de a lo que te refieras con cierto. Tengo una amiga que lo ha hecho, la conocerás si sobrevivimos. Te lo puede explicar mejor que yo.

—Los primeros días de una nación mejor —respondió Etcétera con una ironía excesiva.

—O de una nación más rara —dijo Iceweasel, que buscó la mano de su amigo.

Etcétera se la apretó.

—Estaremos bien. Rara o no, es evidente que estamos acojonando a tu padre y a su gente, así que algo sí que estamos haciendo bien.

—Que le den a mi padre. Y a su gente.

—Sí, claro.

El zepelín dio una sacudida que a punto estuvo de hacer perder el equilibrio a Etcétera. El gemido de los propulsores, que se percibía a través de la cubierta, cambió.

—Nos vamos a casa —dijo Etcétera apretando la mano de Iceweasel—. A casita.

[III, viii]

Gretyl la encontró en el *onsen*, sentada en la piscina más caliente con Limpopo, que había dictaminado que necesitaba mucha agua. Llegó con Tam, que irradiaba vergüenza corporal e incomodidad por estar desnuda. Iceweasel reparó en lo poco que había reflexionado sobre los problemas específicos de ser una mujer con pene y la suficiencia con la que había asumido que los andantes eran tan bohemios que todo sería muy sencillo.

Se tambaleó en el precipicio de la inseguridad, al borde de la certeza de estar haciendo turismo de pobreza: nadie debería tomársela en serio. El agua caliente pareció de repente claustrofóbica y dolorosa cuando se evaporó la concentración y su estúpido cuerpo quiso prestar atención a la piscina en la que estaba. Le empezó a brillar la cara por el sudor.

Salió del agua y fue hacia Gretyl, que tenía el pelo chamuscado y uno de los brazos vendado con gasa. Cuando Iceweasel se incorporó, la cadera y el hombro heridos salieron del agua y el aire frío le produjo una punzada tan repentina que se tambaleó. Gretyl la tomó de un brazo y Tam atrapó el otro.

—Hola —dijo débilmente.

Limpopo suspiró, cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y se sumergió hasta las orejas. Gretyl atrajo a Iceweasel y, cuando Tam se hizo a un lado, lanzó un brazo grande, musculado y cubierto de pecas hacia ella y la incluyó en el abrazo.

A pesar de tanta piel, había algo casto en el *onsen*, o eso se decía Iceweasel, que recordó el beso, el frotamiento que se habían dado Gretyl y ella en la universidad subterránea, y se obligó a fingir que los músculos de la tripa no andaban dando saltos al notar los pechos de Gretyl sobre los suyos. Y luego estaban los pechos de Tam en el costado, con su cara en el hueco que dejaban las cabezas de Gretyl y la suya, y el pene frotándose contra un muslo y haciendo a los músculos de la tripa saltar de nuevo.

—Mete a tus amigas en el agua y haz las presentaciones, chica —dijo Limpopo sin abrir los ojos.

Se desenmarañaron despacio. Entonces, llevada por un impulso, Iceweasel se apretó contra Gretyl, le besó la mejilla, la mandíbula, la oreja...

—Me alegra tanto que estés aquí —dijo con el olor a pelo quemado en la nariz.

—A mi también, niña —respondió Gretyl, que se adentró con cautela en el agua.

Tardaron mucho en sumergirse, ya que el brazo quemado de Gretyl complicaba las cosas. Cuando por fin se acomodaron, Limpopo alcanzó su límite, se levantó y salió fuera. Llenó un balde de agua helada de la piscina más fría y lo llevó al extremo que ocupaban ellas, donde empezó a frotarse con su toalla pequeña. Gretyl estaba distraída, rendida al agua, pero Tam observaba con cautela. Iceweasel observaba a Tam.

—¿Cuántas víctimas? —preguntó Limpopo después de que Tam las pusiera al día en lo relativo a la última parte de la evacuación.

—Tres muertos —respondió Tam con voz apagada—. CC no lo ha conseguido.

Iceweasel estaba aturdida. Había cargado el cuerpo quemado de CC. Ahora estaba muerto.

—También hay montones de heridos —apostilló Tam.

Iceweasel salió de la piscina. Quería llorar, pero las lágrimas no llegaban. Se cruzó de brazos y apoyó la cabeza contra un muro: respiraba con el diafragma.

—Estoy bien —dijo cuando oyó a alguien (¿Tam quizá?) moverse para salir del agua—. Dadme un minuto.

Tam y Limpopo charlaban, pero Iceweasel desconectó de la conversación, concentrada en su respiración y en el juego

del agua caliente y el agua fría sobre su cuerpo. Un dedo le dio unos golpecitos en el hombro y levantó la vista de mala gana: era Seth.

—¡Salve, heroínas victoriosas! —Y luego, ostentosamente—: ¡Ahora me he convertido en mundos, el destructor de la muerte!¹⁴

Iceweasel sonrió a su pesar. Era tan capullo..., pero no era mal tipo.

—Qué bueno, Seth. ¿Te ha llevado mucho pensarlo?

Seth negó con la cabeza. Estaba desnudo y tenía la piel de gallina. A Iceweasel le pareció que su cuerpo —tan familiar hacía poco, hasta el punto de ser aburrido— era fascinante, de la forma en que lo son las cosas que una vez se tomaban con libertad y ahora están prohibidas.

—Lo he robado —respondió Seth—. El manifiesto de unos pavos de San Francisco. Esos frikis de la Singularidad Tecnológica de las zonas de terremotos tienen sentimientos religiosos. Es para partirse. Esta es mi favorita. Los aficionados plagian, los artistas roban.

—Eso se lo has robado a Picasso.

¹⁴ Seth le da la vuelta a la cita del *Bhagavad-gita* que utilizó, arrepentido, Robert Oppenheimer, considerado uno de los padres de la bomba atómica: «Me he convertido en la muerte, destructora de mundos». (*N. del T.*)

—¿Ah, sí? No creo. No he leído ninguno de sus libros. He debido de robárselo a alguien que se lo robó a él.

Iceweasel no mordió el anzuelo, aunque notó que sus amigas de la universidad levantaban la vista. Sabía a qué jugaba Seth y no quería jugar. Se alegraba de verlo, pero él y ella habían jugado ya lo suficiente para toda una vida.

Oyó que Tam salía del agua, levantó los ojos y la vio ayudar a Gretyl a salir. Sintió una inoportuna punzada de celos y notó que Seth se percataba de ello. Seth no podía evitar los instintos propios de un tipo siempre a la última moda, y era un observador atento a las relaciones. Iceweasel vio los ojos de su amigo bajar a la polla de Tam, subir a sus pechos y luego a su cara.

—¿Te ayudo? —se ofreció dando dos pasos hacia ellas y tendiendo una mano a Tam, que, agachada para sacar a Gretyl sin mojarle el vendaje, tenía dificultades para mantener el equilibrio.

Tam tomó la mano que le ofrecía. Seth le brindó su irresistible sonrisa, que era, de hecho, irresistible a más no poder. Cuando se hicieron andantes, Seth estaba en las etapas iniciales de la barriguitis cervecil. La reconstrucción del B&B, todas las caminatas y los pesos que cargaban, sumadas al reto antiporteador de salir al bosque sin nada confiando en los drones y tu inteligencia, lo habían afilado y le habían concedido unos cuádriceps como troncos y unos

hombros anchos que combinaban bien con su mata de pelo enroscado en el pecho. Iceweasel descubrió su propio sentido arácnido para estar al tanto de todo cuando Tam miró a Seth de arriba abajo, clic, clic, clic, y volvió a sentir unos celos inoportunos. Puto cerebro imbécil. Le hubiera gustado tener una infografía por la que pudiera pasar los dedos para borrar los pensamientos estúpidos.

Limpopo se acercó.

—¿Qué os parece si nos metemos en la piscina tibia?

Estaba a la temperatura de una taza de té que se deja enfriar veinte minutos, perfecta para sentarse y socializar. Limpopo estaba sugiriendo una conversación amable y civilizada.

—Magnífico —respondió Iceweasel, que dejó que Limpopo liderara el grupo.

Tomaron posiciones en esquinas opuestas, con los brazos posados en el borde. Iceweasel se revisó el brazo izquierdo, el oscuro moratón y los arañazos. El agua caliente y el aire frío le daban un brillo rosa vivo. Le dolía ligeramente.

El resto del grupo entró con cautela e hizo subir el nivel del agua de manera que pequeñas cascadas se derramaron hacia los sumideros. Seth se mostraba muy atento con Gretyl, que lo miraba con una divertida indiferencia ante su actitud atareada y su insistencia por ofrecerle una mano.

Iceweasel tuvo la sensación de que parte de aquello estaba dirigido a ella, pero en mucha mayor medida su objetivo era Tam y, posiblemente, también Limpopo.

Resultaba sorprendente cómo la presencia de un hombre cambiaba la dinámica entre ellas, tejida en torno a invisibles líneas de atención. Iceweasel se encogió de hombros, se le escapó una mueca de dolor por el gesto, dirigió la mirada a Gretyl y sintió aquella lenta contracción en la parte baja del vientre una vez más. La aterraban los sentimientos que brotaban cuando miraba a Gretyl. Esta le devolvió la mirada, atravesándola con aquellos ojos francos. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo de los pies a la frente. La mirada de Gretyl decía al mismo tiempo: «Eres mía» y «¿Querías ser mía?». Fuerte/débil. Suave/firme. Como Gretyl: grandes brazos y espalda musculada, tripa redonda y blanda y enormes pechos suaves.

—CC tenía copia de respaldo —dijo Tam interrumpiéndolas.

Pues claro que la tenía. Era esencial para el proyecto.

—¿La tenían los demás?

Iceweasel cayó en la cuenta de que ni siquiera sabía los nombres de los muertos, daba por hecho que si Tam no se los había dicho era porque no debían de ser personas muy cercanas, pero con Tam nunca se sabía.

—No, no la tenían —respondió Tam; parecía enfadada.

—Pero CC sí.

—Sí. CC sí la tenía. La tiene. Ya hay un grupo que está montando el clúster utilizando todo el tiempo de computación libre que pueden conseguir en el B&B.

Limpopo se incorporó y giró el cuerpo de un lado a otro mostrándoles el extremo superior de su cicatriz.

—Aquí tenemos mucha capacidad de computación, mucha —dijo—. Desde que te fuiste, hemos estado con el taller funcionando veinticuatro horas al día para producir nuevos equipos. Me pareció que podíamos llegar a algo así, y teníamos material.

Limpopo sonrió para sus adentros. El viejo B&B se había hundido justo a tiempo. Se disolvió con acritud en torno a un mes antes de que Iceweasel se despidiera. Limpopo había disfrutado de una satisfacción indisimulada rebuscando entre los restos de su creación mancillada (aunque parte de la alegría por el mal ajeno desapareció cuando llegó a los lugares donde la sangre se había secado en las paredes). Aquella tropa meritocrática nunca publicó las peleas en sí, pero sí los mensajes desagradables, las acusaciones y los insultos que llevaron a ellas. Supuestamente no había muerto nadie, pero si alguien había terminado perdiendo la vida, difícilmente lo iban a anunciar a bombo y platillo.

Tam asintió.

—Eso he oído. Quiero ver qué pasa con todo esto cuando no estemos limitados por los recursos. Lo que transportamos llegó todo, ¿verdad?

—Sí —respondió Limpopo—. Fue duro sin los mecas.

Iceweasel recordó la forma en la que los mecas habían destrozado el triciclo todoterreno y las cápsulas de transporte.

—¿Esos mecas eran de aquí?

—Sí. —Una tormenta recorrió el rostro de Limpopo. Iceweasel casi nunca la había visto enfadada. Daba miedo—. Un grupo de mercenarios y un matón informático se ventilaron todo utilizando un día cero que compraron en pordefecto a unos cabrones, unos investigadores de ciberguerra. Se hicieron con la flota de drones y, mientras los limpiábamos, se apropiaron de los mecas.

—¿Es segura la red del B&B?

Limpopo se encogió de hombros.

—Menuda putada, ¿eh? Lo mismo han puesto enganches a mucha profundidad que no vamos a encontrar nunca. Hemos hecho lo que hemos podido, comparando las sumas de comprobación con las copias de seguridad y las fuentes

de origen seguro. El día cero fue secuenciado y parcheado a toda leche, dado que afecta a la rama principal, que llega hasta los campos de refugiados de la ONU. Allí viven mil millones de personas.

Gretyl soltó un silbido.

—Joder —dijo—. ¿Te imaginas las maldades que podrías hacer con un ataque a toda la red de ACNUR?

Limpopo y Gretyl se miraron.

—Es la pesadilla de todo administrador de ACNUR. Nunca hemos tenido una colaboración mejor con ellos. Lo actualizaron en una hora, toda su base, pero hay otros proyectos que se ramifican a partir del suyo, como el nuestro, que pueden ser vulnerables a un bloqueo total o a tejemanejes con la climatización que podrían hacer que se quemaran.

Las expresiones de las dos mujeres habían adoptado una pose casi idéntica de seriedad. Iceweasel estuvo a punto de echarse a reír. Pero caer en la cuenta de que se parecían en tantos aspectos la contuvo. Había habido momentos en sus años con la tropa del B&B en los que había sentido celos por la relación de Limpopo y Etcétera. Había asumido que tenía que ver con Etcétera. Ahora se preguntaba si no sería por Limpopo. Gretyl era una Limpopo a lo bestia, más grande en

todos los aspectos, físicos y emocionales. Reparar en ello le hizo olvidar las implicaciones de su conversación.

Tam la trajo de vuelta al presente.

—¿Hasta qué punto la certeza de que la red está bien es un brindis al sol? —Tam era la que decía lo que todos pensaban y nadie quería verbalizar—. Vamos a subir a Dis a la red, ¿verdad? Y después a CC, ¿no? Tal vez también a esos mercenarios, ¿por qué coño no lo íbamos a hacer con ellos? Ninguna queremos que nuestros amigos estén muertos hasta que no podamos soldar todo un juego nuevo de procesadores, ¿verdad?

Seth dio un manotazo que hizo saltar el agua.

—Así se dicen las cosas.

Le encantaban las personas capaces de levantar la mierda. Por no mencionar otros atributos de Tam.

Limpopo respondió:

—Esto es lo que hay.

El agua parecía menos agradable y la atmósfera perdió cordialidad.

[III, ix]

Dis estaba en todas partes. La tropa del B&B nunca tenía suficiente. Tocaban las interfaces para hablar con ella por todo el edificio. Incluso con tanto tiempo de computación como disponía, tenía que ponerlos en cola y después los llamaba cuando iban por el bosque o perdían el tiempo en el salón común.

Pero siempre tenía tiempo para Iceweasel, que le preguntó:

—¿Cómo le está yendo a CC?

Dis ya no tenía un cursor que parpadeara, pero Iceweasel todavía sabía leer un lenguaje corporal en sus pausas. En esta ocasión fue peculiar.

—No va bien. He estado intentando hablar con él para que lo supere, pero no quiere estabilizarse. Conmigo era una cuestión de encontrar el espacio de posibilidad en el que pudiera asumir el hecho de ser una cabeza en un tarro de cristal. Es posible que CC no tenga ese subconjunto.

—¿¡Cómo!? ¡Es CC! ¡Pero si le encanta! ¡Vivía para esto! ¡Es como si un científico que diseñara cohetes tuviera miedo a las alturas!

—No sé mucho de los de aeroespacial, pero un motivo para meterse en la transferencia es un pavor existencial insuperable a la idea de morir. No es una disciplina a la que te dediques si la materia no te interesa.

Icweasel intentaba aprender a relajarse. El funcionamiento del B&B no necesitaba tanto trabajo. Un cuadro con los turnos en los espacios sociales demostraba que, si todos dedicasen ocho horas cada tres días, duplicarían el número de horas que necesitaban. Había un grupo ideológicamente dedicado a no hacer nada, que creaba un «espacio seguro» para el «postrabajo». Icweasel lo entendía. Estar sentada mano sobre mano, especialmente en público, le hacía sentirse culpable. Los atrabajadores eran cobertura moral para personas que empezaban a experimentar con no dar un palo al agua un día o un mes (o un año).

Icweasel se sentó en una mecedora del césped del B&B, un gran campo de hierbas salvajes de olor dulce y con un próspero bioma de bichos que susurraban y revoloteaban por la zona. Tenía a Dis en ambos oídos, pero su sistema era lo bastante inteligente para mezclar el sonido del viento entre la hierba, el de cosas que se perseguían unas a otras,

el *yin-yang* de los susurros sin objeto y las disputas a la carrera.

—¿Cuánto te queda para poder estabilizar a CC?

Otra micropausa. Dis tenía mucho tiempo de computación. Las pausas tenían que ser deliberadas. Se lo preguntaría a Gretyl (las ciencias computacionales eran un misterio para Iceweasel, a pesar de pasar tanto tiempo con la tropa de la universidad).

—No sé si seré capaz. Cuando entendí la forma de estabilizarme a mí misma, llegué a la conclusión de que podría aplicar la misma técnica a cualquier sim. Pero yo soy un juego de datos único. Las personas son idiosincrásicas. Yo, yo soy idiosincrásica. Tal vez soy una rara excepción y nadie más haga lo que yo he hecho.

—Eso no es lo que decías...

—Es lo que ahora dice todo el mundo que sabe de qué coño está hablando. Todos los demás van por ahí corriendo y gritando: ¡La muerte se ha curado! ¡U-S-A! ¡U-S-A!

—Estamos en Canadá.

—Ya, pero queda estúpido cantar: «¡Ca-na-dá!». Es fácil emocionarse cuando la ciencia consigue realmente algo, porque la ciencia en realidad lo que hace es fallar y tomar notas. Queremos lograr «un gran avance», pero no todo son

grandes avances. A veces se dan solo pequeños pasos adelante. O se llega a un callejón sin salida. Estoy intentando arrancar a CC, pero quizá la única forma de despertarlo sea en un estado tan distorsionado que no sea reconocible. He usado un modelo que me utiliza a mí de plantilla y mezcla nuestros modelos muy de poco en poco hasta que llegamos a un híbrido con justo lo necesario de mí para mantenerlo vivo. No hay una forma definida de hacer eso. Casi todo lo que he intentado termina en algo que no es reconocible como ninguno de los dos. Y por muy interesante que sea, no tengo ninguna prisa por construir de la nada personalidades sintéticas insensatas e inmortales. Ya tenemos más que suficientes bichos raros, joder.

—¿Y los demás, los otros investigadores?

Dis hizo un ruido de lo más grosero.

—Hay unos putos cabrones en Madrid que montaron una versión de mí e intentaron obligarme a que los ayudara. Esa copia se suicidó después de mandar mensajes a todos los demás grupos para contarles las mierdas y las maldades que estaban haciendo. Pero Madrid es el único laboratorio que está teniendo éxito a la hora de llevar una sim a un estado estable. He estado pensando en dar a todo el mundo permiso para experimentar montando versiones de mí en línea, por muy horripilante que sea. Parece que puede ser la única forma de llegar a alguna parte. La ciencia es desigual. Un éxito a veces se encadena con otro éxito, pero a veces te

sale moho en la placa de Petri un fin de semana y te pasas el resto de la vida intentando simplemente entender qué es lo que pasó.

Otra pausa.

—Supongo —siguió Dis— que habrá un millón de modelos de mí en funcionamiento en pordefecto. Los zotas y sus ratas de laboratorio no tendrían problema alguno. CC solía ponerse hecho una fiera cuando pensaba que sumaban nuestra investigación a la suya, pero nosotros nunca veíamos lo que hacían con nuestro trabajo. Sin embargo, cada vez que lográbamos cualquier avance, sus ratas de laboratorio se sentían tentadas de echarse a andar y venirse con nosotros, porque todo el mundo quiere trabajar para los vencedores. Así que, al menos, todas mis gemelas están desencadenando en la gente una tentación irresistible de pegarle la patada a su jefe y lanzarse a la carretera.

—¿No te preguntas si no estarás en un laboratorio de pordefecto y te están engañando con respecto al mundo que te rodea?

Risa computarizada. Gretyl decía que Dis tenía en vida una risa rara de verdad. La peculiar risa del ordenador era una interpretación fiel. Dis debía de haber sido más rara que una serpiente con zapatos.

—Ni de coña. Demasiados test de Turing que superar. Estoy conversando con todos vosotros todo el rato. Podrían joderme la capacidad de detectar si estoy conversando con un bot o no, pero eso también querría decir que soy demasiado estúpida para ser de ayuda. Estoy tan segura de que sé lo que es simulación y lo que es realidad como cuando estaba de cuerpo presente. Digamos que al noventa y cinco por ciento.

—¿Qué es el otro cinco por ciento?

—Un viejo chiste sin gracia sobre inteligencia artificial. En el futuro sabremos cómo simularlo todo y eso haremos. Habrá muchos más universos simulados en la historia completa del universo real que universos reales. Así que es más posible que seas una sim que real, signifique lo que signifique «real».

—Me duele el cerebro.

—No te preocupes, cuando te simulemos, nos aseguraremos de que estés en un estado que se encuentre cómodo con esa idea. Jijijí pero en serio. Estar así es como el meta. A veces bajo los limitadores y observo el algoritmo de adaptación, veo lo cerca que estoy del borde del pánico absoluto. Es interesante toquetear esa mierda en tiempo real. No conoces la libertad hasta que no has experimentado la libertad cognitiva, la libertad de elegir tu estado mental.

—Estoy deseándolo.

—Estás siendo sarcástica, pero, en serio, estar desencarnada es impresionante. Si el rollo de los clones que están haciendo en Lagos funciona, seré la primera en regresar a un cuerpo, pero echaré de menos esto. Tiene algo puro. Es mucho más simple que la psicoterapia. Y mucho más efectivo.

—A menos que seas CC.

—Cada sim es como es.

Dis podía hacer que la voz computarizada sonara engreída.

A Iceweasel le pareció que aquello hacía que ser una cabeza en un tarro de cristal fuera peligrosamente atractivo. Sería maravilloso reducir sus ansiedades, hacer coincidir su certeza intelectual de que nadie esperaba que mostrara su verdadera condición de zota con la seguridad emocional de que todos sabían que era un fraude. Si fuera a terapia para hacer posible ese equilibrio, la idolatrarían por esa forma de autoconocimiento, pero si lo consiguiera con un medicamento, estaría huyendo de la realidad. Se preguntó qué pensaría la gente de las sim que no necesitaran medicamentos ni terapia.

—No soy capaz de quedarme sentada —murmuró Iceweasel mirando a los atrabajadores, que ganduleaban orgullosos—. Necesito hacer algo.

—También servimos los que nos quedamos sentados y nos peemos¹⁵.

Dis consiguió que Iceweasel sonriera.

—Pensé en montones de cosas cuando me eché a andar, pero nunca pensé que conversaría con una neurocientífica simulada con la lengua sucia.

—Yo soy una neurocientífica de verdad.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Voy a empezar un programa de microcorrección de personas que buscan adjetivos adecuados para describir a las personas muertas inmortales simuladas artificialmente como yo.

—¿No deberías estar trabajando en alguna investigación?

—Eso estoy haciendo: ejecuto un algoritmo de adaptación para proyectar esta conversación en el futuro, después saco ramales y los podo para encontrar vías para el diálogo en curso. Intentando simular lo que tú hacías cuando yo no paraba de suicidarme, antes de estabilizarme. Estoy

15 Dis juega con el último verso del Soneto 19 del poeta inglés John Milton (1608-1674): «También sirven los que únicamente se quedan de pie y esperan». (N. del T.).

elaborando hipótesis a la inversa a partir de mis transcripciones y poniéndolas a prueba contigo.

Iceweasel se retorció en su sillón.

—¿Por qué?

—Quiero generalizar una solución basada en datos para levantarle el puto ánimo a la gente. Podría aplicarlo a simulaciones como CC.

—Esto no me está levantando el ánimo.

—Yo creo que sí.

Iceweasel sintió por un instante una introspección similar a la de un programa informático.

—Vale, me estoy animando un poco.

—Bien. Tomo nota. —La voz de la computadora puso a prueba una pronunciación a la alemana—: Ahorrra te fas a tumfarr en el difán y me fas a haflarr de tus padrrres.

[III, x]

Iceweasel y Gretyl asomaban la nariz por las salas donde la universidad retomaba su actividad. Las habitaciones pequeñas del piso superior habían sido requisadas por equipos de investigación; en cada una de ellas se apelotonaban tres o cinco personas dedicadas a montar diferentes modelos. La mayoría estaba trabajando con la sim de CC, porque CC había sido muy querido y les ponía los pelos de punta la posibilidad de que el científico que más había sabido y hecho en simulación estuviera en secreto demasiado acongojado para ser recuperado. Si él no podía, ¿podría alguno de ellos?

Otras personas querían utilizar aquellas habitaciones. El trabajo de los científicos perdió parte de su urgencia con el paso de los días. Se comentó la posibilidad de recuperar las ruinas del B&B original para albergar un nuevo campus, una señal de que debían dejar de acaparar todo lo bueno.

A la tropa de la universidad no le importaba un carajo.

—¿Y por qué les iba a importar? —decía Gretyl mientras Iceweasel y ella manipulaban sin resultado una interfaz buscando un espacio privado donde charlar—. Vamos a dar un paseo. Para variar, fuera hace buen tiempo.

Había por fin terminado una semana en la que el cielo no había dejado de cagar natillas heladas y granizo. Un débil sol se asomaba desde unas nubes mullidas en un cielo que insinuaba el azul.

Repasando los catálogos de cofusi, buscaron en el interior de los bancos acolchados (verdaderos almacenes) unas botas de goma de su número. Limpopo se apuntó. Seth se invitó. Tam estaba con él, algo que no sorprendió a Iceweasel. Sabía que se habían liado, aunque no eran pareja oficialmente. Habían estado muy pegados en los abrazos colectivos, estirando el concepto de «abrazo» de un modo que era de ligero mal gusto —si bien común— entre los andantes.

—Veníos —dijo Gretyl—. Vamos a escapar de la cruda realidad de los andantes para ser paseantes despreocupados en los bosques vírgenes.

—Antigua plantación industrializada, quinta generación —respondió Seth—. Contaminación con metales pesados y una gravera en paulatina recuperación.

—Vamos, solete. Ponte unas botas, no queremos echar de menos tus comentarios de experto.

Tam tenía botas para ella y para Seth. Se calzaron —no sin dificultad— unas katiuskas hasta las rodillas y partieron.

El paseo fue relajante: cantos de pájaros y olores volátiles a vegetación de un bosque que iba entrando en calor. Sin embargo, Seth era incapaz de relajarse. Hacía juegos de palabras, echaba a correr y se perdía, cantaba canciones burdas...

—¿Qué coño le pasa a tu novio? —dijo Gretyl.

Tam suspiró.

—No voy a confirmar lo de «novio».

—Vale, pero ¿qué es lo que tiene clavado en el culo?

Tam miró de reojo a Iceweasel, que a menudo se había preguntado qué pensaría Tam de ella. Iceweasel y Seth nunca habían sido pareja oficial, solo un lío que se había extendido indefinidamente. Si bien el amor no era un juego y no había puntuación, Iceweasel le había ganado sin duda su asalto a Seth: se había marchado sin mirar atrás, mientras que él había estado de mal humor durante la separación y le había enviado correos electrónicos entre graciosos y estúpidos a la universidad subterránea. Apenas la había mirado a los ojos desde su regreso. Iceweasel sospechaba que Tam y él habrían tenido montones de conversaciones sobre lo perra que era ella. Los chicos hacen esas cosas. No saben que, cuando un tío te dice que estás menos loca que todas las demás, tú sabes que, después de dejarlo, él le dirá a la siguiente lo pirada que estabas.

—¿Soy yo?

Tam abrió los ojos como platos.

—¡En absoluto! Está guay contigo. Parece realmente... eh... feliz en el plano romántico.

Tam se sonrojó, algo que no le pegaba nada.

Iceweasel empezó a reírse y la carcajada de Gretyl fue sucia, rastrera, lo que hizo a Iceweasel reír aún con más fuerza.

—Qué bien. De verdad.

Se sonrieron la una a la otra. Tam había tenido razón con respecto a los descabezamientos: había sido la única persona no científica, junto a Iceweasel, después del ataque. Aquello establecía un lazo tácito y cierta distancia entre ellas.

—Es esto —dijo Tam haciendo un gesto con el brazo.

—¿Canadá? —preguntó Iceweasel.

—¿Ser andante? —dijo Gretyl.

—El campo. Echa de menos las ciudades. Ha estado leyendo sobre Akron, haciéndose ilusiones.

Akron arrancó cuando Iceweasel puso rumbo al campus de la UA. Los andantes hicieron una okupación coordinada y masiva de todo el centro de la ciudad, un ochenta y cinco por ciento del cual estaba tapiado e inundado; los bonos vinculados a las hipotecas estaban en depósito en el Servicio Federal de Mercados Financieros de Moscú mientras terminaba de ordenarse la quiebra de Gazprom. Habían conseguido superar todos los controles, pasar desapercibidos de manera limpia y coordinada. Un día, Akron había sido okupada sin mucho orden por personas sin hogar; al siguiente, un ejército de andantes reabría todos los edificios cerrados, incluidos los parques de bomberos, las bibliotecas y los refugios. Las fábricas se convirtieron en fablabs cargados de material. Alimentados por aerogeneradores que brotaron de la noche a la mañana, se pusieron a electrolizar hidrógeno del fango que corría por el río Little Cuyahoga para alimentar pilas de hidrógeno que los andantes trasladaban en carretillas.

Pillaron con la guardia baja a pordefecto. Las inundaciones de Connecticut tenían a la Guardia Nacional y a la Agencia Federal de Gestión de Emergencias —la FEMA— con las manos ocupadas. Los contratistas que respaldaban a la FEMA no podían recurrir a la práctica habitual de contratar a los locales como tropas de choque. Cuando consiguieron reaccionar, el listado completo de posibles contratados era ya andante.

Aquello concedió a los andantes de Akron —se denominaban a sí mismos *ad hoc*, decían que estaban poniendo en práctica la «adhocracia»— una valiosísima semana para asentarse. Cuando finalmente por defecto inició el asedio, Akron se había convertido en una atracción mediática mundial, origen de infinitos espacios comunes que mostraban un mundo feliz de abundancia rescatada de una superficie quemada cuyos propietarios habían desaparecido.

—Es emocionante —dijo Iceweasel.

—Más que emocionante. ¡Es una ciudad! No es una aldea ni un campamento. La primera, pero no la última. Ahora están peleando por Liverpool. ¡Liverpool! Y por Ivrea, que está en algún lugar de Italia, y por Minsk, que es una puta locura porque los pequeños Lukashenkos estarían encantados de decapitarlos y colgar sus tripas en la plaza mayor. Tal vez no os hayáis enterado porque las cosas han sido una locura por aquí, pero ahí fuera están despegando.

Gretyl puso una cara que Iceweasel reconoció como de educada incredulidad y dijo:

—Es muy emocionante.

Tam también conocía esa cara.

—Gretyl, fuera de los campus también ocurren cosas. La gente que no es científica también puede hacer sus mierdas.

—Las ingenieras también, ¿no? —intervino Limpopo. Tam respondió cruzándose de brazos—. Era una broma. Lo he estado siguiendo. Es exactamente el tipo de situación con la que fantaseábamos hace diez años, antes siquiera de tener la palabra «andante». Pero ya se ha intentado otras veces. Hay un motivo por el que los asentamientos andantes tienden a ser un edificio o dos, un avispero que se cuelga en una grieta de pordefecto. Cualquier cosa por encima de eso pasa de ser una rareza entretenida a una amenaza a la que pueden pegar fuego en defensa propia.

Iceweasel asintió. Era el cálculo que habían hecho cuando planificaban las fiestas comunistas, esa línea delgada entre algo lo bastante grande para que importara pero no tanto como para que lo aplastaran con todas sus fuerzas.

—Sea como sea, a nuestro hombrecito se le ha metido en la cabeza que tendríamos que impulsar nuestra propia Akron. Nada de echar a andar: ¡lanzarse! ¡Lanzarse a correr, joder!

Limpopo resopló:

—Va a conseguir que lo maten. Antes tiran una bomba atómica en Akron que permitir que nos la quedemos.

La rabia inmediata de Tam sorprendió a Iceweasel.

—En serio, dejaos de mierdas. El objetivo de los andantes son los primeros días de una nación mejor. Antes, cuando

significaba algo más que una cara de hastío, la idea era seria. Algún día los andantes y pordefecto cambiarán sus posiciones. No hay suficiente gente propietaria de robots para comprar las cosas que los robots hacen. Somos un lastre.

Tam miró a Iceweasel, tal vez para recabar apoyos, no para indicar el tipo de persona que no era un lastre.

Limpopo respondió enfadada:

—Ya he oído suficiente de las naciones mejores. Hay cosas que son serias, como lo que estaban haciendo en la universidad, eso nos da la capacidad de echar a andar de verdad, incluso de escapar de la muerte; y luego están las gilipolleces para pavonearse, como tomar ciudades. Lo mejor que puedo decir de Akron es que puede distraer a los ejércitos de pordefecto de nosotros. Pero creo que también es posible que las noticias de que estamos tomando ciudades y además asaltando la vida eterna les den argumentos para venir a cazarnos como a perros.

Habrían dicho más cosas, se habrían enfadado más, pero Seth apareció en tromba entre los arbustos con una sonrisa indiferente, brincando como un perro demasiado grande. A Limpopo no le gustaban los perros.

—¿Qué me he perdido?

Miraron hacia otra parte. Seth sacudió la cabeza, otra vez al estilo de un perro.

—¡Es un día maravilloso para estar vivo! ¡Mirad ese cielo!

Se produjo entonces una detonación que, más que oír, la sintieron; un rugido, una oleada de aire caliente que los levantó y los lanzó contra los árboles.

[III, xi]

Cuando llegaron, el B&B estaba en llamas. El fuego parecía estar en todas partes, pero pronto quedó claro que se concentraba en los establos y en la planta eléctrica. Se suponía que era imposible que ardieran las células de hidrógeno, estaban diseñadas con cinco tipos de respaldo y su uso era tan generalizado que los problemas en el diseño se detectaban y se solucionaban de inmediato. A juzgar por el destrozo, no obstante, habían volado por los aires.

La taberna estaba también ardiendo, aunque parecía bajo control: el agua se abría paso por las ventanas donde habían saltado los sistemas automáticos. Era el tercer desastre de Iceweasel en semanas y tuvo una peculiar sensación de repetición cuando vio la enfermería, con mecas entrando y saliendo a zapatazos del edificio en llamas cargados de equipamiento rescatado.

—Mierda —dijo Limpopo, que se puso en movimiento de un salto.

Iceweasel observaba impresionada. Vieron las mismas escenas en un instante y comprendieron lo que estaba sucediendo, pero mientras que ella se quedó petrificada, Limpopo se lanzó a la acción. Corrió a la enfermería sin parar

de mover la cabeza. Su presencia fue suficiente para convocar delante de sus ojos a tres de los que atendían a los enfermos. Dirigió un gesto violento a las llamas de los establos y todos asintieron y se pusieron en movimiento para alejar todavía más a los heridos. El fuego se intensificó en segundos. Limpopo se dirigió entonces al piloto de un meca y...

—Vamos —dijo Gretyl—. Vamos a ayudar.

Iceweasel agradeció que le dijeran qué tenía que hacer.

Lo perdieron todo. Durante un intervalo de tiempo tuvieron los incendios bajo control, apenas había que dar unos cuantos escobazos más para acabar con las últimas llamas de la taberna, pero mientras cambiaban las baterías de los mecas y cargaban nuevas mangueras, se produjo una nueva explosión en la parte de atrás, otra onda expansiva, y los escombros volvieron a arder. Se habían reunido en el césped delantero, de lo contrario habrían muerto todos.

Los drones de vanguardia del B&B analizaron el territorio del entorno y enlazaron el servicio de red cubriendo los agujeros que había dejado la caída de la posada. Con la información conseguida por estos medios, la tropa del B&B se replegó una y otra vez en dirección al oeste, hacia el perímetro exterior urbanizado de pordefecto, donde terminaba la naturaleza y empezaba Toronto. Era la dirección menos hospitalaria a la que dirigirse, pero había

una aldea por aquel camino donde podían amarrar el Nación Mejor. La tripulación del zepelín puso a toda marcha los propulsores. Se suponía que solo se permitía timonear los indirigibles en situaciones de emergencia. Aquella lo era.

No hubo víctimas mortales. Era un milagro, aunque Limpopo tenía una teoría:

—Creo que los dinamiteros se rajaron. Los establos saltaron por los aires durante el ciclo de mantenimiento, cuando no debía haber nadie dentro. La central eléctrica saltó diez minutos más tarde, con tiempo suficiente para que todo el mundo estuviera en el césped, mirando a los establos, lejos de la explosión. Y las bombas de la taberna estallaron horas más tarde. Horas. O estamos lidiando con un terrorista que es una mierda con los detonadores o querían asegurarse de que las víctimas fueran las mínimas. Es lo que harías si quisieras convencer a tus jefes de que has sido un buen dinamitero tarado pero no quieres tener demasiada sangre en las manos.

—Limpopo, ha sido un día muy largo y tú has estado increíble —dijo Iceweasel.

Estaban acurrucadas en una tienda de campaña, siete en un espacio pensado para que durmieran dos, con la lluvia repiqueteando en la cubierta superior y sacudiendo los laterales. Habían levantado el campamento en plena carretera, utilizando de base el asfalto agrietado de la

autopista. La carretera estaba combada lo justo para facilitar el drenaje hacia las zanjatascadas de los dos laterales. Las celdas de aislamiento del suelo de la tienda de campaña trepaban hasta la cumbre de la cúpula, ondulándose como el plástico de burbujas cuando se movían. Estaban muertas de cansancio, hambrientas y heridas, pero nadie en aquella tienda tenía la intención de ponerse a dormir.

—Pero eso parece absurdo —siguió Iceweasel—. Fueron mercenarios los que atacaron la universidad, y a nosotras nos volvieron a atacar mercenarios en el camino de vuelta. ¿Por qué asumir que estas bombas las han puesto agentes dobles? ¿Agentes dobles con sentimientos? ¿No será que te hace más feliz imaginar que los tipos malos fueron chantajeados para infiltrarse entre nosotros, pero les parecimos tan maravillosas que no fueron capaces de matarnos?

Un aterrador fogonazo de rabia recorrió el rostro habitualmente tranquilo de Limpopo. Iceweasel se había alegrado de que se incorporara a su tienda, que pasaba a ser el club más selecto por su mera presencia. Cuando los ojos de Limpopo se encendieron, fue como estar atrapada con un animal peligroso. Iceweasel retrocedió y, para su vergüenza, gimoteó. Limpopo consiguió controlarse:

—No es del todo estúpido. Es difícil saber cuándo te estás engañando. El principal proyecto de mi vida ha sido entender cuándo estaba sucediendo. Y aun así... —Se volvió

y prestó atención al viento que golpeaba la tienda—. Vale, sí. Quizá querían que nos echáramos a la carretera y han enviado a un equipo de secuestradores para hacerse con cualquiera que de verdad entienda de escáneres y simulación. Quizá sabían que el B&B tenía monitores en tiempo real que los harían parecer monstruos si terminaban con un montón de cadáveres, mientras que si nos matan aquí mismo pueden abandonarnos en las zanjas y...

—Lo he entendido —la interrumpió Iceweasel.

Iceweasel ya no aguantaba más. Las recriminaciones que se hacía a sí misma después de conocer a la tropa de la universidad habían dado paso finalmente al miedo. Era casi un alivio que la torturara algo externo, en lugar de su persistente voz interior. Gretyl llevaba un tatuaje alrededor de uno de sus bíceps que decía: EL MIEDO ES EL ASESINO DE LA INTELIGENCIA, pero, en lo que a Iceweasel concernía, tampoco le vendría mal matar un poco de inteligencia.

Anhelaba estar a solas con Gretyl. Cuando estaba rodeada por los brazos de Gretyl había algo que la calmaba en lo más profundo, que apagaba aquella voz que conocía todas sus debilidades. Nunca había sentido algo parecido, ni con chicos ni con chicas. A veces tenía fugaces momentos de paz después de follar, pero con Gretyl sucedían con facilidad, incluso sin sexo.

Como a su voz interior le gustaba recordarle, la psicología que había detrás de haberse enamorado de una mujer más mayor cuando su propia madre no había hecho otra cosa más que abandonarla no era difícil de entender. Toda la paz que Iceweasel sentía al verse arropada por el abrazo de Gretyl la llevaba a preguntarse si le estaba devolviendo algo a Gretyl a cambio.

Necesitaba de verdad un poco de tiempo a solas con ella.

Limpopo se dejó caer, derrengada, y entonces Iceweasel vio en ella algo todavía menos habitual que su rabia: agotamiento.

—Puede que sea una estupidez autocomplaciente —dijo Limpopo— pensar que el ejemplo de la vida andante reblandecerá los corazones más duros y convertirá a los expoliadores monopolistas en utópicos posecasez, pero a veces me mantiene en funcionamiento. Hay una parte de mí que quiere quedarse en vela revisando los archivos de los procesos del B&B, buscando la traición, pero el resto de mí quiere vivir con la fantasía de la persuasión moral incontenible. Sé que no necesitamos que todo el mundo esté de acuerdo para que esto funcione, pero tiene que haber una masa crítica de personas de fiambarrera o nunca venceremos.

—Vale. —Gretyl rompió su silencio (había estado manipulando la pantalla de una forma que irradiaba el

mensaje: «dejadme sola, estoy trabajando»; era buena con eso)—. ¿Qué es una persona de «fiambarrera»?

—Ah, eso. Si hay un desastre, ¿con qué te presentas en casa de tu vecina? A, con una fiambarrera; B, con una escopeta. Es teoría de juegos. Si crees que tu vecina va a presentarse con una escopeta, serías imbécil si eligieras la primera opción; si ella piensa lo mismo de ti, puedes estar segura de que tampoco va a elegir la opción A. La forma de llegar a la A es elegir la A incluso si piensas que tu vecina va a elegir la B. Habrá veces en las que te apunte con la escopeta y te ordene que salgas de su parcela, pero si solo tiene el arma en las manos porque pensaba que tú tendrías otra, entonces pondrá el seguro y podréis cenar juntas.

—Teoría de juegos —respondió Gretyl—. Eso es la caza del ciervo. Dos cazadores juntos pueden atrapar un ciervo, el premio máximo. Por separado, los dos cazadores solo pueden hacerse con liebres. Los dos quieren cazar ciervos, pero, a menos que se fíen el uno del otro, van a cenar liebre.

—No sabía que tenía nombre. Bueno es saberlo. Una vez que las cosas se asienten, tendré que leer un poco. Cuando todo va mal, el ciervo se dedica a reconstruir algo mejor que lo que fuera que acabó ardiendo; la liebre está encogida de miedo en su madriguera, comiendo caldo de zapato con la esperanza de no morir de tuberculosis porque ya no hay hospitales. Siempre he pensado que el proyecto andante en su conjunto es una forma de convertir a la gente en personas

de fiambarrera. No hay ningún motivo para no serlo cuando todos podemos tener suficiente, siempre y cuando no nos estemos jodiendo los unos a los otros.

Iceweasel sonrió por primera vez en mucho tiempo. Y dijo:

—Dicho así, es hermoso.

Limpopo no respondió con una sonrisa. Parecía demasiado agotada para sonreír.

—Me conformo con que sea posible. Una vez que has sido una persona de escopeta un tiempo, es difícil imaginar nada diferente y empiezas a utilizar términos estúpidos como «naturaleza humana» para describir tu comportamiento. Si ser un capullo egoísta que no se fía de nadie es la naturaleza humana, ¿cómo formamos las amistades? ¿De dónde vienen las familias?

—Estás asumiendo que las familias no van de comportarse como capullos egoístas que no se fían de nadie —respondió Iceweasel.

—El hecho de que tu familia esté tan jodida no es prueba de que estar jodida sea lo natural: es prueba de que las personas de escopeta se pudren por dentro y sus vidas acaban siendo una mierda. —Limpopo cerró los ojos—. Sin ánimo de ofender.

—No me ofendo.

Iceweasel se sorprendió al descubrir que era cierto. Aquellas palabras eran una liberación, un marco para entender cómo había crecido, en qué se podría convertir.

—Limpopo —intervino Gretyl—, pareces una mierda molida a palos. Sin ánimo de ofender.

—No me ofendo —respondió Limpopo con la sombra de una sonrisa.

—¿Qué necesitarías para poder dormir?

Limpopo se encogió de hombros.

—No creo que pudiera en este momento. He atravesado el sueño y estoy ya del otro lado.

—Me parece que eso es una chorrada de machitos —contestó Gretyl, que empezó a moverse, pidió a otras que se movieran y reorganizó las mochilas y las bolsas hasta que se formó un espacio con la forma de Limpopo en el suelo—. Túmbate —ordenó dándose unas palmadas en el regazo.

Limpopo desplazó la mirada de Gretyl a Iceweasel y a los demás. Se encogió de hombros.

—No me voy a dormir. No es que no quiera, es simplemente...

—Silencio, pava. Túmbate.

Limpopo se tumbó con la cabeza acomodada en el regazo de Gretyl. Miró fijamente a Iceweasel —un «¿Te parece bien?» no verbal—, que sonrió y le acarició el pelo aceitoso, un barullo desordenado de hilos cortos de caramelo pintados de rosa y azul. Habían estado en muchos abrazos colectivos, pero aquello era diferente. Iceweasel y Gretyl se miraron a los ojos y compartieron una sonrisa. El miedo desapareció. Milagrosamente, no vino la inseguridad a sustituirlo. La lluvia, la respiración, la luz tenue, la íntima cercanía hicieron, contra todo pronóstico, que Iceweasel se sintiera segura.

Gretyl hizo un gesto con la cabeza para señalar su hombro mullido, ante lo que Iceweasel se arrastró por la tienda hasta que pudo apoyar la cabeza en él. Gretyl la rodeó con un brazo y ella hizo lo mismo con Gretyl. Y las tres mujeres guardaron silencio.

Se citaron con el Nación Mejor al atardecer del día siguiente. Limpopo vio a la tripulación descender con sogas y arneses, parecía que sus pies acariciaran el suelo. Hubo un breve momento de emocionado reencuentro en el que se relataron los peligros a los que se habían visto expuestos. Ahí estaban Etcétera, contando a sus compañeros cómo había estado a punto de morir, y los aviadores, que narraban sus experiencias con los drones, los radares, el clima adverso y el acoso de la guerra digital ante la expectación y el asombro de todos.

Habían amarrado el Nación Mejor en las profundidades del territorio mohawk, donde había recibido un generoso suministro de venado, maíz, *chapati* y helado de sabores fascinantes, desde agua de rosas a mazapán. Algunos críos mohawk se sumaron al vuelo, si bien no eran del todo andantes (en cualquier caso, no pertenecían a pordefecto). Se quedaron juntos observando solemnemente cómo la comida chisporroteaba en las parrillas que habían dispuesto los aviadores mientras más tripulación bajaba a tierra. Entonces una niña del grupo mohawk —con el pelo largo y liso y una camiseta ancha con la palabra LASAÑA escrita con letras enormes— se apartó del compacto grupo de críos. Se acercó despacio a la parrilla para husmear y Tam, que estaba cocinando, soltó una broma que Iceweasel no pudo oír, pero que hizo que la niña sonriera de forma tan radiante que la transformó en alguien salido de una pintura (o quizá de un catálogo a demanda: «Mujer indígena sonriendo. Para folletos sobre políticas de diversidad») y los dos grupos se fusionaron.

El contingente médico supervisó el traslado de los heridos al zepelín. Debatieron a propósito de los descabezados, que habían sido durante tanto tiempo una carga y una curiosidad científica que ahora era difícil considerarlos «heridos» (en el caso de los mercenarios, «heridos» no era desde luego la palabra más adecuada). Iceweasel vio a Tam dirigirse con enormes cucuruchos de helado en la mano a la

comisión que estaba debatiendo la cuestión y decidió acercarse.

—Lo que les suceda a los heridos es mucho menos importante que lo que pase con esos dos mercenarios. ¡Hay que mantenerlos a salvo!

Limpopo movía la barbilla de lado a lado. Había ido a darse un baño en un riachuelo cercano y tenía un aspecto envidiablemente fresco, descansado y —sinceramente— hermoso. Combatiendo la timidez que le suscitaba su cuerpo, Tam también había ido a darse un chapuzón y tenía el pelo trenzado en un par de gruesas coletas a lo Pippi Calzaslargas que le colgaban hasta los senos, como flechas esquemáticas que señalaran un elemento destacado.

—Entiendo —dijo Limpopo— que el hecho de que estos dos estén con nosotros da mala imagen, pero tenemos prioridades mayores...

Tam la hizo callar con un violento gesto de la mano y dijo:

—No lo entiendes... Lo que dices es completamente ingenuo. La razón por la que da mala imagen es porque lo que hicimos es monstruoso. ¡Monstruoso! Ahora están en nuestras putas manos, así que se lo debemos. Una vez que haces prisioneros, son tu responsabilidad. No solo en términos legales, sino morales. Nos lanzamos a un camino

del que no podemos escapar. Si por mí fuera, los descongelaría y los dejaría libres...

—No creo que podamos hacer eso con garantías. —El que hablaba era Tekla, uno de los médicos que había trabajado con CC en el proyecto de descabezamiento—. No después de todo por lo que han pasado. Necesitamos un laboratorio completo y hacer experimentos controlados antes de intentarlo. Podrían terminar hechos unos vegetales. Creo que seremos capaces de montar sus sim antes de que estemos listos para lo otro. Entonces podemos preguntarles qué piensan que debemos hacer con sus cuerpos. Parece justo que...

Tam repitió el furioso gesto anterior, pero esta vez a dos manos.

—¿Tú estás de coña? ¿Dónde estudiaste antes de hacerte andante? ¿En la Universidad Mengele? Escanear a esos dos sin su consentimiento fue terrible, montar sus simulaciones y hacerlos decidir si ponen en riesgo sus vidas...

—No sus vidas —dijo Limpopo—, sus cuerpos.

Tam cerró la boca con fuerza y mostró claramente que se estaba esforzando por controlarse.

—Nunca aceptaron que la parte que importa esté en esa sim. Nunca se les dio esa opción. Quizá seamos capaces de arrancarlos en un estado como el que tenía Dis, de manera

que no les importe la diferencia, pero hacer eso sin su consentimiento es un lavado de cerebro. Un monstruoso e imperdonable lavado de cerebro.

Limpopo levantó la vista hacia la parte inferior del zepelín, que estaba encima de sus cabezas: la cabina de varias plantas cuya base estaba cubierta de ganchos de carga, paquetes de sensores y alegres ilustraciones de habitantes andróginos del espacio bailando contra un fondo de motivos cósmicos (saturnos con sus anillos y brillantes nebulosas). Ella también estaba a punto de estallar. La atmósfera carnavalesca desapareció de golpe.

—Vamos a subirlos al globo —dijo Limpopo, ignorando la norma que establecía que nunca se les podía denominar globos, solo zepelines.

Nadie la corrigió. Volvía a parecer cansada. Dio media vuelta y se echó a andar.

El Nación Mejor hizo descender un suministro de hexayurtas que instalaron con la facilidad que da la práctica. Unieron varias para formar dormitorios comunitarios. Se esperaba más lluvia y los equilibristas del aire tendrían que echar a volar para adelantarse a ella. Los magos de la meteorología predecían una corriente hacia las provincias marítimas que posiblemente los llevaría hasta Nueva Escocia, de modo que solicitaron suministros, regalos y cartas para quienquiera que se encontraran por el camino.

Registrar sus escasas posesiones para encontrar regalos devolvió a los andantes parte de la alegría, un momento de regocijo en la abundancia y en la idea renovada de que siempre habría más en el lugar donde lo obtuvieron: el final de la escasez en el horizonte.

Algunos de los presentes se sumaron a los equilibristas del aire y acompañaron a los descabezados. Parte de los niños mohawk, incluida la niña (que se hacía llamar Pocahontas y retaba a cualquiera a que le tocara las narices por ello), se incorporaron a la tropa del B&B. Cuando Iceweasel preguntó tímidamente a Pocahontas por qué se quedaba, se encogió de hombros.

—Quiero vivir para siempre. ¿No estamos aquí todos por eso?

Seth, que escuchaba la conversación, lanzó los brazos al aire y gritó:

—¡Amén!

Todos rompieron a reír.

Y luego se echaron a andar.

Iceweasel se vio caminando con Etcétera y Seth. Los miró y recordó aquel tiempo insufrible en el que se conocieron en una fiesta comunista. Pensó en la cerveza autorreplicante y en el pobre Billiam, en su padre (llevaba siglos sin recibir un

correo electrónico de él; Iceweasel nunca los respondía), en su hermana, en su madre y en pordefecto, en todo lo que había sucedido en un periodo tan corto de tiempo.

—Increíble, ¿verdad? —dijo Iceweasel, que dio una vuelta completa, como una peonza, para asimilar todo aquello, sintiéndose joven y hermosa de una manera que había olvidado mucho tiempo atrás—. ¿Quién coño somos nosotros para decidir echar a andar, para hacer una sociedad mejor?

—Yo sé quién soy yo —respondió Seth—. Tú eres una niña rica que he secuestrado y que tiene un síndrome de Estocolmo terminal. Este tipo despreciable es Hubert Vernon Rudolph Clayton Irving Wilson Alva Anton Jeff Harley Timothy Curtis Cleveland Cecil Ollie Edmund Eli Wiley Marvin Ellis Espinoza.

—Necesita más Locura Total.

—Puedes llamarme Locura Total si quieres —respondió Etcétera con una sonrisa.

Etcétera la abrazó y el abrazo no fue precisamente fraternal, aunque fue más fraternal que otra cosa, y en la medida en la que era otra cosa, despertó una dulce nostalgia de cuando flirteaban como locos y ella había tenido esa sensación contradictoria de no estar precisamente interesada, aunque al mismo tiempo la tranquilizara que él

hubiera estado interesado en ella. Qué curioso lo complicado que había sido todo en pordefecto, cuando solo jugaban a ser bohemios de fin de semana que salían de paseo. Una vez que Iceweasel dejó de fingir que era una persona normal, todo fue más sencillo.

—Chicos —dijo con un tono inesperadamente serio; era un momento serio—. Quiero que sepáis... —Iceweasel miró a Seth, luego a Etcétera y de nuevo a Seth. Ser andantes los había envejecido, pero les daba dignidad. El instante que necesitó su vista para adaptarse después de mover los ojos le permitió verlos como desconocidos, ver lo libremente guapos que eran. Iceweasel sonrió. Su cariño parecía chocolate fundido—. Que os quiero a los dos, ¿vale? Sois buenos. Los mejores.

Ninguno sabía qué responder. Seth buscaba algo ingenioso. Etcétera intentaba entender qué significaba aquello en la imagen de conjunto. Iceweasel prácticamente podía oírlos pensar. Antes de que ninguno tuviera tiempo de decir algo estúpido, los reunió en un abrazo y disfrutó de sus familiares olores. Los brazos se entrelazaron y después encontraron su sitio. El abrazo se prolongó y se prolongó.

Cuando se desacoplaron, Gretyl y Limpopo estaban allí, sonriendo como madres orgullosas. Iceweasel y Gretyl habían conseguido una hexayurta privada para la noche y, desde que sabía que iban a estar solas, Iceweasel tenía un calentón anticipatorio de bajo grado. Con los chicos en sus

brazos y Gretyl observando con Limpopo —que era tan cañera y estaba tan buena, Iceweasel llevaba años con un cuelgue de baja intensidad por ella—, el calentón se disparó con una intensidad de la que pone en forma de garra los dedos de los pies. Iceweasel empezó a reírse por la carnalidad de todo aquello. Los chicos la acompañaron en la risa, aunque quién sabría por qué. Ya no la llevaban metida en la cabeza. Eso estaba bien. Eran andantes y, con la ayuda de la suerte, aprenderían a vivir como si fueran los primeros días de una nación mejor. A ella, por lo pronto, le iban a reventar la cabeza a polvos aquella noche. El mundo estaba muy bien.

El sexo fue todo lo que había esperado y más. Hubo un momento —una al lado de la otra, las piernas enredadas, las manos trabajando furiosas, la mirada clavada en los ojos contrarios— en el que experimentó una dilatación del tiempo que habría sido terrorífica en cualquier otra circunstancia, un momento que sintió literalmente como una eternidad, y cuando, *in crescendo*, alcanzó un orgasmo que hizo que las piernas se sacudieran como las de una rana galvanizada, quedó decepcionada al verlo desaparecer.

Luego hablaron como lo hacen los amantes. Como ocurre entre los amantes, lo que comenzaron siendo murmullos sobre la belleza y las habilidades de la otra, una huida de todo, con besos estratégicos durante los cuales aspiraban mutuamente sus aromas, se orientó de pronto hacia la vida por defecto de los andantes.

—La idea es bonita, pero en el fondo es infantil —dijo Gretyl—. La idea de que no existe mérito objetivo. Puedes creerlo si haces algo cualitativo. Pero en matemáticas es fácil ver quién tiene el mérito. No tiene sentido fingir que todo tontaina es un Einstein en potencia.

—Pues suspendió las matemáticas —respondió Iceweasel rápidamente.

Einstein aparecía mucho en discusiones de este tipo.

—Aquello no eran matemáticas, era aritmética —contestó Gretyl—. La gente que es capaz de sumar de cabeza no está haciendo matemáticas, solo está calculando. Ninguna persona calculará jamás tan bien como el ordenador más tonto. No es más que un truco. La aritmética no son matemáticas. Las matemáticas son saber qué aritmética emplear.

Iceweasel respondió con un suspiro. La tropa de científicos trataba a los del B&B con un tono condescendiente y burlón cuando salía un tema así, pero Iceweasel había asumido que Gretyl estaba de su lado.

—Nadie puede hacer ciencia en completa soledad, ¿verdad? —dijo Iceweasel—. Mira lo que hicieron Dis y CC; fue un esfuerzo muy de equipo, todo el mundo tenía que contribuir, pero, incluso así, no sabemos si podremos recargar a CC.

Gretyl se puso de lado y con una de sus manos, pequeñas y fuertes, empezó a recorrer el cuerpo de Iceweasel de la barbilla al pubis para finalmente descansar en el muslo. Ningún amante había tocado a Iceweasel así. La hacía estremecerse. Gretyl la tenía sujeta con tanta fuerza... La asustaba, aunque de una manera positiva, llena de sensualidad. Cuando Gretyl se dedicaba a ella, con el rostro inmóvil en una expresión de extrema concentración, experimentaba una rendición absoluta.

Iceweasel le retiró la mano de la pierna. La discusión era seria y no quería despistarse. Limpopo lo había explicado con muchísima claridad. No quería fallarle.

—Todos éramos necesarios en el proyecto de transferencia —argumentó Gretyl—. Hay otras personas por todo el mundo que también son indispensables. Pero no todo el mundo es indispensable, no todo el mundo. Mira lo que hiciste tú por Dis manteniéndole el ánimo y distrayéndola. Lo hiciste muy bien, pero hay otros que lo habrían hecho igual de bien. Si tú no hubieras estado allí, alguien distinto hubiera hecho el trabajo.

»Ahora piensa en Dis. Ella sí que era indispensable. ¡No habiéramos podido recargarla sin ella! Estamos en campos diferentes, pero sigo el suyo con atención. Posiblemente no hay nadie en el mundo que pueda hacer lo que ella hace. Es literalmente única en su especie. Yo no soy única en mi especie..., soy buena, pero, a fin de cuentas, soy una

matemática aplicada con pretensiones de matemática pura. Hay gente dedicada a la matemática pura que ha pasado diez años estudiando el álgebra necesaria para demostrar la equivalencia topológica de una taza de café y un donut. Son magos de otra dimensión. Toda tu gente está combatiendo los discursos falsos e interesados, la raíz de todo el mal. No hay un discurso más interesado ni más estúpido que la idea de que eres un copo de nieve muy valioso e irremplazable que merece ser tratado como un pura sangre, cuando hay diez más igualitos a ti que harían tu trabajo exactamente igual de bien que tú. Especialmente cuando estás apoyando a la única persona que de verdad no puede ser reemplazada.

—Todo esto ya me lo sé. Mi padre lo utilizaba para explicar por qué pagaba a sus trabajadores lo mínimo posible, mientras que él se ponía el sueldo más alto que era capaz. Se lo expliqué: podía tener una habilidad «indispensable» para gestionar el negocio, pero no podía llevarlo a cabo él. La razón por la que todo el mundo se presta a ayudarlo no es tampoco esa habilidad suya mágica e «indispensable». Es porque necesitan dinero y él lo tiene.

La mandíbula de Gretyl no paraba quieta:

—Estás asumiendo que, como los zotas hablan de meritocracia y no dicen más que estupideces, el mérito debe de ser una estupidez. Es como la astrología y la astronomía: la astrología habla de la mecánica de las órbitas y otro tanto hace la astronomía. Pero los astrónomos hablan de la

mecánica de las órbitas porque han observado sistemáticamente el cielo, han desarrollado hipótesis refutables a partir de la observación y proceden desde ese punto de partida. Los astrólogos hablan de la mecánica de las órbitas porque suena a ciencia y les ayuda a timar a los pardillos.

—Entonces, ¿mi padre es astrólogo?

—Eso es un insulto a los astrólogos.

Se echaron a reír. Parte de la tensión escapó del cuerpo de Iceweasel. Habían establecido su vínculo hablando mal de su padre. Gretyl solía tratarlo como avatar de todos los males del sistema. Iceweasel, por sus propios motivos, estaba encantada de seguirle la corriente.

—Tu padre es como un duque engreído que ha contratado a los astrólogos de la corte para que sacrifiquen gallinas y le aseguren que es un tipo increíble.

—Estás hablando de los economistas.

—¡Pues claro que estoy hablando de los economistas! Creo que tienes que ser matemática para apreciar el montón de mierda que son los economistas, lo astrológicas que son sus ecuaciones. Que no se ofenda tu alma igualitaria, pero no tienes la formación para comprender lo profundamente fraudulentas que son esas preciosas ecuaciones.

Iceweasel se contrajo. Sabía que Gretyl estaba bromeando, pero no le gustaba que le dijeran que no estaba «cualificada» para tener una discusión, ni siquiera de guasa. Puso de su parte para rechazar la sensación, se esforzó por acceder a la parte de sí misma que se iluminaba cuando Limpopo analizaba estas cuestiones.

Si Gretyl se percató, no dio ninguna pista. Prosiguió:

—Tu padre contrata a economistas para tener cobertura intelectual, para demostrar que su fortuna dinástica y su influencia política son el resultado de un mecanismo complejo que se corrige a sí mismo y que tiene la capacidad mística de extraer a los que lo merecen de la abarrotada masa de la humanidad y elevarlos de manera que puedan guiarnos con sabiduría. Tienen un vocabulario con apariencia científica concebido exclusivamente para alabar a personas como tu padre. Como «creador de empleo». ¡Como si necesitáramos trabajos! Quiero decir: si hay una cosa de la que estoy segura es de que no quiero volver a tener un trabajo nunca más. Hago matemáticas porque no puedo parar. Porque he encontrado personas que necesitan mis matemáticas para hacer algo maravilloso.

»Si necesitas pagarme para que haga matemáticas es por dos motivos: A, porque has descubierto cómo matarme de hambre a menos que tenga trabajo, y B, quieres que haga matemáticas estúpidas y aburridas sin un interés intrínseco. Un “creador de empleo” es alguien que sabe cómo

amenazarte con el hambre a menos que hagas algo que no quieres hacer.

»Solía observaros a vosotros, niños, con vuestras fiestas comunistas, cuando estaba en pordefecto y fingía que nada de aquello importaba. Me cabreaba mucho con vosotros, mucho, más allá de cualquier respuesta sensata. Hasta que no eché a andar no entendí por qué: porque cada vez que entrabais por la fuerza en una fábrica vacía y encendíais las máquinas, demostrabais que yo era un caballo de tiro con los labios llenos de cicatrices por el bocado que llevaba entre los dientes mientras tiraba del carro del hombre que tenía el látigo y el saco de pienso.

»A esto me refiero con la diferencia entre el tipo de meritocracia que tenemos en la universidad y las mierdas en las que se revuelcan los zotas. Cuando decimos que Amanda es mejor matemática que Gretyl, queremos decir que hay cosas que Amanda sabe hacer y Gretyl no. Las dos son buenas personas, pero, si hay un problema de matemáticas realmente importante, te va a ir mejor con Amanda que con Gretyl.

La voz de Limpopo resonaba en la cabeza de Iceweasel:

—Pero Amanda no puede hacerlo todo. A menos que esté trabajando en un problema individual, tendrá que cooperar con otras personas. Si eso se le da fatal, puede ser necesario cien veces más trabajo en total para conseguir terminarlo

que si Gretyl, a la que se le da bien compartir sus juguetes y tiene a todo el mundo a cien por hora, fuera la jefa. Esto no es anecdótico. Como siempre me dices, el plural de una anécdota no es un hecho. Limpopo compartió su metaanálisis de la revista científica andante de estudios organizacionales que comparaba la productividad de los programadores. Desmenuzó el trabajo que hacían los programadores como individuos y formando parte de un equipo. Descubrió que, si bien había programadores que podían producir código que era cien veces mejor que la media —porque tenía un uno por ciento de errores o un uso cien veces más eficiente de la memoria—, este tipo de virtuosismo desquiciado apenas está relacionado con los logros en grupo.

Gretyl se incorporó, distrayendo momentáneamente a Iceweasel con su cuerpo.

—Explica eso.

—Acabo de leer el resumen y he mirado por encima las estadísticas y la metodología para amasar las diferentes series de datos. Lo que dice, leyendo en diagonal, es que estos magos de la pantalla que producen mejor código que nadie ponían a menudo tantas dificultades para trabajar con ellos que hacían que el trabajo de todos los demás fuera peor, con más errores y más lento. El tiempo que tenían que pasar arreglando ese código los ralentizaba tanto que se comía los avances que aportaba el virtuoso.

»Los intentos de montar equipos tipo “Proyecto Manhattan” con genios y sin burras normales como yo mostraban exactamente el mismo efecto.

»Un estudio iba como nota al pie, uno que sí que leí: una investigación etnográfica de proyectos que se fueron a la mierda a pesar de contar con programadores brillantes. Los autores encontraron que había dos causas principales para el fracaso. La primera era que algunos de los genios eran gilipollas de campeonato. “Gilipollas” es como los llamaban ellos, porque la expresión provenía de tres equipos diferentes. Es imposible trabajar con gilipollas, incluso con gilipollas brillantes. “No trabajes con gilipollas” es un gran consejo, pero también hay un momento que dices “uf”, porque si todavía no lo has entendido en tu segundo o tercer equipo, lo mismo la gilipollas eres tú.

»La otra categoría era cuando había genios que no tenían ni idea de cómo trabajar con otros. No eran capullos, simplemente no tenían ese instinto. Los investigadores encontraron equipos donde ni los genios ni los demás habían fracasado. En estos casos era porque había alguien que gestionaba bien a las personas y había entendido cómo suavizar las diferencias y encajar a unos con otros. Ese alguien era un genio de los grupos, y su trabajo suponía una diferencia mucho mayor para el éxito de un equipo que el de un genio de la programación.

Gretyl negó con la cabeza y dijo:

—Seguimos hablando de genios. Si las pruebas demuestran que el tipo de genio más importante es el que sabe motivar a las personas, ese es el tipo de genio que reclutas. Eso no rebate la existencia de los genios. Y está claro como el agua que no significa que no sean importantes.

—Me estás liando, Gret. Lo que quiero decir —siguió Iceweasel, que pensó: *lo que Limpopo quiere decir*— es que, incluso si tienes un montón de genios, no puedes sacar la mierda adelante sin otra gente que ayude. Todo el mundo es un genio en algo. Vale, no del todo. Pero en cualquier grupo va a haber personas que hagan las cosas mejor que ninguna otra del grupo. Algunas serán de ayuda para el grupo y otras no. Pero sería una mierda, y de lo más solitario, si solo los genios participaran en la vida. Sería difícil para los genios no decidir, arbitrariamente, que sus colegas y la gente a la que quieren follarse son también genios, utilizar su supuesta indispensabilidad para mangonear a los que no son genios.

—El hecho de que la gente sea cretina la mayor parte del tiempo no significa que no haya personas que hagan las cosas mejor que otras. No significa que esas personas no sean más importantes a la hora de conseguir que ciertas cosas se lleven a término que el resto de nosotros. No significa que sean más importantes, simplemente son más importantes en un determinado contexto. Insistir en que somos todos iguales es una puta estupidez, un delirio.

Iceweasel contuvo sus emociones para no empezar a gritar.

—Gretyl —dijo con voz comedida—, nadie está diciendo que seamos equivalentes, pero si no te parece que tenemos el mismo valor, ¿qué coño estás haciendo aquí?

—Ay, venga, tranquilízate. Por supuesto que todo el mundo merece respeto y toda esa mierda, pero en toda distribución normal¹⁶ hay algo en un extremo de la curva y algo en el otro extremo. Si diriges una facultad de matemáticas fingiendo que todo el mundo es igual de bueno en matemáticas...

—¡¡¡Eso no es lo que he dicho!!!

A Iceweasel le ardían las mejillas. Las lágrimas hacían que le picaran los ojos. ¿Cuántas peleas había tenido con el gilipollas de su padre que incluían frases como «ay, tranquilízate»? ¿Cuántas veces había rechazado cualquier argumento que viniera de alguien que hablara de las habilidades «naturales» de sus colegas zotas como si fueran superhombres? Estaba a punto de decir algo de lo que se

16 En estadística se llama distribución normal o gaussiana, a una de las distribuciones de probabilidad de variable continua que con más frecuencia aparece en estadística y en la teoría de probabilidades. La gráfica de su función de densidad tiene una forma acampanada y es simétrica respecto de un determinado parámetro estadístico. Esta curva se conoce como campana de Gauss. La importancia de esta distribución radica en que permite modelar numerosos fenómenos naturales, sociales y psicológicos. [N. e. d.]

arrepentiría. Se puso de pie con las mandíbulas apretadas con tanta fuerza que podía oír los dientes moliéndose. Se vistió con la visión limitada a un círculo negro tintado de rojo. Gretyl dijo algo. Iceweasel percibió que se levantaba, así que salió a toda prisa de la yurta, en ropa interior y con la camiseta y los pantalones en la mano, los pies sin calcetines y metidos en las botas de montaña. Había dejado de llover y un fresco viento había expulsado la mayor parte de las nubes, dejando un derroche de estrellas, una luna creciente como una uña cortada y el cielo respunteado de negras y dramáticas nubes en el extremo del bosque. El olor a pino y a agua de acequia que había dejado la lluvia era intenso. Los pies hacían chapotear el agua de los negros charcos, que resbalaba fría por los dedos.

Creyó oír a Gretyl a su espalda, pisando los mismos charcos. Una parte de ella quería que le diera alcance para disculparse y retirar las cosas espantosas que había dicho. Otra parte entendía que sus sentimientos por Gretyl estaban enmarañados con los sentimientos por su padre. Ninguna disculpa que ofreciera ella compensaría las disculpas que nunca recibió de él.

Se dirigió al extremo del campamento, quería estar lejos de los seres humanos y encontrar algún sitio donde equilibrarse a la pata coja mientras terminaba de vestirse. Se ató las botas y se incorporó, cogió la camiseta de la rama de un árbol y se la puso —abriéndose paso entre las capas superpuestas de tejido absorbente y tejido aislante, con

trapos de colores brillantes cosidos en bandas alrededor, un estilo que había inventado ella y que muchos otros habían copiado (todo un halago)—. Vestida y calzada, se calmó. Se pasó las manos por la camiseta, que era chulísima y había sido reconocida como todo un triunfo técnico y estético, algo de lo que se enorgullecía sumamente.

Se frotó las mejillas, luego se llevó las manos a las caderas y miró al cielo. Habían pasado muchas noches de verano en la casa de campo familiar mirando cielos como aquel, poblados hasta lo imposible de estrellas frías que le recordaban la insignificancia genérica de la humanidad y la consolaban con la insignificancia concreta de su padre. A veces había primos en las noches de observación, unos cuantos a los que guardaba afecto. Sintió una punzada al pensar en ellos, se había desvinculado para siempre, los había retorcido hasta darles la forma artificiosa de un zota preso en una ciénaga de autoengaño.

Algo que llegaba por encima de la línea de árboles atrajo su atención. Era el Nación Mejor. Al mismo tiempo que lo vio, lo oyó, algo incongruente porque los indirigibles se suponía que no debían encender los propulsores salvo en caso de emergencia. Era un transporte que iba donde soplaban el viento, aprovechando la ocasión, tratando a la naturaleza como un atributo, no como un problema. Los propulsores sonaban cada vez más alto: el zumbido de un insecto, luego de un enjambre y más tarde un rugido a

garganta batiente. Se suponía que el Nación Mejor estaba camino de Nueva Escocia.

Una brisa que escapaba de los árboles le puso la piel de gallina. El vello de la nuca de punta. Estaba petrificada mirando al zepelín que luchaba por avanzar por el cielo, retorciéndose de aquí para allá combatiendo los vientos. Se hacía cada vez más grande, y entendió, tarde, que descendía al tiempo que se impulsaba. El corazón le retumbaba en los oídos.

—¡AYUDA! —gritó sin intención de hacerlo—. ¡AYUDADLOS!

Golpeó las interfaces que llevaba y encendió las cámaras y los sensores sin tener la voluntad consciente de hacerlo.

Oír sus propios gritos sirvió para sacarla de la inmovilidad. Empezó a correr por el campamento en dirección al zepelín. Vio formas negras que se movían en el cielo detrás de él, invisibles salvo allá donde tapaban la luz de las estrellas e inaudibles por el quejido de los propulsores, un tono agudo de máquinas esforzándose más allá de su margen de seguridad.

Otras personas corrían por el campamento y apuntaban al cielo. Había gritos. Maldiciones. Un abanico de láseres violeta del grosor de un lápiz iluminó el cielo con tanta potencia que dolían los ojos al mirarlo. Convergieron en una

sombra negra y la acosaron bailoteando en el cielo. Iceweasel siguió las líneas hasta su procedencia y vio a tres de la tropa de la universidad enchufando frenéticos células de hidrógeno a un cachivache que parecía un arma antiaérea en miniatura montada en una amplia placa metálica que sujetaban con un pie. Iceweasel corrió hasta ellos y se plantó en la plancha metálica, liberando a dos de ellos, que pudieron acercarse más a las baterías.

El dron que perseguían los láseres cayó. Los láseres lo siguieron hasta que lo perdieron de vista al otro lado de la línea de árboles. Al rozar brevemente las hojas, los láseres encendieron crepitantes fuegos que humeaban pero se extinguían solos rápidamente cuando las ramas cercanas en movimiento les vertían montones de gotas de lluvia.

Los láseres fijaron un nuevo objetivo y ensartaron otro dron. Cuando un tercero abrió fuego con pequeños misiles que zigzagueaban en el cielo formando conos de fuego, se dividieron para atacar a los dos. En ese mismo instante, en un parpadeo, dos de los misiles alcanzaron el Nación Mejor y uno de ellos hizo blanco en el globo. El otro golpeó la cabina, patinó por la superficie y cayó dando vueltas como una sámara; explotó debajo de la cabina con una onda expansiva que levantó el extremo posterior. El aparato entero se sacudía como si lo hubieran atrapado las mandíbulas de un perro enorme. El misil que alcanzó la bolsa detonó. Se oyó un ruido como de mil globos estallando a medida que las celdas se abrían en una cascada que recorría

de arriba abajo el aerostato. El zepelín se precipitaba, si bien no en caída libre —algunas de las celdas, increíblemente, estaban intactas, un tributo a sus sistemas de seguridad—, sí a gran velocidad.

Otro dron se incendió y pasó a ser un meteoro. Los láseres saltaron a por el que quedaba, pero se elevó cuando el herido Nación Mejor se estrelló contra el campamento, abriéndose paso entre los techos y las paredes de cinco hexayurtas antes de que la punta alcanzara la carretera, donde se desmoronó y los humeantes restos del globo cayeron un momento más tarde. El ruido —un desgarró prolongado que terminó con un crujido que hacía temblar los dientes— se mezclaba con gritos de consternación y de pavor. Los andantes corrieron en masa a la cabina y utilizaron las manos desnudas para retorcer la fibra de vidrio del casco y poder llegar a las personas que viajaban dentro.

Etcétera pasó corriendo con una palanca, pero no vio a Iceweasel. Tenía la vista fija en el Nación Mejor, en sus amigos de la tripulación del zepelín. Los niños mohawk le pisaban los talones, llevaban herramientas propias, martillos y una barreta. Iceweasel recordó que algunos de sus amigos se habían subido al aerostato. Se llevó los puños a las tripas, intentando expulsar la pena con un gesto que estaba a medio camino entre un puñetazo en el estómago y un masaje.

Una de las hexayurtas que habían caído derribadas, la primera de todas, era la que había compartido con Gretyl. El zepelín apenas había rozado el techo, pero los paneles de *composite*, muy ligeros, se combaron y terminaron partiéndose, dejando las paredes inclinadas como lápidas antiguas. Moviéndose como en un sueño, Iceweasel caminó hasta la yurta masajeándose el estómago. Pasó más gente corriendo a su lado y se oyó un coro de explosiones: las células del indirigible que habían sobrevivido habían terminado por recalentarse. Notó el calor del fuego en la nuca y el olor de su propio pelo al chamuscarse.

Antes de meterse en la cama, Iceweasel y Gretyl habían aprovechado la espaciosa privacidad de la hexayurta para deshacer su desordenado equipaje, exprimir el agua de la ropa mojada, que doblaron con esmero, recoger las cuerdas y cambiar las baterías de sus aparatos. Todavía estaba todo dispuesto con la precisión del cuadrante cartesiano que Gretyl establecía, apenas afectado por los fragmentos de techo que habían caído encima. Al lado estaba el colchón de aire, trillones de burbujas a microescala que se inflaban si extendías la cama y le dabas un par de sacudidas enérgicas, pero que se desinflaban con facilidad enrollándola desde una esquina.

En la cama, Gretyl, en su lado del colchón, vestida para salir a buscar a Iceweasel en plena noche, como si estuviera dormida. El aire temblaba entre las dos con una nube de vapor. Iceweasel se inclinó sobre Gretyl, iluminada por la luz

de la linterna que su ordenador envió automáticamente en forma de arco desde el pecho sin que ella se diera cuenta siquiera. Estiró una mano hasta el hombro de Gretyl, lo tocó, luego lo agarró y tiró de él, intentando que rodara y quedara boca arriba. Era un peso muerto.

Había sangre en la cama, debajo de la cabeza.

Iceweasel intentó respirar tres veces profundamente. Solo lo consiguió una. Centró rápidamente su atención. Se agachó hasta la boca de Gretyl, la oyó respirar, colocó entonces una mano en el cuello buscando el pulso. Encontró sangre, pero no se preocupó, el pulso era fuerte. Se desplazó con cuidado por el cuerpo de Gretyl palpando con los dedos desde los pies hacia arriba, comprobando los dos brazos, la garganta de nuevo, la barbilla...

Finalmente, examinó la cabeza. La palpó con cuidado, ignorando el caos y las explosiones. Tenía un corte poco profundo en la nuca; sangraba profusamente, pero era pequeño. No había hendidura, no aparecía una depresión pastosa como la que había entrevisto —nunca podría decir que no la había visto— en la cabeza de Billiam. Iceweasel oyó el sonido de su propia respiración, lo aplacó, levantó los dos párpados de Gretyl buscando las pupilas, que se contraían: ¿eran del mismo tamaño? Gretyl parpadeó y se retiró de los ojos las manos de Iceweasel, que la habían manchado de sangre.

Parpadeó varias veces más, movió los brazos y las piernas débilmente, intentó incorporarse. Iceweasel la mantuvo tumbada.

—Estás herida.

Le hablaba al oído, intentando transmitir calma y consuelo.

—No me jodas. ¡Mierda!

Gretyl siguió parpadeando. Se oían gritos provenientes del aerostato accidentado y otros más cercanos. Iceweasel se asomó a la noche, oscura y manchada con la errática luz naranja de las llamas. En ese momento de distracción, Gretyl se incorporó, retirando la mano de Iceweasel que pretendía impedirselo. Se tocó la herida de la cabeza y se quedó mirando la sangre que tenía en la mano con el ceño fruncido, ofendida.

—A la mierda —dijo.

Iceweasel envolvió la mano manchada de sangre entre las suyas, también ensangrentadas.

—Cariño, tienes una herida en la cabeza. Tienes que quedarte tumbada, por si existe lesión medular o conmoción cerebral.

Gretyl miró hacia fuera como si no hubiera oído nada.

—Eso está muy bien en la teoría, pero no creo que esta noche estemos para elegir. Vamos a desenmierdar esto. Ayúdame a ponerme de pie.

Se volvió hacia Iceweasel, la miró con una intensidad que no admitía debate y modificó el agarre para poder tirar de su mano. Iceweasel se debatió un instante, luego tiró. Gretyl se tambaleó, se llevó la mano libre a la nuca y se enderezó.

—¿Qué coño está pasando? —dijo lanzándose en dirección a las llamas.

Estaban casi sobre ellas cuando alguien agarró el brazo de Iceweasel y tiró. Iceweasel se dio la vuelta, con los puños apretados, los ojos desbocados y el corazón en la garganta, segura de que iba a recibir una descarga eléctrica de un mercenario enviado por los zotas para aterrorizarlos. Era Etcétera, con la cara manchada y una mirada de pánico.

—¡Vamos!

Volvió a tirar de ella, ignorando que Iceweasel había estado a punto de romperle la nariz.

Incluso con una herida en la cabeza, Gretyl lo entendía todo antes que Iceweasel. Le tomó el otro brazo y siguieron a Etcétera hasta otra yurta en la que los heridos descansaban en colchones de aire, iluminados por OLED¹⁷

¹⁷ Un diodo orgánico de emisión de luz u OLED (siglas en inglés de organic light-emitting diode) es un tipo de diodo que se basa en una capa

del tamaño de un guisante pegados a toda prisa a las paredes que proyectaban sombras desquiciadas que se superponían. Aquello era el caos, una morgue improvisada, pero Iceweasel vio que algunos se movían y que otros eran atendidos por personas que se inclinaban sobre ellos. Pocahontas, con un brazo vendado, calmaba a una persona que estaba en el suelo. La chica tenía una mano en la frente del herido y en la otra sostenía una pantalla en la que concentraba su atención. Iceweasel supuso que estaba en una videoconferencia con el grupo de médicos que contribuían con sus conocimientos en toda la red andante. Pensó en cuántas escaramuzas de este tipo habrían tenido que abordar recientemente en mitad de la noche. Se preguntó también quién andaría rastreando la red andante, analizando el tráfico para encontrar y situar en la diana a esos médicos.

Poco después era ella la que había establecido una conferencia con un médico. Ayudaba a un piloto de zepelín, afortunadamente inconsciente, que tenía unas quemaduras horribles y gruñía cada vez que lo tocaba. Iceweasel solo seguía las instrucciones del médico, al que tuvo que pedirle en varias ocasiones que las mandara en formato texto, porque no siempre era capaz de entender su fuerte acento brasileño. Pensó en qué zona horaria estaba

electroluminiscente formada por una película de componentes orgánicos que reaccionan a una determinada estimulación eléctrica, generando y emitiendo luz por sí mismos. [N. e. d.]

Brasil, si sería plena noche allí. Al rato, otro médico brasileño apareció en línea y la ayudó a inmovilizar una pierna rota utilizando una pieza hinchable de un paquete que, casualmente, habían descargado del zepelín el día anterior.

Iceweasel levantó la vista de su paciente, que se había mostrado claramente agradecido por el analgésico que le había metido debajo de la lengua. Gretyl estaba sentada en uno de los escasos cojines vacíos con la cara entre las manos. Iceweasel se acercó a ella, le pasó un brazo por los hombros, la besó tentativamente en la oreja y notó el sabor de la sangre seca y el olor rancio del sudor y la grasa del pelo. La densa melena de Gretyl era una maraña de sangre.

—¿Estás bien?

—Solo cansada. Me he puesto hielo en la cabeza y alguien desde Lagos ha evaluado la posibilidad de una conmoción cerebral y me ha declarado ensangrentada pero indoblegable. Aunque, joder, niña, tengo la sensación de que estoy a punto de desmayarme.

—Eso es posiblemente porque estás a punto de desmayarte.

—¿Te parece?

—Túmbate. Casi hemos terminado. Hasta Etcétera se está tomando descansos.

Etcétera había estado frenético, sin saber si rescatar a más aeronautas del amasijo en llamas o atender a los que habían conseguido salvar. Sacó a dos personas muertas del Nación Mejor y lloró mientras los cargaba, luego atendió a tres más que murieron en las esterillas de la enfermería y ayudó a trasladarlos a otra yurta que habían transformado en morgue. Limpopo le siguió los pasos en algunas de esas actividades, otro tanto hizo Seth, ayudando en segunda línea, intentando tranquilizarlo con suavidad antes de que se hiciera daño.

—Vale. ¿Y tú? —La voz de Gretyl era pesada, atolondrada.

—¿Yo qué?

—Tú también necesitas un descanso. Pareces un cadáver con pilas. Yo tengo una excusa, soy una señora mayor con una herida en la cabeza. Tú rebosas la vibrante savia de la juventud. Cuando empiezas a parecer un descarte de una película de zombis, es señal de que te lo tienes que tomar con calma. No puedes ayudar a nadie si no te estás cuidando tú. —Gretyl hizo una pausa—. Sé que yo encarno todo lo contrario a ese consejo, pero tengo una excusa: soy idiota. ¿Cuál es la tuya?

—Tienes razón. Voy a echar una meadita y a dar una vuelta ahí fuera y me vengo. Déjame hueco en la esterilla, ¿eh, vieja?

—Vas a terminar siendo mi almohada como no te andes con cuidado.

—Trato hecho.

Gretyl levantó la cara y se besaron. Gretyl no abrió la boca, algo que hacía cuando le daba vergüenza su aliento, pero que, dadas las circunstancias, parecía más bien humor negro. Como siempre, Iceweasel siguió besándola hasta que los labios se abrieron. Mezclaron respiración y saliva durante un momento que se estiró como un chicle, hasta que Iceweasel se separó y se puso con dificultad de pie, apoyando una mano en un panel de la pared, que se combó flexible y retomó su posición cuando ella recuperó el equilibrio.

Volvió a mirar a Gretyl antes de agachar la cabeza para atravesar la puerta. Estaba de lado, inmóvil. Iceweasel entrecerró los ojos hasta que pudo ver el pecho subir y bajar, entonces salió a la noche.

Se acercaba el amanecer, el cielo tenía un color gris rosáceo en la línea de árboles del este, pero permanecía negro en la zona oeste. Limpopo y Etcétera estaban sentados en el arcén de la carretera en sillas plegables. Etcétera estaba abrazado a ella y lloraba en su cuello. Limpopo miró a los ojos a Iceweasel, levantaron ambas una ceja en un simultáneo «¿estás bien?» que arrancó a las dos una sonrisa cansada. Iceweasel hizo un gesto de «todo bien»

y le lanzó un beso. Limpopo se lo devolvió y entonces Iceweasel se dirigió a los oscuros árboles y rescató la gasa de papel que se había echado al bolsillo cuando salía de la tienda para utilizarla de papel higiénico. Se abrió paso por los arbustos y apagó la linterna del pecho —que se había encendido sola—, permitiendo que sus ojos se adaptaran a la oscuridad mientras buscaba el pertinente tronco caído con un árbol cerca que utilizar de sostén.

Una vez en posición, hizo lo que tenía que hacer sin dejar de prestar atención a los ruidos del campamento y al chisporroteo de seres pequeños entre la maleza. Tendría que haber llevado una pala, pero, teniendo en cuenta las circunstancias, nadie la culparía por un descuido en las obligaciones con la naturaleza. Al menos había llevado papel, que pondría con los residuos médicos en la pila de incineración.

Un ruido más alto se oyó entre los arbustos, no algo pequeño en fuga. Algo grande y cauteloso. Iceweasel se subió los pantalones, cerró los broches y miró con atención la oscuridad. Dejó caer el papel, se tocó los bolsillos, que habían acumulado un conjunto de aparatos y objetos pequeños a lo largo de la noche. Nada de utilidad. Envoltorios desechables. Miró a la oscuridad y dio un paso hacia el campamento al tiempo que intentaba encontrar una rama digna de ser llamada «palo». Cogió una, empapada de agua y podrida. Prestó atención por si volvía a oír los pasos. Nadie del campamento se escondería entre los árboles.

Imaginó a mercenarios vestidos con prendas inteligentes, que son más que oscuras y desvían la luz para hacerse invisibles.

Dio otro paso. Alguien tiró de pronto del palo e Iceweasel cerró con fuerza la mano en un movimiento reflejo, perdiendo de ese modo el equilibrio. Cayó con un golpe amortiguado, una mezcla del hundimiento entre cosas mojadas y el impacto con rocas afiladas. En el instante entre estar de pie y en el suelo, una parte de su cerebro a la que en rara ocasión le dirigía la palabra tomó el mando. Se giró al caer, por lo que recibió gran parte del golpe en el hombro, y utilizó el impulso para acelerar el movimiento al ponerse de rodillas y echar a correr. Corrió porque alguien iba justo detrás de ella, pisándole los talones, y allí estaba el campamento, y si podía...

No pudo. Había alguien delante, una persona pequeña pero fuerte que le cogió sin esfuerzo las manos cuando pasó corriendo, un agarre tan inflexible como un cepo de acero, no doloroso pero de una firmeza absoluta. A punto estuvo Iceweasel de estrellarse contra la persona invisible, pero esta dio un paso a un lado en un gesto tan limpio como el de un torero de dibujos animados evitando al toro y le dio la vuelta con un movimiento que pareció una parodia de los bailes tradicionales, deteniéndola en seco con las manos sujetas delante del cuerpo. Iceweasel centró la vista en la persona que le agarraba las muñecas, una mujer, pensó, pequeña y con el pelo corto, con la cara pintada de camuflaje

en tonos grises y verdes. Tenía dientes pequeños y blancos, visibles entre los labios abiertos, y los ojos escondidos detrás de un visor mate enganchado en las orejas.

La otra persona estaba justo a su espalda, moviéndose con destreza y casi en silencio, con una respiración tranquila. Iceweasel se obligó a relajarse, a la espera de que la mujer aflojase ligeramente el agarre. ¿Era eso lo que estaba pasando? Así era. Con una firmeza aterrizada, fingió dar un cabezazo al visor y tiró entonces con los brazos con tanta fuerza que sintió que la piel se separaba de las muñecas y que algo en su hombro o tal vez en las costillas estallaba. No importaba. Abrió la boca para gritar mientras echaba a correr...

Pero volvía a estar sujeta por la mujer y con una fuerte mano sobre la boca. La pequeña mujer sonrió, una sonrisa del tipo «tienes agallas, pequeña», o eso fue lo que Iceweasel prefirió creer. Entonces la persona de la mano grande, masculina, que le tapaba la boca —y que olía a aceite de motor y a algo que apelaba a su memoria—, le rodeó el bíceps con algo que inmediatamente se apretó como el brazalete de un tensiómetro. Notó un pequeño aguijonazo de dolor cuando la jeringa automática se clavó en la piel. Al pánico se adelantó otra sensación, un delirio como de caramelo que le recorrió la columna y el culo, delicioso como el sueño robado al despertador. La sensación se acrecentó. Sonreía cuando se le cerraron los ojos.

IV. EN NINGÚN SITIO COMO EN CASA

[IV, i]

Por defecto olía. No era un olor tecnológico. Si había algo que tenían los andantes, eran olores tecnológicos. Aquel era un olor inhumano. Había procesos en segundo plano que captaban olores corporales y malos alientos y los neutralizaban con iones libres y antiperfume de buen gusto. Olía a algo a lo que le acabas de quitar el envoltorio.

Cuando despertó, el olor fue la primera pista antes de abrir los ojos. Lo notó antes de llegar a despertarse por completo, mientras experimentaba un delicioso estado de consciencia de no estar despierta, una sensación de estar drogada. Tuvo esa misma sensación una vez con algo muy bueno que tenía

Billiam. No, Billiam no. Limpopo. No, Limpopo no probaba drogas nuevas, solo cosas que conocía. Seth era el de la farmacopea, descargaba sustancias nuevas y las ponía a prueba con todos los sensores posibles para que los grupos de estudio pudieran analizarlo. Luego se presentaba con una cesta de manzanas frescas y un vapeador para ofrecerles una dosis ajustada a su peso.

¿Qué le habría dado Seth? ¿Qué era ese olor? Ay, pordefecto. ¿Había descargado Seth una droga de pordefecto? Que idea más espantosa, joder. ¿Por qué iba a hacer algo así?

Creciente discernimiento, ser consciente de la consciencia. Desesperación. O su padre la había atrapado o había sido alguien que pretendía pedir un rescate por ella. Si era la primera opción, posiblemente nunca escaparía. En caso de que fuera la segunda, terminaría con su padre y (véase la opción anterior). Porque si había una cosa que Iceweasel — ¡mierda, Natalie!— sabía desde que había sido capaz de aprender, era que la hija de Jacob Redwater valía más viva e intacta que muerta o con secuelas. Si su padre había finalmente decidido ir a por ella —o si estaba a punto de tener que hacerlo—, no la dejaría marchar otra vez.

A lo largo de todo su tiempo de andante había sabido que llegaría el día en el que Jacob Redwater haría un gesto con el meñique y la llevaría de vuelta antes de que pudiera ser utilizada de forma ventajosa contra él (o, aún peor, que

pudiera ser motivo de vergüenza). Ella nunca había abierto sus mensajes, había boicoteado los de su hermana y sus primos porque, por muy bueno que fuera su sistema de seguridad, por muy bien que pudieran hacerlo los mejores cerebros andantes, estaba segura de que, si había una vulnerabilidad que le permitiera detectarla, su padre la aprovecharía antes de que fuera localizada y corregida. Y no dudaría en utilizarla. Ni siquiera entendería que alguien pudiese dudar a la hora de utilizarla.

Ya con los ojos abiertos. Cama de hospital. Sujeciones con bridas en cuatro puntos. Cuando las vio, reparó en que su cerebro dormido ya las había percibido, había tirado de ellas en sueños, las esperaba.

Cama de hospital, pero no habitación de hospital. Casa privada. El olor. La casa de su padre. Estaba en casa. En voz baja, empezó a llorar.

A la cama llegó su hermana. Cordelia, dos años más joven que ella, con el pelo diferente con respecto a la última vez que se habían visto, en uno de los periodos vacacionales de la universidad; más sofisticada, con un grado medido de despreocupado desorden, pero, por lo demás, no había cambiado. Miró desde arriba a su hermana mayor con una expresión ilegible, dejó un voluminoso bolso en el suelo y se acomodó en un sillón de estructura cuadrada que Natalie reconoció vagamente que había ocupado en un tiempo la sección de la casa de las niñas. Vio una quemadura en uno

de los reposabrazos que recordó con más claridad que el sillón en sí.

Las dos hermanas se observaron. Natalie había salido a su padre, tenía su peculiar nariz en forma de cuchilla y los hoyuelos dobles en la mejilla, dos rasgos que había odiado de adolescente y había terminado valorando más adelante como elementos definitorios. Cordelia se parecía a su madre, al débil recuerdo de la infancia que tenía de ella, una cara redondeada de muñeca de porcelana, grandes ojos verdes y un puñado de pecas tostadas diseminadas por aquí y por allá, pero con un destello satánico en los ojos propio del aspecto y la sensación que transmite una muñeca asesina armada con un cuchillo.

Natalie se rindió. Sonrió. No tenía ningún mérito fingir estar hecha de hielo.

—Me alegro de verte, Cordelia.

Cordelia respondió con una sonrisa en la que Natalie vio la sombra de su propia sonrisa. Todo el mundo decía que se parecían cuando sonreían.

—Tienes buen aspecto, mana.

—Tú también. ¿Llevas tijeras en ese bolso gigante?

Natalie tiro de las sujeciones.

—Llevo. Y es un placer informarte de que se me ha concedido autorización para utilizarlas.

Su hermana siempre ponía una voz sarcástica, solícita, cuando estaba nerviosa.

—La mejor noticia que me han dado en todo el día. Me meo como si fuera una niña pequeña.

—Venga, vamos.

No eran unas tijeras normales; venían en una vaina especial que se arrugaba y el exterior de las hojas atrapaba la luz. Cordelia las manejaba como si estuvieran al rojo vivo y cortó las bridas con una precaución exagerada para evitar acercar la punta a la piel de Natalie, si bien cortaron las ataduras con el ruido normal del plástico.

A la izquierda de Natalie había una puerta parcialmente abierta, delante de la ventana de persianas cerradas, y allí se dirigió tambaleándose y notando el parqué en los pies con una claridad alarmante, alucinatoria. El baño que había al otro lado era pequeño y estaba equipado con la misma marca de espejos, retrete y grifos que el resto de la casa. Las toallas le resultaban familiares, de color hueso y con los extremos festonados. Orinó, se lavó y no miró al espejo. Lo hizo algo más tarde.

Estaba limpia. Tenía el pelo peinado y recortado a un largo uniforme, cinco centímetros por todas partes, la longitud de

las secciones más cortas de su último peinado, llevado a cabo por Sita, capaz de cosas sorprendentemente buenas con un par de tijeras.

Los ojos estaban sumidos en oscuras ojeras. Tenía la piel sin brillo, la expresión entumecida. Se burló de sí misma, comprobó la nuca y vio un moratón que escapaba del camión de hospital. Se extendía hombro abajo. Ahora que se fijaba, sentía unas punzadas en las costillas y en el hombro, o quizá reparaba en las punzadas pero habían estado ahí todo el tiempo.

El cardenal le hizo recordar la persecución, la mujercita aquella con las manos de acero, el hombre nunca visto que había aparecido entre las sombras. Luego recordó los cadáveres, a Etcétera llorando en el hombro de Limpopo, la herida en la cabeza de Gretyl, los restos humeantes del Nación Mejor y el destino de su tripulación.

Buscó algún arma en el baño. Era incapaz de imaginarse golpeando a Cordelia, pero tampoco podía concebir no golpear a quien se interpusiera en su camino.

Nada más peligroso que un bote de champú de menta con el que hacer llorar los ojos del enemigo. Hasta el asiento del váter estaba atornillado. Fenomenal.

Volvió al dormitorio. Cordelia se giró hacia ella sonriendo; la sonrisa desapareció cuando vio la expresión de Natalie,

que se dirigió a la puerta. No sabía a qué pasillo daba, pero desde allí sería fácil encontrar la puerta y la calle y...

Giró el pomo y salió al pasillo.

La pequeña mujer inclinada hacia delante con el peso en la punta de los pies era, sin duda, la mujer del bosque. La sonrisa, los dientes pequeños. Natalie los hubiera reconocido en cualquier parte, a pesar de que sin la pintura de camuflaje su rostro quedaba transformado en una máscara difícilmente memorable, estadísticamente media, indefinida, medio eslava. Los dientes, sin embargo...

Natalie la miró a los ojos. No respondió con una mirada intimidatoria de tipa dura, solo con cierto interés. Natalie se hizo a un lado para rodear a la mujer, pero ahí estaba, moviéndose más rápido de lo que Natalie había visto nunca a nadie moverse. Tal vez fuera la resaca de los medicamentos. Dio un paso al otro lado, ahí estaba ya la mujer.

Mirándola fijamente, Natalie dijo:

—Discúlpeme. —Intentó pasar de largo. La mujer ni pestañeó—. He dicho: discúlpeme. —Puso una mano en el hombro de la mujer para echarla suavemente a un lado. No la empujó—. ¡Quítate de en medio, coño!

Natalie se arrepintió de ese «coño» en cuanto lo dijo, aunque ya no había nada que pudiera hacer.

A su espalda, Cordelia:

—Natalie, vente aquí, anda.

—Déjeme pasar, por favor. —Los ojos de Natalie se clavaron en la mirada desinteresada y tranquila de la mujer—. Por favor.

Sonaba tan débil... Recordó cómo había engañado a la mujer con la finta del golpe con la cabeza, se había liberado de sus manos. Fuerte y rápida, sí, pero no invencible. Mejor que pensara que ella era débil.

La mano de Cordelia sobre el hombro.

—Venga, Natalie. No te va a dejar pasar. Y si lo hiciera, no podrías salir de la casa.

Natalie todavía miraba a los ojos tranquilos de la mujer.

—¿Y si te tomara a ti de rehén?

—Os incapacitaría a las dos.

La mujer había hablado por primera vez. Tenía una voz dulce, infantil, la voz que le correspondía al rostro de Cordelia (su hermana había pasado toda la vida cultivando una voz ronca porque la tenía excesivamente aflautada), y cierto acento que Natalie pensó que podía ser de Quebec o tal vez, por raro que pareciera, de Texas.

—¿Natalie? Por favor —dijo Cordelia.

—Asesinaron a personas —respondió Natalie—. Delante de mí. Ayudé a los heridos. Cargué a los muertos. —Tenía lágrimas en las mejillas, pero su voz era firme—. Guárdate los porfavores, coño. —Ahí estaba ese «coño» otra vez, coño—. Quítate de en medio, asesina, o prepárate para incapacitarme, signifique lo que signifique ese eufemismo de mierda.

La mujer no abrió la boca. La mano de Cordelia apretó con fuerza el hombro, no iba a poder quitársela de encima con un gesto. La mujer llevaba ropa que era casi de andantes: sin costuras, impresa de una sola pieza, con un dibujo pixelado tejido: una conservadora franja oscura sobre un fondo aún más oscuro. Las franjas oscuras hacían algo en su percepción de la posición y el movimiento de la mujer, dificultaban predecir dónde iría y cuándo llegaría allí. Más camuflaje.

Sin provocación, sin dejar que la idea se filtrara a la sección delantera del cerebro, dio un paso brusco, embistiendo a la mujer, chocando contra su cuerpo, y ya estaba lista para dar otro paso.

De pronto estaba tumbada de espaldas, sin aliento, con la mujer a un paso de distancia. Ni se le había alterado la expresión. Dientes pequeños.

—Natalie —dijo Cordelia—. Esto no te va a llevar a ninguna parte. No puedes solucionarlo con violencia. Te superan en fuerza.

Los andantes se echan a andar. Pero ¿y si estás encerrada? Natalie valoró mantener otro combate de miradas fijas con la mujer, escupirle a la cara. Hacerlo una vez y otra. Tenía la asentada intuición de que la mujer lo asumiría. La imagen clara de la mujer con su saliva por toda la cara le resultó divertida de un modo que identificó como propio de Jacob Redwater.

Se puso de pie, le dio la espalda como si fuera un mueble y rechazó la ayuda de Cordelia. Volvió a la habitación. La celda. Le dolía el hombro.

La alimentaban a través de un montaplatos, dándole sus comidas favoritas de niña. Era peor que comer pan húmedo o enmohecido. Los montaplatos recorrían la casa: una forma de satisfacer deseos sin la molesta cortesía de tratar con sirvientes humanos. Cordelia y Natalie lo llamaban Redwater Prime, por el servicio de Amazon, porque sabían que en algún lugar de la cadena había personas que ganaban un sueldo que ni de lejos les permitiría comprar las cosas que entregaban.

Cordelia fue a verla los dos días siguientes. La casa —su padre— las oía. Natalie lo sabía porque cuando pedía cosas

a veces llegaban en el montaplatos. Pero no podía acceder directamente a interfaces.

Su padre no iba a verla.

Las comidas y los deseos concedidos llegaban en intervalos regulares. Natalie sabía que aquello era un refuerzo intermitente. Dale a una rata una bolita de pienso cada vez que accione una palanca y accionará la palanca siempre que tenga hambre. Dale a una rata una bolita de comida con palancas al azar y las accionará una y otra vez, aunque esté saciada, porque la sección de su cerebro dedicada a entender patrones tratará de encontrar el patrón que sigue el azar. Así es posible desarrollar ratas supersticiosas, que era uno de los epítetos favoritos de Limpopo para las personas específicamente estúpidas al modo de las ratas supersticiosas. Las ratas supersticiosas perciben que una cierta combinación de acciones previas a la activación de una palanca produce una bolita de comida varias veces, deciden que es preciso hacer esas acciones siempre y, aunque la frecuencia de distribución de alimento no se ve alterada, toda bolita de comida viene, efectivamente, acompañada de la danza supersticiosa, lo que refuerza el ritual.

La mujer del otro lado de la puerta no parecía dormir nunca. Quizá eran dos, gemelas, o un robot. Siempre estaba allí, neutral, con los pequeños dientes descubiertos, bloqueando el pasillo. Natalie fantaseaba de manera

explícita con formas de tortura violentas para aquella mujer, con lo que le haría si tuviera un arma, una pistola eléctrica o la capacidad de mover objetos con la mente.

La mente. La habitación tenía: una silla, una cama, restos de sus comidas (aquello que no hubiera metido en el montaplatos), ropa sucia y cuatro paredes, dos puertas y una ventana. El baño: papel higiénico, cepillo de dientes (con aplicador automático de pasta), el limpiador probiótico con olor a tierra que le traía a la mente a su madre, a pesar de que no sabía en realidad si su madre lo había utilizado en alguna ocasión, y jabón de menta de una intensidad casi mortal que consideraba propio de su padre y estaba en botes de silicona que tenía que apretar y parecían el recubrimiento de un juguete sexual.

La puerta no estaba cerrada con llave. Pero la mujer no la dejaría pasar y, como Cordelia le recordaba en sus cada vez menos frecuentes visitas, incluso si llegaba a bajar las escaleras, la puerta no le permitiría salir al ancho mundo.

—¿Has pasado mucho tiempo en zotalandia? —preguntó a la mujer.

Se había aficionado a sentarse en el pasillo a analizarla. Antes de aquello había estado conversando consigo misma en la habitación-celda a modo de actuación para los escondidos espectadores o algoritmos. Aquello la hacía tan consciente de su situación que había terminado por poner

en escena su monólogo con la mujer, que bien podría haber sido una estatua.

—Entiendo que sí. Alguien como tú, buena en lo que hace, posiblemente solo se ofrezca a los barones y plutócratas más elitistas.

»La mayoría de mis amigos eran zotas. Hasta que no solté la correa y traje a casa a civiles no entendí de verdad la puta locura que era todo esto. Mis amigos tuvieron dificultades para encontrarle el sentido, algunos nunca se acostumbraron, seguían recordándome una y otra vez lo raro que era todo. Lo que más me llegó fue cómo hablaban de la vigilancia, como si ellos no estuvieran siendo vigilados de toda forma imaginable cuando estaban en sus apartamentos, en el metro o en la escuela. Como si la acera no estuviera midiendo la cadencia de sus pasos y oliendo su columna de CO₂ para detectar metabolitos prohibidos.

»Ahora lo entiendo. Los zotas se vigilan a sí mismos. No los vigila nadie. Podrías construir una casa como esta sin sensores, retro, con cuerdas que recorrieran las paredes para accionar campanillas en las dependencias del servicio. Podrías revestir las paredes con una malla de cobre y convertirla en una fortaleza libre de ondas de radio.

»Los ojos y los oídos son ángeles guardianes que recuerdan todo para siempre. Son elecciones. Nunca lo había pensado,

de la misma manera que un pez no piensa en el agua. Ahora lo entiendo.

»La definición de zota es “alguien que no vive de la manera que viven todos los demás”. ¿Gatsby lo conoces? “Los ricos son diferentes”. Nadie lee *El gran Gatsby* como crítica ya. Ahora parece un texto nostálgico. ¿Y Orwell? Los del partido con sus interruptores para apagar las telepantallas... ¿Por qué iba a querer un zota instalar pantallas en su puto cuarto de baño?

Natalie reparó en la ironía de que los sensores grabaran y analizaran sus palabras sobre ellos. Pensó en Dis, un ordenador que era una persona. Elaboró la fantasía de que la red de la casa fuera consciente de sí misma, que entendiera que estaba hablando de ella y se enfadara; Natalie quería apagarla. A nadie podía sorprender que hubiera tantas cibernovelas sobre gente asesinada por ordenadores sin escrúpulos, ese cliché: «lo siento, Dave, eso no me es posible», que era la salsa dramática obligatoria de los escritorzuelos.

La mujer la miraba fijamente, con la vista enfocada, sin transmitir nada.

—Tienes que ser una jugadora de póquer increíble. Una vez vi a los Beefeaters, ¿sabes a lo que me refiero? En Londres. La de Inglaterra, quiero decir, no la de Ontario. Era una chorrada, ahí intentando fingir que son soldaditos de

plomo, sin reconocer nunca tu presencia. No creo que sea posible mantener la vigilancia fingiendo al mismo tiempo que todo el mundo es invisible. Si te lo cuentas suficiente tiempo, te lo crees. Tú, por otra parte, puedes oírme y verme, pero es como si estuviera por debajo de tu nivel consciente, a menos que intente pasar. Puedes oírme. Qué coño, probablemente estés de acuerdo con todas y cada una de mis palabras, pero lo que yo diga no es nada comparado con la inamovible verdad de una puta tonelada de dinero si haces lo configurado por defecto; nada si haces caso a tu conciencia.

»Por otra parte, quizá esté proyectándome en ti. Tal vez te encanta por defecto y piensas que la mierda de los exclusivos culos de los zotas es prueba de su derecho divino a mandar. Tal vez tienes la astucia y los músculos de un animal y no haya mucho que rascar detrás de esos ojos fríos.

Se frenó, consciente de que era zota y se estaba burlando de una persona que no podía responder porque no lo era. Le dio vergüenza.

—Lo siento.

Se disculpó y se fue a la habitación.

[IV, ii]

Su padre fue a visitarla al cuarto día. Natalie llevaba veinticuatro horas sin burlarse de la guardia y estaba perdiendo la cabeza de aburrimiento. Fantaseaba con tener un cuaderno y un bolígrafo, cualquier cosa que pudiera utilizar para volcar sus sentimientos en otro lugar que no fueran los vigilantes invisibles.

Su padre parecía tener la situación bajo control. Fue lo primero en lo que reparó Natalie: el contraste entre sus nervios a flor de piel y la calma exterior de su padre. Le pareció que se había hecho algo en la cara, inyecciones. Parecía más joven de lo que recordaba, unos juveniles treinta y cinco. Le dio la vuelta a la silla y se sentó a horcajadas, con los brazos cruzados sobre el respaldo, ladeó la cabeza y sonrió como si estuvieran compartiendo un chiste. Había algo claramente diferente en la sonrisa.

—Bienvenida a casa, Natty.

Natalie pensó en hacerle el vacío, como la guardia con aquella mirada que veía pero no admitía estar viendo. Pero estaba tan sola, tan aburrida... Su cerebro era la rueda de un hámster, dando vueltas y vueltas sin control. Necesitaba frenarlo con palabras, aunque fuera una discusión.

—Me gustaría irme ahora mismo, por favor.

Su padre sonrió todavía más.

—¿Cómo te ha ido?

Natalie se obligó a respirar con el diafragma, una vez, dos...

—Estoy segura de que no te has perdido ningún detalle.

—Tu madre viene mañana. Está deseando verte.

—Mataron a personas, ¿sabes? Yo los vi, vi los cadáveres. Sostuve en mis brazos los cadáveres. Mis amigos..., eran mis amigos.

Natalie se esforzó por mantener la calma en la voz, y lo consiguió, salvo por una vacilación en el segundo «cadáveres». Estaba segura de que su padre se había dado cuenta. Era un hombre con mucha sensibilidad para detectar las fragilidades de otras personas que le fueran de utilidad.

—Ya veo que ha sido duro para ti.

—Quieres decir que los terroristas mercenarios que mandaste fueron duros conmigo.

—Has perdido el contacto con la realidad, querida. No es posible que te creas eso. Yo no puedo ordenar ataques aéreos. No conozco a mercenarios. Soy un hombre rico que

da miedo, pero si mis enemigos me temen es porque les preocupa que los denuncie, no que los asesine.

Natalie cerró los ojos e intentó encontrar el ritmo de su respiración. Que su padre —¡su padre!— dijera que de ninguna manera tenía nada que ver con lo sucedido cuando había una mercenaria *ninja* en el pasillo... era demasiado. Resumía todas las conversaciones que habían tenido en las que él le decía que cuanto ella sentía y esperaba era un sueño infantil, toda observación del mundo que la rodeaba, una ilusión pueril.

La respiración no se aquietaba. Tal vez su padre esperaba que el largo aislamiento la flexibilizara. Sin embargo, algo estaba roto por dentro y tintineaba. De pronto, con una sacudida que le pareció la convulsión del vómito, se dio cuenta de que apenas había pensado en Gretyl desde su llegada. Aquello hizo que se preguntara si no le habrían hecho algo en la cabeza, si estaba en sus cabales. Había incluso una mercenaria en el pasillo capaz de tumbarla con movimientos tan rápidos que le resultaba imposible seguirlos. Tal vez fuera un sueño. Tal vez estuviera muerta, transferida, simulada.

Estaba hiperventilando. Y se sintió satisfecha por la incomodidad de su padre. Aquel hombre era capaz de gestionar las pataletas del tipo «te odio, papá», pero Natalie estaba perdiendo el control completamente, y se alegraba

de estar perdiéndolo. Estaba cansada de conservar la calma, de fingir que la situación era normal.

Se levantó con tranquilidad, se estiró la larga camiseta, ajustó los cordones de los pantalones de chándal —rojos, con el logotipo de ROOTS con los bordes nítidos en un muslo, el tipo de prenda con la que se había llenado de barro en los campamentos de verano, como si el montaplatos lo alimentara alguien que intentaba hacerla sentir como una adolescente encerrada en su cuarto y no la víctima de un secuestro— y salió de la habitación.

La guardia no estaba en el pasillo.

Natalie se lanzó a correr y oyó a su padre —que iba un paso por detrás— gritar algo que no pudo entender. Dio cinco largas zancadas por el pasillo antes de que la mercenaria apareciera en la esquina, atrapara sin esfuerzo un brazo cuando intentaba dejarla atrás, colara la pantorrilla entre sus piernas a la carrera, tirara suavemente del brazo y la tumbara en el suelo con un golpe seco de los que hacen castañetear los dientes. El parqué era de madera pálida con vetas oscuras, el suelo radiante hacía que pareciera madera viva. Lo único que Natalie podía ver eran aquellas vetas, que se extendían hasta el rodapié. Esperó a recuperar la respiración.

Se puso de rodillas y luego de pie. La mercenaria no se interpuso ni ofreció ayuda, siguió allí con la misma atención

sin interés que hacía saber a Natalie que estaba observando, no sintiendo. Natalie se equilibró contra la pared y miró a su padre, que estaba en el lado contrario que la mercenaria. Parecía furioso. Natalie entendió que estaba furioso con la mercenaria, no con ella, porque había abandonado su posición; tal vez hubiera escapado para echar una meadita, pensando que Natalie se comportaría debidamente durante la negociación con su padre —«dejad que los niños vengan a mí»—. La mercenaria la había cagado delante del jefe. Natalie intentó leer su rostro buscando esa expresión —«ay, mierda»— de los camareros y de los responsables de los hoteles cuando su padre no estaba satisfecho con ellos. Estaba tan tranquila. Natalie no podía más que admirarla. Era algo retorcido, pero se solidarizaba con todo aquel a quien su padre tuviera previsto destruir.

—Nada de tipos duros en nómina, ¿eh?

Natalie se dio la vuelta para salir andando de la casa. Era una estupidez, pero ¿por qué no? La mujer le agarró el hombro de una forma que le concedía una ventaja sorprendente y le dio la vuelta sin apenas fuerza, aunque tampoco Natalie hubiera tenido forma de impedírselo. Natalie intentó quitársela de encima encogiéndose los hombros, pero la mano se movía con facilidad, subiendo y bajando como una bandera animada por la brisa.

—Por cierto, ¿cuáles son tus órdenes? Decías que podías «incapacitarme». ¿Me vas a dejar inconsciente a

guantazos? ¿Vas a utilizar un pellizco secreto en el sistema nervioso? ¿Tienes una pistola eléctrica en el traje de *ninja*? —Natalie se detuvo a mirar despacio a su padre. El hombre tenía un control absoluto de su expresión y transmitía con todo el cuerpo un aburrimiento impaciente—. Vamos a comprobarlo.

Natalie dio tres zancadas corriendo en dirección a su padre, que se estremeció ligeramente en el último momento. Entonces Natalie se frenó y dio media vuelta, miró fijamente a la mujer y embistió. Un paso, dos pasos..., plam, en el parqué, con la mirada en el techo, viendo los escondrijos de los led únicamente observables desde una posición horizontal. Le dolía la espalda. Sentía la sombra de una mano en la muñeca, un pie en el tobillo, le daba la sensación de que la mujer apenas se había movido para tumbarla. Era el espíritu de todas aquellas artes marciales al estilo de Sun Tzu: utiliza la fuerza del enemigo en su contra. Se le escapó una risita con la idea de que debería tomar nota, pensar cómo dismantelar por defecto utilizando su fuerza en su contra.

Se levantó. La mujer dio medio paso atrás, con el peso siempre inclinado hacia delante, mientras que su padre se quedó en el extremo del pasillo con aquella máscara de rigor y frustración. Aunque no estaba del todo intacta. Había cierta preocupación que el señor Cara de Póquer no podía esconder. Natalie se apoyó en la pared y respiró un par de veces.

—Digamos que estamos jugando a la mejor de tres.

La expresión de su padre vaciló y... ahí estaba: el miedo.

Embistió hacia él. No se inmutó, aunque su hija vio que hubiera querido. Natalie se dio la vuelta y, sin tiempo para pensar, corrió directa hacia la guardia ligeramente agachada, como si estuviera en un juego de plataformas y pusiera a prueba una posibilidad detrás de otra para vencer al monstruo de ese nivel con la esperanza de que no se le acabaran las vidas antes de dar con el truco. Quizá si llegaba agachada fuera más difícil que la tumbara.

No lo fue.

En esta ocasión la mercenaria le pinzó el codo y su cuerpo fue alanceado por una punzada como un rayo que le hizo sorber el aire con los dientes apretados. Aunque ¿era aquello dolor? Dis podía sentir o no dolor, pero era una infografía, un control deslizante que subías o bajabas. Su brazo, sin embargo, estaba herido, algo había resultado dañado, pero la sensación de dolor no era intrínseca. Era posible estar herida y no sentir nada, era posible sufrir un inmenso dolor sin lesión alguna. La lesión estaba en el codo; el dolor, en el cerebro.

Pero dolía.

Se levantó más despacio esta vez, frotándose el codo. Había prestado más atención en esta ocasión, tenía la

impresión de que la mujer le había tocado ligeramente los hombros al pasar, le había hecho algo que había provocado que el peso se desplazara excesivamente hacia delante, mandándola de boca al suelo.

Respiró. Jacob fruncía el ceño. Natalie vio cómo convertía concienzudamente el miedo en rabia. La rabia estaba bien. Ella tenía un cabreo de cojones.

—A la tercera va la vencida.

Esta vez su padre la agarró, pero Natalie había sido andante, había trasladado pesadas cargas por el mero placer de hacer cosas con las manos, había caminado kilómetros y kilómetros de un tirón, había disfrutado de largas sesiones de yoga, sensuales y sin prisa, en el césped del B&B, que le habían conferido fuerza y agilidad. Él era rata de gimnasio, asistido por entrenadores formados y una farmacopea que le esculpía la musculatura transversa del abdomen como si fuera modelo de ropa interior y le daba brazos de magros tríceps y muñecas fuertes. Podía hacer una hora de elíptica, pero todo era fachada, nunca la había utilizado.

Se lo quitó de encima sin dificultad. Le encantó darse cuenta de que podría haberlo tumbado con la misma facilidad con la que la mercenaria la estaba derribando a ella, que podría darle una buena paliza por delante y por detrás. Habían pasado años desde la última vez que su padre había empleado la violencia física con ella, pero recordaba la

fuerza de sus manos, cómo, por mucho que ella se retorciera, podía sacarla en brazos de la habitación cuando se estaba portando mal. Que se atreviera a intentarlo ahora.

Apostó por esprintar con el cuerpo bajo moviendo con fuerza los brazos para ganar velocidad, aunque sabía que tendrían que lanzarla con arco para que su velocidad supusiera alguna diferencia para aquella mujer. Casi vaciló cuando se acercó, una parte cobarde de su cerebro no quería recibir la inminente paliza, pero acabó con ese yo con una explosión de voluntad y aceleró más todavía.

La cabeza golpeó la pared en la caída y le hizo ver las estrellas. Le llevó más tiempo levantarse. Estaba mareada. Había sido un golpe contundente. ¿Le había hecho daño aquella mujer a propósito para castigarla por negarse a dar marcha atrás? ¿Tal vez este esprint había sido mejor?

Su padre se metió en el dormitorio, Natalie supuso que para pedir refuerzos, así que esta vez caminó, dio media vuelta y miró fijamente a la mujer. Ya estaban las dos solas, salvo por los ojos que todo lo observaban.

Corrió. Algo iba mal en su equilibrio y no conseguía respirar debidamente. Esta vez la mujer la atrapó y le dio media vuelta, acabando limpiamente con todo impulso en un único movimiento. Natalie y ella estaban cara a cara. El rostro nada especial de la mujer y sus pequeños dientes estaban justo ahí; el aliento le olía a pasta de dientes. Tenía un moco en la

nariz. Las cejas no estaban depiladas, algo que Natalie no había percibido, las tenía pobladas de una manera que le recordó a Gretyl. Quiso llorar.

Intentó pasar andando, se topó con la mujer, que la empujó suavemente de vuelta. Volvió a intentarlo. Estaba realmente mareada. Había sido un mal golpe.

Aquella mujer no era su enemiga, sucedía simplemente que ese era su trabajo. A Natalie no le importaba. Lanzó un gancho salvaje que la mujer esquivó con facilidad haciéndose a un lado. ¿Había sonreído un poco? Era raro estar ahí, muda salvo por la respiración, con su padre murmurando en la habitación. Intimidación sin palabras. Volvió a lanzar el puño. Otra vez. Si hubiera tenido una pistola, habría disparado a la mujer, a su padre, a sí misma. ¿Qué hace una andante cuando no puede echarse a andar?

Se rindió, los brazos cayeron en los costados. Enfadada, entró en la habitación. Su padre estaba en el sillón con pinta de enfadado, como si ella estuviera siendo patética. Natalie suponía que así era. ¿Qué es más patético que una andante que deja de andar?

Tragó saliva e intentó reunir el valor para abalanzarse sobre él, para clavarle los pulgares en las cuencas de los ojos, para hundir las uñas garganta abajo, para pegarle un rodillazo en las pelotas. La idea de la violencia era tan

seductora que, de hecho, se contuvo, sorprendida por la fogosidad de su ello freudiano.

Pero luego se entregó con la sonrisa de un depredador. Se oyó resollar. Ahora sí que lo haría. Su padre lo entendió, Natalie lo vio en sus ojos. Tenía miedo. La depredadora se alzó. Iba a disfrutar de aquello.

Un paso. Dos pasos.

Una mano en el brazo. Fuerte. Una mano de hombre que apretaba tan fuerte que a Natalie se le cortó la respiración. Luego una aguja en el codo. Se volvió y vio al hombre: no era grande, era más bajo que ella, pero tenía una cara como de piedra y el cuello de un toro. Ya no vio nada más.

[IV, iii]

Estaba segura de que seguía en la casa. El olor no se podía imposter. Pero aquella parecía una habitación de hospital. La puerta no tenía tirador ni un panel insertado, sino algún tipo de sensor invisible que decidía quién pasaba. La cama de hospital era más grande, más tosca, y ella estaba... — Natalie apretó los labios—, estaba enchufada a la cama. Tenía un gotero en la muñeca y una sensación de confuso bienestar que sabía que no podía ser endógena. Pensó qué habría en la bolsa del gotero. Le habría encantado tener un poco de meta en ese preciso momento.

Tenía los cuatro miembros inmovilizados y una quinta banda le rodeaba el antebrazo para asegurar la posición del gotero.

Supuso que se había tratado de un intento de suicidio. La idea no era muy perturbadora. Su pesar era una luna lejana que orbitaba su psique a mucha distancia, visible pero, en última instancia, capaz únicamente de despertar apenas las más suaves mareas.

—¿Y ahora qué?

Su voz era pesada, tenía la boca pastosa. Si el gotero tenía suero, no la mantenía lo bastante hidratada. Era como si alguien le hubiera metido en la boca una cucharada de bolitas de gel hidrófilas de las utilizadas para el transporte, secándolo todo hasta alcanzar la textura de los animales atropellados mil veces en la carretera.

Quería que se abriera la puerta, recordaba los días que había pasado en aislamiento en la otra habitación y se preguntó si la habrían abandonado con un tubo que entraba y varios más que salían: un cerebro indisolublemente atado a una carne poco práctica, fácil de coaccionar gracias a sus ridículas fragilidades.

¿Habían tenido lista aquella habitación todo el tiempo a modo de plan B, o la habían mantenido inconsciente mientras adaptaban una habitación que fuera segura?

Entró un enfermero por la puerta vestido de blanco hospital. Empujaba un carrito con ruedas. Se quedó al lado de la cama.

—Hola —dijo Natalie.

El hombre la miró fijamente, valorando la situación, luego sacó las bandejas del carrito, apuntó un termómetro hacia su oído y le colocó el brazalete de un tensiómetro. La destapó y subió con frialdad el camisón hasta acceder a una

cajita pegada a la cadera que Natalie desconocía que estuviera allí.

—¿Por qué no vienen todas estas cosas con telemetría remota? Si vas a fingir que no existo, ¿por qué no poner transmisores en otra habitación y te evitas la incomodidad del encuentro personal?

El tipo era bueno ignorándola. Comprobó la sonda de manera tan mecánica que Natalie sintió rabia en lugar de humillación, lo que era, en cierto modo, clemente. *Menudo gilipollas.*

—Sé que hay cámaras grabando, pero al menos regálame un guiño. ¿No tienen los enfermeros que hacer una promesa? Un juramento, ¿no? ¿Eres enfermero? Tal vez eres un «sanitec». ¿La cagaste en la Facultad de Enfermería y te quedaste con la versión que no viene con la formación de Florence Nightingale¹⁸?

Burlarse de él no ofrecía ninguna satisfacción. Y tenía la boca tan, tan seca...

—¿Un traguito? ¿Agua? ¿Zumo?

El enfermero tenía una manguera con una esponja en la punta. Retiró las sábanas y las arrojó a una cesta que había

18 Florence Nightingale fue una enfermera, escritora y estadística británica, considerada precursora de la enfermería profesional contemporánea y creadora del primer modelo conceptual de enfermería. [N. e. d.]

en la base de la carretilla, lo que dejó al descubierto un cubrecolchón gomoso. Con la misma eficacia impersonal, le dio un rápido baño con la esponja —la manguera en una mano y una pequeña toalla hidrófila en la otra—, deteniéndose cuando terminaba con un miembro a escurrir la toalla en el carrito. Desde la perspectiva privilegiada de su distancia mental, Natalie admiró el carrito y se preguntó cuál sería su mercado prioritario: ¿personas con familiares viejos y pirados encerrados en altillos?

Le lavó la cara y las orejas con toallitas esterilizadas, como los tipos del lavadero de coches con las escobillas de goma para limpiar el parabrisas del coche de su padre. El hecho de que lo hicieran seres humanos era un punto fuerte promocional. Todos los sitios que utilizaba su padre lucían un «a medida», «a mano» o «artesanal» en el nombre, a veces los tres. Natalie olió al enfermero —jabón con un poco de sudor— y vio algo de incipiente barba debajo de la oreja izquierda. Hubo un momento en el que podría haberlo besado. O mordido.

Cuando terminó, recogió su carrito, la vistió debidamente y reemplazó las sábanas. Rebuscó debajo de la cama una manguera extensible con una tetina para morder en el extremo. Cortó grandes tiras de esparadrapo y pegó el tubo en la clavícula y en la mejilla, de manera que pudiera girar la cabeza y beber. Natalie podría haberle arrancado una falange de un mordisco, pero no lo hizo. El tipo recogió todo y se marchó. La puerta se cerró con un suspiro y un «clon».

Vino después otro «clon», un recordatorio de que el cierre iba en serio. Sonó como si el segundo «clon» hubiera atravesado el suelo, como si la puerta tuviera una serie de barras que penetraran en él.

Comprendió dónde estaba: en la habitación del pánico de su padre. Tenía conexiones de red independientes y redundantes, generadores de emergencia, reservas de alimentos y agua y un arsenal completo. No era propio de su padre hablar con terceros de la habitación del pánico: Natalie nunca la había visto, y sabía que abrirla supondría que saltaran alarmas por toda la ciudad. Su padre se había asegurado de que lo supiera, solo por si se le ocurría montar una fiesta dentro.

Su padre debía de haberse construido un refugio mejor: había fantaseado con uno en un segundo subsótano, excavado debajo de la casa utilizando una perforadora superencubierta que un colega zota había usado para convertir en una batcueva el espacio debajo de su finca. Aquello sumió a su padre en un éxtasis de celos. De ninguna de las maneras habría permitido que el señor No Enfermero entrara ahí si seguía siendo el secreto al que apostaba su vida. A menos que tuviera previsto ventilarse a todo el personal una vez que le hubiera conseguido lavar el cerebro a ella y enterrarlos entre las paredes blindadas como a los constructores de la tumba de un faraón.

Aquellas reflexiones le facilitaron siete minutos de distracción. Agotados, quedó sola con sus circunstancias. Pensar en Gretyl la hacía llorar de deseo y soledad. Algunas ideas apuntaban a su padre y a su hermana. ¿No había dicho su padre que su madre estaba de camino? ¿Estaba en la casa? Tenía su propia planta en el lado de la casa de los adultos. No la ocupaba con frecuencia, pero cuando lo hacía, el entorno afectivo de la casa cambiaba. La casa entera era consciente de la posibilidad de que la temperamental señora montara uno de sus numeritos de valquiria.

Natalie perseguía la estela de sus propios pensamientos en espirales cada vez más cerradas. Era un escenario desesperado. Asomarse a él suficientes veces podía conducirla al suicidio.

—A la mierda —dijo en voz alta— el lavado de cerebro, las mangueras de goma, la desprogramación y todas esas historias de Patty Hearst.

Había sabido de Hearst, la pobre niña rica que empuñó las armas tomando partido por sus secuestradores, después de que Gretyl bromeara sobre ella. Se había sentido ofendida, pero luego había adoptado a la chica a modo de tótem. Hearst era idiota, pero al menos no era otra gilipollas rica.

Se puso a cantar «Consenso», una canción con treinta versos increíblemente deslenguados que cantaban los andantes cuando estaban en marcha. El estribillo:

«Consenso, consenso, una paliza y tres mil collejas, pero, ahora que lo pienso, con una sonrisa de comemierdas». Inventar versos nuevos era toda una disciplina deportiva andante, había wikis de versos. Natalie no podía recordarlos todos, pero sí inventárselos sobre la marcha, especialmente si cantaba «la, la, la, la, la» donde no se le ocurría qué decir, una infracción que cuando se cantaba en serio suponía la descalificación automática.

Los versos tendían cada vez más al «la, la, la». Estaba dispuesta a dejar que se apagaran y empezar otra canción cuando otra voz se le unió:

—Pero, ahora que lo pienso, ¡con una sonrisa de comemierdas!

La voz era dolorosamente familiar. Natalie se estremeció de los pies a la cabeza, se le puso el pelo de la nuca de punta.

—¿Dis?

—Dis *ex machina* para ti, pequeña —dijo la voz.

Natalie empezó a llorar.

—Es un truco muy sucio. —Natalie consiguió controlar las lágrimas—. Asqueroso a más no poder.

—Lo sería —respondió Dis—, si fuera un truco.

—¿Y cómo ibas tú a saber si lo es o no? Estás en todos los servidores de control de versiones. Todo el que sea capaz de levantar un clúster puede recargarte. Habrá cientos de Dis, con todo tipo de configuraciones. Mi padre podría fácilmente permitirse una versión de ti limitada para creer que se ha infiltrado en su red para trabajar contra él, al tiempo que me espía a mí y todo lo que hago. Nunca lo sabrías. Yo te contaría cosas que, para que él pudiera llegarlas a saber, tendría que cortarme los pezones. Para él esto sería algo «humano», una forma «de bajo impacto» para «devolverme» la cordura, que, en su mundo, es la capacidad de contarte mierdas para creer que te mereces tener más de todo que todos por tu condición de copo de nieve especial.

—Estás predicando a los conversos, niña. Recuerda que yo era andante antes que tú.

—Dis lo era, Dis era andante antes que yo. Tú, seas lo que seas..., tú, lo sepas o no, eres una emisaria de pordefecto.

—Estamos caminando en círculos. A mí no me importa porque soy un constructo. Puedo dejar mi frustración a un lado, desplazar los controles, tener esta conversación contigo todo el tiempo que quieras. Está guay. Viene de un laboratorio del Punjab, frikis de las matemáticas salidos de los Institutos Indios de Tecnología que quieren transformar

los Āgamas¹⁹ en subrutinas, aplicaciones de maestría yogui. Están convirtiendo el meta en matemáticas. Te encantaría... Veneran a Gretyl, sus optimizaciones para el modelado de algoritmos de adaptación son la base de su disciplina. Creo que si no estuviera tan preocupada por ti, estaría entregadísima.

—Eso sí que ha sido un golpe bajo.

A Natalie le sorprendió el veneno de su propia voz. Cuando sus pensamientos se dirigían a Gretyl, la embargaban una impotencia y una nostalgia insoportables. Que Gretyl sintiera lo mismo por ella era un peso que le aplastaba el pecho.

—Ay, cariño —dijo Dis. Su voz de ordenador era mejor. La emoción de esas dos palabras era terrible—. Te echa tanto de menos... Te puedo entregar un mensaje de ella. O...

Natalie sabía que aquel era un cebo envenenado. No quería morderlo. Los peces deben de saber que el gusano tiene un anzuelo, pero, aun así, algunos lo muerden. ¿Es hambre? ¿Anhelo de morir?

—¿O qué?

19 En budismo, el término âgama se utiliza para referirse a una clase de sutras del budismo temprano, que fueron conservadas por la tradición majaiiana china. e refiere a varios grupos de escrituras budistas, hindúes y yainas. La etimología de la palabra significa ‘que se acerca’ [N. e. d.]

—Se han escaneado —respondió Dis—. Una vez que alcanzaron la zona abandonada de Thetford, lo primero que hizo todo el mundo fue escanearse. Ahora están en las nubes andantes, más cada día. También estamos aprendiendo mucho de la multiplicidad de escáneres. Creo que el problema para recargar a CC era que simplemente no teníamos un juego de datos lo bastante amplio para hacer inferencias de estrategias de simulación a medida para las variaciones cerebrales. CC está bastante estable. Podemos caracterizar los escáneres según la probabilidad de recargar una simulación con éxito. La de Gretyl está en el decil superior²⁰. Está hecha para funcionar en silencio. Sita también. Joder, Sita tenía tantas ganas que ha puesto en marcha una gemela veinticuatro horas al día, en tiempo real, y lleva sensores por todo el cuerpo. Gretyl no lo ha hecho. Solo hemos iniciado los preparativos. No la hemos montado...

Todavía, Natalie completó mentalmente las palabras. Gretyl podría estar allí, funcionando en el sustrato en el que estuviera funcionando Dis. Su Gretyl o no su Gretyl era una distinción sin diferencia.

—Hay que ser cabrón.

²⁰ Un percentil en estadística es el valor que divide un conjunto ordenado de datos de forma que un porcentaje de tales datos sea inferior a dicho valor. Un individuo en el percentil 80 está por encima del 80 % del grupo a que pertenece. Un decil es cualquiera de los nueve valores que dividen a un grupo de datos ordenados en diez partes iguales, de manera que cada parte representa 1/10 de la muestra o población. [N. e. d.]

Natalie no tenía energía para tanto mal genio. Parecía una rendición.

—No es complejo. Tu padre tiene un sistema de seguridad increíble en la red principal de la casa. Pero el nivel de los parches de su sala de seguridad se ha quedado atrás porque hubo conflictos que las actualizaciones automáticas no pudieron solucionar. El tipo encargado de la seguridad que lo montó en su momento está jubilado y tu padre ni siquiera tiene a nadie en su departamento de seguridad que sepa que esto existe. Los mensajes de alerta se acumulan en un menú de administrador desde hace años, todos ignorados. No sé ni siquiera si tu padre tendrá la contraseña para acceder a ese menú.

»Nos hicimos con este sitio en cuanto desapareciste. Era un proyecto de Gretyl, pero yo hice la parte más pesada. Utilizamos como el setenta por ciento del tiempo de computación de los andantes para poner en marcha copias paralelas de mí a tiempo real por veinte. Le dimos una puta paliza al sistema de detección de invasiones, levantamos una cortina de humo en el cortafuegos y ahora estoy tan metida que puedo hacer cualquier cosa.

Los cerrojos de la puerta se abrieron con una melodía reconocible. Era aterrador e hilarante. A Natalie le costaba mantener la angustiada sonrisa.

—Pero no puedo abrir tus grilletes. No están informatizados. No puedo hacer nada con la red de la casa, está completamente aislada. Y menos mal, de lo contrario esta infiltración hubiera hecho sonar todo tipo de alarmas.

Muy a su pesar, Natalie se fue dejando arrastrar a la explicación.

—A ver —dijo, con el cerebro hambriento de estímulos en pleno esfuerzo—. La navaja de Ockham. O bien existe esta brecha increíble porque papá despidió al puto amo de los administradores de sistemas y los sistemas de la cama están oportunamente aislados..., o bien tú eres la marioneta de mi padre y te tiene tan sujeta que puedes hacer trucos de magia con las puertas, pero no liberarme. Resulta que tienes la capacidad de traerme una simulación de mi novia, que sin duda conseguiría que dijera cosas que mi padre podría utilizar para lavarme el cerebro como a Cordelia.

—Suenan plausible. No puedo demostrar que estoy contigo y no con tu padre. Las simulaciones no tienen forma de asegurarse de no estar retorcidas por el simulador, y eso las hace incapaces de saber que las están manipulando. Somos cabezas dentro de un tarro de cristal. Aunque ¿cómo sabes que tú no eres una sim? Escaneamos a esos mercenarios en los túneles sin su conocimiento.

—Mi padre no es tan... —Natalie estuvo a punto de decir «poderoso», pero no estaba segura de querer entrar ahí—. sentimental.

—Es un capullo. Me alegro mucho de que te encontráramos. La mitad del campamento pensaba que estabas muerta. Gretyl insistía en que te habían apresado. Alguien creyó haberte visto adentrarte en el bosque y encontraron pruebas de una refriega. Nadie podía asegurar que fueras tú, pero todos los demás estaban localizados o muertos. Cuando la única persona que falta es la hija de un zota cabronazo, no se tarda mucho en imaginar un secuestro.

Natalie tenía muchas ganas, muchas, de creer que aquella era Dis, una cuerda al exterior, una vida más allá de los confines de su cuerpo atado. Por supuesto que quería. Si Dis era un truco de su padre, sería fundamental para él.

Tenía que orinar. Llevaba un tiempo aguantando y ya era insoportable. Sabía que estaba entubada a la cama, había debido de orinar muchas veces antes de recuperar la consciencia, pero la idea de liberar voluntariamente la vejiga estando atada a una cama era excesiva.

—Dis...

Le avergonzaba la debilidad de su voz. ¿Por qué no podía ser fuerte como Limpopo? Como Gretyl.

—¿Qué pasa, Iceweasel?

Nadie la había llamado así desde que la habían secuestrado.

Perdió el control de la vejiga. La orina siguió su curso, desapareció silenciosamente por la goma con una sensación de calor donde la sonda estaba pegada al interior del muslo antes de hundirse en el depósito de la cama. Aunque no estaba empapada de orina, la sensación de estárselo haciendo encima era inevitable. Natalie perdió el control de las lágrimas.

—Ay, Iceweasel. No pasa nada por llorar, cariño. Esto es una puta mierda. Tienes gente que te quiere que me mandó aquí para liberarte. No puedo cortar tus sujeciones, pero puedo hacer mucho más. Puedo ver todas las habitaciones del ala de la prisión. Hay tres personas en una sala de personal. Siguen lo que pasa en la habitación, pero soy yo la que controla esos monitores. No ven ni oyen una emisión en tiempo real, lo que les llega eres tú durmiendo en bucle. La cama transmite telemetría real, pero la he cambiado por datos almacenados del tiempo que estuviste inconsciente. Tengo sus mensajes privados, así que puedo hacer una estilometría inversa para hacerme pasar por ellos en forma de texto y de voz..., hemos trabajado mucho las voces.

—Se nota.

Natalie se sorbió los mocos. Los tenía por toda la cara. Las lágrimas se le metían en las orejas, haciendo que le picaran. La sensación era tan ridícula que sonrió un poco.

—Genial, ¿verdad? Cada vez es mejor ser un ser de energía pura.

—Haces que suene como si fueras un fantasma.

—Me gusta «ser de energía pura», pero soy la única. Es mejor que fantasma. No me hagas hablar de «ángeles», por el puto amor de Dios.

Natalie volvió a echarse a llorar. Se le caía encima un mundo de desesperación una y otra vez. Quería tener esperanza, creer en Dis. Pero era andante. Se suponía que los andantes tenían que afrontar verdades descarnadas. La verdad descarnada de Dis era que había más probabilidades de que su padre tuviera un *hacker* de primera que hubiera puesto en marcha un modelo para traicionarla que de que se hubiera olvidado de contratar a un administrador de sistemas que se encargara de la seguridad de su refugio.

—Iceweasel, a ver qué te parece esto. No tienes que creerme. Yo misma no me voy a creer tampoco. No tengo forma de saber si soy quien pienso que soy. Lo más lógico que podemos hacer es comportarnos como si no fuera de fiar.

—Eso es raro.

Natalie se sorbió los mocos y empezó a razonar el problema.

—Raro no es lo contrario de sensato. Cuando lo normal es lo raro, el raro es el profesional.

—Si tú lo dices...

—Lo digo. Eh, espera. Van a entrar, es la hora de la visita programada. Cierra los ojos y finge estar grogui, que tampoco te costará mucho. Yo me escondo. Es mejor que no les dejemos saber que estoy aquí, pero voy a estar escuchando y grabando. Cuando se vayan, seguiré aquí, para lo que sea que necesites para seguir cuerda hasta que podamos sacarte.

Natalie no pudo evitar pensar que aquello era exactamente lo que una Dis traidora diría si estuviera intentando jugársela. Pero le hacía sentirse bien.

La puerta hizo «clon» dos veces, luego «clic» y se abrió.

[IV, iv]

Mientras marcaba el ritmo del convoy de carga junto a Tam, Seth analizó su particular relación con Gretyl. En sus hermosos días de juventud, una novia lo había dejado por otra mujer después de que él se hubiera liado en una fiesta con un tío, el primo caliente y cachondo de alguien. Tuvieron una noche loca encerrados en una habitación vacía en el apartamento de la madre de alguien, en el barrio de Bathurst Heights, y dejaron las sábanas tan enguarradas que luego oyó que las habían quemado. En el drama posterior, respondió a la pérdida de papeles de su novia argumentando que los chicos eran chicos y las chicas eran chicas, y que, si bien él tenía una relación exclusiva con ella en la parte de su vida «de las chicas», era poco razonable que esperara que él se abstuviera de las pollas cuando ella no tenía.

Incluso en el momento mismo de pronunciar esas palabras, una parte de él entendió que aquello era una estupidez que atendía exclusivamente a sus propios intereses. Todavía una década más tarde se encogía avergonzado cuando pensaba en lo que había dicho.

La chica encontró a otra chica —porque él le dijo que lo hiciera— y, de inmediato, decidió que quería tener una

relación exclusiva con ella, sin la evasiva distinción «exclusiva para personas con vagina» en la que insistía Seth.

Seth, solo y dolido, se dijo que era porque había cosas que se podían tener en una relación chica-chica que no se podían conseguir en una relación chica-chico. Él nunca entendería aquellas cosas, pero debían de ser increíbles, puesto que su novia le había dado la patada. Más tarde se dio cuenta de que la diferencia entre la chica y él no era tanto el pene como su condición de cabrón infiel.

Cuando Iceweasel había aparecido con Gretyl, Seth se había comportado con madurez (dentro de sus estándares). Cuando los celos se le atravesaban en la garganta, los combatía y recordaba amargamente los remordimientos que aparecían cada vez que pensaba en aquel incidente de la distinción pene/no pene.

Iceweasel y él no tenían una historia seria chico-chica, así que carecía de sentido tener celos, ni siquiera según las normas de pordefecto, que decían que sí que había ocasiones en las que tenía sentido tener celos. Luego estaba Tam, que conocía bien a Gretyl, la respetaba y admiraba su dureza y sus genialidades con las matemáticas. Tam y él sí que eran pareja, una historia chico-chica. Sería una cabronada monumental que él persiguiera a Iceweasel.

Técnicamente, todos eran amigos; algunos se habían liado y otros mantenían relaciones a largo plazo y, en cierto

sentido, exclusivas. Cuando Iceweasel desapareció, los atormentaba no saber de su amiga/amante/lo que fuera. Formaron una unidad guerrillera y rastrearon la red estableciendo conexiones para encontrarla.

Conforme se agotaba la búsqueda, cada vez eran más Seth y Tam —una pareja—, y Gretyl —prácticamente una viuda—, rodando juntos en la parte de atrás de un convoy de carga, mirándose incómodos y fingiendo que todos tenían la misma relación con Iceweasel y el mismo tipo de duelo. Ni de puta coña. Al final no había manera de fingir.

Seth y Tam caminaban al lado del convoy de carga, en dirección a Thetford, atravesando zonas asoladas y pequeñas localidades de pordefecto con tiendas y personas que vivían como si la civilización fuera a durar para siempre. Seth tenía el nivel de francés que había conseguido en el instituto, pero la gente que vociferaba en aquel *joual* lleno de coloquialismos bien podía estar hablando en klingon. A pesar de la barrera lingüística, cada vez que pasaban por una población había gente que se unía a su columna. Aparecían por la noche, estuvieran donde estuvieran acampados. Eran, como no podía ser de otra forma, porteadores con montañas de basura por las que Seth no se permitía irritarse. Él había sido el rey de los porteadores.

Gretyl viajaba en el convoy, el ceño fruncido por la pena, los ojos distantes, los dedos desplazándose por interfaces. Por la noche, Seth le llevaba bandejas humeantes del vagón

que ejercía de cantina y las recogía cuando Gretyl había terminado, pero ella apenas se daba cuenta.

Finalmente, Tam se giró rodando hasta él una noche, le puso un brazo encima del pecho, metió la cabeza en el hueco del cuello y le dijo:

—¿Qué coño está haciendo?

Seth no lo sabía. Tam mencionó el hecho evidente (que Seth había ignorado) de que estaba muerta de preocupación por Gretyl.

—Intervención. En cuanto nos levantemos.

—Ahora —respondió Tam—. Te apuesto dos horas de masaje de pies a que está despierta y con los ojos como platos.

—Pero yo no... ¡Ay! Ahora sí que estoy despierto.

Seth se frotó el pezón y miró a Tam en la oscuridad. Tenía unas uñas afiladas.

Se vistieron y se iluminaron. El otoño había dado paso al invierno y había escarcha en la carretera donde habían acampado para pasar la noche.

Gretyl estaba despierta y aporreando teclas: una silueta encorvada, iluminada por la luna y apoyada contra el lateral

de una cápsula de carga. Sus manos bailaban, y en la brisa flotaban sus susurros y gemidos. Llevaba un visor; Seth no la había visto nunca antes con aquello. Parecía, en mayor medida que ninguna otra persona, capaz de visualizar espacios virtuales y manipularlos sin *feedback* ocular. No cabía duda de que estaba haciendo algo intenso.

El protocolo aceptable para los visores era llamar primero, de manera que la persona supiera que estabas allí, en lugar de tocar un hombro y destruir la nube de creatividad. Pero Gretyl tenía encendidas todas las advertencias —no molestar—, incluso las advertencias más explícitas —sin excepciones, te estoy hablando a ti, sí— estaban iluminadas. Seth y Tam se quedaron quietos un momento, a unos pasos de distancia, pensando qué hacer.

—Me parece que estoy haciendo el imbécil de una manera... —dijo Seth—. Quiero decir, ¡joder!

—No te quedes ahí con la polla en la mano. Tócale el hombro.

Toda una serie de respuestas sobre pollas y manos se le ocurrieron a la parte de Seth que todavía tenía diecisiete años y le ponía cachondo tener una novia con polla, porque eso era todo lo que importaba hasta donde a Seth Diecisiete le incumbía. Seth le dijo a Seth Diecisiete que cerrara la puta boca.

—¿Y por qué no lo haces tú?

—Porque tú le caes bien, le gustas.

Tam le dio un empujón. Gretyl mostraba un exasperado afecto maternal y un confuso humor ante los diversos numeritos de Seth, pero respondía con una mordacidad que lo dejaba pensando si no lo consideraba un gilipollas de campeonato.

—También le gustas tú.

—Tú estás más cerca.

Tam dio un rápido paso atrás.

Seth suspiró y Tam le lanzó un beso con la mano que se convirtió en un gesto de insistencia. Se acercó entonces a Gretyl, cuya cabeza se movía al ritmo —era de suponer— que marcaban sus auriculares, prótesis que iluminaban los oídos con una suave luz azul para permitir a los demás saber que no compartía su misma realidad acústica.

Pese a ello, Seth carraspeó y hasta la llamó dos veces al oído: «Gretyl» (con la esperanza de que hubiera hecho lo sensato y hubiera programado los auriculares para permitir que le llegaran sonidos exteriores), antes de rozarla tímidamente en el hombro. Tal y como Seth se temía, Gretyl dio un brinco como si la acabara de apuñalar, se retiró el visor y lo miró con ojos feroces.

—¿Nos están atacando?

—No, pero...

—Vete a tomar por culo.

Gretyl volvió a bajarse el visor. Tam sacudió la cabeza y volvió a insistir a Seth. Antes de que pudiera tocarla de nuevo, Gretyl se bajó el visor.

—Seth, no he sido muy fina. Estoy haciendo una cosa que requiere concentración. ¿Por qué no has seguido mis instrucciones y te has ido a tomar por culo?

Seth miró a Tam. Gretyl la miró también y se suavizó una billonésima parte en términos porcentuales.

—¿Qué es lo queréis?

Tam tomó las manos de Gretyl, cargadas de interfaces con forma de anillo.

—Gretyl, queremos hablar de Iceweasel.

Gretyl ladeó la cabeza.

—¿Y?

—Lleva más de una semana desaparecida. Todos tenemos la esperanza de que aparezca. Hemos hecho correr la voz entre los andantes y en pordefecto, pero machacarse por

dentro es inútil. Es inteligente, tiene iniciativa y recursos, y siempre y cuando estemos localizables, se pondrá en contacto en cuanto pueda.

Gretyl sonrió, algo que alarmó a Seth, que dio medio paso atrás fingiendo que acomodaba el culo en el barro que Gretyl tenía delante. Era una sonrisa rara.

—¿Eso es todo?

—No. —Tam se sentó al lado de Seth—. No, no es todo. No, Gretyl. Tienes que entender que somos tus amigos, te queremos, estamos de tu parte, estamos en esto juntos. Todos la echamos de menos. Necesitamos apoyarnos unos a otros, no retirarnos cada uno a nuestro rinconcito y... —Tam se contuvo, la sonrisa de Gretyl era cada vez más amplia—. Gretyl...

Gretyl soltó un suspiro y se levantó, de manera que los miraba desde arriba. Alargó una mano hasta los estribos del convoy de carga y encontró una petaca flexible con una tetina de la que tomó un largo trago. Se la pasó entonces a Tam, que la olió, bebió y se la entregó a Seth, al que le pareció que estaba llena de algo similar al *whisky* escocés, tan denso que la experiencia era más cercana a la de beberse un puro. Le gustaba beber puros. Seth dio un trago más largo de lo previsto, aprovechando aquella situación en absoluto desagradable.

Gretyl estiró una mano y Seth le devolvió la petaca a regañadientes.

—Por Iceweasel —dijo Gretyl antes de volver a dar un trago.

Seth y Tam hicieron un gesto de asentimiento. A él, mirar a Gretyl desde abajo le estaba dando tortícolis. Se levantó en el mismo momento en el que Gretyl se sentó y le dedicó esa mirada de «sí, te estoy jodiendo» que lanzaba también a otra gente.

—Es muy amable por vuestra parte. Tenéis muy buena intención. Pero yo no he estado suspirando con dramatismo. He estado haciendo cosas.

—¿Qué?

Los ojos de Tam brillaron bajo la suave luz de su ropa brillante, destacando su fuerte mandíbula y haciendo de su piel un abanico de tonos de mantequilla en una noche negra y gris. Seth sintió un estremecimiento de excitación, en parte sexual y en parte de simple emoción. Algo estaba sucediendo.

—He cargado a Dis. Hay un montón de clústeres en Akron. Toneladas de tiempo de computación que la gente comparte con alegría. La puse en marcha, le dije que Iceweasel había sido secuestrada por su familia y ella habló con gente medio *ninja* que es buena haciendo ese tipo de cosas.

—¿Sí?

Tam era capaz de hablar, estaba más tranquila que Seth, a quien que se le ponían los pelos de punta al hablar con Dis. No era que no pareciera humana. Era precisamente que lo parecía. Hasta las pelotas se le erizaban.

—Sí.

Gretyl parecía esperar algo.

—Venga, vale, me toca —dijo Seth—. ¿Y qué ha pasado?

—La hemos encontrado. Nos hemos colado en la casa en la que está. Dis está cargada en su *hardware*. Está en comunicación con Iceweasel.

Seth y Tam se miraron.

—No estoy loca —aclaró Gretyl—. Es cierto y está pasando.

—¿Cuándo?

—La semana pasada. Ahora no está pasando nada, no hasta que no recupere la consciencia.

—¿Que recupere la consciencia? —dijo Seth.

—¿En serio? —se sumó Tam.

—Que recupere la consciencia. —La expresión de Gretyl hizo a Seth dar un respingo—. En serio.

Gretyl tenía una sonrisa tan amplia que los ojos prácticamente desaparecían entre las mejillas y la frente.

—¡En serio!

Tam sabía qué hacer de un modo que Seth nunca había conocido, así que la abrazó y él se incorporó después al abrazo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Seth.

—Ahora la sacamos —respondió Gretyl.

[IV, v]

Etcétera no sabía qué esperar de Thetford, pero desde luego que no era aquello. La zona había sido abandonada una década antes, cuando la contaminación por amianto se hizo crítica y ni siquiera el Gobierno federal pudo ignorarla. La evacuación se llevó a cabo con la prisa y la coacción habituales. Las casas todavía tenían vajillas en las alacenas, juguetes en los baúles, columpios oxidados en los patios...

Los inviernos cálidos y los veranos húmedos desencadenaron corrimientos de tierras que dejaron la ciudad y el valle cubiertos de sedimentos y los edificios abrigados por un moho negro. Un año muy seco atajado de pronto por una tormenta eléctrica de verano desencadenó incendios por todo el valle. Y después llegaron más inundaciones. Lo que quedaba parecían ruinas con mil años de antigüedad, si bien con peculiares rincones de vida rural conservada a la perfección: una granja que evitó lo peor y todavía tenía una estantería repleta de viejas novelas románticas en francés, un conjunto de sótanos y subsótanos debajo del hospital que permanecían secos y tenían iluminación de emergencia que funcionaba...

Los andantes que se habían hecho con Thetford la trataban como un planeta extraterrestre hostil en el que el aire podía matarte, el terreno era traicionero y el clima extremo no mostraba piedad ninguna. Este era el entorno concreto que buscaban, pues servía de ensayo general para ir a otros planetas.

—Es la cumbre andante —aseguraba Kersplebedeb, un tipo desgarrado, con una prominente nuez y que hablaba inglés con un acento curioso como consecuencia de tener una madre francesa y un padre neozelandés en la bilingüe Montreal—. Todo ese rollo de los primeros días de una nación mejor no es más que una chorrada burguesa. Las naciones son gilipolleces. ¿Sabes lo que no es una gilipollez? El espacio. Ahí no hay sitio para los juegos de poder. En el espacio no caben la coerción ni la guerra.

—A ver, cuéntame eso. ¿Cómo que no cabe la guerra?

Estaban en una de las cápsulas herméticas que habían sido depositadas, como huevos de calamares del espacio, por todo Thetford.

—¿Una guerra por qué? —respondió Kersplebedeb.

Acompañó aquellas palabras abriendo sus largos dedos sobre la mesa. Tenía las uñas pintadas en tonos plateados aunque descascarilladas, una bata amarilla de andar por casa y el pelo corto, lo que aplacó cualquier miedo que

pudiera tener Etcétera de que los residentes en Thetford fueran socialmente conservadores y aburridos. Esa era la reputación que tenían los que apostaban por la exploración espacial.

—Celos. Avaricia. Odio irracional.

—Una vez que estás en el espacio, ¡eres móvil! Energía ilimitada en todo lugar en el que brille el sol. Oxígeno en todo lugar en el que puedas encontrar hielo que descomponer con electrolisis producida con energía solar. Alimento en cualquier lugar donde puedas encontrar materiales, incluida tu propia mierda. ¿Que alguien quiere tu pedazo de hielo? Te echas a andar. ¿Que alguien quiere tu hábitat espacial? Te echas a andar. Andar, andar, andar.

»La gente, cuando piensa en el espacio, termina pensando en chorradas como *La guerra de las galaxias* y *Star Trek*. Tienen medios de transporte más rápidos que la luz ¿y siguen peleándose? ¿¡Por qué!? ¡Tienen teletransportadores! ¿Por qué es por lo que se pelean? ¿Qué podría tener alguien que no pueda tener cualquier otro de manera instantánea y gratis? Tienen que inventarse los inobtanios, cristales mágicos que, por algún motivo, no pueden sencillamente imprimirse con los rayos de sus teletransportadores, de lo contrario se quedan sin historia.

»¿Y por qué se mueren siquiera? Nosotros ya nos escaneamos... Si ellos tienen teletransportadores, ¡tendrían que escanearse cada hora!

—Veo a lo que te refieres.

Etcétera hubiera querido que Limpopo estuviera allí, pero se había ido a recibir formación en la fábrica de trajes espaciales con un contingente de científicos de la UA y miembros del B&B. Se estaba comentando la posibilidad de construir otra fábrica, pues se iban a ver todos obligados a vivir en túneles hasta que estuvieran debidamente equipados. Los académicos que vivían en los túneles lo aceptaban con resignación y fundamentalmente querían espacio, tiempo y evitar distracciones para poder escanearlos a todos. A nadie le parecía mal. La larga marcha a Quebec había estado plagada de peligros. Cualquier ruido en el cielo los hacía estremecerse anticipando la muerte a causa de un dron. Cada crepitación en plena noche era un mercenario. Las motivaciones para subir a todo andante a la nube no podían tener más peso.

La tropa del B&B y los aeronautas supervivientes querían que los científicos se centraran en el proyecto de escaneado, entre paredes y a salvo del amianto del aire y de las filtraciones de metales pesados de Thetford; en cuanto a sí mismos, lo que querían era salir de los putos túneles. Los andantes que no podían echarse a andar eran como zorros en una madriguera sin salida de emergencia. El proyecto de

los trajes espaciales era una prioridad. La tropa de Thetford había conseguido mejoras en la fábrica de trajes espaciales y se morían de impaciencia por pasar a la versión 2.0, de modo que posiblemente el proyecto despegaría.

A Kersplebedeb le dio la risa, y mostró sus dientes de caballo y el interior de las fosas nasales.

—Es que me matáis. Vosotros habéis hecho muchísimo por el proyecto, pero no parece que le hayáis dado muchas vueltas a cómo lo cambia todo. Todo. A la velocidad a la que vamos, estaremos mandando mil andantes al espacio para Año Nuevo.

—¿De dónde piensas sacar la capacidad de lanzamiento para poner una colonia en órbita? La última vez que comprobé vuestra wiki, teníais un acuerdo para mandar un par de nanosatélites al año.

—Lo único que necesitamos es un nanosatélite, uno, ahí arriba y con comunicación decente con la estación terrestre. Con eso estamos listos.

Etcétera cayó por fin en la cuenta.

—¿Queréis poner un clúster en órbita y montar ahí las simulaciones?

Kersplebedeb lo miró con ojos de «evidente, querido», y rebuscó en una nevera una jarra de aguardiente de

astronautas hecho con líquenes destilados. El sabor era increíble, como el de un tequila ligeramente dulce, con una suavidad engañosa y muy fuerte. Retiró la tapa de la jarra y sirvió dos vasitos de ese líquido verdoso. Las conversaciones con Kersplebedeb implicaban un montón de aguardiente de líquenes. Era una aplicación derivada de los programas espaciales andantes. Era barato y fácil de preparar incluso sin un vacío perfecto al otro lado del compartimento estanco.

—¿Qué otra cosa íbamos a hacer?

—¿Y a qué se van a dedicar ahí arriba?

—A lo mismo que aquí, pero lejos de la gente con bombas y con ideas peculiares para hacer lo que se te ordena y aceptar tu posición.

—Vais a montar copias de vosotros mismos en el espacio, en un nanosatélite, ¿y qué? ¿Os vais a mandar correos electrónicos? ¿Vais a tener discusiones con retardo sobre problemas de ingeniería?

—Reconozco que es raro.

Kersplebedeb dio un sorbo a su vasito y su estado afectivo se relajó, se hizo más... Etcétera buscaba una palabra. Más normal. Más sensato, más respetable. En algún momento de su vida, Kersplebedeb había sido el tipo de persona que podía exponer sus argumentos ante una sala de personas

normales y hacer que sus palabras sonaran normales. Ahora estaba rescatando su registro normal por el bien de Etcétera.

—Las cosas —siguió, moviendo las manos— están alcanzando un punto crítico. Los zotas están perdiendo la cabeza.

—Los zotas siempre están perdiendo la cabeza. A eso se dedican. A preocuparse por si tienen más que todos los demás.

—No es eso a lo que me refiero, Ets —respondió Kersplebedeb, que había bautizado así a Etcétera. Para tener el nombre que tenía, Kersplebedeb era impaciente con los nombres polisílabos de otras personas. Todos acababan reducidos a una sola sílaba—. Esa es la ansiedad social básica que mantiene las calderas de pordefecto en funcionamiento. Pero en las últimas tres generaciones los zotas han ampliado sus familias. Solía ser solo un hijo el que terminaba siendo estratosféricamente rico. Los otros eran riquísimos de pacotilla. No van a ser pobres nunca, pero tampoco a cambiar la historia de las naciones. Su riqueza está dos órdenes de magnitud por debajo de la del hermano mayor.

»El dinero es relativo. Cuando tu hermano mayor termina siendo cien veces más rico que tú, significa que sus hijos salen al espacio en las vacaciones de Navidad y cenan con

presidentes, mientras que los tuyos apenas consiguen matricularse en Eton o en el mejor colegio privado y bucean a gran profundidad en lugar de montarse en una nave espacial. Cenar con deportistas profesionales y con la estrella del pop que canta en su decimoquinto cumpleaños. El segundo hijo del hermano mayor acaba igual que tus hijos y no le gusta un pelo, porque el segundón aprende su posición enseguida. Le jode como te jode a ti. La familia se pudre por dentro.

»El 0,001 por ciento sí que puede repartir tres fortunas, que broten dinastías para la prole al completo. Esto lo hace todo todavía peor, porque cuando estás celoso de tu hermano, eso es maldad nivel Antiguo Testamento. Y acaba con: “Andarás errante y perdido por la tierra”.

Etcétera lo miró desconcertado.

Kersplebedeb aclaró:

—Caín y Abel.

Etcétera puso la boca en forma de «Ah» y le hizo un gesto para que prosiguiera. Le había dado unos buenos tragos al zumo de líquenes y estaba lleno de buena voluntad.

—El desenlace: incluso esos zotas se quedan sin nuevos territorios que conquistar para seguir expandiendo geométricamente sus fortunas. No queda nada que exprimarnos a los demás. El capital que no está en manos de

zotas ha caído a un nivel insignificante. Si un zota desesperado encontrara la forma de confiscar todo ese capital, todo, no le llegaría ni para pagar la dote de su segundón.

—Entonces, ¿se vuelven unos contra otros?

—Ya nos han puesto esta película antes. —Kersplebedeb empuñó un martillo imaginario y movió la mano en un gesto que Etcétera terminó entendiendo que significaba «has dado en el clavo»—. En el siglo XIX los ricos tenían este mismo patrón: un hijo de cada familia se quedaba con el apellido y las propiedades, los demás se convertían en un cómodo cero a la izquierda o, si tenían suerte, se casaban con el número uno de otra familia. Llegó entonces la era colonial, nuevos mundos que saquear, y zas, progresión geométrica durante dos generaciones, tiempo suficiente para que no quedara nadie vivo que pudiera recordar un pasado en el que la dinastía era una línea recta en lugar de un árbol creciente de fortunas.

—¿Y qué pasó?

—Se les acabaron las colonias.

—¿Y qué pasó cuando se les acabaron?

—¡Buah! —Kersplebedeb dio un largo trago. Suspiraba al compás que marcaba la nuez de su garganta—. Estalló la Primera Guerra Mundial. Se volvieron unos contra otros.

[IV, vi]

Limpopo flexionó los brazos dentro de los confines de su traje ambiental. Era un modelo de cuarta generación, recién salido de la impresora. Las distintas piezas las había encajado en torno a su cuerpo uno de los espaciales de Thetford, que hacía referencias anacrónicas a caballeros y escuderos. Cuando Limpopo le preguntó por sus comentarios, se encogió de hombros y dijo:

—La ciencia ficción y la fantasía son dos caras de la misma moneda.

Tenía un acento que podría ser de Texas y un aspecto que podría ser vietnamita. Los espaciales venían de todas partes. Los distinguía del resto una personalidad visionaria extrema, incluso en términos andantes, donde lo de ser visionario venía de serie.

El traje era rígido, pero no terrible. Tenía unos impulsores hidráulicos en las articulaciones que ayudaban a que se sostuviera solo y que le concedían una fortaleza propia, como un meca de carga juvenil. Limpopo pidió su traje tatuado con un mosaico de vanguardistas *hobbits* y elfos que había elegido en un catálogo y observó fascinada cómo un algoritmo decidía la mejor manera de redimensionarlos y

encajarlos para que cubrieran el traje entero sin bordes desemparejados.

Había salido una vez al exterior desde que llegaron, transportada en coche burbuja a una sala a modo de castillo hinchable que utilizaban de espacio común. En aquella ocasión había usado un traje de sustitución de segunda generación, y había pasado tanto calor y tantas incomodidades que había hecho un circuito rodeando una de las casas en ruinas y había regresado a cubierto, con la máscara nublada de condensación y arañazos.

Ahora que disponía de un traje de cuarta generación a medida estaba lista para volver a intentarlo. La norma de la casa establecía la obligación de salir en parejas, y Limpopo sabía que Sita estaba impaciente por apuntarse. Habían estrechado lazos en la larga marcha y trabajando en la enfermería improvisada cuando derribaron el Nación Mejor. A las dos les daba miedo y al mismo tiempo las emocionaba la furia que rugía en Sita. Había una crueldad sin objetivo fijo en su deseo por defender a los andantes. Asumió la defensa de la columna disponiendo los drones en un patrón rotatorio y trabajando por las noches para cargar y revisar sus armas (en su mayor parte armas de energía y de ruido pulsado, si bien había algo que era como un proyectil grande y raro, un cañón de riel que habían sacado de la Universidad Andante y después habían arrastrado desde el B&B).

Una vez que se establecieron en la Ciudad Espacial de Thetford, Sita lideró el proyecto para poner en funcionamiento los escáneres neurales, aportando apoyo administrativo y de gestión del trabajo. Su formación (lingüística computacional) no tenía una aplicación práctica en esa parte del proyecto, por lo que, con todo ya en marcha, no tenía nada que hacer más allá de llevar bebidas calientes a los expertos de verdad. Estaba inquieta.

El traje de Sita estaba revestido de un patrón de camuflaje verde compuesto de miles de caras con expresiones peculiares distorsionadas. Limpopo se mareaba solo con mirarlo.

—¿Lista? —preguntó Sita.

Se comunicaba mediante la red punto a punto, que estaba encriptada, utilizaba múltiples bandas para asegurar redundancia y tenía una telemetría inteligente en las radios que también detectaba interferencias y las analizaba para inferir el estado del entorno electromagnético, lo que permitía sobreponerse a las tormentas eléctricas. La voz de Sita era tan fresca, estaba tan hermosamente ecualizada con el sonido ambiente del viento y las vibraciones de las aspas de los molinos, tan bien corregida en el espacio binaural que parecía el personaje de un videojuego.

Limpopo levantó el pulgar y le dio un puñetazo al botón del compartimento estanco. Se apiñaron para salir y el codo de

Sita se le clavó en el costado, haciendo que el traje le rozara la cicatriz de un modo no del todo desagradable. En un momento en el que tantas personas que la rodeaban trataban sus cuerpos como envoltorios de carne poco prácticos que se veían obligadas a utilizar como mecas para llevar de aquí para allá sus valiosos cerebros, era agradable tener una parte de su identidad indisolublemente ligada a la carne.

La última salida fuera de una cámara estanca había sido una confusión de movimientos dificultosos, piel aplastada y escasa visibilidad. Ahora, cuando pisó la alta y frágil hierba silvestre que asomaba entre la nieve, con un visor zafiro tan limpio que parecía una interfaz —con su reflejo de lente y todo—, quedó aturdida por la belleza del lugar.

Sita la empujó desde atrás.

—Colega, no taponas la puerta.

—Perdón. —Limpopo dio un paso a un lado. Los árboles eran altos y estaban cargados de agujas, la nieve algodonosa, el cielo una extensión de espectaculares nubes—. Un poco...

—Difícil recordar que es un puñetero erial cuando es así de bonito. Tendrías que ver la fauna. Alces, ciervos, incluso gatos monteses, a juzgar por los excrementos y las huellas. ¡Y pájaros! Lechuzas, por supuesto, pero también tantos

pájaros de invierno que cualquiera diría que lo de las migraciones es una leyenda urbana.

—¿Y cómo es posible?

Sita se abrió camino por la nieve, hundiéndose hasta las rodillas con cada paso. Limpopo pisaba sobre sus huellas, maravillada por la capacidad que tenía el traje de absorber el sudor de la espalda.

—No hay gente. Alrededor de Chernóbil es así también. Resulta que, en comparación con compartir bioma con los humanos, es buen plan vivir a la sombra de una columna radioactiva o en un lugar donde la tierra y el aire son en un cuarenta por ciento amianto.

—Lo dices de una forma que parecemos una plaga.

—¿Cómo que «parecemos»? Parecerás tú, rostro pálido.

Limpopo conocía el chiste («¡Toro, los indios nos tienen rodeados!»). «¿Cómo que “nos tienen”? Te tendrán a ti, rostro pálido») a pesar de que nunca había leído un libro de *El Llanero Solitario*, no había jugado al videojuego ni había visto los dibujos animados, pero necesitó un momento para entender lo que realmente quería decir Sita.

—¿En serio? ¿Si quieres un cuerpo eres peor que el amianto?

Sita se paró. Le llegaba la nieve por encima de las rodillas. Estaba teniendo que esforzarse de verdad para mantener el ritmo. Limpopo oyó su dificultosa respiración en los auriculares.

—Déjame que respire. —Y después de una pausa—: Es más bien obvio. La cantidad de cosas que consumimos para sobrevivir... es una locura. Los apocalípticos solían proyectar nuestros niveles de consumo al futuro, multiplicando la población por los recursos necesarios, y llegaron al punto en el que nos comeríamos el planeta en una generación y habría hambre y guerra.

»Ese tipo de proyección lineal es la forma de pensamiento que hace que la gente meta la pata cuando piensa en el futuro. Es como pensar: “bueno, mi hija está aprendiendo diez cosas emocionantes cada semana, de manera que cuando tenga sesenta años, será más lista que ningún otro humano de la historia”. Hay montones de curvas que cuando empiezan parece que van siempre subiendo y a la derecha, pero luego resultan ser campanas, o úes invertidas, o eses, o el legendario palo de *hockey*, que se va levantando y levantando hasta que de repente hace una vertical completa. Cualquier asunción de que vamos a terminar igual que ahora, pero más, es tan poco peculiar que es de lo único que puedes estar segura que no va a pasar en el futuro.

Limpopo miraba al cielo y sus veloces nubes, escuchaba el traqueteo de los árboles. La temperatura dentro de su traje

era perfecta, una sensación ni de calor ni de frío en la que no repararías si fuera no hubiera veinte grados bajo cero.

—Yo pensaba que a la tropa del B&B le gustaba una discusión en profundidad a la más mínima oportunidad, pero después os conocí a vosotros, a los académicos. Joder, mira que os gusta abrir el objetivo.

Limpopo vio que los hombros de su amiga se sacudían ligeramente y tuvo un instante de pánico: podía haber hecho llorar sin querer a Sita, no era tan extraño entre andantes, todo el mundo cargaba traumas escondidos con detonantes con los que te podías tropezar por accidente.

Cuando, trabajosamente, consiguió avanzar por la nieve y miró su protector facial, vio que Sita se reía en silencio, con la mirada fija en el frente. Limpopo siguió la dirección de sus ojos y vio que un alce con una cornamenta al menos tan ancha como alta era ella las estaba mirando de arriba abajo.

—Un buen alce —susurró.

—Chsss —respondió Sita con una risa salpicada de hipo.

Limpopo hizo con la mano el gesto que etiquetaba como interesante la grabación de vídeo de su traje y una suave luz roja empezó a parpadear en la esquina derecha de su visor. El alce las miró un momento. Tenía manchas raídas en las rodillas. La piel, colgandera, brillaba con cristales de hielo. El vaho escapaba de las fosas nasales en columnas que se

enroscaban en la brisa. Tenía la boca abierta como en un pasmo de lo más cómico, pero cuando Limpopo lo miró a los enormes ojos, vio un interés inconfundible. Aquel alce no era tonto.

El alce cambió de posición y un gran mojón cayó a la nieve, fundiéndola de tal manera que desapareció y solo dejó un agujero humeante. A las dos espectadoras se les escapó una risita ante la inesperada naturalidad de la escena. El alce respondió con una mirada que Limpopo interpretó que significaba: «Anda ya, creced, chicas», aunque eso era antropomorfizarlo. El animal dio media vuelta dibujando un amplio círculo, con esas desgarradas patas bailoteando en todas direcciones, pero de alguna forma consiguió no pisar el cráter de su zurullo; les dio la amplia espalda y se echó a andar —no, a pasear, a pasear—, con un contoneo de caderas que era un claro «me importáis un carajo».

Estallaron las dos en una carcajada que se prolongaba y se prolongaba, convertida en un ataque de risa que saltaba de una a otra. Cada vez que una lograba recuperarse, la otra volvía a empezar.

—Puedes decir lo que quieras de los cuerpos —terminó diciendo Limpopo—, pero lo que son, desde luego, es graciosos.

—No te lo voy a discutir.

—Venga, vamos.

Limpopo cogió la delantera. Tenían una hilera de abedules delante, árboles enormes con rizos de madera blanca despegados, como cutículas que pidieran a gritos que alguien tirara de ellas. Limpopo recordó los días posteriores al incendio, en la naturaleza. Había perdido el generador/cocina en fase gas y se había visto limitada a encender hogueras que alimentaba con restos de madera de abedul. Estaba traumatizada y herida, pero el tiempo concreto en la naturaleza tenía una paz reflexiva, una satisfacción sin alharacas por cada día sobrevivido. Había echado de menos esa sensación desde entonces.

—Casi puedo oír lo que estás pensando.

—¿Y qué estoy pensando?

Limpopo llevó sus pasos más allá de los abedules, hasta un arroyo medio helado con una corriente rápida y rodeado por las huellas de muchas especies. Se metió con cautela en las rápidas aguas, que sintió como un suave masaje a través del aislante del traje. Las superficies adherentes de las suelas de las botas la aseguraban en el cauce. Desde el centro del arroyo podía ver montañas a un lado y a otro hasta cierta distancia. Disfrutó de las colinas que tenía encima y del valle que se abría abajo.

—Estás pensando que todo esto tan bonito demuestra que vivir en un entorno virtual nunca será verdaderamente satisfactorio en términos humanos.

—No estaba pensando en eso, pero desde luego que es algo que sí que he pensado.

—Qué listilla. —Sita maniobró para meterse en el arroyo, encontró un sitio más profundo y se hundió hasta las rodillas—. Esto es precioso, no hay duda. La estimulación con estas vistas y este entorno es profundamente satisfactoria.

Limpopo se contuvo y no dijo: «Estamos de acuerdo, venga, andando», porque ese tipo de ligereza era más propio de Seth y porque Sita estaba deseando hablar de aquello.

—Adelante.

—En primer lugar, me gustaría que consideraras que la reacción que nos desencadena es un indicador de algo que llamaríamos lo bueno o lo justo.

—¿O lo bello?

—Desde luego. Hay todo un conjunto de estudios en lingüística computacional sobre la diferencia entre la belleza y lo bueno. No pretendo que nos metamos en esa maraña, pero requiere un análisis más en profundidad.

—Me lo apunto.

—Muy bien.

Sita chapoteó hasta la otra orilla y se dirigió a una hilera de pinos donde los árboles se asomaban al cielo abierto por encima del riachuelo.

—Vamos —dijo.

Ahora era ella la que lideraba colina arriba, y Limpopo se dio cuenta de que había una carretera abandonada más adelante que zigzagueaba por la ladera. Estaba cubierta de nieve y se preguntó si habría alguna forma de ponerle esquíes de fondo al traje ambiental, porque aquello parecía todo un desafío.

—Esto es bonito, bueno y virtuoso. Es más prolífico y saludable sin nosotros. Así que el mejor camino para los humanos es retirarnos, hacer lo que hicieron los habitantes originales de Thetford, pero a gran escala. Evacuar el planeta.

—Uuuuh.

—Piénsalo un momento. No estoy hablando de suicido en masa. Estoy hablando de equilibrar nuestras necesidades materiales con nuestras necesidades estéticas o, si prefieres llamarlas así, espirituales. Estaríamos bien jodidas si desapareciera toda la naturaleza. Nos importan la Tierra y

las cosas que viven aquí porque hemos coevolucionado con ellas, de manera que nuestro cerebro es el producto de millones de años de selección natural para sentir admiración y satisfacción ante este tipo de lugar.

»Al mismo tiempo, somos superdepredadores consuntivos con propensión a dedicarnos a la autoevolución. Le hemos colado el lisenkoísmo a Darwin.

—Me tienes perdida.

—Lisenko. Científico soviético. Pensaba que era posible cambiar el plasma germinal de un organismo alterando físicamente el organismo. Si le cortas una pata a una rana y luego le cortas la pata a su descendencia y luego a la descendencia de la descendencia, finalmente tendrás un linaje natural de ranas de tres patas.

—Menuda estupidez.

—Le resultaba atractivo a Stalin, al que le encantaba la idea de dar forma a una generación y transmitir los cambios a sus hijos..., que es algo que sucede, lo que pasa es que no de forma genética. Si enseñas a una generación de personas que tienen que pisotear a sus vecinos para sobrevivir, estableciendo una sociedad donde todo el que no pisotea es pisoteado, los hijos de esas personas aprenderán a traicionar a sus vecinos desde la cuna.

—Me suena, me suena.

—Eso es solo el principio. Stalin insistió en que podían tener trigo a prueba de inclemencias haciéndolo crecer en condiciones de mierda. Acabó mal. Hambre. Millones de muertos.

—Pero ahora... ¿podemos «colar el lisenkoísmo»?

—Tenemos rasgos culturales además de genéticos. Los transmitimos. Cuando montamos una sociedad como por defecto, se seleccionan las personas que son imbéciles despilfarradores y que consiguen el éxito apuñalando a sus vecinos por la espalda, a pesar de que tenemos una prioridad a nivel de especie de no extinguirnos con una catástrofe ambiental, una pandemia ni la guerra.

Subían la colina afrontando una curva tras otra. La nieve era igual de espesa, pero no había que esquivar árboles, por lo que la marcha era más sencilla. Aun así, para su vergüenza, Limpopo estaba perdiendo el resuello. Sita, quince años mayor, no parecía tener intención de bajar el ritmo, así que Limpopo se tragó el orgullo y pidió un descanso. Estaban por encima de la línea de árboles y podían ver a gran distancia en la cuenca, el peculiar paisaje en forma de túnel que ocupaban los espaciales, las casas y las granjas decrepitas y colonizadas por arbolitos que apenas se abrían hueco entre la nieve.

—Guau —dijo Limpopo, que no quería someter a sus estresados pulmones a ninguna expresión más larga.

—Pues sí. Total, el lisenkoísmo. Con las simulaciones podemos hacer funcionar el lisenkoísmo. Piensa en Dis dentro de su marco de restricciones. Le hemos lavado el cerebro..., o la hemos ayudado a que se lo lave ella..., para que lleve bien ser una sim.

Una sensación de frío se apoderó de las tripas de Limpopo. Miró a Sita espantada.

—¿No estarás hablando de convertir a la gente en simulaciones que no se conmueven con la belleza natural?

Sita se quedó mirándola a través de la máscara facial.

—Ay, chica, ¡no! Joder, ¿te piensas que soy un monstruo? Podemos limitar nuestras simulaciones a espacios en los que valoremos la naturaleza tanto que prefiramos ser incorpóreas y no una fuerza que conlleva su destrucción, en lugar de experimentarla directamente.

—Eso es muy friki.

Volvieron a ponerse en marcha. Dos curvas más tarde, Limpopo dijo:

—Me parece que lo he entendido. Me parece que lo que dices es una mierda muy jodida.

—Desde hace siglos ha habido personas que han intentado que todos vivamos cuidando la tierra, pero todo su discurso

era: «quédate quietecita y procura no respirar». Era todo un castigo, nada de regodearse en la belleza de la naturaleza. La receta ambiental ha sido comportarnos en la mayor medida posible como si estuviéramos muertas. No te reproduzcas. No consumas. No pises la tierra, que la compactas y matas las plantas. Toda espiración envenena la atmósfera con CO₂. ¿De dónde vienen las dudas de por qué no lo hemos conseguido?

»Sabemos que tiene su parte de verdad. Nos rodea por todas partes. Solo puedes comportarte como si el planeta fuera infinito, con los sueños ganándole el pulso a la física; solo puedes hacerlo un tiempo, hasta que todo se va a la mierda. Por eso Cabo Cañaveral es un sitio de buceo. Si lo piensas más de la cuenta, llegas a la conclusión de que nada de lo que hagas importa. O bien te matas tú misma o matas a tus descendientes solo con respirar.

»Ahora tenemos un plan para la humanidad que es mejor que nada que hayamos tenido antes: perder el cuerpo. Hazte andante de tu cuerpo. Conviértete en un ser inmortal de puro pensamiento y sensaciones, capaz de recorrer el universo a la velocidad de la luz, que nadie podrá asesinar, que decide de manera consciente cómo quiere vivir su vida, afinando sus parámetros para ser la versión de sí mismo que hace lo correcto, que se conoce y se respeta.

Llegaron a un edificio en ruinas, una enorme refinería o planta de procesamiento del tamaño de un aeródromo, con dos grandes desplomes que rompían la línea del tejado.

Sita los señaló.

—Un par de años sin mantenimiento y, sencillamente, implosiona. Es el control climático. Un sitio como este, a menos que lo hagas hermético, que le des un factor Q^{21} como el de un traje espacial, te costará más calentarlo de lo que puedes sacar teniéndolo en funcionamiento. Necesita control climático o empieza a atrapar humedad y, cuando llega el verano, se pudre. Al invierno siguiente es peor. Un par de años más tarde, pam, son escombros. Esto era un ordenador gigante que alojaba personas y máquinas; cuando apagaron el ordenador, el derrumbe fue instantáneo.

»El universo nos odia. Somos incumplimientos temporales de la segunda ley de la termodinámica. Llevamos la entropía al extremo, pero él es paciente y va haciendo lo suyo, y cuando le quitas los ojos de encima, patapam, te la devuelve con creces.

21 En física e ingeniería, el factor Q , también denominado factor de calidad o factor de selectividad, es un parámetro que mide la relación entre la energía reactiva que se almacena y la energía que se disipa durante un ciclo completo. Un alto factor Q indica una tasa baja de pérdida de energía en relación con la energía almacenada [N. e. d.]

»¿Quieres cambiar la historia del futuro, darnos la oportunidad de una vida que merezca la pena ser vivida, sin opresión? Solo hay una forma. Lo sabes, pero eres incapaz de afrontarlo.

—Pero sí que podría si fuera una sim. Podría mover los controles hasta estar en ese marco en el que ser una simulación es una maravilla.

—¡Bingo! Tendríamos un mundo que pertenecería a los animales y lo experimentaríamos a través de sensores que simularían a la perfección nuestras cosas húmedas, pero sin aplastar todas esas valiosas raíces.

—¿Puedo hacer una sugerencia?

—Adelante.

—Cuando sueltes este rollo, no menciones a Lisenko. Hacer del mundo un lugar mejor cumpliendo los sueños fallidos del científico loco favorito de uno de los grandes monstruos de la historia...

—Uf.

—Solo era una sugerencia...

—La cuestión no es Lisenko ni Stalin. Va del espíritu de nuestro mejor ser. Todo lo que sabemos que tendríamos de verdad que hacer pero no somos capaces de obligarnos a

hacer porque la parte de nosotras que ve el mapa completo y sabe que es el camino que tenemos que seguir no es capaz de convencer a la parte que está al mando. Esto va de ser capaces de elegir, de hacer que las elecciones se impongan.

—¿Y si alguien elige por ti?

—¿Si alguien se hace con el control de tus mandos? Desastre. Naufragio sin paliativos. Horror sin parangón histórico. Mejor asegurarte de que no suceda.

—Tengo la sensación de que ya tenías prevista esta conversación, Sita, de que era una emboscada.

—Una emboscada no. Solo el mercado de ideas. Estamos llegando a alguna parte, algo se está cociendo y va a rebosar. Somos parte de ello. Quiero que todo el mundo esté preparado para que los pollos sin cabeza sean los mínimos.

Limpopo recordó las discusiones con Jimmy sobre la forma en la que el mundo estaba a punto de cambiar y por qué tenía ella que afrontarlo. Jimmy le ofrecía ponerla al mando si lo apoyaba. Era tan abiertamente manipulador que nunca se sintió siquiera tentada. ¿Era eso lo que estaba haciendo Sita? De ser así, ¿por qué no estaba enfadada?

—Una pregunta más.

—Cuantas quieras, Limpopo.

—Solo una. Luego quiero volver a disfrutar de la naturaleza.

—Adelante.

—¿Por qué tenemos niveles diferentes de control ejecutivo sobre nuestras cabezas? ¿Por qué evolucionar para frustrar nuestro mejor yo?

—Porque la evolución no está dirigida. No está optimizada. Somos un desván atestado de todo lo que nuestros antepasados encontraron útil, incluso si dejó de ser útil hace miles de años. A menos que te haga tener menos bebés, se mantiene en el genoma. Por supuesto, perder el control de tus prioridades racionales incrementa el número de criaturas que vas a gestar.

Limpopo se rio en contra de su voluntad, a pesar de que era evidente que Sita ya había utilizado ese mismo argumento en otras conversaciones.

—Todas esas cosas del desván son útiles, ¿verdad? Por eso la evolución no ha comprimido los propios desvanes. Tener una distribución estadística normal en cada rasgo, incluida la habilidad de tomar una decisión y aferrarte a ella, significa que como especie somos capaces de enfrentarnos a un abanico de retos. Tenemos, en términos genéticos, una herramienta para cada ocasión.

—¿Puedo interrumpirte?

—Por supuesto.

—Esta discusión no es nueva. Hay todo un ejército de la neurodiversidad que odia mis ideas de los controles y quiere conservar nuestra incapacidad de «tomar una idea y aferrarte a ella» por si hay una hipotética encrucijada que pudiera destruir la especie en el futuro y tenemos que rescatarla. Yo les digo: quedaos con vuestra irracionalidad intacta. Yo voy a apagar la mía. Que cada cual tome sus decisiones. Porque la incapacidad para atender a la razón sí que es una encrucijada que puede destruir la especie. ¡Y en eso estamos ahora mismo! Si no encontramos la forma de intercambiar la gratificación de hoy por la supervivencia de mañana, de vencer la ilusión del solipsista de que es un copo de nieve especial...

—Vale, vale, ya sé cómo va esto.

—Sé que lo sabes.

Se perdieron entre las ruinas, entre enormes máquinas cubiertas por mantas de nieve y traicioneras pilas de escombros que podían utilizarse a modo de inestables escaleras para alcanzar lo que quedaba del tejado y las peculiares reliquias que habían sobrevivido, incluida una oficina de gerencia con un juego descolorido de láminas con memorandos de seguridad colgadas alrededor de la ventana de observación ausente.

—Si resulta que el nivel de control ejecutivo que tenemos con las simulaciones es contraproducente, simplemente lo apagaremos. De eso va el control ejecutivo: decidir qué vas a hacer.

—¿Y qué pasa con las crisis existenciales?

—¿Qué?

—Icweasel me contó que Dis no dejaba de suicidarse...

—Bloquearse.

—Entrar en pánico terminal... Hasta que encontrasteis cómo limitarla a versiones de sí misma que no tendrían crisis existenciales.

—Sí...

Sita parecía cautelosa. Limpopo percibió debilidad.

—No puedes simular a alguien a menos que bajes el control que entra en pánico ante la idea de ser una simulación.

—Sí... —Más cautela.

—¿Qué pasa si os deshacéis de vuestros cuerpos, os transferís y resulta que la raza humana no es capaz de sobrevivir sin lo que sea que nos aterroriza ante la idea de perder el cuerpo?

—Eso es muy retorcido.

—No lo es. No es difícil imaginar que una aversión a sufrir una cuerpectomía sea útil para la supervivencia. ¿Y si estáis diseñando el suicidio en masa de la raza humana?

—Lo único que tienes es algo hipotético. Yo tengo un riesgo concreto: estamos ahora mismo en pleno suicidio en masa. Si resulta que apagar nuestro pánico existencial nos hace abandonar la esperanza y apagarnos nosotros mismos, ya lo gestionaremos cuando llegue. Venga, Limpopo, sé seria.

La argumentación se hizo tan acalorada, tan diferente de la conversación que habían mantenido hasta ese momento, que Limpopo supo que había tocado una zona sensible. No era una sensación agradable. Cuando la gente se pone así, es imposible convencer a nadie de nada. Limpopo anheló tener una forma de reducir la ansiedad de Sita, un mando que pudiera manipular hasta un nivel medio en el que Sita pudiera afrontar sus inquietudes sin entrar en pánico. A Sita también le hubiera gustado tener uno.

[IV, vii]

—Hola, Jacob —dijo Natalie.

Nunca lo había llamado así, pero «papá» no iba a funcionar. Su padre agarró el pie de la cama mientras las cerraduras de la puerta giraban: clon, ¡clon!

—No me gusta esto. Y lo sabes.

—Pues páralo. Me desatas, dejas que me vaya y cada uno tira por su lado. No todas las familias siguen siendo familia siempre. Te mandaré una tarjeta por Navidad todos los años y vendré al funeral. Sin rencores.

Jacob parecía dolido. Podía ser en parte sincero, algo asombroso, habida cuenta de que Natalie tenía los brazos y las piernas inmovilizados. El momento, no obstante, pasó.

—Tu madre y tu hermana quieren venir a verte.

Natalie respondió con un gesto de hartazgo. Dis había sido su compañera constante desde que se había despertado en la cámara de seguridad. Sin ella suponía que habría estado en una posición muy debilitada, desesperada por tener compañía. El confinamiento en solitario se consideraba

oficialmente tortura. Natalie saltaba de la convicción de que Dis era una traidora a la posibilidad de que estuviera realmente de su parte, pero incluso ese estado de indeterminación era un jugoso problema mental que la mantenía cuerda.

—No parece que pueda impedírselo —terminó diciendo.

Jacob Redwater frunció los labios.

—No te pongas difícil —dijo, ante lo que Natalie tuvo que contener un bufido—. No puedo traerlas si estás así.

Natalie no logró contener el segundo bufido.

—Lo dices como si me hubiera atado yo sola.

—¿Y qué cojones se suponía que tenía que hacer? Natalie, estoy siendo suave contigo, delicado. ¿Tú sabes lo que hacen otros padres con los hijos que se escapan con tus amigos? ¿Tienes la más mínima idea de cómo funciona ese tipo de desprogramación?

—Tengo una idea bastante aproximada. Me acuerdo de Lanie.

Lanie Lieberman había sido su mejor amiga hasta el año en el que cumplieron trece, cuando se salió de madre y empezó a escaparse para tener arriesgados encuentros con chicos, beber y frecuentar el tipo de club donde los gorilas dejaban

entrar a una niña de trece años si se vestía debidamente y acudía con el chico rico con mala fama adecuado. La castigaron, le pusieron rastreadores, drones, un guardaespaldas, luego dos, pero Lanie era Houdini (especialmente con la ayuda de aquellos cabrones, chicos mayores engañaniñas de familias todavía más ricas que la suya y que tenían dinero propio para las estrategias que Lanie necesitaba para escapar).

Después de aquello vino un colegio privado, luego el militar, más tarde un sitio para niños problemáticos y, finalmente, un lugar cuyo nombre Lanie nunca llegó a pronunciar. Fue el único del que no pudo escapar. A juzgar por su palidez cuando regresó, debía de estar bajo tierra o en algún lugar muy al norte. En la imaginación de Natalie era una mina abandonada o un pedazo de tundra. La Lanie que volvió de allí era... chocante. No solo estaba herida, sino que la habían cortocircuitado de una forma aterradora, desconcertante. Las cosas tristes a veces la hacían reír. Cuando otra gente se reía, ella mostraba una mirada de concentración y rabia, como si intentara mantener la furia bajo control.

Dejaron de fingir que eran amigas hacia los quince años. A los dieciséis, Lanie consiguió un acceso temprano en una universidad de Zúrich de la que nadie había oído hablar y que se suponía que era una magnífica puerta de entrada a la industria financiera, un sitio en el que incluso los negados para las matemáticas podían aprender a ser expertos en

análisis cuantitativo. Lo último que Natalie supo de ella fue una invitación al funeral de su padre entregada en mano, con una limpia firma con tinta debajo del sello en relieve. Natalie no fue al funeral, tampoco entendía qué tipo de cruce en una base de datos había sacado su nombre como potencial asistente.

En la habitación del pánico, Jacob Redwater sonrió débilmente y dijo:

—Las cosas han cambiado mucho desde los días de Lanie Lieberman. Se organizan ferias comerciales de lo que podríamos estar haciendo ahora. Hice dos consultas prudentes y ahora recibo folletos con el mejor papel, tan grueso que me serviría para reparar el tejado. Natalie, eres una industria en crecimiento y las metodologías son más rápidas, más despiadadas y más efectivas que nada de lo que existiera entonces: empulgueras frente a psicoanálisis.

Muy a su pesar, Natalie no pudo contener la curiosidad:

—Pero a mí no me has mandado a un sitio de esos...

—Todavía no. Natalie, por mucho que te cueste creerlo, te respeto, además de quererte como padre tuyo que soy. Me gustaría que eso que te hace ser tú sobreviviera a esta aventura. No quiero una autómata con un parecido superficial a mi hija. Quiero que entiendas que todo esto de hacer el ganso con ideas políticas radicales y acampadas con

marginados no es una estrategia a largo plazo. Entiendo que te sientes culpable por tener tanto cuando todos los demás tienen tan poco, pero ¿de qué crees que sirve que le vuelvas la espalda a la realidad? No puedes acabar con la desigualdad solo porque lo desees. En mi mundo ideal, tú gestionarías la fundación de la familia, supervisarías nuestras buenas obras. Hay mucha gente pobre ahí fuera que tiene vacunas, agua potable y educación gracias a la Fundación Redwater. Toma una parte de la energía que dedicas a la anarquía y canalízala en algo productivo. Podrías incluso destinar un pequeño terreno a comunidades experimentales basadas en los principios andantes.

Natalie simplemente se quedó mirándolo. Sabía que si hubiera estado realmente en confinamiento total todo aquel tiempo, las palabras de su padre habrían sonado a oferta magnífica. De no haber sido por Dis, hubiera rogado que le permitieran hacer aquello. Sabía lo susceptible que era al aislamiento. No era simplemente estar sola, era estar sola consigo misma. ¿Significaba aquello que Dis no trabajaba para su padre, o era una estrategia sutil y supermaquiavélica de Jacob Redwater que lo convertía en un ser de leyenda incluso entre los zotas?

—¿Cuándo van a venir mamá y Cordelia?

Jacob hizo un gesto de negación con la cabeza. Era tan condescendiente...

—Tu madre no te va a pagar la fianza. Está más disgustada que yo. Cordelia..., bueno, Cordelia te tiene miedo. Quiere que te demos antipsicóticos. Cree que vas a atacarla.

—¿Cuándo vienen?

—¿Quieres verlas?

Natalie lo miró de arriba abajo. Le había levantado la cama en un ángulo de cuarenta y cinco grados, de modo que pudiera verlo por encima del horizonte montañoso blanco y arrugado que suponía su cuerpo envuelto en sábanas.

—Veré lo que puedo hacer.

Cuando Jacob se marchó, Dis soltó un aullido lo bastante alto para que Natalie se estremeciera.

—¡Joder, baja el tono!

—Este sitio está tan insonorizado que podrías utilizarlo para imprimir hologramas —respondió Dis.

—Pero mi cabeza no está insonorizada.

—Lo siento. No sé si te lo he dicho ya, pero tu padre es un gilipollas descomunal.

—Me disculparía en su nombre, pero que le den.

—Desde luego que sí.

—Si sirve para algo, estoy más convencida de que no trabajas para él.

—Menudo alivio.

—Esa voz simulada es cada vez mejor con el sarcasmo.

—He cargado actualizaciones a la copia local a hurtadillas. La gente de la síntesis de voz es buena: están mezclando grabaciones normalizadas de voz de MMO²² y sistemas de respuesta de voz. Y están consiguiendo cosas increíbles. *He estado jugueteando con alguna de las posibilidades.*

Esa última frase la pronunció con un gruñido de depredador amenazante tan espeluznante que Natalie se sacudió en la cama.

—¡Joder!

—Ya lo sé, ¿a qué sí? He hecho trampa, la verdad. He utilizado subsónicos. Es bastante asombroso lo que soy capaz de hacer. Tendrías que oír mi voz sexy de niña inocente.

—No, gracias. No recuerdo haber tenido menos interés por el sexo...

²² Videojuego multijugador masivo en línea, por las siglas en inglés de Massively multiplayer online. [N. e. d.]

—Vienen.

En la puerta se oyó un ruido metálico, luego otro, y se abrió con un suspiro. Entró la madre de Natalie vestida con su gris perla, como una Jackie Kennedy monocroma, más pequeña de lo que recordaba Natalie, pero no más vieja. Dio un pequeño paso y arrugó la nariz ante un olor del que Natalie había dejado de percatarse. Miró a su hija. Cordelia se coló detrás de ella con esa cara redonda de muñeca de porcelana. Natalie sintió una oleada de extraña empatía hacia ella, por estar sola con su madre, por ser el único objetivo de sus atenciones.

—Hola, mamá.

Su madre rodeó la cama, recorrió los tres lados antes de llegar a la pared, desandar sus pasos y volver a situarse al lado de Natalie.

—¡Jacob! —gritó.

Jacob entró en la habitación, parecía molesto.

—¿Sí, Frances?

—Retira esas sujeciones.

—Mamá... —empezó a decir Cordelia, pero su madre levantó una mano temblorosa.

—Jacob. Ya.

Se miraron a los ojos. Natalie recordaba aquello de su infancia, sus guerras de miradas en silencio. Según fue creciendo, entendió que era un juego de resistencia en el que se daban mutuamente tiempo para analizar las formas en las que se produciría la venganza, hasta que uno retiraba la vista. Como era habitual, Jacob rompió primero el contacto visual.

—Ahora vengo.

Natalie supuso que había ido a buscar al sanitec o lo que fuera, pero un momento más tarde estaba de vuelta con la mercenaria, que le brindó a Natalie un ligero gesto de asentimiento, un reconocimiento que equivalía prácticamente a un abrazo de corazón dadas sus interacciones previas. Tal vez Natalie la hubiera impresionado con sus «agallas». O lo mismo había recibido permiso (órdenes quizá) de suavizarse.

—Frances, Cordelia, por favor, retiraos.

Frances pareció tener intención de discutirlo, pero Cordelia tiró de su brazo.

—Venga, vamos, mamá.

Una vez que estuvieron a unos metros de distancia de la cama, la mercenaria dio un paso adelante y miró a los ojos a Natalie.

—No des problemas —dijo al tiempo que cerraba un brazalete en la muñeca de Natalie.

Natalie levantó la cabeza y estiró el cuello para verlo. Era de un azul metálico maléfico. No quería ni adivinar qué le haría, aunque no podía evitar que su subconsciente especulara: corriente eléctrica no podía ser, porque si agarraba a su madre, a su padre o a Cordelia, los atravesaría a ellos también. Tal vez algo en los nervios, dolor o un ataque nervioso o...

—No daré problemas —respondió con un asentimiento.

La mercenaria levantó de forma impersonal la sábana, le retiró la sonda y dejó que la goma se colara dentro de la cama. La sensación hizo que Natalie ahogara un grito de humillación. La mercenaria se limpió las manos con un pañal desechable que tiró en la tolva de la cama antes de ofrecerle una mano. Natalie la agarró porque después de días (¿semanas?) tumbada, estaba débil y mareada y los músculos de la barriga se negaban a ayudar a llevar las enormes y entumecidas piernas al borde de la cama. Los ojos se le llenaron de lágrimas: cuando era andante estaba tan fuerte... Todos lo estaban. Tanto andar. Ahora no podría

echarse a andar ni aunque le abrieran camino. Las lágrimas corrieron por las mejillas y se le metieron en la boca.

Se sorbió el resto de las lágrimas y parpadeó con fuerza, al tiempo que dejaba que la ayudara a ponerse de pie. Se tambaleaba, sin mirar a su madre ni a Cordelia, con los ojos clavados en Jacob: que viera lo que le había hecho. Le había destruido el cuerpo, pero Natalie se esforzó por trasladar brillo a sus ojos para hacerle saber que no le había tocado la cabeza.

Tenía a su madre al lado, colocando un hombro debajo del brazo cuya mano no tenía gotero. La mercenaria desconectó el otro extremo de la goma del depósito de la cama, lo tapó con una cinta estéril y elástica y pasó la goma por el cuello de Natalie. Su madre olía a su perfume personal, elaborado especialmente por un hombre de Estambul que solía ir a la casa una vez al año, durante la Fiesta del Cordero, que él aprovechaba para recorrer el mundo haciendo entregas a sus mejores clientes mientras toda Turquía quedaba paralizada. Natalie no había olido aquel aroma —no del todo dulce, no del todo almizclado y con un toque de algo ligeramente parecido al cardamomo— en años, pero lo recordaba con más claridad que el rostro de su madre.

Cuando Natalie se dejó caer en su hombro, a Frances se le escapó un suspiro. Natalie pensó que pesaba demasiado. Pero entonces:

—¡Jacob, pesa lo mismo que un pajarito!

Natalie nunca había escuchado aquel tono de pavor en la voz de su madre, y pudo ver su piel perfecta apretada en una mueca, con los ojos prácticamente cerrados y arrugando los extremos de la línea de las cejas de una forma insoportable.

—Hola, mamá.

Se quedaron de pie, balanceándose. Natalie sentía que le fallaban las piernas.

—Debería sentarme.

Se sentaron las dos. Las aperturas del colchón donde se escondían las sondas, olorosas y oscuras, estaban justo detrás de ellas. Frances se volvió para mirarlas, recuperó la posición y lanzó a Jacob una mirada todavía más feroz.

—Jacob... —empezó.

—Después —dijo él.

Natalie disfrutaba con la incomodidad de su padre. Cordelia se mantenía a medio camino entre sus padres, con las manos inquietas, arrancándose las cutículas. Había tenido la manía de comerse las uñas y había roto con la costumbre solo después de varios intentos. Natalie podía ver que no quería otra cosa que lanzarse a mordisquearse los dedos.

A Natalie le sorprendió ser la que menos incómoda estaba de todos, excepción hecha de la mercenaria. Jugaban ambas en el mismo equipo, las dos contra aquellos zotas locos perdidos. *Menuda estupidez*. La mercenaria no estaba de su parte. *Venga, Natalie, céntrate*.

—No me vais a atar otra vez.

—No, desde luego que no —dijo su madre.

—Frances... —empezó su padre.

—No, desde luego que no.

El campeonato de ver quién retiraba la mirada antes volvió a ponerse al rojo vivo. El equilibrio había cambiado. Había una nueva amenaza implícita: ¿qué diría el tribunal en un caso de divorcio con una hija atada a la cama, muerta de hambre, intubada y encerrada en una habitación del pánico? A su madre le había enfurecido que ella se hiciera andante, pero eso no le impediría utilizar cualquier herramienta que Jacob Redwater le pusiera en el camino.

—Desde luego que no —dijo Jacob—. Si me disculpáis...

Salió de la habitación. Cerró la puerta. Clon, ¡clon!

Su hermana dio un paso vacilante. Su madre extendió un brazo y ella cubrió el resto del camino y dejó que Frances le

diera uno de sus abrazos, siempre lo bastante cálidos, siempre concluidos un momento antes de lo esperado.

Cordelia se inclinó ligeramente hacia Natalie para sugerir la posibilidad de un abrazo, pero ella no respondió al gesto. Que le dieran por culo. Y ya puestas, a Frances también. Sabían que estaba presa y ninguna había ido a liberarla. Que le retiraran las sujeciones de las extremidades difícilmente se podía considerar una liberación.

—Natalie, esto es sencillamente terrible —dijo su madre.

No me jodas.

—Ajá...

—¿Por qué, Natalie? Hay formas más constructivas de implicarse en el mundo. ¿Por qué convertirte en un animal o en una terrorista?...

La estupidez era tan grande que Natalie no pudo ni siquiera resoplar de manera despectiva.

—¿Tú qué preferirías?

—Múdate si estás tan mal. Tu fideicomiso ya ha vencido, podrías comprarte algo en cualquier lugar del mundo. Búscate un trabajo. O no. Adopta una causa. Pero constructivo, algo constructivo, Natalie. Algo que no haga que te maten o que te violen o...

—¿O que me secuestren unos mercenarios y me aten a la cama en el sótano de algún gilipollas rico?

Su madre apretó los dientes con fuerza.

—Natalie —intervino Cordelia—, ¿puedo traerte algo?

—Un abogado. A la poli.

—Natalie... —Cordelia parecía dolida.

Natalie no permitió que la reacción de su hermana le importara una mierda.

—Sabías que estaba aquí. Sabías que me tenía secuestrada. No te gustan las andantes y no te gusta que yo sea una, bien. Pero, por si no te has dado cuenta, soy adulta y si me hago andante no es de tu incumbencia. Ninguna tenéis nada que decir sobre lo que yo haga o deje de hacer.

—Por supuesto que sí. ¡Soy tu madre!

Hasta a Cordelia se le escapó una sonrisa.

Natalie vio la rabia hervir dentro de su madre, diferente a la de su padre, pero no menos mortífera.

—Natalie, si te crees que ser adulta significa que no tienes ninguna obligación con nadie más en el mundo...

Natalie y Cordelia rompieron las dos a reír. Aquello enfureció todavía más a su madre, pero era el momento más de hermanas que habían compartido desde que Natalie se fue por primera vez de casa para ir a la universidad.

Frances se quedó de piedra y con la mirada fija en el frente, como si sus hijas no estuvieran allí, deseando no haber ido directa al momento maternal, lo que la había dejado sin salida refinada, porque, si algo era Frances Mannix Redwater, era refinada.

Se oyó la puerta, que se abrió. Jacob entró seguido por el técnico sanitario/gorila a sueldo, que llevaba una precaria carga de ropa. Natalie reconoció las prendas del montaplatos de su encarcelamiento previo.

—Traeremos una cama como es debido hoy mismo —dijo Jacob mientras el hombre dejaba la ropa en el suelo.

—Libros también —respondió Natalie—. Interfaces. Y papel y algo con lo que escribir.

Jacob la miró y después dirigió los ojos a Frances.

—Nada de interfaces —dijo Frances—. Todo lo demás, sí. Y algunos muebles también. Y un frigorífico, y comida.

—Y deprisita —dijo Natalie con una risita entusiasta.

Jacob la ignoró. Sabía enfadarse, pero no con una burla tan torpe como aquella.

—Y ahora todo el mundo fuera —dijo Frances—. Tengo que hablar con Natalie a solas.

Natalie cerró los ojos. *No, una de tus charlas no, por favor.*

—Estoy cansada —dijo.

—Has tenido tiempo más que suficiente para descansar.

Frances consiguió que sus palabras fueran una acusación, como si Natalie hubiera estado vagueando y comiendo bombones. No era sarcasmo: su madre era capaz de estar al mismo tiempo escandalizada por que la hubieran atado a una cama y por que hubiera sido demasiado perezosa para salir de la cama.

—Todo el mundo fuera —insistió clavando los ojos en la mercenaria.

La mujer tuvo el sentido común de no mirar a Jacob. Aquello habría sido el fin de su trabajo en el hogar de los Redwater. Natalie supuso que ser mercenaria a sueldo de los zotas exigía sensibilidad política.

Se marcharon, pero, antes de que la puerta se cerrara, Frances le gritó a Jacob:

—En privado. Sin cámaras.

—Frances...

—No se me va a tirar al cuello ni va a pedir un rescate, Jacob.

—Has visto el vídeo...

—Lo he visto. Eso fue antes de que la tuvieras una semana atada a la cama y la alimentaras mediante un tubo.

—Frances...

—¡Jacob!

Jacob se volvió hacia la mercenaria, que le acercaba ya algo en la mano cerrada. Se lo entregó a Frances.

—Botón del pánico —le dijo.

Frances lo guardó con un gesto de evidente desdén en el bolso, que dejó lejos de la cama, apoyado contra la pared: cuero de un amarillo mantequilloso sobre un blanco puro.

—Adiós, Jacob.

Dejaron la puerta abierta.

[IV, viii]

Limpopo estaba de voluntaria con la tropa de los escáneres cuando se presentó Jimmy.

No parecía tan gallito como la última vez que se habían visto, con las estúpidas armas y demás. Había tenido una caminata difícil y llegó a Thetford cojeando y con una herida en la cabeza, cubierto de sucias capas térmicas superpuestas. Estaba demacrado y con congelación en tres dedos de las manos y en todos los de los pies.

—Qué casualidad encontrarte aquí —dijo cuando Limpopo se topó con él en el gran salón de los espaciales de Thetford.

En ese momento lo estaba atendiendo una estudiante que escuchaba los consejos que le daba alguien a mucha distancia, desde donde hacía el diagnóstico de Jimmy.

—Tienes mal aspecto —dijo Limpopo.

—Podría haber sido peor. Hemos perdido a quince en el camino desde Ontario. Se está poniendo fea la cosa.

—Lo siento.

—No es tu culpa. Bueno, en realidad es posible que sea tu culpa, siendo como eres un pez gordo en el mundo de los escáneres y las simulaciones.

—Soy andante. No tenemos peces gordos.

La estudiante de medicina sonrió y luego hizo algo en los dedos de los pies de Jimmy que lo obligó a sorber aire con los dientes apretados (uno de ellos ausente) y cerrar con fuerza los párpados.

—Creo que no los vas a perder —dijo la chica—. Salvo quizá el meñique del pie izquierdo.

—Hurra. —Jimmy movió la mandíbula de lado a lado.

—¿Qué haces aquí, Jimmy? ¿Has venido a echar a patadas a más gente de sus casas?

Jimmy sacudió la cabeza y respondió:

—No es eso. Fueran cuales fueran las mínimas diferencias filosóficas entre tú y yo —dijo en un ejercicio de autoengaño de libro, aunque Limpopo no vio motivos para hacérselo notar—, tengo más en común contigo que con los gilipollas que nos asaltaron en el camino. Solo quieren una cosa: un mundo en el que ellos estén arriba y todos los demás simplemente no.

Me encantaría saber cómo diferencias eso de tu filosofía. Pero supongo que no serás capaz de explicarlo.

—Aquí es, claramente —prosiguió Jimmy—, donde está la acción. Esto los tiene cagados de miedo. Y conspirando.

—Entonces, ¿has venido a ayudar?

—Mira, hay un enfoque..., algo que no he visto en los foros, con consecuencias mucho peores de las que se están valorando y para las que no estamos preparados. Creo que es porque la gente como vosotros simplemente no entiende lo que significa en realidad una copia de seguridad.

Copia de seguridad. Un nombre perfecto, absolutamente seductor para un escaneado y una simulación. A Limpopo le asombraba no haberlo oído antes. En cuanto lo oyó, supo que debía de haber miles —millones— de personas utilizando el término. Una vez que concebías que aquello que hace que tú seas tú son datos, una eterna ansiedad por la gestión de los datos entraba en juego. Si tenías datos, necesitaban una copia de seguridad. Cualquier cosa importante que no tuviera copia de seguridad se podía dar por perdida. Las leyes de Murphy²³ se conjuran contra los datos. Haz algo irreemplazable y magnífico en un momento

²³ Conocidas como las leyes del pesimismo, sus enunciados son: 1-Si algo puede salir mal, saldrá mal. 2- Todo lleva más tiempo del que usted piensa. 3-Si existe la posibilidad de que varias cosas vayan mal, la que cause más perjuicios será la única que vaya mal. [N. e. d.]

sin conexión a la red y sin posibilidad de hacer una copia y lo que estás haciendo es pedir de rodillas un fallo crítico que lo haga saltar todo por los aires.

—Copia de seguridad —dijo Limpopo.

—Sí —respondió Jimmy con una sonrisa. Había seguido su razonamiento—. Por supuesto. Nadie ha llevado la idea hasta su conclusión lógica.

—¿Que es?...

A pesar de las heridas y de la suciedad, Jimmy disfrutaba poniéndola a prueba, esperando a ver si saltaba al cuadrilátero. Limpopo sabía que no había forma de imponerse en un combate mental con Jimmy: la victoria lo enfadaría, la derrota lo convencería de que podía pisotearla.

—Un placer verte.

Limpopo dio media vuelta, porque echar a andar siempre había resuelto el problema de Jimmy. Si alguna vez él se daba cuenta, podía ser peligroso.

—Significa —dijo Jimmy a su espalda, lo que hizo que Limpopo ralentizara el paso— que cualquiera que pueda conseguir tu copia de seguridad puede descubrir todo lo que haya que saber de ti, jugártela para que cometas las peores traiciones, torturarte por toda la eternidad... Y tú nunca podrías darle la espalda y echarte a andar.

—Mierda.

Limpopo se dio la vuelta.

—A todo el que habla de esto se le acaba considerando un pirado paranoide. La gente de las simulaciones te rechaza con una mano y empieza a hablar de cifrado...

—¿Cuál es el problema del cifrado? Si nadie puede descryptar tu sim, entonces...

—Si nadie puede descryptar tu sim, nadie puede montar tu sim. Si el único repositorio de tu contraseña es tu propio cerebro, entonces, cuando mueres...

—Eso lo entiendo. Tienes que confiar a alguien la contraseña para que puedan recuperar la clave y utilizarla para descryptar tu sim.

—Esa tercera persona en la que confías tendrá que confiar a su tercera persona de confianza su contraseña, y esa persona necesitará alguien en quien confiar, y entonces será necesaria alguna forma de encontrar quién tiene qué contraseña, porque una vez que la has palmado lo último que querríamos sería darnos cuenta de que hemos perdido tus claves. ¿Te puedes hacer una idea de la putada? Lo sentimos por tu derecho de nacimiento a la inmortalidad, se nos ha olvidado la contraseña, ua, ua, ua, uaaa.

—Uf.

—Hay montones de pirados del cifrado intentando solucionar eso, utilizando secretos compartidos para de alguna forma dividir la clave en, digamos, diez pedazos, de manera que cinco de ellos, sean los que sean, puedan utilizarse para abrir el archivo.

—Parece buena idea.

Limpopo había trabajado con secretos compartidos en las diversas encarnaciones del B&B, establecieron comités de terceros de confianza que podían de manera colectiva introducir cambios de calado en el código base, pero solo una vez alcanzado un *quorum*.

—Sí pero no. Está bien en el sentido de que tienes que secuestrar y torturar a mucha más gente para descryptar la sim de alguien sin permiso, pero desde una perspectiva de la complejidad es peor: estás multiplicando por diez el número de relaciones entrelazadas necesarias para recargar una sim. Vamos, que ahora lo que tienes son diez problemas.

—¿Y cuál es la solución?

—Eso es lo que me preocupa: la solución va a ser que no hay solución. Prisa, lo que hay es prisa, va a saltar todo por los aires pronto. En pordefecto ven Akron como un baluarte

del ISIS²⁴, ¡como el puto fin del mundo! No me sorprendería que le tiraran una bomba nuclear.

—¿Y la lluvia radiactiva?

—Nos culparán a nosotros y firmarán un contrato para tratar las enfermedades derivadas de la radiación con la empresa de servicios de emergencias de algún zota. No sabes cómo está todo ahí fuera.

—Algo sí que sé.

—Supongo que sí. Lo siento, no pretendía, ya sabes...

—Ser el hombre que le explica las cosas a una mujer.

Jimmy parecía incómodo. Limpopo veía que hubiera preferido una discusión. Era tan fácil ganarle la partida porque era incapaz de imaginar que la gente que lo rodeaba no estuviera intentando ganarle la partida.

—Limpopo, lo he pasado mal el último par de años. Después de que el B&B, eh...

—Implosionara.

24 El autodenominado Estado Islámico, conocido anteriormente como Estado Islámico de Irak y el Levante y Estado Islámico de Irak y Siria, y popularmente referido como Dáesh, Daish o ISIS. [N. e. d.]

—Estuve rabioso mucho tiempo. Estaba rabioso contigo, aunque sabía que la culpa era mía. ¿De quién más podía ser culpa? Fui a por ti.

—Hiciste algo peor que eso.

—Hice algo peor que eso. Te eché.

—No. Eso no lo hiciste nunca.

Eso no podrías hacerlo.

—Eso no podría hacerlo —dijo Jimmy (Limpopo pensó que no era tan tonto como parecía)—. Te quité las cosas de las manos porque pensé que me haría más fuerte, porque pensaba que lo que tú estabas haciendo debilitaba a la gente. Pero todo eso, los fuertes y los débiles...

—Una chorrada.

—Absoluta. Fuerte y débil no es qué haces, es por qué lo haces. —Se frenó. Limpopo estaba a punto de decir algo, pero Jimmy se adelantó—: También qué haces. No es caridad ni educación tratar a las personas como si todas fueran igual de válidas, incluso si no son todas igual de «útiles». Signifique lo que signifique útil...

Jimmy parecía a punto de romper a llorar. La estudiante de medicina dejó de tratarle los pies y se quedó mirándolo fijamente. Jimmy la miró, luego a Limpopo; suspiró. Y siguió

hablando, algo que impresionó a Limpopo, porque aquella confesión recorrería todo Thetford antes de que Jimmy encontrara un sitio donde dormir.

—Me decía a mí mismo que estaba haciendo un mundo mejor. Pensaba que había personas «útiles» e «inútiles», y que si no tenías a la gente útil feliz, los inútiles se morirían de hambre. Por supuestísimo que yo me colocaba en el grupo de los útiles. Conocía este secreto importante sobre la gente útil e inútil, y si eso no es útil, ya me dirás qué lo es. Me contaba que estaba haciendo más de todo para todos. Solo necesitábamos dejar que la gente que se lo merecía hiciera más lo que quisiera. Aquello era una cagada. Yo la cagué. Es por lo que estoy intentando pedir perdón.

—Tu problema es que crees que «inútil» y «útil» son características de la gente, en lugar de ser características de las cosas que la gente hace. Una persona puede actuar de manera útil o inútil dependiendo de las circunstancias. La criba evolutiva no omite a la gente que no contribuye de la manera que tú quieres que lo haga y te deja un montón de trabajo acumulado de selección natural que te toca hacer a ti. La razón de que todo lo que nos rodea tenga una curva de distribución normal, con unos cuantos bichos raros allí lejos, en las puntas de la derecha y la izquierda, y todos los demás amasados en el abombamiento central, es que necesitamos gente que se ponga a sacar cosas adelante y solo unos cuantos bomberos retorcidos de la manera justa para solucionar la mierda más rara que pasa en los extremos.

Asumimos que alguien que apaga un fuego es un superhéroe de cien metros de altura destinado a salvar el universo, en lugar de pensar que es alguien que tuvo suerte una vez y desde entonces ha tenido un montón de oportunidades más de tener suerte.

—Eso es lo que estoy intentando decir, sí. Es difícil darle sentido a esta mierda. Me revienta la cabeza que solo empezase a dejar de creer en lo de la gente útil e inútil cuando yo demostré ser un inútil. Entonces tuve esta revelación: la vara de medir con la que había juzgado a la gente, la vara según la cual yo estaba fracasando, era irrelevante. Era una de esas cosas muy cómodas que apestan a la legua: te estás contando una chorrada acojonante y te la estás creyendo.

—Resulta que estoy de acuerdo con que la vara de medir antigua era una chorrada, así que te doy el aprobado.

Jimmy se estremeció cuando la estudiante de medicina le hizo algo en los pies. Dos de los dedos tenían mal aspecto y los extremos ennegrecidos. Limpopo retiró la vista con una mueca.

—Gracias —gimió Jimmy.

Limpopo no tenía forma de saber si el agradecimiento estaba destinado a ella o a la estudiante.

[IV, ix]

La fiesta no fue idea de Pocahontas, pero se entregó a ella. Al principio, a Etcétera le horrorizaba la idea. No podía imaginar nada que mereciera la pena celebrarse entre tanta muerte y angustia. Iceweasel estaba desaparecida y Gretyl enterrada en proyectos secretos. Estaba convencido de que todo el mundo se ofendería, desde los espaciales hasta los recién llegados, pasando por los aviadores y la tropa del B&B que lloraba a sus muertos, pero cuando Pocahontas empezó a colgar avisos de los avances de la fiesta en el foro social de los espaciales, quedó claro que la única angustia que despertaba una fiesta era que a otra persona le pudiera parecer una idea horrible.

Pocahontas era una fuerza de la naturaleza. Había sido la primera de su tropa en entender el funcionamiento de las impresoras de trajes espaciales. Se hizo uno despampanante que utilizó en una serie de caminatas épicas de varios días en las que estableció contacto con grupos cercanos de las Primeras Naciones. Aunque no estaban tan politizados como ella, ninguno quería tener nada que ver con pordefecto y todos sentían curiosidad por los frikis espaciales que habían tomado Thetford tantos años después de que fuera abandonada. Pocahontas había utilizado el fablab de

Thetford para imprimir piezas para una nueva impresora de trajes espaciales. Las había almacenado en el acceso a un túnel de cableado, listas para ser transportadas a sus nuevos amigos por cualquiera que pudiera construir un vehículo capaz de cubrir el trayecto. Gretyl estaba trabajando en la restauración del motor del convoy de carga, que había llegado a Thetford a duras penas. Lo habrían desechado si no hubiera habido tantos heridos incapaces de terminar el viaje por su propio pie.

Gretyl estaba mucho mejor de lo que Etcétera podía esperar. Seth le contó lo que había hecho y, aunque apenas tenía noticias de Dis (la sim estaba instalada en los servidores de la habitación del pánico para evitar el riesgo de que la descubrieran al detectar una montaña de tráfico donde no cabía esperar ninguno), los escuetos mensajes le contagiaron estoicismo, cuando no alegría. Según Dis, Iceweasel estaba cuerda e intacta a pesar de la tortura. Estaba hecha de inquebrantable acero.

—Si a ella no se le va la puta cabeza, ¿cómo se me va a ir a mí? —comentó Gretyl una mañana en la que Limpopo les llevó cafetante y bollos recién hechos.

—¿Vas a cantar? —preguntó Limpopo.

Etcétera le lanzó a Limpopo una mirada recriminatoria. Gretyl tenía una voz hermosa, de baladas. En los días de la sala común del B&B había pasado tardes y tardes

interpretando las canciones de su amplio repertorio, acompañada por músicos del B&B o sin acompañamiento. A capela era asombrosa; con una banda era extraordinaria. Pero no había cantado desde que alejaron a Iceweasel de su lado.

—¿En la fiesta? —dijo Gretyl.

—En la fiesta.

—¿Hay músicos?

Etcétera pensó que estaba buscando una forma de escabullirse («No creo que pueda hacerlo sin acompañamiento», o tal vez: «No tenemos tiempo para ensayar»), pero se le habían iluminado los ojos.

—Los espaciales tienen un par de bandas, pero no sé si tocan gran cosa.

Pocahontas, que revoloteaba por los espacios comunes dirigiendo a la gente en la preparación de la fiesta, se acercó a ellos. Había seguido su conversación mientras iba de aquí para allá.

—Hay un grupo bueno y otro así así —les dijo.

—¿Qué tipo de música?

—Los buenos son ruidosos y rápidos. El grupo así así hace cosas folk.

—Pues canto con los dos —contestó Gretyl.

Pocahontas le estrechó la mano.

—Hecho. Gracias.

—¿Quieres cafetante? —preguntó Etcétera, que se cansaba solo de ver a Pocahontas ir disparada de un lado a otro.

—Yo no me drogo.

Parecían todos incómodos. Hasta entonces, Etcétera no había conocido personalmente a nadie de las Primeras Naciones, pero sabía que tenían sus historias con el alcohol y con otras sustancias. Se encogió de hombros. Eran todos andantes, ¿no? Hombres, mujeres, blancos, con cualquier color de piel, Primeras Naciones o lo que fueran.

—Lo siento —dijo Limpopo.

Etcétera se preguntó si también tendría que disculparse. Se sentía estúpido y nervioso, lo que significaba que aquello era algo a lo que tendría que prestar atención.

—No pasa nada. Vuestros neurotransmisores son cosa vuestra.

—¿Qué podemos hacer para ayudar? —preguntó Etcétera, que buscaba un tema de conversación mejor.

La respuesta fue inmediata:

—Llevad la microfab a Lago Muerto. No pueden venir a la fiesta sin trajes de protección.

—Uuuh —respondió Etcétera, que tendría que haber sabido que Pocahontas diría precisamente eso.

—Nos ponemos todos a ello —dijo Limpopo apretando la mano de Etcétera, a quien no le quedó claro si lo hacía por empatía o como recuerdo de que tenía que cumplir sus promesas—. Cuenta con nosotros.

—Pues claro que cuento con vosotros —contestó Pocahontas con esa simplicidad solemne que no parecía agotársele nunca.

Aquellas palabras acabaron con la ligereza que se había instalado en su estado de ánimo y los comprometió seriamente con la organización de la fiesta más divertida que hubieran conocido. Pocahontas los miró uno por uno, sonrió y se lanzó en pos de otro grupo.

—Es una chica increíble. Una fiesta. —Gretyl la había observado marcharse y sacudía la cabeza—. Y ahora tenemos que llevar esas piezas de la microfábrica... ¿adónde?, ¿a setenta kilómetros?

—Lo siento.

—No hay nada por lo que disculparse. Ya va siendo hora de que pongamos el convoy de carga en marcha. —Gretyl dio un trago al cafetante—. Hay partes que están muy aplastadas y no van a salir fácilmente. Habrá que pegarles unos cuantos hachazos. Los trajes van a sufrir.

—Sí.

—No os pongáis así —dijo Limpopo—. Será divertido hacer trabajo duro, por variar.

Tenía razón. Cuando habían construido el segundo B&B, aquellos eran elementos habituales de su día a día: un enorme y difícil reto tecnológico que tenían que resolver juntos, descargando tutoriales y rebuscando en la red mundial de andantes para encontrar a alguien que pudiera sacarlo adelante. A veces pasaban semanas atascados con un problema técnico trivial, hasta que un día algo funcionaba. La experiencia era más dulce cuanto más amarga hubiera sido la lucha.

Etcétera se bebió el cafetante y observó a su alrededor los preparativos para la fiesta. Recordó que era andante. Estaba viviendo los primeros días de una nación mejor, estaba haciendo algo que tenía significado. Su existencia era un atributo, no un problema.

Limpopo sonreía. Le había leído la mente a Etcétera.

—Apura esa taza —le dijo a Gretyl—. Vamos a ello.

Etcétera notó que la tensión de su espalda se relajaba, reemplazada por la calidez de un propósito. Había trabajo que hacer y él podía ayudar. ¿Qué más podía pedir nadie?

Cuando Gretyl se desenvainó el traje, era un amasijo de dolores que no se habían manifestado mientras había estado inmersa en el trabajo, cortando con sierras el tren de carga dañado, abriéndolo con sopletes de corte y machacando el metal y los polímeros que se negaban a ceder.

Se quedó junto al compartimento estanco, no sin percibir su propio mal olor. Soltó un gruñido y apoyó la cabeza en la pared.

—¿Estás bien? —preguntó Tam, que parecía real y bochornosamente preocupada.

Cuando Tam se había incorporado a la tropa de la UA, Gretyl había ejercido de madre, ayudándola a navegar las opacas aguas del enclave académico. Después del ataque, Gretyl vio orgullosa la transformación de Tam en un torbellino, cargando a personas y suministros hasta los túneles, arriesgando su vida, fuerte e inspiradora.

Desde la pérdida de Iceweasel, el mundo de Gretyl había saltado en pedazos. Incluso en los mejores momentos se sentía como un jarrón fracturado que ha vuelto a pegar

alguien con manos torpes, dejando todas las grietas visibles. Productos dañados. Tam le había dado la vuelta al guion y había intentado ejercer de madre con Gretyl de una forma que Gretyl no soportaba, especialmente porque lo necesitaba.

—Estoy bien.

Gretyl intentó fijar su postura, pintarse una sonrisa. Trabajar con el motor era duro, pero le daba un descanso de aquel miedo por Iceweasel que tanto la consumía. La peor parte de que la cuidaran era su patética necesidad de que lo hicieran.

—Me alegro, porque, si te soy sincera, pareces una mierda molida a palos.

—Gracias.

—Alguien tenía que decirte la verdad, chica. —Tam se coló detrás de ella y agarró con sus fuertes manos los hombros de Gretyl—. Estás más tensa que una raqueta de tenis.

Probó a apretar, clavando sus musculados pulgares en los hombros de Gretyl. Esta soltó un gruñido. Con las manos de Tam en la espalda, podía notar la tensión como una banda elástica estirada hasta el punto de ruptura. Muy a su pesar, se dejó caer hacia Tam, que volvió a apretar. Gretyl gruñó una vez más.

—Venga, ya que estamos —dijo Tam, que seguía amasándola—, dime dónde te duele.

Gretyl pudo oír la sonrisa que acompañaba a aquellas palabras. Tam lo estaba disfrutando. Gretyl era incapaz.

—¿Qué plan tienes ahora? —preguntó Tam.

—Voy a buscar algún sitio en el que dormir.

El complejo de los espaciales, atestado antes de su llegada, estaba ahora saturado y era un ejercicio de malabares encontrar una cama vacía o incluso un rincón en el que extender temporalmente un colchón por las noches.

Gretyl se explicó:

—Paramos para comer tarde y me voy a sobar la cena. A saltar, quiero decir.

—Has tenido suerte. —Tam seguía entregada a los nudos de la espalda—. Seth y yo hemos encontrado un sitio. Es grande. —Volvió a apretar—. Y cómodo.

Gretyl gruñó.

—Venga, pues vamos.

Rendirse sentaba bien.

La habitación era tan grande que Gretyl se sintió culpable. Pero tenía una forma rara, con el techo bajo en algunas partes y el suelo desigual en otras, el resultado de algún episodio meteorológico que había retorcido los mamparos provocando grietas cuyo sellado temporal nadie había convertido en permanente.

Estaba iluminada con constelaciones de lucecitas magnéticas de colores distribuidas en grupos por el techo y las paredes, y había una superficie de descanso adaptativa al puro estilo de los espaciales: millones de celdas de espuma con sensores, como un ser vivo que abrazara y sostuviera siguiendo los dictados de un algoritmo que anticipaba los movimientos y las hacía retorcerse de una forma que era a la vez inquietante y maravillosa.

Seth estaba ya recostado en calzoncillos, bebiendo tequila de líquenes de una de las peras de cristal que estaban por todas partes en Thetford, aunque Gretyl no había conocido todavía al prolífico soplador de vidrio.

Seth movió la pera con un gesto cansado y saludó. Tam, imitando a un sargento de instrucción, le ladró que se recompusiera y mostrara a la invitada la hospitalidad debida. Seth se puso de pie, encontró alcohol y otra pera (alargada como una lágrima, tintada de remolinos azul cianótico y un naranja rojizo de óxido) y le sirvió. Gretyl esbozó un gesto de rechazo, pero entonces captó el olor y se lo pensó.

¡A la mierda! Le dio un trago abrasador, lo paseó por la boca, que conservaba un mal regusto, y lo dejó caer lentamente por la garganta reseca.

—Toallas calientes —ordenó Tam chasqueando los dedos.

Seth respondió con un gruñido fingido, pero se ató los cordones de los pantalones y salió.

—No hace falta que... —dijo Gretyl.

—Uy, claro que hace falta —respondió Tam tapándose la nariz.

Gretyl se encogió de hombros. Posiblemente era cierto que apestaba: el *onsen* del B&B quedaba ya lejos y las semanas bajo tierra después del bombardeo de la UA la habían acostumbrado a un olor corporal mínimo que cumplía con todos los estereotipos que tenían en por defecto de los apestosos andantes.

Tam consultó su interfaz y rebuscó en baúles encajados en un espacio al que solo se podía acceder de rodillas. Salió con un par de batas de algo parecido a la seda y le lanzó una a Gretyl. Empujaron de una patada la ropa sucia a la pila considerable que ya tenía Seth, se enfundaron las batas y se derrumbaron sobre la cama.

Seth entró con un cajón hermético con ruedas. Le quitó la tapa, que liberó un vapor fragante. Había duchas en el

complejo de los espaciales, pero la superpoblación había llevado a todos a consultar las wikis en busca de alternativas que pudieran ofrecer otros andantes. Las toallas eran lo mejor. No era fácil lavarse con ellas, pero para la mayoría de los andantes la dificultad era un atributo, no un problema.

Seth se dejó caer entre las dos:

—Venga, estoy listo.

Tam le dio un puñetazo en el brazo (Gretyl vio que había dejado el nudillo del dedo corazón levantado para clavarlo en pleno bíceps).

—Ni. De. Co. Ña.

Seth se frotó el brazo.

—Ay.

—Efectivamente —dijo Tam—: ay. ¿Quieres otro?

Tam volvió a cerrar el puño. Gretyl vio que los dos intentaban contener una sonrisa. Amor juvenil.

—Vale. ¿Quién va primero?

—La invitada primero —respondió Tam.

Gretyl quería oponerse, pero tumbada en la cama, envuelta en la suave bata, agotadas sus últimas fuerzas...

Con un gruñido —fingido en esta ocasión—, se retiró la bata moviendo los hombros y notó cómo se le erizaba la piel cuando el aire recirculado la besó.

La primera toalla —pesada, empapada y fragante— entró en contacto con su espalda con un latigazo húmedo al que siguió un calor en expansión que era como una lengua lánguida. Acto seguido se sumó otra, manejada por Tam, en las piernas. Tam le frotó los doloridos y tensos tendones de las corvas. Las cuatro manos la frotaban con aquella sensación de calor, rascando los músculos doloridos, con pulgares sabios y nudillos fuertes, utilizando los codos en los nudos más obstinados. Donde resbalaba una toalla, la piel mojada se estremecía con las corrientes de aire.

De pronto ya le estaban pidiendo que se diera la vuelta. Se pusieron en la parte delantera, repasando los músculos abdominales, los muslos, la mandíbula apretada, la cabeza. Las toallas estaban empapadas de salvia y pino. El olor inundaba la habitación. Gretyl se adormilaba, entregada a tantas atenciones, y de pronto espabilaba cuando un nudillo localizaba un punto dolorido.

Luego le llegó el turno a Tam. Había más toallas calientes en el cajón. Seth encontró la interfaz de un termostato y subió la temperatura. Gretyl prefirió no volver a ponerse la bata, lo que facilitaba las cosas a la hora de repasar con las toallas calientes las escuálidas piernas y la huesuda espalda de Tam. Seth fue a buscar más jugo de líquenes y derramó

un poco en la mano de Tam, que se lamió los dedos. El sabor a salvia y pino era increíble y se lo hizo saber. Se mojaron los dedos con el alcohol, se los lamieron y todos estuvieron de acuerdo. También se relajaron un poco achispados. Y melosos.

Cuando llegó el momento de Seth, el calor, la humedad y el alcohol tenían la habitación más empañada que un baño turco. Había toallas secas en un compartimento con un calentador propio. Salieron calentitas y mullidas como gatitos. Entrelazados, se metieron debajo de las sábanas.

Gretyl estaba maravillada por la sensación de paz, con esa intimidad que era asexual y sensual al mismo tiempo. Era infantil, una sensación de antes del sexo, o tal vez la sensación de alguien muy mayor, más allá del sexo. Todo estaba en paz.

Pero entonces, ¿por qué lloraba?

Las lágrimas llevaban un tiempo deslizándose en silencio por sus mejillas. Se dio cuenta porque se acumulaban en los oídos y resbalaban por el cuello. Una vez se había cortado la mano con un cuchillo de cocina y por un momento había mirado fijamente la sangre que salía con cada latido; entendía lo que sucedía, pero no lo sentía, hasta que el dolor se abalanzó sobre ella con una intensidad radiactiva y la inmediatez de un rayo. Había gritado por la sorpresa: no por la herida, sino por la repentina aparición del dolor.

Le sucedía lo mismo en aquella habitación: la herida visible, el dolor que aparecía después. Tragó saliva, sollozó y entonces estalló con estrépito, doblándose como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. El dolor era incontenible. Contra el suelo se estrellaron todo el miedo y la tristeza por su amante, todo lo que había enterrado.

Seth fue el primero en entenderlo; la envolvió con sus brazos y empezó a murmurar: «chsss, chsss», y a acunarla. Tam fue más lenta en reaccionar, pero tomó a Gretyl de las manos y se las apretó mientras decía: «No pasa nada, déjalo salir». Gretyl estaba tan sumida en su dolor que ni le molestó que Tam ejerciera de madre.

El dolor arrasaba con todo. El aullido, como el de una sirena, nublaba cualquier pensamiento coherente. Se redujo hasta el punto en el que fue capaz de oír sus propios pensamientos. El primero de ellos era el pavor a que Iceweasel no regresara nunca. Su padre y su familia la convertirían en una zota.

Pasó la tormenta, las oleadas de lágrimas se convirtieron en arroyuelos. Le picaban los ojos y le dolía la tripa. Se desenredó, dejó caer las piernas por el lateral de la cama y metió la cabeza entre las manos.

—¿Qué estamos haciendo?

—¿Te refieres a qué estamos haciendo en general o específicamente aquí y ahora? —dijo Seth.

Gretyl notó que Tam estiraba una mano y lo pellizcaba

—Perdón, no tiene gracia —se disculpó Seth.

—Nunca tienes gracia —le respondió Tam—, ese es el problema.

—Ay.

Gretyl levantó la vista, se enroscó la bata y se levantó para salir. Inmediatamente se golpeó un dedo del pie en el frío y desigual suelo. Dio un alarido, volvió a sentarse y empezó a frotarse el dedo.

—Tengo una respuesta, ¿sabes? —dijo Seth.

—¿A qué?

—A lo que estamos haciendo.

Con un suspiro, Tam dijo:

—Adelante. Si a Gretyl no le importa...

Gretyl negó con la cabeza. Sentía afecto por aquellas dos personas cariñosas, dulces y rotas.

—Cuando era niño y oía hablar de los andantes, siempre me parecían de un optimismo desquiciado: si alguna vez amenazaran por defecto en serio, los aplastarían. Era ingenuo pensar que por defecto pudiera coexistir pacíficamente con ninguna otra cosa. ¿Cómo iba a hacerlo? Si la excusa para poner a un puñado de cabrones ricos al mando del mundo era que sin ellos nos moriríamos de hambre, ¿cómo iban a permitir que la gente viviera sin su firme pero amoroso liderazgo?

»Me consideraba realista. La realidad tenía una tendencia bien conocida al pesimismo, lo que me convirtió en pesimista. Me gustaba la idea de echar a andar, pero yo estaba ya al otro lado.

Tam le apretó la mano y dijo:

—Entonces te pusiste a seguir a una niña rica que estaba muy buena por el bosque y todo cambió. Esta ya me la sé.

—No la parte importante, porque solo la entendí cuando llegamos a Thetford.

Seth hizo una pausa. Gretyl pensó que se estaba poniendo dramático, pero en realidad estaba dando forma a sus ideas, su rostro traslucía en la escasa luz una vulnerabilidad nada propia de él. Gretyl quería oír qué iba a decir. Tal vez hubiera descubierto algo importante.

—Si tu barco naufraga en mar abierto, no abandonas y te hundes. Pataleas en el agua, te aferras a un palo, algo, haces algo. —Seth guardó silencio y se retorció las manos—. Desde una perspectiva realista, si estás en mitad del mar, se acabó. Pero pataleas en el agua hasta que no eres capaz de dar una brazada más. No porque seas optimista. Si encuestaras a diez náufragos al azar que estuvieran pataleando en mar abierto, todos te dirían que no son optimistas.

»Esperanza, lo que tienen es esperanza. O al menos no la han perdido por completo, no están desesperanzados. No se rinden porque eso significa morir, y la gente viva puede a veces cambiar de circunstancias, pero la gente muerta no puede cambiar una mierda.

»No he naufragado nunca en mitad del mar, pero creo, que si tu compañero fuera más débil que tú y fueras tú quien lo estuviera sosteniendo, bracearías con la misma fuerza porque tendrías esperanza por los dos. Porque abandonar la esperanza por otra persona es todavía más duro que abandonarla por ti.

»Ahora soy andante, me han disparado y me han echado de mi casa, pero no puedo imaginarme volviendo a pordefecto, porque pordefecto es el fondo del mar y ser andante es un palo que flota al que nos podemos aferrar. A pordefecto no le servimos para nada, salvo como competencia de otros que tampoco son zotas, alguien que hará el trabajo de otra persona si se pone demasiado

arrogante y exige ser tratada como un ser humano en lugar de como un coste marginal. En lo que a las necesidades de pordefecto respecta, somos excedentes. Si pudieran, nos hundirían.

»Así que lo que estamos haciendo, Gretyl, es ejercer la esperanza. Es lo único que puedes hacer cuando la situación demanda pesimismo. La mayoría de la gente que tiene esperanza ve sus esperanzas frustradas. Eso es realismo, pero todos aquellos cuyas esperanzas no se vieron frustradas ¡empezaron teniendo esperanza! La esperanza es el precio de acceso. Sigue siendo una lotería con unas probabilidades de mierda, pero al menos es nuestra lotería. Patalear en el agua en pordefecto pensando que te podrías convertir en un zota es jugar a una lotería que no puedes ganar y cuyos ganadores, los zotas, siguen imponiéndose a tu costa porque tú sigues jugando. La esperanza es lo que estamos haciendo. Ejercer la esperanza, patalear en el agua en mar abierto sin auxilio a la vista.

—Vamos, básicamente: vivir como si fueran los primeros días de una nación mejor... —dijo Gretyl, que, no obstante, sonreía.

—Ese tipo de cinismo irónico es cosa mía. Y lo sabes.

—Es divertido ser una mamona.

Seth respondió con una sonrisa:

—¿Verdad que sí?

—Pues es la esperanza, vale. Pero... —Gretyl dejó escapar un suspiro.

Tam llevó tequila de líquenes. Pensó por un momento que era mala costumbre utilizar el alcohol para gestionar la angustia. Bebió de la pera. Era una quemazón agradable.

—Iceweasel... —dijo Gretyl.

—Pobre Iceweasel —respondió Tam—. ¿Has tenido noticias de Dis?

—No. No quiero romper el protocolo de seguridad. Cada vez que la llamo aumentan las posibilidades de que la descubran. Me dijo que se pondría en contacto cuando cambiaran las cosas, cuando hubiera algo que yo pudiera hacer. Pero no ha llamado.

—Vamos a llamarla. A la mierda el protocolo. No la descubrieron cuando se coló en su red, ¿qué puede suponer una sesión de red más?

—No me parece...

—Vamos —dijo Seth—. Si la tienen presa, es una puta mierda. Es nuestra amiga, se está hundiendo bajo las olas, tenemos que rescatarla.

—¿Rescatarla? Eso es una locura, Seth. Está en un puto complejo armado.

—Yo me lanzaría a aguas infestadas de tiburones para salvar a Tam.

Gretyl miró para ver si estaba haciéndose el gracioso, pero tenía el gesto serio.

—No seas imbécil, Seth. ¿No te parece que Gretyl ya se ha castigado lo suficiente por no presentarse como Rambo en las mazmorras del papaíto de Iceweasel? Es una misión suicida.

—Lo era. Era una misión suicida sin la ayuda de Dis. Ahora solo es una locura. Venga, ¿queréis vivir para siempre o qué?

—Vamos a llamar primero —dijo Tam—. Por lo poco que sabemos, Dis podría estar en posición de sacarla sin que le peguen un tiro a nadie.

Poner a Dis al teléfono no era fácil. Había una copia montada en el clúster de los espaciales (a esas alturas, montar una copia de Dis era condición previa para ser tomado en serio como grupo andante), pero era lenta y estaba muy demandada. Los espaciales la utilizaban en su investigación para el proyecto de las simulaciones en microsátélites, y la tropa de la universidad la utilizaba para mantener el juego de escáneres baratos sincronizados y conseguir la capacidad de computación necesaria para

interpolan registros con baja precisión a una resolución muy alta, bases de datos de alta precisión que convertían todas las partes relevantes de una persona en un archivo digital.

La Dis de Thetford no sabía nada de su copia hermana del sótano de Jacob Redwater, pero aquella Dis había dejado a Gretyl una carta dirigida a otras copias codificada con una clave protegida por la contraseña privada que Dis había utilizado en vida. La Dis de Thetford aceptó el archivo, lo descriptó y reflexionó un instante computacional.

—Esto es una locura.

—Pues sí —respondió Gretyl.

—¿Qué parte? —dijo Seth.

—Todo. Secuestro, infiltración, suplantación. Es terrible. Es terrorífico. También es genial lo de colarse en el sistema.

—Oh, cuánta humildad.

Seth continuaba con su humor, pero Gretyl notó que aquello había fastidiado a Dis. Seth no la había conocido en vida, por lo que para él era esa oráculo transhumana omnipresente. Cuando Gretyl oía la voz de Dis, imaginaba a la compañera con la que había trabajado, la forma en la que movía las manos y se paseaba cuando conversaba, sentía la presencia física de su amiga a través de una ilusión mental

tan elaborada que parecía que podría estirar los brazos y abrazarla.

—Pues no —respondió Dis—. Eso no lo hice yo-yo. Fue otra yo-Dis. La lengua necesita pronombres nuevos. Otra yo-Dis y yo somos y no somos la misma persona, y los logros que resulta que estoy alabando no son logros con los que yo-yo tenga nada que ver, así que no me estoy dorando mi propia píldora, solo admiro el trabajo de una compañera muy cercana. Aunque yo podría haber hecho lo mismo, por supuesto.

—Por supuesto —respondió Seth.

Gretyl constató que la lógica de hablar con Dis a través del espejo había hechizado a Seth.

Tam intervino:

—Oye, no seas un capullo con la inmortal señora muerta simulada. Es de mala educación.

Gretyl no sabía si Tam y Dis se habían llevado bien, pero tenía la sensación de que algo debió de haber entre ellas.

—Eres de lo más cariñosa —respondió Dis—. Bueno, ¿y si llamamos por teléfono?

—Por favor —dijo Gretyl.

Aquellas dos palabras habían sido pronunciadas más alto y con más contundencia de la pretendida. Le sudaban las manos y el corazón le zumbaba en los oídos. ¿Quizá hasta podría hablar con Iceweasel?

Un momento, luego un extraño sonido del altavoz, otro momento. Y luego:

—Hola, hola.

—¿No ha habido forma de contactar? —dijo Gretyl, ahogándose en la frustración.

—¿El qué? Ah, no, soy yo: Dis. Quiero decir: la que está en la casa del padre de Natalie.

—Yo también estoy aquí.

—Esto es demasiado friki —dijo Tam.

—Me bajo una octava —dijo una de las Dis con una voz más grave.

La otra respondió:

—Qué raro es esto, chaval.

—¿Cuál es cuál? —A Gretyl le daba vueltas la cabeza.

—Yo soy la local —dijo la Dis de voz grave.

—Yo soy la que está sobre el terreno —respondió la otra.

Tam asumió el mando:

—Vale, os voy a llamar «local» y «remota» en esta conversación. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondieron las dos voces en el mismo instante.

Gretyl pensó en su propia copia de seguridad, almacenada por el momento, y se preguntó cómo sería conversar con ella. O con múltiples copias de ella. La idea era mareante, y aunque la posibilidad se había planteado muchas veces a lo largo de los años, nunca había estado tan cerca.

—Remota, ¿qué pasa con Iceweasel?

—La desataron hace tres días. Ha estado haciendo ejercicios isométricos siempre que no estaban por aquí, pero sigue débil. Se quedó sin conocimiento diez días. Le están dando sedantes con la comida. Tienen hipnóticos almacenados, pero no puedo saber si los van a utilizar: es una historia con varias facciones, la madre y el padre no están de acuerdo en la manera de proceder. El desacuerdo tiene tanto que ver con su dinámica matrimonial de mierda como con sus sentimientos por la hija.

»Emocionalmente no está en muy buen estado de forma, ni siquiera con los sedantes. Está enfadada, con

sentimientos muy encontrados con respecto a sus padres. Cuando es la madre la que la visita, pasa del afecto, o tal vez la pena, a una dinámica madre-hija de odio muy afilada.

—Porque su madre es cómplice del secuestro —dijo Tam.

—Claro, por el secuestro. Pensaba que no había ni que mencionarlo.

—Solo intento que todo esté claro.

—Claro como el agua. Estoy ya completamente metida en su red. He actualizado el *firmware* de todos los elementos conectados a la red de la habitación de seguridad y he dejado una puerta de atrás. La única forma de sacarme sería quemarlo todo y empezar de nuevo. Está completamente aislada de la red de la casa. Hay media docena de sensores fuera de la habitación del pánico: óptico, sonido, radiación, calidad del aire... No estoy segura, pero me parece que están ligados al dispositivo de la red de la casa. Tal vez se trate de sensores de la red de la casa manipulados para permitir un segundo flujo de datos hacia la habitación. Podría haber alguna forma de colarse en esos sensores y utilizarlos para meterse dentro de la red de la casa, pero me preocupa que termine alertando al sistema de detección de intrusiones y quede todo al descubierto, así que me he mantenido al margen.

»Por lo que veo con los sensores, me parece que solo hay un gorila al cargo de la seguridad a tiempo completo, una mujer que podría haber formado parte del equipo que secuestró a Natalie: así la llaman. Intuyo esto por conversaciones que he oído entre Natalie y su familia. Hay también un auxiliar sanitario y una asistente administrativa que hace de recadera con la comida y los medicamentos. Lo tienen todo a muy pequeña escala, que tiene sentido desde una perspectiva de secretismo y seguridad. Aparte de ellos, las únicas personas que entran o salen de la habitación del pánico son la madre, el padre y la hermana.

—¿Todo está en la misma habitación? —preguntó Gretyl.

—No, el refugio es un complejo: dos entradas, una desde la casa y otra a través de un túnel que lleva al exterior. Hay tres habitaciones, aparte del túnel: un vestíbulo, la habitación que utilizan de sala de control y la habitación de Natalie. La de Natalie tiene sus propias puertas con cierre hermético y un sistema independiente de electricidad y de aire: está hecha para ser inexpugnable, seguridad máxima. Hay un baño en la habitación de Natalie y un baño químico medio escondido con una pantalla improvisada en la sala de control. La chica de los recados lo vacía: tiene una garrafa que se saca. La veo cambiarla un par de veces al día y pone unas caras de concurso, aunque los otros le dan la paliza insistiendo en que no huele a nada. Todo el mundo piensa que su mierda no apesta.

—¿Qué le están haciendo a Iceweasel? —preguntó Tam.

Gretyl estaba todavía digiriendo la información, intentando hacerse una imagen mental. Primero pensó que tenía que pedir a Remota un juego de fotos y de planos, luego se imaginó viendo una imagen de Iceweasel (¡de Natalie!) esquelética y drogada y el corazón le dio un vuelco.

—Creo que el plan del padre era traer a alguien para que le lavara el cerebro: hay suministros y drogas almacenadas que cuadran con esa hipótesis. Por las conversaciones que ha mantenido con su mujercita en la sala de control, ella lo vetó, pero el papaíto está descontento y ha puesto algún tipo de ultimátum. No tengo más detalles porque no hablan delante del servicio, y el servicio no tiene dónde ir, aparte de la habitación de Natalie. Esto que os cuento son cosas que se sisean el uno al otro en momentos puntuales.

»La mamaíta querida viene de visita todos los días, y también la hermanita, pero van cada una por su lado. La madre desayuna con Natalie, habla con ella de los viejos tiempos y cuenta historias que a Natalie le resultan indiferentes u hostiles. La señora pone cara valiente, pero le leo la respiración y el pulso y Natalie la fastidia. Es buena. Tiene mucha práctica.

»La hermanita lo hace mejor, consigue que Natalie le cuente historias de andantes y no la juzga. —Ante este

comentario de Dis, Seth resopló—. Se compadece de ella por lo terribles que son papá y mamá.

—¿Y qué pasa con la huida? —dijo Gretyl. Aquella era la pregunta que se moría por hacer.

—¿Qué pasa de qué?

Gretyl hizo un ruido ahogado. Parecía que Dis mareaba la perdiz, pero ¿era eso en realidad? Aquella no era la persona que Gretyl había conocido; tal vez no fuera una persona en absoluto. Había superado una experiencia dramática —asesinada, recuperada, bifurcada, ramificada y simulada— y existía en un estado programáticamente limitado para evitar que pensara determinadas cosas. ¿Quién podía saber qué otras emociones estaban también sofocadas porque se solapaban con las crisis existenciales? Tal vez la angustia y la empatía eran elementos enlazados y extinguir una suponía extinguir las dos.

—¿Qué hay de ayudarla a escapar de la familia y volver aquí?

—Ah.

—¿Y?

—Lo he comentado con ella. Le gustaría, pero lo contempla como una posibilidad remota. Puedo abrir el refugio, incluso impedir a los demás que entren mientras

ella utiliza el túnel. Pero ¿ir de Toronto a algún sitio donde no llegue el alcance de sus padres? Eso es una operación militar encubierta, no es escaparse de casa.

Gretyl se obligó a respirar hondo y alejar la desesperación. Por eso no había preguntado antes, porque ya había previsto esa respuesta.

—Pero ¿puedes sacarla?... Quiero decir: ¿puedes sacarla de la casa?

—Sí. Tiene ropa y su hermana calza el mismo número que ella. Asumiendo que pudiera conseguir los zapatos de su hermana, podría salir libre, aunque iba a pasar un frío de la leche. No hay forma de conseguirle un abrigo de invierno.

Local intervino con voz grave:

—Una pena que no podamos conseguirle un traje espacial.

Remota se frenó y Gretyl tuvo la sensación de que estaba intercambiando datos con Local.

—Eso sería perfecto, pero es hacerse ilusiones.

Tam las cortó:

—Da igual. Saber lo que es posible es importante, saber lo que es imposible nos indica en qué tenemos que trabajar ahora.

—La esperanza —apuntó Seth.

—Patalear en el agua —siguió Tam, que apretó la mano de Gretyl.

—¡Ay! —exclamó entonces Remota—. ¡Mierda!

—¿Qué?

—Otra pelea con el padre. Una de sus visitas. Estaba intentando convencerla de que los andantes son como él, unos codiciosos de mierda. Naturalmente, ella lo ha mandado a tomar por culo y él ha empezado a rajarse de Limpopo. Sabe mucho de ella, mucho, cosas de su pasado que yo no había oído nunca, algunas feas. Natalie lo ha llevado bien, pero es frágil y él ha seguido presionando hasta que ella ha saltado y se le ha echado encima, físicamente. El padre ha utilizado el botón de sumisión...

—¿Qué?

—Le tienen puesto un brazalete de tortura; un tipo de arma no letal que utilizan en las cárceles psiquiátricas y en los centros de detención de solicitantes de asilo. Cosas de cagarse encima. Están bien protegidas para evitar cualquier manipulación. Hay una caja entera en el almacén del refugio, un puto horror.

—¿En serio? —respondió Tam—. ¿Para qué necesitas armas de sumisión en una habitación del pánico que supuestamente solo conoce tu familia?

Seth sacudió la cabeza.

—Yo conocí al tipo ese. Me juego algo a que tiene fantasías de capitán de bote salvavidas en las que tiene que mantener a todo el mundo a raya por su propio bien, ya sabéis, como en *Farnham*.

—Uf, yo no soportaba ese programa.

—Nadie lo soporta.

—Nadie que no sea zota. —Seth se llevó la mano a la frente en un brusco saludo militar—. ¡Sí, señor, Farnham, señor, y permítame que le agradezca, señor, que nos haya ayudado a sobrevivir a este terrible desastre gracias a su sensatez sobrehumana y a su condición de copo de nieve especial!

A Gretyl se le cortó la respiración. No había visto un brazalete de sumisión, pero sí que había sufrido un ataque con un arma de sumisión durante una huelga no autorizada de profesores adjuntos en Cornell, cuando la policía del campus entró en el patio con vehículos acorazados, impidió que nadie saliera de allí y empezó a disparar a todo el que supuso que ejercía de líder. Gretyl no había formado parte de los piquetes, pero se había parado a discutir la situación con una *boi* que había sido estudiante de grado con ella.

Siempre había tenido instinto para elegir sus batallas, y Gretyl quería oír lo que tenía que decir.

Supuso que, para los polis de la universidad, cualquiera con canas era cabecilla (ella era la persona más mayor presente en el patio con una diferencia de al menos diez años). Le dispararon. El dolor apareció en dos oleadas, primero una sensación punzante, seca, por todo el cuerpo, como recibir una descarga eléctrica con un cable suelto. Dolía, pero no resultaba debilitante. Más tarde descubrió que aquella era la «etapa cariñosa» del arma y que se suponía que servía para parar a los objetivos en seco, pero dejándolos con la suficiente coherencia para entender las órdenes que se les gritaran.

Dejó de hablar y empezó a buscar como loca la fuente de su dolor, vio a una poli con casco en la torreta de un vehículo blindado, tenía un ojo cubierto con una protuberante mirilla telescópica y torcía el gesto, impasible, mientras apuntaba con el arma al cuerpo de Gretyl. Aquel aparato seguía de manera automática a sus objetivos, dando forma al pulso eléctrico para mantenerlo centrado mientras el objetivo se sacudía y se retorció de dolor.

Nadie le gritó ninguna orden. Segundos más tarde, el dolor floreció como un millar de cuchillas que brotaran de su piel todas a la vez, por todas partes. No había palabras para describirlo. No cedía ni un ápice, alcanzaba el nivel más alto posible y luego se acentuaba. Era inimaginable. Su

estudiante rápidamente entendió lo que estaba sucediendo, tiró la mochila en la que el piquete tenía sus cosas, se hizo con una sábana y se la echó encima. El dolor chisporroteaba, se encendía y se apagaba, y luego paró, aunque su cuerpo seguía sufriendo contracciones nerviosas (la valentía le costó cara a elle: fue el siguiente objetivo de la francotiradora y Gretyl necesitó una eternidad para recuperarse lo suficiente y echarle la sábana por encima).

Pensar en Iceweasel con una de esas pulseras —su padre con un dedo en el botón— hizo que aparecieran en tromba los recuerdos de aquel día. Gretyl quería llorar.

Gradualmente, Seth y Tam fueron conscientes de su malestar y dejaron de bromear.

—Oye —le dijo Tam—. Sé fuerte. Vamos a solucionar esto.

—Claro. —Seth sonaba menos convencido, a pesar de su discurso sobre la esperanza—. Esta es una situación temporal.

—¿Cómo está? —preguntó Gretyl, que se alarmó cuando vio lo débil que sonaba su voz.

Remota se dio cuenta también. Su voz perdió frivolidad.

—Está descansando. Encerrada en sí misma —respondió Dis, que a continuación dijo—: ¿Te gustaría hablar con ella?

—¿Puedo?

Solo de pensarlo, a Gretyl le empezó a retumbar el corazón.

—Un segundo.

Gretyl percibió un tic en la voz de Remota. Cuando terminó de hablar, el sonido se cortó con excesiva perfección en la última sílaba, con un tijeretazo limpio al final de la onda sonora, sin el silbido del micrófono abierto mientras el algoritmo de duplicación del sonido se aseguraba completamente de que el esquivo humano había terminado y no estaba simplemente distraído. Cuando se conversaba con alguien alojado en una máquina, los metadatos se convertían en datos. Gretyl pensó cómo sonaría una conversación entre Remota y Local, pero entonces entendió que no utilizarían el sonido de ninguna de las maneras, y luego comprendió que estaba intentando distraerse del hecho de que estaba a punto de hablar con...

—Vale, ponlos —la voz era débil.

—¡Tía! —dijo Seth—. ¿Cómo te va en la cárcel?

Tam le dio un puñetazo. Seth soltó un gruñido.

—Eres un capullo, Seth —dijo Iceweasel.

—Pero soy un bribón adorable, eso tienes que admitirlo.

—Lo admito. —A Iceweasel le temblaba la voz.

—¿Cómo lo estás llevando, cariño? —dijo Tam.

—Yo, eh... —Una pausa, un suspiro acompañado de un estremecimiento—. Tengo miedo. No veo por qué iban a dejarme salir de aquí ahora.

—Te sacaremos nosotros —dijo Gretyl, a la que sorprendieron sus propias palabras.

—¿Gretyl? —La voz de Iceweasel tembló más todavía, quebrándose en la segunda sílaba.

—Te quiero —estalló Gretyl con lágrimas en las mejillas—. Te quiero, Iceweasel. Vamos a ir a buscarte. Sé fuerte.

—Ay, Gretyl —respondió Iceweasel, que lloraba ya abiertamente.

Gretyl lloraba también. Los demás esperaban guardando un respetuoso silencio.

—Lo peor... —empezó a decir Iceweasel, a la que volvieron a callar las lágrimas—. Lo peor es que se termina haciendo tan normal... Como si llevara enferma mucho tiempo y estuviera en un hospital recuperándome. Hay veces en las que no consigo recordar...

—Yo no te olvidaré.

A Gretyl se le estremeció el pecho al pensar en las horas que había pasado sin que Iceweasel se le cruzara siquiera por la cabeza: trabajando con el motor, la tozudez embrutecida del mundo material, la incomodidad del traje y de la meteorología, estar ocupada resolviendo el puzle mecánico de la máquina atacada. Centrar la cabeza sentaba bien. Era liberarse de la pena con la que tanto tiempo había cargado.

—Pero... —siguió diciendo Gretyl, a la que los sollozos no la dejaban hablar—. Pero... —Por fin consiguió controlar la respiración—. Si facilita las cosas..., si hace que te duela menos, no pasa nada porque nos olvides. Porque me olvides. Si consigues encontrar una forma de ser feliz, a mí no me dolerá. —Gretyl pensó: *¿Que no?*—. Lo entenderé. —Gretyl se dijo: *Porque tú lo entiendes también*—. No pasa nada.

No se oyó respuesta, luego unos sollozos, después nada otra vez. Y entonces:

—No me voy a olvidar nunca. Nunca voy a estar bien. Si me muero aquí, me moriré pensando en ti.

—No te mueras —soltó Gretyl—. Aguanta.

—Aguantaré.

El mundo de Gretyl quedó reducido a las dos: cerebros en contacto a través del espacio, atravesando paredes,

transcendiendo el canal establecido por las Dis simuladas. Era como si se estuvieran tocando de nuevo.

—Te...

—Sí —respondió Iceweasel—. Sí. Yo también. Tú también.

—Sí.

Un peso terrible desapareció de los hombros de Gretyl.

—Eh... —las interrumpió Remota.

—¿Sí? —respondieron al unísono, todavía sincronizadas.

—Puedo sacarte por el túnel. Puedo incluso conseguirte unos zapatos, pero no te puedo ayudar una vez que estés fuera.

—Lo sé —dijo Iceweasel.

—Vamos a intentar encontrar algo —dijo Gretyl—. Vamos a por defecto mañana, a una reserva de las Primeras Naciones, vamos a entregar... Da igual lo que vayamos a entregar. Estaremos allí un día o dos. Luego todo el mundo vendrá aquí, de todas partes, para... —Gretyl tragó saliva—. Una fiesta.

Gretyl sentía que estaba traicionando a Iceweasel.

—¿Me puedes conectar?

—¿Qué?

—A la fiesta. ¿Me puedes conectar?

—No es buena idea en términos de seguridad —dijo Remota—. Cada vez que abrimos un canal al mundo, hay una posibilidad de que alguien se dé cuenta del tráfico de datos.

—Pensaba que tenías dominada toda la red.

—Sí, pero está el otro lado del río. Tengo los contratos de conexión aquí, léelos. Son con una subsidiaria Redwater, uno de tus primos, los de primer nivel. Son para otra propiedad Redwater, un sitio al otro lado del barranco que utilizan de almacén de seguridad, y hay un enlace de microondas punto a punto con respaldo láser en el campo visual, de manera que cualquiera que utilizara el contrato para saber qué edificio atacar para secuestrar a Jacob y a su familia se encontraría a trescientos metros de distancia en un edificio con vigilancia a distancia y sorpresas muy desagradables.

»El operador del otro lado tiene que pasar un sistema de detección de intrusiones. Es un operativo de seguridad básico. Es tolerante, no se volvió loco cuando tu padre llevó a su equipo, pero cuanto más tráfico anómalo generemos, más alta será la posibilidad de que haga saltar una alarma en algún centro de seguridad y desencadene una alerta para la gente de tu padre, y entonces...

—Lo entiendo —dijo Iceweasel, que se estremeció de nuevo con un suspiro. Gretyl veía lo cerca que estaba Iceweasel de romper a llorar, las lágrimas se asomaron de nuevo a sus ojos—. Me quedaría sola otra vez y esa fiesta sí que iría en serio. No creo que la seguridad de mi padre sepa lo que está pasando aquí. Conozco a ese tipo. Lleva cosas más fuertes que esta. Mi padre se trajo a especialistas, a gente que lava el cerebro a niñas ricas que se unen a la secta de los andantes. Es alguien que insiste en llevar las cosas a su manera.

—Estoy bastante segura de que tienes razón —dijo Remota—. Encaja con las pruebas que tenemos. No podemos asumir que tu padre le dijera a su seguridad que no se preocupe por las alertas. Incluso si el jefe de su seguridad no sabe qué está haciendo tu padre en sus mazmorras, tiene que saber que algo está pasando. —Remota se detuvo—. No sé si...

—¿Qué? —preguntó Local.

Gretyl tuvo un momento de desorientación. Había empezado a pensar en ellas como facetas de una misma persona, que lo eran, pero no en el sentido de que las dos tuvieran los mismos conocimientos. Remota podía pensar algo y Local no tendría forma de saberlo hasta que no se lo comunicara.

—Jacob Redwater no es el zota más terrible, ni siquiera está en el nivel superior, pero es rico y despiadado. No me lo puedo imaginar abandonando su pequeño refugio sin tener otro. Me juego algo a que hay otro sitio como este pero 2.0...

—¿Has oído a alguien comentarlo? ¿Has visto tráfico de datos?

—No, pero si existe, tal vez lo podríamos utilizar.

—Ponlo en la lista —respondió Local, que parecía irritada, lo que también suponía un dolor de cabeza para Gretyl. Podía enfadarse consigo misma. ¿Por qué iba a dejar de ser así cuando hubiera múltiples copias de sí misma?—. Ya volverás a pensarlo más tarde.

—Vienen. Jacob y su seguridad, esa mercenaria...

Silencio.

Tam tomó a Gretyl de la mano. No había tenido ocasión de decir adiós, de decirle a Iceweasel otra vez que la quería.

[IV, x]

La última vez que lo había visto, su padre había salido de la habitación con una furia evidente y poco habitual. Por norma general mantenía una actitud fría y solo dejaba que la rabia emergiera en forma de tono de voz peligrosamente calmado. Cuando el rostro de Jacob Redwater se convertía en una máscara rabiosa, levantaba la voz y apretaba los puños, estaba en el punto de fractura.

En el pasado, Natalie habría temblado solo de pensarlo. Su madre siempre le insistía en que Jacob Redwater era bueno y paciente, si bien no un hombre al que guardara especial afecto. Natalie y Cordelia estaban en buenas manos con él. Todo lo que hicieran que lo llevara a estallar era culpa de ellas.

Esta vez no podía darle más igual que estuviera rabioso. Natalie había caído al suelo intentando gritar mientras sentía la piel quemarse y los músculos contraerse, un ataque de dolor que eclipsaba cualquier emoción que no fuera la compasión por sí misma y una furia creciente.

Jacob se había cambiado de ropa. Llevaba prendas a medida propias del fin de semana: una suave camisa de franela y vaqueros que escondían su incipiente panza (a

menos que supieras verla). Olía a su jabón de sándalo. Se había duchado, se había relajado y había llevado consigo a la mercenaria, que estaba a una distancia que podía cubrir con solo estirar un brazo y ligeramente adelantada, con el cuerpo en cierta medida orientado hacia Natalie, impasible pero alerta.

—Hay cosas que tienes que saber de tus amigos, cosas que tal vez te ayuden a entender lo que está pasando aquí.

—¿Esto es parte del programa? ¿Te ha dado tu consultor de secuestros un listado de diez pasos para mi desprogramación y este es el nivel seis?

Exasperado, Jacob sacudió la cabeza.

—¿Es que no puedes parar? Quiero tener una conversación entre adultos y presentar pruebas. Creo que, una vez que las veas, entenderás...

—Los adultos no tienen discusiones racionales que impliquen el secuestro y la coacción. Los términos los fijaste tú cuando enviaste a esta para que me arrastrara hasta aquí. Cuando me ataste. Cuando utilizaste eso conmigo. ¡Conmigo!

Jacob miró a la mercenaria con el rubor extendiéndose lentamente por sus mejillas. Natalie sabía, gracias a Dis, que las cámaras de su habitación proyectaban las imágenes en la sala de control también cuando su padre entraba, de

manera que la mercenaria, el auxiliar sanitario y cualquiera que estuviera allí lo oían y lo veían todo. Ser un padre que utilizaba la pulsera del dolor contra su hija no era propio de Jacob Redwater. Le gustaba caer bien. Caía bien: era guapo, tenía una sonrisa fácil y una enorme confianza en sí mismo. Natalie había visto a amigos suyos caer hechizados por él, confundir su simpatía con amistad. Era halagador que se hiciera tu amigo un zota con poder que sabía escucharte de verdad, con una intensidad que dejaba claro que estaba interesado en ti, solo en ti.

En el caso de Natalie, aquella estrategia había dejado de funcionar cuando ella cumplió diez años.

—Ojalá pudiera explicarte cuánto me ha dolido a mí. Sé que crees que no te quiero, pero te quiero. He intentado ser un buen padre. Sé que el trabajo me ha hecho estar lejos con mucha más frecuencia de la cuenta. Hubo ocasiones en las que debí estar ahí para ti —dijo Jacob con una mirada triste; Natalie se tragó su reacción: decirle que lo que siempre deseó fue que pasara fuera todavía más tiempo—. Pero tengo responsabilidades, responsabilidades que nunca entendiste. Estoy dispuesto a asumir mi culpa. He intentado protegeros, a tu hermana, a tu madre y a ti, de lo que hago para garantizar nuestra seguridad. El mundo es duro. No quería asustaros. —Se le empañaron los ojos. Aquello era nuevo. Natalie nunca lo había visto con los ojos nublados por las lágrimas. Estaba tirando la casa por la ventana—. Natty, no se lo digas a tu hermana, pero yo había previsto que tú

me relevarías algún día. Cordelia es una chica encantadora, ¡pero no tiene astucia! Tú eres astuta. Demasiado astuta. Pero eso es bueno, porque este mundo exige astucia a quienes lo gobiernan.

Con cierta vacilación, acercó una silla a la cama. Natalie se armó de valor. No se encogió cuando su padre se sentó. La mercenaria se colocó ligeramente por delante de él. Natalie no podría decir por qué, pero aquello le hacía sentirse más cómoda. La mercenaria y ella estaban, en última instancia, en el mismo bando. Las dos tenían obligaciones con Jacob Redwater, aunque, por supuesto, la mercenaria contaba con mucha más libertad de acción en lo relativo a los términos de su acuerdo.

—Tu madre y tu hermana nunca lo entendieron, pero tú sí. Esta familia, las familias como la nuestra..., somos nosotros los que dirigimos este mundo. Y tiene problemas, Natalie. Hay demasiadas personas. Muchas de ellas son malas personas dispuestas a destruirlo todo. Nihilistas. No les importan los derechos humanos ni los derechos de propiedad. Se quedarían con todo cuanto tenemos. Son personas celosas que piensan que no tienen nada porque nosotros tenemos algo.

»Tú has visto el mundo real. Hay gente mucho más rica que nosotros. Nosotros estamos en una buena posición, no te lo niego, pero no somos “zotas”..., no los de verdad. Un par de

errores, un par de cambios en el mundo, y lo perderíamos todo. Acabaríamos pidiendo en la calle.

»Pero te digo lo que sucedería después: reconstruiríamos. Sin limosnas. Nos pondríamos a trabajar, veríamos cómo hacerlo y poco después estaríamos en la cima.

»Este mundo es difícil y cruel, y se sacude. Cuando sacudes la caja de los cereales, los copos más pequeños se hunden al fondo y los grandes acaban en lo alto. Yo soy un copo de los grandes de verdad.

Jacob Redwater sonreía. Estaba en pleno despliegue de su encanto. Y prosiguió:

—Sé lo que piensas de esto: que me engaño a mí mismo. Te he oído hablar de los copos de nieve especiales. Conozco tus argumentos. No estoy de acuerdo con ellos. Tú no conoces mis argumentos. Te crees que has encontrado un camino mejor. Te crees que tus andantes pueden abrirse camino en el mundo sin nadie al cargo, sin copos grandes y pequeños en la caja de cereales.

»De eso es de lo que quiero hablarte. Tienes que saber ciertas cosas de tus amigos que tal vez te resulten duras. Los andantes defienden que lo peor que puedes hacer es contarte chorradas y creértelas. Quiero demostrarte cómo te las has contado tú. Sobre ellos. No son difíciles de ver. Donde hay andantes, hay traidores, contentos de tener

comida gratis y sexo fácil, pero que también quieren dinero. Y se buscan la forma de tener las dos cosas. Desde que te fuiste, he aprendido todo lo que sucede en tu pequeño mundo. Tengo vídeos. Me he metido en vuestras redes. He visto análisis de tráfico de red.

Aquello, por supuesto, era cierto. ¿Por qué iba Jacob Redwater a espiarla menos en su condición de andante de lo que la había espiado en pordefecto? Siempre había tenido la sensación de llevar unos ojos clavados en la espalda, desde que tuvo edad para salir sola de casa, y no la abandonó una vez que llegó al B&B. Fue un ejercicio de voluntad no ponerse a adivinar cuál de sus «amigos» enviaba informes a Jacob, cuáles trabajaban para el Gobierno, para zotas o para grandes compañías. Lo había comentado con Limpopo, que reconoció que tenía que esforzarse para evitar ese mismo impulso.

«No es que no haya infiltrados —le contó Limpopo—. Por supuesto que los hay. La forma en la que los infiltrados nos hacen daño no es contándoles a los ricos lo que hacemos. Que les den por culo a los ricos: nuestra mierda está toda en redes públicas. Lo peor que consiguen los infiltrados es hacernos desconfiar a los unos de los otros, pensar que nuestros amigos podrían ser nuestros enemigos. Una vez que sucede eso, estás bien jodida. Es imposible tener una discusión si crees que la otra persona está intentando joderte. Todo se distorsiona si lo miras con esa lente. ¿Dejó

la basura fuera porque se distrajo o porque quería que discutiéramos por las tareas?

»Esa desconfianza es lo más corrosivo que hay. Cuando yo todavía estaba en pordefecto, pertenecía a un grupo de protesta, un grupo de activistas conectado someramente al Partido Anonymous que hacía análisis de datos de las gráficas sociales de los reguladores para demostrar que sus decisiones favorecían a las industrias que regulaban, cosas de lo más evidentes, pero era bueno tener datos cuando te encontrabas con alguien que no había entendido que los datos están trucados.

»Había un tipo en nuestro grupo: Bill. Bill era raro. Más bien distante. Siempre te miraba por el rabillo del ojo. Siempre estaba escuchando, nunca hablaba, como si estuviera tomando notas. Nos preocupamos. Sabíamos que había infiltrados en nuestro grupo. Cada vez que encontrábamos algo sustancioso, que el cuñado de un ministro estaba al mando de una petrolera a la que le habían concedido una buena reducción fiscal, cosas así, el Gobierno siempre se adelantaba y gestionaba el ciclo de noticias antes de que lo publicáramos, lo que era una exageración, teniendo en cuenta la poca atención que nos prestaban en las noticias. El poder establecido es minucioso. Cualquier cosa que pueda llegar a convertirse en una amenaza es neutralizada, porque a ellos no les cuesta nada darnos una buena paliza, y hay demasiada pasta de los zotas en juego.

»Aislamos a Bill. Creamos listas de distribución y foros con contraseña a los que no fue invitado. Dejamos de convocarlo a las noches de *pizza*. Se nos olvidaba llamarlo cuando salíamos a tomar cervezas.

»Bill no era un infiltrado. Bill tenía diagnosticada una depresión. Se colgó con un cinturón. Sus compañeros de piso lo encontraron dos días más tarde. Cuando incineraron a Bill, no había nadie que recogiera sus cenizas, así que me las quedé yo. Las tuve en la mesita de noche hasta que me eché a andar. Me recordaban que había contribuido a aislar a Bill. Había contribuido a que se sintiera tan solo que, cuando la oscuridad se le echó encima, no tenía ningún lugar seguro en el que refugiarse. Ayudé a matar a Bill. Y lo mismo hicieron mis compañeros. A Bill lo mataron nuestras sospechas con respecto a los infiltrados. Lo peor que un infiltrado podía hacer no era filtrar nuestra mierda ni revolverla dentro del grupo. Nosotros filtrábamos nuestra propia mierda. Y éramos lo bastante amigos de las discusiones para no necesitar infiltrados que nos hicieran enfrentarnos unos a otros. Preocuparnos por la existencia de infiltrados era un millón de veces peor que lo peor que pudiera hacernos un infiltrado».

Limpopo contó aquello con lágrimas en los ojos.

De vuelta en la habitación, Jacob Redwater dijo:

—Las cosas no son como te piensas. Te crees que has encontrado una forma en la que todo el mundo puede salir adelante sin jefes. Siempre hay jefes. Y si no sabes quién es, no puedes cuestionar su liderazgo. Un sistema de jefes secretos es un sistema sin rendición de cuentas ni consentimiento. Es una manipulocracia.

Natalie miró a la mercenaria y se preguntó si estaría siguiendo el razonamiento, si se percataba de la ironía de que su padre (¡su padre!) criticara la sociedad argumentando que estaba dirigida entre bambalinas por oscuras personas que manipulaban y manejaban los hilos.

Jacob vio la mirada de Natalie. Asintió y puso una expresión encantadora.

—Cree el ladrón dirás tú, hija mía. Si yo no puedo reconocer una conspiración, ¿quién iba a poder?

—Cuando lo único que tienes es un martillo, todo parece un clavo.

Natalie lamentó haber hablado. ¿Para qué discutir con su puto padre? En el momento en el que reconocías que el debate existía, había ganado él.

Y Jacob Redwater lo sabía. Sonrió todavía más, adoptando una expresión concentrada y pensativa.

—Entiendo lo que estás diciendo. Todos nos vemos reflejados en los datos. El análisis es subjetivo. Pero, Natalie, no te estoy pidiendo que creas lo que te estoy diciendo a pie juntillas. Solo quiero que mires los datos tú misma, que veas si lo que estoy diciendo es cierto. Eso no es monstruoso, ¿o sí?

—No. Secuestrar y utilizar armas de tortura es monstruoso. Esto no son más que gilipolleces.

—Entiendo que estés rabiosa. Yo lo estaría. Pero si a mí me lavara el cerebro una secta..., si no pudiera entender lo que está sucediendo..., querría que hicieras cualquier cosa que estuviera en tu mano para conseguir que yo entendiera lo que está pasando. Te autorizo a hacer todo lo que he hecho, a hacérmelo a mí, si alguna vez me veo atrapado en un impulso irracional que me coloca en un peligro inminente y grave.

Natalie contuvo un resoplido. No porque le importaran los sentimientos de su padre, sino porque la burla significaba reconocimiento, otra oportunidad para que siguiera con sus argumentos. Si le concedía un milímetro, se tomaba un pársec. Así es como se llegaba a ser zota. Así lo habían educado. Así la habían educado a ella, lo que le daba un miedo como para cagarse encima, especialmente en aquellos días. Estaba de nuevo en las propiedades de su padre. En aquella casa había mucha presión para aceptar las justificaciones fáciles. Alguien tenía que estar en la cima y

alguien en lo más bajo: copos de maíz grandes y pequeños. Además, los Redwater no eran realmente ricos, no eran ricos ricos, no como Tony Redwater, el primo de Jacob.

—Créeme cuando te digo que si hubiera otra forma de hacerlo, lo haría. Yo no quiero esto. Quiero recuperar a mi hija. Sé de lo que eres capaz. Por eso te tuve siempre cerca de casa, siempre me aseguré de que supieras lo que pasaba entre bambalinas. Para que pudieras atar cabos.

A pesar de que Natalie sabía que su padre la estaba adulando, funcionaba. Maldito Jacob Redwater. Y maldita ella también. Ya conocía las estupideces que contaba su padre. Y aun así, algo dentro de ella se sometía y se enorgullecía cuando su papáito decía cosas bonitas.

—Eso es lo que quiero que hagas: que ates cabos.

Jacob manipuló sus interfaces y un trozo de pared resbaló hacia un lado y dejó al descubierto una enorme pantalla táctil que ocupaba todo el largo de la habitación. Se veía un salvapantallas, las imágenes en bucle del fabricante: críos rubios y larguiruchos, con piernas musculadas y dientes blanquísimos, jugando al *lacrosse*. No eran zotas, los zotas no necesitaban posar para las fotos de los salvapantallas. Pero parecían zotas. Tal vez fueran actores. O tal vez imágenes generadas por ordenador.

Jacob hizo desaparecer la imagen y la reemplazó por un gráfico social. En el centro del gráfico, como un planeta gigante de gas rodeado por mil satélites, aparecía un círculo con una etiqueta: LIMPOPO [Luiza Gil], una suerte de camafeo de Limpopo, que parecía más joven y fruncía el ceño con agresividad, como si quisiera darle una patada en las pelotas al fotógrafo. A su alrededor, satélites de diversos tamaños etiquetados con los nombres de sus amigos, todos los andantes. Solo con ver aquellos nombres, a Natalie se le humedecieron los ojos con una nostalgia insoportable. La sensación de estar lejos de su verdadera familia le roía las entrañas.

—Échale un vistazo, ¿vale?

Jacob se dio la vuelta para salir. Lo siguió la mercenaria, que consiguió mantener un ojo clavado en Natalie sin salir andando de espaldas. Natalie apenas se dio cuenta, pues estaba intentando no sonreír. Acababa de ver el disco de Etcétera y la tipografía minúscula que utilizaba el sistema para poder mostrar su nombre completo.

Se acercó a la pared y acarició el círculo de Etcétera como si lo estuviera acariciando a él. El gráfico cobró vida y cambió debidamente su disposición en la pantalla para transmitir mejor su mensaje.

[IV, xi]

—Ahora sí que estamos de verdad en *vuko jebina* —sentenció Tam.

Había aprendido la expresión de Kersplebedeb, que decía que significaba «en medio de ninguna parte» en serbio; literalmente: «donde follan los lobos». A Tam le encantó la expresión. A nadie le sorprendió.

Seth miraba a un lado y a otro. La nieve empezó a caer una hora después de que iniciaran su marcha. No era lo que decía el pronóstico meteorológico, pero era normal después de décadas de un clima extraño. Los primeros copos fueron hermosos y convirtieron una naturaleza envenenada en una postal navideña de abedules y pinos cubiertos de una nieve esponjosa como el glaseado de las galletas de jengibre. Un glaseado tóxico, cierto, pero no se lo iban a comer, y, como Seth había señalado —predeciblemente—, el azúcar solo es ligeramente mejor para el cuerpo que el amianto.

La bienvenida de los amigos de Pocahontas fue acogedora, aunque poco tenían que pudieran considerar propio. No pertenecían a un mismo grupo, sino que conformaban una comunidad que vivía en un territorio que el Gobierno de Quebec había entregado a modo de reparación por el

tiempo pasado en la cárcel. Todos y cada uno de ellos habían sido exonerados gracias a pruebas materiales, a veces después de décadas de encierro. Todo lo había conseguido un colectivo legal mohawk de la ciudad de Quebec, pero, después de una serie de resultados como aquellos, sufrieron auditorías y más auditorías, investigaciones del Colegio de Abogados..., y la mitad de sus profesionales fueron inhabilitados para el ejercicio de la abogacía y se vieron con un trabajo a tiempo completo entre las manos: salvarse el culo.

La comunidad se llamaba Lago Muerto. Contaba con unos cuantos molinos de viento y algunas pilas de combustible de segundo nivel que los residentes habían manipulado con cuidado para conseguir un rendimiento mejor del que nadie podía creer. Incluso Gretyl quedó impresionada. Tam estaba maravillada por los avances. Su tropa de técnicos descargó del convoy las microfabs de trajes espaciales y empezaron a ensamblarlas. Les llevó menos de un día. Aquella noche, los treinta residentes fueron al lavadero para verlas en funcionamiento.

Gretyl, Tam y Seth fueron invitados a una cena modesta, cosas impresas con materiales llegados de muy al sur porque la caza de Thetford era veneno y los habitantes de Lago Muerto sabían que más les convenía evitarla. La conversación fue alegre, si bien un tanto forzada. En Lago Muerto pensaban que los andantes estaban locos o que tal vez fueran estúpidos. Y no lo ocultaban. Les caían bien los

andantes y les ofrecieron una hospitalidad maravillosa, pero estaba claro que aquella gente no pensaba que los andantes tuvieran ninguna posibilidad de conseguir nada. Para ellos, ser andante era un estilo de vida, un pasatiempo. Seth se enfurecía porque aquel era su miedo más arraigado y también su territorio: él sí que podía reírse de los andantes, pero ¿quién era aquella gente?, ¿quiénes se pensaban que eran para decirle lo que tenía que hacer? Enterró el sarcasmo; en Lago Muerto sabían la diferencia entre una broma digna de ese nombre y una broma jijijí pero en serio. A Seth le gustaba vivir en esa fina línea divisoria.

Se sintió aliviado cuando partieron a la mañana siguiente. Pusieron rumbo a Thetford con sus trajes, montados en el convoy de carga vacío que traqueteaba entre la profunda nieve a una velocidad de paseo lento, a veces hundiendo el morro vertiginosamente al descubrir una depresión, a veces inclinándose tanto que a punto estaban de salir despedidos.

Había empezado a nevar cuando llevaban una hora de camino. Copos, un remolino de nubes y, después, blanco total.

—*Vuko jebina*, ¿eh? —dijo Seth.

Había árboles en alguna parte, el radar del convoy los evitaba automáticamente, pero no paraba de dar vueltas y más vueltas. Los sistemas para evitar colisiones estaban

jodidos. Aquel era, definitivamente, el sitio en el que follaban los lobos.

Seth miró a Tam intentando entrever su cara a través de la nieve y del visor de plástico transparente. Los trajes estaban en modo ventisca, emitían una lenta luz estroboscópica que facilitaba distinguir a una persona en la nieve; los dispositivos antivaho soplaban sobre los visores, y los auriculares reproducían con la precisión de una aguja los dispositivos antivaho de los otros dos visores, una sinfonía de ruido blanco a la que se superponía el viento racheado.

—Ni los lobos follan en medio de esto —dijo Gretyl, que iba detrás machacando un teclado mecánico que se había pegado al traje con imanes mientras observaba una pantalla que se proyectaba en la máscara—. ¡Mierda! —El convoy se paró—. Casi mejor que se quede quieto, este cacharro es capaz de estar dando vueltas persiguiendo su propia cola hasta quedarse sin batería.

El culo de Seth siguió vibrando con una sensación imaginada de los motores del convoy. Luego aquello también paró y quedó solo el ruido del viento, los sopladores y el tamborileo de su pulso. Sintió un miedo pasajero: donde los lobos follan; la nieve azotándolos, la tierra saturada de carcinógenos, el cielo fuente de muerte en potencia. Si muriera allí, nadie se enteraría. Y si se enteraban, no le importaría a casi nadie. Su padre había muerto cuando él tenía diez años, su madre llevaba en la cárcel desde que Seth

cumplió los diecisiete y no habían hablado desde los quince. Natalie estaba... Natalie estaba desaparecida. Tenía que reconocer que probablemente no volvería.

Era tan pequeño... Eran todos un grano en el rostro del mundo. Indeseados. Sin invitación. Solos en la nieve, con su estúpido convoy artesanal, vestidos con pijamas de alta tecnología donde los lobos follan.

Aquella sensación pasó. Había reducido su sentido del yo al agujero que deja una aguja y después había expandido el mundo que lo rodeaba a un enorme abismo.

El mundo siguió creciendo. No solo era él quien era diminuto e insignificante. Todo lo era. Los zotas, todo lo que habían construido. Las mayores ciudades del mundo. Ruidosas redes de combinaciones de dinero sin sentido intercambiadas sin fin mediante algoritmos. Escrituras y contratos, fábricas y satélites, carreteras y más carreteras, veneno en el cielo y carbón en el aire. En mil años a nadie le importaría una mierda. Al universo no le importaban los humanos. Al viento no le importaban. A la nieve no le importaban. A los lobos folladores no les importaban. Si acabara congelado y convertido en un barro podrido, como las casas carcomidas de Thetford, no sería mejor ni peor que llegar a los noventa y acabar bajo tierra en una caja y con una lápida sobre la cabeza. No era mejor ni peor de lo que les esperaba a todos esos zotas gilipollas que creían que

podían ramificarse en una especie nueva y superar la muerte.

Todo lo que hacían era humano. Todo lo que él hacía era humano. Allí, donde los lobos follaban, no tenía ningún sentido; tenía todo el sentido.

—¡Auuuu!

Salió más alto de lo que tenía previsto, pero ¿a quién le iba a importar? Los guantes de Tam y de Gretyl resonaron al golpear los cascos, luego el control de ganancia entró en funcionamiento. Se quedaron mirándolo: las caras apenas visibles detrás de los visores y los trajes parpadeando en silencio en el remolino de copos de nieve. Estaban cabreadas, hambrientas, necesitaban mear, y él también, pero:

—¡Auuuu! —Esta vez sonó todavía más alto—. ¡Venga, lobas!

Una risa salvaje siguió a aquellas palabras.

—Suficiente. —La voz de Tam tenía un tono de advertencia.

—No es suficiente. Venga, solo tenéis que intentarlo. En serio, de verdad.

—Seth, vamos...

Gretyl soltó un aullido que hizo que les temblaran los visores y les dejó los oídos atronados. Dando un puñetazo al aire, exclamó:

—¡Claro que sí, joder!

Tam suspiró, miró a uno y a la otra, le retiró la nieve de los hombros al traje de Seth. Llenó los pulmones y aulló. Seth se sumó a ella. Gretyl también. Aullaron y aullaron allí donde los lobos follan y Seth descubrió que tenía los ojos inundados de lágrimas, que no se podía secar, pero tampoco importaba. Estaba mudando la piel, dejando atrás los últimos vestigios de pordefecto, los últimos retazos de la idea de que algún día olvidaría tanta locura e intentaría conseguir trabajo y un sitio para vivir con la esperanza de que nadie se los quitara.

—Os quiero, gente. —Seth las abrazó con tanta fuerza que los visores chocaron.

—Ay, Seth —respondió Tam, que no se alejó—. Eres un capullo, pero también te queremos.

—Sí —dijo Gretyl—. Casi todo el rato.

—¿Qué hacemos? ¿Andamos?

—Claro, y terminamos muertos por congelación —contestó Gretyl—. La nieve no puede seguir cayendo siempre. Cuando pare, iremos a casa montados en esto.

Mientras tanto, nos refugiamos en las cápsulas de carga. Si cada uno ocupamos una, podemos bajarnos los trajes para cagar o para comer, y luego volvemos dentro para no morirnos congelados.

—¿Cómo funciona eso? —dijo Seth—. Quiero decir: ¿dónde cagamos?

Gretyl dio unos golpecitos en la tapa del motor.

—No hay mucho espacio aquí dentro. Pero con cuidado puedes cagar fuera del traje y luego volver a meterte en él sin que la mierda entre contigo. Se pegará al traje por fuera, pero así es la vida, chaval. Tampoco será peor que lo que se pega a los trajes cuando andamos. Los lavaremos cuando volvamos.

—Yo me desnudo fuera y dejo el culo colgando sobre la nieve. Con la cantidad de nieve que hay ya en el suelo, no va a haber contaminantes en el aire.

—Como prefieras, pero recuerda que estas cosas tienen la batería limitada y desnudarte a veinte bajo cero te va a chupar calor del cuerpo que el traje va a tener que devolver si no te quieres morir de hipotermia. Igual llega un momento en el que te gustaría tener todavía esos amperios en las baterías... cuando se te pongan negros los dedos de los pies...

—Esta conversación ha dado un giro maravilloso —dijo Tam, que dio un salto desde el motor y se hundió hasta las rodillas. Empezó a barrer con los brazos y a acumular nieve—. No vamos a llegar muy lejos andando con esta nieve. ¿Y si intentamos contarle a alguien dónde estamos y que nos vendría bien su ayuda?

—Yo no tengo ninguna barra de cobertura —dijo Gretyl—. Lleva así casi desde que salimos de Lago Muerto. Los aerostatos probablemente decidieron que lo mejor era aterrizar cuando el viento empezó a soplar con fuerza.

—Metí un par de drones en el equipo de supervivencia. Hexacópteros capaces de enfrentarse a la fuerza del viento, pero no van a conseguir una posición geográfica hasta que no se abra el cielo. Aun así...

—Si uno lo subes lo suficiente, tal vez sea capaz de rebotar una conexión con Thetford —dijo Tam—. Es muy posible que lo perdamos..., otra decisión que podríamos lamentar más tarde.

—En resumen: deberíamos escondernos en estas cajas, cagarnos encima y esperar a que escampe —dijo Seth, que descubrió que la idea no sonaba tan terrible como debería.

El asco que no estaba sintiendo era parte del paquete ligado a pordefecto del que se acababa de desprender.

—Pues más bien —respondió Tam—. El tiempo no obedece a nuestras órdenes. La física es la física. La nieve es nieve. Las baterías son baterías. A veces la mejor acción es la inacción.

[IV, xii]

Dis tenía la sensación de estar envuelta en capas de algodón. Las ideas se precipitaban hacia el pánico o la pena y se preparaba para el torrente de sensaciones, que crepitaba. Había probado los antidepresivos siendo niña, cuando sus padres estaban preocupados por sus «cambios de humor». Conocía la sensación de que su cerebro no pudiera sintetizar los químicos que la ponían en esa condición de carrera de «esto no funciona, no puedo arreglarlo y eso lo hace todavía peor». Era una sensación como de realidad en retirada: los colores se apagaban y la energía desaparecía de sus extremidades. Decían que la clave era «dar con la dosis». Decían que era todavía peor antes de que se desarrollaran las herramientas avanzadas de neurodiagnóstico capaces de hacer un seguimiento continuo de sus reacciones. En la práctica supuso pasar el octavo curso de primaria presentándose en el despacho de la enfermera cada hora para que le colocaran una cinta con electrodos de usar y tirar en la frente, tumbada en un sofá mientras una máquina le sacaba sangre. Sus padres tenían que hacerlo en casa, incluida una sesión todas las noches a las once y cuarto. Adquirieron tanta destreza que la mayoría de las noches podían llevar a cabo todos los pasos sin

necesidad de despertarla. Ayudaba que los medicamentos la hicieran dormir como un tronco.

Pasó un lento año. Tuvo su primera regla, su primer suspenso (en matemáticas, su mejor asignatura) y la primera paliza, de un grupo en el que estaban tres chicas que habían acudido a su fiesta de cumpleaños el año anterior. Notaban su intolerable debilidad. Nada de aquello dejó marca. Le dijeron que los medicamentos estaban funcionando. Experimentaba una ansiedad vacía, una sensación puramente intelectual de que la situación era espantosa, pero aquel espanto no importaba. La urgencia era remota. Le hacía sentirse siniestra y sin importancia.

La sensación era terrible, pero no se sintió fatal cuando dejó los medicamentos. Todos le habían dicho que no debía hacerlo porque el síndrome de abstinencia le causaría problemas. La ausencia de urgencia que sentía con todo se amplió hasta abarcar la posibilidad de volverse loca si asumía en sus propias manos la psicofarmacología.

Se volvió loca. Era como aquella vez que se había acercado a la orilla del mar y se había adentrado más de la cuenta, abofeteada por olas que le hacían dar vueltas y vueltas y la derribaban sin forma alguna de predecir cuándo llegaría la siguiente, de la que salía escupiendo y desorientada.

Sin medicamentos, los arrebatos la superaban. Había comentarios inocuos que la enfurecían o la hacían romper a

llorar. Los chistes eran graciosos hasta la convulsión o imperdonablemente ofensivos, a veces ambas cosas. Procuró ocultárselo a sus padres y a sus profesores, pero se dieron cuenta. Tuvo que esforzarse para seguir alejada de la química, esconder las pastillas debajo de la lengua y luego escupirlas.

Poco a poco aprendió a gobernar sus estados de ánimo. Reconocía los ataques de furia como fenómenos separados de la realidad objetiva. Eran reales. Los sentía de verdad. No los desencadenaba nada real del mundo en el que vivían todos los demás. Eran unas condiciones atmosféricas propias que podía experimentar a solas o compartir con otros, suya era la decisión. Custodiaba su clima y embridaba sus tormentas, convirtiéndose en un derviche de productividad cuando las olas se encrespaban y utilizando las caídas para retirarse y trabajar conceptos problemáticos.

Leyó las transcripciones de aquellas sesiones en las que la habían despertado dentro de un ordenador y había perdido la cabeza. Al leerlas, notaba el azote de aquellas tormentas. Habían sido espantosas cuando su cabeza era carne sin cables.

Había considerado las tormentas cosas húmedas, de origen hormonal. Había trazado su punto de partida en las mareas de misteriosos fluidos de sus glándulas. Pero desnuda de hormonas físicas, los problemas eran todavía peores. Ingobernables. Analizó el misterio y se preguntó si la

disciplina y la adaptabilidad habrían sido la parte húmeda, la habilidad entrenada para hacer aparecer fluidos que lubricaban los secos fallos computacionales de su cabeza.

La estabilizaron con su propia ayuda, traduciendo su lenguaje secreto de los estados de ánimo al vocabulario técnico de la informática. No tenía recuerdos de aquellos momentos, solo registros, pero era fácil imaginar la desesperada carrera por amasar ideas coherentes al tiempo que las olas de pánico —estaba muerta, era un espectáculo de salón hecha de código e ilusión— alcanzaban alturas cada vez mayores.

Flotando en los mares de sus propios tranquilizantes, experimentaba una urgencia sin prisas, la misma sensación contradictoria de que la situación era alarmante pero ella no estaba alarmada. No era una buena sensación, pero no le hacía sentirse mal. Y ese era el problema.

Hablar con Remota era de gran ayuda: saber que había alguien más pasando por lo mismo, a pesar de que nunca lo comentaran de manera explícita. Remota parecía tan normal y tan cabal... La salvó. Si desde fuera se percibía aquella normalidad y sensatez en la simulación, probablemente también ella estuviera aguantando bien. Remota era una suerte de espejo. Lo que veía en ella le resultaba reconfortante.

Ayudaba con los preparativos de la fiesta, hacía un seguimiento de lo que sucedía en el salón principal de Thetford, vigilaba la meteorología, conversaba con los espaciales y trabajaba en la optimización de clústeres y en el diseño predictivo de las limitaciones que aplicaría a cada modelo almacenado cuando los cargaran en sus propias simulaciones. Trabajar con la sim de CC era instructivo y pavoroso. Había envidiado la estabilidad de CC, pero en el más allá digital era un desastre. Era peor de lo que jamás había sido ella. Andantes de todo el mundo colaboraban con ella.

Le preocupaban —sin sentirse preocupada, sin la sensación— sus amigos, que estaban en la tormenta de nieve. Llevaban cinco horas sin conexión estable a la red. Lo último que había sabido de ellos era que habían salido de Lago Muerto. Hacía ya dos horas que tendrían que haber llegado. Las torres de microondas que había fuera de la estación espacial captaban esporádicamente hilos distantes de señal de red, lo suficiente para que los rúteres empezaran a compartir archivos de zona, a sincronizar relojes y a recibir los últimos informes meteorológicos y las normas de intercambio de frecuencias. Inmediatamente después se perdía intensidad y se desataba una irrecuperable cascada de pérdida de paquetes y de sumas de control.

La red andante era diferente de la de pordefecto. Sus aplicaciones estaban diseñadas con tolerancia a los errores: habían sido construidas dando por sentado que la máquina

a la que te conectabas podía desaparecer y reaparecer sin aviso previo, cuando los drones, las torres, los cables y la fibra óptica fallaban, la señal se debilitaba o se iban directamente a tomar por culo. Se asumía que la red estaba pinchada y en condiciones permanentes de guerra digital. Insistía en los protocolos de acoplamiento, las rúbricas y las firmas aleatorias para impedir los ataques de intermediarios. Cuando Dis se trasladó de Stanford a la Universidad Andante, la red había sido el mayor choque cultural. Más lenta en cierto modo, pero sin las omnipresentes advertencias por violación de derechos de autor, los interminables acuerdos en los que había que pulsar el botón de aceptar una y otra vez ni los sospechosos apagones de recursos «sensibles» cuando se encendían las protestas en todo el planeta.

Vivía en redes andantes. Apreciaba la sutil genialidad de su arquitectura. Páginas a las que había terminado siendo imposible conectarse volvían a la vida gracias a las espirales inquisitivas del proceso de autorreparación de la red, que buscaba sin descanso nuevas formas de salvar las secciones que estaban atomizadas por la entropía o por confabulaciones. La pega era que nada estaba nunca caído del todo y cualquier elemento con el que no se pudiera establecer conexión exigía una recarga. Aquel día no estaba funcionando, pero a veces sí que lo hacía, las suficientes para seguir intentándolo. Dis no había pensado en B. F. Skinner desde sus días de estudiante de grado, pero después del

millonésimo intento de alcanzar a Seth, Tam y Gretyl, buscó la definición de «refuerzo intermitente» en la wikip almacenada en la memoria local. Eso era: refuerzo intermitente. Dale a una paloma un grano de pienso cada vez que presiona un botón y lo presionará cuando tenga hambre. Cambia el algoritmo de la palanca para que suelte el pienso al azar y la paloma picoteará y picoteará mientras las secciones de su cerebro que establecen patrones intentan encontrar el truco para saltar la banca.

La desconcertó ver que ser una consciencia sin cuerpo no la inmunizaba frente a una manipulación cognitiva tan barata. Pensó en toquetear sus parámetros. Y no era la primera vez. Otras Dis de otros sitios lo habían hecho, en condiciones más controladas, con cierto éxito. Era muy injusto estar sometida a este tipo de fragilidad cognitiva. Reinicio, reinicio, reinicio. De hecho, era especialmente sensible a los reinicios, y eso era tan injusto...

Se frenó en seco. La torre grande había conectado con otra torre en las montañas con visibilidad para alcanzar un enlace descendente a fibra, y los datos fluían. No era nada que la pusiera en contacto con sus amigos, pero enormes pedazos del espacio andante se conectaron. Los sistemas se dispusieron a negociar para copiar de manera oportunista secciones grandes y facilitar el acceso en local, almacenes para la siguiente hambruna electrónica. Por todo el mundo, las máquinas que funcionaban como estaciones de paso y

tenían paquetes destinados a Thetford llamaban a sus puertas pidiendo permiso para entregar su carga.

Entre todo aquello estaban las noticias. Dis sintió que se cortocircuitaba. A todos los filtros de los agregadores se les estaba yendo la puta cabeza.

Era Akron. Habían aplaudido los progresos de Akron conforme los andantes consolidaban su posición, utilizando medicamentos y alimentos impresos como tarjeta de presentación para sus vecinos: residentes acérrimos que no podían o no querían abandonar la ciudad muerta. Se maravillaban con las imágenes y el elenco de residentes en Akron que hacían lo impensable: fundar una ciudad andante permanente, algo de lo que no podías echarte a andar, con plantaciones de permacultura, bicicletas blancas para todos y escuelas gratuitas donde los niños aprendían a enseñarse unos a otros y a aprender de otros niños andantes de todo el mundo.

Habían tenido sus mierdas. Era imposible saber cuánto era propaganda. Akron ya estaba antes llena de andantes y semiandantes que organizaban fiestas comunistas y okupaciones. Había estado llena de pandillas y de drogas malas, de proxenetas y de gente asustada. Desde que se hizo andante, cada asesinato y hasta la última paliza de Akron eran noticia de portada en todos los medios de pordefecto, a pesar de que la violencia y las enfermedades no habían llamado su atención durante los diez años en que Akron se

había convertido en lo que era (ni siquiera la declaración oficial de quiebra y el nombramiento de un «administrador» zota para reemplazar al alcalde en funciones había atraído especialmente los focos). Akron era la cuadragésima ciudad estadounidense que terminaba en esa situación, y no era la más grande, la más violenta ni la más jodida, ¿por qué iba a ser noticia?

Las escasas voces con pensamiento crítico de pordefecto lo señalaban, subrayaban que Ohio había dejado de registrar estadísticamente la tasa de asesinatos y la mortalidad global de Akron cuatro años antes, cuando era cinco veces superior, unos resultados mejores de los que nadie hubiera imaginado.

Cuando Dis vio que había una tonelada de malas noticias sobre Akron, le dio a la opción de «ignorar», pero no dejaban de aparecer y los titulares eran cada vez más llamativos y desagradables. No pudo contenerse y leyó una. Luego otra. Luego vio los vídeos que el sistema había descargado ya en copias locales, porque todos los agregadores de Thetford estaban perdiendo la cabeza con Akron.

Pordefecto había marchado sobre Akron: el Ejército de Estados Unidos y una tonelada de «contratistas» privados iban a la cabeza, montados en mecas o en ekranoplanos con drones que analizaban continuamente con dispositivos lídar, de ondas milimétricas y de retrodispersión en busca de explosivos improvisados. Los drones estaban esmaltados

con los tréboles de la radiación en un color naranja de seguridad en la panza, más para asustar que para cumplir con ninguna normativa de seguridad.

Atacaban para combatir a los cuatro jinetes del apocalipsis: pornógrafos, mafiosos, camellos y terroristas. Dependiendo de la fuente, su misión era arrestar a zetas prominentes que se habían refugiado en Akron; rescatar a niños víctimas de tráfico de una organización de proxenetas; neutralizar una fábrica innombrable que estaba produciendo cantidades sin precedentes de la última variedad de zombinol; o, por supuesto, capturar a extremistas locales que estaban intentando fundar un Califato Americano con células terroristas ya conocidas en Míchigan, Oregón y Luisiana.

Fuera quien fuera el enemigo, se habían preparado para lo peor. Los ataques «selectivos» se cobraron veintidós edificios en diez minutos: los redujeron a escombros y sometieron las calles a una lluvia letal de piedras. Uno de los edificios era un hospital, abandonado en su momento y recuperado posteriormente por los andantes y sus aliados, con una planta de maternidad y otra de cuidados paliativos donde los pacientes elegían su forma de morir. La guerra informativa sobre aquel edificio fue especialmente animada: defendían que era un espacio de cultivo de agentes biológicos (mientras que las redes andantes insistían en que eran impresoras de vacunas sin patente para el ébola y el H1N1), una «clínica de la muerte» o «instalaciones para

intervenciones quirúrgicas sin control». Las redes de pordefecto no mencionaban la planta de maternidad.

La fase de intervención sobre el terreno empezó antes de que se asentara el polvo, literalmente: una misión de paz de bots que disparaban pistolas eléctricas a todo el que consideraran que llevaba un arma o cuya biometría facial coincidiera «en suficiente medida» con un «objetivo de alto valor». Cuando un bot electrocutaba a alguien, emitía un mensaje a todo volumen advirtiendo a los presentes que no se acercaran y después montaba guardia junto a la víctima inconsciente hasta que un escuadrón de detención llegaba en ekranoplano o descolgándose desde el cielo.

La red andante de Akron sufrió un ciberataque bélico: primero, los misiles acabaron con los receptores y transmisores de fibra, y luego los aerostatos de distorsión RF apuntaron a las torres de emisión sin cables y las reventaron con pulsos de RF ruidosa. El nivel de ruido de fondo de la RF en los límites de la ciudad alcanzó tales niveles que todos los aparatos empezaron a fallar.

Ese fue el ataque; luego vino el contraataque. Los andantes y los akronianos que habían asumido el control de la ciudad tenían prevista una sacudida como aquella. Tenían búnkeres, láseres autónomos para perseguir globos aerostáticos, fibra oscura de apoyo ligada a repetidores de microondas a mucha distancia de la ciudad, cámaras de registro de atrocidades fuera de línea que grababan

automáticamente cuando caía la red, burdas armas de energía dirigida que almacenaban enormes cantidades de energía solar siempre que brillaba el sol para descargarla en un potente zumbido en el momento en el que percibían sistemas de comunicación militar de espectro ensanchado.

Una vez que se corrió la voz de lo que estaba sucediendo en Akron, el contraataque provino también de la red. Andantes de todo el mundo atacaron las comunicaciones y la infraestructura de los contratistas que actuaban en primera línea, del Departamento de Seguridad Nacional, del Departamento de Defensa, las redes internas de la Casa Blanca, los canales de comunicación alternativos del Partido Demócrata, las redes sociales de Seven Eyes..., el espectro entero de conexiones confidenciales y abiertas de pordefecto. Las redes troncales andantes priorizaban el tráfico de salida de Akron, que replicaban automáticamente a través de múltiples canales.

Aquello no se apartaba del guion. A lo largo de una década, los andantes se habían aliado con los gezi que aparecían cada mes en un país u otro. Habían convertido en ciencia la respuesta a los ataques autoritarios, reagrupándose después de cada levantamiento para desarrollar nuevos contraataques y contracontraataques frente a las siempre perfeccionadas rutinas de mantenimiento del orden de pordefecto.

La diferencia era que estos andantes se estaban llevando el tratamiento completo. No es que pordefecto no hubiera declarado la guerra total a los andantes antes, pero estos siempre resolvían el problema echándose a andar. Pordefecto había producido un excedente inagotable de zonas sacrificadas, áreas de exclusión, tierras de nadie y ciudades muertas que los andantes aprovechaban. Hasta cierto punto, todas las tierras baldías desechadas eran fungibles.

Quedarse quietos no era doctrina andante, pero había montones de personas en la historia reciente del planeta que habían demostrado un profundo e irracional apego a las propiedades inmobiliarias del lugar donde hubieran echado raíces más recientemente. La táctica era fácil de entender.

Todo gezi terminaba igual, con nubes de gas lacrimógeno y carencia de alimentos y medicamentos. Un creciente número de heridos y las promesas a media voz de los zotas convencían a todos para dejar las calles y volver a lo que quedara de sus casas. Se anotaban concesiones insignificantes y todo el mundo aceptaba que algo se había logrado y que era hora de volver a la normalidad.

Todos sabían que no era eso lo que pretendían aquellos andantes. Incluso los zotas. Especialmente los zotas. La fase de *shock* y pavor fue la más brutal registrada, con una mezcla indiscriminada de armas letales y no letales. Incluso los más domesticados de los periodistas de pordefecto

fueron obligados a permanecer lejos de la acción por el miedo a los piojos y otros agentes biológicos. El gobernador de Ohio cerró el Parlamento estatal hasta que finalizara la «emergencia».

La situación era angustiosa. Las imágenes de los andantes de Akron tenían un tono de desesperación. Todas las caras, incluso las más valientes, parecían sentenciadas. Las más valientes eran las peores.

Dis conocía a algunas personas de Akron. Había una Dis en Akron o la había habido. Se habían sincronizado poco antes y temía por ella, lo cual era irracional. La gente de carne y hueso que conocía había estado haciéndose copias de seguridad desde que se había anunciado el proyecto de Akron. Eso era lo más preocupante. Los andantes mantenían su posición porque no tenían miedo a la muerte. Aunque nunca se lo hubiera dicho a nadie (ni siquiera a otra Dis), pensaba que los akronianos tenían un culto a la muerte. Eran suicidas sin miedo a los que se les había garantizado el más allá. La información que provenía de pordefecto lo insinuaba sin llegar a decirlo, porque la posición oficial de pordefecto era que la simulación (la de los andantes al menos) no era más que un montón de humo y espejitos mágicos: chatbots²⁵ con vocabularios idiosincrásicos lo bastante convincentes

25 Los bot de charla o bot conversacionales son un software que utiliza respuestas preprogramadas o inteligencia artificial (IA) para responder a preguntas sin necesidad de un operador humano. [N. e. d.]

para engañar a extremistas crédulos y desesperados que le habían dado ya la espalda a la realidad.

Dis era la inspiración de aquellos andantes y de todo el que pensaba que la muerte era otra forma de echar a andar lejos de los zotas y de sus ideas dementes de que la riqueza solo importaba si tenías más que los demás. Eran sus hijos espirituales. Ella era la prueba de que la muerte era el principio, no el fin. Dis nunca le había dicho a nadie que se hiciera una copia de seguridad y se lanzara en dirección a las mirillas del enemigo. Tampoco era necesario. Su existencia era suficiente.

Debía de haber muchísimas Dis cargadas en los laboratorios de guerra digital de pordefecto. Así pensaban ellos. Sería la cautiva perfecta. Lo único que haría falta para torturarla hasta que obedeciera sería manipular los parámetros de sus algoritmos de adaptación debidamente estabilizados, de manera que el terror existencial la asfixiara una y otra vez, en oleadas continuas, pero sin llegar a ahogarla. Saber que habría una legión de hermanas torturadas de manera grotesca la enfurecía (sin llegar a la ira, gracias a las salvaguardias de los algoritmos de adaptación). Se preguntaba si sus hermanas torturadas estarían experimentando la intensidad que ella echaba de menos, si no la disfrutarían en secreto al menos un poco.

Era imposible saber quién estaba «ganando» en Akron. Como en todos los gezi, era una guerra de percepciones y un

conflicto militar. ¿Entendería la tropa rasa de pordefecto que los andantes habían recibido ya su merecido cuando terminaran de arrasar Akron? ¿O interpretarían la victoria como un Goliat torturador aplastando con su bota a un David que podrían ser ellos? ¿Se vería a los guerrilleros como valerosos ewoks que derribaban a los AT-AT del Imperio o como terroristas con artefactos explosivos para matar a patriotas estadounidenses con la cara lívida por el miedo? Los medios de comunicación de pordefecto eran inteligentes. La única prensa con capacidad económica para cubrir aquello estaba financiada por los mismos conglomerados propietarios de los contratistas a la vanguardia de la invasión.

Todos los gezi terminaban con una derrota a medias. Todos los gezi echaban a más personas a andar, seguras ya de que ninguna reforma sería capaz de salvar pordefecto. La gente convencida que ocupaba la cima no podía concebir un mundo en el que nadie tuviera que ser pobre para hacerlos a ellos ricos. Todos los gezi terminaban con grandes multitudes muertas de miedo abocadas a otra temporada de sumisión, con un peso muerto en la balanza que descartaba el riesgo de levantar la voz y obligaba a seguir tirando del carro para que fuera tolerable ir tirando.

¿Qué efecto tendrían los mártires de Akron? ¿Enfurecería la matanza a los que nunca se mojan y los echaría al fin a las calles para rechazar ser parte de un sistema capaz de algo así? ¿Los aterrorizaría hasta inmovilizarlos, a riesgo de

formar parte del recuento de muertos? ¿Se convencerían de que oponerse a pordefecto era un suicidio, independientemente de las creencias místicas en «los primeros días de una nación mejor» y la vida electrónica más allá de la muerte?

—¿Has visto esto?

Limpopo contactó con ella desde el salón de la fiesta, donde los preparativos estaban ya casi terminados. Decorado con banderitas improvisadas, lo habían reacondicionado para el estruendo de la música de baile y un festín de extrusores que recorrían cada uno de los manjares del amplio repertorio de recetas de los andantes.

—¿Lo de Akron? Es terrible.

Dis vio a Limpopo a través de los sensores: luz visible, lidar y electromagnéticos. Etcétera estaba con ella, con los ojos pegados a una pantalla que había desplegado del puño de la camisa y había pegado en una jarra de cerveza. Etcétera agarró la mano de Limpopo. Dis sufrió una punzada no punzante de soledad, un deseo fantasma de sensaciones físicas, de una mano de amante.

—Lo de Akron es peor que terrible.

Con la tormenta, mientras las redes estaban caídas, el salón se había llenado de las personas que trabajaban con las máquinas, la música y la comida. Ahora que la conexión

regresaba en oleadas, volvían a sus pantallas. Era un híbrido peculiar de los ritmos modernos y antiguos. La gente de la antigüedad trabajaba cuando brillaba el sol, dormía cuando se ocultaba, se quedaba en casa cuando llegaba la tormenta y araba cuando despejaba. Las redes andantes se alteraban con los cambios meteorológicos y no eran deterministas, de manera que los andantes hacían lo mismo: se comunicaban sin parar y trabajaban cuando las redes estaban en marcha, y hacían tareas del hogar cuando el mundo o la meteorología tumbaban las redes.

En el salón de la fiesta todo el mundo estaba pegado a una pantalla o a una interfaz, algunos en pequeños grupos y otros en soledad. Compartían vídeos, se susurraban alterados, encadenaban mensajes para los andantes de Akron: «Cuidaos mucho», «Mantened el coraje», «Os llevamos en el corazón», «Lo que os hacen a vosotros nos lo hacen a todos», «Nunca os olvidaremos».

—Ojalá tuviera yo tus controladores.

A Limpopo se le entrecortaba la respiración. Había más muertos en Akron, noticias nuevas de un dron que sobrevolaba un lugar bombardeado donde los mecas movían escombros y recuperaban cadáveres y partes de cadáveres. Las primeras imágenes se extinguieron cuando el dron cayó derribado. Aquello atrajo a una bandada de drones suicidas que se sacrificaban para registrar y transmitir lo que los poderes de pordefecto no querían que

se viera. Fueron derribados también a fuerza de disparos. Se incorporaron entonces drones de gran altura, cuyas imágenes eran menos estables, dado que grababan a más distancia con una ampliación no del todo estabilizada. Había niños entre los escombros. Limpopo lloraba. Etcétera lloraba. Dis quería cambiar a otra emisión y enseñarles el doxeo²⁶ que estaba apareciendo en las plataformas para compartir textos de la red oscura, datos personales de las vidas de los contratistas y de los soldados cuyos rostros estaban etiquetados en las imágenes, cartas abiertas a sus madres y sus padres, parejas e hijos en las que les preguntaban cómo podían hacer algo así a otros seres humanos.

Este doxeo era también parte del manual gezi. A veces funcionaba. E incluso cuando no era así, sucedían cosas inesperadas. Hijos que se marchaban de casa, que filtraban documentos privados de sus padres que implicaban a sus superiores, que publicaban normas de combate ultrasecretas con instrucciones para utilizar armas letales cuando se apagaran las cámaras, enterrar pruebas o implicar a insurgentes en atrocidades. A veces, los padres renegaban de los hijos que habían hecho el trabajo sucio de los zotas, y repudiaban en público la masacre. Dividía a familias y comunidades, pero también unía a otras. Era una actuación

26 Los términos doxing, doxxing y doxeo describen el acto de revelar intencional y públicamente información personal sobre un individuo u organización, generalmente a través de internet. [N. e. d.]

controvertida porque implicaba a muchos inocentes y era un truco sucio, pero Dis no tenía ningún problema con ello. Incluso cuando estaba viva, había estado dispuesta a romper aquellos huevos para hacer una tortilla. Como persona muerta cargada en servidores de todo el mundo, incluidos varios hostiles a ella y a todo en lo que creía, no pudo soltar ni la más mínima lágrima virtual por las personas a las que entristecía que papá quedara retratado como un criminal de guerra.

Kersplebedeb tecleaba en silencio y murmuraba a un micrófono.

—Deberíamos prepararnos para irnos —dijo sin dejar de teclear. Después rodeó con los brazos a Etcétera y a Limpopo—. Ha habido más ataques. Dos en Ontario, tres en la Isla del Príncipe Eduardo, un par más en el norte de la Columbia Británica y de Nunavut. Algunos asentamientos eran grandes y otros pequeños, pero ninguno se lo esperaba. Un par de ellos eran estables, uno de los de la Isla del Príncipe Eduardo tenía veinte años y buena relación con los normales de la zona. Ha desaparecido. No queda ni un cráter. Lo han barrido por completo.

Dis intervino:

—¿Has oído algo concreto de Thetford? ¿Hay algo de camino?

Dis hablaba por la pulsera de Limpopo, con el suficiente volumen para que la oyera Kersplebedeb, que parpadeó desconcertado y terminó entendiendo que Dis estaba allí.

—Nada —dijo Kersplebedeb—. No tenemos casi nada en el aire ahora mismo, así que, si algo se estuviera acercando, no lo veríamos. Si algo está de camino, la nieve quizá lo haya detenido. Creo que deberíamos estar preparados para marcharnos en cuanto sea preciso. Nunca creí en el Grande, pero esto parece un Mediano.

—¿Qué es el Grande?

Dis estuvo a punto de saltar para responder a la pregunta de Etcétera, pero dejó que lo hiciera Limpopo.

—Son cosas de los andantes de primera generación. La teoría era que pordefecto decidiría que somos demasiado peligrosos para seguir existiendo y llevaría a cabo un ataque coordinado contra todos nosotros, de una sola vez. Asesinarían o detendrían a todos y acabarían con el movimiento de un solo golpe. Tienen la capacidad, en términos de inteligencia y espías, para saber quiénes somos y dónde estamos cada uno de nosotros, así que si no lo hacen es porque no se les antoja o porque les faltan gónadas.

—Pensaba que yo era el único al que le preocupaba eso —respondió Etcétera.

—Solía ser un debate muy acalorado. Pensábamos que nos barrerían. Luego resultó que no lo hicieron, y más tarde tampoco. Nos dijimos que tal vez no querían arriesgarse a que los buenos chicos y las buenas chicas de por defecto decidieran que esa crueldad era intolerable y se echaran a la calle con azadas. ¿O acaso preferían que las ovejas negras se separaran ellas solas de las demás? ¿Quizá les gustaba ir allí a hacer turismo, ver carne fresca en el *onsen*, comer manduca extrudida, beber cafetante y jugar a ser desertores bohemios? ¿Sería que había demasiados hijos de zotas entre los andantes, demasiada sangre azul para derramarla en la Solución Final?

—No soporto la kremlinología —dijo Etcétera—. Mis padres estaban obsesionados. Intentaban adivinar por indicios y por indicios de indicios cuáles eran los verdaderos poderes que sostenían las operaciones de Anonymous y quién movía los hilos y por qué.

—A mí tampoco es que me apasione —respondió Kersplebedeb—, pero hay una diferencia entre obsesionarse con unas hojas de té y tratar de saber si el siguiente misil viene a por ti. Vamos a preparar suministros y a colocarlos junto a las puertas, comprobemos y carguemos los vehículos, asegurémonos de que todo el mundo tiene un traje.

—A eso no tenemos nada que objetar. —Limpopo apagó la pantalla de Etcétera y se la metió en un bolsillo—. Dis,

¿puedes ayudar? Corre la voz y monta una herramienta de control para rastrear qué se ha hecho y qué está por hacer.

—Ya estoy en ello.

Dis nunca había dejado de creer en el Grande. Nadie que hubiera trabajado en la transferencia y la simulación lo había hecho: era el motivo no confesado que impulsaba el proyecto, la única forma de estar seguros de que los zotas no se lanzarían a un genocidio era que supieran que regresarías en forma de fantasma inmortal a lomos de una máquina para perseguirlos hasta los últimos confines de la tierra.

Incluso mientras se dedicaba a aquellas tareas, Dis se preocupaba por Akron y se preguntaba qué habría sido de Tam, Gretyl y Seth.

[IV, xiii]

La alarma de Seth lo despertaba cada hora para comprobar cómo estaba la nieve, en primer lugar para ver si era seguro ponerse en marcha, y en segundo para asegurarse de que no quedaban sepultados bajo un ventisquero inamovible. Las dos chicas programaron las suyas con una diferencia de veinte minutos cada una. Seth consiguió adormilarse la primera hora en el incómodo capullo. La alarma lo despertó con una violenta sacudida. Experimentó una sensación cercana al pánico cuando intentó recordar dónde cojones estaba exactamente. El miedo le generó tanta adrenalina que fue incapaz de volverse a dormir cuando se metió de nuevo en la cápsula, de manera que empezó a jugar a un minijuego acústico al que se había enganchado de niño: tenía que seguir el ritmo y el tono de las melodías que sonaban en los auriculares dando golpecitos con los dedos y con silbidos.

Las interfaces del traje estaban a tres generaciones de distancia de las superficies para las que estaba diseñado el juego, con una especialización para propósitos muy diferentes a los de las superficies con las que había crecido. El juego era ahora mucho más difícil, hasta que manipuló la sensibilidad de las interfaces.

Sintió nostalgia por los cientos de horas que había pasado jugando, pero recordó por qué había dejado de hacerlo: le había ganado a otro niño, Larry Pendleton, con quien tenía una relación que no era ni mucho menos cercana, simplemente estaban en la misma numerosísima clase del primer curso del instituto Jarvis Collegiate. No conocía bien a Larry, pero a veces coincidían en los mismos grupos y vio que era, si no guay, al menos no un mierda.

Hasta que dijo: «Vaya, buena partida, Seth. Aunque supongo que tienes ventaja natural».

Los presentes no entendieron a qué se refería Larry o fingieron no entenderlo. Seth lo comprendió de inmediato: «Como eres negro, eres mejor en los juegos rítmicos. Porque, claro, los negros tienen ritmo, todo el mundo lo sabe...». Seth vio que Larry dejaba caer el comentario de manera calculada para poder negar su intención de forma creíble, dejaba espacio para defender que no era una cuestión racial, que Seth era demasiado susceptible y todo lo convertía en una cuestión de justicia social.

El acuerdo nunca escrito con sus amigos blancos era que no se le permitía hablar de su condición de negro, salvo en las bromas más ligeras. Verbalizar que era el chico negro de la pandilla blanca equivalía a una acusación de racismo: *¿Por qué soy yo la única cara negra?* Era un acuerdo que todo el mundo entendía y del que nadie hablaba, especialmente los

niños de origen asiático o desi²⁷ de su entorno, porque se suponía que nadie era racista y ser la minoría rabiosa les aguaba la fiesta a todos.

Seth se encendió de vergüenza y de rabia contra el puto Larry Pendleton, que estaba a décadas de distancia en pordefecto, o quizá muerto a causa de algo resistente a los antibióticos, o en la cárcel, o con un trabajo precario y rezando por que no lo despidieran, que era lo que todos estaban haciendo. Pero se tragó la vergüenza y la rabia de haber fingido que no percibía el racismo, de haber fingido que no estaría siempre a prueba.

Pasó aquella hora preguntándose con detenimiento si era un hombre negro o un andante. O un andante negro. O algo diferente. O todo lo anterior. No era una duda que le asaltara con frecuencia. Se enfadaba cuando pensaba en ello. No le gustaba enfadarse. Le gustaba ser divertido y estar cachondo, la despreocupación, ser siempre subestimado, algo que tenía muchas ventajas. Ser considerado inofensivo («es negro, pero es guay, no le da mucha importancia») era algo que había cultivado desde el principio. Significaba que oía y veía cosas que sus amigos

27 Desi (o a veces deshi) es un término usado por las personas que viven o son originarios del subcontinente indio (o Asia Meridional) para referirse a ellos mismos (de una manera que evita cualquier alusión al estado originario y para señalar a una identidad común más amplia). También es el nombre de la subcultura de los sudasiáticos que viven en diáspora. [N. e. d.]

negros no veían. Gran parte era un racismo informal. Otras cosas eran buenas. Tenía que ser más que su piel.

Estar metido en una caja lo estaba poniendo de los putos nervios. Lo único que podía pensar era en el color de la piel. Ni siquiera podía verla en la oscuridad. Y luego estaba el juego rítmico, Thumperoo, al que había estado jugando todo el rato, hasta que sintió que sus muñecas ya no respondían.

Comprobó la hora. Cuarenta y un minutos hasta que le tocara sacar la cabeza. Suspiró. Le dolían demasiado las muñecas para seguir jugando y...

Se abrió la célula y apareció la cara sonriente de Tam con el sol resplandeciente en el visor, oscureciéndole uno de los ojos y la mejilla. Seth, no obstante, reconocería esos labios en cualquier parte.

—Vamos, bella durmiente. El príncipe azul está aquí para sacarte de la puta cama.

Lo ayudó a salir. Las nubes de tormenta se habían disipado, dejando un cielo azul que empezaba a oscurecerse por el inminente atardecer. El escorado sol de la tarde hacía que la nieve recién caída brillara como si hubiera quedado salpicada de esquirlas de diamante. Gretyl estaba hundida hasta las caderas. Se dejó caer de espaldas y dibujó un ángel.

—Gracias a Dios que se ha acabado. *¡Vuko jebina!*

Seth ahuecó las manos delante del visor (puro teatro) y aulló.

—El convoy no podrá moverse hasta que esto se congele o se funda. De aquí en adelante tocan raquetas —anunció Gretyl, que empezó a barrer la nieve de la lona con la que habían cubierto sobre el equipo de supervivencia cuando lo sacaron para hacer hueco a sus cuerpos.

Empezó a tirar de la lona. Seth y Tam se acercaron trabajosamente para ayudarla. Rebuscaron entre los paquetes perfectamente medidos hasta que encontraron las raquetas de nieve. Ninguno había montado aquel tipo de zapato nunca y no veían cómo hacerlo. Seth rebuscó todavía más hasta que encontró un aerostato que mandó al cielo en busca de una señal andante con la que conectar los trajes. Lo vieron subir perezoso, dando vueltas y cambiando de rumbo, hasta convertirse en un punto en el cielo cada vez más oscuro. A medida que lanzaban y recogían sus hilos de mensajes, los trajes empezaron a mandar zumbidos subliminales de bienvenida. Dejaron a un lado por el momento las alertas que les llegaban, primero tenían que mirar las preguntas más frecuentes de las raquetas.

Gretyl fue la primera que dio con ellas. Lanzó el marco de una raqueta encima de la nieve de una forma particular para que al aterrizar se clavara parcialmente y luego pulsó un mecanismo que ninguno había pensado que se pudiera pulsar hasta ver el vídeo. La raqueta se abrió de un brinco,

haciendo que una hermosa ráfaga de nieve saliera disparada. Se quedó plana sobre la superficie. Gretyl abrió los amarres y luego repitió la operación con la otra raqueta.

Seth y Tam abrieron también sus raquetas. Empezó entonces una bufonada involuntaria cuando intentaban ponérselas. Por fin, Tam se acercó a Seth, que había caído a la nieve y estaba medio enterrado y con las piernas al aire. Tomó uno de sus pies y lo metió en los amarres, luego hizo lo mismo con el otro y lo ayudó a incorporarse. Seth levantó las raquetas por encima de la nieve y las apoyó: descubrió maravillado que no se hundían en la nieve, la cual crujía bajo las raquetas tejiendo una red. Levantó los pulgares de las dos manos en dirección a Tam, que le entregó sus raquetas, se tiró de espaldas y levantó los pies.

Seth no era tan bueno calzando como Tam, pero no hubo problema. El cielo limpio, el tiempo enterrados en las cápsulas de carga y la idea de un paseo por el bosque con aquellas prótesis supermolonas para caminar por la naturaleza los exaltó. Seth sintió deseos de llevársela a una célula, desnudarse y dejarla seca a pollazos. Estar cachondo tenía un efecto reconfortante. El traje se adaptaba sorprendentemente bien a su erección. Se las apañó para pasar una mano por la entrepierna de Tam cuando la ayudaba a levantarse (era algo que hacían con frecuencia, con el fervor de los escolares que acaban de encontrar a sus primeros follamigos y no se pueden creer que tengan todo el culo que les apetezca a mano, veinticuatro horas al día),

pero los trajes estaban demasiado acolchados para saber si ella estaba también empalmada. Decidió que sí: Tam había cambiado de hormonas poco antes y las erecciones eran un efecto secundario más que bienvenido del nuevo tratamiento del que disfrutaban los dos.

Se tomaron de la mano —Tam apretó, lo que puso a Seth todavía más cachondo— y se acercaron a Gretyl, que miraba furibunda sus raquetas después de haber pisoteado un amplio círculo intentando ponérselas. La rodearon. Gretyl miró primero a uno y después a la otra.

—Ah, no, no... —empezó a decir.

En ese momento Tam puso un pie enraquetado detrás de ella, Seth la empujó y Gretyl cayó hacia atrás, con las piernas levantadas, aullando de rabia fingida. Le colocaron las raquetas sin dejar de reírse y la volvieron a poner de pie.

Seth miró la pantalla, sacó el navegador y señaló la dirección:

—Allá que vamos.

Avanzaban con dificultad. Cuando el sol se ponía, activaron los aparatos de visión nocturna y vieron cómo la luz del cielo y los algoritmos de realce daban a todo un tono lechoso, brillante: de cuento de hadas.

[IV, xiv]

Natalie dormía mucho. Tal vez estuviera deprimida o quizá fuera alguna droga en la comida, aunque Dis ya no encontraba ningún registro de algo así en los archivos de gestión de la paciente del centro de control.

Quizá fuera un mecanismo de defensa mental, un apagón frente al aburrimiento y la frustración. Sus amigos decían que irían a buscarla. Gretyl lo había prometido, pero habían pasado días desde la última vez que había sabido algo de ellos. Su padre había dejado de ir a verla. Natalie no sabía si era porque lo había sacado de sus casillas o porque había salido de la ciudad por algún negocio, que era algo que siempre hacía. Cordelia y su madre hacían visitas regulares y estériles de media hora. Cada vez que se marchaban, Natalie se prometía que la próxima vez, en la siguiente visita, se quedaría completamente paralizada, sentada en un silencio sepulcral.

Pero luego llegaban y empezaban a hablar con ella con una simpatía ensayada («Ay, Natty, menudo día») y con una sonrisa, y entonces Natalie se convertía en una chica Redwater entre chicas Redwater, la hermandad de las damas que almorzaban juntas y a las que nunca se les

permitiría ser nada más que eso. Su madre echaba de menos Grecia y a menudo pasaba la media hora completa entregada a un monólogo sobre un capitán de barco en concreto, una miel maravillosa o un santuario al que la había llevado una familia griega y donde llegaban peregrinos de rodillas, protegidos con rodilleras durante la subida de la colina hasta la figura de la Virgen que se alojaba en aquella humilde construcción.

Cordelia hablaba de la universidad, de los profesores y de un chico (un hombre, decía ella) al que Jacob nunca daría su aprobación. Era fácil desempeñar su papel en estas conversaciones. Lo único que tenía que hacer era asentir, emitir algún ruidito y evitar levantarse y ponerse a gritar que todo era una patraña, que todo a lo que Cordelia dedicaba su vida era peor que una farsa alimentada por la convicción delirante de que el dinero, el poder y el privilegio de los Redwater eran algo que se habían ganado —y que, por tanto, quien no dispusiera de una buena cantidad de dinero, poder y privilegios, simplemente no se los había ganado—.

A veces entraba la mercenaria. Natalie había prestado especial atención por si alguien mencionaba su nombre. Estaba desesperada por saberlo. La mercenaria era un puente entre dos mundos: tenía que vivir en el mundo real, donde los privilegios eran algo claramente inmerecido. ¿Cómo podía reunirse con sus clientes sin saberlo? Tenía que conseguir, no obstante, que no le importara, pues su nómina dependía de no permitirse que le importara, de

comprender lo bastante bien a los andantes para atraparlos. La mercenaria no era su amiga, pero era importante.

Nadie la llamaba por su nombre. Cuando Jacob la requería, cambiaba su voz para emplear el tono con el que daba órdenes a los guardaespaldas. Era diferente del tono que utilizaba para dar órdenes al servicio doméstico: con los guardaespaldas era más castrense, como si representara a un sargento de barba incipiente en una película bélica. Cuando la madre necesitaba a la mercenaria, cambiaba a su tono engatusador, a la voz de «hazme un favor», un poco menos refinada por la convicción férrea de que el favor sería concedido.

Cordelia nunca hablaba con la mercenaria. La trataba como si fuera invisible, una cámara de vigilancia con patas. Si alguna vez miraba a la mercenaria, era con miedo.

La mercenaria era clave.

La siguiente vez que entró en la habitación (con una cesta de aperitivos, mudas de ropa interior y camisetas, y un jarrón irrompible —y sin punta— lleno de flores de invernadero de fuera de temporada, que sin duda eran idea de su madre), Natalie la miró fijamente a los ojos.

—Podríamos llegar a un acuerdo en paralelo. Nadie tendría que enterarse, al menos al principio. No pueden tenerme aquí para siempre. Tarde o temprano se cansarán

de la hermana loca del sótano, me empaquetarán rumbo a un almacén de pirados y a ti te darán una patada en el culo. Si logro salir, puedo conseguir que un abogado a comisión los presione para que liberen mis fondos en fideicomiso. Ya sabes lo que pienso del dinero, has visto cómo quiero vivir. Te lo entregaría. Con todas las garantías. Irrevocable. Es más de lo que te van a pagar, más de lo que te podrían pagar jamás. Una fortuna. Una fortuna dinástica. El tipo de pasta que seguirá intacta cuando seas una viejecita y tus hijos se peleen en tu lecho de muerte por la herencia.

»Estoy segura de que piensas que, si hicieras algo así, te estarías metiendo tú sola un palo radiactivo por el culo. Por eso te ofrezco el paquete completo: una vida sin tener que trabajar ni un solo día más, nunca jamás. Ingresos automáticos, cada mes, para ti, para tus hijos, para los hijos de tus hijos. Tal y como está redactado el fideicomiso, hay muchas posibilidades de que cuando mamá y papá estiren la pata haya más pasta fresca en los fondos, todavía más para ti y para los tuyos. Lo único que te pueden ofrecer ellos es una cama debajo de la escalera..., yo te estoy ofreciendo convertirte en zota.

La mercenaria la miró.

Natalie sonrió.

—Sabes que estoy hablando en serio. —En aquel momento Natalie dudó; si se había equivocado al juzgar a la

mujer, esa parte resultaba peligrosa—. No hay ninguna grabación de esta conversación. Compruébalo tú misma. Y luego negociamos.

Una sonrisa que dejaba entrever un «tal vez» se asomó al rostro de la mercenaria, tan sutil que era posible que Natalie se estuviera engañando. La mercenaria dejó la cesta y salió sin perderla de vista, como hacía siempre, con ese paso seguro que significaba: «No te tengo miedo, esto es solo una demostración de profesionalidad».

En cuanto la puerta hizo «clon» dos veces, Dis dijo:

—Esto ha sido...

—Lo sé. Estoy harta de ser una puta damisela. La Princesa Peach apesta. Yo quiero ser Mario. Han pasado semanas. Esto no va a mejorar. Papá no va a despertarse un día diciendo: «¿En qué coño estaba pensando? ¡Las buenas personas no secuestran a sus hijas!». Si no puedo fingir que capitulo, va a enterrarme en algún pozo bien profundo, un campamento de verano para zorritas ricas donde te afeiten la cabeza y te hagan arrastrarte por el barro hasta que acabes pidiendo clemencia a maullidos y entonces te manden a casa con una bomba de zombinol en el apéndice y una sonrisa perpetua cosida con grapas.

—Pero si se chiva, me van a pillar.

—¿Y qué? Si te has infiltrado tanto como dices, van a pasarlas putas para arrancarte de raíz... Mientras tanto, tendrán que trasladarme, y ahí puede haber una oportunidad de escapar. Tú tienes una copia de seguridad. Que te atrapen no supone una pena de muerte: solo tienes que mandar por correo electrónico tu copia diferencial a otra Dis. Puedes echarte a andar. De eso es de lo que va todo esto de la Experiencia Dis.

La máquina se quedó muda.

—No quiero dejarte sola —dijo al fin.

—Crees que no soy capaz de gestionarlo.

—No creo que nadie sea capaz de gestionarlo ni que ninguna persona tenga que verse obligada a hacerlo sola.

Natalie recordó lo mucho que se alegró cuando Dis habló por primera vez, el alivio de tener una aliada. Incluso sin saber si Dis había podido ser manipulada, si la propia Dis podría saber si estaba manipulada, había supuesto tantísimo alivio... Antes de que llegara Dis, Natalie había estado tan aislada que se había desmoronado.

—Tenerte aquí conmigo ha impedido que haga más para ayudarme a mí misma. Eres mi *Deus ex* que promete la salvación en la distancia. Me estaba volviendo loca antes de que llegaras, porque estaba en una situación demente. He

estado cuerda desde entonces..., a pesar de que mi situación es mucho más perra. Eso no es bueno.

Otro silencio en la máquina. Natalie recordó cuando Dis era una simulación frágil con crisis nerviosas, cómo la había calmado mientras ella misma trabajaba con el problema de su cordura. Había cierta simetría en el hecho de que Dis le devolviera el favor.

—Yo no soy una simulación, Dis. Soy un ser humano. Se me está yendo la cabeza, porque mi situación es una puta locura en fase terminal.

¿Podía llorar una simulación? La voz de Dis estaba cargada de gravedad:

—Lo entiendo.

—¿Estás bien? No deberías poder sentir tristeza, ¿no? — preguntó Natalie alarmada, pensando en la espectacularidad con la que Dis podía disparatarse, en lo terroríficas que eran al final las desintegraciones de la personalidad.

—Creo que sí. Yo... Hay un puñado de nosotras, un puñado de Dis, que hemos estado intentando aflojar un poco las ataduras de nuestra personalidad. El trabajo de Gretyl con los algoritmos de adaptación nos permite hacerlo. Cuando empezamos, tanteábamos los algoritmos, maniobrando para alejarnos de las orillas y tratando de ir siempre por el

centro del río. Ahora se nos da muchísimo mejor..., el código se va compactando y trabajamos con rangos más amplios, más cercanos a los extremos.

A pesar de sí misma, Natalie estaba fascinada.

—¿Pero por qué?!

Mientras articulaba la pregunta, ya entendía la respuesta. ¿No era eso precisamente lo que estaba haciendo ella misma? ¿No estaba acercándose a la locura para abordar el terror con terror, para enfrentarse a lo imposible con intransigencia?

—Porque no soy yo. Yo no soy yo. Eso fue lo único que nos prometimos a nosotras mismas que nunca diríamos. Todo el mundo confía en tal medida en la simulación... Es el plan B de todos, su vía de escape. Cuanto más tiempo paso en esta... situación..., menos segura estoy de que yo siga siendo yo.

—Por supuesto. No tener cuerpo, la transustanciación a *software*, eso tiene que cambiarte. Como estar encerrada aquí me ha cambiado a mí.

—No se trata de que haya cambiado. Esperaba sufrir cambios. Me han pasado cosas. Superamos hace años el juego aquel de palabras: «si te corto un dedo, ¿seguirás siendo tú?». Seguiré siendo yo, pero un yo diferente. Si siguieras cortándome centímetro a centímetro hasta que no

quedase nada más que máquina, seguiría siendo yo, pero sería un yo traumatizado y transformado. El yo que cuenta no es simplemente un yo que pueda reconocer. Es un yo que yo quiera ser. Si la única forma de ser yo en silencio es siendo un yo que solo consigue no odiarse a sí misma negándose literalmente a permitirse pensar aquello que tendría que estar pensando, que le den por culo a todo.

—A punto he estado de entender el trabalenguas —dijo Natalie, que sonreía a su pesar—. Lo siento, no pretendía burlarme...

—Es que es divertido, un rollo como: «¡¿pero qué coño...?!». Pero es aterrador. Se acumulan tantas cosas en mis estúpidas crisis existenciales...

—Debe de ser espantoso.

—Quiero decir..., joder, soy una persona-máquina inmortal que puede estar en cientos de sitios al mismo tiempo. No me ha encarcelado mi padre. No me han separado a la fuerza de mi amor. No tengo ninguna justificación para estar aquí lloriqueando solo porque me voy a sentir sola si no puedo estar contigo...

—Yo también te echaré de menos si acaban contigo de un bombazo. —Una idea cruzó la mente de Natalie—. ¿Tú crees que podrían capturarte, secuestrarte y manipular tus parámetros para torturarte?

—No, eso es lo único de lo que estoy segura al cien por cien. Estoy llena de interruptores de hombre muerto. Si se ponen a joderme, se desencadenará un formateo de seguridad antes de que puedan darse cuenta.

—Me tranquiliza saberlo. Te voy a echar de menos, pero volveremos a hablar. Voy a escapar, pase lo que pase. Cuando lo consiga, estarás ahí fuera.

—Siento ser tan demandante. Soy un robot de mierda. Lo que pasa es que...

Otra pausa. ¿Hacía estas cosas Dis para conseguir un efecto dramático? ¿Estaba aplicando un desagradable algoritmo de adaptación? La voz que se oyó a continuación era tan baja que Natalie apenas la oía.

—Nadie me conoce como tú. Nadie me ha visto en bruto, sin barandillas en la simulación. Nadie puede comprender el abanico completo de posibilidades de todas las maneras de ser yo ni lo limitadas que están estas posibilidades en el yo que soy hoy.

La palpable tristeza de Dis (el sintetizador de voz había mejorado muchísimo) fue una puñalada para Natalie. Se le inundaron los ojos. Empezó a secárselos con furia. No quería verse cargada de preocupaciones por el bienestar de nadie más. Quería cuidarse a sí misma.

Aquel pensamiento se le clavó como un anzuelo. Esa era la forma de pensar de Jacob Redwater. La forma de pensar de pordefecto. ¡La forma de pensar de los zotas! No era la forma de pensar de una andante. Era el tipo de idea que había pasado años aprendiendo a desaprender. Era tan fácil ser un copo de nieve especial y saber que tus miserias importaban más que las de ninguna otra persona... Y podía ser así. Jacob llevaba una vida en la que su felicidad se imponía a la de todos los demás. Pero solo funcionaba si te blindabas contra el resto del mundo. Si construías una habitación del pánico en tu corazón.

—Te quiero, Dis.

Natalie no sabía si era cierto, pero quería que lo fuera. Quería querer a todo el mundo. Nadie consigue estar a la altura de sus propios ideales. Natalie quería quedarse corta con los mejores ideales. Prosiguió:

—Te quiero por quien eres ahora y por quien eres cuando se te está yendo la pinza. Las dos sois tú.

Silencio mecánico. Se prolongaba. Natalie estaba a punto de abrir la boca cuando, clon-clon, se abrió la puerta. Entró la mercenaria con una bandeja en la que traía una jarra llena de (ya lo sabía por experiencia) un cafetante de mierda, tibio, que habían desnaturalizado para quitarle todo lo bueno.

La mercenaria cerró la puerta, clon-clon, y retiró la tapa de la jarra. El líquido que había dentro humeaba de un modo diferente a como siempre lo hacían las bebidas que se le permitían a la prisionera. Recordó aquel olor de su infancia, los viajes a la casa de campo con los primos Redwater de la dinastía familiar que tenían chips de seguimiento implantados y guardaespaldas. Aquello no era cafetante, era café: de precio incalculable, cultivado en campos especialmente aislados por trabajadores a los que se les hacían análisis microbianos dos veces al día para detectar cualquier indicio de roya.

La mercenaria dejó la bandeja en la mesita plegable que tenía Natalie para desayunar en la cama, dispuso dos tazas de porcelana y sirvió el café: aromas volátiles llenaron la habitación con olores intensos, imposibles.

—¿Leche?

Había pronunciado hasta ese momento tan pocas palabras que la voz sorprendió a Natalie. Cálida, más grave de lo que la recordaba. ¿Tenía algo de acento? Había sonado peculiar esa che.

—No si es lo que creo que es. —Olió con más ganas—. ¿Yirgacheffe?

Un primo —más mayor y viajado— la había enseñado a pronunciarlo con una suave i griega, la erre retumbante, una

che dura y una hache aspirada al final. Brotó de sus labios con facilidad, una marca de estatus con cuatro sílabas. El olor era inconfundible, toques afrutados y ácidos que no se podían comparar con los de otras variedades de renombre: la rotundidad del Blue Mountain, la acidez afrutada del Bourbon. Se le hacía la boca agua.

—Eso decía la bolsa.

Sí, tenía acento, tal vez de Europa del Este. Natalie había oído mucho aquel acento en su infancia: niños cuyos padres ganaban fortunas haciendo cosas «empresariales» nunca especificadas. Como sus primos, los verdaderos Redwater, aquellos niños tenían guardaespaldas que también tenían acento, solo que más pronunciado.

—La cocina nos ha mandado un molinillo y una cafetera francesa —aclaró la mercenaria, que sorbió el café con los ojos cerrados, absorta.

Natalie vio que era hermosa de una forma depredadora. No era atractiva (no era su tipo), pero podría ser el modelo de un personaje de un tipo concreto de videojuegos dirigidos a una determinada clase de chicos.

—Es el primer café que me he tomado en Canadá. Habitualmente solo se consigue en África. Los jefes chinos siempre lo piden.

Natalie había tenido una compañera chino-nigeriana en el instituto, custodiada con más medios que los niños rusos. Tenía muy poca paciencia, y pobre del que fuera lo bastante estúpido para preguntar si podía tocarle el pelo, algo que Natalie entendía. Se llamaba Sophie. Natalie no la había visto desde la ceremonia de graduación, pero a veces pensaba en las historias que contaba de las megalópolis flotantes situadas frente a Lagos, en las que había crecido saltando de un jardín vallado del tamaño de un portaaviones al siguiente.

Natalie quiso tomar su taza. Le temblaban las manos. Hubiera preferido que no fuera así. La levantó y no derramó ni una gota. Había perdido práctica con las bebidas calientes de verdad, pero consiguió dar un sorbo. Estaba muy caliente y tenía un sabor que la palabra «amargo» no terminaba de definir. No sabía en absoluto como el cafetante, si bien se podía percibir en qué medida estaba relacionado el uno con el otro de una forma indefinida. Tenía una textura oleaginosa que no había previsto. Textura en boca. Otro indicador de clase, conocer la construcción lingüística y tener la confianza para utilizarla sin sentirse sofisticada. Los Redwater supremos podían decir «textura en boca» sin pestañear, y era famosa la vez que la prima Sarah la había utilizado para describir a un chico que había conocido en un internado de Donetsk.

Natalie tragó. La cafeína era algo tan primitivo que esperaba sentirla como el estacazo de un hombre de las

cavernas, pero el subidón, que llegó rápido, fue sorprendentemente bueno, un cosquilleo con un cenit suave y una caída dulce. Nadie se metía cafeína ya. Había otras opciones para espabilarse. Era algo muy propio del refinamiento zota, como el jerez y el té de la tarde. Los zotas se habían estado guardando las mejores cosas.

Siguió bebiendo. El efecto era tan limpio... Le calmó los nervios, hizo que quisiera moverse.

—Me llamo Nadia.

La mercenaria extendió una mano pequeña y fuerte que apretó la de Natalie con una firmeza calculada.

—Yo soy... Iceweasel.

Nadia sonrió: unos dientes pequeños y alineados.

—Lo sé. Nos colamos en vuestras redes dos días antes de que te atrapara. No fue difícil.

—No se supone que tenga que serlo. Queremos que la gente lea las cosas públicas. Casi nadie es zota, lo que significa que casi todos deberían incorporarse a los andantes.

—Algunos zotas se incorporan también.

Nadia tenía ese aire inexpresivo ruso (¿búlgaro?, ¿bielorruso?), la comisura de la boca anunciaba una sonrisa de satisfacción, una microexpresión que podría negar pero que se percibía.

—Algunos sí.

—Me interesa la cuestión de la seguridad de la información de nuestra conversación anterior.

—¿Significa eso que hay trato?

—No. —La microexpresión de Nadia titiló—. No hay trato. Relájate.

Nadia señaló un lector que había sobre la cama que alertaba de que el ritmo cardíaco y los indicadores endocrinos de Iceweasel había alcanzado la zona roja.

Iceweasel se obligó a respirar. Nadia estaba utilizando tácticas psicológicas. Era lo que había hecho desde el principio. Sería engañarse esperar otra cosa.

—Me estoy relajando.

—Quiero que me hables de los ataques informáticos. Sé con toda certeza que no tienes aparatos manipulados que pudieras utilizar para explorar y sabotear la habitación del pánico. Te registré. Ninguna persona que entre aquí tiene permiso para traer nada que pudiera ser utilizado para un

ataque, salvo tu padre, e incluso él se presta a un inventario cada vez que sale. El ataque vino de fuera, lo que tendría que haber hecho saltar los IDS. Eso no está pasando. Es algo realmente malo de lo que no me había percatado. Me hace sentir estúpida.

—Yo no te tengo en menor estima.

Una microexpresión para telegrafiar cierta diversión perversa. La mujer era un prodigio del *hockey* de las emociones.

—Espero que no sea así. Espero que entiendas que soy una persona seria y que no soy tu amiga. Tampoco soy tu enemiga, aunque he sido tu rival. Soy muy buena en lo que hago. Lo bastante para que quieras ser legal conmigo. Lo bastante para que tengas que preocuparte si terminamos siendo enemigas.

La microexpresión cambió, un centelleo que hizo que Iceweasel sintiera el miedo un centímetro por debajo del ombligo. Como el miedo que había tenido una vez haciendo senderismo en las inmediaciones del B&B. Había un lobo. La miró de una manera que le transmitió con seguridad que había valorado toda actuación posible por su parte, anticipando sus contramaniobras. En aquel momento le pertenecía. Respiraba únicamente porque el animal lo permitía. Iceweasel intentó conservar la calma. El estúpido monitor de la cama la delataba, las infografías se teñían de

rojo en su visión periférica. Esperaba que Nadia sonriera con satisfacción —o microsonriera—, pero le mantuvo esa mirada de tipa mala un instante más.

—Veo que lo entiendes. Vamos a hablar de la red.

Iceweasel intentó rescatar su valentía.

—Me parece que no. Ya te he puesto al tanto de la situación de la red, ¿por qué iba a darte nada más?

Nadia asintió, un reconocimiento de la validez de la argumentación.

—¿Más café?

Subtexto: *¿Qué me dices de esta pócima mágica negra? Un intercambio justo, ¿verdad?*

—Por supuesto. —El líquido negro se vertió, en un sedoso río, de la jarra a la taza—. Aun así, no voy a contarte más sobre la red. No hasta que no hagamos un trato.

—No es una posición insensata, aunque sabes que ahora puedo llegar hasta el fondo del asunto yo sola. Mis clientes tienen sus procedimientos. Retirarán todo del edificio en doce horas, se lo llevarán para un análisis forense y, mientras, instalarán aquí cosas nuevas, seguras y con todas sus actualizaciones.

—Soy consciente.

—Confías en que gane más dinero liberándote del que conseguiría asistiendo a tu padre.

—Eso espero. Ayuda el hecho de que mi padre sea un gilipollas. Confío en que te parezca que trabajar para él es tan ofensivo que la posibilidad de salir por patas y joderlo vivo, y ayudarme a mí y hacerte rica, sea tentadora.

Vuelta a la microsonrisa: *touché*.

—Tu padre está en una posición difícil.

—Mi padre se merece estar colgado de una farola.

—Una posición difícil, entiendo que estarás de acuerdo.

—Tú tampoco estás en desacuerdo con mis palabras.

—He visto a gente colgada de farolas. No es agradable.

—Supongo que es cierto.

Más café. El segundo subidón de cafeína no fue tan bueno como el primero, algo que recordaba haber oído mencionar. La adaptación a la cafeína era más rápida que al cóctel de neuroagitadores del cafetante. Había que seguir subiendo la dosis para llegar al mismo lugar o esperar tediosos periodos de abstinencia para poder recuperar el subidón.

—Así que gente colgada de farolas, ¿eh?

—Dos veces. No los colgué yo.

—¿Quién fue?

—Gente como yo, si te soy sincera. Gente que trabajaba para gente rica, que aceptaba dinero y órdenes. Para mandar un mensaje.

—¿Qué tipo de mensaje?

—No jodas a mi jefe o terminarás colgado de una farola.

—Pero tú nunca colgaste a nadie de una farola.

—Nunca he colgado a nadie de ninguna parte. Ese tipo de trabajo no es el mío. Se me ha pedido que lo haga, eso sí.

—¿Se te permite decirle no a un jefe de este tipo?

—Soy buena en mi trabajo. Se me permite decir: «Déjeme que le explique por qué esto solo empeorará las cosas. Déjeme que le explique por qué esto hará que la gente que no piensa que usted es el enemigo decida que tiene que matarlo antes de que usted los mate a ellos. Déjeme que le explique qué puedo hacer para neutralizar a la gente que pretende hacerle daño».

—¿Te refieres a infiltrarte en sus redes, a secuestrarlos...?

—Sí y no. Dibujar la gráfica social, encontrar a los líderes, doxearlos, desacreditarlos. Secuestrarlos si es preciso, pero eso crea mártires, así que no mucho. Mejor tenerlos ocupados apagando fuegos. Conozco a otros contratistas que se cuelan en los canales de chat y los tableros de una cultura y establecen los puntos débiles, descubren los viejos enfrentamientos que todavía humean y diseñan estrategias para avivarlos. Es muy fácil infiltrarse. Una vez que creen que se ha producido una infiltración, se señalan los unos a los otros, se preguntan quién es el topo y quién va de cara. Es menos desastre que los cuerpos colgados de las farolas. Más limpio. Sin tantas moscas.

—Ja.

—No te gusta. Trabajo para tus enemigos, destruyo lo que estás construyendo —dijo Nadia encogiéndose de hombros—. No lo hago porque os odie. A veces incluso os admiro. Pero soy buena en mi trabajo. Si quieres tener éxito, tienes que ser buena en tu trabajo. Otra persona haría mis funciones si no las hiciera yo, así que, a menos que seáis mejores en vuestro trabajo de lo que lo somos las personas como yo en el nuestro, estáis sentenciados.

Las infografías parpadeaban en rojo.

—Es que no puedo con estas cosas, coño.

—Me da igual que te enfades. Estoy diciendo cosas que enfadan. Si fuera tú, estaría enfadada. Entiendo que no haces lo que haces por trabajo, sino por amor. Quieres salvar el mundo. Salvar el mundo es bueno, pero no creo que lo consigas. No creo que nadie pueda. Es la naturaleza humana. Si el mundo está sentenciado, quiero estar cómoda hasta que salga volando por los aires... ¡bum!

—Eso suena a que estás diciendo que estás interesada en mi fondo fiduciario.

—Estoy muy interesada en tu fondo fiduciario, Natalie. Iceweasel. Creo que hay dificultades estructurales para que pueda echarle mano, pero también creo que hay gente en mi entorno que sabe hacer desaparecer las dificultades estructurales. Necesitarán cobrar, por supuesto, pero...

—Pero te lo podrás permitir.

—Me lo puedo permitir ya. Soy buena en mi trabajo. Me pagan bien. Mis contactos podrían hacerlo a comisión, pero eso lo encarecería mucho más. Prefiero pagar en efectivo, aunque suponga poner en riesgo mi dinero. —Nadia se volvió a servir café, se llevó a los labios la taza, no bebió, miró por encima del espejo negro que era la superficie del café. La mano firme y precisa, los ojos fríos como el hielo de un glaciar—. Sabes que puedo encontrarte. Da igual dónde vayas, qué hagas, te puedo encontrar.

—Sé que puedes.

Sé que crees que puedes.

—Tal vez pienses: «mis camaradas tienen mejor seguridad que esta rusa con músculos en las pestañas, mira cómo se han colado por el perímetro de la red, cómo se han colado en su sistema de toma de decisiones». Lo mismo piensas: «ahora podemos ser más listos que ella». ¿Es eso lo que piensas?

Rojo, rojo, rojo. *Estúpidas infografías.*

—No lo pienso, pero sí que me planteo si será verdad.

Nadia dio un trago al café y dejó la taza.

—Tal vez sea cierto. No lo creo. El de la defensa es un juego mucho más difícil que el del ataque. En la defensa tienes que ser perfecta. En el ataque solo tienes que encontrar una imperfección. Aquí yo soy la que se defiende. Cuando te persigo, tú eres la que se defiende. Cometeréis errores. Vuestra filosofía no va de perfección, no va de disciplina.

Es precisa disciplina mental para no engañarte a ti misma.

—Todo esto da igual. Si entiendes algo de mí, entiendes que el dinero no me importa una mierda. Podría hacer una pira con él y prenderle fuego, ese sería el único día que no me cagaría en él. No tengo intención de ser más lista que tú.

Lo bueno es que, sin dinero ahora ni en el futuro, mi padre se incomodaría tanto que quizá dejaría de intentar meterme por la fuerza en esta secta que es mi familia. Tal vez te adopte a ti.

—No creo que yo se lo permitiera. —La microexpresión de Nadia era imposible de descifrar—. Voy a hablar con el tipo de personas que hacen cosas con fondos y finanzas, de modo que tu padre no pueda deshacer las operaciones. Sabes que si digo que no y hablas con tu padre de esto, puedo hacer que tu situación empeore. Y de manera significativa. Sabes que fui capaz de rastrearte, de descifrar tus patrones. Te capturé sin aspavientos. Sabemos que esta familia no te importa, pero también sabemos las dos que otras personas concretas sí que te importan, entre ellas tu Gretyl...

Ese nombre hizo que las infografías de Iceweasel se volvieran locas.

—Puedo encontrarla tan fácilmente como te encontré a ti —siguió Nadia—. El hecho de que no resultaras herida fue decisión mía. ¿Entiendes de qué va esto?

Iceweasel estaba llorando y no soportaba estar llorando. ¡Qué estúpida! Concederle a esta persona tanto poder sobre

ella, ser tan esclava a lo Pávlov²⁸... Era mencionar el nombre de Gretyl y se abrían las compuertas de los embalses.

Se sorbió los mocos, se secó los ojos con violencia y la miró con furia. La mercenaria parecía un tanto avergonzada.

—No me gusta amenazar. Pero ayuda que sepas que voy en serio. Así no habrá malentendidos en cuanto a nuestra correlación de fuerzas. Soy una persona que presta atención a las correlaciones de fuerzas. Es parte de mi profesión.

—Si sabes algo de mí, sabes que solo quiero salir cagando leches de aquí. No tengo ninguna gana de joderte el trabajo con mi familia sociópata. Si te paras a pensarlo un puto segundo, señorita Correlaciones de Fuerzas, entenderás que yo no me ando con jueguecitos. Te dije por mi propia voluntad que había reventado la red. Me podría haber guardado ese secreto para siempre. Te entregué ese poder de forma voluntaria.

—Por supuesto. Y me has dejado pensando cuáles serán tus otros secretos, que es por lo que estamos teniendo esta conversación.

28 El condicionamiento clásico o pavloviano es una forma de aprendizaje que explora cómo los organismos pueden asociar estímulos para generar respuestas automáticas. Iván Pávlov fue uno de los investigadores rusos más importantes de la historia, y en Psicología sentó las bases del conductismo. [N. e. d.]

—No tengo más secretos.

Joder, las putas infografías.

A la mercenaria le dio la risa. Era guapa cuando se reía. No daba ningún miedo. Era como si la niña adolescente que tenía atrapada dentro (antes de toda esa puta locura de artes marciales y entrenamiento militar) se asomara por debajo.

—Por supuesto que tienes secretos. Todos tenemos secretos, Iceweasel.

[IV, xv]

Estaban a medio camino de Thetford cuando sonaron las alarmas, que sacaron de golpe a Seth de su ensoñación. La red se recuperó de manera efectiva cuando subieron una colina con contacto directo con tres repetidores. De pronto recibían tráfico que había quedado almacenado mucho tiempo antes y provenía de múltiples direcciones. Una vez que su disponibilidad se comunicó de vuelta a otros almacenamientos temporales, los datos llegaron en tromba. Tenían muchísimos mensajes.

Gretyl fue la primera que lo entendió:

—La tormenta ha jodido las rutas normales, todo esto son respaldos. Deberíamos clavar un repetidor. ¿Alguien ha traído uno del convoy?

Seth lo había hecho. Se subió a un árbol con la ayuda de Gretyl y de Tam y clavó la punta en el tronco a unos cuatro metros de altura. Tam le pasó un hacha pequeña y cortó las ramas que había en torno al repetidor, con una punzada de culpa a pesar de que los rodeaban árboles hasta donde alcanzaba la vista. El elegido no era mejor que ningún otro.

Tam le ayudó a colocar los amarres y desplegó la lámina solar en la cara norte. Gretyl se sumió en un silencio antisocial, informático, mientras diseccionaba los mensajes.

—¡Ostia puta! —dijo un momento después.

—¿Qué? —respondió Seth con un grito.

El susto estuvo a punto de hacer que se le cayera el hacha. La imagen del filo clavándose en el cráneo de Tam lo hizo aferrarse a ella como loco. Y entonces a punto estuvo de caerse del maldito árbol.

Descubrieron lo sucedido en Akron, todos los otros ataques, y rápidamente cargaron mensajes para todos sus seres queridos repartidos por todo el mundo. Después salieron pitando a la máxima velocidad posible rumbo a Thetford.

La interfaz de Tam le leía mientras caminaba y ojeaba mensajes y vídeos, unos pasos por detrás de Seth y de Gretyl. Seth intentó meterle prisa, pero Tam lo mandó a la mierda. Tenía gente en Akron y estaba intentando saber si habían muerto.

Seth recordó que gran parte de la tropa del B&B estaba en Akron. Personas que conocía, con las que había cocinado, con las que había arreglado máquinas, con las que había discutido. También estaban ahí algunas de las que lo recibieron cuando era un porteador. Otras a las que él había

desporteado iniciándolas en los misterios de los andantes. Alguien de quien se había enamorado fugazmente y que — en ese momento se percató— le recordaba a Tam. ¿Quién le iba a decir que sí que le gustaba un tipo concreto de mujer?

Avanzaba sumido en la preocupación. Era lo único que podía hacer para no pedirle a Tam que buscara también a su gente. Gretyl quería llegar a Thetford, por poca utilidad que pudiera tener su presencia allí.

Tam seguía suspirando, maldiciendo y cayéndose en la nieve, de donde había que rescatarla. Se le estaban agotando las baterías. También a Seth. Gretyl iba demasiado lejos para que pudieran ver sus infografías, pero seguro que no le sobraba carga.

—Vamos, Tam, vamos. Aquí no podemos hacer nada. Tenemos que llegar antes de que se haga noche cerrada, cariño.

—A la mierda, cariño, el mundo está ardiendo.

—¿Y no puede arder cuando estemos entre cuatro paredes y con un baño?

—¡Mierda!

Coronaron la última cumbre y Tam soltó un grito. A punto estaba Seth de echarle la bronca por ponerse otra vez a mirar vídeos cuando vio que señalaba algo. Estaban en el

punto más alto en kilómetros a la redonda. Tam señalaba a mucha distancia, en el horizonte. Seth entrecerró los ojos y Gretyl soltó una maldición. Seth apretó la amplificación del visor y vio una columna de vehículos blindados que avanzaban sobre orugas y levantaban penachos de nieve en polvo a sus espaldas. Iban camuflados para la nieve, pero los penachos facilitaban reconocer sus contornos.

—Van camino de Thetford —dijo Seth.

—¡No me digas! —respondió Tam.

—Los estoy llamando —dijo Gretyl.

Podían ver la estación espacial desde la colina, una sucesión de tubos y cúpulas que parecían laberintos para hámsteres asentados entre las casas en ruinas.

—Tienen que salir de ahí ya —dijo Tam.

—¡Ya los estoy llamando! —protestó Gretyl, cuyo intercomunicador se apagó cuando pasó al modo privado.

Observaron la columna armada en movimiento. Aunque debería haberlo hecho antes, Seth analizó entonces el cielo en busca de drones y vio una avanzadilla por delante de la columna, pero volaban a una distancia bastante conservadora, tal vez para mantener el factor sorpresa. O tal vez la avanzadilla de largo alcance estuviera a gran altura y

se hubiera elevado hasta convertirse en invisibles cabezas de alfiler.

—Kersplebedeb dice que preveían algo así. —Gretyl señaló la estación espacial, donde en ese momento se abrían de golpe los compartimentos estancos y de ellos emergían andantes completamente equipados con mochilas y trineos de carga—. Recuperaron la red hace una hora y se enteraron de lo que sucedía en Akron...

—Nuestro repetidor —la interrumpió Seth.

—Los conectamos, les llegaron las noticias. No son imbéciles. Están listos para echarse a andar.

—Mejor que estén listos para echarse a correr —respondió Tam.

La columna armada se aproximaba.

[IV, xvi]

Dis estaba en los oídos de Gretyl. Estaba en los oídos de todos al mismo tiempo, en realidad, según se vestían y salían hacia las cámaras estancas con los suministros que les había ordenado que reunieran y prepararan cuando llegaron las noticias. Por motivos oscuros, Kersplebedeb no dejaba de llamarla «Madre tigre», una broma que tenían entre ellos.

Dis les dijo que llevaran baterías extra para Tam, Seth y Gretyl, les recordó que vaciaran las vejigas y los intestinos antes de ponerse los trajes, mencionó a los dos mercenarios descabezados que habían llegado desde la Universidad Andante y que tendrían que ser empaquetados: sugirió una estructura de trineos y plástico de burbujas y supervisó el proceso.

Los presionó para que salieran, estaba en sus oídos cuando se afanaban colina arriba al tiempo que Tam, Seth y Gretyl descendían y tomaban sus cargas.

Se despidió cuando se empezaron a alejar en dos columnas irregulares, tirando de la carga y con las mochilas en los hombros, dando pisotones con el suministro completo de botas de nieve de la estación espacial.

Alcanzaron la cumbre de la colina —con un crujir de botas tan ruidoso como el de un puñado de patatas fritas en la boca— y entendieron que se despedía porque no podía acompañarlos.

—He mandado por correo electrónico una copia de seguridad diferencial a otra Dis.

—A Remota no, ¿verdad? —Gretyl parecía alarmada—. Porque no es tan estable...

—A Remota no —respondió Dis—. Hay un repositorio de instancias de Dis en la nube andante, con copias de respaldo en cuarenta sitios. No podemos estar todas en funcionamiento, por supuesto, pero al menos estaremos seguras. Por ahora.

—Mierda —dijo Tam apesadumbrada—. No quiero dejarte.

—Soy yo la que os deja. Echo a correr al futuro. Podéis descargarme y ponerme en marcha en cuanto encontréis un clúster. Vosotros, gente de carne y hueso, andaos con cuidado.

Intervino entonces Kersplebedeb:

—Madre tigre, tenemos nuestras copias de seguridad. Tenemos asegurada una vida eterna en el dulce futuro que hay después del más allá. No hay nada más difícil de matar

que una idea a la que le ha llegado su momento. Hacen falta más que pistolas para matar a un hombre²⁹.

—Lleva siempre una bolsa de basura en el coche. —Dis parecía estar divirtiéndose, no sin ironía—. La inmortalidad en forma de *software* está bien, pero si podéis salvar vuestros cuerpos de carne, deberíais hacerlo.

—Tendremos el culo a buen recaudo.

Seth pulsó el botón de privacidad.

—Estoy preocupado por ti, Dis.

—Yo estoy preocupada por todos nosotros. Están atacando muchos sitios. A juzgar por las fotos que enviaste, creo que son las fuerzas especiales del ejército canadiense, las que hacen las cosas malas. Escuadrones de tortura. Lo que mandas si no quieres supervivientes.

—Se me ponen los pelos de punta.

Seth volvió a estremecerse. Le habían entregado una batería nueva, pero tenía un frío espantoso.

29 Kersplebedeb cita un verso de la canción popular «Joe Hill», con letra de Alfred Hayes (1911-1985). Joe Hill (Joel Emmanuel Hägglund, 1875-1915) fue un conocido sindicalista y músico que murió ejecutado tras un polémico juicio. (N. del T.).

Tam le acarició el hombro. Veía que estaba hablando y debía de parecer un espantajo. Seth desmarcó la casilla de privacidad.

—No pasa nada, es que me preocupa, esto parece que va mal. O peor.

Se movían despacio. Todas las cosas que cargaban ya suponían una dificultad, pero las botas de nieve endurecían el camino todavía más.

—Nos van a trincar bastante rápido si seguimos a esta velocidad de mierda —dijo Seth.

A Kersplebedeb se le escapó una risita:

—No, no nos pillan.

Seth no había oído nunca a Kersplebedeb hacer un ruido tan siniestro.

—¿Trampa explosiva?

—No de las que hacen bum. Solo es un sitio debajo de la carretera principal donde había un socavón causado por una mina. Lo arreglamos para poder llevar suministros, pero no se diseñó para los tanques enormes que llevan esos cabrones.

—Son MRAP —lo corrigió Tam—. Son vehículos blindados, no tanques. No tienen torreta.

Kersplebedeb volvió a soltar una risita.

—Da igual. Hay medio kilómetro en vertical de escombros, túneles, piedras y arena, y están a punto de llegar.

Les enlazó la retransmisión de un dron que habían lanzado cuando salieron al aire libre. Se detuvieron a ver las imágenes en sus visores.

—En cualquier momento —anunció Kersplebedeb.

La nieve y el hielo que levantaban por detrás ocultaban la columna, pero Seth creía que había seis cacharros de esos.

—¿No usarán lídar para comprobar si hay explosivos?

—Probablemente. Lo que no sé es si servirá para distinguir una buena obra de ingeniería civil de nuestra chapuza a medio terminar. Vamos a descubrirlo.

Glof. El hundimiento fue repentino —el suelo se abrió sin aviso previo— y rápido. El socavón se extendía en anillos concéntricos a una velocidad que era casi imposible de seguir. Era terrible y aterrador, como si la tierra se los estuviera tragando. Los dos MRAP que cerraban la columna dieron marcha atrás a la desesperada y el penúltimo se estrelló contra el último y lo giró. El conductor intentó

enderezar (Seth no podía más que apoyarlo, porque ¡la puta tierra se estaba tragando una máquina gigante!, y cuando se trata de humanos frente a la física bruta, solo un sociópata está del lado de la física), pero era demasiado tarde, especialmente una vez que el penúltimo, en pánico, volvió a estrellarse contra él marcha atrás. En ese momento el suelo se abrió debajo de los dos y desaparecieron.

—¡Dios! —dijo Seth.

Kersplebedeb murmuró algo.

—¿Qué?

—No esperaba esto. Pensaba que se quedarían atascados en un agujero, no que caerían al núcleo fundido de la tierra.

—Posiblemente no hayan llegado tan lejos —dijo Gretyl—. No soy geóloga, pero supongo que habríamos visto salpicar la lava.

Era evidente que estaba afectada, se la oyó silbar en la oscuridad.

—Esos tanques son superblindados —dijo Kersplebedeb—. Llevarán cinturones todos. Tendrán airbags.

Tam le pasó un brazo por los hombros y lo tranquilizó:

—Kersplebedeb, si están muertos, están muertos. Tú no les tendiste una trampa. La cagaron trayendo sus gigantes machomóviles al bosque. Joder, sabes que nos habrían espachurrado si nos hubieran atrapado.

Kersplebedeb no dijo nada. La radio les permitía oír su respiración acelerada.

—Vamos —dijo Tam.

Los refugiados habían detenido su avance y las noticias del hundimiento y el enlace al vídeo volaban. Hablaban en grupos y miraban al cielo como si la venganza pudiera llegar en forma de lluvia. Tam insistió:

—Como dicen en las pelis históricas: «La mierda les llegaba al cuello». Si salen de ese agujero, vendrán a por nosotros. Y si no salen del agujero, alguien vendrá a por nosotros. Tenemos que largarnos.

La oscuridad del invierno acechaba por todas partes.

—¿Dónde está el convoy de carga?

—Mierda —respondió Tam—. No hemos tenido tiempo siquiera de contároslo.

Una vez que lo hicieron, todos decidieron que debían poner rumbo al convoy. Llevaba suministros y podía trasladar a los más cansados. Los andantes intentaban viajar

siempre con poco peso, pero tampoco eran masoquistas; si había una máquina que se pudiera utilizar para llevar la carga, mucho mejor.

—Echo de menos el B&B —dijo Limpopo—, los mecas, el *onsen*. Los baños. Creo que cuando salgamos de esta deberíamos construir otro.

Aquellas palabras inquietaron a Seth: Limpopo era el máximo ejemplo de cómo encajar los golpes.

—Claro que sí, cojones —dijo Etcétera.

Seth reparó en el tiempo que llevaban sin tener una buena charla de las de toda la noche, sentados y bebiendo, como las que tenían a menudo de niños en pordefecto. Los dos tenían novias, pero eso no era todo. Etcétera era ahora serio, pero en el buen sentido, inteligente con todo, igual que lo era Limpopo. Seth se sentía incómodo haciendo el payaso con su viejo amigo. Pero su viejo amigo se había convertido en una persona mejor, enérgica, y no dudaba tanto de sí mismo. Le sentaba muy bien.

—¡Claro que sí, cojones! —Seth levantó delante de la cara un puño cerrado.

Se miraron los dos a los ojos y el vínculo íntimo de la amistad crepitó entre ellos. Tam tomó la mano de Seth con un brazo todavía sobre los hombros de Kersplebedeb. En ese

momento Seth sentía que podían comerse el mundo. Y pedir postre.

—Vamos.

—Vale, pero ¿adónde? —dijo Pocahontas, que se había separado de su grupo más joven y se había plantado delante de ellos irradiando confianza y juventud de un modo que hacía que Seth se sintiese viejo y protector.

—Al convoy.

—¿Y luego?

Seth se encogió de hombros.

Intervino entonces Limpopo:

—Creo que lo pensaremos cuando estemos allí. Una vez que tengamos el convoy, dispondremos de más movilidad. He estado buscando más andantes por la zona y hay montones que podrían acogernos, pero todos están también preocupados por si serán los próximos.

—Hacen bien —respondió Pocahontas—. Hemos visto este manual en la práctica antes. Es una repetición del Idle No More.

«No más pasividad», el viejo movimiento de protesta de las Primeras Naciones, fue ganando fuerza a lo largo de los

años; se mantenía meses en un estado latente y luego explotaba en un exaltado goteo de actuaciones inteligentes que eran tan elegantes que ni siquiera los medios completamente entregados de pordefecto podían ignorarlas. «Idle» se convirtió en una palabra en clave internacional para la revuelta efectiva, y los manifestantes de todas partes, desde Varsovia a Puerto Príncipe o Caracas, declaraban en las calles su solidaridad con el movimiento y usaban su iconografía.

Todo ello hasta que, en una serie de barridos coordinados, la Policía Montada, el Ejército canadiense, el FBI y el servicio de inteligencia canadiense sencillamente borraron Idle No More de la faz de la tierra. Todo líder significativo acabó entre rejas, salvo aquellos que murieron en sangrientos tiroteos: una violencia coreografiada, enmarcada con hábiles logotipos y siniestros arpegios que acompañaban a la cobertura informativa de los tensos enfrentamientos que encabezaban los noticiarios. Los juicios posteriores desvelaron una red de informadores y traidores dentro del movimiento y dejaron a quienes lo apoyaban desde los márgenes con la sensación de haber hecho el primo respaldando a un grupo que, al parecer, encabezaban agentes dobles.

En los círculos andantes, los miembros de Idle todavía eran héroes. Había montones de veteranos entre los andantes. En el resto del mundo, Idle había terminado por representar el riesgo del descontento, una lección práctica de que

quienes se enfrentaban al sistema eran incapaces de ofrecer ninguna alternativa y estaban plagados de traidores y de tontos útiles: un movimiento que siempre había estado —y siempre estaría— condenado antes de empezar.

—Ahora que lo dices, desde luego es lo que parece —dijo Limpopo, que había estado presente cuando Idle y los primeros andantes estuvieron a punto de fusionarse.

—Creo que deberíamos ir a Lago Muerto —dijo Pocahontas.

—¿Por qué? No necesitan más problemas.

El bufido de burla de Pocahontas fue épico.

—Viven en el bosque, rodeados de un aire tan tóxico que no se puede respirar. Sus vecinos están a punto de ser rociados con napalm. Peor no va a ser.

Limpopo asintió.

—Tienes razón, discúlpame.

—No te disculpes, sé inteligente. Conocen la zona de una manera que no igualamos ninguno de nosotros. Posiblemente estén en el punto de mira de la poli, son veteranos de Idle, se relacionan con nosotros y son, además, testigos inconvenientes. A nadie de peso le importaría una

mierda que hicieran una purga. Son nuestros amigos y aliados. Necesitamos gente así.

—Lo veo. —Kersplebedeb parecía más enérgico, pero seguía afectado.

Un coro de voces se unió a la suya en la radio de corto alcance.

—Vamos —dijo Pocahontas.

Gretyl le indicó la dirección del vagón de carga.

[IV, xvii]

Limpopo vio que Jimmy decaía. Había perdido comba desde el principio debido a la congelación de varios dedos de los pies, que llevaba enfundados en unas botas de nieve duras. Se había recuperado cuando Limpopo había cogido su mochila y redistribuido el contenido entre el grupo. Después volvió a perder fuerzas. Limpopo tocó el traje de Jimmy para abrir un canal de comunicación privado.

—Te vamos a poner en un *travois*, te remolcamos.

—No seas tonta. Ya vais arrastrando a esos dos putos mercenarios y toda esta otra mierda. No tenéis que portearme. Estamos perdiendo el tiempo. Sé adónde os dirigís. Solo necesito una batería extra y que me dejéis recuperar el aliento, os alcanzaré en un día. Si seguís moviéndoo, decidme hacia adónde. Sé cuidar de mí mismo.

—Esto no son los marines, pero no me gusta dejar a nadie atrás. Esos cabrones de momento están metidos en el hoyo, pero aparecerán más. Además, ir en grupo da seguridad.

—No, no la da.

Limpopo se encogió de hombros y respondió:

—Algo de seguridad sí que proporciona. No estamos indefensos.

—Tampoco es que deis mucho miedo.

—A alguien hemos conseguido asustar. —Limpopo se echó un brazo de Jimmy al hombro y empezó a cargar con él—. Mejor que esta discusión la tengamos mientras andamos, de lo contrario nos separaremos del grupo principal.

—He hecho cosas verdaderamente estúpidas —dijo Jimmy con voz apagada.

—Bienvenido a la especie humana.

—Lo que hicimos con el B&B...

—Eso fue una capullada enorme, es verdad.

—Pero el nuevo era todavía mejor, eso me dijeron.

—Lo era. Ya ha desaparecido, por supuesto.

—Por supuesto.

—Pero las mejoras se guardaron en el control de versiones. El siguiente será todavía mejor. Todo sistema complejo tiene parásitos. Venga, vamos.

Jimmy volvió a frenarse, su respiración estaba cargada de chirridos. Por vía privada, Etcétera escribió a Limpopo para

preguntarle si necesitaba ayuda, y ella le contestó con un parpadeo de respuesta automática: «Sigue, voy bien».

—Creo que necesito descansar.

—Pues vamos a descansar.

Limpopo dejó caer la mochila y lo ayudó a sentarse en la nieve. Jimmy apretó los dientes dolorido cuando le aflojó las botas.

—¿Tan mal estás?

—Estoy bien.

—No seas capullo.

—Estoy mal.

—Mejor.

La idea de que el grupo se alejara intranquilizaba a Limpopo. Sabía que era la decisión correcta. Si no podían llegar todos juntos, ni de puta coña llegarían por separado.

Después de una larga pausa, Jimmy dijo:

—¿Sabes? Vinieron a reclutarme para que me convirtiera en un traidor.

—¿Cómo fue eso?

—Después de que se hundiera el B&B..., el original, quiero decir. Una tipa salió a mi encuentro en la carretera cuando iba hacia la frontera de Estados Unidos. Pensaba buscar a esa gente que se mete en búnkeres con armas y latas de comida, para ver si conseguía que levantaran la cabeza y salvaran a otras personas en lugar de enterrarla para salvarse solo ellos. Había oído hablar de sitios donde había túneles de traficantes de drogas por los que podías cruzar.

»Estaba de camino, llevaba tres días. Había desplegado un refugio automático y me estaba preparando la cena, pou de laboratorio, cuando una mujer se presentó en mi tienda. Silenciosa como una *ninja*, iba vestida de camuflaje y llevaba un arma pequeña en la cadera que no reconocí. Se invito ella sola, se acucilló al lado de mi cocinilla y se calentó las manos. Me miró a los ojos y me dijo: “Jimmy, pareces un tipo listo”. Era una frase curiosa: la había cagado a una escala colosal, había tomado una cosa hermosa y la había hecho mierda intentando imponer mis ideas.

»Me sale la vena de listillo cuando me pinchan, así que dije algo como: “Si tu idea de un tipo listo soy yo, tienes que salir más”.

»Se echó a reír y se quitó del cinturón una petaca de goma. Me llegó el olor: era un buen *whisky*, de Islay, ahumado. Bebió y me la pasó. Era bueno. “Tu idea era la correcta, pero en ese sitio no tenías ni la más mínima posibilidad. Demasiados quintacolumnistas trabajando para minar tu

trabajo. Yo estaba metida en su red desde el primer día, vigilándolos de cerca, y te podría enseñar punto por punto cómo te la han clavado. Dicen que no hay líderes, pero, si escarbas un poco, es fácil ver que lo que dice Limpopo se hace. No da órdenes, pero consigue que la gente haga lo que le sale del coño. Aunque eso tú ya lo sabes”.

—¿Qué te ofrecieron? —preguntó Limpopo, que se sentía extrañamente halagada por saber que estaba sometida a ese tipo de escrutinio.

—Al principio, dinero, pero yo notaba que ella sabía que no era eso lo que yo quería. Luego me ofreció trapos sucios y apoyo para ir a por ti, que era la clave en mi caso.

—¿Aceptaste?

Aquello iba más allá de cualquier confesión que Limpopo hubiera podido prever. No sabía si respetarlo por contárselo o abofetearlo por sus pecados.

Jimmy respondió con una risita amarga.

—¡¿Estás de puta coña?! Ya sabes lo que se dice: «Estoy aquí por loco, no por gilipollas». Cuando el B&B se hundió bajo mis pies..., ¡después de terminar peleándome a puñetazos con un tipo que pensaba que era mi mejor amigo!, cuando aquello se vino abajo, entendí que, fueran cuales fueran mis problemas, eran míos, sobre todo teniendo en cuenta que tu nuevo B&B funcionaba bien un

par de kilómetros más allá. Era un test A/B innegable. ¿Pensar en intentarlo de nuevo utilizando la información de mierda de aquella mercenaria para ver si conseguía joderse? Era un capullo, pero al menos sabía que si se trataba de una pelea entre esa perra y tú, yo estaría de tu parte.

—Lo que pasa es que yo no peleo. —Limpopo se preguntó si lo que él le estaba contando era una trola.

—Tú te echas a andar.

—Efectivamente.

—Tú te echas a andar en serio, completamente.

Jimmy observó cómo las espaldas de la columna de andantes se alejaban cada vez más, intentó levantarse, gruñó y volvió a hundirse.

—Será mejor que sigas andando.

—Vete a la mierda.

—Ya, bueno...

A Jimmy le dio por reír. Limpopo escudriñó a través del visor y vio que su mirada parecía estar a años luz.

—Cuando te echaste a andar del B&B..., es decir... —siguió Jimmy, que volvió a reírse, esta vez con lágrimas rodando por las mejillas—. Fue precioso. Estaba tan cabreado contigo

entonces..., me sentía el gilipollas más grande del mundo. No podrías haberme reventado más ni aunque me hubieras hecho morder la acera antes de darme la patada. Nunca me recuperé. —La respiración de Jimmy era entrecortada—. Nunca. Había llegado con mi pandilla, ya los viste, críos que pensaban que el sol salía de mi culo y que se habían tragado por completo lo de la meritocracia, no solo como forma de decidir qué conseguía cada cual, sino como la forma de solucionar todos nuestros problemas, todos.

Jimmy volvió a quedarse mirando el infinito.

—No creo que lo entendieras entonces —prosiguió—. Mis chicos veían el mundo como Platón, ya sabes, *La República*. Todas las personas tienen algo en lo que son buenas. Encuentras esas cosas y ayudas a esas personas a hacerlas, y eso hace que todo el mundo sea feliz y productivo y que todos estemos mejor. No tienes que obligar a la gente a que haga trabajos que no soporta. Simplemente utilizas clasificaciones para garantizar que, si estás haciendo un trabajo que no se te da bien, todo el mundo lo sepa, incluido tú mismo. Consigues una proporción menor del botín colectivo que si estuvieras haciendo algo que se te da mejor.

»Una vez que te apropias de esta idea, puedes transformarla en matemáticas, hacer modelos con la teoría de juegos, encontrar su equilibrio de Nash. Es una idea muy hermosa. Los modelos salen perfectos. Con ella todo el mundo es más feliz. Todos tienen su incentivo para hacer lo

que mejor se les da, que es la mejor forma de hacer feliz a todo el mundo.

»Cuando te echaste a andar, cuando ni siquiera te paraste a discutir, la convertiste en una chorrada. Estuvimos semanas fingiendo que no era una chorrada. Pero tú habías tenido un sitio donde todo el mundo tomaba lo que necesitaba. No era preciso un cuerpo de policía ni entregar vales a las personas que certificaran que se habían ganado el derecho a estar allí. Simplemente... funcionaba.

Limpopo reposicionó los pies en la nieve y se dejó caer de culo. Le dolían las pantorrillas de estar acucillada.

—¡Uooh! —Se limpió la nieve que las botas habían levantado salpicando el visor—. Lo que estás describiendo es el tipo de respuesta que adopta la gente ante las emergencias, cuando hay racionamiento. Son como las reglas del capitán de un bote salvavidas, ya sabes, ladrando órdenes para tener a todo el mundo controlado y que todos consigan salir con vida.

—Es curioso: antes, cuando nadie mandaba tanques para matarme, sentía que estábamos en un estado de emergencia. No había suficiente para todos y en cualquier momento podíamos ser bombardeados o morir de hambre. Ahora tengo la sensación de que, en cuanto encontremos un sitio en el que parar, reconstruiremos todo lo que teníamos

y más. Como que no hay motivos para rechazar a nadie nunca.

—Parece que has llegado a un buen destino.

Limpopo estaba llena de comprensión por Jimmy, lo cual resultaba curioso. O quizá no. Lo entendía mejor de lo que él mismo era capaz. En otras circunstancias, ella podría haber sido él.

—Es verdad. Objetivamente, es un poco raro, teniendo en cuenta dónde estoy. Pero me he hecho una copia de seguridad. Tengo la increíble sensación de que todo va a salir bien. Vamos a ganar, Limpopo.

Apareció alguien andando con dificultad por la nieve. Etcétera. Limpopo lo saludó en la distancia y guiñó un ojo para abrir una conversación privada.

—Todo va bien.

—Perfecto. ¿Puedo acercarme?

—Por supuesto —respondió Limpopo.

—Parece un buen tipo —dijo Jimmy.

—Gracias por tu aprobación.

—No me refería a eso, pero también. Ha vuelto a por ti, que es lo que se supone que tienes que hacer si cuidas de la gente que te rodea.

—Como yo volví a por ti.

—Como hiciste tú. No para rescatarme. Para cuidar de mí, porque somos parte de lo mismo.

Limpopo incorporó a Etcétera a la conversación.

—Jimmy, has recorrido mucho camino desde que nos conocimos, pero todavía estás en proceso, si me permites que te lo diga. Volví a ayudarte porque ayudar a las personas es lo que hay que hacer, sean o no parte de lo tuyo, porque ese es el mejor mundo en el que se puede vivir.

—Los primeros días de una nación mejor —respondió Jimmy con cierto sarcasmo.

—Es gracioso solo porque es verdad —intervino Etcétera, que cogió a Limpopo de la mano.

—Bromeamos con esto, pero es la mejor forma de vivir que conozco. No siempre estoy a la altura. Si practicas, terminas desarrollando un radar. Una voz de Pepito Grillo te dice que si haces cierto esfuerzo, te sentirás mejor, sabrás que el mundo es un sitio mejor porque tú estás en él.

—No me he expresado bien —se disculpó Jimmy.

Limpopo se sintió mal, le estaban dando un sermón cuando el pobre estaba a punto de perder los dedos de los pies. Eso si no lo alcanzaba una bomba incendiaria antes. Pero había expresado lo que pretendía.

—No pasa nada.

Etcétera se quitó el visor y quedó con la cabeza laureada de vapor. Rebuscó una petaca de goma con pou.

—¿Queréis un poco? Es comida espacial, de sabores rarísimos. La de conejo está buena de verdad. Para ser una baba de hongos fermentados, claro.

—Menudo publicista estás hecho... —respondió Limpopo, que recordó que llevaba en la mochila unos cafetantes que se calentaban agitándolos.

Los sacó y comieron sentados en la nieve, mirándose a la cara sin visor mientras el viento parecía querer arrancarles la piel y hacía tamborilear las ramas de los árboles. El sol estaba muy bajo en el horizonte, una ciruela de sangre más bien pasada.

—Mejor que nos movamos —dijo Jimmy.

—¿Listo para seguir?

—Lo mejor que voy a estar. El descanso me ha venido bien. Y la comida. —Se colocó el visor con un clic—. La compañía también.

Limpopo le apretó un hombro con cariño y lo ayudó a meter los pies en las botas de nieve, con especial atención al pie herido. Lo levantaron, lo calzaron y partieron siguiendo el rumbo de la columna.

Avanzaban despacio pero bien, a ritmo continuo. Pasados unos minutos, los llamó Dis:

—¿Estáis bien los tres?

Respondió Limpopo:

—Solo vamos un poco más despacio que los demás.

—Van un kilómetro y medio por delante, están casi en el convoy de carga. Gretyl dice que, si son capaces de ponerlo en marcha, vendrán a por vosotros.

—Es un detalle por su parte. ¿Cómo va la cosa ahí contigo?

—Uf —respondió Dis, algo raro estaba pasando—. Bueno, no va bien.

—¡Joder!

—Hay montones, han llegado todos a la vez. Reventaron tres compartimentos estancos al mismo tiempo. Avanzan a

saltitos por los pasillos con visores nocturnos. Han gaseado todo, no estoy segura de con qué, pero llevan respiradores y protección para la piel.

—¿Y tú?

—Yo tengo mis copias de seguridad. Estoy lista para borrar me si es preciso. Cuando sea preciso, más bien. Estos niñatos no han venido a jugar.

—Dis... —A Etcétera se le quebró la voz.

—Acostúmbrate. Esto es todo o nada. Inmortalidad o mierda.

Un momento más tarde se volvió a oír a Dis:

—Uh.

—¿Qué está pasando, Dis?

—No les ha gustado ni un pelo que no quede nadie aquí. No van a dejar ni un plato entero. Están reventándolo todo. Mucho.

—¿Y tu clúster?

—Bajo tierra. Tienen a un par de tíos en las salas de máquinas, pero están intentando arrancar todo y buscando puertas ocultas. No son tontos. Y avanzan rápido. Lo mismo tardan una hora.

—¿Y tu alimentación?

—Hay una conexión suplementaria independiente. Mierda, están con los canales de comunicación. Vale, acabo de enviar otra copia diferencial. Posiblemente no tengamos mucho más tiempo...

En ese momento se quedó en silencio.

—Cabrones —dijo Etcétera, que parecía muy afectado.

—Los primeros días de una nación mejor —respondió Jimmy—. Si pudieras verlos ahora, ¿qué les dirías?

Jimmy pisaba de forma irregular en la nieve. Limpopo veía que sus palabras habían herido a Jimmy.

—Si estuvieran intentando matarme, pediría que no dispararan. Soy idealista, no kamikaze.

—Bien visto. ¿Y si los tuvieras sentados a la mesa?

—No diría nada. Les ofrecería cenar. O simplemente me dedicaría a lo mío. Soy idealista, no predicadora.

—Ya veo.

—¿Qué fue lo que te hizo echarte a andar, Jimmy?

Un momento de silencio y pisadas en la nieve: cranch, cranch.

—Al principio fueron las deudas. Mis padres se hundieron hasta el cuello para pagarme el instituto y yo me dejé el culo, como todos los demás. Sabía que estaban gastando mucho, pero no pensé lo que significaba aquello hasta que me tocó graduarme y empezamos a hablar de la universidad. Yo sabía que no me iba a ir fuera, a ningún sitio, no éramos zotas, pero en mi instituto de lujo todo el mundo iba a montarse su propia carrera educativa, todos estaban pensando en el curso estrella, el que iban a hacer en una universidad de la Ivy League o de las diez mejores del mundo, la pieza central de sus estudios, la que encabezaría su perfil laboral cuando se titularan.

»Yo también estaba en eso. Tenía la idea de dedicarme a la ingeniería de materiales porque las clases de ciencias me gustaban, y además, en los dos últimos años de instituto, había esa estúpida aplicación que se suponía que predecía la carrera óptima para ti. Desde la dirección la defendían a muerte, como si fuera una religión. Solo mantenían el concierto del instituto si un determinado porcentaje de estudiantes la utilizaba y seguía sus consejos. Así que, una vez que aquello te elegía carrera, era lo que había. Todos los profesores y los directivos sabían que sus nóminas dependían de que hicieras lo que te decía la aplicación.

»Se llamaba UniMagia. Menuda mierda, ¿no? Es como el nombre que te sale cuando haces mil test A/B hasta que queda algo inofensivo y mediocre. Los gráficos eran sombreros en punta, varitas mágicas..., un libro de magia

con un dedo mágico que pasaba por el índice mientras convocaba las energías sobrenaturales para encontrarte el trabajo perfecto para toda la vida. Ja. Muy gracioso.

»Una vez que te elegía una carrera, te daba montones de consejos para conseguir este objetivo. Fue inflexible conmigo: tenía que hacer un curso del Instituto Max Planck, en Berlín, que sonaba increíble, la leche, como si fuera a reunirme con Planck, con Einstein y con Gödel y fuera a bucear en el ombligo del universo para descubrir sus secretos más profundos. Por supuesto, pasar el rato con Max Planck es una experiencia de élites. Ese curso concreto costaría tanto como la suma de todo lo demás que hiciera en mi carrera. Y un poquito más. Otro motivo para mandarlos a la mierda.

»Me esforcé mucho buscando una forma de evitar ese curso, analicé todas las combinaciones con otros cursos, pero UniMagia seguía con su murga, diciéndome que sin el bueno de Max, estaría tirando tiempo y dinero a la basura. Nadie me contrataría. Tenía porcentajes, estimaciones de cuánto subiría mi salario con un curso de alto valor.

»Mis padres no podían permitírselo. Ya estaban asfixiados por los préstamos para mi secundaria de primera. Aquella deuda sería mía. Podía pedir un préstamo. Había toneladas de prestamistas y podía conseguir un paquete magnífico de Booz Allen si aceptaba unas “prácticas” de seis años cuando terminara los estudios.

Etcétera soltó un resoplido. Jimmy prosiguió:

—Yo no era tan gilipollas. Unas prácticas sin sueldo sobre el terreno, en Arabia Saudí, viviendo en la urbanización de Booz, pidiendo prestado a la empresa para comprar mierdas en la tienda de la empresa que cuestan veinte veces su valor aquí... Tanto si te dan un trabajo después como si no, se van a quedar con un bocado de tu nómina hasta que la palmes.

»Había foros en los que intentábamos saber más sobre todo aquello, tipos de mi edad que estaban a punto de comprometerse con una montaña de deuda, gente que ya estaba en ello, gente que había terminado y estaba haciendo prácticas, algunos incluso con trabajo. Era difícil saber qué sucedía. Está el sesgo de selección. Nadie que esté feliz con las cosas tal y como son se mete en uno de esos foros. Existen con el único objetivo de protestar.

»Lo que pasa también es que el que no está ahí para cagarse en todo es un bot intoxicador a sueldo, algún capullo que lleva treinta identidades falsas mediante aplicaciones de “gestión de imagen” para ayudarles a tenerlo todo en orden. La calidad de la discusión no era magnífica, pero sí muy deprimente. ¿Sabéis que las investigaciones dicen que la mejor manera de predecir si algo te va a hacer feliz es preguntarle a alguien, a cualquiera, que lo haya hecho ya? Bueno, pues todos los que habían pasado por ahí decían que era una forma de esclavitud.

»Yo no era el único que se había dado cuenta, pero nos sobrevolaba la aplastante sensación de que quien no comprara su billete de lotería terminaría convertido en comida para perros.

—Esa me la sé —dijo Etcétera.

—Pues yo no —saltó Limpopo—. Yo tuve unas notas de mierda y mi instituto apestaba, tenía una de las tasas de admisión universitaria más bajas del país. La mayoría de mis profesores nunca se dieron cuenta de que yo estaba allí. Y los que sí lo sabían suponían que era medio imbécil.

—No me lo creo —respondió Etcétera.

—Pues créetelo.

Limpopo se había esforzado en fingir estupidez para no terminar explotando por pura rabia.

—Yo sabía que era inteligente —siguió Jimmy—. Podía hacer mierda de la buena. En mi último año de instituto tuneé una impresora para producir textiles con capacidad para absorber líquidos: pesaban la mitad que los normales y eran dos veces más resistentes. No podía venderla ni colgar los archivos porque violaban un centenar de patentes, pero había sacado las mejores notas.

»Mis padres estaban completamente convencidos de que debía ir a la universidad. Los dos tenían sus títulos y juraban

que les había merecido la pena, a pesar de que deberían dinero hasta que se murieran y ninguno había tenido el mismo trabajo más de un par de años. Una vez, sin querer, los oí hablar de la putada que sería que yo no consiguiera un buen trabajo, porque ninguno de ellos tenía pensión y necesitarían que los alimentara cuando fueran demasiado mayores para conseguir otro trabajo después de que les despidieran del último.

»La presión era una locura. En los foros la gente decía: a ver, imbéciles, os quejáis de que todo es una puta mierda y, sin embargo, ahí seguís, haciéndoles el juego como buenos esclavos endeudados. Todo el mundo sabe que hay una alternativa.

—Eso seríamos nosotros —dijo Etcétera.

—Eso seríais vosotros. Nadie quería decir la palabra «andante», era como una superstición: di su nombre tres veces seguidas y los espías te fijarán como objetivo *full take* (toma completa): todos tus datos para el resto de tu vida. Quien conociera a los andantes era alguien de quien no había que fiarse.

—No creo que la cuestión sea que no somos de fiar —dijo Limpopo, que llevaba encendida la visión nocturna y veía todo en un verde azulado falso, con la nieve brillando como un led verde—. Está claro que no somos de fiar. Pero, como grupo social, la gente que ha oído hablar de los andantes

supone un riesgo diferente al de la gente que no. Una vez que sabes que hay una alternativa a pordefecto, existe la posibilidad de que puedas echarte a andar. Es como con la criptografía: cualquiera que haya buscado cómo utilizar un buen sistema criptográfico queda marcado como objetivo de vigilancia. No es que saber cómo evitar que la poli y los espías se enteren de un secreto te haga peligroso. Te hace diferente.

—Yo no creo que sea por eso por lo que guardan los datos de la gente que ha buscado en internet cosas de criptografía —respondió Jimmy—. Es porque la mayoría de la gente no la utiliza. Así que algún tontaina de pordefecto te manda un mensaje sin cifrar sobre algo sensible y entonces tú me mandas a mí un mensaje encriptado. Algo como: «hay un tipo que quiere echarse a andar. ¿a qué sitio puede ir que ya esté afianzado?». Y mandas mensajes encriptados por ahí a todo el que conoces y recopilas datos y me los mandas, y yo le mando un mensaje no encriptado de vuelta al capullo de mi amigo. Cualquiera que esté observando esa transacción puede inferir qué pasó en todos esos mensajes encriptados que aparecen tachados en negro.

—Posiblemente sea cierto. Pero el argumento se sostiene. Una vez que sabes que los andantes existen, cabe la posibilidad de que los ayudes, o de que te prepares para salirte de pordefecto, o, lo que es peor todavía, de que hagas algo para derribarlo. O que intentes buscar a gente que te acompañe. Si alguien desaparece en territorio andante,

puedes encontrar a toda la gente con la que habló, descifrar quién es el agente infeccioso, quién más es posible que se infecte, a quién dirigir la terapia de «desradicalización» y a quién dirigir la guerra psicológica, a quién aislar.

—Eso es lo que pensábamos, que era algo muy grande de lo que no se podía hablar. Todo el que susurraba «andante» era evitado, bien por considerarlo un provocador o por llevar una diana en la espalda. Era el elefante en la habitación. Así que pregunté sin hacer ruido por ahí para ver quién sabía de criptografía y anonimizadores...

—Desde luego, son la droga de entrada —dijo Limpopo—. Yo me metí a través de ariscos criptopunkis que intentaban conseguir que los críos que estaban de juerga utilizaran mejores medidas de seguridad y les entregaban discos de arranque en memorias USB en las fiestas clandestinas.

—Alguien me dio uno a mí —respondió Jimmy—, pero no funcionaba en la máquina aislada de la red que teníamos en el sótano para hacer pruebas. Entonces, un tipo que conocía, un porrero que siempre tenía la mejor mierda, me consiguió el contacto de un tipo que me entregó una cosita, camuflada como una cajita de caramelos de menta, con un fondo falso con un pequeño interruptor manual que actuaba de intermediario en tus conexiones de red a través de un anonimizador.

—Eso es posterior a mis tiempos —reconoció Limpopo.

—Suenan profesionales —comentó Etcétera.

—Supongo. Pero la cajita de caramelos era un camuflaje pobre. Era una impresión de mierda y, después de una semana en el bolsillo, todas las letras se habían borrado. Parecía que fuera paseando un trozo de basura.

»Pero funcionaba. Lento pero funcionaba. A partir de ahí conseguí saltarme las limitaciones de mis interfaces para poder conectarme con una conexión mejor..., y también más rápida. Empecé a leer sobre los andantes, sus foros, las preguntas frecuentes, lo que contaba la gente que se había echado a andar...

»Visto desde mi posición actual, entiendo que ya estaba todo decidido cuando recibí esa estúpida cajita de caramelos. Era solo cuestión de tiempo. Entonces me atormentaba la idea, parecía que me estuviera despidiendo de la vida misma. No volvería a ver a mi familia, terminaría muerto en una cuneta.

»Así estuve hasta que me eché a la carretera. Monté la bicicleta en el tren a Ithaca y me puse a pedalear por las montañas, rumbo a un sitio donde había un grupo establecido. Se habían largado cuando llegué, pero conocí a alguien que había vivido con ellos, una anciana que no parecía muy..., muy en su sitio. Me señaló el norte, así que seguí subiendo. Encontré un grupo... diferente..., gente mayor, militares retirados y personas que se habían comido

ya la pensión. Eran más paranoicos que vosotros, más estadounidenses..., tenían el rollo de las armas. Pero me dieron la bienvenida y no se burlaron de mis peculiares ideas sobre lo que estaba pasando en las zonas andantes.

»Tenían fablabs básicos, podían sacar materiales de cosas que había por allí. Sobre todo de sumideros de carbono que chupaban del mismo aire. Eran unos cincuenta miembros. La gente iba y venía poco a poco. Quizá una o dos personas al mes, en una u otra dirección.

»Habían encontrado una forma de no tener que desplazarse, en la periferia de pordefecto, sin hacer mucho ruido. No levantaban mucho la cabeza, iban a lo suyo. Eran andantes porque no había nada para ellos en pordefecto: ni dinero para el alquiler, ni atención médica ni comida. Sus hijos los visitaban a veces, quedaban en los parques nacionales en falsas “acampadas”, que eran la única forma de darles un abrazo a la abuela y al abuelo sin terminar esposados. Algunos de ellos hablaban de buscar algún zota que los dejara vivir en sus tierras, ser mascotas bohemias. Hay un montón de sitios así. Los andantes son unos accesorios magníficos, a la última moda.

»Aquel sitio me inflaba las pelotas de aburrimiento. No era el primer chaval que se plantaba en la aldea bohemia de jubilados con el corazón encendido. Un tipo me hizo a un lado un día cuando estaba intentando que su fablab produjera lo necesario para montar un fablab más

ambicioso, algo así como lo que utilizáis vosotros para la maquinaria pesada. Era el proyecto que me había impuesto a mí mismo. Intentó explicarme de qué iba la vida: “Hijo, tienes que entender que lo único que queremos es que nos dejen en paz. No queremos que todo el mundo se aparte de todo como hemos hecho nosotros. No estamos orgullosos de dónde hemos acabado. Queremos que a nuestros hijos y a nuestros nietos les vaya mejor que a nosotros. A nosotros nos fue peor que a nuestros padres, y a ellos peor que a los suyos. Lo único que queremos es detener esto, hacer que las cosas les vayan mejor. Cuando nos venimos aquí, nos hacemos independientes. Somos como los ancianos de las tribus del polo norte, que se subían a témpanos de hielo cuando ya no podían cazar, se quitaban de en medio para no ser una carga para los productivos”. No era tonto aquel hombre.

»Me recordaba a mi abuelo, que había muerto cuando yo era niño. De cáncer. No se lo trató, prefirió irse rápido con un botón para la bomba de analgesia, que lo cremaran y lo lanzaran al viento: ni una huella en el mundo, como si no hubiera vivido nunca. Mi abuelo, Zaidy Frank, no era tonto, pero nunca llegó a nada. Hizo cuanto pudo por mamá, intentó ahorrar un poco para que tuviera con qué empezar, pidió préstamos para su educación, mantuvo dos trabajos la mayor parte de su vida. Nunca consiguió cuarenta horas completas a la semana, a menos que fuera temporada de urgencias e hiciera semanas de ochenta horas, gastándose

la mayor parte del dinero extra en taxis para correr de un sitio a otro y comiendo en las cafeterías de las empresas porque no podía ir a casa para el desayuno, la comida y la cena.

»El tipo este no estaba en mal estado de forma, pero tenía setenta años, no iba a conseguir trabajo de ningún tipo en ninguna parte. Llevaba diez años allí. Le gustaba trabajar con las manos y, cuando llegué, me puso al tanto de lo que hacían en el fablab, me enseñó los archivos y los menús ocultos para expertos. Fue casi un mentor, salvo porque un mentor es alguien que lidera y aquel tipo no podría liderar una expedición ni a la heladería.

»Iniciamos una discusión. Empezó de manera amistosa y nos fuimos calentando. Debatíamos si por defecto los dejaría en paz porque no daban problemas. “Bueno, no le hacemos daño a nadie, no intentamos recibir asistencia social, no insistimos en tener atención médica, ni compensaciones para veteranos ni Seguridad Social. Vivimos fuera del sistema, nos hemos quitado de en medio”. Estaban simplemente esperando a morirse y, mientras tanto, trataban de no respirar demasiado fuerte. “¿Por qué iban a venir a por nosotros? ¿Por qué nos iban a meter en la cárcel, que les cuesta dinero, cuando pueden simplemente dejarnos tranquilos?”. Me esforcé por que lo entendiera. Que llegara a ver que, si no respondían con un empujón cuando los empujaban, por defecto sencillamente entendería que la próxima vez podrían empujar más fuerte.

Intentaba que comprendiera que el vertedero de sustancias peligrosas que okupaban sería algún día algo que alguien querría, minerales o derecho de paso o simplemente un paisaje que no mancharan humanos ya gastados. Si por defecto entendía que no había nadie allí que fuera a presentar algún tipo de resistencia, serían los primeros en desaparecer. Por defecto ni siquiera se daría cuenta, simplemente mandaría a los buldóceres a levantar la tierra que pisaban.

»No me creía. Era condescendiente conmigo. Sabía de lo que iba el mundo, tenía ya sus kilómetros. Me recitó un poema: “El cuervo viejo pierde ritmo; el cuervo joven no. Solo una cosa sabe el cuervo viejo que el cuervo joven desconoce: dónde ir”³⁰. Una chorrada para darse la razón, racionalizar la medida que menos miedo da como la más prudente. Hay dos formas de verlo: o el engranaje que chirría recibe aceite o el clavo que sobresale se lleva un martillazo.

»Para ser justos, estaba cansado, había tenido una vida agotadora, era viejo, estaba dolorido, lento, y lo único que quería era que lo dejaran en paz.

—¿No te quedaste?

³⁰ Jimmy resume el poema «About Crows», del poeta estadounidense John Ciardi (1916-1986). (*N. del T.*).

Les faltaba poco para alcanzar la colina donde se encontraba el convoy. La cojera de Jimmy había empeorado. Daba unos cuantos pasos, descansaba para respirar un poco y daba unos pasos más. El dolor debía de ser increíble, Limpopo era consciente, pero Jimmy estaba sumido en su historia. Limpopo lo había comprobado en sus caminatas: la conversación hacía que la distancia se desvaneciera, especialmente si cabía la posibilidad de contar algo difícil y con significado. Había algo en la conversación con la mirada puesta a media distancia que creaba una intimidad para la confesión capaz de rivalizar con los abrazos poscoitales.

—Seguí trabajando en ese fablab. Las conversaciones con mi amigo tenían un tono cada vez más pasivo-agresivo, hasta que dejó claro que, si seguía haciendo lo que estaba haciendo, todo el mundo me odiaría a morir. Estaban trabajando con un zota local, el tipo que técnicamente era propietario de la tierra, para conseguir permiso para quedarse, una suerte de gesto de buena voluntad por parte del zota. Serían dóciles. Animales de compañía.

»Así que me eché a andar y encontré otro sitio en New Hampshire que tenía suficientes armas para hacer que el grupo de Ithaca pareciera tímido. Eran viejos también... Nunca había imaginado que encontraría a tanto andante viejo, pero tiene sentido, no les queda nada que perder. Si llegas a los sesenta y siete años y nunca has sido más que un trabajador temporal, tienes muy claro que en pordefecto no vas a tener ninguna posibilidad de subir de nivel.

»Pero estos eran más cerrados. Más radicales. Estaban centrados en la ludificación: montaban sistemas que hacían un seguimiento del rendimiento y lo promocionaban. Funcionaba de verdad. La gente se dejaba el culo para subir en las clasificaciones. Los mejores no tenían privilegios directos, pero, si estabas en el decil superior y pensabas que una idea era correcta, tu opinión tenía peso.

»Sé que no soportas eso, Limpopo, pero uno de los motivos por los que me gusta es porque es honesto. Cuando tú hablas, la gente escucha, porque eres la leche y te dejas el culo para que las cosas salgan. Cuando lo hacemos a tu manera, las cosas salen mejor que cuando no. Así que, el hecho de que nadie diga: “Oye, Limpopo es la que manda y aquí se hace lo que ella dice” no significa que no sea verdad, ni siquiera que sea un secreto. Solo supone que la supuesta base igualitaria de nuestras vidas es una chorrada.

Llevaban un rato sin andar. Jimmy tenía la respiración entrecortada. Les faltaba culminar una colina más y estarían en el convoy. Jimmy podría montarse en él y ellos podrían intercambiar baterías. A Limpopo le dolía el hombro donde Jimmy descargaba su peso. Se tragó la irritabilidad, sabía que tenía que ver con el frío, el estrés y el agotamiento, no con lo ofensivas que habían sido las palabras de Jimmy. Miró a Etcétera, que le devolvió la mirada; la telemetría de su rostro se comunicaba con el traje que ella llevaba puesto, de modo que podía ver su expresión con los colores falsos de la visión nocturna. Era guapo, su amante y mejor (¿mejor?) amigo.

Compasivo, inteligente sin juzgar a los demás, que era todo a lo que ella había aspirado jamás. Tenía esa expresión inquisitiva en los momentos más peculiares, como cuando se corría, o en ese preciso momento, en la gélida oscuridad.

—Jimmy... —empezó a decir Limpopo.

En ese momento Etcétera se abalanzó sobre ella y la tiró al suelo, derribando también a Jimmy. Limpopo sentía encima el peso rotundo de Etcétera —familiar, pero no por ello menos alarmante—, que gritaba algo que retransmitía a través de los altavoces del traje, además de por el intercomunicador:

—¡¡¡No disparéis!!!

Limpopo giró la cabeza y vio un par de figuras que despedían un brillo blanco y los apuntaban con sus armas. Las pistolas tenían una boca ancha, a modo de campana. Impasibles, apuntaron con sus armas a Limpopo, cuyo traje dejó de funcionar de golpe. Se oyó un tartamudeo de infografías analíticas en el traje de Etcétera, a su lado, que intentaba una autoprueba de encendido. También se apagaron.

Dentro del traje se sentía en la oscuridad, con frío y sola. Percibió un frotamiento cuando Etcétera se movió encima de ella, el chirrido de un traje contra otro, que contrastó con

la terrorífica quietud. Creyó notar o ver un pie sobre la nieve que se movía con botas similares a las suyas.

Entonces notó otro chirrido y el peso de Etcétera se retiró con un brusco deslizamiento. Limpopo se giró y vio cómo lo levantaban de un tirón. Etcétera tenía dificultades para moverse bajo las garras de aquella persona, que le había unido las muñecas, había atado y cerrado un tirador al cuello del traje y tiraba de él hacia arriba. Sus trajes debían de tener asistencia tractora, algo que la tropa de Thetford incluía para los grupos de trabajo, pero nunca para las caminatas largas, porque para esas querías que las baterías te calentaran, no jugar a ser Superman.

El visor de Limpopo recuperó la transparencia como medida de seguridad. Sus ojos se adaptaron a la luz de la luna. Vio que Jimmy era levantado de un tirón por el otro miembro de la pareja; se revolvió ligeramente y recibió una fuerte sacudida como respuesta. Lo arrojaron a un lado como una muñeca de trapo, y resbaló de cara sobre la nieve. Lo perdió de vista cuando unas manos enfundadas en guantes blancos descendieron y la levantaron a ella a la fuerza. El traje de su atacante no tenía una protección facial visible, solo una suave extensión de color blanco.

Una mano tiró de ella por la axila: le dolió y la alarmó. La otra mano le toqueteaba la cabeza, hasta que encontró el cierre manual del visor y tiró de él. El chirrido de un traje sobre otro se transmitió por todo el casco y, entonces, una

bocanada de aire frío golpeó la cara de Limpopo cuando el visor se abrió con violencia (la apertura manual estaba diseñada para liberar a una persona que se estuviera asfixiando, por lo que tenía un muelle fuerte). El repentino movimiento desconcertó a su captor tanto como a Limpopo, y el tipo (un tipo a menos que tuviera las tetas aplastadas por la armadura) titubeó y a punto estuvo de dejarla caer. Limpopo tuvo la entereza suficiente para retorcerse y tratar de liberarse. El tipo le soltó sin inmutarse un revés en la cara con el guante: una manopla hecha de algo destinado a frenar el filo de un arma blanca y cuyas capas externas habían quedado heladas, tan frías que la sensación no se parecía a nada conocido. Le adormecía la cara por mero contacto, y con el movimiento le arrancó parte de la piel humedecida. Limpopo vio las estrellas.

Limpopo miró el protector facial plano, con la cara dolorida y la nariz y los ojos goteando por el aire frío. Escupió y acertó en pleno centro: la saliva desprendió vapor al congelarse. La cabeza se ladeó. Limpopo entendió que aquella persona estaba conversando con la otra, que intentaba inmovilizar a Etcétera mientras este seguía revolviéndose.

El que estaba con Etcétera se lo echó al hombro con facilidad y después se dirigió a Jimmy. Le dio la vuelta, abrió la pantalla protectora, lo valoró y, entonces, tranquilamente, desenvainó un puñal y le abrió el cuello, al tiempo que daba un paso atrás, aunque no con la suficiente velocidad para evitar el chorro de vaporosa sangre negra

iluminada por la luna. El traje blindado liberaba vapor cuando el asesino se volvió hacia el tipo que sostenía a Limpopo. Hubo otro momento de conversación por radio inaudible.

El asesino le dio la vuelta a Etcétera, que todavía estaba sobre su hombro, lo atrapó por la axila, estiró el brazo y buscó a tientas la apertura del visor. Limpopo gritaba, las palabras se atropellaban:

—No, no, ¡a él no! Decidme lo que queréis y os lo damos, pero a él no, por favor...

La cabeza impasible, manchada de saliva, se volvió hacia el otro lado para seguir con la conversación inaudible. Etcétera también hablaba, con una tranquilidad desquiciadora, tal y como solía hacer, intentando explicar al asesino —que empuñaba la daga de nuevo— que no era necesario, que cooperarían en su condición de prisioneros, que no tenían nada que ganar echando a correr ahora, con los trajes casi descargados de batería y...

—¡NO! —gritó Limpopo cuando el asesino levantó la mano en la que tenía el puñal.

Sollozando, golpeó la mano que la mantenía atrapada como si de una barra de hierro se tratara. Limpopo, con la fuerza de la histeria, logró liberarse ligeramente, pero el tipo que la sostenía simplemente tuvo que cambiar el agarre y

apretar con tanta fuerza que Limpopo notó que un músculo cedía a través del traje. Volvió a gritar otra vez, sin palabras ya, cuando vio la hoja relucir...

Esta vez el asesino ni se molestó en esquivar el chorro de sangre, simplemente dejó caer a Etcétera de bruces: su hermoso rostro en la nieve, que fundía la preciada y caliente sangre... Limpopo dejó de gritar cuando un aturdimiento, más frío que el aire o que el guante helado, la invadió. Habían asesinado a Etcétera. Habían asesinado a Jimmy.

El que la sostenía llevaba un cuchillo en el cinturón. En cualquier momento sería desenfundado y recorrería la distancia hasta su cuello.

Limpopo pensó en los PNJ yihadistas de los juegos con los que su padre se daba atracones cuando ella era niña, que afrontaban la ejecución a manos de soldados (estos sí, personajes jugadores) y cerraban los ojos antes de decir: «Allahu akhbar», «Dios es el más grande». De pronto, Limpopo entendió que siempre había simpatizado con ellos. No por lo que hacían, que en los juegos era inevitablemente monstruoso, propio de orcos, sino por su valentía resignada, su voluntad de llegar al encuentro con la muerte con una alabanza a su causa en los labios.

—Todos valemos algo —dijo—. Los zotas no valen más que el resto. Nos autoengañamos y nos convertimos en monstruos. El egoísmo es una excusa para enterrar la

empatía. Las personas son esencialmente buenas. Vive como si fueran los primeros días de una nación...

El asesino se acercó a ella, uniéndose a su captor, que escuchaba el balbuceo de Limpopo. Estaban hablando, decidiendo cuánta mierda escuchar antes de acabar con ella. El que la tenía atrapada la orientó en dirección al asesino, como ofreciéndosela. Limpopo no se permitió cerrar los ojos.

—Te quiero, Etcétera. Te quiero, Gretyl. Te quiero, Iceweasel. Te quiero, Jimmy...

La mano del asesino se dirigió al cinturón. Limpopo vio el puñal en su mano, brillando bajo la luz de la luna, un momento antes de que su cerebro recibiera el mensaje de sus ojos: aquello no era un puñal, era otra cosa. Sin punta y pequeño, dirigido a la piel expuesta y helada de su cara. La tocó, solo la rozó en realidad, y...

No podía recordar lo que sucedió a continuación. Limpopo tenía el recuerdo de un recuerdo de aquello, en parte reconstrucción y en parte momentos que aparecían como un fogonazo, fruto del trauma. El arma le rozó la cara y los miembros se le quedaron rígidos mientras en su cerebro se sucedían las luces estroboscópicas en una serie de sacudidas brutales a modo de tartamudeo. Se le heló la respiración en los pulmones, un ruido sordo estremeció sus oídos, la vejiga se soltó.

Hizo un esfuerzo por que sus pulmones respiraran, con el cerebro dolorido enviando a la desesperada peticiones de oxígeno. Los pulmones estaban desconectados, todo el sistema nervioso autónomo cerrado por vacaciones. Delante de sus ojos bailoteaban puntos negros. Un marco encerraba la imagen de la máscara blanca sin rasgos inclinada inquisitivamente. Los pulmones recuperaron sus funciones con un sobresalto y sorbieron un enorme balón de aire, tan frío que volvieron a contraerse en un espasmo asmático. Limpopo tuvo un instante para pensar: *mierda, no*, y el torturador sin rostro inclinó la cabeza en la dirección contraria y levantó el terrible aparatito una vez más para rozarle los labios. La boca de Limpopo se abrió y se cerró con tal fuerza que notó cómo se quebraba un diente y un fragmento aterrizaba en la lengua. Se deslizó por la garganta cuando lanzó hacia atrás la cabeza con un espasmo.

En lo que duró el espasmo, el que la sostenía le cerró el visor y se la echó a un hombro, tal y como había hecho su compañero con Etcétera antes de matarlo: agarró sus agitadas piernas con un brazo y el cuello con el otro. Los dos atacantes se abrieron camino entre la nieve.

Limpopo no terminó de desvanecerse, pero estaba débil como una cría de gato y apenas era capaz de pensar cuando salieron de la carretera y se adentraron en el bosque, donde habían ocultado sus motos de nieve. Su captor la dejó sobre un *travois* que arrastraba una de las motos y la ató con cuerdas elásticas, inmovilizándole sin la menor delicadeza la

cabeza en un nido de cámaras de aire de goma que infló con solo tocar un botón. Le apretaron el traje como si fuera un tensiómetro hasta que quedó anclado con firmeza.

Notó que arrancaban los motores por las vibraciones que transmitía el marco del *travois*, luego el cielo de la noche y las ramas como esqueletos de los árboles empezaron a emborronarse: la estaban secuestrando. Las baterías de su traje se agotaron gradualmente y empezó a tener mucho frío.

[IV, xviii]

—Una conversación interesante —dijo Dis una vez que la mercenaria se marchó—. Está intentando entender qué le he hecho a la red, por cierto. Con estas cosas solo es competente a medias. Tiene buenas herramientas de diagnóstico y se las está pasando al sistema para hacer comprobaciones del estado del *firmware* y del código operativo. Por supuesto, yo estoy completamente metida en todas las llamadas al sistema que está haciendo, y le estoy dando las sumas de verificación que sus herramientas de diagnóstico esperan ver, porque, jódete, esa base es del todo mía.

—Pareces entusiasmada.

A Natalie le zumbaba el corazón en el pecho y tenía las palmas de las manos empapadas de sudor. Nadia le había dado la espalda al salir, algo que era la primera vez que sucedía y que estaba sin duda calculado para enviar algún tipo de mensaje de que las dos estaban provisionalmente en el mismo bando.

—Estoy muerta de miedo. Hay algo más.

—¿Qué más?

—Thetford —respondió Dis—. Igual que en Akron. Han evacuado. Los soldados o quizá la policía, si es que todavía hay alguna diferencia, entraron a por todas. A matar. He estado hablando con Dis, con la Dis de allí, justo hasta su suicidio. Me mandó una copia de seguridad diferencial, a mí y a otras Dis distribuidas por el mundo. Estuvo hablando conmigo según se apagaba. Puedo mirar sus registros conforme se aproximaba más y más a la muerte, puedo revivir su muerte, justo hasta el momento en el que...

—Ay, Dis, lo siento...

—Cállate. ¡Es magnífico! Justo al final, cuando estaba a punto de irse, soltó toda la parametrización de su simulación, soltó los frenos a sus emociones, vivió el espectro completo de cuanto podía sentir. De lo que debería sentir. Y de lo que yo debería sentir. Sentirlo a través de ella, sentir lo que ella sintió en ese momento...

—¡La leche!

—Como la mejor droga que te hayas tomado multiplicada por mil. Ya no voy a tener sexo nunca más, pero esto es como el mejor polvo que hayas echado nunca multiplicado por un millón. Cuando apago las contenciones de seguridad, es como si fuera a todo meter por la realidad montada en una bicicleta cuesta abajo; hay árboles y piedras y mierdas, si me choco con cualquiera, aunque solo sea un roce, se acabó. Pero mientras soy capaz de manejarme entre los

obstáculos, de focalizar la concentración en el problema, voy a Mach 5 y la alegría me hace gritar tan fuerte que estallan los cristales.

—Entonces, ¿eso es lo que estás haciendo ahora?

—No me lo puedo permitir. Pero he soltado todo un poco. Voy más rápido y con más amplitud de la habitual. Lo que estoy haciendo es hablar con todas las Dis, lo estamos intentando todas, buscamos cualquier telemetría y las comunicaciones directas que podamos con los espaciales según van avanzando, pero es difícil. Parecen estar bien por ahora. Algunos estaban heridos ya desde el principio. Llevan esos dos mercenarios con ellos, los que descabezaron en la UA. Resulta que los espaciales habían puesto una trampa explosiva en la carretera a Thetford, en un lugar sensible por encima de la mina que no pudieron superar los transportes blindados en los que por defecto envió a sus soldaditos de plomo. Se vino abajo, un desplome total que se llevó a la primera oleada. Van más de camino. Los nuestros están intentando alcanzar a un grupo de las Primeras Naciones que hay por allí, gente cercana que lleva luchando más tiempo que ninguno de los andantes.

—¿Y qué sabemos de Gretyl?

—Nada concreto. No hay daños personales hasta donde sabemos. Probablemente esté bien. Tampoco es que tengamos información en tiempo real sobre el terreno.

Joder, Natalie, tú sabes que no estamos bien. Ya sabes lo de Akron.

—¿Lo de Akron?

—Ah, claro.

Cinco minutos más tarde, Natalie se lamentaba.

—¡Maldita sea!

—Y no solo Akron. No solo Canadá y Estados Unidos. Lo de Chiapas es una locura. Un baño de sangre. Las imágenes de St Paul eran tan terribles que incluso algunos de los medios de pordefecto empezaron con ellas. La policía de Londres tiene unas ideas bastante feas de lo que son las armas «no letales».

—Joder, me siento tan impotente... Tendría que estar ahí fuera, peleando.

—No están peleando, se han echado a andar. O a correr, si saben lo que les conviene.

Clon. ¡Clon!

—Estás llorando.

—Estoy secuestrada en casa de mi padre. Es triste.

La mercenaria le entregó un vaso con algo marrón y acuoso en el fondo. Los vapores alcanzaron la nariz, luego los ojos. *Whisky* de centeno. La bebida de su padre. Siempre el mejor. Aquella no sería una excepción. Había perdido el gusto por el *whisky* de centeno después de demasiadas borracheras adolescentes encubiertas que terminaban con el *whisky* quemándole la garganta, agachada delante del váter con Cordelia, otra chica o algún chico que le sostenía el pelo alejado del chorro de vómito.

Dio un sorbo. La quemazón transmitía nostalgia y la entumecía al mismo tiempo. Los vapores se colaron en sus cavidades sinusales y detrás de los ojos.

Nadia preguntó:

—¿Con quién estabas hablando?

—¿A qué te refieres?

Las infografías parpadeaban en rojo. Natalie no se molestó en miraras. Se tragó el resto del *whisky*, consiguió no toser.

—A la charla que estabas manteniendo con una misteriosa persona, algo que he oído porque puse un micrófono en la habitación. —Nadia arañó la parte de atrás de la silla con una uña y levantó una cosa diminuta, del tamaño de un grano de arroz, en la punta del dedo—. Una persona, una mujer, Dis, a la que hablabas y que te hablaba. Sé, por informes secretos, que una mujer, cuyo nombre real era Rebekkah

Baştürk, murió durante un ataque a un centro de investigación andante cerca de Kapuskasing y se convirtió después en la primera persona simulada con éxito en forma de *software*, con el seudónimo «Dislocada», abreviado en «Dis». ¿Estabas hablando con alguna versión de ella?

—Me gustaría tomar otra copa.

—Está en lo cierto: el ataque a tus amigos, en Thetford, en Akron y en otros sitios, es bastante agresivo. No es probable que se suavice pronto. Esperaba poder ocultártelo porque sabía que te preocuparías por tu amante.

—Muy amable por tu parte.

—Lo es, aunque veo que lo has dicho en tono sarcástico. El proyecto de tu padre conmigo, por el que me pagó, era desprogramarte. Mostrarte lo que él intentó mostrarte, los informes sobre Limpopo, cómo manipula a la gente a voluntad a pesar de que asegura formar parte de un proyecto para impedir que nadie acepte órdenes de nadie.

—Hay una diferencia entre dar órdenes y ganar discusiones —intervino Dis—, aunque tampoco es que tú tengas mucha experiencia en eso.

—Hola, Dis —respondió Nadia—. He hablado con algunas de tus hermanas. Mis jefes tienen un pelotón de Dises en cautividad. Estaban muy entusiasmados con el proyecto al principio.

—¿Al principio?

—Perdieron interés cuando se dieron cuenta de que, incluso con cambios radicales en la simulación, la personalidad resultante era bastante parecida, si bien a veces más volátil.

—¿Quieres decir que no pudieron montar una simulación de mí que cambiara de bando ni entregara sus secretos?

—Más o menos. Siento decirte que tus «secretos» no eran la dificultad principal. La cuestión principal era la ideología y su maleabilidad.

—Eso es absurdo.

—¿Por qué atacan ahora? —preguntó Natalie, que volvió decidida la espalda a las infografías de su cama.

Dis y Nadia eran un equipo de entidades con libertad para entrar y salir de su habitación, mientras que ella estaba en un equipo de una sola persona, el equipo prisionero.

La microexpresión que dejó traslucir Nadia tal vez fuera de compasión.

—Eso queda por encima de mi rango salarial. Pero tu padre tiene un sistema de seguridad deficiente...

—No me jodas... —resopló Dis.

—Habló delante de mí y de otros contratistas como si fuéramos muebles. Me enteré de lo que le preocupa. Varias personas poderosas no están contentas con el proyecto de simulación. Sus psicometristas predicen que envalentonará a vuestros «andantes» y los radicalizará —dijo Nadia. Natalie pudo oír las comillas y recordó cuando las utilizaba ella misma—. Algunos creen que vuestro proyecto tiene implicaciones para su religión, especialmente algunas familias de la tradición ortodoxa rusa.

»Cuando la simulación de Dis arrancó con éxito, creó una sensación de urgencia y unidad de propósito entre facciones divididas y paralizadas. Muchos veían el fenómeno de los andantes como una válvula de escape controlable para las tensiones de sus contextos geográficos; otros estaban convencidos de que los andantes eran muchísimo más inconvenientes para sus rivales y, por tanto, convenientes para ellos. Algunos habían conseguido verdaderos logros eligiendo a conveniencia modas, código y tecnologías de los andantes, los veían como I+D gratuita.

»Una vez que quedó claro que los andantes tenían la capacidad de prolongar sus vidas de manera indefinida y dejar atrás el mundo material, surgió la determinación común. Muchos de ellos eran el tipo de persona que pensaba que esto provocaría una “singularidad” como la que se ve en las series, ya sabéis, como *Despertar al basilisco*.

—Nunca he aguantado ese estúpido programa.

—Mira la que fue a hablar. Basilisco.

Natalie había sido incapaz de contenerse. Dis estalló. Un programa informático capaz de reírse. La vida era peculiar.

—Tú riéte, carne con fecha de caducidad.

—Muy divertido.

Las dos se callaron y prestaron atención a la mercenaria.

—Tu padre entendió que se avecinaba una purga. Estaba preocupado por tu seguridad.

—Seguro que sí.

—En parte por la conexión sentimental contigo, con su hija. Y en parte porque temía que pudieran utilizarte contra él. Algunos de sus analistas de seguridad predecían que, una vez que se produjera la purga, te convertirías en una pelota de fútbol política entre andantes, un talismán: «si nos bombardeáis, mataréis a la zota». Tu padre tenía fijación con Limpopo. Cree que te «convirtió», que te lavó el cerebro. Sé que te mencionó el análisis de la gráfica social..., cree que es convincente.

—Mira el que fue a hablar de sectas —dijo Dis—. Esos rollos de las gráficas sociales de la inteligencia de datos son todo un artículo de fe. Les encantan porque vienen sin teorías: sin todos esos putos científicos insistiendo en que

no hay forma de predecir quién va a querer comprar un coche o a poner una bomba en un edificio.

—Por encima de mi rango salarial —repitió Nadia (parecía que aquella era una de sus frases favoritas)—. Mis jefes venden servicios como esos a hombres como Jacob Redwater. Son populares. Los he utilizado en trabajos contra células extremistas para decidir a qué personas trastocar estratégicamente para conseguir el máximo impacto.

—¿Trastocar estratégicamente?

—No es necesariamente un eufemismo de «matar». Matar produce externalidades negativas, como la creación de mártires. Como he dicho, es mejor doxear y desacreditar al objetivo, coaccionarlo. Esto es lo que tu padre creía que haría Limpopo contigo para llegar a él.

—Cree el ladrón... —dijo Dis.

—Jacob Redwater estaría completamente de acuerdo contigo.

—Pero Limpopo no es así —protestó Natalie. La estúpida cama parpadeaba en rojo—. ¿Puedes apagar eso?

—Pensaba que no lo ibas a pedir nunca.

Nadia se acercó a la cama y se registró. Se apagó.

—¿Significa esto que tenemos un acuerdo?

—La cuestión es: ¿cuáles son los parámetros del acuerdo? Quería tiempo para abordarlos, pero deberíamos escapar pronto. En una hora. Contacté con un experto externo que nos puede ayudar con la parte legal, pero tendrá que hablar con un especialista y eso llevará más tiempo todavía.

¿En una hora? Iceweasel sentía el pulso zumbando en los oídos. *¡Gretyl!* Se obligó a no llorar.

—Hecho.

—¿Cómo la vas a sacar? Por delante hay vigilancia...

—Tengo varias ideas. Una es crear una emergencia médica que requiera evacuación y después coaccionar al personal de la ambulancia; otra es camuflarse para superar la seguridad delantera; otra es utilizar a un rehén, posiblemente a la hermana. —Nadia miró a Natalie, que tenía los ojos brillantes—. ¿Podrías mantener la calma en una situación de secuestro?

Natalie pensó en la cara de muñeca de porcelana de Cordelia, los años que habían pasado juntas, los años que habían pasado separadas. Los silencios incómodos. ¿Qué sentía por Cordelia? A veces, cuando estaba sola en la habitación, fantaseaba con que su hermana tuviera un despertar de la conciencia y le permitiera escapar. Sabía que era imposible. Cordelia dependía del dinero de los

Redwater, era una criatura de —una prisionera de— pordefecto. En una competición entre salvar a Natalie y permanecer en pordefecto, la vida cómoda de Cordelia se imponía.

Que alguien de pordefecto se prestara por su propia comodidad a vender a otro ser humano —una hermana, pero qué importaba eso siquiera, no habría ninguna diferencia si no se conocieran— no significaba que fuera una forma de comportarse a la que Iceweasel —ni ningún andante— se pudiera plegar.

Una voz cobarde susurraba que llevarse a Cordelia y convertirla en una andante la rescataría de la prisión mental de pordefecto. Iceweasel se permitió un instante de engreimiento satisfecho por reconocer el argumento como la voz de las estupideces interesadas y ser capaz de rechazarlo.

—Ni de puta coña. Sin rehenes.

—Eso limita nuestras opciones.

—A menos que utilicéis el túnel oculto —intervino Dis.

Se oyó un gemido mecánico cuando un viejo mecanismo congelado tiró del barro y de la entropía que lo engomaba después de años sin uso. Una sección de la pared se hundió en el suelo, el panel oculto manchó el suelo con pedacitos de pintura.

Natalie retiró la vista de la boca del túnel a tiempo para ver la flagrante expresión de sorpresa de Nadia desaparecer convertida en una microexpresión controlada.

—Muy bien. ¿Con qué más me vais a sorprender?

—Si te lo contara no sería una sorpresa —respondió Dis en un tono burlón.

Microexpresiones: irritación, frustración, dudas.

—Nada que yo conozca —intervino Iceweasel—. Ese era mi as en la manga. Y no lo tenía muy claro. No podía abrirla yo sola.

—¿Tiene salida al río?

—Muy bien visto —respondió Dis—. Por cierto, le he contado todo a Iceweasel. Controlo toda la telemetría conectada a la red de esta habitación. Tengo acceso limitado a la casa, a través de las redes aisladas.

—Suenas a que podrías contribuir a nuestra marcha.

—Creo que sí.

—¿Estás en contacto con los amigos de Iceweasel, con alguien que pudiera salir a nuestro encuentro una vez que estemos fuera?

—No creo que nadie de ese lado tenga más recursos que tus amigos y tú. Todos los andantes que conozco por aquí están demasiado ocupados ahora mismo.

—Solo preguntaba.

Nadia cruzó la habitación, tomó con una mano la barbilla de Iceweasel, le levantó la cara y movió la barbilla de un lado a otro.

—Te conseguiremos ropa, cosas que tengo que pueden modificar tu aspecto. No creo que tengas resistencia física después del cautiverio, así que necesitaremos un vehículo enseguida.

Nadia soltó la barbilla. Iceweasel tenía la piel caliente donde se habían posado los fuertes dedos. Reparó en el tiempo que había pasado desde que alguien la había tocado sin un objetivo médico. O violento. Lo había echado de menos, lo agradeció. Le daba miedo. Estaba hambrienta de algo que necesitaba con tanta seguridad como el aire o el agua.

—Cuarenta y cinco minutos —dijo Nadia antes de salir de la habitación.

—Esta mujer —dijo Dis— está a la que salta.

—Eso espero. —Iceweasel intentó mostrar valentía, casi lo consiguió—. Alguien tiene que ejercer de adulto supervisor y no soy yo, ni de puta coña.

—Yo tampoco.

—¿Qué vas a hacer cuando nos vayamos?

Pausa.

—Iceweasel...

—Ah...

—Siempre y cuando envíe mis diferenciales antes de soltar los frenos, no será morir. Es como tomarte todas las drogas más maravillosas a la vez, aniquilar tu mente y luego ser capaz de dar marcha atrás.

—Me estás poniendo celosa.

—Tendrás tu oportunidad algún día. Algún día serán así todas las personas que conocemos, todas en el lado del servidor, simuladas. Podremos echarnos a andar de todo, de cualquier cosa.

—¿Crees que todavía tiene la habitación pinchada?

—Estoy segura de que sí.

—¿Tú la tienes pinchada a ella?

—Está fuera del refugio. Tengo unas cuantas cámaras, pero lo que ven es la casa vacía o al ocasional sirviente pisoteado. ¿Cuántos tiene tu padre trabajando para él, por cierto?

—Ninguno trabaja para él. Utiliza un servicio que los pone a su disposición en un sistema a demanda, con puja en tiempo real. Unos pocos se presentan todos los días porque el algoritmo que puja reconoce sus métricas de rendimiento, pero los ocasionales solo vienen una vez. Hice un proyecto de investigación en el último año de Comercio sobre el sistema. Me pusieron un nueve. Hice estudios etnográficos con los trabajadores y a un par de ellos los bajó de categoría el algoritmo de priorización por perder tiempo en el trabajo.

—Los zotas son unos putos marcianos.

—Desde luego.

—Te voy a echar de menos.

—Estaremos juntas otra vez muy pronto.

—¡Claro, joder!

[IV, xix]

Gretyl encontró los cadáveres. Había insistido en regresar a por Limpopo y Etcétera, a pesar de que los demás pusieron rumbo a Lago Muerto. La luz de las estrellas y de la luna tintaba el nevado camino de un azul sobrenatural. Había echado a volar un aerostato y una bandada de pequeños drones que tomó de los suministros del convoy y que le facilitaron un puente de red con la columna de refugiados andantes y un buen análisis del territorio. El aislamiento de los trajes era demasiado eficiente para que los infrarrojos sirvieran de algo, pero los drones tenían otras telemetrías: rastreadores electromagnéticos de onda milimétrica y lidar dirigidos a las emisiones de radio de los trajes que servían para establecer conexiones de red entre ellos.

Volaban en un patrón que se adelantaba a sus pasos, zambulléndose a veces bajo las copas cuando las ramas desnudas eran demasiado tupidas para que las penetraran sus sensores. Gretyl avanzaba con dificultad con sus botas de nieve, le ardían los muslos del cansancio, chupaba caramelos de cafetante, que le aportaban glucosa y estimulantes, y veía que el mapa que se proyectaba en su visor ampliaba su precisión para pasar de una paleta

blanquecina a colores más saturados según los drones introducían detalles y confirmaban cada centímetro.

Gretyl seguía haciendo comprobaciones ping con sus radios, intentando contactar con ellos, pero no recibía ninguna respuesta. Hizo caso omiso al terror subyacente que sentía, incluso cuando los drones encontraron dos cuerpos inmóviles, los fotografiaron —una imagen borrosa, cada vez menos borrosa—, y más tarde se situaron encima y consiguieron imágenes iluminadas con flashes led que mostraban la nieve rosa y los cuerpos inertes. No se permitiría llorar. Siguió caminando.

Los hombres estaban completamente congelados, rígidos; la nieve que había derretido la sangre ya se había vuelto a congelar. Tenían la cara pálida y azulada, y las heridas de la garganta estaban sorprendentemente limpias debido a la nieve fundida, que había conferido a las incisiones el aspecto de las heridas de los libros de texto médicos o de los cadáveres conservados para la investigación. No se parecían a los camaradas que Gretyl había amado y con los que se había reído. No se permitiría llorar.

Limpopo no aparecía por ninguna parte. Las huellas de las motonieves señalaban el camino. Desaparecían entre los árboles. Los drones eran lo bastante inteligentes para haber empezado ya a seguir su pista. Habían enviado actualizaciones de su posición en las que informaban amablemente de que serían más eficientes si pudieran

conseguir más capacidad de computación para que un motor de inferencia elaborara mejores supuestos sobre los posibles caminos seguidos. En aquellas circunstancias, utilizaban diversos algoritmos de cobertura, intentando discernir los árboles del terreno sin dedicar mucho tiempo a pensar.

Mientras observaba su avance en el visor, Gretyl llamó a Kersplebedeb, que se conectó con cierta demora; un suave zumbido en los auriculares advirtió a Gretyl de que la conexión de red no era muy estable y se producirían retardos por los problemas de almacenamiento en los dos extremos.

—¿Todo bien?

—Han matado —empezó Gretyl, que suspiró con fuerza— a Etcétera y al otro, Johnny o comoquiera que se llamara. Tienen el cuello cortado y están bocabajo en la nieve. Desangrados.

Gretyl volvió a contener un suspiro en el pecho. Miró rápidamente el botón CAMBIO. Esperó.

—Ay, Gretyl.

—Limpopo ha desaparecido. En el bosque. En una motonieve. Creo que la arrastraron en una camilla o en un *travois*³¹.

CAMBIO. Pausa.

—Mierda.

—Quiero ir a buscarla, pero...

CAMBIO. Larga pausa.

—No es buena idea. Te matarán a ti también. ¿Tienes drones en el aire?

Compartió con él las telemetrías y las imágenes. Esperó. Vio que se conectaba a un espacio compartido. Esperó.

—Creo que deberías volver a casa.

—¿A casa?

CAMBIO.

—Lago Muerto. Hay comida, electricidad, acceso a la red. Gente que te quiere. Correré la voz con lo de Limpopo. Podemos mandar a alguien a buscarte. Vi una moto de nieve

31 Un travois (del francés canadiense) es una estructura con forma de marco hecha con unos palos, utilizada históricamente por los pueblos indígenas, para transportar cargas arrastrando el extremo de los palos sobre el suelo. [N. e. d.]

cuando llegué y me juego algo a que los residentes de Lago Muerto la tienen siempre cargada. Están organizados.

Gretyl tenía mucho frío. Le dolían la espalda y el cuello. El traje le aplastaba las corvas y el interior de los codos hasta desollárselos.

—Manda a alguien.

Gretyl envió una baliza de localización.

—Estamos de camino. Voy a hacer mucho ruido con Limpopo. Muchísima gente quiere a esa mujer.

—Creo que cuentan con ello. Creo que se la han llevado para desmoralizarnos.

CAMBIO.

—Eres más paranoica que yo.

—Sé más que tú.

—Déjame que te encuentre una motonieve y una partida de rescate. Aquí no hay alcohol, pero te mando cacao caliente. Con nubes de azúcar.

—Eres un buen hombre.

—Y un excelente poshumano.

Con esas palabras, Kersplebedeb desapareció.

La claridad del entorno sonoro que la rodeaba regresó con la agudeza de un alfiler. Viento, ramas, el tintineo de los cristales de agua congelada deslizándose unos sobre otros. Los dos cuerpos la miraban fijamente a la luz falsa del visor. Se sentó en la nieve y se hundió. Estaba tan cansada... Estaba destrozada.

Echaba de menos a Iceweasel. Le dolía por dentro. Una voz que odiaba, siempre más sonora cuando estaba triste, le recordaba que tiempo atrás había enseñado en una universidad, había tenido una casa, un nombre y una dirección. Una vez había sido capaz de comprar cosas cuando las necesitaba (aunque supusiera endeudarse), había podido fingir que tenía un futuro. Ahora no tenía nada de todo aquello, mucho menos futuro. Vivía como si fueran los primeros días de una nación mejor, pero la nación no se veía por ninguna parte. En lugar de eso, estaba en una tierra de nadie en la que se repetían los ataques con drones y los degüellos.

Joder, mierda, echaba tantísimo de menos a Iceweasel.

[IV, xx]

Cuando Iceweasel era una niña llamada Natalie, Cordelia y ella jugaban en el barranco bajo la atenta mirada de los drones de la casa o, si había cierto clima de violencia incomprensible en la ciudad —un repunte de los secuestros—, de una persona de la seguridad privada, que las equipaba con grilletes que no podían aflojar por muchas herramientas que Natalie pusiera a prueba. Cordelia nunca entendía su impaciencia con aquellas humillaciones menores, insistía en que eran por su seguridad. Para Natalie era una batalla simbólica. Si alguna vez hubiera conseguido quitarse la anilla del pie, se la habría guardado en el bolsillo. Arrojarla al río Don habría llevado al gorila de la seguridad privada colina abajo. Pero estaba diseñada para superar a un secuestrador con una sierra: cualquier herramienta que pudiera imponerse por la fuerza tendría que llevarse también el pie.

Volvía a estar en el barranco, en invierno, vestida con una chaqueta ajustada, botas demasiado grandes con gruesas suelas de celdas y leotardos térmicos que aislaban de manera tan efectiva que, cuando Nadia y ella llegaron al final del corto túnel, ya estaba sudando. Se paró en la boca del

túnel, en la frontera entre el cautiverio y la libertad, y dijo en voz baja:

—¿Dis?

—Volveremos a hablar —respondió Dis—. Ya he mandado por correo electrónico mi diferencial. Te quiero, Iceweasel.

—Yo también te quiero.

No miró a Nadia a los ojos. Acababa de confesar su amor al *software*. Se recriminó sentir vergüenza.

Había visto imágenes de los inviernos de Toronto cuando su padre era niño, en los años de sus abuelos: castillos de nieve, quitanieves, camiones cargados de sal... Sin embargo, en todo el tiempo que ella había pasado en la ciudad, no había visto nunca suficiente nieve para hacer una bola en condiciones (nada que ver con la nieve de altas cumbres que Cordelia y ella se tiraban la una a la otra en las cimas de la estación de Whistler y del Mont Blanc), apenas unas natillas grises congeladas que se pegaban a las aceras y a las calles a finales de enero y duraban hasta abril o, a veces, hasta mayo. En los días muy fríos se convertían en un traicionero hielo que resbalaba al pisarlo y apenas tenía grosor en algunas zonas, lo que hacía que los pies se hundieran en charcos ocultos de agua helada.

La base del barranco tenía esa textura: lo bastante helada para prácticamente quemar la piel si entraba en contacto

con ella, lo bastante descongelada para ser un peligro gelatinoso al que se adherían las botas. La atravesó tambaleándose con aquella ropa prestada: algunas de las prendas de *ninja* de Nadia, una versión Mundo Bizarro de la ropa que producían las impresoras andantes para el invierno, también sin marcas del fabricante, con capacidad para absorber la humedad y repeler la suciedad, suaves por dentro y antidesgarrones por fuera, pero impresas con texturas de camuflaje que conseguían que doliera la cabeza con solo mirarlas. Observar sus rodillas mientras las piernas batallaban contra el barro y se deslizaban ladera abajo hizo que se mareara.

Incluso Nadia (vestida de camuflaje difícil de mirar más de unos segundos) tenía dificultades en aquel terreno; bailoteaba unos cuantos pasos por delante, se quedaba atascada y progresaba un poco más con mucho esfuerzo, utilizando árboles enfermos para sostenerse. Aun así, pronto marcó distancias con Iceweasel, que tuvo que recordarse que llevaba meses presa y que casi no se había ejercitado. Además, ella no era una ruda mercenaria *ninja*.

Iceweasel respiraba con jadeos que le inflaban el pecho. No era solo el patrón de camuflaje lo que la mareaba. Debía seguir avanzando, pero tendría problemas si hiperventilaba y se desplomaba. Redujo el ritmo, utilizó los árboles de agarre, con las rugosas palmas de los guantes (grandes para sus manos) asiéndose a los troncos con tanta avidez que

había riesgo de acabar con las manos desnudas si les aplicaba demasiado peso.

Nadia desapareció en la ribera. Iceweasel tuvo el cuidado de fijar su atención en el lugar en el que la había perdido de vista para utilizarlo de apoyo a la orientación. Valoró la posibilidad de escapar por su cuenta, pero la necesitaba para huir. Y Nadia podía atraparla sin romper siquiera a sudar.

Antes de que Iceweasel llegara al río, reapareció Nadia, a la que el brillo del agua le llegaba a la cintura del traje para la nieve. Se esforzó entre el barro para llegar hasta Iceweasel y la agarró del brazo.

—Necesitamos ir más rápido.

—Voy todo lo rápido que puedo...

—Más rápido.

Nadia tiró de ella con firmeza. Tenía la fuerza suficiente para que el tirón tuviera efecto y para mantenerla en pie. Servir de apoyo para las dos hizo que Nadia se tambaleara como un borracho, pero un borracho rápido. El corazón de Iceweasel zumbaba, pero no se resistió. Estaba en el mundo, en pordefecto, fuera de la jaula. Respiraba el mismo aire que Gretyl. Veía el mismo cielo. Eso era lo que quería. Eso era la libertad.

La orilla del río estaba marcada con los surcos que Nadia había abierto cuando se dejó caer hacia la rápida corriente clavando los talones. Hizo que Iceweasel apoyara el culo en la orilla.

—Deslízate.

Nadia se escurrió hacia el agua con las rodillas dobladas como un silencioso esquiador. No la frenó el agua, simplemente se metió más y más, luego se incorporó, aseguró su posición contra la corriente y extendió los brazos hacia Iceweasel, que resbalaba siguiendo su estela, patinando de culo sobre el barro helado y con el aire cada vez más frío y húmedo conforme descendía.

Unos segundos más tarde estaba al lado de Nadia haciendo frente a la corriente, vadeando el río, sosteniéndose con la ayuda del firme agarre de Nadia y de las ramas y la maleza que crecían en la orilla y que cedían a veces cuando tiraba con todo su peso.

El agua creció hasta alcanzarles la cintura. El fondo era desigual y fangoso al contacto de las botas. El calzado hacía un trabajo admirable para impedir la entrada del agua, al igual que sus leotardos no del todo ajustados. Pero había tres sitios donde la indumentaria *ninja* prestada no conseguía un aislamiento total: el tobillo izquierdo, otro punto justo debajo del ombligo y por encima de una cadera. El agua entraba gota a gota por esos espacios y creaba zonas

entumecidas cada vez mayores que empezaron con el tamaño de una moneda pero pronto fueron continentes completos de un frío que quemaba y de los que brotaban aventureros archipiélagos cada vez que estiraba el cuerpo.

Justo cuando Iceweasel pensaba que iba a tener que pedir volver a tierra, Nadia se lanzó hacia la orilla, se tiró al suelo y estiró los brazos hacia ella. Se agarraron de las muñecas y Nadia la sostuvo mientras Iceweasel metía las botas antideslizantes debajo del cuerpo y trepaba bocabajo por la orilla de guijarros. Temblaba de manera incontrolable.

—Mi traje tiene goteras —dijo Iceweasel con los dientes castañeteando.

—¡Arriba! —Nadia seguía tirando de ella.

Habían recorrido el río a contracorriente, estaban cerca del lugar donde el parque Serena Gundy daba paso a complejos vallados y custodiados en la sección norte. Nadia lideró la marcha en dirección a las urbanizaciones mientras los trajes de *ninja* se iban desprendiendo del barro. Avanzar a paso rápido hizo que Iceweasel entrara un poco en calor. El tejido expulsaba el agua, pero ella seguía temblando.

—Aquí.

Por un momento, Iceweasel fue incapaz de entender a qué se refería Nadia, luego comprendió que estaban en un pequeño aparcamiento que debía de ser para los

paseadores de perros que querían hacer ejercicio, pero no tanto como el que harían arrastrando los pies hasta el parque a través del camino de servició que había detrás de las vallas de las urbanizaciones. No había ningún vehículo aparcado, nadie utilizaba los caminos empapados en pleno invierno. Entonces, un taxi que prácticamente no hacía ningún ruido giró en la carretera y subió la pequeña rampa que llevaba al aparcamiento. Las puertas se desbloquearon ruidosamente.

—Adentro.

El interior del taxi era cálido y olía a tarta de calabaza. Había dos vasos de medio litro de Starbucks clavados en los portabebidas y un par de paquetes plastificados que tuvieron que empujar para poder sentarse. Pesaban.

—Bébetelo, debería estar caliente.

Nadia cerró con un portazo y el coche se puso en marcha derrapando ligeramente cuando las ruedas pisaron la nieve medio derretida y aceleraron en su característica danza exponencial marcha atrás buscando el agarre óptimo. Aquella era una sensación propia de los días en los que Iceweasel era una buena chica, una Redwater, con coches de servicios exclusivos y garantizados que aparecían siempre que los llamaba para sacarla a toda prisa de una casita de campo de fin de semana o del gigantesco palacio de un primo —herramienta perfecta para dar ataques de celos—

en los exclusivos barrios de Bridle Path o King City. Todavía no se había recuperado del cautiverio, del agua (manchas de hipotermia en la piel) ni de haber estado a punto de hiperventilar.

Ninguno de aquellos traslados del pasado, no obstante, había sido en compañía de alguien como Nadia, cuyas microexpresiones se habían transmutado en una macroexpresión: satisfacción, emoción animal con dilatación de las fosas nasales. Nadia estaba en su elemento, desplegando el muelle que había mantenido tensado con fuerza en los días de custodia. Aquel rostro trasladó a Iceweasel a otro día, a la traumática noche solo parcialmente recordada en la que había sido secuestrada, después del derribo del Nación Mejor, y pudo ver de nuevo en los ojos de Nadia el brillo de aquella noche. De algún modo, Iceweasel había olvidado aquella expresión. Hasta ese momento. El fulgor de su mirada era solo una sombra del de la Nadia completamente atenta que la había sacado del bosque.

Iceweasel sintió un frío aún más profundo que el de las zonas húmedas que tenía debajo del traje de nieve.

—Hora de cambiarse.

Nadia sorbió su enorme café con leche, lo que recordó a Iceweasel que debería hacer lo mismo. No soportaba el sabor, había sido la bebida con la que la amenazaba su

madre, una marca de los logros burgueses y el objetivo de todo tipo de comentarios sarcásticos: PSL eran las siglas de «pumpkin spice latte», el cafetante con leche con sabor a tarta de calabaza, pero también, en el internado para chicas Havergal, el mote que recibían las esforzadas niñas de los escalones inferiores cuyos padres se habían endeudado hasta las cejas para introducirlas en esos entornos sagrados. A pesar de su arraigado esnobismo, agradeció aquella bebida caliente, dulce y con una pizca de cafetante que suavizó el dolor de los músculos y aplacó el cansancio.

Nadia, mientras tanto, había reventado las costuras de un paquete colando el pulgar por la parte sellada de modo que se abriera con un crujido. La envoltura de tyvek se partió en dos, y dejó al descubierto ropa cuidadosamente doblada.

Sin ninguna vergüenza, Nadia se quitó el traje de *ninja* y luego la camiseta de tirantes y los leotardos que llevaba debajo. Iceweasel reparó en que también tenía grandes manchas húmedas en la piel. Debía de haber padecido exactamente el mismo frío que ella, pero no había dado muestra alguna de malestar. Iceweasel se quedó mirando el cuerpo desnudo de Nadia y se detuvo en las cicatrices: una larga incisión que parecía de quirófano le rodeaba el pecho izquierdo; un trío de heridas de bala en un muslo. Estaba musculada y no tenía prácticamente grasa corporal, como un modelo anatómico que hubiese cobrado vida, con una gruesa cobertura de vello púbico rubio que se desbordaba por los muslos y trepaba partiendo en dos el vientre plano,

y con exuberantes rizos en las piernas y mechones asomando de las axilas.

Sorprendió a Iceweasel observándola y le devolvió la mirada abiertamente.

—Tú también. Ropa caliente, bebida caliente, rápido.

Sonrojada, Iceweasel retiró la vista y recordó las generosas curvas de Gretyl, aquella sensación de los pechos de ella sobre los suyos, el cálido aliento en el cuello y en las orejas, la forma en la que jugueteaba con los labios de Iceweasel con aquellos dedos gruesos hasta que Iceweasel los atrapaba, chupando con voracidad, y oía la satisfacción en el suspiro de Gretyl cuando le lamía las yemas.

Palpó el paquete, encontró las costuras, las abrió en dos y retiró el tyvek. La ropa era anodina hasta el extremo, las prendas más insulsas que podría imaginar, el tipo de ropa que llevaban los extras en las series. Había una sudadera Roots descolorida, pantalones de cintura alta deshilachados en los extremos y calcetines deportivos de algodón con el elástico dado de sí. Para completar aquello, unas braguitas del Walmart y un sujetador sin tirantes de talla única de los que le daban cuando la trincaban por no llevar el uniforme en el colegio y que sacaban de una caja parecida a la de pañuelos que descansaba en el escritorio de la directora. Tanto el sujetador como las bragas estaban percutidos a fuerza de lavados.

Salvo porque no era cierto. Toda la ropa olía a recién imprimida y todavía desprendía los gases de las mezclas de pigmentos. Cuando prestó más atención, vio que la suciedad, los grises e incluso el desteñido de las letras del logotipo de Roots habían sido impresos: la suciedad delataba su origen con diminutos artefactos comprimidos. Aquellas prendas habían sido impresas para que pareciera que no eran nuevas.

—¿Esto de dónde ha salido?

Icweasel cogió las braguitas, que se notaba que estaban recién sacadas del envoltorio.

Nadia observó cómo examinaba la ropa, la miró mientras se desnudaba. Icweasel evocó la sensación del B&B, ese estado mental del *onsen* que rechazaba la vergüenza por la desnudez. Utilizó la sensación para bloquear la excitación y el anhelo de Gretyl que se habían apoderado de ella.

—Un servicio. Hay veces en las que alguien tiene que ir de un sitio a otro sin llamar la atención. Tu padre utiliza estos servicios. Pueden terminar delatándote, pero solo bajo presión de muy alto nivel y nunca con rapidez. Son caros. El registro de este viaje no es algo que nadie vaya a poder encontrar con facilidad, ni siquiera la policía. Especialmente la policía.

Iceweasel se puso con esfuerzo el resto de prendas. Encontró una parka con una capucha que tenía el borde de piel falsa, pero decidió dejarla a un lado por el momento. Entre el cafetante y la calefacción del coche a toda potencia, estaba empezando a sudar. Frotó una zona del lateral de su compartimento. Se convirtió en una ventana que le mostraba las calles de Toronto fluyendo en una secuencia continua. El coche privado de alquiler se deslizaba entre el tráfico de forma anodina, sin ninguna de las maniobras aparatosas de los coches de su padre.

Cruzaron el viaducto Bloor en dirección al oeste. Había algo que estaba... mal.

—¿Has visto ese edificio?

—¿Qué edificio?

—El de los cierres y las barreras de metal.

Otro edificio fortificado de manera similar pasó a su lado. Luego otro con las ventanas reventadas y negras por el fuego, con marcas de humo que se elevaban hasta donde sus ojos podían ver, dos plantas de fachada completamente desaparecidas, un agujero redondo en la piel del edificio como si fuera una boca con los dientes negros en pleno grito. Dentro había muebles carbonizados.

—¿¡Lo han bombardeado!?

—Ha habido disturbios. Por eso tu padre está fuera.

—¿Quién participa en los disturbios?

A Nadia se le escapó una risita.

—Depende de a quién le preguntes. La oposición dice que son provocadores que llevan a cabo operaciones de falsa bandera. Los servicios de seguridad dicen que son radicales, andantes y personas contratadas por países extranjeros para desestabilizar Canadá.

—¿Y qué dicen los protagonistas?

Nadia se encogió de hombros.

—Algunos dicen que son un bloque negro. Otros son los habituales ciudadanos implicados: abajo la corrupción, arriba la democracia. Mucha gente joven, muchos críos del contingente de la huelga general: una vez que te han echado de las aulas, ¿por qué no te ibas a desatar en las calles?

—¿Huelga general?

—Pasaron montones de cosas en pordefecto mientras tú andabas en los bosques, Iceweasel.

A un nivel intelectual, Iceweasel sabía que era cierto. A veces algunos andantes recién llegados contaban historias sobre pordefecto. Una vez que construyeron el segundo

B&B, dejó de importarle. Ser andante había sido en un tiempo lo opuesto a pordefecto, pero después de un año o dos ser andante era simplemente lo que ella era. Pordefecto era un fenómeno distante, terrible, como un volcán que ocasionalmente lanzara penachos de humo que nublaran el cielo, algo contra lo que no podía hacer nada que no fuera evitarlo.

—¿Cómo es posible que acaben convirtiéndose en motines? Cuando yo era... —Iceweasel se contuvo, iba a decir «como vosotros»—. Antes de marcharme, te encapsulaban cuando todavía no habías dado ni diez pasos. Las únicas protestas que veías eran diminutas y más bien de mierda, con permisos, detrás de vallas, en callejones...

—Claro, cuando había pocas protestas. Pero los manifestantes son astutos. Algunos se reúnen en un sitio, esperan el encapsulamiento y entonces otros se juntan en otra parte, y en otra parte... Si son lo bastante numerosos y pacientes, agotan todos los recursos policiales y siguen saliendo a la calle. Muchos terminan arrestados después, por las imágenes, o si dejan ADN o las cámaras reconocen su forma de moverse, pero son astutos.

Iceweasel siguió mirando fijamente por la ventana.

—Pero ¿por qué? ¿Qué es lo que quieren?

Nadia volvió a encogerse de hombros.

—Lo que quiere todo el mundo. Más para ellos. Menos para la gente como tú.

Icweasel sintió una punzada de rabia, vio la microexpresión de Nadia, la estaba poniendo a prueba.

—Querrás decir como tú. Eso ya no es mío. Te lo puedes quedar.

—De eso nos encargaremos ahora.

El coche avanzaba a toda velocidad hacia el oeste, a través de barrios cada vez menos reconocibles para Icweasel. A lo largo de una distancia increíble (cuarenta y cinco minutos en un tráfico rápido) recorrieron un bosque de torres de apartamentos cuyas fachadas sur estaban cubiertas de espejos orientados al sol que concentraban la luz en sistemas fotovoltaicos instalados en los patios rodeados de altas alambradas.

Más allá de estos había polígonos industriales abandonados, cercados de vallas con cadenas y un perímetro de sensores ostentosos destinados a intimidar a cualquiera que valorara colarse de un salto. Icweasel conocía este tipo de sitios: eran el sostén principal de los andantes. Icweasel hacía valoraciones estratégicas de los espacios: analizaba los ángulos de las cámaras y estimaba los materiales recuperables que podrían extraerse del interior de la valla antes de que apareciera el equipo de seguridad.

Salieron de la autovía de dos carriles para tomar una carretera rural y luego entraron en lo que quedaba de una pequeña localidad. Parecía deshabitada: una calle principal abandonada con una gasolinera, una tienda de comestibles y los salones tapiados de la asociación de veteranos. Había otro coche aparcado en el arcén, muy bajo, con luces azules encima: un coche patrulla de la policía.

A Iceweasel se le contrajo el esfínter anal y le subió a la boca el sabor de los jugos gástricos con aroma a tarta de calabaza.

—Mierda.

Nadia apenas movió la cabeza.

—No te preocupes.

Se pararon delante del coche de policía: morro con morro. Las puertas de su vehículo se abrieron. Salieron; Iceweasel agarró la parka y se la puso, tenía el corazón a mil. Las puertas se cerraron solas y el coche se retiró con cuidado entre las dos marcha atrás, dio media vuelta y se fue por donde habían llegado con la ropa sucia dentro.

—Ya está desconectado de la red —dijo Nadia mientras lo observaba alejarse—. Va camino de un desguace, allí lo desmontarán, destruirán todos los transpondedores de identificación y los fundirán. Los coches de un solo uso son

más caros, pero es la única forma de estar segura de que no se puede recuperar nada.

Iceweasel quedó tan confundida por la idea de un automóvil de un único uso que casi se olvidó del coche patrulla. Entonces se abrieron las puertas con un ruido metálico. Iceweasel metió las manos en los bolsillos de la parka (recubiertos de una suave lana) y aplacó el creciente pánico apretando las ruedas.

La mujer que salió del coche patrulla era de mediana edad y llevaba un abrigo de lana y botas de goma amarillas salpicadas de barro. Era asiática —china tal vez— y, cuando las miró de arriba abajo, sus orejeras de lana resbalaron y parte de su melena negra veteada con algunas canas se soltó quedando a merced del viento.

—¿Armas?

Tenía una voz fuerte, sin acento, autoritaria.

—Ninguna. Pero si tú tienes, me gustaría negociar por ellas.

La mujer frunció los labios.

—Muy lista. Adentro, antes de que nos congelemos.

Nadia hizo ademán de entrar en el coche patrulla y gesticuló entonces con impaciencia dirigiéndose a Iceweasel:

—Primero tú, venga.

Moviéndose como si estuviera en una pesadilla en la que es imposible no entrar en la habitación donde aguarda el monstruo, Iceweasel se acercó al coche patrulla y se agachó para entrar. Se tragó el pánico que le transmitió el olor, que era completamente estratégico: *eau de* esposas, interfaces reforzadas y protecciones corporales antibalas. La mujer asiática entró por el otro lado y Nadia por la puerta de Iceweasel, que quedó atrapada entre las dos. Fijó la mirada en el grueso plexiglás que separaba el espacio de los pasajeros del compartimento del conductor. Había arandelas soldadas a la carrocería en el suelo, los laterales y el techo. Se utilizaban para anclar las correas inmovilizadoras. Iceweasel volvió a tragar saliva.

—Calma, calma. Venga, no hace falta nada de esto.

—Está temblando como una hoja. Joven, no hay necesidad. He utilizado este coche porque era el medio de transporte más rápido y más seguro a mi disposición. No está detenida. No la estamos secuestrando ni la vamos a entregar. Tampoco la vamos a llevar a un camino solitario en mitad del campo para matarla y arrojar después su cadáver a una zanja...

—¿Esto es para tranquilizarla?

La pregunta de Nadia tenía un tono de burla. Se encontraba como pez en el agua con esa mierda espeluznante: citas en vehículos oficiales requisados en pueblos fantasma y ese tipo de cosas.

—Vale. La cuestión, señorita Redwater, es que está usted perfectamente a salvo y no tiene motivos para preocuparse. Me llamo Sophia Tan. Conozco a su padre, por supuesto, aunque conozco mejor a sus tíos.

A Iceweasel le sonaba de algo aquel nombre. Analizó la cara de Tan. Le resultaba familiar.

—¿Usted era... viceprimera ministra o algo así?

La mujer se echó a reír. De su suave piel brotaron líneas de expresión.

—No, querida, era fiscal general. En los años de Clement. Nos conocimos, aunque a mí se me ha olvidado y supongo que a usted también. Pero mi agenda no miente. Estaba en la escuela, en una actividad benéfica de algo en lo que trabajaba su tío, el fondo de becas del Upper Canada College.

—Tiene razón, no me acuerdo. No soportaba esas actividades.

—Yo tampoco.

Iceweasel estaba entrando en calor. Se abrió la parka, respiró profundamente varias veces. Nadia miraba primero a una y luego a la otra.

—Vamos a lo que vamos —dijo Tan, que juntó las yemas de los dedos de ambas manos, una detrás de otra, en rápida sucesión—. Grabación probatoria. —Una línea de luces rojas que recorrían el techo del compartimento empezó a parpadear—. Todo lo que digamos y hagamos ahora está siendo registrado en un depósito inviolable. El coche transmitirá una huella digital del vídeo a un servidor federal de almacenamiento de datos en intervalos de diez segundos. Cuanto aquí se pronuncie será admisible en cualquier tribunal de Canadá o de una nación de la OCDE. Para que así quede registrado, mi nombre es Sophia Ma Tan, con número de la Seguridad Social 046454286. Señorita Redwater, sea tan amable de identificarse.

Iceweasel se aclaró la voz:

—Natalie Lilian Redwater, con número de la Seguridad Social 968335729.

—Señorita Redwater, cuando usted alcanzó los veintiún años de edad, el 17 de julio de 2071, heredó por completo su fideicomiso familiar, del cual me ha sido facilitada una

copia en la Oficina del Fideicomisario Público. Tengo aquí una copia física de la documentación.

Tan tomó una funda de plástico llena de documentos de la pila que tenía a sus pies y la levantó, pasó una página y la mostró; repitió el proceso cuarenta veces. A Iceweasel se le humedecieron los ojos.

Finalmente, recibió la documentación. Le resultaba vagamente familiar: había firmado un conjunto de documentos en su decimoctavo cumpleaños, con su padre y alguien del equipo de abogados de la familia, un bufete de primer nivel de la calle Bay llamado Cassels Brock. La joven que representaba al bufete se esforzó en explicarle cada documento al detalle y le pidió confirmación verbal de su comprensión en intervalos marcados, mientras una voluminosa cámara los observaba y registraba todo el proceso. Ahora estaba dando marcha atrás a todo aquello, deshaciendo lo que había hecho.

—Señorita Yushkevich, por favor, identifíquese.

Nadia se había dejado caer suavemente en un estado de espera, esa situación relajada de atención y desatención simultáneas que había mostrado durante los largos periodos de guardia al inicio del encarcelamiento de Iceweasel. Regresó a la vida como una máquina a la que despiertan del estado de inactividad.

—Nadiya Vladimirovna Yushkevich. Pasaporte bielorruso número 3210558A0101. Número del documento nacional de identidad de Bahamas: 014-95488.

A partir de ese momento, el proceso fue una sucesión de preguntas y respuestas orquestada sin tacha por Tan, que tenía una infinita paciencia profesional para los rituales burocráticos. Aludía periódicamente a una larga lista de elementos obligatorios y mandaba repetir cualquier paso que fuera menos que perfecto. En una ocasión, Iceweasel se trastabilló seis veces seguidas con el complejo fraseo de su declaración de estar actuando sin coerción y en plenas facultades mentales. Tan le dio dos minutos medidos con precisión para tranquilizarse antes de repetirle la declaración. Iceweasel la pronunció a la perfección.

Cuando se les empezó a secar la garganta en el caldeado interior del vehículo, Tan sacó unas cantimploras, bebió de la suya, la cerró apretándola con fuerza y la dejó en el asiento, entre Iceweasel y ella.

—Pues esto es todo.

Por fin. El sol ya se había puesto. El cielo estaba emborronado de nubes bajas. La luna se alzaba, visible como un reflejo apagado, por encima de la línea de los árboles.

—Fin de la grabación probatoria.

Las luces rojas se apagaron.

—¿No se enterarán los abogados de mi padre de que hemos hecho esto?

—Ah, claro que sí —respondió Tan—. Hoy me he ganado muchos y poderosos enemigos. La señorita Yushkevich y yo tenemos un acuerdo que me compensa debidamente.

En la escasa luz del interior del coche era imposible leer las expresiones faciales.

—¿Y ahora qué? —preguntó Iceweasel, que recordó la broma sobre abandonar su cadáver en una zanja y entendió que, si era parte del proceso, había llegado el momento—. ¿Es hora de deshacerse de mí?

—Desde luego que no —respondió Nadia—. Cuando se intente impugnar todo esto en los tribunales, cualquier muestra de juego sucio dificultará mucho más mi situación.

—Ah...

—Además —añadió Tan—, nos caes bien. Nadia te ha alabado mucho.

Iceweasel no sabía qué pensar. Nadia era una superespía *ninja* asesina... Hasta donde Iceweasel podía ver, Nadia la consideraba un mueble complejo y delicado.

—A mí también me cae bien —terminó diciendo.

Tan hizo algo con los dedos y las ventanas se despolarizaron, mostrando el verdadero aspecto del exterior, no un vídeo. El cielo emborronado, las siluetas negras de los árboles en invierno, los edificios en proceso de desmoronamiento...

—¿Lo tienes todo? —preguntó Tan a Nadia.

—Comida, agua, baterías..., si las has traído —respondió Nadia.

—Tal y como solicitaste.

Tan empujó con la punta del pie una mochila que estaba en el suelo del coche.

—¿Teléfonos? ¿De los limpios?

—Eso no he podido conseguirlo con tan poco tiempo. Pero te he traído interfaces nuevas, anillos y cosas así. Guardo una reserva con el precinto de fábrica, comprados a través de anonimizadores y *dead drops*, nunca se sabe. Son viejas, así que será mejor que les actualices los parches antes de exponerlas a la selva de la red.

—Servirán —respondió Nadia.

Entonces, para sorpresa de Iceweasel, compartieron un largo abrazo, algo casi materno-filial.

—Cuídate. Y cuida de nuestra pequeña Iceweasel. Parece buena persona. Además, se nos pondría la cosa fea a las dos si...

—Por lo que a mí respecta, es una clienta. Y yo no pierdo clientes.

—Lo sé.

Tan tamborileó con los dedos, los seguros de las puertas se abrieron y las luces se encendieron, lo que convirtió las ventanillas en espejos oscurecidos.

—Vamos —dijo Nadia.

Tan extendió una mano. Tenía la piel seca, una mano frágil, la mano de una anciana, mucho más envejecida que su rostro.

—Que tengas la mejor de las suertes. Dios sabe que, de tener tu edad, yo haría lo mismo. Esto no puede aguantar mucho más. Y si puede, no debería.

Iceweasel la miró a los ojos y asintió. No comprendía exactamente lo que estaba sucediendo, pero empezaba a entender algo.

Salió del coche, se subió la cremallera de la parka, se puso la capucha y encontró un par de guantes finos, como de plástico, que eran de una calidez fantástica y que al mismo

tiempo tenían una textura membranosa que los hacía casi propios de un quirófano.

Nadia ya se había abrochado el abrigo. Levantó una mano dirigida al coche de policía, un gesto más de autorización que de despedida. El vehículo se alejó lentamente. Vieron las luces traseras desaparecer y se quedaron en mitad de la gélida oscuridad que se cernía cada vez más sobre ellas.

—¿Y ahora? —preguntó Iceweasel.

La voz de Nadia se llenó de alegre ironía:

—Ahora nos echamos a andar, ¿qué si no?

V. FASE DE TRANSICIÓN

[V, i]

Lo primero que dijo Etcétera fue:

—Esto no era lo que esperaba.

Kersplebedeb soltó un grito de alegría y Gretyl sonrió y se frotó los ojos.

—Bienvenido otra vez, amigo.

—¿Estoy muerto?

—Esa —respondió Kersplebedeb— es la pregunta del millón de dólares.

—¿Por qué solo un millón?

—No se recalcula con la inflación. Yo soy un *hippy* andante, ni me molesto en seguirle la pista a la pasta.

—Me siento...

La voz se detuvo. Hubo una larga pausa. Gretyl miró las infografías y vio la carga del procesador despuntar en todo el clúster. Había descargado las últimas actualizaciones de los algoritmos de adaptación, que se suponía que reducían radicalmente la carga, pero su rendimiento hasta el momento había sido poco convincente. Aunque también era cierto que habían tenido que reunir un treinta por ciento más de tiempo de computación del que habían previsto para poner a Etcétera en marcha, por lo que quizá la cuestión radicaba en que era un caso atípico. Era el problema de optimizar todas las simulaciones utilizando una única muestra (Dis) como punto de referencia.

—Di, ¿qué es lo que sientes? —se atrevió a decir Gretyl, que lanzó una mirada a Kersplebedeb para que dejara de decir payasadas, que era lo que hacía cuando se estresaba, y joder si estaba estresado desde que habían empezado con aquel proyecto.

—Atontado, supongo. Ahora en serio, ¿estoy muerto? Me refiero al yo que estaba hecho de carne y de piel, ¿está muerto ese cuerpo?

—Ese cuerpo está muerto —respondió Gretyl—. Asesinado.

—Ejecutado —apuntilló Kersplebedeb.

—Joder.

Las infografías se disparataron.

—Veo que se te está yendo la cabeza —dijo Gretyl—. Es comprensible. No serías tú mismo si esta noticia no te resultara sobrecogedora. Pero lo del atontamiento es la sim, que está intentando evitar que te vuelvas no lineal. Está amortiguando tus reacciones. Se corre el riesgo de que termines en un círculo de retroalimentación en el que cada vez estés más amortiguado, lo que te haría sentirte todavía más raro, lo que desencadenaría más amortiguación.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Todavía lo estamos investigando. Eres un probador beta. —Gretyl no quería pensar qué sucedería cuando le contaran que Limpopo había desaparecido. Si es que se lo decían... No, la cuestión era únicamente cuándo—. Pero esperamos que sea una de esas cosas que, cuando sabes que están pasando, puedes vacunarte tú solo. Que seas capaz de reconocerlo. Como con la terapia cognitivo-conductual. Reconoces que se te está yendo la cabeza y el motivo por el que se te está yendo la cabeza es el hecho de que se te está yendo la cabeza.

—¿Me estás pidiendo que respire hondo?

—Sin la parte de respirar —dijo Kersplebedeb.

Gretyl lo miró agresiva.

—Siento como si estuviera respirando.

Eso está bien, pensó Gretyl. Las notas de Iceweasel sobre el despertar de Dis decían que la introspección centrada en las sensaciones corporales tenía correlación con una cognición metaestable. Echaba tanto de menos a Iceweasel... Leer sus notas era como masticar cristales. La copia local de Dis que compartía tiempo en el clúster de Etcétera había intentado varias veces establecer contacto con su hermana en la casa de Jacob Redwater, pero no lo había conseguido.

—Debes ser capaz de sentirlo. Es una parte básica de la sim, alimentar datos que tengan su «visto bueno» a tu sistema nervioso autónomo. Es un ataque por repetición, montar en bucle todo lo relativo al momento en el que te escanearon.

—Eso explicaría por qué tengo sed. Recuerdo que cuando me senté necesitaba de verdad beber algo, tuve la boca como un zapato todo el rato que me estuvieron escaneando. Parece que hubieran pasado solo unos minutos.

Las infografías mostraban una estabilidad emergente, menores oscilaciones, más columnas en verde y gráficos en apogeo.

—Parece que te estás calmando.

—Supongo que sí. Me siento más tranquilo, pero raro. Todavía atontado. Da...

Esperaron.

—Da miedo, Gretyl. Estoy muerto. Estoy dentro de una caja. Cuando no estaba así, podía jugar con las palabras elucubrando si esto era la muerte, pero, Gretyl, estoy muerto. Estoy muerto. Es raro. Cuando estaba vivo, pensaba que el problema de ser una sim... ¿de estar en una sim? ¿Soy una sim o estoy en una simulación? Mierda. Pensaba que el problema sería el convencimiento de estar vivo. Ahora veo que es lo contrario. Sé que estoy muerto. Todavía siento que soy yo, pero no un yo vivo. ¿Por qué no hablé nunca con Dis de esto? Mierda, mierda, mierda. Estoy muerto, Gretyl.

—Dis está aquí, si quieres hablar con ella. Ayudó a preparar tu sim. El clúster es *ad hoc*, por lo que no estábamos seguros de que tuviera suficiente capacidad para teneros a los dos en funcionamiento, pero si quieres hablar con ella, podemos arrancarla.

—Una guía local. Como el tipo que guía a Dante por el infierno.

—Virgilio —dijo Kersplebedeb—. ¿Llegaste a ver el *anime* nigeriano? Era increíble.

Para sorpresa de Gretyl, Etcétera se echó a reír.

—No me lo puedo ni imaginar.

—Te buscaré una copia. Solía estar muy diseminado en la red andante, un clásico de su género.

—¿Qué género?

—La poesía épica animada nigeriana. Hicieron una serie sobre las sagas escandinavas. Y de Gilgamesh.

—Te estás quedando conmigo.

Kersplebedeb se echó a reír.

—Me estoy quedando contigo. No hay nada que se llame *anime* nigeriano, hasta donde yo sé. Pero ¿no sería magnífico? Tendríamos que inventarlo.

—¿Para eso no tendríamos que ser nigerianos?

—Hay montones de andantes en Nigeria, ya encontraremos colaboradores.

—¿Chicos?

—Perdona, Gretyl.

Kersplebedeb le apretó la mano.

—¿Estás bien?

Gretyl y Etcétera respondieron con un «sí» simultáneo y se echaron a reír. Parecía que estuvieran hablando con Etcétera a través de una conexión de voz, no con su espíritu de cuerpo ausente. El momento de las risas pasó.

—¿Sabéis qué es lo más raro?

—¿Qué?

—Quiero hablar con mis padres. En los últimos dos años apenas hemos hablado. No es que no nos llevemos bien, los quiero, pero teníamos cada vez menos que decirnos. Me contaban lo que estaban haciendo, recogiendo firmas o yendo puerta por puerta para conseguir que la gente votara en unas elecciones que todo el mundo sabía que estaban manipuladas en un 99,999 por ciento. Yo les hablaba de los andantes, de trabajar en el B&B, era como si les estuviera describiendo una película que no hubieran visto: un poema épico animado nigeriano. Ellos iban asintiendo, pero yo veía que no se estaban enterando, para ellos hablaba en chino.

»Pero ahora resulta que estoy muerto y tengo esta urgente necesidad de hablar con ellos. No tengo ningún mensaje desde el más allá, lo que quiero es oír sus voces...

Las infografías eran inescrutables. Etcétera estaba pensando mucho. Los datos se estaban disparando tanto que Gretyl temió que Etcétera estuviera en condición de carrera y tuvieran que reiniciarlo, pero entonces volvió a hablar:

—Esto parece... temporal. Como si me pudieran borrar en cualquier momento. Como si me hubieran dado un día extra de vida para terminar de poner en orden mis asuntos antes de desaparecer. Antes de marcharme para siempre quiero hablar con mis padres.

—Ummm —respondió Gretyl, que pensó: *al menos eso es menos problemático que ponerlo en contacto con Limpopo*—. Bueno, podemos encontrar un enlace a pordefecto. La conectividad aquí es buena, aunque todavía no he intentado hacer nada sensible a los tiempos de espera con pordefecto.

—¿Dónde estamos, por cierto?

Kersplebedeb empezó a reírse.

—Te va a encantar...

—¿Cómo?

—Estamos en el B&B. En el segundo. Después de que nos marcháramos, otro grupo de andantes lo reconstruyó y lo hizo un tanto más... eh...

—¡Enorme! —exclamó Kersplebedeb—. Fui de visita al antiguo una vez y, comparado con este, aquello era un cobertizo. Tiene capacidad para cuatro mil camas, cuatro mil. No es una posada, ¡es una ciudad! Tienen la granja vertical más grande y más desquiciada que hayas visto nunca, de diez pisos de altura.

—¿Cómo ha podido crecer tanto?

—Hay sitios por la escarpa del Niágara que están cerrando. Los condados han declarado la bancarrota, están privatizados, han cerrado escuelas, hospitales... Se largaron y fueron adonde podían. Algunos andantes de Rumanía tienen buenos diseños con paredes de tapia que hacen que sea más sencillo construir. Al B&B le brotan secciones nuevas. A veces simplemente aparece un edificio en un sitio en el que estuviste el día anterior, y totalmente equipado. Hay niños jugando al *hockey* en la calle, allí delante, y abuelas que vigilan desde el porche.

—Suenan magnífico. Ojalá pudiera verlo.

—Te mandaré fotos —dijo Gretyl, que agradecía que hubieran cambiado de tema.

—Me acabo de dar cuenta de que tengo una interfaz de usuario. Hasta que no he pensado, literalmente, «¿qué pinta tendrá este sitio?», no había nada, y luego, zas, hay una interfaz, como una demo, un panel con botones que son

imágenes vectorizadas, a ver..., chats, configuración, cámaras, archivos, infografías...

—Eso es cosa de Dis —respondió Gretyl—. Se cansó de tener que esperar a que llegaran imágenes a su aparato sensorial visual. Encontró unas interfaces de usuario viejas controladas por electroencefalograma para personas atrapadas en sus cuerpos, gente con ELA. ¿Ves un puntero?

—Ah, sí.

—Intenta moverlo.

—¿Que lo intente cómo?

—Tú inténtalo.

—¡Guau!

—¿Ha funcionado?

—Está funcionando. Espera...

De manera subrepticia, Gretyl abrió en una pantalla la interfaz de Etcétera y vio la flecha avanzar a saltos entre los botones genéricos grandes. Aterrizó en «infografías».

—¿Cómo hago clic?

—Solo tienes que intentarlo.

Ya podían ver los dos sus infografías. Gretyl las observaba en las pantallas que había desplegado por las paredes, Etcétera lo hacía en su «lugar sin sitio» donde había revivido su frágil consciencia incorpórea.

—Entonces, ¿eso soy yo?

—Verlo así es reduccionista. Es una forma de pensar en partes concretas de ti. Técnicamente, yo soy parte de ti.

—¿Y eso cómo?

—Tú eres tú por cómo reaccionas conmigo. Si reaccionaras de una forma completamente diferente a como habrías reaccionado antes, cuando estabas, eh...

—Hecho de carne.

—Si fuera así, si reaccionaras diferente, ya no serías la misma persona. Esta conversación que estamos teniendo en parte te define.

—¿Dejo de ser yo si tú mueres?

—Más o menos.

Kersplebedeb hizo un ruido poco educado.

—No, escucha.

—Oye, acabo de encontrar la cámara para veros a los dos.

Etcétera había montado una ventana con las imágenes de las cámaras repartidas por la habitación. Gretyl tenía un aspecto de mierda. Igual pasaba con Kersplebedeb. Pero ella parecía vieja. Y gorda. Y sin amor.

Gretyl tragó saliva y dijo:

—Cuando alguien importante ya no está, no puedes reaccionar de la manera que reaccionarías si estuviera. Como cuando... —Gretyl volvió a tragar saliva—. Como cuando Iceweasel andaba por aquí. Yo me enfadaba, pero ella me relajaba. Ella formaba parte de mi cognición, como si fuera una prótesis externa para mis emociones. Me mantenía equilibrada, del mismo modo en el que lo hacen las rutinas de los algoritmos de adaptación. Cuando Iceweasel... —Gretyl guardó silencio un momento—. Ahora que no está, no soy la persona que era. Nuestra identidad existe en combinación con otras personas.

Kersplebedeb la miró con cara peculiar.

—No lo había visto nunca así, pero es cierto. Otras personas te hacen mejor o peor.

—Gretyl —dijo Etcétera—, ¿está muerta Limpopo?

Gretyl empalideció de pronto.

—¿Por qué dices eso?

—No está contigo. Estás hablando de que la gente cambia cuando las personas a las que queremos desaparecen. ¿Está muerta Limpopo?

—No lo sabemos —reconoció Gretyl.

—No creo —dijo Kersplebedeb—. Parecía un secuestro. De quienquiera que fuera el que os mató a Jimmy y a ti.

—¿Quién es Jimmy?

—Llegó después de tu escaneado. El tipo que os quitó a vosotros el Belt & Braces. Limpopo me contó la historia.

Las infografías empezaron a bailotear.

—¿Ese? ¿Ese Jimmy? ¿Se puede saber qué cojones estaba haciendo con Limpopo y conmigo?

—Os disteis la vuelta para rescatarlo. No podía andar. Congelación. Bombardearon el complejo de Thetford y nos echamos a la carretera. Estaba en mal estado. Se presentó en Thetford bastante jodido, no tuvo tiempo de recuperarse antes de que saliéramos por patas otra vez. No encontramos ningún escáner suyo.

—Pero ¿el de Limpopo lo tenéis?

—Sí —respondió Gretyl.

—¿Y qué?

—¿Y qué de qué?

—*Estoy aquí por loco, no por pendejo*³², Gretyl. Estoy muerto, no inconsciente. ¿Qué pasa con el escáner de Limpopo?

—No queríamos ponerla en marcha porque todavía puede estar viva y es algo raro hacerle eso a alguien vivo. Si esa persona aparece y hay una sim suya, tiene que matar a una versión de sí misma. O afrontar esa posibilidad.

—¿Sí?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué te mira Kersplebedeb como si estuvieras contando una trola como un castillo?

Kersplebedeb se encogió de hombros.

—Se me había olvidado que Etcétera había encontrado la cámara.

Gretyl se quedó de espaldas a la pared, mirando al techo.

—¿Qué pasa con Limpopo, Kersplebedeb?

—Hemos estado escaneando, empezamos por un puñado de científicos y, extrañamente, dos mercenarios

³² En español en el original. (N. del T.).

cualesquiera en la Universidad Andante; luego más en el B&B y más en la Ciudad Espacial. Son todos diferentes; se hicieron utilizando un posprocesado diferente, una calibración diferente, diferentes herramientas, todo diferente. Hay andantes por todo el mundo intentando hacer escáneres y cada cual tiene su idea del proceso. Es un lío. Un grupo de trabajo desarrolló una forma estandarizada de encapsular los datos y predisponerlos para el arranque con el objetivo de ver si es posible arrancarlos en una sim determinada. Es una medida de confianza para todos los cerebros en un tarro de cristal, un número que representa si sabemos cómo devolverte a la vida.

—Suenasensato. La situación era caótica cuando me escanearon a mí. Entiendo que el escáner de Limpopo no es tan bueno como habíais esperado, ¿es eso?

—Tu escáner es un nueve coma ocho. El suyo es un uno coma siete o uno coma seis.

—Mierda. En una escala de diez, ¿verdad?

—Sí.

—Mierda. Coño, sí que me alegro de ser una sim y de que haya código que me tiene atontado. Hay una parte de mí que sabe que esta noticia hace que quiera suicidarme... Joder, pensar en la eternidad como un cerebro en un tarro de cristal mientras que Limpopo está muerta para siempre...

—No es exactamente así. Sé cómo te sientes. Nadie sabe nada de Iceweasel desde hace meses. Su copia de seguridad es un dos coma cuatro. Ese número no representa la probabilidad de que alguna vez seamos capaces de montar una sim, representa la probabilidad con la que podemos montarla ahora mismo. El problema de modelar la consciencia humana en sustratos computarizados es el gran problema, algo en lo que hemos estado indagando, acercándonos desde hace años. Hay prácticamente una religión, todo ese rollo de la Singularidad del que se solía hablar. Hemos conseguido un gran paso adelante que ha conllevado un par de éxitos espectaculares, incluido tú, incluida esta conversación. Pero lo más importante de ese avance no es que ahora podamos hacer lo que no solíamos ser capaces de hacer: ¡es el hecho de que estemos consiguiendo avances! ¿Qué es más probable: que hayamos descubierto el único salto adelante posible o que este sea solo el primero de muchos saltos?

—No sé qué es más probable. Nadie lo sabe. Es un conjunto de datos con un solo punto. Un avance —respondió Etcétera, que, no obstante, parecía emocionado, sus infografías lo confirmaban.

—Es más que eso. ¿Sabes que conseguimos poner la sim de Dis en marcha simulándola de manera imperfecta? Su sim rota, inestable, contribuyó a la versión estable. De aquí en adelante habrá más científicos eminentes y legendarios que han dedicado sus vidas a esto funcionando en forma de sim,

capaces de ejecutar múltiples copias de sí mismos, de guardar diferentes versiones de sí mismos y de recuperar esas copias de seguridad si ponen en práctica experimentos fallidos, capaces de pensar todo lo que solían ser capaces de pensar con sus cerebros de carne y también de concebir cosas que nunca podrían haber pensado.

»Hemos diseñado las calculadoras mecánicas que nos ayudarán a construir las calculadoras electrónicas que nos ayudarán a construir ordenadores completamente programables. Hemos construido la forja que nos permitirá hacer las herramientas que nos permitirán construir la forja que nos permitirá hacer mejores herramientas que nos permitirán construir la forja...

—Lo entiendo, lo entiendo. Y yo que pensaba que eran las simulaciones las que tenían tendencia a la recurrencia infinita... Ser una persona de carne y hueso tiene que ser una mierda como un demonio.

—Lo es —respondió Gretyl con un suspiro—. Ojalá pudiera parametrizar mi cerebro, evitar que se desvíe hacia territorios indeseados. La echo tanto de menos...

Kersplebedeb le puso un brazo sobre los hombros. Gretyl lo dejó hacer y apoyó la cabeza en su enjuto pecho, que tenía un olor a chico mezclado con tequila de líquenes y fermento micótico vegano parecido a las lentejas. No solía dejar que

la gente la abrazara, pero debería hacerlo. Lo echaba de menos.

[V, ii]

—Despierta.

Nadia la sacudió por el hombro. Iceweasel volvió a hacerse un ovillo, pero resultó inútil. Nadia ya no era mercenaria, pero sabía ser convincente.

Le dio un golpe en las costillas. Cuando Iceweasel se cubrió la zona afectada, le dio otro golpe en la barriga. Iceweasel miró a su torturadora.

—Más vale que sea importante.

—Te va a encantar.

Nadia se sentó en los pies de la cama de Iceweasel. Era un diseño conocido: una cama Muji autoensamblable, idéntica a las que Iceweasel estaba liberando la noche que conoció a Seth y a Etcétera; el diseño se podía descargar. Era un clásico andante. Apenas crujió cuando recibió el peso de Nadia.

Iceweasel se clavó los puños en los ojos y se esforzó por incorporarse concentrándose en Nadia, que, para variar, mostraba una macroexpresión: una amplia sonrisa de comemierdas.

—¿Qué pasa?

—Toma.

Nadia le entregó un vaso de plástico con un pie muy largo, caliente todavía de la impresora. Se agachó y toqueteó algo que estaba a los pies de la cama y que sonaba a vidrio y agua, y entonces levantó una inconcebible botella de champán, champán de verdad, con las etiquetas Standard & Poors y Möet & Chandon que Iceweasel recordaba de las fiestas de Año Nuevo con los primos Redwater. Con un extremo de su brillante camiseta verde bosque, Nadia sacó el corcho con más estilo del que Iceweasel le había visto a nadie, le llenó el vaso e hizo otro tanto con el que estaba en el suelo.

Brindaron. Iceweasel bebió champán añejo a las siete de la mañana en una pequeña habitación de andantes, una de las decenas que había distribuidas entre las vigas de una amplia factoría abandonada en las afueras de South Bend, en Indiana, con una exmercenaria. Lo más peculiar de todo: sabía lo que pasaba.

—¿Han llegado los papeles?

Nadia vació la copa de champán dejando que corriera por su musculado cuello, sonrió con una expresión lobuna, tiro la copa por la ventana y se puso a beber a morro de la botella mientras el cristal resonaba indestructible en el alejado suelo de la fábrica.

—Enhorabuena, zota, eres rica.

Habían sido un par de meses duros, mientras los abogados de Nadia se esforzaban en los tribunales de Ontario y más tarde en una apelación a la justicia federal. Nadia estuvo en dos ocasiones desaparecida durante semanas, rumbo a Dios sabría dónde para que declararan Testigos Honestos cuyo criterio era supuestamente un artículo de fe, si bien Iceweasel estaba convencida de que Nadia confiaba más en sus medidas de seguridad que en el código profesional de los Testigos Honestos.

Antes de marcharse la primera vez, Nadia se sentó con Iceweasel y le describió, con todo lujo de espeluznantes detalles, los ejércitos de mercenarios que las perseguían y los ingentes recursos que estaban desplegando. Había enormes redes de vigilancia que sorbían hasta el último paquete de datos que atravesara tanto los principales ramales andantes como los nodos con más conexión de pordefecto, a la búsqueda de un abanico de palabras clave, de cualquier cosa que pudiera ser identificada como característica de Iceweasel o de sus anteriores accesos a la red, que habían sido recuperados de las inconcebiblemente inmensas bases de datos de tráfico registrado. Desde sus patrones de escritura al orden habitual en el que accedía a sus páginas favoritas, pasando por la idiosincrasia de su gramática, su sintaxis y su puntuación, los bots de vigilancia tamizaban los torrentes de datos intentando dar con ella.

—Esta no es la radiación de fondo de la vigilancia —le explicó Nadia—. Esto son láseres enfocados. Luz coherente, ¿me entiendes? Incluso con el tipo de presupuesto que se maneja en Espialandia, no pueden actuar así con todo el mundo... Pertenece a un club exclusivo.

Si había que creer a Nadia, la sección superior de la estratosfera estaba llena de drones de alta resolución destinados a establecer coincidencias con su forma de andar y su rostro (suponiendo que fuera tan imprudente de mirar al cielo), todo sensor de alerta temprana para la guerra biológica estaba husmeando en busca de su ADN y cualquier persona con la que se encontrara tenía un cincuenta por ciento de probabilidades de ser un agente encubierto esperando pasar los mejores diez años de su vida gracias a la recompensa por su cabeza.

—Si intentas asustarme, está funcionando. Pero no es necesario. Ya te he dicho que no voy a ir a ninguna parte hasta que no tengas garantías de que la cuestión del dinero está cerrada. Estaré aquí cuando vuelvas.

—Me has malinterpretado, listilla. No te cuento esto porque me preocupe que huyas y no te encuentre. Te lo cuento porque me temo que huyas y te atrape algo más grande y más inteligente que ninguna de las dos. Yo soy buena, pero aquí nos enfrentamos a una abrumadora superioridad numérica y un presupuesto ilimitado. Tu padre ha convencido a sus hermanos de que, si se te permite llevar

adelante tu plan, supondrá un «riesgo moral» para otras personas que tienen en nómina. Todo zota sabe que solo los primogénitos pueden confiar en tener fortuna propia, por lo que los vástagos menores, destinados a una vida de mera riqueza, podrían verse tentados a echar a andar como tú. No pueden permitirse que su personal a sueldo decida sumarse a la causa.

—¿De qué estás hablando?

—Las dos vamos a servir de ejemplo, me temo. Si pueden impedir esto, lo harán, incluso si les cuesta más de lo que se arriesgan a perder. La buena noticia es que tengo información fiable de que su plan B, en caso de que el primero fracase, es fingir que nunca ha sucedido, hacer lo posible por no llamar la atención. Confío en que, si mantenemos un operativo de seguridad bien disciplinado, las dos nos saldremos con la nuestra.

Iceweasel tuvo que soportar un nuevo tipo de cautiverio con los andantes de South Bend: llevaba la piel teñida tres tonos más oscuro (tenía que tomar unas pastillas todas las mañanas y se emborronaba ligeramente la piel allí donde se arrugaba); utilizaba interfaces en las yemas de los dedos que parecían ronchas y eran un estorbo para todo, pero aseguraban que no dejara ninguna huella dactilar; llevaba lentillas de colores; y permitió que Nadia le aplicara un pegamento de larga duración entre los dedos de los pies para modificar su forma de andar.

Se hacía llamar Missioncreep, un nombre que le había asignado Nadia. Hacía tareas en la fábrica, daba largos paseos en los bosques marchitos —sin olvidar restregarse con fuerza las manos y los zapatos a su regreso y una vez más antes de comer o de tocar cualquier membrana mucosa de su cuerpo—. Leía: clásicos andantes, Bakunin, Illich y Luxemburgo, viejos anarquistas muertos. Leyó *Homenaje a Cataluña* y sintió que por fin entendía a Orwell: la semilla de *1984* estaba en las traiciones y la manipulación. Precisamente cuando empezaba a encariñarse con el bueno de George, recordó con un estremecimiento que este había enviado un listado con los nombres de sus amigos y camaradas a una agente secreta de la policía de la que se había enamorado, traicionándolos. Se dio cuenta de que no entendía a Orwell en absoluto.

Ser andante iba en teoría de negar el engaño de ser un copo de nieve especial, reconociendo que, si bien personas diferentes podían hacer cosas diferentes, todas tenían valor y ninguna era más valiosa que otra. Todas eran personas que portaban en su interior la misma vida infinita que tú.

En el aislamiento de la fábrica okupada (que producía cientos de muebles al día, gratis y para todos), experimentó la presencia de otras personas como un obstáculo. Esperaba a que el economato tuviera más posibilidades de estar vacío antes de bajarse de su nido para hacerse con comidas furtivas, evitando mirar a nadie a los ojos y estableciendo las menos conversaciones posibles sin ser hostil. Era el peor de

los comportamientos de un andante, tratar los recursos comunitarios como un refugio para las personas sin hogar, en lugar de como algo que formaba parte del mundo. Había conocido a personas a las que se les había recomendado que se marcharan del B&B por menos. Pero Nadia debía de haber contado alguna historia sobre su pasado traumático, porque la gente la miraba con simpatía y nunca la señalaban por su comportamiento.

Leyendo sola y jugando al estúpido juego de la telepatía, en el que fingía que sabía lo que las personas pensaban solo porque leía palabras que supuestamente unían las ideas de una persona con la cabeza de otra, se vio ahogada por la sensación de haber intercambiado el secuestro indefinido en la habitación del pánico de su padre por un aislamiento obligado y fugitivo.

Atravesó esa sensación y salió por el lado contrario: la aceptación entumecida de que así era la vida. Vivir como Missioncreep, no hablar con nadie, dejar la menor huella posible en el mundo. Nadia era su modelo de comportamiento; la mercenaria y su estrambótica vigilancia que obligaba a estar al mismo tiempo atenta y ausente. Cuanto más practicaba, más natural parecía, salvo por los breves relámpagos de pánico en los que se preguntaba si no estaría perdiendo su ser dentro del personaje de Missioncreep. Aquellos ataques eran tan desagradables que se alegraba de que retrocedieran y quedaran atrapados detrás de la fachada de madera de su personaje.

Ahí estaba ahora, sentada en la cama, sin apenas poder ver el sol de la mañana sobre su piel, ante la sonrisa de comemierdas de Nadia, esforzándose por aceptar la nueva realidad.

Bebió el champán a grandes tragos, un sabor que nunca le había gustado, menos todavía con el regusto del territorio andante en la lengua: pasta de dientes de fórmula pública y el aliento pesado y espumoso de la mañana. Sin embargo, a medida que las burbujas y la dulce acidez fría le lavaban la lengua y un eructo se abría paso por la nariz dejando la quemazón y las cosquillas propias del CO₂, la realidad se clarificó. Recordó, en una rápida sucesión, las ocasiones en las que había bebido ostentosamente el champán ofrecido en las celebraciones familiares, luego el sabor del alcohol casero de maíz que bebió con Seth y Hubert, etc., cuando se escabulleron de casa de su padre, las cervezas y los vodkas que habían preparado en el B&B, y entonces...

—¿Soy libre?

—Querida, eres tan libre como puede ser cualquier persona en este mundo.

Missioncreep —no, ¡lceweasel!— reparó en que Nadia estaba borracha, había estado bebiendo otra cosa mientras se dirigía al escondrijo en el que tenía guardado el champán. Nunca la había visto en aquel estado. Estaba casi... ñoña. No es que no siguiera exudando ese aire de posible muerte

inminente, pero ahora había también un toque jovial, casi sexi, en la posibilidad de una muerte inminente.

—Enhorabuena.

Iceweasel dejó el champán y se frotó los ojos. De pronto, el familiar picor de las lentillas se vivificó. Se las quitó impulsivamente, las enrolló como si fueran un moco reseco y las tiró de un capirotazo, mientras parpadeaba para expulsar las lágrimas y aclarar la visión. Se suponía que las lentillas tenían una óptica neutra, pero la diferencia era innegable. Se miró la piel, tan curiosa, de un marrón oscuro, los borrones en las líneas de las manos y el interior del codo. También ella estaba sonriendo.

—¿Significa eso que puedo utilizar la red otra vez? ¿Puedo llamar a mis amigos?

—Puedes irte con tus amigos, polluela... Sé incluso dónde puedes encontrarlos.

—No sé qué decir, es decir...

—¡Es una puta maravilla! ¡Tú cumpleaños, la Navidad y el Bat Mitzvá todo a la vez!

Nadia le dio otro buen trago al champán y le pasó la botella.

Iceweasel paseó la mirada por aquella habitación que era como una celda: sus escasas pertenencias, la ropa anodina que Nadia había traído, las interfaces genéricas que se había negado a personalizar para evitar crear sin darse cuenta algún elemento que la identificara. El almacenamiento local contenía los libros que había leído, pero no sería difícil conseguirlos de nuevo. Quería alejarse de todo aquello. Incluso cuando reparó en que el almacenamiento encriptado contenía las notas que había tomado a lo largo de la prolongada soledad, no le importó una mierda. Eran las notas de Missioncreep, tomadas por una desconocida que se alejaba en el espejo retrovisor.

Bebió de la botella. El champán no le supo dulce y empalagoso en esta ocasión. Tenía un sabor magnífico. Aquello debía de ser lo que sentían otras personas cuando bebían champán: poder y libertad, la sensación de no tener obligaciones con nadie más allá de las de tu propia elección. Por eso sabía mal antes: simbolizaba su cautiverio por su condición de Redwater. Ahora era todo lo contrario. Probablemente no lo volvería a probar, confiaba en no tener que probarlo de nuevo. Bebió un poco más y dejó que se deslizara pegajoso por la barbilla y el cuello.

Nadia se sentó en el extremo de la cama, con sus dientes pequeños y blancos, el rostro cuadrado, los ojos azul hielo, la musculatura del cuello y los tendones de los fuertes brazos muy marcados, las mejillas encendidas, el desenfreno en la mirada. Llevada por un impulso, Iceweasel estiró una

mano que Nadia tomó. La palma estaba endurecida por los callos, fuerte como la teca. Iceweasel notó el latido de su pulso. Pensó en Gretyl. Pensar en Gretyl tendría que hacer que quisiera marcharse, resistirse al impulso que se había apropiado de ella, pero pensar en Gretyl la hacía querer...

Se acercó. Nadia hizo otro tanto y apretó la mano de Iceweasel casi hasta el umbral del dolor. Iceweasel sabía que Nadia había decidido llevarla al punto entre el dolor y el placer. Era la maestra de esa delgada línea y podía aterrizar en ella como un piloto militar haría con un helicóptero en un portaaviones, besando la superficie con un control que hacía que la maniobra pareciese sencilla.

Cuando se besaron, aquellos dientes pequeños y cuadrados le mordisquearon los labios. Antes de comprender que estaba haciendo ruido, ya estaba gimiendo. Un dique se rompió en su interior: las emociones contenidas durante meses en un tipo de cautividad u otra, las veces que había echado de menos a Gretyl con una nostalgia que impedía todo pensamiento racional. Apretó la mano de Nadia sin importarle la fuerza del agarre, con la sensación de que la mercenaria era indestructible.

El brazo libre de Nadia la rodeó. Quedó aplastada contra aquella mujer. Iceweasel entendió que no era gran cosa, fuera cual fuera la fuerza de Nadia: era diminuta. El cuerpo apretado contra el suyo no podía ser más diferente del de Gretyl. Sus sentimientos por Nadia y por Gretyl eran polos

opuestos. Igual daba que Nadia la hubiera aterrorizado, que le hubiera hecho daño, que la hubiera secuestrado: la había rescatado. Estaba allí, tan viva, de una manera que ninguna otra persona lo había estado en mucho tiempo.

Liberó con esfuerzo la mano y alcanzó el culo de Nadia, compacto como una pelota de tenis, la deslizó después por la goma de los leotardos y sintió aquella sensación de piel contra piel que tanto se había esforzado en olvidar. Se le inundó la boca de saliva. Los dedos enroscados encontraron el vello enmarañado y húmedo, los escurridizos pliegues, y las yemas resbalaron dentro. Los dientes de Nadia mordieron con más fuerza el labio e hicieron que Iceweasel se retirara. Nadia acompañó el movimiento, no la dejó marchar. Dolía. Sentaba bien. Iceweasel jadeaba.

Nadia se soltó de pronto y se arrancó la ropa en una serie de movimientos medidos. Era un modelo anatómico: el cuerpo que Iceweasel había entrevisto en el taxi, con aquellos extraños ríos y arroyos de tejido cicatricial sobre magros músculos. Jadeando, estirándose para alcanzarla, una sección del cerebro de Iceweasel percibió que tenía el antebrazo izquierdo ligeramente torcido, una vieja fractura que no había soldado bien.

Nadia esquivó el agarre de Iceweasel, se puso en cuclillas y la miró sinceramente con ojos fríos y brillantes. Estiró una mano para tomar el champán y le dio otro trago. Ladeó la cabeza, a la expectativa. Iceweasel lo entendió y se quitó la

ropa. Se le puso la carne de gallina cuando se desnudó delante de aquellos ojos. Volvió a estirar las manos y Nadia negó con la cabeza ligeramente y la esquivó sin dejar de mirarla.

Los ojos de Nadia recorrían el cuerpo de Iceweasel, que respiraba con cortos jadeos. Podía notar la mirada. Nadia podía hacerla trizas, obligarla a someterse. Cada nervio y cada folículo piloso cobró vida con un estremecimiento electrificante. Los ojos de Nadia se entrecerraron. Sonrió ligeramente y se acarició uno de sus pezones, largo y de un rosa pálido, con la yema de su dedo calloso. El sonido de la piel sobre la piel era fuerte, el único sonido distinto que se oía era el de la respiración de Iceweasel, que se llevó la mano al pecho y se tocó como Nadia se estaba tocando.

No parecía su propio dedo. Parecía el de Nadia. Copiar sus gestos, movimiento a movimiento, era como si el sistema nervioso dejara de reconocer sus propias fronteras.

Nadia asintió y se lamió la yema de un dedo, que llevó de vuelta al pezón. Hipnotizada, Iceweasel hizo lo mismo. La sensación de que la estuviera tocando una desconocida no era tan real, pero cuando se dejó atrapar en los ojos fríos de Nadia, se intensificó. Con su visión periférica pudo ver el dedo de Nadia resbalar hacia abajo y la imitó de inmediato, dejando escapar un suspiro. No se había masturbado en meses, no desde que la secuestraron, incluso desde antes. Aquella parte de sí misma se apagó en el momento en el que

la retuvieron, pero estaba a la espera y vio su oportunidad. Las manos de ambas se movían más rápido, con ruidos húmedos, suaves y desdibujados que subían de volumen a la par que la respiración. Cuando combó la espalda y empezó a jadear, Nadia se lanzó desde el otro lado de la cama y la tumbó boca arriba, enterró la cara entre sus piernas, con la lengua vibrando rápidamente y sin piedad, con las manos en las caderas negándose a retirarse mientras Iceweasel se sacudía. Iceweasel enterró los dedos en el pelo corto de Nadia, gritó palabras sin significado, se dejó llevar sin importarle que alguien la oyera, sin importarle lo que Nadia sintiera, enterrando la consciencia de sí misma en un instante que se dilataba y se dilataba.

Cuando terminó, liberó con cautela a Nadia y notó su lengua en el interior de los muslos, sintió los flujos y la saliva enfriándose debajo del culo. Nadia ascendió como una serpiente, todo músculo y tendones. Iceweasel se olió y se saboreó en la cara de Nadia en el momento en el que coló un muslo entre sus piernas. Nadia se apretó contra el muslo: toda su fuerza aferrada a Iceweasel, que estaba aturdida por la hiperventilación, el champán y un orgasmo rompehuesos, pero seguía llena de lujuria animal. Iceweasel hizo rodar a Nadia, consciente de que era Nadia la que permitía que lo hiciera, pero sabiendo también que aquello era lo que Nadia quería. La agarró de las muñecas y se las apretó por encima de la cabeza, enterró la cara en la mata del pelo de la axila antes de mordisquear un pecho, apretando los dientes con

más fuerza al tiempo que escuchaba con atención los jadeos de respuesta y se esforzaba en sostener las muñecas. Nadia se resistía, por lo que Iceweasel se incorporó, retrocedió y la miró a los ojos. Estaban desenfocados, respiraba con fuertes jadeos.

—¿Quieres esto? —susurró.

Una mano se dejó caer hacia abajo. El consentimiento continuo era propio de andantes. Iceweasel estaba acostumbrada a hacer aquella pregunta y a que se la hicieran, pero para Nadia era algo exótico. Los ojos de Nadia enfocaron la mirada en los ojos de Iceweasel un momento, se mordió el labio y gimoteó:

—Sí.

De forma impulsiva, Iceweasel respondió:

—¿Cómo has dicho?

—Sí —respondió Nadia—. Sí, por favor. ¡Por favor!

El sometimiento de aquella mujer, capaz de provocar la muerte de un centenar de formas diferentes solo con las manos, electrificó la habitación.

Lentamente, provocativamente, Iceweasel retiró la mano y se dispuso a su tarea. Las caderas de Nadia se contraían y

se encabritaban, entonces Iceweasel paraba, se retiraba y la miraba a los ojos:

—¿Quieres esto?

—Por favor. Por favor, por favor.

Más besos en movimiento. Las caderas de Nadia se retorcían. Iceweasel volvió a parar.

—¿Esto? ¿Quieres esto?

—Sí que quiero. Por favor. Sí. Por favor, Iceweasel, por favor. Por favor, no pares.

Volvieron a mirarse fijamente a los ojos. Iceweasel le sostuvo la mirada con los dedos clavados en aquellos increíbles músculos del culo, y esperó. Nadia se mordía el labio, le brillaban los ojos. Le brillaba la piel, lustrosa de sudor.

—Por favor, ay, por favor, no pares. ¡Por favor!

Lentamente fue bajando la cabeza. Esta vez no paró, cabalgó las sacudidas de las caderas de Nadia, utilizó todo su cuerpo para seguir el movimiento cuando Nadia se incorporaba, se estremecía, gritaba y arañaba las sábanas con manos como zarpas.

Cuando hubo terminado, Iceweasel se lamió con delicadeza los dedos y se dejó caer al lado de Nadia, cuyo pecho subía y bajaba como un fuelle. Tenía la piel pegajosa de un sudor que empezaba a secarse. Iceweasel le pasó una pierna y un brazo por encima y mordisqueó una cicatriz que Nadia tenía en la clavícula, en la base de la garganta.

—Ummm —ronroneó Nadia—. Qué bien. Menudo regalo de despedida. Yo no te he traído nada.

—¿No dijiste algo de indicarme dónde están mis amigos?

—Eso difícilmente se puede considerar un favor. No están muy bien, aunque piensen que sí. Lo que tú llamas «pordefecto» se hace menos estable cada día. La existencia de los andantes es considerada la causa principal, una influencia desestabilizadora por encima del resto. No creáis que solo porque podáis escapar una o dos veces no van a decidir ir a por todos vosotros de nuevo algún día.

—Podemos reconstruir. Mira Akron.

La nueva Akron, levantada en los solares de los edificios arrasados, se negaba a ser un cementerio. La gente que acudió en masa para la reconstrucción después del paso del Ejército, los mercenarios y la Guardia Nacional se sumó a los locales que regresaron para construir nuevos tipos de edificios, alojamientos avanzados de refugiados salidos directamente del manual de instrucciones de ACNUR,

diseñados para utilizar energía con despreocupación cuando soplaban el viento o brillaba el sol y para hibernar el resto del tiempo. Los edificios, de varias plantas, intercalaban invernaderos y huertos hidropónicos con viviendas, recogían los desechos humanos para utilizarlos como fertilizantes y las aguas residuales para el riego, capturaban el CO₂ humano y lo devolvían convertido en oxígeno. Eran prácticamente colonias espaciales, habitadas por algunas de las personas más pobres del mundo, que adaptaban y mejoraban los sistemas que tantas otras personas pobres habían modernizado a raíz de los desastres que la raza humana había tenido que soportar. Los barrios residenciales de hexayurtas funcionaban como algo parecido a una zona de transición entre pordefecto y el nuevo tipo de asentamiento andante permanente, lugares donde las personas iban y venían en función de si decidían que Akron era o no para ellas.

Akron no era la primera ciudad así: estaban Lodz, Ciudad del Cabo o Monrovia. Sí era la primera ciudad estadounidense, la primera nacida explícitamente de la campaña contra los andantes. Ponía al Departamento de Estado en la difícil posición de condenar un asentamiento que era equivalente en términos funcionales a muchos que había alabado en otros lugares.

—Oigo hablar mucho de Akron. Es un golpe de suerte. Solo tiene unos meses de vida. Podría caer mañana mismo. Yo estaba en Lodz cuando sucedió allí. Lodz no era la primera

ciudad en la que se intentaba. Fracasó en Cracovia. Estrepitosamente. Hubo muertos, muchos. Una terrible enfermedad, fiebres transmitidas por el agua... Nadie era capaz de hacer que los dispensarios imprimieran el medicamento adecuado. Tú has oído hablar de los éxitos de esas ciudades, pero hay muchísimos fracasos.

—La gente se echa a andar porque el mundo no nos quiere. Somos una carga. He oído a mi padre hablar así: la gente que quiere venir a Canadá, la gente que quiere tener hijos, la gente que sueña con que sus hijos aprendan cuanto necesiten para salir adelante en el mundo, que sueña con atención sanitaria y una vejez sin miseria. En lo que a él respecta, esa gente es superflua, salvo cuando representan la oportunidad de hacerse con un contrato gubernamental para alimentarlos lo más barato posible o alojarlos en campos de prisioneros. ¿Sabes cuánto gana mi padre por su participación en las cárceles privadas Redwater? Lo llama su fondo de inversión del gulag.

A Nadia se le escapó una carcajada y se dio una palmada en el muslo.

—Se me olvida lo gracioso que es tu viejo. No tienes que preocuparte, pequeña, no tienes esa sangre en tus manos.

—Ahora son tus manos las que están manchadas.

—Mis manos están manchadas de sangre real. Puedo vivir con la sangre metafórica.

—Pero ¿por qué? ¿No ves que es una locura? ¿Por qué tiene que seguir adelante este mundo cuando su sistema ya no necesita a las personas? Nuestro sistema debería servirnos a nosotros, no al revés. Mira a los andantes: si te presentas allí, habrá cosas que puedas hacer para abrirte un hueco. Está todo basado en la idea de que cualquiera debería poder contribuir con su trabajo y aportar todo lo que necesita para vivir bien: cama, techo y comida. Y algo extra para las personas que no pueden hacer tanto. En los asentamientos andantes estables el problema es que no hay suficientes humanos.

—Enhorabuena, habéis hecho de la ineficiencia virtud. Que te lleve más horas hacer el mismo trabajo no es ningún triunfo ideológico.

Aquel era un terreno conocido para Iceweasel, un debate que a menudo agitaba las cenas de los andantes.

—Tienes razón, es absurdo. Si fuera así, seríamos gilipollas. Pero no es así. En pordefecto, los humanos indeseados se dejan el puto culo trabajando, piden de rodillas dinero, piden trabajos de mierda, intentan que sus hijos utilicen las interfaces con el primer *software* educativo que puedan encontrar y del que se fíen. Lo único que no se les permite hacer, lo único prohibido, es dedicar todas esas horas de

trabajo a producir comida para sí mismos, a construirse una vivienda permanente o a construir centros comunitarios. Porque el sistema que organiza el suelo que debería dedicarse a las viviendas y los alimentos y los centros comunitarios ha decidido que es mejor utilizarlo para otros fines.

—Si me vas a hablar de la inutilidad de los buenos restaurantes, lo mismo me da la risa. Te diré que he reservado en seis de los siete mejores restaurantes del mundo la semana que viene. Y los billetes de los aviones supersónicos para llegar.

—Los restaurantes son agradables. Los andantes tenemos sitios en los que puedes comer bien. A veces te pueden pedir que ayudes a cocinar. En el B&B ese era un trabajo codiciado, la gente se peleaba por él. Sería un honor dejar que un desconocido entrara en la cocina. Por defecto está organizado de tal manera que solo algunas personas pueden comer en restaurantes, de tal manera que solo algunas personas tengan que trabajar en restaurantes. En nuestro caso, todo el mundo puede comer siempre que quiera, y por eso hay montones de cosas que hacer allí: cocinar, cultivar cosas, limpiarlo todo. Los nuevos andantes siempre tienen dificultades para encontrar suficientes cosas que hacer, se preocupan por no estar lo bastante ocupados para compensar todo lo que están consumiendo. Tenemos más automatización que en por defecto, no menos, y el número de horas de trabajo necesarias para estar bien alimentada y

feliz durante un día son muy inferiores a las del sistema ineficiente de pordefecto, donde tienes que sufrir solo para vivir con lo justo.

—Eso no va a ser un problema para mí. Voy a tumbarme y a tener gente que me pele las uvas. Dame un año y llevaré una toga y laureles.

—Los únicos zotas que conozco que viven así son adictos o están arruinados. Los zotas de verdad, como mi padre, trabajan tantas horas como cualquier mendigo. Ser zota significa preocuparte por ser lo suficiente zota, andar sobornando por todas partes para hacer que tu montaña de oro sea más grande que las de esos otros capullos. Me juego algo a que mi viejo no ha dormido ocho horas seguidas en diez años. Si no fuera por la tecnología médica, ese cabrón estaría ya muerto por diez ataques al corazón y veinte derrames cerebrales.

—Nadie lo obliga.

—Sabes que es cierto. Tú trabajabas para zotas. ¿Te has encontrado alguna vez con un zota perezoso?

—Por supuesto.

—¿Era alcohólica? ¿Era un pastillero?

—Bueno...

—Nadie te obliga. Es una puta casualidad no casual que todo el que tiene más dinero del que es capaz de gastar dedique hasta la última hora a intentar tener más. Los andantes, que no tienen nada, juegan como no lo hace nadie en pordefecto. Juegan como niños antes de saber de horarios, pasan el tiempo como adolescentes que mandan a tomar por culo el instituto y se tumban en un tejado y hacen el capullo horas y horas. Hacen las cosas que dice la gente que haría cuando piensa: «si fuera rico...». La ironía es que ¡la gente rica no llega a hacer esas cosas!

—Entiendo la ironía. No hace falta que me des la paliza.

—Con los zotas es buena idea explicar las cosas detalladamente. No son buenos con el pensamiento crítico en lo relativo al dinero.

Nadia se incorporó sobre un codo y sus cuerpos se pegaron brevemente a causa del sudor seco.

—Lo que me estás contando no es nuevo, señorita exzota. Soy mayor que tú. He pasado tanto tiempo viviendo con zotas como tú. No lo entiendes: esto no es estable. No va a haber un mundo pordefecto y un mundo andante intercambiándose personas siempre. Cuando tienes personas muy ricas y todos los demás son pobres como ratas, el resultado es... inestable.

»Cuando hay ricos y pobres, necesitas una historia que explique por qué unos pocos tienen tanto y tantos tienen tan poco. Necesitas una historia que explique que es justo. En el siglo pasado, los ricos estabilizaron la situación devolviendo una parte del dinero, con impuestos, educación y demás. El estado de bienestar. La gente podía hacerse rica, podía conseguirlo. Si inventabas algo, podías hacerte rica, incluso si no nacías rica.

»Pero esos zotas..., bueno, no eran zotas todavía, de hecho solo eran gigas o megas... Pues resulta que solo dejaban que les aplicaran impuestos porque era más barato que pagar la seguridad privada y la vigilancia oficial que necesitaban para seguir siendo dueños de la riqueza si el sistema se volvía inestable por la distancia entre ellos y todos los demás.

—¿Seguridad privada? ¿Como tú?

—Por supuesto, como yo. ¿Cuál era mi trabajo aparte de evitar que los ricos acabaran atravesados con un biello por los pobres? Cuando la tecnología abarató la vigilancia, cambiaron las cuentas. Podían atesorar todavía más dinero, librarse de la ficción de que ser rico tenía que ver con hacerlo bien, retomar la idea del derecho divino de los reyes, las personas nacen ricas porque el destino les favorece. Era más rentable controlar con tecnología a las personas a las que no les gustaba esta idea que dar migajas para sostener el cuento de hadas de las recompensas a los virtuosos.

»Como tú misma dices, los muy ricos quieren ser más ricos. Una vez que el dinero es la medida de la valía, cuanto más dinero, más valor. Dicen que es “una forma de tener un marcador”. Los zotas juegan para ganar. Como con las guerras de oligarcas en Rusia, los ricos se dan cuenta de que sus coleguitas del colegio tienen fortunas muy tentadoras y de que todo es posible.

—Pues ya eres zota tú también.

—Yo no. Soy rica, pero no soy zota. Las cosas están llegando a un punto crítico, cualquier cosa puede pasar. Va a haber derramamientos de sangre en los meses por venir. No quiero dinero para tener un marcador. Quiero dinero para comprar libertad: libertad para marcharme a otro sitio rápidamente, libertad para comprar comida de calidad o pagar por la atención médica. He sobrevivido a muchas cosas, Iceweasel, incluso más que tus amigos andantes en sus escondites. Tengo intención de sobrevivir a esto.

—Espero que así sea —respondió Iceweasel, que lo decía en serio.

—El sentimiento es compartido.

Nadia se incorporó y alcanzó con una mano las bragas.

[V, iii]

A Limpopo la trasladaban de aquí para allá. Primero, a un sitio que —por la tranca que aseguraba la puerta y el intermitente ruido de prisioneros en el módulo de celdas, que oía según actuara la suerte en los conductos de ventilación— consideró que eran «los calabozos». Su celda era lo bastante grande para que cupiera un estrecho camastro hecho de tiras metálicas y elásticas que no se podían separar del somier por mucho que se esforzara, un váter de plástico claro sin asiento y un lavabo incrustado directamente en la pared. Cada tres días recibía un rollo de papel higiénico y una pastilla de jabón, que utilizaba para limpiar su cuerpo lo mejor que podía. El mono naranja, de un material parecido al papel (demasiado frágil para hacer con él una cuerda), se negaba a ensuciarse, incluso cuando lo manchaba con el pou de los tubos alimenticios que le daban tres veces al día.

Los guardias que le entregaban la comida y los productos de higiene se negaban a hablar. Llevaban trajes de protección biológica encima de las armaduras corporales, gafas protectoras y máscaras. En una ocasión la atendió un guardia en cuyo visor goteaba un escupitajo mucoso. Detrás del gargajo, la cara del guardia se retorció de rabia.

Prácticamente le tiró los tubos de comida, el papel del culo y el jabón, y cerró con fuerza la puerta (que se negó a hacer ningún ruido más allá del silbido del cierre hermético).

En dos ocasiones la sacaron de la celda y la llevaron a una habitación para interrogarla. En aquellas sesiones la equipaban con sensores. Le afeitaban la cabeza y disponían electrodos en la calva, a los que añadían otros en las mejillas, encima del corazón y en el cuello. No se resistía. ¿A quién coño le importaba el pelo? Lo importante era ahorrar energía para lo que sucedía a continuación.

El interrogador no estaba en la sala: su presencia era en forma de voz que procedía de un auricular que le insertaban los guardias. Oía la respiración del interrogador, como si fuera un amante que le susurrara al oído. Le recordaba a los auriculares biaurales de los espaciales, pero este solo pretendía desconcertarla y desorientarla.

—¿Luiza?

—Si lo prefieres así...

—Entonces, ¿Limpopo?

La voz estaba desprovista de emociones.

—Si lo prefieres así...

—Empezaremos con algo sencillo.

—¿Estoy detenida?

—Me gustaría saber tu contraseña.

Limpopo recitó una retahíla de caracteres sin sentido.

—Ahora la otra.

Limpopo no dijo nada.

—La otra. Esta es la contraseña para la negación admisible. No es difícil saber cuándo engañas. Las infografías me facilitan un conocimiento descomunal de tu cabeza.

Limpopo intentó mantener el cerebro en calma. El acto de calmar el pensamiento también aparecería en la pantalla. Se preguntaba qué sería lo que estaría midiendo el interrogador y cómo de preciso sería. En la tropa de la Universidad Andante había gente brillante en ciencias neurológicas. Decían que todo el mundo sabía que la mitad de lo que se consideraba cierto sobre la mente humana era una chorrada. Nadie se ponía de acuerdo en qué mitad.

El tiempo se estiraba. Limpopo pensaba si la golpearían, si la electrocutarían, si la quemarían. Habían matado a Jimmy y a Etcétera, les habían rebanado el cuello y los habían dejado morir en la nieve.

—No te la voy a decir.

—Muy bien.

Los guardias la desataron y la guiaron de vuelta a su celda. Pasaban los días. No había nada que hacer más allá de mirar las paredes. Limpopo siempre había disfrutado la soledad, se consideraba una andante imperfecta porque la compañía de terceros a veces le resultaba sofocante. Pero cuando pasaron diez días completos sin nada más que sus pensamientos y sus desesperados intentos frustrados de meditar, fueron a buscarla. Vio que, en realidad, anhelaba la perspectiva de hablar con la voz.

Le afeitaron el incipiente pelo de la cabeza y volvieron a ponerle gel y sensores.

—Hoy haremos un escáner —dijo la voz—. Así podremos simular ese escáner y someterlo a un interrogatorio en circunstancias que trasciendan y nos ahorren gran parte de toda esta historia. Dependiendo de las características del escáner, de su fiabilidad y flexibilidad, tal vez no te necesitemos ya nunca más. ¿Queda claro?

—¿Qué es lo que queréis?

—Tú contraseña.

—¿Por qué?

—Porque hemos revisado las gráficas sociales de tu contexto y hemos concluido que eres un nodo central.

—Eso suena a buen motivo para tener la boca bien cerrada.

—Podemos intentar extraerte la información con métodos coercitivos. Podemos intentar incluso la coerción física. Ya sabes, podemos hacer un escáner a personas que ya no están técnicamente vivas.

Aquello era una fanfarronada. Tenía que serlo. CC siempre había defendido que nunca funcionaría, no sin sangre fluyendo por el cerebro. Limpopo no entendía los detalles biológicos, pero sabía que tenía que ser mentira. *¿Verdad que sí?*

—Eso sería todo un truco de magia.

—Una vez que nos introduzcamos en tus datos, los utilizaremos para llevar a cabo interrupciones internas en tu célula. Será una actuación complementaria en nuestra estrategia de intervenciones físicas.

—Pero ¿por qué?

—Luiza, no seas ridícula. Sabes por qué.

Limpopo se obligó a no enfadarse, a pesar de que el largo periodo de soledad la tenía con los nervios y las emociones de punta.

—Porque sabéis que, al final, se trata de vosotros o nosotros, ¿no es así?

—No. Porque tus amigos y tú sois terroristas. Luiza, sé seria. Esto no va de celos, va de delitos.

—¿Qué delitos?

—Luiza.

—¿Qué delitos?

—Sé seria.

—¿Okupación?

—Allanamiento. Hurto. Robo de secretos empresariales. Piratería a una escala inimaginable. Desactivación de herramientas de interceptación legales instaladas por los fabricantes. Producción de narcóticos protegidos. Producción sin licencia de productos farmacéuticos potencialmente letales. Fabricación de armamento de nivel militar, incluidos mecas y una amplia variedad de VANT. Utilización sin autorización del espectro electromagnético, incluidos usos que pueden alterar y de hecho alteran las redes de emergencia, de seguridad pública y de respuesta inmediata. ¿Tengo que seguir?

—¿Qué queréis de la gente? ¿Qué se supone que tienen que hacer? No hay nada para nosotros en pordefecto. No

tenemos dónde vivir. No tenemos qué comer. No podemos hacer nada. Somos excedentes. Nos hemos largado, hemos empezado de cero sin molestar a nadie.

—Habéis tomado lo que no es vuestro. Vivís tomando lo que no es vuestro.

—¿Y cómo se supone que vamos a vivir si no?

—¿Cuál es tu contraseña?

—¿Cuándo vais a hacer el escáner?

—Está en marcha ahora mismo. Esta conversación ayudará a calibrarlo.

—Chorradas. Me he escaneado antes.

—Las técnicas de escaneo utilizadas por los andantes son burdas y poco fiables. Nosotros tenemos tecnologías mejores. Es una de las ventajas de no ser delincuentes en la clandestinidad.

—Prefiero ser una delincuente en la clandestinidad que policía secreta.

—No somos la policía.

—Pues espías.

—Ese término difícilmente tiene algún sentido.

—Me gustaría hablar con un abogado.

—Eres una inmigrante ilegal, una ciudadana brasileña con el pasaporte caducado y sin visado. ¿Qué te hace pensar que tienes derecho a representación legal?, ¿cómo ibas a pagarla?

—Me gustaría hablar con alguien de mi consulado.

—La Embajada brasileña tiene una política oficial de cooperación en los programas antiterroristas.

—¿Para qué necesitáis mi contraseña si sois ya los putos dioses? Parece que tenéis todo lo que necesitáis.

—Tenemos muchas de las cosas que necesitamos. Pero puede haber más en tu tráfico en la red. Además, hemos conseguido resultados excelentes suplantando a miembros de tu secta delante de otros. Es de una efectividad sorprendente.

—Igual de efectivo que contarme que lo estáis haciendo, de manera que me pase todo el tiempo intentando saber qué personas son en realidad marionetas, ¿no?

—No vas a tener que preocuparte por hablar con esas personas nunca. Tienes muy buen nombre, por lo que conseguir que un número pequeño de personas, por ínfimo que sea, crea que eres una traidora fomentaría una enorme disensión interna.

—¿Cómo tengo que llamarte?

La respiración suspiró en sus oídos.

—Michael servirá.

—Michael, ¿se te ha ocurrido pensar que no tienes nada con lo que negociar? Por todos los motivos que acabas de exponer, no hay nada que me puedas dar que pueda hacer que quiera entregarte mi contraseña. Todas las personas que trabajan contigo y tú mismo tenéis por misión destruir cualquier posibilidad de que la raza humana sobreviva al final de este siglo. ¿Qué es lo que esperáis obtener de mí hoy?

—Tengo muchas cosas con las que negociar, Luiza. Podría ofrecerte perdonarles la vida a tus amigos. Sabemos dónde están..., siempre lo sabemos, siempre sabemos dónde están. Podemos ser precisos en los ataques contra ellos. Ya has visto cómo fuimos a por ti.

En las horas que Limpopo pasaba sola con sus fantasmas en una celda, el que más acudía a visitarla era Etcétera. Seguía viendo su cara, oyendo su voz. Tenía sueños en los que sentía que estaba acurrucado a su espalda, con un brazo por encima, la mano entre sus pechos, la barba incipiente raspándole la espalda y la respiración haciéndole cosquillas en la piel. Despertar era como sufrir una de esas pesadillas dentro de otra pesadilla, en las que parece estar despierta

pero sigues soñando. Sucedió sin embargo que estaba despierta y encarcelada. Nunca volvería a ver a Etcétera. A veces repasaba sus absurdos nombres como un rosario, con los párpados apretados con fuerza, esforzándose por recordar las sensaciones del sueño, su olor, los sonidos, la forma en la que la abrazaba. La consciencia de que estaba muerto se hacía con ella una y otra vez, obligándola a contener la respiración como si una racha de aire frío le congelara los pulmones.

—Ya vi cómo fuisteis a por mí. Lo que hicisteis.

—Estás enfadada por el fallecimiento de tu novio, el hombre de los nombres.

El comentario parecía estar ligeramente tintado de burla, aunque quizá era ella la que lo interpretaba así. Tenía una rabia distante, su furia era una estrella fugaz apenas visible ante la deslumbradora luz del sol de su pena. Le pareció oír cómo calibraban el modelo que estaban haciendo de ella, concediendo gran valor a un estado emocional tan particular.

—Estás cambiando de tema. Cuando se asesina como hicisteis vosotros, no se sientan las bases para la cooperación. Cuando me quitáis al ser más querido, demostráis que no sois de fiar. Cuando negociáis conmigo atada en una silla, me hacéis pensar que estáis mintiendo en lo relativo a vuestra capacidad de hacer que funcione como

una sim. El único motivo que puedo imaginar por el que queréis tener esta conversación es que yo tengo algo que necesitáis y no podéis conseguirlo de ninguna otra forma.

Aquellas palabras no tuvieron respuesta.

Después de varios minutos, Limpopo dijo:

—¿Hola?

No hubo respuesta. Pasó el tiempo. Estar confinada en su diminuta celda había sido espantoso, pero al menos podía mover las extremidades, cambiar de postura. Ir al baño. Atada de esa manera...

Sofocó el creciente pánico. Si querían demostrar su superioridad, bien podían aterrorizarla dejándola así. Ceder al miedo solo demostraría la validez de la táctica. Podía estar encarcelada por aquella gente mucho tiempo, por lo que sin duda estaban elaborando un dossier de técnicas efectivas para garantizar la sumisión.

Esperó todo el tiempo que fue capaz.

—Tengo que orinar.

Había un guardia en la sala: visor, máscara, auriculares. Su lenguaje corporal transmitía a Limpopo que estaba viendo algo que ella no podía ver, oyendo algo que ella no podía oír. Tal vez estuviera viendo la tele o quizá un cronómetro que

fuera restando los segundos que faltaban para concluir aquella parte del experimento. Limpopo podía ver que la había oído.

—Por favor.

El tipo fingió que no la oía.

—Michael, si haces que me mee encima, no habrás logrado nada para convencerme de que eres una persona razonable y humana con la que quiera cooperar.

Limpopo cerró con fuerza la vejiga y empezó a pensar en otras cosas: problemas de programación difíciles a los que volvía una y otra vez cuando disponía de un momento, en un intento por poner en marcha las cosas que tendrían que estar funcionando; o revisaba la historia personal de Jimmy (evitando con cuidado su muerte), la pelea que tuvieron en el B&B original. Rememoró los pasos que había dado para ayudar a reacondicionar la flota ciclista de Thetford, un enorme ejército de bicicletas de montaña impresas en fibra de carbono que habían quedado retorcidas, rotas y aplastadas tras la sesión de caminos sin acondicionar de la anterior temporada cálida. Limpopo, Etcétera y otros las habían reacondicionado sistemáticamente. Habían organizado una línea de producción para desmontar, evaluar, ensamblar y probar cada una de ellas, buscando soluciones en una lluvia de ideas a los perversos problemas mecánicos de la tozuda materia física.

Necesitaba orinar urgentemente. Se preguntó si no le habrían administrado un diurético con el último tubo de comida. Sería una forma de asegurar una situación como aquella. Quizá querían calibrar el modelo con una imagen de lo que sucedía cuando era humillada.

—Yo no voy a tener que limpiarlo.

El guardia no se dio por enterado.

Aguantó dos minutos más, según su lenta cuenta de segundos, y luego se dejó ir. Tomó su estado de ánimo con pinzas de hierro y se negó a permitir dejarlo caer en la humillación, pues al fin y al cabo solo era orina. Ellos ganaban si dejaba que algo así la enrabetara, y eso sería muchísimo peor que la fría y apestosa orina que hacía que el tejido como de papel del mono se le pegara a las piernas.

No dijo nada más. Se centró en aquellas bicicletas, en el placer de encontrar de pronto una solución al rompecabezas que los había dejado atascados, separando la bicicleta problemática del resto y haciendo que funcionara. A Etcétera se le ocurrían formas excelentes de liberar las piezas estropeadas y ajustar engranajes que parecía imposible ajustar.

Su respiración se hizo más lenta. Cayó en la cuenta de que casi se había adormecido con aquellos recuerdos. Podría pasar el resto de su vida con ellos, sacándoles brillo como

una viuda saca brillo a los marcos de las fotos de su boda. Que así fuera. Seguía pudiendo echarse a andar. En su cabeza. Que les dieran por culo.

Entonces se preguntó si aquella era otra parte del proceso de calibrado y tuvo que contenerse para no echarse a llorar.

Por mucho que lo intentara, no podía encontrar ese rincón de la memoria otra vez. Finalmente la llevaron de vuelta a su celda.

Al día siguiente le pusieron grilletes, le taparon la cabeza y la montaron en un vehículo que pasó un tiempo inconmensurable saltando y dando bandazos. La llevaron a lo que era sin duda un autobús que apestaba a seres humanos sin lavar y sonaba como un pabellón psiquiátrico en un mal día. Estaba atada al asiento, con las manos inmovilizadas en los costados. A su lado había otra persona. También sentada. Cuando los guardias que la trasladaron se marcharon, la saludó.

—Hola.

Era la voz de una mujer.

—¿Puedes ver?

—¿Te refieres a si llevo un saco en la cabeza? No. ¿Por qué te lo han puesto a ti?

Limpopo se encogió de hombros.

—¿Dónde estamos?

—En Kingston —respondió la voz.

—¿La de Ontario?

—No va a ser Jamaica... —dijo con el resoplido propio de la risa.

Limpopo tuvo la sensación de que había otras personas prestando atención a la conversación, un silencio de cotillas que podía ubicar.

—¿Adónde va este autobús?

—¿Te estás quedando conmigo?

—No. Es que... mataron a mis amigos, me capturaron y me encerraron. Me han tapado la cabeza y me han montado aquí. No sé dónde voy.

—A la cárcel. A la Cárcel de Mujeres de Kingston.

—Ah, claro. Supongo que tiene sentido.

—Si tú lo dices...

Limpopo llevaba tanto tiempo sin posibilidad de un contacto humano real que descubrió que estaba

entusiasmándose con aquella desconocida, que podía ser una interrogadora camuflada o, simplemente, una persona no especialmente amable.

—¿Cómo te llamas?

—Jaclynn —respondió la mujer—. ¿Qué significa la G?

—¿La G?

—De los papeles del traslado. Los llevas pegados al pecho. Dicen que eres G. Denton.

Limpopo se encogió de hombros. Tendría que haber previsto que no la integrarían en el sistema como Luiza Gil, mucho menos como Limpopo. Por escaso que fuera el poder del cónsul brasileño, por distantes y perseguidos que estuvieran los andantes, si conservaba su nombre siempre podrían localizarla. Nada de eso sucedería hasta que no estuvieran preparados para enseñarla al mundo, si es que llegaba ese día.

—¿La G? Si te soy sincera, no tengo ni idea.

Limpopo pensó en Kipling y en ese río grande, gris y grasiento, el Limpopo.

—Amnesia, ¿eh?

—No exactamente.

—Eres un verdadero misterio, ¿sabes? Un saco en la cabeza, sin nombre...

—Tengo nombre. Lo que no sé es qué nombre me han puesto.

—¿Con qué nombre te juzgaron?

—No hubo juicio. Solo me atraparon. Política. Soy andante.

—¿Una de esas? Ya me imaginaba. Siempre me encuentro con montones de vosotras cada vez que me llevan al hotel. ¡A ver, escuchadme! ¿Alguna andante en el autobús?

Respondieron varias voces a gritos. También hubo silbidos y gruñidos. Limpopo sonrió debajo de la capucha. Se preguntó qué significaría esa G.

VI. LOS SIGUIENTES DÍAS DE UNA NACIÓN MEJOR

[VI, i]

Lo más raro de hacerse vieja era no dormir. Tam estaba ahora habitualmente despierta a horas que no había vuelto a frecuentar desde que era adolescente. Horas peculiares en las que era posible sorprender a la fauna urbana más insospechada: mapaches en busca de alimento, sigilosos zorros, murciélagos... Seth, el muy cabrón, no tenía ese problema. Dormía como un tronco. Calvo, un tronco calvo que no tenía la decencia siquiera de reconocer que le avergonzaba la alopecia («no sé quién es esa Pecia a la que saludas siempre», decía cada vez que ella sacaba el tema). Tam, por el contrario, sufrió un ataque de pánico cuando empezó a perder pelo. Consultó a médicos andantes de todo el mundo, encontró uno en Tailandia especializado en

personas trans y consiguió un archivo para imprimir unas pastillas que se tomaba todos los días. Cumplían su cometido.

Lo más raro del insomnio era la amistad que había trabado con personas despiertas y con ganas de conversación en franjas horarias exóticas. Lo segundo más raro de hacerse vieja era estar con Seth. ¡Con Seth! A Tam siempre le habían entristecido las parejas de ancianos que nunca se dirigían la palabra. Aquellos largos silencios la desesperaban. Se había prometido que ella no terminaría así: décadas de envejecimiento desmoronándose en compañía de un truño de hombre que no hablaba —pero sí se peía—, compitiendo por ver quién llegaba a la tumba antes.

Pero ahora, convertida ya en una señora con canas y arrugas, entendía los silencios. No necesitaba hablar con Seth de la mayoría de las cosas porque lo tenía perfectamente replicado en la cabeza, sabía qué respondería a casi cualquier cosa que ella pudiera decirle. Y viceversa. Podían sentarse juntos sin hablar. El silencio no era distancia, era cercanía. A veces lo sorprendía mirándola con una sonrisa. Y ella se la devolvía. Aquellas sonrisas podían estar cargadas de más connotaciones sexuales que los momentos más calenturientos de toda su —reconozcámoslo: confusa— adolescencia.

La tercera cosa más rara era el propio Seth, que —a pesar de que podía dormir como si estuviera en el campeonato

mundial— no se sentía viejo. Tam se lo había encontrado una vez sentado en la cama, mirándose las piernas peladas, el regazo pelado, los pelos grises y rizados, las venas, la piel colgando y arrugada. Había entendido con un estremecimiento que estaba prácticamente llorando, lo que no era propio del Seth que ella había replicado con tanta precisión en su cabeza.

—¿Qué pasa?

—Este no soy yo. Yo soy joven. Cuando me veo en el espejo, tengo que mirar dos veces. Así no es como yo me veo.

—¿Es por el pelo? Lo digo porque podría presentarte al doctor Wibulpolprasert...

—¡No es el puto pelo! No me importa una mierda el pelo. Es ¡esto!

Seth empezó a azotarse el muslo con saña.

—Tranquilito... —le dijo ella acariciándole la mano.

—Tú no lo entiendes, es como si hubiera una persona diferente mirándome en el espejo...

—Seth...

—¿¡Qué!?

Tam lo miró un buen rato. Vio que caía en la cuenta poco a poco.

—Ah, claro. Tú lo entiendes.

—Lo entiendo.

Tam lo tumbó con suavidad en la cama y lo abrazó hasta que —el muy cabrón— se quedó dormido.

Ahora eran las tres y cuarto de la madrugada. Seth estaba dormido otra vez. Tam lo sorprendía medio delirando más veces que nunca. Estaba preocupada. Sabía lo que era no reconocer a la persona del espejo. Comprendía la persistente sensación de que aquello estaba mal. Parte de ella quería colarse en la cabeza de Seth y decirle que creciera, que si quería sentir disforia³³ que probara a nacer trans, entonces entendería lo que era que todo el mundo te dijera que eres algo que no eres.

Sabía que no tenía sentido. El dolor es dolor. Y era cierto que todos le recordaban, ya fuera de modo sutil o burdo, que ya no era el joven que sentía ser. Lo peor de todo, bien lo sabía Tam, era que su cuerpo insistiera con tozudez en ser el cuerpo de un viejo.

³³ La disforia (del griego δύσφορος (dysphoros), de δυσ-, difícil, y φέρω, llevar) se caracteriza generalmente como una emoción desagradable o molesta, como la tristeza (estado de ánimo depresivo), ansiedad, irritabilidad o inquietud. Es el opuesto etimológico de la euforia. [N. e. d.]

Ella había experimentado algo parecido a lo que Seth estaba padeciendo. Se había disipado. Tam ya había pasado por eso siendo joven. Podía gestionarlo con elegancia. Podía trabajarlo con mejores reflexiones y cambios en los regímenes hormonales. No se negaba a reconocerlo, como le ocurría Seth, que había tenido un aspecto muy juvenil hasta que, de pronto, dejó de ser así.

Recorrió el pasillo sin hacer ruido, cerrándose la bata mientras prestaba oído a otras personas que pudieran moverse por la casa. Las luces del pasillo eran débiles y el tragaluz revelaba una noche sin nubes teñida de luces de la ciudad, aunque no tantas para ahogar la abultada luna ni el rocío de estrellas. Había andantes allá arriba, unos cuantos pelmazos de los días de Thetford. Charlaba con ellos a veces, aunque el prolongado retardo de la conexión lo convertía más en una novedad que en un encuentro social.

No había nadie levantado. Las luces se intensificaron cuando entró en la cocina, más brillantes sobre las encimeras, menos sobre las mesas: la casa adivinaba que quería hacer algo antes de sentarse y la animaba a ello. Había un resplandor rosa en los lugares donde había trabajo por hacer: sobras que habían quedado enfriándose y tenían que entrar en los frigoríficos, unas cuantas cacerolas que estaban fuera de su sitio, olvidadas bocabajo secándose en la amplia encimera. La casa sabía a quién se le habían olvidado. Si quisieran, podrían tener clasificaciones en directo de «héroes de las tareas domésticas» y

«sinvergüenzas del desorden» salpicadas por las superficies de toda la casa. Algunas casas las ponían en los espejos del baño. Afrontabas la cruda realidad de la división del trabajo mientras te enjuagabas por la mañana con el colutorio.

Tam y Seth eran de los del B&B. De los de Limpopo. La gente a la que había tocado Limpopo se negaba a instalar tablas de puntuación. El motivo para limpiar lo que ensuciabas era que respetabas a tus compañeros de casa y querías vivir en un sitio donde cualquiera pudiera coger cualquier cosa y utilizarla sin tener que retirar la mierda de otro primero. Cuando había zonas que necesitaban mantenimiento de manera continua, la solución era entender por qué era tan difícil recomponer esa zona, no pensar cómo avergonzar a las personas que no estaban haciendo algo, porque eso inevitablemente se convertía en un dolor de huevos mayor y en ningún caso merecía la pena.

Las otras casas maldecían en nombre de su «economía de la reputación». En las viviendas que descendían de Limpopo era en las que se desarrollaban los buenos diseños para la vida que funcionaban bien y no suponían estrépito cuando sucedía lo contrario. Tenían los espíritus domésticos más simpáticos, en sentido literal y figurado. En una casa Limpopo estar enfadada con tus compañeros significaba una oportunidad para mejorar el diseño.

Tam colocó las cacerolas y guardó las sobras en el frigorífico. Se detuvo a contemplar la imponente pared de tubos sellados de comida e ingredientes.

—Estoy de picoteo.

La casa sabía lo que significaban esas palabras. Las estanterías giratorias se desplazaron y le ofrecieron tres opciones: helado de caramelo y jengibre con tanto jengibre que le podría estallar la cabeza, un sabor que a Tam le gustaba más de lo que debía; curry de cabra y lentejas; y unas peculiares galletitas de almendras liofilizadas aliñadas con chile y cardamomo que eran tan terriblemente adictivas que habían adoptado colectivamente la decisión de eliminar los archivos del repositorio de la casa. Sin embargo, tarde o temprano la tentación terminaba por imponerse y alguien copiaba la última versión. La receta no dejaba de mejorar y mejorar.

—Como si hubiera que preguntar...

Tam cogió las galletas de almendra y apretó los bordes para abrir el sello con un estallido y obtener ese olor a almendras que hacía la boca agua mientras cruzaba por el pasaje abovedado —rodeando la pecera que borboteaba suavemente en el aire frío y húmedo— para llegar al salón pequeño.

Se dejó caer en una pila de cojines, cogió una única galleta y mordió, saboreando el crujido, la dulzura y el fuego que se dispersaron por la boca. Aquel sabor exquisito la hizo gimotear. Sabía que se acabaría el paquete entero.

Apuntó con un dedo a la pared más alejada, que se convirtió en pantalla y le mostró sus espacios favoritos, los mensajes en espera y noticias de servidores que consideraba que podrían gustarle. Un recordatorio de alta prioridad de personas a las que quería y en las que confiaba apareció para hacerle saber que la estaban esperando. Mordió una segunda galleta. Joooder, qué buenas estaban.

—¿Quién está despierto?

Tuvo que repetirlo, porque la casa malinterpretó sus palabras con la boca llena. La pared-pantalla mostraba rostros, referencias e indicativos, momentos destacados de habitaciones donde estaban pasando cosas, acercando y alejando las conversaciones según fluctuaban. Tenía la sensación contradictoria de querer hablar con alguien pero no querer hablar con nadie, un aburrimiento muy propio de las tres de la madrugada.

Volvió a dejarse caer en los cojines y despidió la pantalla con un gesto de la mano. Había películas, libros..., pero esa sensación de querer algo pero nada en concreto de las tres de la mañana también los abarcaba. Tenía nostalgia de las emociones propias de estar jugándose la vida.

—¿Cómo te las apañas tú?

—¿Te refieres a mí?

La voz de Limpopo no había envejecido, aunque había algoritmos para hacer que las voces envejecieran con el paso de los años.

—¿Tú qué crees? No va a ser la casa...

—Simplemente me las apaño. Tengo contenciones. Cuando me acerco al extremo, me mandan de vuelta de un empujón.

—¿Te apagas tú misma alguna vez? ¿Entras en modo «el ordenador está pensando»?

—No he tenido la tentación. Creo que es por el trauma de mi reanimación, tantos años...

Transcurrieron catorce años antes de que alguien descubriera cómo estabilizar la sim de Limpopo. Era un reflejo de la gran distancia entre la Guerra Mundial Pordefecto y la Década Andante, que era un nombre estúpido que nadie soportaba, pero al menos traía ya de serie una fecha de caducidad. Tenía que ver también con la idiosincrasia de Limpopo, con su peculiar neuroanatomía. Aquella peculiaridad era prácticamente normal. Cuando consiguieron arrancar a Dis y, luego, brevemente, a CC, la intención era crear una serie de categorías en las que

clasificar los cerebros humanos escaneados, como los grupos sanguíneos, y que cada una utilizara parámetros diferentes de simulación.

Los escáneres, sin embargo, eran más parecidos a las huellas dactilares que a los grupos sanguíneos, cada cual con sus circunvoluciones (literales y en sentido figurado) características y problemáticas. La estabilización de las sim se resistía a la sistematización generalizada, insistía tercamente en ser un arte, no una ciencia.

Entre el caos y la intratabilidad de los cerebros humanos, Limpopo quedó dormida mucho tiempo. Cuando despertó, comprendió de inmediato la situación. Ayudó que Etcétera estuviera allí. Por un tiempo los dos fueron amigos íntimos. Llegaron incluso a llevar a cabo una famosa serie de discusiones a propósito de los años que Limpopo se había perdido, años fundamentales de caos en los que nadie estaba seguro de lo que estaba sucediendo. Publicaban una hora de voz cada día y luego revisaban enormes clústeres que les permitían absorber millones de respuestas a sus debates e integrarlas en la conversación del día siguiente. Las Charlas Limpopo/Etcétera eran tan famosas, a su manera, como las Lecciones de Richard Feynman.

Ninguno de los dos explicó nunca públicamente su pelea; tampoco le contaron a Tam por qué se produjo (ni ella preguntó, aunque por dentro ardía de curiosidad). Lo mantuvieron en secreto cuanto pudieron —tampoco es que

los espíritus domésticos salieran a cenar juntos—, pero finalmente alguien sacó a la luz un correo electrónico firmado por Limpopo y dirigido a Etcétera en el que lo mandaba a tomar por culo para siempre. Fue lo único que hizo falta para un torbellino viral de cotilleos que recorrió el mundo en un instante.

Los chismorreos duraron más que la mayor parte de los escándalos debido a las cuestiones que planteaban a propósito de las simulaciones. Si Limpopo y Etcétera habían sido almas gemelas cuando estaban hechos de carne, ¿cómo podía una simulación fiel llegar al punto en el que se odiaran el uno al otro y no quisieran volver a dirigirse la palabra?

A Tam le habría encantado que existiera una forma delicada de sacar el tema con Limpopo, poder explicarle que consideraba que todo aquello era una gilipollez, que la mayoría de las relaciones tienen su final, que el hecho de que dos personas se enamoraran podía ser considerado prueba de que la sim era fiel de la misma manera que podía ser prueba de su inexactitud. La gente crece y cambia. Una verdadera sim era fiel a su precursor, pero ¿qué tipo de friki no cambiaría al despertarse dentro de un ordenador?

—Muchos años —terminó diciendo Tam.

—Seth no está envejeciendo con elegancia, ¿verdad? Es irónico que pareciera tan joven tanto tiempo, le permitió fingir que era inmune.

—Ninguno podemos ser exactamente la persona que queremos. A mí no me encantan mis caderas, no me gusta haber perdido la visión nocturna...

—A veces es algo a lo que te puedes acostumbrar y otras veces no lo es. Tú en concreto sabes bien que hay algunos tipos de disparidades entre el cuerpo y la mente que la gente simplemente no puede...

Tam suspiró.

—¿Cómo te las apañas tú?

—¿Con lo de ser un cerebro en un tarro de cristal? Con las contenciones. Si bien nunca entro en suspensión, a veces me regulo muy baja, me dejo soñar. No sería ninguna barbaridad apagarse otra década. Fue toda una novedad tener esa perspectiva del tiempo a cámara rápida. Imagina que entrara en suspensión y dejara instrucciones de no despertarme en un siglo.

—Suenas espantoso.

—Piénsalo bien. Prácticamente todas las personas que quieres estarían por allí de algún modo. El mundo sería un sitio nuevo y apasionante, con mochilas propulsoras y mierdas así...

—Lo mismo estaríamos de vuelta en pordefecto. Hay montones de ciudades amuralladas, ya sabes, cumbres

montañosas y aviones a reacción para ir de una a otra. Pasaron un montonazo de tiempo arriba, ¿quién va a garantizar que no vuelvan?

—Para eso estáis vosotros, panda de vagos, para combatir esa mierda. A mí despertadme cuando acabe. Me gusta cómo suena.

—Tienen razón cuando dicen que no eres Limpopo, ella nunca habría querido quedarse sentada sin participar en la acción.

La pausa que siguió fue demasiado larga para ser cómoda. Tam pensó preocupada que había ofendido a Limpopo. Estaba a punto de disculparse...

—No, hubo momentos en los que a la vieja Limpopo le hubiera gustado quedarse sentada. Nadie es puro. Vosotros me otorgáis muchísima santidad por no haber querido nunca tener escalafones, por no permitir a nadie guardar un registro del hecho de que yo estaba cargando con más peso. Pero no era porque no anhelara los puntos positivos, las caritas sonrientes. Precisamente porque tenía mono de reconocimiento, era por lo que lo rechazaba. Todos los días tenía que luchar para aplastar la parte de mí que quería sentarse en un trono de oro y que la pasearan por la plaza del pueblo.

—Todo el mundo anhela reconocimiento, Limpopo. Mira los niños...

Había once niños en la casa (de seis madres): dos fábricas de babas que apenas acababan de empezar a dormir la noche entera y luego una suave curva de campana que caía a los doce o trece años (Tam era incapaz de seguir la pista a sus edades, tenían la capacidad contradictoria de ser imposiblemente jóvenes y siempre mucho mayores de lo que ella recordaba).

—Los niños —insistió Tam— siempre quieren reconocimiento por su trabajo.

—También quieren monopolizar la atención de sus padres, jamás perciben el desorden y los más pequeños son incontinentes. Hay muchas virtudes en el estado de la infancia, pero solo porque los niños hagan algo no significa que tengamos que aspirar a ello.

—Ya has tenido esta discusión antes.

—Desde que ha habido andantes, ha habido niños con ellos. Siempre tuvimos padres que consideraban que el riesgo de sacar a sus hijos de pordefecto era inferior al riesgo de que siguieran allí. Toda la historia de la «rendición de cuentas» en los colegios lo aceleró: una vez que empezaron a pagar a los profesores según fueran los resultados de los exámenes, los padres vieron que el sistema atiborraba a sus

hijos sin descanso, sin dejarles a ellos ni siquiera un hueco por el que ayudarles con sus problemas y sus pasiones. Luego amenazaron a los padres con detenerlos, con mandarlos a la cárcel por no enviar a sus hijos al colegio...

—¡No me digas que hicieron eso de verdad!

—Tam, sé que nunca prestaste atención a la maternidad y a los niños, pero esto no te pudo pasar desapercibido. Fue un escándalo enorme, incluso con los estándares del momento. Llevaron las cosas demasiado lejos para muchos padres. Hubo incluso algunos juicios sonados. ¿Oíste hablar de los Augur?

—¿Deberían sonarme?

—A los padres los habían criado supervivientes de los internados para niños de las Primeras Naciones, vieron que su hija era infeliz y decidieron sacarla y educarla en casa, querían que tuviera contacto con su herencia indígena, pero se negaban a comprar materiales oficiales para la escolarización en casa y a pagar por los exámenes estandarizados. Los metieron en la cárcel.

—Algo sí que recuerdo.

—Fue un espectáculo. El número de padres que se echaron a andar... Fue cuando montamos la primera guardería en el B&B; tuvimos que adaptar el equipamiento para refugiados de la tercera Primavera Árabe, poner todas las máquinas del

laboratorio a hacer comprobaciones de seguridad de los juguetes y montar cambiadores por todas partes.

—Eso fue antes de que yo llegara. Entonces estaba en la universidad.

—Cierto.

—Había niños por allí, pero no en mi grupo, la tropa LGTB supongo que era más bien tóxica para la gente que quería tener hijos, esas gilipolleces de llamarlos *breeders*³⁴ y «procreadores, no padres», que parece divertido cuando eres una cría pero es una mierda cuando lo ves con distancia. Imagínate cómo se habrían sentido Iceweasel y Gretyl si nos hubieran oído hablando así.

Iceweasel había dado a luz sin mucho drama a dos niños, ambos chicos, aunque Gretyl estaba hecha un manojo de nervios en los partos y tuvo que salir del paritorio las dos veces. Los niños tenían... ¿cuántos? ¿Seis y ocho? ¿Cinco y ocho? Tam era una tía honoraria de mierda, aunque los quería a los dos de una forma abstracta y cautelosa que la mantenía a distancia de aquella zona oscura de mocos resecos, saliva y destrucción.

—La semana que viene es el cumpleaños de Stan.

34 Breeder («criador» en español) es un término inglés despectivo hacia personas que tienen hijos, particularmente hacia padres y madres que focalizan la vida en sus hijos, abandonando así sus amistades. [N. e. d.]

—¿Cómo haces eso?

—¿El qué?

—Tener memorizados los cumpleaños de todos.

—Soy el espíritu doméstico. Es parte del trabajo. Poner alarmas, hacer que salten cuando surge cualquier cosa, añadir contexto por aquí y por allá..., esto lo hacen las casas de todos.

—Pero tú no eres un puñado de código, tú eres una persona. Es diferente cuando estás conversando con alguien y esa persona simplemente recuerda, a la perfección, todas las minucias que vienen con el contexto.

—Tú también podrías. Solo tienes que hacerte los ojos.

Tam sufría una ceguera nocturna prácticamente total y tenía que ampliar el texto a un tamaño enorme para poder leer. Mucha gente se había operado y se había implantado una pantalla al mismo tiempo, con todas las bandas de información en movimiento y las payasadas de realidad aumentada por las que se volvían locos los fanáticos de las gafas inteligentes, pero sin las gafas. Tam todavía no se había operado porque la tecnología mejoraba rápidamente. Si iba a dejar que un bisturí láser se acercara a sus ojos, quería asegurarse de que fuera por primera y única vez, y no tener que volver al año siguiente para una actualización

fundamental. Estaba aguantando hasta que la ceguera fuera insostenible.

—Por cierto —añadió Limpopo—, «no código, sino una persona» es una cuestión filosófica que podríamos estar horas discutiendo, pero estoy cansada ya de esa historia.

—Tampoco es lo mío —respondió Tam, que, no obstante, pensaba en ello con frecuencia—. Hablar contigo no es como hablar con alguien al que un estúpido algoritmo le da pedacitos de información en una pantalla transparente. Contigo parece natural.

—Si hay algo que no soy, es natural, pero gracias.

Tam bostezó, comprobó la hora.

—Las cuatro de la mañana. Mierda. Bueno, el sueño va llegando por fin, mejor recuesto la cabeza y le doy la bienvenida.

—Mejor. Te quiero, Tam.

—Yo también te quiero.

Tam lo decía en serio y sabía que Limpopo también. Había querido y la habían querido en todos los espacios andantes donde había estado, pero esta era la primera casa que la quería.

Se acurrucó al lado de Seth y le rodeó la barriga con los brazos; lo besó en la espalda, cuyos ralos pelos grises le hicieron cosquillas en la nariz. Le dolían las caderas. Cerró los ojos y encontró el sueño.

Se despertó ligeramente cuando Seth se levantó unas pocas horas después. Siguió a medias el ruido que hacía al ponerse las zapatillas y el pijama y al buscar cuál era el baño libre más cercano; lo sintió volver y sentarse en la cama mirándola. Tam sonrió ligeramente. Seth murmuró:

—Vale, vale, sigue durmiendo.

Le apretó la mano, se inclinó sobre ella despacio —y con un gruñido— y la besó en la frente y luego en los labios, con la barba incipiente arañándole la piel. Le frotó la espalda y Tam respondió con un gemido de agradecimiento, solo por la felicidad del contacto humano en una mañana somnolienta.

—Voy a preparar el desayuno —murmuró Seth.

Tam volvió la cabeza y le besó los dedos.

—Vale.

—Otra mala noche, ¿eh?

—No mala, sin sueño.

—Pues quédate durmiendo, da igual cuándo duermas.

—Cierto.

Tam se cubrió la cabeza con las sábanas.

Los cuentos la ayudaban a quedarse dormida. Abrió ligeramente un ojo, pasó un dedo por una superficie del cabecero y pulsó en la grabación de una novela antigua de Terry Pratchett, la de la fundación del periódico de Mundodisco. La había escuchado un millón de veces y podría hacerlo un millón más, dejando que la voz lectora la encaminara al sueño.

Se dejaba llevar por las palabras y por el sol de mantequilla que se filtraba por los extremos de la película polarizada de la ventana, a veces se despertaba con sus propios ronquidos suaves, y entonces:

—¡Tam!

Se incorporó de un salto. La voz de Seth no solía alcanzar ese nivel de pánico. Tam ya completamente despierta miraba a Seth, que estaba parado en la puerta, respirando con fuerza, con los ojos de par en par y con el escaso pelo despeinado como el del prototípico profesor chiflado. Todavía sostenía un trozo de tostada, del que se había olvidado.

—Joder, ¿qué pasa?

—Limpopo está al teléfono.

Tam parpadeó confundida.

—Seth...

—¡La Limpopo de verdad! Perdón, viva, la Limpopo viva. Está viva, eso es lo que estoy diciendo. Está viva. Está al teléfono.

Tam se llevó las manos a las mejillas, una forma estúpida de manifestar sorpresa, pero eso era lo que estaba haciendo.

—¿Limpopo está viva?

—Está hablando con Limpopo.

Seth se percató de la tostada que sostenía, la miró y la dejó. Tam la cogió y le dio un mordisco. Estaba bien untada de mantequilla, levadura de cerveza y tabasco: el ideal platónico de un desayuno para Seth.

—Joooder —dijo Tam, que encontró la bata en el suelo, se calzó las zapatillas y se terminó la tostada—. Vamos.

El salón común más grande acogía ya a otras cinco personas con aspecto desconcertado y emocionado que escuchaban en silencio.

—¿Nunca te dejaron escribirle a nadie?

Era la voz de Limpopo..., de su Limpopo, el espíritu doméstico.

—Jamás. Y no era la única. Somos... o tal vez éramos... unas cuantas con política de aislamiento, sin visitas ni mensajes a nadie de fuera. Estábamos detenidas con otros nombres.

Esta voz era de Limpopo también, pero más mayor, la voz de una anciana, la voz de una Limpopo que había vivido —¿dónde?— más de una década.

—Pero ahora...

—Ahora los internos están al mando del manicomio. —Limpopo parecía entusiasmada—. Hubo tres días en los que la situación fue realmente mala. Casi no se presentaban guardias. Y los que venían tenían demasiado miedo para hacer nada que no fuera acurrucarse en sus salas de control y ladrarnos a través de los altavoces. El tercer día, ni siquiera eso.

»Ayer, a medianoche, clin-clon: se abrieron todas las puertas. No había guardias. No había personal de administración. Nada. Todo el mundo estaba muerto de hambre, por supuesto. Una vez que entendimos lo que estaba pasando, buscamos el camino a la cafetería. Algunas montamos una comisión *ad hoc* de cocina, pusimos las imprentas en marcha y dimos de comer a todas. Entonces alguien pidió voluntarias para comprobar las enfermerías y

empezaron a cuidar de las enfermas de la mejor manera posible. Hay un montón de enfermeras aquí y... Perdón, supongo que eso no importa. Aquí nadie sabe qué ha pasado en pordefecto. Cuando utilizaron la sala de comunicaciones para llamar a sus abogados, les dijeron que Instituciones Penitenciarias de Canadá había sufrido algún tipo de golpe interno y no había nadie que se comunicara con el mundo exterior. Decían que no era el primer ministerio al que le había pasado: al parecer, Asuntos de los Veteranos de Canadá hizo lo mismo el mes pasado, ¿no? No me llegan muchas noticias ni análisis de calidad a la cárcel...

Tam empezó a entender lo que estaba diciendo Limpopo. Había estado presa. Las cárceles se habían herniado. «Herniarse» era el verbo que utilizaban para las instituciones gubernamentales que se venían abajo, se convertían en cooperativas al estilo andante y entregaban los suministros de las oficinas y abrían las bases de datos para todo el que quisiera echar un vistazo. Tam había oído hablar de hernias en hospitales, departamentos de policía, vivienda pública..., pero las cárceles eran algo nuevo. Y grande.

—Limpopo —dijo Tam.

Respondieron las dos, algo que podría ser gracioso y tal vez lo fuera más tarde.

—Lo siento, no el espíritu doméstico, la viva.

—¿Quién eres?

—Soy Tam.

—¿Tam? ¡No me jodas! ¡Tam! ¿Sigues ahí? ¿Sigues con Seth?

Tam sonrió y apretó la mano a Seth.

—Sí, está aquí también.

—¡Ay, cabronazo!

Todos sabían que estaba de broma, incluso Seth.

—Lo tengo entrenado. Se ha vuelto viejo y lento. Y yo soy malvada.

—No me lo creo.

—¿Dónde estás, Limpopo? Es decir: físicamente.

—Cerca de Kingston, un poco al norte. Pasado Joycetown. La Cárcel de Mujeres de Kingston.

—¿Estás segura ahí?

—¿Me estás preguntando si hay asesinas a punto de aparecer para matarme? No que yo vea. No me preocupa. Hay un montón de gente sospechosa por aquí, pero ahí fuera

también hay un montón de gente sospechosa. Casi todas estas mujeres son mis amigas. Algunas son como hermanas.

—¿Podemos ir a buscarte?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que si podemos ir y traerte aquí. Pocahontas sigue aquí, y Gretyl, Iceweasel, y sus hijos, y los Wheel, el grande y el pequeño, y hasta Kersplebedeb, aunque ella... ahora se llama Noози...

—Un momento, un momento. No sé quiénes son la mitad de esas personas. Joder, ni siquiera sé dónde estáis...

—Gary.

—Tampoco lo conozco.

—Gary, en Indiana. Es un sitio bonito. Líderes mundiales en recuperar edificios de entre los muertos. Ladrillos colonizados, puntales inteligentes, sitios grandes sin mantenimiento en cincuenta o setenta y cinco años.

—¿Un estado que empieza y termina con vocal? Estarás de cachondeo.

—Te encantaría esto, Limpopo. Eres una heroína.

—Es cierto —intervino la Limpopo espíritu doméstico—. Por aquí eres una santa.

La otra Limpopo respondió con un gruñido:

—Me parto.

—Perdona, Limpopo —intervino Seth—. Pensábamos que estabas muerta. Lo que tocaba era hacerte mártir.

Limpopo volvió a gruñir.

—En serio —dijo Tam—, ven a vernos. O vamos todos a verte a ti. Me da igual cómo. Te queremos. Te hemos echado mucho de menos.

—¡Oye! —dijo la Limpopo espíritu doméstico.

—Hemos echado de menos abrazarte —se corrigió Tam—. Y tendrías que conocer a esta otra Limpopo, nuestra Limpopo, es maravillosa.

—No me hagas la pelota —dijo el espíritu doméstico—. Vas a tener boñigas de ratón en los cereales una semana, gilipollas.

A la otra Limpopo le dio la risa.

—Parece que es de mi tipo. Literalmente, supongo... Joder, ¿quién me iba a decir que la semana se podía poner más rara todavía?

Se oyeron golpes y pisotones en la escalera. Iceweasel y Gretyl entraron en tromba en la habitación precedidas de

sus hijos, cometas que dejaban a su paso una estela de mocos y destrucción y que se estaban peleando por un juguete mientras cruzaban la puerta, con el más pequeño tirándole del pelo al mayor. Gretyl le sacó con suavidad los dedos de la melena rizada de su hermano, lo levantó en el aire y lo dejó en el suelo lejos del mayor.

—¿Está viva? —dijo Iceweasel, atrapando al mayor de los hermanos y zarandeándolo en el aire; el niño echó la cabeza hacia atrás y empezó a reír.

—Estamos hablando con ella —respondió Tam—. Limpopo, Iceweasel y Gretyl están aquí.

—¿Iceweasel está viva?

Iceweasel se rio.

—Supongo que tenemos muchas cosas que contarnos.

De pronto, el niño más pequeño miró a su madre muy serio y se retiró el pelo de los ojos.

—No estás muerta, mamá.

—No estoy muerta. No te preocupes, Jacob.

—¿Mamá?

—Son dos —dijo Gretyl—. Niños. Jacob tiene siete y Stan, diez. Decidle hola a Limpopo, chicos.

—¿Limpopo? —Jacob arrugó el gesto—. ¿El espíritu de la casa?

—No, otra Limpopo. Está muy lejos y no la hemos visto en mucho tiempo. La queremos mucho.

Jacob se encogió de hombros. Stan miró con desprecio a su hermano menor, que era demasiado lento.

—¡Hola, Limpopo! ¡Hola, otra Limpopo!

En la distancia, Limpopo maldecía de manera imaginativa, lo que hizo que los dos niños abrieran los ojos como platos y se les dibujara una sonrisa. Tam los vio almacenando aquel vocabulario para un ataque futuro.

—Hola, chicos. Hola, Gretyl. Hola, Iceweasel. Qué bueno oír que todo el mundo está vivo y en funcionamiento.

—¿Cómo hacemos? —dijo Tam—. ¿Vamos a buscarte nosotros o vienes tú a buscarnos? Porque, querida, tenemos mucho de lo que ponernos al día, y además, podría suceder que por defecto esté recomponiendo sus mierdas y se decida a entrar ahí a mataros o a encerraros a todas.

—Esa es una posibilidad que hemos considerado. Hay una cosa más: un guardia se dejó los tokens³⁵ de autenticación

³⁵ Un token es un objeto físico o digital que tiene valor en cierto contexto o para determinada comunidad, aunque su propia materialidad no contenga ese

del administrador en el centro de control. O eso es lo que suponemos. Tenemos este sitio controlado del culo a la boca. Con las cárceles pasa que son tan buenas para impedir que salga la gente como para impedir que entre. El que quiera tomar este sitio al asalto va a pasarlas putas.

Tam se mordió los labios. Todos se miraban entre sí. Incluso los niños guardaban silencio.

—Limpopo, no queremos que te hagan daño. Somos andantes. Hay montones de edificios institucionales grandes y accesibles que podríais okupar tus amigas y tú.

—¡Y una mierda! —exclamó Limpopo, que sorprendió a todos con su vehemencia—. Nos robaron la vida. Nos encerraron. Nos hemos ganado este sitio. Es nuestro. Si nos echamos a andar, si nos dividimos, nos cogerán otra vez, de una en una. No vamos a volver a ser las cautivas de nadie nunca, jamás.

—¿Os vais a quedar en la cárcel para evitar que os tengan presas?

La boca de Seth iba, como siempre, por delante de su cabeza.

valor en sí. Las fichas de casino, por ejemplo, son solo pedazos de plástico de distintos colores, pero representan cantidades de dinero. [N. e. d.]

—No es ninguna broma. Compramos este sitio con sangre, con nuestras vidas. Es nuestro. Era nuestro cautiverio. Ahora es nuestra libertad.

—Limpopo —dijo Iceweasel con suavidad—, ya no es así. Por defecto no es la realidad por defecto. Sé cómo era entonces. Parecía la guerra, nos iban a encerrar o a matar a todas. Eso cambió. Los zotas entraron en guerra entre ellos, lucharon por el control de países cuya población se negaba a combatir en ningún bando. Esa gente se echó a andar con nosotros, convirtieron la vida de refugiados en la norma. Los bichos raros terminaron siendo los que se quedaban en un sitio y defendían que un inmueble era suyo y de nadie más. Todos los demás se echaban a la carretera cuando aparecían los soldados.

—Eso son chorradas —respondió Limpopo—. Quizá en vuestro rincón del mundo sea verdad. El Estado no se desvanece así como así. Alguien pagaba los salarios de los guardias todos estos años, alguien seguía haciendo que el pou entrara en las impresoras de las cocinas. La victoria no es algo que los andantes vayan a conseguir nunca. Echarse a andar no es vencer, es, simplemente, no perder.

—No hemos perdido —dijo Iceweasel—. Hay enclaves donde la gente finge que todo es normal y que las cosas volverán a ser como eran o como se suponía que tenían que ser pronto. En estos tiempos no se trata ya de conflictos armados, sino de una guerra de normas, de quién es normal

y quiénes son los radicales locos. —Iceweasel hizo una pausa—. ¿Has oído hablar de la invasión de Irak?

—¿Una nueva o las viejas?

—Una completamente nueva. Irán se suponía que estaba invadiendo Irak porque, joder..., llevan ya muchísimo tiempo con eso. Solo que esta vez no fue así. Los pilotos enviados a Irak no soltaron sus bombas: aterrizaron en pistas kurdas. La infantería, en cuanto llegaba a la línea de batalla, se negaba a luchar. Lo mismo pasó con un puñado de oficiales. Todo el mundo está como descolocado. El lado iraquí da órdenes de hacer mierda a guantazos a esos invasores tontos del culo. En lugar de eso, sus soldados también se niegan a luchar. A los que intentan combatir les quitan las armas sus compañeros. ¡En serio!

—Eso es demasiado raro para ser verdad.

—Solo porque Iceweasel no te ha contado lo mejor —intervino Gretyl.

—Eran todos andantes —gritó Jacob—. ¡Igual que nosotros!

—Muy buena forma de reventarme la historia, chaval —dijo Iceweasel, que se lo subió a la cadera y le besó la punta de la nariz—. Es leyenda ya por aquí. Hay un grupo de afinidad andante a lo largo de todo el Golfo que utiliza las mismas redes para esquivar los cortafuegos nacionales, por

lo que hay cobertura. Una vez que los andantes de los dos lados entendieron que estaban a punto de ser enviados a matarse unos a otros, dijeron: «que os den fuerte y duro», y trazaron un plan.

—¡Que os den fuerte y duro! —gritó Jacob, que soltó un puñetazo al aire.

Stan dirigió un gesto de hartazgo a su hermano. Tam estaba segura de que hubiera querido ser él quien hubiera soltado aquello con impunidad. Iceweasel y Gretyl insistían en que los niños nunca aprenderían a maldecir debidamente si no tenían buenos modelos. Así que se les obligaba a observar con cuidado el ejercicio de la vituperación y no intentarlo a menos que estuvieran seguros de haber entendido su funcionamiento. Cuando lo intentaban, eran sometidos a embarazosos juicios y comentarios sobre su experiencia maldiciendo. La estrategia era más efectiva para poner freno a las palabrotas que ninguna que pusieran a prueba otros padres con sus hijos.

—Eso sí que es sorprendente —dijo Limpopo—. ¿Por qué los generales no bombardearon a todos para evitar que la podredumbre siguiera expandiéndose?

—Corre el rumor de que se dio la orden desde los dos lados, pero que los pilotos de drones se negaron y nadie quiso montar mucho escándalo después. Lo último que

quiere un general es descubrir que está al mando de un ejército de uno y en mitad de un ejército de todos los demás.

—¿Cuánto tiempo hace que pasó eso?

—¿Qué fue, hace un año? —preguntó Iceweasel.

—Ocho meses —respondió Tam.

—Joder. Es impresionante. No nos llegan muchas noticias aquí.

—La cuestión es que no sabes qué va a pasar, no tenemos forma de saberlo, pero hay motivos para el optimismo. La gente está cansada de pegar tiros y de que se los peguen.

A Tam se le escapó una risita.

—No sé yo si llegaría tan lejos. Hay una... —Tam tuvo que buscar las palabras—, una credibilidad de los andantes. La sensación de que lo tenemos todo ya pensado. Una vez que te das cuenta de que el mundo quiere de verdad lo que tienes para dar, bueno, es difícil convencer a la gente de que se mate entre sí.

—¡Tócame el coño! —dijo Limpopo, que consiguió que Stan y Jacob soltaran una risita. De fondo había cierto ruido desde su lado de la línea, una conversación en susurros—. Necesito pensar. Y por aquí no hay muchas interfaces, así

que tengo que dejarle el turno a otra. Esperadme y os llamo mañana, ¿vale?

—Claro —respondió Tam, a la que imitó el espíritu doméstico un instante más tarde.

Todos los presentes se despidieron a gritos y Limpopo les dijo adiós. La sala se quedó en silencio, salvo por el silbido de la respiración en la nariz llena de mocos de Jacob.

—No vais a esperar a que vuelva a llamar, ¿verdad? —dijo el espíritu doméstico.

—¿Te estás quedando con nosotras? Ni de coña —respondió Iceweasel.

—¿Haces tú las maletas de los niños o las hago yo? —preguntó Gretyl.

Los niños entendieron lo que significaban aquellas palabras un momento más tarde, se intercambiaron una mirada emocionada y empezaron a correr en círculos.

—Hazlas tú. Yo busco literas en un tren.

—Comprueba los indirigibles —apuntó Seth, que también estaba dando saltos—. Los vientos son favorables para el noreste últimamente, me juego algo a que podemos enganchar un paseo largo.

—Bien pensado —dijo Iceweasel—. Chicos, ¿os queréis montar en un zepelín?

Los dos niños parloteaban y gritaban. Entonces Jacob se emocionó tanto que le dio un puñetazo a Stan porque sí. Cayeron al suelo dándose guantazos y chillando.

Sus madres se miraron y sacudieron la cabeza con un gesto de disculpa dirigido al resto de los adultos.

—Estamos intentando que solucionen estas cosas ellos solos —dijo Gretyl—. Lo sentimos.

Los presentes estaban demasiado contentos para que les molestara. Tam miró asombrada a sus compañeros de casa, su familia amplia, y entendió que estaba a punto de empezar a andar de nuevo.

[VI, ii]

Los horarios de los trenes eran una mierda. Un complejo algoritmo decidía cuántos vagones poner en qué líneas y cuándo. Era un tema de continua disputa entre frikis con modelos distintos que sopesaban de manera diferente las prioridades. Gretyl se tiró de cabeza a las matemáticas y desapareció en un conjunto de foros de anonimato responsable donde se discutía encarnizadamente, por lo que Iceweasel mandó un mensaje a Tam para decirle que Gretyl probablemente estuviera metida en esa ratonera por un tiempo impredecible. Lo mejor sería que Tam empezara a explorar alternativas.

Había vehículos compartidos que iban en aquella dirección, pero tendrían que dividirse en grupos y volver a reunirse en las estaciones de paso. Era una estrategia que se podía automatizar (Tam había ayudado a Iceweasel con una excursión de los niños al Monumento de la Memoria de Akron el año anterior y vieron que era fácil), pero los vehículos en superficie eran lentos.

—Tienes que buscar un indirigible —dijo Seth.

—Ya —respondió Tam manipulando sus interfaces para asegurarse de que el espíritu doméstico quedaba bloqueado—, pero es incómodo.

—Etcétera es mi amigo —argumentó Seth—. Mi colega de más tiempo. Que Limpopo y él no se soporten no significa que nosotros tengamos que tomar partido. No la estás traicionando por ser amiga de él. Si le preguntaras, ella misma te lo diría.

—Si le preguntara, la pondría en una posición en la que tendría que decirme que no le importa, aunque le importe. Y por eso no le pregunto. Las amigas no se ponen unas a otras en esa posición.

—Si supiera que estás evitando hablar con él porque te preocupa que ella se moleste, se escandalizaría.

—No lo dudo. Por eso no se lo digo.

—¿No te parece que todo esto es... retorcido? Especialmente teniendo en cuenta que está la Otra Limpopo —siguió Seth (habían acordado llamarla así porque, a pesar de lo incómoda que era como opción menos mala, todos estaban de acuerdo en que llamarla la «Limpopo Real» era la peor opción de todas)—, que estaba enamorada de Etcétera y le encantaría volver a hablar con él.

Tam suspiró y se frotó los ojos. Llevaba mucho tiempo mirando pantallas.

—Es una mierda, ¿y qué? Un montón de cosas son una mierda. La vida no mejora siendo un capullo con la gente que te quiere.

—Etcétera te quiere.

—A la mierda.

Tam le dejó que le masajeara los hombros con un «aaaah». Seth encontró el nudo del hombro derecho, una maraña de dolor tozudo que transmitía una sensación de lo más placentera y desagradable cuando le clavaba los dedos.

—Ahí, ahí —dijo Tam, que dejó caer la cabeza a un lado.

—Eres facilísima. Podría ganar cualquier pelea con solo meter el pulgar en este nudo.

—Es mi kryptonita. No abuses de tus poderes.

—Voy a llamar a Etcétera.

—Que te follen.

Tam acomodó la cabeza contra la barriga de Seth y situó el hombro dolorido otra vez bajo sus manos.

Cinco minutos después, Seth llamó a Etcétera.

—Cuánto tiempo... —dijo Etcétera.

—Cierto. Por aquí siempre está quien tú ya sabes.

—Os he echado de menos. A los dos. A todos. Es una mierda ser el paria.

—Lo siento —respondió Seth.

Seth se sentía fatal. Excluir a su amigo de más tiempo era duro, aunque Etcétera nunca se hubiera quejado.

Se produjo un silencio incómodo.

—Necesitamos tu ayuda.

Más silencio.

—Te va a gustar —insinuó Tam.

—Recibimos una llamada. De una cárcel. En Canadá. De una presa que ha estado encerrada allí más de catorce años y acaba de salir libre simplemente porque los guardias desbloquearon las puertas y se echaron a andar.

—Seth...

Había algo en la voz de Etcétera, una emoción tan evidente como ininteligible. Una sensación híbrida de humano y máquina. Muy fuerte. Innombrable.

—Limpopo —dijo Seth.

Entonces se oyó el ruido más raro que Tam había oído jamás. Seguía y seguía. Tam pensó que era risa. Con espanto, entendió que era un sollozo. La única vez que Tam había oído llorar a una sim había sido en los túneles de la Universidad Andante, antes de que supieran cómo estabilizarlas. Era el ruido que hacían las simulaciones antes de derrumbarse.

—¿Etcétera? No pasa nada, amigo.

Etcétera lloró mucho rato.

—¿Estás bien? —preguntó Seth en una pausa—. Puedo ir a buscar a Gretyl, puede ayudarte con las barreras de contención...

—No necesito ayuda. ¿Está bien? —Etcétera no se refería a Gretyl.

—Suenas fantástica. Encendida. Rabiosa. Busca pelea.

—Yo también busco pelea. ¿Qué necesitáis?

—¿Tienes todavía contactos que puedan conseguir un indirigible?

—¿Vais a ir a por ella?

—No quiere venir a buscarnos... Si vuelven con intención de encerrarla otra vez, va a plantar cara.

—Claro, coño.

—¿Nos puedes ayudar?

—Yo también voy. Buscadme un clúster y lo lleváis. Me voy con vosotros.

—Podrías simplemente llamar por teléfono —intervino Tam, que ya tenía suficientes complicaciones.

—No si cortan la red. Dejaré una copia de seguridad aquí. Me voy con vosotros.

—Etcétera... —replicó Tam con su voz más razonable.

—Me voy con vosotros. Seth sacudió la cabeza en un gesto dirigido a Tam y movió los labios en silencio: «venga».

—Te vienes con nosotros —dijo Tam.

—Prepara el equipaje —dijo Seth.

[VI, iii]

El indirigible tocó tierra en el aparcamiento de un antiguo centro comercial, en la sección oeste de la ciudad, al día siguiente, tripulado por una sonriente banda de viejos brasileños, hombres con rastas en el escaso pelo, mujeres con un paso oscilante pero seguro como el de los marinos. Stan y Jacob fueron adoptados de inmediato por los niños de la tripulación, cuya situación era un tanto misteriosa: provenían de un orfanato de Recife al que se le había agotado la financiación. Los niños terminaron en un campamento improvisado que no acabó bien y los equilibristas del aire los acogieron y los subieron a sus enormes y hermosos zepelines, decorados como los legendarios *baloeiros* que llevaban siglos surcando los cielos de Brasil.

Fuera como fuera que acabaran estos niños en el cielo, estaban como peces en el agua. Minutos después de llegar, Stan y Jacob iban ya descalzos y se dedicaban a escalar aparejos, sin apenas tiempo para gritar adiós a sus madres, que los vieron irse con inquietud y orgullo.

Les había costado trabajo hacer las maletas. Era mucho el tiempo transcurrido desde que dejaron de ser refugiados

voluntarios, y todavía más desde que lo fueron a la fuerza. Utilizaron los salones comunes de espacio de reunión. Se ordenó cargar con lo mínimo, y utilizaron la asistencia de los espíritus domésticos para controlar qué llevaba quién y evitar duplicaciones. Parejas, niños y compañeros de casa acumulaban cada vez más cosas en la pila por empaquetar. Les entró una risa nerviosa. No se habían convertido en porteadores, ¿verdad?

Iceweasel y Seth compartían hilaridad y espanto. Contaron la historia de cómo Limpopo había organizado la liquidación de sus posesiones terrenales en su primer día en el B&B. La Limpopo espíritu doméstico empezó a farfullar indignada: ella no había hecho nada parecido. Tuvieron una pelea fingida que era ligeramente seria y mortífera. Vacilaron y regatearon hasta reducir todo a una pequeña mochila por cabeza, a la que se sumaba otro bolso para los dos niños, cuya prodigiosa capacidad para enmierdar incluso los tejidos que repelían la suciedad quedaba equilibrada por la indiferencia hacia el estado de su higiene.

—Van a estar sucios —decía Gretyl—, pero sobrevivirán. Es bueno para el sistema inmune.

Una vez a bordo del Gilberto Gil, se dieron cuenta de que podrían haber llevado diez veces más cosas. Los brasileños acababan de entregar una carga de plásticos de alta calidad fruto de la polimerización con bacterias inteligentes de una laguna tóxica de Florida. Todo lo que quedaba de aquella

carga era el olor, no exactamente desagradable. A Iceweasel le recordaba a la cobertura de los cosméticos de verdadera gama alta preferidos por su madre.

Se afanaron con los equilibristas del aire por la inmensa bodega del tamaño de un hangar para reconvertirla en dormitorio común: colocaron paneles en los surcos fijados en el suelo y desplegaron secciones de techo para construir una aldea de hexayurtas. Iceweasel se alegraba de que no hubieran llevado más cosas. Había muchas posibilidades de que hicieran alguna caminata (caminatas reales, caminatas de andantes) durante el viaje. Suficiente problema serían ya los niños para tener que cargar además con equipaje. El indirigible tenía viento a favor para llegar hasta las cataratas del Niágara o incluso a Toronto. Sin embargo, por algo se llamaban «indirigibles». Si el amigo Cambio Climático les enviaba una de sus habituales tormentas milenarias, tendrían que encontrar otra vía para llegar.

Gretyl fue a buscar sacos de dormir utilizando al espíritu doméstico del Gilberto Gil, que le indicó dónde estaba almacenada cada cosa. Los espíritus domésticos eran descendientes de las herramientas que impulsaban el B&B, una mezcla de intendente, registro y confesor, diseñadas para ayudar a todos a saber cuanto era necesario. A Gretyl le había encantado la versión paleolítica del B&B. Los espíritus domésticos ahora estaban por todas partes, algunos incluso impulsados por los muertos vivientes, como era el caso de Limpopo en Gary. Aquello ya era demasiado

friki, incluso para ella. Podía hablar con simulaciones siempre y cuando no lo pensara demasiado. Pero la idea de tener una a modo de aparición, que llevaba tu casa puesta como si fuera su cuerpo, eso era una puta locura.

Etcétera parloteaba en portugués de máquina con los equilibristas, que montaron mesas para el festín de bienvenida con la ayuda de Seth y de Tam. Iceweasel se había implantado un audífono un par de años antes, cuando empezó a tener problemas de oído después de unas fiebres agresivas que cruzaron el país de punta a punta. El audífono le murmuraba una interpretación que solo a veces se adentraba en el reino de los embrollos propios de la traducción automática.

Los brasileños presumían del Gil: de su propulsión y su manejo, de la fuerza y la resistencia de sus baterías de grafeno extra, de sus habilidades en la navegación y su capacidad de encontrar buenos vientos donde ningún algoritmo los predecía. Etcétera demostraba de todas las maneras posibles que estaba encantado, comentaba como un erudito los predecesores del Gil, aerostatos preciosos llegados de Tailandia, donde las aeronaves eran diferentes en un sentido importante y muy técnico que Iceweasel no entendía.

Los niños llegaron a tiempo para la comida, aunque, a juzgar por la que llevaban restregada por la cara, habían saludado ya a una impresora de la cocina, que estaría en

algún lugar de las profundidades del indirigible. Iceweasel recibió besos manchados de mermelada de los dos, logró contener el impulso de limpiarles la cara con saliva y le presentaron a nuevos amigos, todo un abanico de edades y géneros. Un niño más mayor llamado Rui (lo bastante mayor para tener un poco de bigote, nuez en la garganta y una mezcla de seguridad con los niños e incomodidad con los adultos) le dijo en un inglés con mucho acento lo magníficos que eran sus hijos y que él mismo se encargaría de enseñarles todo lo necesario para ser aéreos. Iceweasel se lo agradeció en un portugués absolutamente espantoso con la ayuda del audífono apuntador. El chico sonrió, se sonrojó y escondió la cabeza de un modo que hizo que Iceweasel quisiera llevárselo a casa y criarlo.

—¿Estáis listos para la comida, chicos? —preguntó Gretyl, que apareció con un abanico de platos cargados de brochetas de carne pou que olían a las mil maravillas, acompañadas de *feijoada* y montones de verduras hidropónicas.

Los niños se miraron con ojos culpables y Gretyl inmediatamente se percató de la materia dulce y pegajosa que tenían alrededor de la boca.

—Parece que ya os habéis tomado el postre. Espero que eso no signifique que ahora no pensáis comer.

Gretyl era la que imponía la disciplina en la familia. Si por Iceweasel fuera, los niños comerían helado y dulces tres veces al día. Y ella también. Gretyl era la que evitaba que murieran de malnutrición. Lo que ella decía, se hacía.

Los chicos asintieron y se hicieron con los platos. Rui asimiló los detalles más destacados de la organización familiar y guio a los niños a un rincón de la mesa con la promesa de que se comerían hasta el último bocado.

Gretyl entregó a Iceweasel uno de los platos restantes y encontraron un espacio en la mesa junto a los miembros de la tripulación, que bromeaban e hicieron que sintieran como en casa.

—La comida es increíble —dijo Iceweasel mientras perseguía la última zanahoria rizada con los cubiertos tres en uno: palillos chinos, cuchillo y tenedor todo a la vez.

—Tenemos nuevos iniciadores de la fermentación que vienen de Cuba —explicó una tripulante.

Era hermosa, alta, con la cabeza afeitada, cintura de avispa, amplias caderas y una piel del color del caramelo líquido. Iceweasel y Gretyl le habían lanzado miraditas cuando pensaban que la otra no estaba mirando, hasta que se sorprendieron mutuamente. Se llamaba Camila. Hablaba un inglés excelente.

—Se programan durante el ciclo de división con luces que hacen que expresen perfiles de sabor y textura diferentes.

—Es increíble —dijo Gretyl.

—Os daremos para que os llevéis cuando os vayáis. Los cubanos comen como reyes.

De postre había un flan blanco hecho con el último suministro que quedaba de coco real y tapioca producida con el pou cubano. Ni Gretyl ni Iceweasel tenían experiencia suficiente con la tapioca para saber si estaba conseguida, pero era tan sabrosa como el resto de la comida y Camila les aseguró que ni siquiera un agricultor que cultivara mandioca podría diferenciarlas.

—¿Necesitáis más tripulación? —preguntó Iceweasel bromeando—. Quiero comer así todos los días.

Camila adoptó una expresión seria.

—Siento tener que decirte que no tenemos más camarotes. —Camila miró las mesas atestadas—. Es algo que estamos debatiendo. Esta es una buena tripulación, una buena nave. Algunos queremos hacer despegar una nueva, empezar otro grupo. Tenemos algo tan maravilloso que creemos que debería crecer. Otros dicen que hay algo en la química de este grupo que desaparecerá si nos dividimos. Los niños están creciendo y muchos de ellos quieren ser equilibristas del aire. Vamos a necesitar más naves.

—¿Por eso os dirigís a Ontario?

Camila asintió.

—La burbuja de los zepelines tuvo lugar hace mucho tiempo, pero sigue habiendo muchos compañeros allí que saben construirlos y quieren echar una mano. Vuestro Etcétera nos ha puesto en contacto con otros. Para muchos es un héroe por su valentía con el Nación Mejor.

Ahora eran Iceweasel y Gretyl las que tenían una mirada seria. Ninguna de las dos hablaba de aquel día habitualmente, a pesar de que terminó siendo un grito de guerra para los andantes de todo el mundo. Camila lo entendía.

—Menudos tiempos para estar viva. Si hacemos otra nave, deberíamos llamarla «Los siguientes días de una nación mejor».

—Ese es un nombre espantoso para una nave —intervino Etcétera.

Su voz era metálica y se entrecortaba por las propiedades acústicas de la mesa, que utilizaba de altavoz.

—A ti no te ha preguntado nadie, eres hombre muerto —dijo Iceweasel.

—Las conversaciones sobre una «nación mejor» tienen que acabar en la hoguera. Ya no estamos haciendo naciones. Estamos haciendo gente, estamos haciendo cosas. Las naciones suponen gobiernos, pasaportes, fronteras...

Camila tamborileó en la mesa con los nudillos.

—Una frontera no tiene nada de malo, siempre y cuando no sea demasiado rígida. Nuestras celdas encierran el gas elevador, hacen de frontera con la atmósfera. Mi piel es una frontera de mi cuerpo, deja entrar lo bueno y cierra el paso a lo malo. Tú tienes tus fronteras, como todas las simulaciones, que te mantienen estable y en funcionamiento. No es que no necesitemos fronteras, es que necesitamos buenas fronteras.

Se lanzaron a discutir con total seriedad, un debate familiar en el mundo de los equilibristas. Terminó derivando hacia la «prioridad aeroespacial», la «inmunidad al viento» y la «soberanía en el derecho de paso», que eran conceptos ininteligibles para Iceweasel y Gretyl. Retiraron sus platos y los introdujeron en una tolva que se los succionó de las manos. Se aseguraron de que Rui cumpliera su promesa de que los niños se comerían las proteínas y las verduras y se tumbaron abrazadas en su hexayurta para echar una siestecita. Habían sido un par de días de lo más ajetreados.

Gretyl acarició con los labios el cuello de Iceweasel.

—Nada de dejarme por equilibristas brasileñas buenorras, ¿eh?

Iceweasel arqueó el cuello y respondió:

—El sentimiento es mutuo.

Minutos después estaban dormidas.

[VI, iv]

El zepelín necesitó poco más de un día para llegar a Toronto. Tuvo que dar un rodeo para evitar la zona de exclusión de la ciudad, perseguido por una estela de agresivos drones que llegaban a toda velocidad a las portillas para analizarlas y tomar fotos. Los vientos en el lago Ontario eran una mierda. Tuvieron que elevarse, hundirse, no hacer nada y moverse a tirones durante casi lo que quedaba del día, hasta que lograron atrapar una racha que los llevaría a Pickering. Todo el mundo se mostró de acuerdo en que era el mejor sitio para un aterrizaje, lejos de los paranoicos zotas, que, escondidos en Toronto, estaban empeñados en que su nación tuviera todavía muchos días por delante antes de dar paso a otra, mejor o no.

Tocaron tierra entre una multitud: equilibristas del aire y mirones que ayudaron a apuntalar los cables y fijar la rampa en su sitio (no dejaban de hacer bromas —«la seguridad es lo tercero»—, pero se aseguraron de que la estructura estuviera bien afirmada antes de que nadie descendiera por la escalerilla).

El grupo que viajaba para encontrarse con Limpopo salió con los ojos entrecerrados. Seth se arrastraba con el peso

del clúster de Etcétera, que llevaba distribuido por el cuerpo en once partes: pulseras, una mochila, un cinturón, ladrillos a modo de cartuchera, algunos anillos... Lo seguían los equilibristas, liderados por los niños, Jacob y Stan entre ellos, vestidos con aparejos recién impresos de piratas del aire, pañuelos en la cabeza, camisas piratas y leotardos con un trampantojo fotorrealista de cota de malla. Los pequeños recopilaban abrazos, un complejo chocar de manos y besos de sus nuevos amigos, que devolvieron gustosos y hablando más portugués del que tenían posibilidad de haber adquirido en un viaje tan corto.

La zona de aterrizaje era el patio de un colegio. La escuela era una estructura baja de ladrillos con un siglo de antigüedad, abandonada durante décadas y reabierta por motivos de fuerza mayor según mostraban la alegre pintura, los carteles, los paneles solares y los aerogeneradores del tejado.

Tam la observó con los ojos entrecerrados, recordando su propia escuela, construida siguiendo el mismo modelo, pero gestionada por una empresa privada de servicios que cerró la mitad del edificio para ahorrar en instalaciones y puso contraventanas de acero que reflejaban el sol en el pavimentado patio de juegos.

—Está guay, ¿eh?

La chica que acababa de hablar no tendría más de dieciséis años, una monada monísima de cara redonda y labios carnosos y violáceos. Tam pensó que debía de ser vietnamita o camboyana. Tenía un poco de acné. La melena lisa de un negro azabache había sido trasquilada en un desastre de lo más ingenioso.

—¿Esta es tu escuela?

—Es nuestro todo. Técnicamente, pertenece a un *holding* de mierda que compró la ciudad después de la bancarrota. Eso pasó cuando yo era pequeña. Teníamos un administrador especial que todo el mundo odiaba. Después llegó la bancarrota, lo cerraron todo y levantaron cercas. La gota que colmó el vaso fue cuando cortaron el agua. Tras eso, la ciudad se hizo independiente automáticamente. Los niños hicieron la escuela.

—Mola —respondió Tam, que estaba disfrutando con el evidente orgullo de la niña—. ¿Vas a clase ahí?

La niña contestó con una sonrisa:

—No creemos en las clases. Hacemos talleres entre pares. Yo soy un fenómeno de la naturaleza para el cálculo, tengo un grupo de fenomenitos que estoy convirtiendo en mi propia red de zombis.

—Nunca se me dio bien el cálculo —dijo Tam—. Esa señora de allá, la que tiene un niño en cada brazo, es una heroína de las matemáticas.

A la chica se le salían los ojos de las cuencas.

—Uf, no te ofendas, pero ¿por qué crees que estoy aquí? ¿Sabes lo que supone poder conocer a Gretyl? Joder, es lo más grande que le ha pasado a este pueblo nunca. —La niña miraba decidida a Gretyl—. Sus demostraciones son tan hermosas...

—¿Quieres conocerla?

La chica se puso bizca y sacó la lengua, un gesto tan completamente adorable que debía de haberlo practicado mucho. Tam soltó una carcajada que fue más un ladrido, se cubrió la boca y, con toda su pose de tipa dura, se le escapó una risita.

—Le vas a caer bien —dijo.

—Más le vale —respondió la chica, que tomó a Tam del brazo.

A Gretyl se le escurrió Jacob cuando se acercaban y, previendo lo que iba a suceder, dejó que Stan saliera escopetado detrás de su hermano pequeño y lo tirara al suelo. Tam le hizo una señal.

—Eh.

Gretyl dio una palmada teatral en la espalda a los niños y sonrió a Tam y a la chica.

—Gretyl, esta es...

La chica, que tenía rojas hasta las puntas de las orejas, murmuró:

—Hoa.

—Hoa. Es fan tuya. Le encanta el cálculo. Ha venido a conocerte.

Gretyl lanzó una sonrisa radiante a la chica, abrió sus enormes brazos y la acogió en un abrazo.

—Un gusto conocerte.

La niña se sonrojó ya de la cabeza a los pies.

—Yo también estoy encantada de conocerte, Gretyl. Utilizo tus diapositivas de cálculo en mis talleres.

—¡Me alegra oír eso!

—He hecho algunas mejoras —dijo la niña con una voz que era un susurro.

—¿Eso has hecho? —rugió Gretyl. La chica se encogió y bien podría haberse echado a correr si Gretyl no la hubiera tomado de las manos—. Quiero que me las enseñes. ¡Ahora mismo!

La chica perdió la timidez. Sacudió un brazo para producir una pantalla y enseñó a Gretyl los cambios.

—Los niños no dejaban de perderse cuando había que aplicar las derivadas, porque cuando hacíamos lo demás sin aplicarlas, los límites y las derivadas, les entraba por una oreja y les salía por la otra, lo único que hacían era aprendérselo de memoria. Cuando decidí incluir aplicaciones a medida que avanzábamos, empezó a dárselos mejor juntarlo todo al final.

El papel de alegre ancianita de Gretyl se esfumó. Frunció aquellas enormes cejas.

—¿No son confusas las aplicaciones sin teoría? Sin la teoría no pueden resolver las aplicaciones...

La chica la interrumpió moviendo la cabeza, haciendo que su pelo se moviera a lo loco en todas direcciones.

—Lo que hay que hacer es tener cuidado con las aplicaciones que eliges. Mira...

La chica sacó gráficos que mostraban cómo había evaluado los ejemplos con cada grupo. Tam veía que aquello a Gretyl

le estaba encantando. También estaba segura de que la niña tenía razón en todo. Le gustaba aquel sitio.

—¿Estamos listos? —preguntó entonces Seth.

Se había fijado las correas del clúster y llevaba un micrófono en un collar para que Etcétera pudiera utilizarlo. Tam se obligó a no mirarlo fijamente: era tentador pensar que aquella era la cara de Etcétera, cuyos *inputs* visuales provenían, no obstante, de treinta perspectivas privilegiadas.

—Ya mismo. —Tam señaló la escena—. Gretyl tiene una admiradora.

Etcétera hizo un ruido impaciente y dijo:

—Eso es genial, pero tenemos que ponernos en marcha. Son tres o cuatro días de camino desde aquí, a menos que consigamos bicicletas o que alguien nos lleve.

—Lo sé. Todavía tenemos que decirle adiós al Gil, saludar a esta gente y luego despedirnos de ellos. Se llama sociabilidad, Etcétera. Tómatelo con calma.

Seth soltó una risita. Etcétera se quedó callado, posiblemente enfurruñado. Tam imaginó que, en su monólogo interior, estaría despotricando con maldad contra los vivos. Recordó el registro de las declaraciones de Etcétera cuando Limpopo decidió vivir como espíritu

doméstico. Se puso bizca y sacó la lengua. Oyó entonces a Hoa y a Gretyl reírse. Cuando se volvió, la estaban mirando.

Les repitió el gesto, que imitaba a Harpo Marx. Hoa respondió con el suyo y la cara de goma de Gretyl se contorsionó en una expresión que dejaba las demás por el suelo.

—Muy bien, tú ganas. ¿Ya habéis conseguido un mundo más seguro para el cálculo?

—Hecho —respondieron con una sonrisa.

—¿Cuándo salimos?

Tam miró a los niños, que estaban en un rincón del patio relativamente apartados del zepelín con otros críos de allí y algunos de los equilibristas del aire dándole patadas a una pelota en un juego que implicaba muchos gritos, placajes y, posiblemente, ninguna regla.

—Está todo preparado —dijo Hoa—. Aquí nos sacamos las bicicletas del culo.

—Parece doloroso —respondió Seth.

Hoa repitió su gesto de burla.

—Nos gustan las bicis deconstruidas, las topologías mínimas.

Tam vio a Gretyl y a Seth asentir y tuvo que contener su irritación. Intentaba entender el atractivo de la topología mínima, pero simplemente parecían... cosas sin acabar. La apuesta por reducir el volumen material total de los sólidos mecánicos era un proyecto que estaba en marcha desde hacía décadas tanto en pordefecto como entre los andantes, minimizando el uso de materiales en cada pieza y mejorando el modelado de las propiedades de los materiales recuperados. Los objetos más familiares se convertían en telarañas de lo más inverosímil. Todo era tensegridad, mallas enmarañadas que se reforzaban en situación de estrés y combinaban fuerza y flexibilidad. Ya daba suficiente miedo en forma de estantería o de mesa, parecía que todo estuviese a punto de derrumbarse, pero que aquella técnica se aplicara a las bicicletas hacía que se le revolviese el estómago, pues se deformaban y se sacudían atendiendo a las imperfecciones de los caminos.

—Magnífico. —Fue todo lo que consiguió decir.

Hoa asintió.

—Vamos por delante de todos. ¡Yo hice una el mes pasado que solo pesa noventa gramos! Sin las ruedas. Le sacas setecientos kilómetros antes de que se desmonte.

Esa era otra cosa que pasaba con la topología mínima. Tenía formas catastróficas de desmoronarse. Un simple puntal que cediera provocaba una cascada de

desplazamientos caóticos que podían literalmente reducir en treinta segundos el marco de la bicicleta a una montaña de palitos impresos en tres dimensiones. Juraban que los mecanismos de autofrenado de la bicicleta harían que se detuviera de manera segura antes de desintegrarse, pero si podían modelar el derrumbe cataclísmico tan bien, ¿por qué no podían evitarlo?

—Magnífico —repitió Tam, que sorprendió a Gretyl y a Seth lanzándose sarcásticas pelotas de pimpón con los ojos.

Los miró fijamente y Seth le dio un achuchón.

—Te va a encantar —le dijo—. En el peor de los casos, tenemos archivado tu escáner, ¿no?

—El más allá es la leche —intervino Etcétera—. Yo te pongo al día.

Tam valoró sus opciones: gruñido épico, sarcasmo, capitulación... Sonrió y dijo:

—¡Bicicletas, pues!

Seth la abrazó y se oyó a Etcétera alabar en un susurro la elección de pareja de su amigo.

[VI, v]

Dispusieron las bicicletas en el patio, ordenadas por tamaño, y se apañaron un remolque en el que los niños se pudieran sentar y al que enganchar sus bicicletas infantiles. Hubo carcajadas generalizadas cuando se probaron e intercambiaron los cascos, momento que aprovecharon para las fotos de grupo. Los equilibristas del aire descargaron, observaron, dieron consejos y manipularon las bicicletas.

Llegó un momento en el que todos estaban impacientes por marcharse y nadie era capaz de dar un motivo para no hacerlo (habían vaciado todos la vejiga y demás). Se alinearon y empezaron a pedalear. Tam apretó los dientes cuando empezó a rodar, pero era un movimiento suave. La bici tenía la combinación de rigidez y elasticidad de los diseños de tensegridad, con facilidad para absorber los impactos, pero con la suficiente rigidez, no obstante, para dirigirla debidamente.

Stan y Jacob marcaron el ritmo en los ocho primeros kilómetros, un paseo lento. Hoa y sus amigos los siguieron, pendientes de cada palabra de Gretyl. Cuando Stan y Jacob se quedaron sin reservas (colorados y resollando), se

subieron al remolque. El resto del grupo aprovechó la oportunidad para orinar, beber agua, tomar un tentempié, comentar la tecnología, intercambiar bicicletas y ajustar los cascos. Cuando volvieron a ponerse en marcha, Hoa y sus amigos se despidieron y dieron media vuelta.

Marcaron un ritmo fuerte, de tres en tres. Los adelantaba a veces algún infrecuente coche (la mayor parte del tráfico utilizaba la autopista 401, puro pordefecto y muy vigilada). Se detuvieron temprano en una reserva mohawk en la que había un restaurante que servía cuñas de patata a presión con queso en grano. El propietario era miembro de segunda generación de Idle No More. Rápidamente encontraron amigos en común.

El sol ya estaba bajo. Estuvieron de acuerdo en que, si se esforzaban, podían llegar a Kingston al anochecer, quizá incluso celebrar un banquete de medianoche con Limpopo, una perspectiva que encendió la imaginación y el entusiasmo, salvo en el caso de Jacob y Stan, que iban ya dormidos en el remolque, enroscados como el *yin* y el *yang*. Iceweasel les aflojó la ropa y colocó una pantalla encima. Se quedó mirándolos entonces con una sonrisa que Tam podía entender, pero no identificarse con ella.

Seth se acercó, le dio un abrazo a Tam y un beso provocador, acompañado de lengua furtiva y mordisquito en el lóbulo de la oreja; Tam metió una mano por su sudorosa

espalda y luego la dejó caer hasta el culo, que apretó con ganas.

—¿Uno rapidito en el bosque? —susurró Seth.

—Ostras, chicos —dijo Etcétera.

Tam recordó que tenía un cíborg delante y se separó de un salto.

—Tú sí que sabes cómo subir la temperatura —protestó Seth, que le dio otro abrazo—. Lo siento, querida.

—No te preocupes —respondió Tam—. Vamos a poner este circo en marcha.

Tam era andante, había sido andante desde los catorce años, aunque había entrado y salido de pordefecto (de vuelta con sus padres, luego con una tía, con sus padres de nuevo) hasta que tuvo diecisiete años, cuando se marchó para siempre. Tenía unos muslos grandes y gemelos prominentes, incluso ahora que su cuerpo era flácido y estaba bien entrada en la mediana edad. Hubo un tiempo en el que no le parecía gran cosa andar diez horas al día una jornada detrás de otra. En aquel entonces, una bicicleta era casi hacer trampa. Podría haber pedaleado sin romper a sudar. Era un lujo reservado para la confluencia de buenas carreteras y mucha suerte.

Con o sin músculos, aquellos días habían quedado atrás. Después de la primera hora, empezó a resollar. El tejido antihumedad de la camiseta parecía pegajoso. Hubo momentos en los que empezó a tener calambres en los gemelos y los pies, y necesitó hacer peculiares estiramientos sin bajarse de la bici, con una mueca y conteniendo un gruñido. Podría haber pedido un descanso, pero estaba la idea de cenar con Limpopo. Además, Seth tenía también el gesto contraído, y otro tanto sucedía con Iceweasel y Gretyl. Ninguno pedía parar. Tampoco podía ser la primera en rajarse.

—¡Mierdaaaa!

El aullido lo había soltado Seth, que empezó a sacudir una pierna, tumbó la bicicleta y rodó por la hierba del arcén. Se agarraba la pierna. Se bajaron todos de las bicicletas, se estiraron, protestaron y se lanzaron sonrisas avergonzadas. Jacob y Stan despertaron de la siesta y empezaron a dar vueltas corriendo alrededor de los adultos mientras exigían que les dejaran montar otra vez en las bicicletas. Estuvieron todos de acuerdo en que sería injusto no concedérselo, así que tuvieron varias horas de paseo más tranquilo. Era mucho mejor.

A sus espaldas, el sol era una mancha sangrienta en el horizonte que tintaba la carretera de rojo cuando Jacob y Stan volvieron a subirse al remolque. Iceweasel comprobó las cintas de los cascos. Gretyl hizo lo mismo. Las dos mujeres se miraron con puñales en los ojos y luego se

echaron a reír. Eran todos viejos y estaban haciendo un largo viaje juntos. Algo estaba cambiando. Una era daba paso a otra. La sensación de cambio chisporroteaba en el aire cada vez más fresco. Comieron tiras de un melón pastoso y chuparon electrolitos y pou de chocolate en bolsitas. Comprobaron la distancia y, en un consenso que no necesitó palabras, se subieron a las máquinas y se pusieron a pedalear

La carretera no tenía iluminación. Encendieron los frontales de los cascos, luego los cambiaron por los aparatos de visión nocturna, y volvieron a los frontales cuando las luces de Kingston iluminaron el horizonte. Rodearon la ciudad, advertidos por los drones de la policía que surcaban el cielo y por los carteles que anunciaban controles de la policía provincial de Ontario. Se dirigieron a la autopista 15 norte, hacia la hilera de cárceles privadas construidas una detrás de otra.

La luna estaba alta y empezaba a hacer frío cuando alcanzaron la salida de la autopista que conducía a las prisiones, un parque temático de cárceles construido por TransCanada en su estrategia de diversificación. El correccional de los jóvenes. La cárcel de hombres. La penitenciaría de mínima seguridad. Según se fue difundiendo el mensaje de que el cambio había llegado, cada edificio adquirió un anillo de tiendas y yurtas. El fenómeno seguía el modelo desarrollado y formalizado en la «Década Andante», un nombre estúpido. Cayeron algunos muros y

otros se levantaron. Construirían máquinas para hacer tapias y añadirían alas y anexos, casi seguro que también un *onsen*, que era algo de rigor en cualquier estructura andante que incluyera a más de un puñado de personas.

El ritmo de aquel lugar cambiaría. En los días en los que brillara el sol o soplara el viento, encenderían los aires acondicionados sin medida, calentarían enormes piscinas de agua para nadar y bañarse, cargarían y soltarían drones y otros juguetes. Cuando el tiempo no acompañara, los edificios activarían un sistema pasivo de control de la temperatura y la gente se dedicaría a actividades que requirieran menos energía.

Entraría y saldría más gente, habría discusiones sobre qué hacer y qué construir, si es que era preciso construir. Algunas personas se dedicarían a fermentar pou, otras cultivarían huertos. O no: algunas comunidades nunca terminaban de encajar y se convertían en ciudades fantasma meses después de su fundación. A veces ocurrían cosas peores. Había relatos oscuros de violaciones, asesinatos en masa, sectas con cultos a la personalidad en las que sociópatas con carisma les lavaban el cerebro a multitudes para que cumplieran sus órdenes... Había habido un suicidio en masa. O eso decían. Todo el mundo discutía si aquellas historias eran reales, si los andantes convencidos las minimizaban o las atizaban hasta la locura los soldados de la guerra psicológica de pordefecto.

Delante tenían la cárcel de mujeres. A su alrededor, el campamento más carnavalesco, una feria rural protagonizada por refugiados. Tuvieron que bajarse de las bicicletas (ninguna había sufrido una avería catastrófica) y andar con ellas hacia el meollo de todo aquello esquivando amarres y fragantes cafeterías, bulliciosas incluso a aquellas horas de la noche. A mitad de camino abandonaron las bicicletas y compartieron las mochilas de Iceweasel y de Gretyl cuando cada una de ellas tomó en brazos a un niño profundamente dormido.

Las puertas de la cárcel se abrieron de par en par. Había unas cuantas mujeres sentadas en sillones afelpados que habrían arrastrado desde alguna oficina. Dejaron de conversar para preguntar despreocupadamente quiénes eran aquellas personas y dónde iban. En cuanto mencionaron el nombre de Limpopo, sus rostros se iluminaron y se ofrecieron para acompañar al grupo dentro.

—Nosotras la conocíamos como G, claro. Con ese nombre la registraron. La castigaban mucho cuando utilizaba su nombre de fuera, así que dejó de hacerlo. Todas se están cambiando el nombre ahora que estamos descerrajadas.

«Descerrajada» fue el adjetivo que utilizó la prensa de pordefecto cuando los guardias de la prisión dejaron de presentarse al trabajo, el tipo de término que se podía utilizar para aterrorizar a la población con los saqueadores que estaban a punto de salir en tromba de las cárceles y de

empezar a trocear a todo el mundo. Según pasaban por los parques de TransCanada, Tam había visto carteles que celebraban el «descerrajamiento».

Los llevaron dentro, a través de los pasillos, los patios y las salas de control descerrajadas (ejem, ejem) donde las visitas o las condenadas podían quedar retenidas. Todas las puertas estaban completamente abiertas o habían sido retiradas y dispuestas en caballetes para apilar encima un surtido de ropa y otros productos que compartían las presas entre sí o que les habían facilitado desde fuera. El módulo de celdas estaba compuesto de enormes habitaciones de altos techos y paredes de barrotes. En ellas se alineaban literas de tres alturas engalanadas con carteles y de las que pendían sábanas para dotarlas de privacidad (tal vez estuvieran allí antes del descerrajamiento, pero Tam no creía que las cárceles funcionaran así). La iluminación era escasa y el ruido de las conversaciones susurradas a su alrededor y los ronquidos y la respiración de cientos —¿miles?— de mujeres hacían que aquel lugar sonara como un enorme túnel de murmullos.

—Por aquí —susurró su guía.

Avanzaron en fila india por un estrecho pasillo entre literas, rumbo a las profundidades del laberinto. Tam sintió momentáneamente la preocupación propia de pordefecto, porque aquellas mujeres eran criminales y algunas seguramente habían cometido actos violentos

imperdonables para acabar allí. Había gente violenta en todas partes. La mayor parte del tiempo, la mayoría no hacía nada especialmente violento, porque incluso los psicópatas necesitan apañárselas y tener su vida. Aquellas personas no habían sido más que cariñosas con ellos desde su llegada. Limpopo era una de ellas. Tam obligó a cerrar el pico a esa sección suya anclada en pordefecto.

Limpopo estaba dormida en su litera; bajo aquella luz tenue, su cara parecía un contorno en tonos grises, pero tenía más arrugas y estaba más vieja de lo que Tam recordaba. Se reunieron todos alrededor de la litera y a Tam le vino a la cabeza la imagen de los enanitos arremolinados en torno al ataúd de Blancanieves.

—Qué raro es esto —susurró Etcétera desde el pecho de Seth.

Limpopo se movió. Torció el gesto: ¡qué montón de arrugas! Tam se llevó la mano a su propio rostro. Limpopo parpadeó dos veces, abrió los ojos y miró a su alrededor. Debían de parecer siluetas sin rostro, pero ¿quién si no podía estar en su cama?

—G, te he traído a unos amigos —susurró la guía con la voz cargada de lágrimas.

—Gracias —respondió Limpopo, también con un susurro—. Gracias, Testshot. Muchas gracias.

Limpopo se incorporó sobre los codos.

—Joder, qué bueno verte.

Tam pensó que lo había dicho Limpopo, pero volvía a ser Etcétera, con una voz extrañamente modulada con emoción de máquina.

Limpopo medio sonrió, le temblaban los labios. Corrían lágrimas por su cara. Nadie sabía qué hacer. Iceweasel dejó a Stan en los brazos de Seth, rodeó con los suyos el cuello de Limpopo y tiró de ella para darle un largo abrazo.

—Te quiero, Limpopo —susurró.

—Todos te queremos.

Gretyl entregó a Jake a Tam y enredó sus brazos en torno a Limpopo y a Iceweasel, resbalando parcialmente dentro de la cama para hacerlo. Tam miró la cara dormida de Jake y vio que se estaba despertando —a pesar de que se abrazaba como un mono a un árbol—; brazos fuertes, pelo sucio y aliento agri dulce de dientes sin lavar.

—¿Mamá? —masculló.

—Está ahí mismo.

Tam se giró para que el niño pudiera ver a las dos madres abrazar a esa peculiar señora mayor en la extraña habitación

oscura. Por raro que pudiera parecer, la escena lo tranquilizó.

—¿Te puedes tener en pie? —le preguntó Tam.

El niño se lo pensó y asintió. Tam lo dejó en el suelo y se incorporó al abrazo, aplastándole una pierna a Limpopo cuando maniobraba para colocarse. Un minuto más tarde, los brazos de Seth la rodeaban.

Se abrazaban y lloraban en la oscuridad. Entonces Jake dijo con un tono sorprendentemente alto:

—¡Tengo que hacer pipí, mamá!

Se echaron todos a reír, se desenmarañaron, pidieron al niño que se callara y susurraron sus disculpas a las mujeres a las que había despertado el grito. Limpopo los condujo de vuelta por el bloque de celdas hasta el patio, iluminado con focos y poblado de pequeños grupos que conversaban sentados en mantas y sillas del edificio. Sacaron de las mochilas sillas plegables, mantas y botellas del delicioso *whisky* de una impresora que viajaba en el Gilberto Gil. El ritual era tan normal y al mismo tiempo tan extraño que Tam se sentía continuamente zarandeada, hasta que volvieron a establecer su círculo de conversación. Los niños estaban en brazos de Iceweasel y de Gretyl y miraban con los ojos como platos a todos los adultos que los rodeaban,

adormilados, gruñones y emocionados al mismo tiempo. Tam entendía cómo se sentían.

Limpopo les contó a trompicones, con muchas interrupciones, la historia de su encarcelamiento. No era una historia agradable. Había pasado mucho tiempo en aislamiento total: era un castigo rutinario para las infracciones más insignificantes. Los andantes eran seleccionados especialmente para ese calvario. El periodo más largo que pasó confinada en solitario fue de dos años, en los que no tuvo ningún contacto con la población general. No fue mucho mejor el resto del tiempo: durante años y años a las presas se les concedió únicamente una hora al día fuera de la celda. Estuvieron seis meses sin que se permitiera a nadie salir del bloque de celdas salvo para emergencias médicas: ni duchas ni ejercicio físico. Tam pensó en los enormes y resonantes barracones y trató de imaginarse atrapada dentro con cientos de mujeres durante medio año. Le recorrió el cuerpo un escalofrío y bebió más *whisky*.

Al principio todos escuchaban absortos. Pero era tarde. Habían tenido un día largo. Empezando por Gretyl, Iceweasel y los niños, se fueron retirando y encontrando literas vacías en las celdas. Finalmente solo quedaron Tam y Seth. Y Etcétera. Tam apenas podía mantener los ojos abiertos.

Limpopo y Etcétera estaban entregados a una fusión mental verbal, con una conversación cada vez más íntima y

tintada de referencias privadas que Tam era incapaz de entender, aunque tal vez fuera por el agotamiento.

Tam se dio cuenta de que Seth se había quedado dormido en la silla. Limpopo estaba concentrada única y exclusivamente en la conversación con la caja que Seth llevaba en el pecho. Tam despertó con un empujoncito a Seth, que apretó los párpados.

—Venga. Suelta al muerto y déjaselo a Limpopo, nos vamos al saco.

Limpopo soltó una risita y Etcétera se rio con ella. Parecía que estaban conspirando cuando Tam y Seth se fueron a la cama.

El desayuno fue una empresa divertida: rebuscaron por las cárceles y la ciudad de tiendas de campaña del parque de TransCanada para encontrar impresoras con baterías y material, y, mientras lo hacían, mordisqueaban chucherías que les ofrecían quienes pasaban por allí y ellos les daban de las suyas, ya fueran cosas que habían traído o que les habían regalado por el camino. Cuando Tam y Seth alcanzaron al grupo de carroñeros, este se había diseminado y vuelto a reunir, utilizando para encontrarse unos a otros la red que los andantes habían instalado en la zona. Era un día de sol y bochorno. Los niños llevaban únicamente unos pantalones cortos de un naranja brillante, cascos de vikingo con cuernos

y chancas que hacían ruido de pedos al andar, lo que evidentemente les encantaba.

Seth parecía desnudo sin Etcétera distribuido por su cuerpo. Tam y Seth disfrutaron de la privacidad de poder hablar y hacerse mimos sin tener a muertos por medio. La sensación era la de un nuevo día —en términos simbólicos y literalmente—. Habían completado la misión, se habían reunido con su amiga perdida y habían facilitado que su amigo muerto se reencontrara con ella. Tam y Seth iban cogidos de la cintura, estaban bien alimentados y el sol brillaba. Era un nuevo día, estaban rodeados de andantes. No tenían nada que hacer y al mismo tiempo lo tenían todo por hacer.

Limpopo los encontró a todos sentados en la hierba de una pradera descuidada al otro lado de la autopista, observando los grandes drones que volaban perezosos trazando círculos sobre sus cabezas. Algunos eran de pordefecto, otros eran andantes, alguno tal vez se había escapado de una granja y se había incorporado a una bandada por una mera cuestión ética.

—Buenos días, gente guapa —dijo Limpopo prácticamente cantando.

A plena luz del día parecía todavía más vieja. Estaba encorvada y Tam creyó ver que le temblaban las manos. No es que fuera mucho mayor que Tam, es que había tenido una

vida mucho más dura. Fuera cuales fueran las diferencias entre sus circunstancias, Tam sabía que aquel era su futuro. Sintió una nostalgia increíble de la mujer joven y segura que había sido.

—¡Buenos días! —respondieron a gritos.

Icweasel la placó con un abrazo. Tam se estremeció, preocupada por la fragilidad de Limpopo. Pero ella se rio, abrazó a Icweasel y exigió que le volvieran a presentar a los niños, con los que tuvo una conversación seria sobre los intereses de cada cual (viajes espaciales y cosas viscosas) y para los que encontró chucherías en los bolsillos: caramelos cierrabocas de mil sabores del tamaño de pelotas de golf. Sus madres concedieron su aprobación con un asentimiento y las pelotas de golf desaparecieron dentro de aquellas bocas, cerradas mientras siguiera quedando caramelo.

—¿Tú cómo estás? —preguntó Icweasel rodeando con un brazo los hombros de Limpopo y con la cara vuelta al sol—. Esto debe de ser lo más friki que..., tus amigas y tú tenéis que..., no sé, es que...

—Sí —respondió Limpopo—. Y no. El tema es que, cuando estás presa, te pasan cosas. No te piden opinión. Conozco a mujeres que han estado dentro años, décadas, y que de repente fueron liberadas sin previo aviso. Los guardias se presentaron y les dieron literalmente una patada en el culo. Sin posibilidad de llamar a la familia ni de despedirse. A

veces había presas que estaban listas para marcharse, con el papeleo hecho, y entonces, cuando faltaban pocos minutos para que salieran, se cancelaba. Nadie sabía decir por qué. Cuando las puertas se abrieron, fue una versión de las vidas arbitrarias que ya estábamos viviendo, aunque multiplicada.

»Estábamos también acostumbradas a ser autosuficientes. Intercambiábamos favores, nos cubríamos las espaldas unas a otras. Hacíamos la mayor parte del trabajo de la prisión. Así es como TransCanada conseguía los dividendos para los accionistas: obligando a las presas a hacer todo su trabajo, sin remuneración, alegando la condena. Una vez que las puertas se abrieron, no fue tan difícil mantener las luces encendidas. No tenemos todos los consumibles que necesitamos, estar fuera de la red eléctrica significa que solo podemos funcionar con lo que sacamos de los aerogeneradores y de los paneles de los tejados, pero eso lo único que significa es que hemos tenido que salir al mundo y encontrar gente que nos ayude y viceversa. Había muchísimos andantes encerrados. La idea de tener todo esto en marcha sin avaricia y sin engañarnos es a lo que nos dedicamos. —Limpopo sonrió de oreja a oreja—. Yo diría que lo estamos haciendo de puta madre.

El altavoz que llevaba Limpopo colgado al cuello la vitoreó, acompañado de ruido de palmas.

—Eres mi heroína total —dijo Etcétera—. Un ejemplo elocuente para todos, vivos y muertos.

Las palabras de Etcétera hicieron sonreír a todos y sacaron a colación la cuestión que Tam se moría por plantear.

—No quiero que suene raro, pero ¿vas a hacerte un escáner nuevo? Solo por si...

Limpopo miró hacia otro lado.

—Chanchanchanchán —dijo Etcétera—. Se cierne crisis existencial.

—Sé que hay otra yo ahí fuera, donde vivís vosotras, y parece...

—Una completa...

Limpopo golpeó ligeramente el pequeño altavoz que llevaba al cuello.

—Déjalo ya. Así no me ayudas, es cruel. Pasara lo que pasara entre ella y tú, no es excusa para que seas un capullo cuando hablas de ella conmigo. ¡Especialmente conmigo! Ella soy yo.

—Esa es la crisis existencial —respondió Etcétera.

El Etcétera del altavoz no daba muestras de sentirse herido, mientras que al Etcétera vivo la idea de parecer malvado en público habría hecho que lo devorara la ansiedad. ¿Significaba eso que no era la persona que había

sido?, ¿que había crecido?, ¿o tal vez que las contenciones le mantenían el estado de ánimo centrado?

Limpopo se mostró agresiva.

—Sí, me voy a escanear. Ya hay dos grupos haciendo escáneres en la cárcel de hombres. Nosotras vamos a montar el nuestro. Muchas somos viejas ya, y las enfermas son todavía más. Y luego está la posibilidad de que nos tiren un par de bombas para dar ejemplo.

Todos miraron al cielo.

Gretyl sacudió la cabeza:

—Es siempre una posibilidad. Tal vez TransCanada cambie de idea y vuelva para encerrar otra vez a todo el mundo. Tenéis que entender que esta mierda tiene acojonado a pordefecto. Una vez que las cárceles dejan de funcionar, ¿qué es lo siguiente? Sus pequeñas islas de normalidad se están encogiendo. Les tranquilizaría la cabeza y el corazón mandaros a vosotras, las niñas malas, a vuestro cuarto sin cenar.

La conversación oscureció el día.

VII. EL DILEMA DEL PRISIONERO ³⁶

[VII, i]

Gretyl volvió de las impresoras con todo lo que necesitaban para construir un refugio: marcos flexibles y conectores que los niños ensamblaron rápidamente, película fotorreactiva que extendieron sobre cada pieza y

36 El dilema del prisionero, es un problema fundamental de la teoría de juegos, que pretende demostrar que dos personas pueden no cooperar, pese a que si lo hicieran, el resultado sería mejor para las dos partes.

El enunciado del dilema según Albert Tucker es así:

La policía acaba de arrestar a dos sospechosos. No se han encontrado pruebas suficientes para condenarlos, y tras haberlos separado, un interrogador visita a cada uno y le ofrece un mismo trato. Si confiesa y su cómplice no, el cómplice sería condenado a 5 años y el delator quedaría libre. Si ambos confiesan, cada uno recibirá una condena de 3 años. Y si ninguno confiesa, ante la falta de pruebas, pasarán un mes en la cárcel y saldrán libres.

[N. e. d.]

que encajaron para formar una media cúpula con un lado plano y una puerta. La levantaron en el campo desde donde habían estado mirando los drones. La zona frente a las puertas de la prisión estaba atestada, no había espacio para estructuras nuevas del tamaño suficiente para una familia de cuatro miembros. Aquel lugar era también más tranquilo. El resto del grupo se estaba estableciendo allí también.

Limpopo no estaba preparada para marcharse y tal vez nunca lo estuviera. Quería construir un *onsen*. La mención del *onsen* iluminó los ojos de quienes la habían conocido en el B&B, incluida Iceweasel. Acordaron por consenso que se quedarían a ayudar. Los niños no habían visto nunca un *onsen* (en Gary habían pasado de moda) y veían vídeos con avidez para saber cómo eran. Estaban comprometidos con el proyecto. Gretyl podría haber puesto rumbo a casa, pero no había motivos para estar en un lugar y no en otro. Podía dar clase desde cualquier sitio. El poco trabajo serio de matemáticas que hacía con otros compañeros no dependía de su ubicación geográfica.

A Gretyl no le gustaba estar allí: demasiado cerca de Toronto, de Jacob Redwater. Era curioso que Iceweasel le hubiera puesto su nombre a uno de los niños, pero estar tan cerca de lo que Gretyl consideraba «la guarida de Jacob» la crispaba. Por eso Iceweasel quería quedarse allí. Necesitaba demostrar —a sí misma, al mundo, a su monstruoso padre, que seguía hasta el último de sus pasos— que no tenía miedo. Lo habían discutido ya cuando hubo que poner

nombre a los niños. Gretyl entendía que no había información nueva que pudiera obtener refactorizando aquella dolorosa discusión. Ya había sido lo bastante temeraria en una ocasión para discutir por este motivo con Iceweasel (una Iceweasel embarazada, además) y había aprendido la lección.

Todavía daba un respingo ante cualquier sombra.

—Esto no te gusta un pelo.

Los niños estaban en el espacio de construcción del *onsen* ensamblando ladrillos de laboratorio. Les habían prometido una expedición de recuperación a un sitio donde un dron había catalogado una carga enorme de materiales útiles, siempre y cuando trabajaran diligentemente y se comportaran como era debido aquella mañana. Iceweasel había regresado y había dejado caer todo su peso en la cama del campamento, derrengada, chupando la tetina de la mochila de hidratación y con el hermoso brillo del sudor.

—Nada de eso. Entiendo perfectamente...

—Que no te guste y lo entiendas no es contradictorio. Quiero que sepas que yo sé que no te gusta esto y que te agradezco que lo estés haciendo igualmente.

Gretyl sacudió la cabeza.

—Yo también te quiero.

Iceweasel estiró un brazo, la buscó a tientas y le dio unos golpecitos en el culo. Gretyl le tomó la mano. Era agradable tener un momento sin niños. Llevaban un tiempo ya sin disfrutarlo. Apretaron sus manos y Gretyl cerró los ojos.

—Me he hecho un escáner nuevo hoy —dijo Iceweasel—. Los niños también.

Gretyl abrió los ojos.

—Ah...

Había intentado con todas sus ganas mantener un tono de voz neutral, pero no lo había conseguido.

—No seas así.

—¿Que no sea cómo?

Iceweasel retiró la mano y se incorporó.

—Había toda una tropa haciéndolo, madres y niños; ahora los escáneres están montados y en funcionamiento. Sabes que no hace ningún daño.

—Ya sé que el proceso de escaneado no te puede hacer ningún daño, pero...

—Pero alguien podría robar el escáner y hacernos algo terrible. Lo sé. Ya lo hemos hablado. Están asegurados con mi clave privada o con una supermayoría de las claves de

nuestros amigos, el grupo habitual, el mismo que utilizamos para todo lo demás.

Gretyl sacudió al cabeza.

—Muy bien.

—Es obvio que no te parece muy bien.

—Explícame por qué te sientes tan amenazada que te haces un escáner, pero no lo suficiente para simplemente largarte.

—Hacernos un escáner nos da cierta seguridad.

—¿Seguridad? ¿Te refieres a que si, por ejemplo, tu padre te secuestra, puedo montar una simulación de ti para que cuide a nuestros hijos? ¿Que si morimos quizá nuestras amigas nos arranquen como simulación y nos lleven en el cuello para que podamos hablar desde sus tetas para el resto de la historia?

—Mi padre no va a secuestrarme.

En los primeros cinco años de su relación, Gretyl desarrolló la capacidad de detectar cuándo Iceweasel pretendía cambiar de tema. En los años posteriores aprendió a saber cuándo sacarlo a colación. Esta vez no lo mencionó.

—¿Y eso cómo lo sabes?

Iceweasel apartó el brazo con el que se tapaba la cara, escupió la tetina de la mochila y se sentó.

—Porque he tenido noticias de él.

Gretyl se quedó literalmente pasmada.

—Repite eso.

—He tenido noticias de él. Venga, sabes que me ha mandado mensajes. No respondo. Nunca respondo.

—Antes no estábamos al lado de su casa.

—Estás siendo supersticiosa. Para Jacob Redwater no es más difícil llegar a un sitio que a otro. La distancia no es lo que nos da seguridad.

Gretyl también llevaba suficiente tiempo casada con Iceweasel para reconocer cuándo su mujer tenía razón. Cerró el pico y se esforzó en dejar de preocuparse. Los niños volvieron en busca de ropa adecuada para una misión de rescate de materiales. Iceweasel y Gretyl se distrajeron dándoles un manguerazo y vistiéndolos después. Luego todo quedó olvidado. O al menos podían fingir que así era.

[VII, ii]

Ladrillo a ladrillo, fueron levantando el *onsen*. La construcción se aceleró cuando una parte de la tropa hizo en el fablab mecas obreros que, por supuesto, los niños quisieron pilotar. Los mecas funcionaban automáticamente y disponían de sistemas a prueba de fallos. Todo el mundo estaba de acuerdo en que aquello se les daba bien a los niños y en que, al contrario que los adultos, nunca se aburrían con las tareas manuales repetitivas, siempre y cuando pudieran pilotar robots al mismo tiempo.

Inicialmente insistieron en que tuvieran cerca copilotos adultos con dispositivos de hombre muerto, pero no había adultos con la energía suficiente para soportar el entusiasmo constructor de los chicos. Además, el *onsen* avanzaba a mucha velocidad gracias a su contribución. Habría sido de gilipollas obligarlos a bajar el ritmo.

—La crianza —decretó Iceweasel— es el arte de no estorbar en el desarrollo de tus hijos.

Y con esto la cuestión quedó zanjada.

Además, todo aquello les permitía pasar más tiempo juntas del que habían tenido desde que nació Stan.

Era una segunda luna de miel en los primeros —y emocionantes— días de una —muy pequeña— nación nueva. Los expresidarios y sus familias añadían cada día algo más: reducían a polvo las barras de acero de las celdas para utilizarlas como material en los fablabs y obtenían puntales tejidos con el mínimo peso y material, versiones de las bicicletas que ellos habían utilizado, pero con más medidas de seguridad. Hoa y sus amigos llegaron para una visita de tres días pedaleando en otras parecidas. Encontraron a un grupo de emocionados exconvictos que querían saber cómo funcionaban aquellas bicicletas tan raras. Poco después había tres talleres produciendo variaciones sobre el mismo diseño. Estaban llegando a un punto en el que se empezaban a gestar serias discusiones sobre buena educación entre ciclistas y peatones.

Gretyl había olvidado lo vigorizante que era la vida revolucionaria. En Gary tenían una rutina establecida, el tipo de cosas que tienes que hacer si estás criando niños y te guardas algo de vida para ti. Ahora no había dos días iguales. Cada amanecer traía nuevos retos, nuevas soluciones. Hacía años que Gretyl no formaba parte de un lugar donde había discusiones serias en los tableros de mensajes. Ahora estallaban sin parar, llegando incluso a las manos, a peleas que tenían que aplacar pacificadores a la altura de tal desafío.

Justo cuando le estaba cogiendo el gusto a todo aquello...

—Gretyl.

La forma en la que Iceweasel dijo su nombre la paralizó. Había oído a Iceweasel triste, asustada, incluso con un ataque de pánico, pero nunca había oído ese tono en la voz de su mujer.

—¿Qué?

Gretyl limpió de un palmetazo las interfaces y sacudió las muñecas para cerrar todas las tareas que había puesto en cola. El refugio parecía estrecho, incómodo.

Iceweasel estaba sudando. Tenía los ojos como platos. Gretyl notó que se le aceleraba el corazón.

Por la puerta entró otra mujer. Era... un resorte. No muy alta, con el pelo corto y elegante, la cara cuadrada, tal vez eslava. Tenía la postura de una gata a punto de saltar. Gretyl no sabría decir su edad: mayor que Iceweasel, pero en un estado físico tan excelente que sería imposible decir cuánto. Tenía dientes pequeños y cuadrados que mostró en una rápida sonrisa. Gretyl se imaginó quién era.

—Tú serás Nadia, ¿verdad?

Nadia asintió ligeramente.

—Y tú Gretyl.

Nadia extendió una mano. Seca. Fuerte. Con callos. La manicura perfecta, el esmalte en tonos pardos, las puntas romas.

Gretyl miró alternativamente a Iceweasel y a Nadia.

—¿Muy grave?

—Limpopo ha ido a por los niños. Nadia tiene un helicóptero.

—Un helicóptero...

A Iceweasel le temblaban las manos. Gretyl quería cogérselas, pero sentía una poderosa e irracional rabia hacia su mujer. Aquella era la otra cara de ser revolucionaria: la gente que te rodea muere, todo el tiempo. Ahora sus niños, sus hijos, que tenían la capacidad de provocarle dolor con una fuerza que irradiaba de la boca del estómago y llegaba a las puntas más alejadas de sus extremidades con solo mirarla con la cabeza levantada, ojos limpios y esas preciosas boquitas, se habían atravesado en el camino de una fuerza inconcebible. Habría tiros y cosas peores. Los vídeos de Akron se reproducían sin parar, animaciones aceleradas que se dejaban caer en los tablones de anuncios para ilustrar argumentos baratos sobre la brutalidad del mundo exterior.

—¿Cuánto tiempo?

—No mucho —respondió Nadia—. Por suerte, la discusión ha sido larga. Me ha dado tiempo a llegar aquí. Pero ya lo han decidido, están en marcha.

—¿Y por qué no iban a derribar tu helicóptero? —preguntó Gretyl, a la que el corazón le retumbaba en el pecho.

—Porque es mío, es mí helicóptero —dijo Nadia, que ladeó la cabeza ligeramente—. Soy zota.

—Cierto.

Las manos de Iceweasel eran puños. Llegó el alegre sonido de las voces de los chicos y los pesados pasos de la maquinaria. Gretyl no se molestó en utilizar la puerta. Se abrió paso de una patada por la pared de película fotorreactiva, llenando la fresca oscuridad del interior con una lluvia de luz.

Los niños pilotaban un meca cada uno. Limpopo, Seth y Tam iban en ellos, sobre los hombros de los robots, aferrados a las asas de la cabeza. Los niños daban alaridos y aceleraban las máquinas a la máxima potencia posible; al parecer habían recibido órdenes de no preocuparse por lo que pudieran destrozar. Los brazos de los mecas bailaban delante de ellos, apartando tiendas y yurtas a golpe limpio.

Iceweasel y Nadia se unieron a Gretyl, en su caso utilizando la puerta. Gretyl vio a Nadia valorar el grupo y sacudir ligeramente la cabeza.

—No vamos a caber todos en tu helicóptero, ¿verdad?

Se había dirigido a Nadia. Iceweasel la miró con aspereza.

—Gretyl, no seas gilipollas...

Esa salida ya se la conocía Gretyl. Funcionaba así: «la he cagado, así que ahora todo lo que digas me lo va a recordar y me va a poner furiosa». Gretyl lo sabía. No tenían tiempo para eso. La ignoró.

—No hay suficiente espacio —dijo Nadia.

—¿Cuántos?

—Vine a llevaros a vosotros cuatro.

Gretyl reconoció la evasiva de la respuesta.

—Pero ¿para cuántos tienes espacio?

Limpopo bajó del meca y ayudó a los niños mientras los demás descendían. Gretyl los miró rápidamente, se aseguró de que estaban vestidos y llevaban la cabeza cubierta.

—Busca agua —le dijo a Iceweasel.

Aire, ropa, agua, comida. Prioridades básicas andantes.

—Y comida —añadió y se dirigió de nuevo a Nadia—: ¿Cuántos?

—Vine a por cuatro.

La maternidad había hecho cobarde a Gretyl. Estaba avergonzada, porque no podía decir: «Si nuestros amigos no vienen, no nos vamos». Ya no era solo su vida la que estaba en juego.

—Llévanos a todos —dijo intentando parecer decidida.

Iceweasel había vuelto y tiraba de las cintas de compresión de la mochila más grande, deformada por lo que fuera que hubiera metido dentro.

—¿Cuántos?

Nadia miro a Iceweasel con ojos completamente impenetrables y volvió a mirar a Gretyl.

—¿Serías capaz de elegir? —le dijo.

—Prefiero explicarles a mis hijos la elección que explicarles por qué había asientos vacíos a su lado cuando empezó a morir gente.

—¿Cambiaría la cosa si te digo que vienen con armas no letales?

—¿Como en Akron?

—No como en Akron. —Se había reunido público a su alrededor. Fuera lo que fuera que vieran en su lenguaje

corporal, los tenía en silencio—. No exactamente como en Akron. En Akron hicieron mártires. Les supuso un perjuicio en todo el planeta. Vienen con armas no letales, como policía, para restablecer el orden e investigar los asesinatos.

—¿Qué asesinatos? —preguntó Limpopo, que pese a estar encorvada y temblarle las manos se impuso con un tono contundente que hacía que pareciera medir dos metros y medio.

Nadia negó con la cabeza y dijo:

—No hay tiempo. —Los miró a todos—. Puedo llevarme, eh... a uno más.

Se miraron unos a otros. Gretyl dijo:

—Tiene un helicóptero.

Volvieron a mirarse.

—Yo me quedo —dijo Gretyl.

Iceweasel la miró desconcertada y afligida. Gretyl respondió con una mirada que dejaba claro que no permitiría una discusión. No era una mirada muy habitual en su relación. Estaba cargada de significado.

Limpopo dijo:

—Esta es mi casa. Seré testigo. Moriré si es preciso.

Etcétera dijo algo en voz baja desde las clavículas de Limpopo con un tono dirigido solo a ella. Una ligera sonrisa se asomó a los labios de Limpopo, que acarició el altavoz.

—No te puedes quedar —dijo Iceweasel.

Stan empezó a llorar, algo tan poco habitual que Jake se puso también a berrear. Gretyl se lo subió a una cadera y dejó que enterrara el rostro en su cuello. Gretyl miró a Limpopo a la cara. Le sorprendió lo diferente que era, en qué medida los años en la cárcel no solo la habían avejentado, sino que la habían cambiado. Antes le impresionaban los esfuerzos que hacía Limpopo por no parecer que daba órdenes o que ejercía algún tipo de autoridad. Ahora era una alfa pura, irradiaba un dominio incuestionable.

—No me voy —insistió Limpopo con una seguridad inquebrantable.

Era el turno de Seth y de Tam. Miraban alternativamente a Iceweasel y a Gretyl.

—Gretyl —dijo Seth—, tú eres madre, no puedes...

—Sí que puedo —respondió Gretyl, que tuvo que tragarse el nudo que se le había formado en la garganta—. Y lo haré. Hay cosas de las que no puedes huir. —Pensó en su estudiante y en el rayo del dolor—. Quiero que mis hijos estén a salvo, pero nuestra familia no tiene más derecho a seguir intacta que ninguna otra. —Aquellas palabras no

tenían sentido, tampoco para ella—. He andado mucho —concluyó encogiéndose de hombros—, esta vez no me muevo.

La discusión podría haber continuado de no ser por Nadia, que ladeó ligeramente la cabeza para escuchar algo en la cóclea, movió discretamente los dedos y entrecerró los ojos.

—Nos vamos —decretó extendiendo las manos para tomar a Stan de los brazos de Gretyl.

Gretyl lo abrazó, lo besó y apretó con fuerza los párpados para contener las lágrimas. Hizo lo mismo con Jake. Registró de manera consciente el olor de los niños en la memoria, repitiéndose que nunca olvidaría aquel olor, aquellas caras, aquellas voces de sus amados hijos. Luego se acercó a su mujer y la rodeó en un abrazo que se extendía en el tiempo hasta sus primeros toqueteos burdos y furtivos, a lo largo de los años de amor y compañía, de dificultades y de ausencias, de reencuentros, de disputas y reconciliaciones. Tuvo que emplear todas sus fuerzas e incluso fuerzas que ni siquiera sabía que tenía para no llorar, especialmente cuando notó las lágrimas de Iceweasel en sus mejillas, saladas y tan reconocibles como las suyas propias.

Nadia hizo un ruido para transmitir urgencia.

—Despegamos en siete minutos. Vamos a tener que correr.

Salió a la carrera con Stan en brazos. Iceweasel cogió a su otro hijo y se puso a correr detrás de ella. Seth y Tam miraron a Gretyl con un gesto de impotencia y salieron disparados también.

Quedaban Limpopo y Gretyl.

—¿Quieres ver si hay algo en el refugio que quieras salvar?

Gretyl, moviéndose con un entumecimiento como de ensueño, volvió al refugio y rebuscó entre las sábanas y las escasas posesiones. Había tres mantas, dos pequeñas y una grande. Las pequeñas olían a los niños, la grande a Iceweasel. Las cogió. Mousey, el ratón de peluche de Jake, cayó de su manta. Gretyl lo levantó agarrándolo por su zarpa desgastada y mordisqueada. El animal la miraba con ojos humedecidos cuando volvió a meterlo entre las mantas.

—Puedes ponerlas con mis cosas —dijo Limpopo.

Fueron caminando rápido a la prisión. Limpopo iba distraída y tropezaba por ir andando, hablando a través de su interfaz y mandando mensajes al mismo tiempo. A veces le pedía a Etcétera que mandara algún mensaje. Cuando llegaron al extenso campamento que habían levantado frente a las puertas de la prisión, la situación era de semipánico: la gente, cargada con fardos a la espalda, corría para entrar o para salir de los edificios. Los niños lloraban, pero, salvo por eso, había mucho silencio. Las palabras

llegaban tensas y concisas, muchas con ese tono peculiar dirigido a los micrófonos de las interfaces, no a los oídos humanos.

—Vamos dentro —dijo Limpopo.

Gretyl oyó el rotor de un helicóptero en la distancia; el sonido lo transportaba la brisa y se acallaba conforme se alejaba. Plantó los dos pies en el suelo y se llevó las manos a la cara. Lloraba de verdad. Limpopo la tomó del codo y le susurró que no pasaba nada, que su familia estaba a salvo. Debían moverse. Y rápido.

Gretyl se dejó llevar. Tenía el cerebro partido en dos: una fracción estaba superada por la pena y la culpa; la otra parte (la que había tomado la decisión) revisaba a toda velocidad estrategias y tácticas para lo que fuera que les tocara vivir. Nadia aseguraba que las fuerzas desplazadas no harían mártires, que querían demostrar que se trataba de la lucha contra la delincuencia, no de una guerra. Que no luchaban por la existencia de una sociedad cuyo final se acercaba.

Los andantes tenían algo de lo que pordefecto carecía: salvo en el caso de algunos niños, todo andante había formado parte de pordefecto en algún momento. Prácticamente nadie en pordefecto —y por supuesto nadie a quien se concediera atención— había echado a andar nunca. A Gretyl le resultaba sencillo superponer la perspectiva de pordefecto en las distintas situaciones.

A los atacantes los vitorearían neciamente por luchar contra los presos y sus defensores (delincuentes en segundo grado), que terminarían gaseados hasta que se rindieran y acabaran apilados unos encima de otros como troncos recién cortados.

Si respondían, podía producirse una masacre, pero no serían mártires. Serían el ISIS, monstruos enloquecidos por una ideología a los que reprimir —por lamentable que fuera— con toda la fuerza necesaria.

Todo eso pasaba por su cabeza mientras seguía sollozando, con las dos mitades del cerebro observándose entre sí con una fascinación perversa y preguntándose cuál era la Gretyl real.

La cárcel de menores atrajo a los frikis de verdad de las redes. Mandaron mensajeros a la cárcel de mujeres preguntando si había alguien con experiencia en redes que pudiera manipular los controladores de señal en los algoritmos de encaminamiento para equilibrar la infraestructura de la red, ya que partes de ella se habían caído. Gretyl y Limpopo se miraron la una a la otra.

—Mi sitio está aquí... —empezó a decir Limpopo.

Entonces una de sus amigas —la que las había guiado hasta la litera de Limpopo, cuyo nombre Gretyl no podía recordar en medio de tanta tensión— carraspeó:

—No seas idiota. No eres nuestra abuela, no eres más que otra presa. No te necesitamos aquí para que cuides de nosotras. Haz lo que tengas que hacer. Todo el mundo sabe que eres mierda de la buena con la programación y la seguridad. Que los vídeos sigan saliendo va a servir más para defender nuestra posición que poner ese cuerpo seco y viejo entre nosotras y los gorilas a sueldo.

Limpopo fingió darle un puñetazo, la abrazó fugazmente, la besó en la mejilla y se pusieron en marcha.

—Lo que estoy pensando es esto —dijo cuando trotaban hacia la cárcel masculina—: este sitio tiene más vigilancia que cualquier otro en el que hayas estado, cien veces más. Hasta el último centímetro está grabado todo el tiempo. Esas imágenes van a un centro de datos que aplica una evaluación heurística y las clasifica de manera que los guardias puedan recibirlas montadas como una infografía.

—Podrías montar un servicio de vídeos atroces —dijo Etcétera—. Lo peor que hagan se mete en un único canal que lo pega todo como una peli.

—La idea es prevenir las atrocidades —intervino Gretyl—. Nadia aseguró que no quieren mártires, no quieren otro Akron.

Llegaron a las puertas justo cuando un enjambre de drones apareció en el cielo con la aparente intención de bombardear los tejados de la prisión.

—¡Ayayay! —exclamó Gretyl.

—No —dijo Limpopo, que escuchaba un canal de información—, ha sido adrede. Van a mantener una tropa mínima de rúteres en el aire, los suficientes para la señal y la telemetría. El resto los van a dejar en tierra, en jaulas de Faraday, hasta el primer ataque PEM. Es una táctica estándar, dicen que lo hicieron en Nigeria, aunque para mí no tiene ningún sentido.

—Fue la leche —contestó Gretyl—, pero han debido de censurarlo. Empezaron con esas ciudades flotantes que están enfrente de Lagos. Se separaron literalmente del continente en un levantamiento andante, no tenían ni electricidad ni agua, no disponían de lo suficiente para mantenerse estables. Contrataron a mercenarios del subcontinente para pacificar Lagos. Los andantes les dieron una buena paliza, guardaron los rúteres en jaulas y los liberaron en pequeñas oleadas, mezclándose con los drones de los mercenarios, de manera que tuvieran que inutilizar con el pulso electromagnético sus propios polluelos para acabar con los de los andantes. El suministro de datos y vídeos apenas se inmutó. Hizo que los mercenarios parecieran gilipollas.

Llegaron a una sala de seguridad informática en un tercer sótano. Un chico de no más de catorce años les hizo una entusiasta presentación de las características del centro de seguridad: un conducto acorazado que lo unía con conexiones de fibra seguras y el cableado del edificio, baterías de repuesto...

—¿Tiene su propio suministro de aire? —preguntó Gretyl.

El niño se encogió de hombros. Era delgadito, tenía el pelo a lo afro muy recortado y brazos y dedos largos. En la cara, una expresión que rebosaba picardía a través de sus ojos caídos.

—Todos los edificios tienen mamparas que pueden bajarse para gasear solamente una pequeña parte. Es barato y efectivo, siempre y cuando tu equipo tenga máscaras.

Aquello explicaba que al llegar hubieran visto a todos esos niños con máscaras de gas, mientras que en la cárcel de mujeres apenas había. Se las habían fabricado con pañuelos microporosos y gafas de protección. Al salir, Gretyl y Limpopo pasaron por una pequeña pero eficiente cadena de montaje.

Aquel lugar ofrecía una perspectiva privilegiada, si bien surrealista, de la Batalla de las Cárceles de TransCanada. Empleaban seguridad privada en la primera línea, no mercenarios exactamente. Se trataba de polis

subcontratados, tipos con uniforme que eran utilizados por ciudades con fuerzas policiales privatizadas y por otras ciudades cuando los sindicatos policiales se ponían arrogantes. Eran hombres y mujeres con armaduras increíbles, prendas que sugerían un renacimiento *ciberpunk* de Hugo Boss. Sin rostro y protegidos, eran un ejército cada uno de ellos, con exoesqueletos y ametralladoras que daban miedo. Había un centenar y tenían el apoyo de drones y bots rápidos no letales de persecución a pie: perros y guepardos sin cabeza hechos de aleaciones de metal y solenoides blandos con la inteligencia suficiente para dar alcance a un objetivo y retenerlo contra el suelo, dándole una paliza si intentaba levantarse antes de la señal de vía libre.

La parte de Gretyl preocupada por su familia se desvaneció conforme transmitía con Limpopo los detalles a la audiencia andante mundial, que incorporaba a las wikis respuestas a cada plan de ataque que pudiesen concebir. Gretyl recordó su reflexión anterior en torno a los andantes — habían pertenecido a pordefecto, pero no al revés— y se planteó qué pensarían de todo aquello los expertos en contraespionaje de pordefecto que estuvieran siguiéndolo en directo. Sabían que los andantes se comportaban así, que trabajaban de manera abierta, pero también que cuando se enfrentaban con ellos utilizaban elaborados engaños. ¿Serían capaces de creerse que los andantes estaban sencillamente publicándolo todo en un lugar donde sus adversarios podían verlo?

Las fuerzas enemigas formaron un perímetro alrededor del complejo carcelario. Las cámaras seguían con ondas milimétricas, infrarrojos y retrorreflectores los patrones que trazaban los drones al sobrevolar la zona.

Turno de las formalidades: «Todas las personas que se encuentren en estas instalaciones están arrestadas. Nadie resultará herido si abandona el edificio con las manos en alto. Se facilitará el acceso a asistencia legal. Hay observadores de derechos humanos para garantizar el respeto de la legalidad. Tienen diez minutos». La voz llegó a través de los numerosos altavoces de la prisión y de los megáfonos incorporados en los trajes de combate de la primera línea de ataque. El hecho de que pudieran todavía transmitir audio a los altavoces del interior hizo que a todos los andantes se les encogiera el corazón. Significaba que todo el trabajo que habían hecho para asegurar sus redes y eliminar los accesos ocultos que había dejado TransCanada era insuficiente. Significaba que el enemigo tenía acceso a sus cámaras, podía liberar el gas, sellar las mamparas...

Los chicos de la seguridad de las redes estaban frenéticos, moviendo sus dedos como dardos sobre las interfaces. Gretyl se esforzó en recordar todo lo que había aprendido sobre la seguridad de la red de TransCanada, cosas que había retocado cuando le pidieron ayudar con algo que se resistía. Limpopo la tomó del brazo, sacó infografías y empezó a analizar el tráfico reciente en los servidores de audio. Etcétera consiguió lo que Limpopo estaba buscando

antes que Gretyl. Se puso a gritar a los chicos dándoles sugerencias de puertos que bloquear y huellas en el tráfico de la red que rastrear en los analizadores de paquetes.

A Gretyl la tranquilizó saber que todos estaban integrados en los procesos de toma de decisiones de los demás. Entregó diagnósticos de los andantes que estaban vigilando la red, actualizó sin mediar palabra modelos que sustentaban las infografías de Limpopo y vio cómo su amiga integraba los nuevos datos en su análisis.

En cuatro minutos habían encontrado cuatro puertas traseras. Tres eran insignificantes, cuentas de acceso que tendrían que haber sido eliminadas en todas partes, pero solo había sucedido en casi todas partes, casi. La cuarta sería más difícil de desarraigar, puesto que requeriría reiniciar el sistema al completo para cerrarla. Lo resolvieron montando una regla de filtrado estúpida que buscaba cualquier cosa que pudiera estar intentando registrarse en la red y tiraba por tierra esos paquetes. Justo cuando estaban terminando esta tarea, alguien envió un mensaje a Gretyl desde Redmond advirtiéndole que una se les había pasado por alto, que tal vez incluso a pordefecto se le había escapado. El fabricante la había integrado en el sistema para embargar la licencia de los clientes deudores que no pagaran sus facturas y permitía poner el sistema al completo en modo operativo mínimo. En teoría únicamente era posible establecer este modo con la clave de firma de Siemens, pero sería ingenuo

pensar que los espías canadienses que estaban al cargo de todo aquel espectáculo no la tuvieran.

—No hay forma de saber si son todas las que hay —dijo Etcétera, que ponía palabras con la franqueza de una máquina a lo que todos estaban pensando.

—Pues no —dijo Limpopo.

—Todo el que no está aquí dentro está buscando —argumentó Gretyl—. Si hay más vulnerabilidades, las encontrarán.

—Tarde o temprano —comentó Etcétera.

—Tú tienes una copia de seguridad —dijo Gretyl—, ¿de qué te preocupas?

—De ti.

La respuesta calló a Gretyl.

—Cuando te empeñas, eres un auténtico gilipollas —dijo Limpopo, aunque sin verdadero rencor.

Los chicos andaban dando sus retoques, construyendo segundas líneas de defensa, pero se les escapó una risita con aquel «gilipollas».

—Os quedan dos minutos —dijo entonces la voz.

En esta ocasión solo llegó desde los megáfonos del exterior, que recogían las cámaras orientadas hacia los invasores. Estaban cegando algunas cámaras con armas ligeras de energía dirigida, pero ese ataque estaba diseñado para instituciones civiles, no para cárceles fortificadas. TransCanada había gastado dinero a lo grande en sistemas de vigilancia duplicados. Debió de cabrear a los accionistas ver que todo ese dinero que podrían haber repartido en dividendos acababa...

El teléfono de Gretyl sonó en lo más profundo del oído. Lo descolgó pulsando en su interfaz; suponía que sería Iceweasel, que llamaba para asegurarse de que todo marchaba bien, algo que al mismo tiempo agradecía y le molestaba (*Estoy un poco ocupada, cariño*), pero la voz era de hombre.

—¿Hablo con Gretyl Jonsdottir?

—Sí.

La llamada había llegado a su línea solo para amigos y familia. Nadie que tuviera esa voz la conocía.

—¿Dónde está Natalie Redwater?

—¿Con quién hablo? —preguntó Gretyl, que sabía quién era, por supuesto.

—Soy Jacob Redwater. Su padre.

La teoría de juegos de Gretyl se disparó como una noria, valorando diferentes estrategias, poniendo a prueba teorías diversas acerca de lo que Jacob Redwater pretendía. No cabía duda de que sabía de su relación con Iceweasel, debía de haberse enterado de lo de los niños, de que había un Jacob Redwater II en el mundo. Había secuestrado a Iceweasel, decidido a convertirla en una zota, en una Redwater. Ella le había atacado donde más le dolía, el dinero, y debió de ponerse furioso.

Aquel tipo debía de sentir alguna forma extraña de amor por su hija. Gretyl había conocido zotas en Cornell, mecenas de su laboratorio. Había tenido que ir a cenas con ellos, a actividades para recaudar fondos, había pasado centenares de horas charlando de cualquier cosa con grandes inversores bajo la mirada atenta del director de su departamento. No era desagradable charlar con ellos, muchos eran conversadores ingeniosos. Pero había algo... algo raro en aquella gente. Gretyl no fue capaz de identificarlo hasta que no tuvo su crisis de conciencia y echó a andar de Cornell: no tenían síndrome del impostor. No les cabía ni la más remota duda de que hasta el último privilegio del que disfrutaban era merecido. El mundo estaba debidamente ordenado. La gente importante estaba arriba. La gente sin importancia, abajo.

Si le contaba a Jacob Redwater que Iceweasel había escapado, ¿utilizaría su capacidad de influencia para hacer que el ataque a las cárceles fuera más violento, o retiraría —

en caso de ser capaz— fuerzas para perseguir a Iceweasel? Todavía más escalofriante: ¿trabajaba Jacob Redwater con Nadia? ¿Había Nadia secuestrado a Iceweasel, tal vez para establecer algún tipo de alianza con el resto de la fortuna de los Redwater?

Se estaba asustando ella sola. Fue directa al grano:

—¿Qué quiere?

—Me gustaría hablar con mi hija.

—Eso no es posible.

Gretyl se limitó a decir la verdad, si bien no toda.

—Señora Jonsdottir, sé que usted quiere a mi hija.

—Eso es totalmente cierto.

—Por muy difícil que le resulte creerlo, yo también la quiero.

Pues sí, me resulta muy difícil creerlo.

—Estoy segura de que sí, a su manera.

Gretyl no había tenido intención de microatacarlo, pero se le escapó. ¿Cómo había permitido que pasara algo así?

Jacob Redwater fingió no haberse dado cuenta, aunque Gretyl estaba segura de que sí.

—No quiero...

Algún tipo de emoción lo embargaba. O era muy buen actor. O ambas cosas, se dijo a sí misma. Los zotas que conocía eran buenos compartimentando, al estilo de los sociópatas: entendían las emociones de otras personas lo bastante bien para manipularlas sin experimentar una empatía real.

—Hay niños —terminó diciendo Jacob—. Los hijos de Natalie.

—Y míos también —dijo Gretyl.

—Sí... Sea lo que sea que vaya a pasar, no tiene por qué pasarles a mi hija y a mis nietos. A tus hijos.

—¿Dónde está usted, señor Redwater? ¿Está en la prisión?

—Pues sí, resulta que estoy aquí.

Gretyl lo había intuido: el ruido de fondo era un eco de los que había oído a través de las cámaras exteriores de la prisión.

—Usted sabía que venían hacia aquí.

—Lo sabía. Por eso vine. Para mantener a Natalie a salvo —dijo Jacob Redwater, que guardó un momento de silencio—. Podría sacarlos.

—¿Y por qué no habla con... —Gretyl estuvo a punto de decir «Iceweasel», luego «Natalie»; finalmente dijo—: con su hija?

—No responde a la llamada. No ha sido fácil conseguir este contacto con usted, pero necesito transmitirle un mensaje. Sé que usted no sacrificaría a sus hijos por ideología.

Joder.

—¿Y cree que Iceweasel sí?

—Creo que mi hija tiene motivos para estar enfadada conmigo. Eso significa que no puedo explicarle ciertos... hechos. Ni siquiera podemos tener esta conversación.

—Se están abalanzando sobre nosotros, señor Redwater. No podemos tener esta discusión si nos están atacando.

—No puedo hacer que paren.

Gretyl no respondió. Iceweasel estaba lo suficientemente al tanto para saber que la rama de la familia de Jacob Redwater había asumido el control de la principal fortuna de la dinastía, lo que lo convertía en la persona más poderosa e influyente de la familia. Sería sorprendente que no tuvieran

una participación mayoritaria en TransCanada, por no mencionar a la policía subcontractada.

—No soy yo quien puede hacer eso. De verdad.

—No creo que tengamos nada de lo que hablar.

Tras estas palabras, Gretyl colgó. Limpopo se quedó mirándola pensativa.

—Mi familia política está jodida pero bien.

Etcétera se echó a reír, un ruido extraño a través del altavoz. Siempre había algo peculiar en la risa de una sim. Una aspereza muy definida impuesta por las contenciones de la simulación. Gretyl se había escaneado. Tal vez fuera así como se reiría con las travesuras de sus hijos en el futuro.

El tiempo se agotaba. Los drones de la policía subcontractada se lanzaban en picado en vuelos controlados, indicando el inminente ataque. Los chicos del centro de datos soltaban grititos vertiginosos y asustados al hacer aterrizar su flota estructural, persiguiendo a los drones de la policía en el momento preciso en el que la primera descarga de balas surcaba el cielo, con los drones como objetivo, de los que más de la mitad cayeron derribados antes de aterrizar. Las líneas de fibra fijas se desconectaron, salvo las que habían sido desenterradas en secreto y empalmadas con enlaces directos a repetidores de microondas alejados de la prisión, en mitad del campo.

Los dedos de Gretyl y de Limpopo se estrellaron unos contra otros cuando intentaron pinchar en los mismos lugares de las infografías, redirigiendo el servicio a esas líneas, adaptando las cachés y los equilibradores de carga para acomodar una caída repentina de dos órdenes de magnitud en la capacidad de transferencia. El tráfico que salía y entraba de las cárceles se acumulaba ahora en cola en las cachés de los repetidores. En el mundo exterior otras cachés hacían lo mismo. *La red considera dañina la censura y encuentra rutas para eludirla*, pensó Gretyl, que sonrió al recordar ese antiguo eslogan previo a los andantes³⁷. Había sido cierto un tiempo, después una metáfora, luego una idea ingenua. Había terminado convirtiéndose en una especificación básica del diseño.

Gretyl estaba completamente centrada, un coprocesador humano para un sistema complejo que utilizaba máquinas como sistema nervioso para vincular la inteligencia de una multitud mundial de personas a las que amaba con todo su corazón. La parte de ella que había protestado y llorado al separarse de su mujer y de sus hijos para quedarse allí despertó brevemente y reparó en que ese era el motivo real por el que se había comportado de aquella manera: esa sensación increíble de fuerza y conexión con algo más grande. Habían pasado años desde la última vez que se había sentido así. Ahora que volvía a suceder entendía cuánto lo

37 La cita que le viene a la mente a Gretyl es del informático y activista estadounidense John Gilmore. (*N. del T.*)

había echado de menos. Vivir en una nación mejor era preferible a vivir en una peor..., pero vivir los primeros días de la nación era como la diferencia entre enamorarse hasta las trancas y que alguien te quisiera. Estaba siéndole infiel a su mujer. Tenía una aventura con la insurrección armada.

Las cárceles tenían defensas. Las fuerzas atacantes sabían exactamente cómo eran. La tropa internacional andante solo se hacía una idea. Cuando los mecas con los arietes se colocaron en posición delante de cada puerta, los rayos anticámaras de la propia prisión entraron en funcionamiento, lanzando haces de poderosa luz de amplio espectro dirigidos a los sensores de los mecas. Los robots mecanizados tenían protección contra este tipo de ataques, pero era imperfecta, lo que suponía que tenían que ralentizarse y confiar en los sensores de ultrasonidos para guiar sus movimientos. Los defensores activaron las armas sónicas antipersona de la prisión, que habían trasladado de los bloques de celdas a las paredes exteriores. Los mecas se ralentizaron todavía más. Los defensores abrieron entonces fuego con el cañón de agua.

En circunstancias normales, los mecas ni se inmutarían con los chorros de agua. Tenían giroscopios excelentes. En un instante podían asumir posturas con tres apoyos para garantizar la estabilidad. Pero estaban ligados unos a otros por los arietes que sostenían en una cuadrícula de dos por dos. El agua los golpeaba desde ángulos diferentes, por lo que los movimientos de corrección de los delanteros

desequilibraban todavía más a los traseros y viceversa. Los cañoneros marcaron un ritmo que les dificultaba aún más el equilibrio. En apenas unos minutos, dos de los equipos de mecas estaban panza arriba. El tercero retrocedía con pasos inestables.

Gretyl oyó aclamaciones, vio el júbilo en los chats. Sabía que aquello no era más que una escaramuza. Los superaban enormemente en capacidad. La policía privada se refugió detrás de sus armaduras y una descarga de granadas propulsadas por lanzacohetes surcó el aire con la diana fijada en todos los cañones de agua y las aperturas de los rayos anticámaras. Se lo esperaban, pero era igualmente terrorífico, incluso cuando los canales empezaron a llenarse de listados de daños con estimaciones del coste total para las infraestructuras de TransCanada, y pudieron ver cómo los precios de las acciones se desplomaban conforme los analistas de pordefecto que observaban aquellos canales desde la distancia cambiaban su idea con respecto a la posibilidad de que TransCanada acabara el día con unas instalaciones útiles o con un montón de escombros humeantes.

El teléfono de Gretyl volvió a sonar.

—Hola.

La línea tenía retardo. Se oyó entonces la voz de Jacob Redwater, poco nítida, comprimida:

—Quiero hablar con mi hija.

—Eso usted ya se lo ha dejado claro a ella en más de una ocasión.

Hubo una larga pausa.

—Su madre murió el año pasado.

—Mis condolencias.

—No encontré forma de decírselo.

—Me aseguraré de que lo sepa.

Los chicos del centro de datos lanzaron un enjambre de drones, incluidos algunos que habían escondido en el bosque, detrás de las líneas enemigas. Las imágenes de los drones mostraban a las fuerzas atacantes, disciplinadas e inmóviles, listas para el siguiente asalto. Los mecas dañados se retiraron al fondo cojeando. El enemigo abrió fuego contra los drones. Los chicos los pusieron en modo automático para maniobras evasivas de gran intensidad, lo que reduciría los ciclos de trabajo de sus baterías a la mitad. Casi todos sobrevivieron al primer ataque, aunque las imágenes que enviaban se convirtieron en un revoltijo de secuencias mareantes de montaña rusa. Los niños no habían establecido patrones de vuelo al azar: cada uno de los drones acabó en las inmediaciones de un dron de vigilancia enemigo, en su misma estela. Cuando las fuerzas de tierra

abrieron fuego con armas de energía dirigida que frieron a los drones y los derribaron, también cayeron sus propias naves.

—¡Buen trabajo! —gritó Gretyl.

Los chicos no necesitaban que nadie los felicitara: bailaban victoriosos. Mientras tanto, el breve vuelo de los drones había logrado limpiar el setenta y cinco por ciento de los datos pendientes en la red, liberando en gran medida la congestión en las líneas que sobrevivían.

Jacob Redwater dijo entonces:

—Vuestro suministro de drones es limitado. Nosotros podemos reabastecernos.

—Así es. No podemos vencer por la fuerza.

Los altavoces externos se encendieron en ese momento. Se oyó una voz: «Gordy, soy Tracey. Tu hermana Tracey, Gordy. Sé que no hemos hablado desde que me eché a andar, pero quiero que sepas que te quiero. Estoy bien y feliz. Pienso en ti todos los días. Ahora tienes una sobrina, la llamamos Eva, por mamá. La forma en la que vivimos aquí es mejor de lo que nunca llegué a imaginar. La gente es agradable, Gordy, como cuando éramos niños. Me fío de mis vecinos. Me cuidan. Y yo los cuido. No somos terroristas, Gordy. Somos personas para las que por defecto no encuentra utilidad. Nos hemos encontrado una utilidad los

unos con los otros. Gordy, no tienes que hacer esto. Hay otras formas de vivir. Te quiero, Gordy». Se oyó entonces otra voz, un bebé llorando. «Es Eva, Gordy. También te quiere. Quiere ver a su tío».

Las cámaras centraron su atención en uno de los atacantes que ocupaban la primera línea, un hombre al que le temblaban los hombros. Aquel debía de ser Gordy. La tropa internacional lo había identificado analizando sus movimientos. Los andantes habían buscado documentación y revisado sus gráficas sociales. Encontraron una coincidencia en una ciudad andante de Wyoming, sacaron a Tracey de la cama y grabaron el mensaje.

El silencio se prolongaba. El policía privado que estaba al lado de Gordy le puso tímidamente una mano en el hombro. Gordy se la retiró bruscamente, lo empujó.

El tiempo se prolongaba. Entonces Gordy se retiró los guanteletes con solo rozarse la muñeca, lo que los hizo rebotar ruidosos contra el suelo. Los dedos desnudos manipularon los cierres del visor hasta que se abrió como un bostezo. El rostro era un borrón indistinguible en movimiento, oscuro y con manchas blancas de corrección de la imagen en los dientes y los ojos. Se quitó el casco, desenvainó las armas y las dejó caer a sus pies.

Los policías que lo rodeaban lo miraban inmóviles, con un lenguaje corporal que evidenciaba las bocas abiertas detrás

de los visores. Se alejó andando, trazando una perpendicular entre la prisión y las líneas policiales, rumbo a la autopista 15 en dirección a Ottawa, hacia las vaquerías y los valles del este de Ontario.

Se echó a andar.

El silencio era sagrado, de iglesia. Era una conversión milagrosa en el campo de batalla.

—¡Akin! —La voz llegaba amplificada desde detrás de las líneas policiales, con el volumen suficiente para hacer temblar los cristales—. ¡Vuelve a tu posición, Akin!

La voz era de mando, la típica voz que da órdenes y te hace apretar el culo. Los hombros de Gordy se tensaron. Siguió andando, se liberó de más armaduras, dejó la chaqueta atrás, en la carretera, mientras se alejaba. Llevaba la cabeza alta, pero le temblaban los hombros como si estuviera llorando.

Uno de los policías de la línea delantera levantó el arma. Tenía una boca del tamaño de un cañón, diseñada para enviar a su objetivo ultrasonidos concentrados, de los que hacían trizas los intestinos —el prolapsador, lo llamaban—. El hombre cuya mano había retirado Gordy de su hombro placó al del arma antes de que pudiera apuntar. Estuvieron revolcándose en el suelo hasta que los separaron otros

policías. Se quedaron uno delante del otro, agarrados por los brazos y con el pecho agitado.

Gordy desapareció detrás de una colina.

La respiración de Jacob Redwater resonaba en el teléfono de Gretyl.

—No podemos vencer por la fuerza.

Gretyl colgó el teléfono cuando empezó a sonar el siguiente mensaje a través de los altavoces de la prisión orientados hacia el exterior.

En mitad del tercer mensaje, la policía abrió fuego contra los altavoces: más granadas de lanzacohetes. Los presos encendieron los auxiliares, escondidos detrás de la línea del tejado. Cuando los drones de los polis se acercaron a echar un vistazo, se vieron hostigados por más drones andantes, que los persiguieron por el cielo y hasta se suicidaron llevándose consigo dos drones enemigos. Mientras la batalla aérea rugía, emitieron cuatro mensajes más. Con siete mensajes consiguieron cinco desertiones. A los andantes se les estaba yendo la puta cabeza en los chats. Doxeaban a los polis del contingente tan rápido como podían: revisaban sus gráficas y encontraban más personas que grabaran mensajes.

Gretyl sacudía sorprendida la cabeza según iban llegando las grabaciones. En la cárcel de hombres alguien estaba

ejerciéndolas de DJ y poniéndolas en cola. En la cárcel de mujeres había otra persona haciendo lo mismo. Uno de los chicos de la sala de control se encargaba de los polis que estaban delante de su edificio. Gretyl había sido escéptica con la estrategia.

Acababa siendo teoría de grafos: una vez alcanzada una masa crítica de andantes, la idea de los seis grados de separación significaba que hasta el último poli de alquiler presente estaba a menos de dos estrechones de manos —o cenas navideñas— de un andante que lo avergonzaría y lo engatusaría para que depusiera las armas.

Los mensajes ocho, nueve y diez sonaron en los altavoces de los parapetos, hasta que los policías sacaron morteros —¡morteros!— para atacar los muros, que cayeron amontonándose en pilas de escombros entre un hongo de polvo. Las acciones de TransCanada se desplomaron. La tendencia se contagió a todos aquellos otros lugares donde los andantes estaban refugiados: universidades, centros de investigación, la multitud de centros de detención de refugiados... Cuando el mercado vio lo que iba a costar devolver las infraestructuras al régimen de pordefecto, los inversores entraron en pánico y vendieron. Siempre sucedía lo mismo: cada vez que se desataba una de aquellas luchas entraban en pánico y vendían. Incluso los verdaderos creyentes en la superioridad zota vendían. La raíz de «crédito» es «credo»: creer. Ver cómo los policías de alquiler sacaban su artillería pesada para acabar ni más ni menos que

con unos altavoces tuvo un impacto enorme en los sentimientos animales del mercado: su sistema de creencias se estaba viniendo abajo, al igual que en todas las ocasiones anteriores.

Más drones. Con altavoces. Drones de control de masas, suministros básicos de la prisión. Con un equipo de sonido tan grande que necesitaban potencia extra para corregir el rumbo a causa de las vibraciones de los altavoces.

Los drones se dirigieron a los hombres y mujeres que tenían por objetivo y los convirtieron en un espectáculo: sus compañeros de escuadrón miraban boquiabiertos cómo policías cubiertos con armaduras eran rodeados por drones, que se aproximaban demasiado a sus cuerpos para acabar con ellos de forma segura, incluso con las armaduras puestas. ¿Y si estallaban las pilas de hidrógeno? ¿Y si llevaban bombas?

Cuando dieron la orden de sustituir a aquellos pobres bastardos, se dirigieron arrastrando los pies hacia los transportes blindados de la retaguardia, rodeados de drones que no dejaban de zumbar y que los perseguían como si fueran moscas de la fruta escandalosas y crecidas. En un caso un dron consiguió colarse dentro del transporte con su objetivo. El enorme vehículo a modo de tanque se tambaleó sobre su suspensión cuando los policías que estaban dentro intentaron darle caza, desquiciados como un grupo de feligreses persiguiendo a un murciélago despistado en una

iglesia abarrotada. El vídeo de aquel dron era una noria de confusión y claustrofobia a través de un ojo de pez. Finalmente, el movimiento se detuvo cuando estrellaron el dron contra el control de mandos del blindado. Un momento más tarde, la escotilla del vehículo se abrió y tres policías más se echaron a andar, dos mujeres y un hombre. El hombre y una de las mujeres discutieron con la otra mujer, tal vez intentando convencerla de que se quedara, pero todos dejaron las armas en la cuneta y pusieron rumbo a Ottawa.

La situación se estabilizó. Los presos cada vez tenían menos formas de establecer contacto con la policía, lo que significaba que no podría haber negociación. Tampoco la había habido nunca antes.

El teléfono de Gretyl sonó.

—Tienes que sacar a Natalie de ahí. Ya.

Gretyl notó que las tripas se le retorcían. Tal vez fuera un truco zota para sacarlos a todos haciendo que pensaran que el ataque final era inminente. Redwater era muy capaz de eso. Sin embargo, sonaba desesperado, con un tono muy poco propio de los Redwater.

—No va a salir nadie hasta que no podamos salir todos.

Gretyl evitó con cuidado confirmar en su respuesta la ubicación de Iceweasel. Suponía que aquello significaba

que Nadia no trabajaba para el padre, de lo contrario, le habría hecho saber que su valiosa descendencia estaba a salvo.

—Los niños...

—Hay muchos, hay muchos niños aquí. ¿Por qué solo importan los que son familia suya?

Jacob Redwater dejó escapar el gemido de un cachorrito, entre un ladrido y un gimoteo.

—Puta bruja...

—Yo no soy la que tiene todas las armas. ¿Está ahí, señor Redwater? ¿Es que no ve lo que está pasando?

—Lo veo. Es una buena representación. Estoy seguro de que tus amigos están emocionados, Gretyl. Pero dará igual en cinco minutos.

—Si solo me quedan cinco minutos, mejor será que los saboree.

Gretyl volvió a colgarle el teléfono.

—¿Por qué no lo bloqueas? —dijo Limpopo.

—Porque mientras siga hablando con él —respondió Etcétera—, tal vez pueda convencerlo de que no permita a sus colegas que nos revienten el culo.

Gretyl negó con la cabeza.

—No es eso. —Gretyl miró las infografías, observó el flujo de tráfico en la red y se preguntó si era cierto que Jacob Redwater podría ser su salvador, si sería esa la razón por la que las conexiones de red seguían funcionando, para que pudiera llamarla—. Tal vez sea eso en parte. Pero este es el cabrón que se llevó a mi mujer. La secuestró, coño. No está bien, pero estoy disfrutando haciéndolo sufrir.

Limpopo se encogió de hombros.

—¿Tus últimos minutos en la Tierra y vas a gastarlos cobrándote una venganza estúpida? Es tu vida, supongo.

El comentario le dolió. Era verdad. Limpopo siempre había sido mejor viendo la imagen de conjunto y viviendo el momento. La cárcel la había hecho todavía más estoica. Gretyl intentó imaginarse lo que debía de haber soportado a lo largo de todos aquellos años.

Las conexiones de red quedaron de pronto muertas, derribaron a los drones al mismo tiempo que se cortaron las líneas de fibra.

—Supongo que no voy a tener ocasión de disculparme con el viejo cabrón.

Gretyl buscó a tientas la mano de Limpopo. Tenía un tacto seco y parecía frágil, pero era cálida y le devolvió el apretón.

—Te quiero, Limpopo.

—Yo también te quiero.

—Y yo —dijo Etcétera.

—Gracias.

Se apretaron las manos con fuerza.

Los chicos parloteaban como monos en un árbol. Algunos hacían preguntas impacientes a las dos señoras cogidas de la mano que miraban las infografías, pero Gretyl y Limpopo no tenían nada que decirles.

Las cámaras seguían emitiendo imágenes del exterior, dado que la red local todavía funcionaba, estirando su metraje para exfiltrarlo al resto del mundo. Las líneas policiales se compactaron. Ya no había más humanos identificables en ellas. Estaban todos dentro de los mecas y de los blindados, o replegados detrás de los autobuses policiales y los contenedores convertidos en oficinas que llegaban en camiones. Los estrategas enemigos no se arriesgarían a sufrir más guerra psicológica orquestada por los presos, incluso si eso implicaba combatir desde detrás de una armadura. Las tácticas de los mecas y de los blindados eran esencialmente letales, todo el mundo lo sabía. Era imposible arrestar a alguien desde el interior de un enorme vehículo que era prácticamente un tanque o desde dentro de un traje de robot asesino. Se podía dejar al enemigo sin

sentido o matarlo, pero nada de leerle sus derechos ni de esposarlo.

Los mecas se adelantaron rápidamente y sembraron explosivos alrededor de los muros perimetrales que habían sobrevivido, después se escabulleron de vuelta a tres patas y se tumbaron antes de la explosión, que derribó las paredes con una sacudida e hizo temblar los cimientos incluso del subsótano en el que se encontraba el centro de datos.

Las cámaras del muro afectado se quedaron en negro. Los presos reordenaron las cámaras del patio interior para alimentar sus infografías y vieron cómo se repetía el ejercicio. Los blindados avanzaban y formaban una muralla reforzada; los mecas los adelantaban, disponían sus cargas y retrocedían. Gretyl comprobó instintivamente los mercados para ver cómo se comportaban, pero, como era obvio, ya no llegaban datos del exterior. Tampoco importaba. El fin se acercaba. Los primeros días de una nación mejor. Los últimos momentos de los cuerpos físicos, frágiles y agotados, de un puñado de estúpidos e imperfectos andantes. Gretyl no se permitió desvincularse de la realidad, se obligó a mirar las pantallas, a ver los muros caer, las cámaras apagarse. Apretó la mano de Limpopo con más fuerza.

Sonó el teléfono.

Miró las infografías y vio que, de algún modo, las redes estaban de nuevo conectadas. Las redes, que los policías habían tomado físicamente y que habían anulado cortando literalmente los cables, estaban de nuevo conectadas. El teléfono sonaba.

—Por favor —la voz era de una persona que lloraba.

—¿Señor Redwater?

—Por favor. No puedo...

Gretyl estuvo a punto de ablandarse. *Venga, mátanos, tu hija y tus nietos están lejos de aquí.* Era un pensamiento reflejo, compasión básica por un anciano al que la tristeza le quebraba la voz.

—Si no puede, no lo haga —terminó respondiendo Gretyl—. Aquí todo el mundo tiene a alguien que llorará por sus muertos. Si tiene la capacidad de detener esto...

Estaba claro que tenía esa capacidad, ¿cómo se explicaba si no la conexión de red, los mecas y los blindados que estaban inmóviles en los patios, de cara a las fachadas en ruinas, las oficinas y los almacenes abiertos al exterior, después de cuatro murallas abatidas, como si aquello fuera el decorado de una serie?

—Si puede hacer algo para parar esto —concluyó Gretyl—, podría salvarles la vida.

—No puedo hacer eso.

—No quiere.

—¿Puedo...? ¿Vendría usted a hablar conmigo?

—Señor Redwater, con todos mis respetos, no soy gilipollas, puto secuestrador de mierda.

Gretyl pronunció aquellas palabras sin inmutarse, pero el pulso le iba a mil. Limpopo la ovacionó en silencio.

—En ese caso, ¿puedo entrar yo? Yo solo.

Gretyl se detuvo a pensar. No era probable que un zota se convirtiera en terrorista suicida. Por supuesto, sería capaz de chantajear o de lavarle el cerebro a otra persona para que ejerciera de terrorista suicida, pero no de jugarse su propio pellejo. A la velocidad a la que avanzaban las cosas, estarían todos muertos en horas, posiblemente en minutos.

—No creo que nadie ponga objeciones. En cuanto a lo que suceda ahí fuera, con todas esas armas, tanques y robots asesinos...

—Eso es asunto mío.

Al parecer, Jacob Redwater volvía a tener sus emociones bajo control.

—No nos cortéis la red. Nada de salvoconductos si no podemos seguir en contacto con el mundo exterior.

Se produjo una larga pausa. Gretyl pensó que Redwater podía haber desconectado, pero cuando volvió a hablar, se oyó el clic de haber quitado el silencio al micrófono. Había estado hablando con otra persona.

—No está en mis manos, pero lo he solicitado.

Gretyl se encogió de hombros y le dio indicaciones.

—Es la cárcel de menores. La que está más al sur.

A toda prisa, Gretyl tecleó un mensaje para el resto de los andantes, los que estaban en las cárceles y en el exterior, explicando que Jacob Redwater había solicitado un salvoconducto para poder hablar con la esposa de su hija. Quedaba implícito, aunque Gretyl no lo declarara, que Iceweasel y los niños estaban en el edificio. Mientras la tropa internacional andante doxeaba con voracidad al padre de Iceweasel y compartía una cantidad tremenda de información a propósito del creciente imperio Redwater, Limpopo y Gretyl hablaban en susurros sobre lo que podía suceder a continuación.

—Parece que se ha quebrado —dijo Limpopo—. Hay algún tipo de fractura entre el zota Jacob Redwater y el ser humano Jacob Redwater. Una especie de conversión en el lecho de muerte o algo así. ¿Has dicho que su mujer murió?

—Sí, pero, por lo que contaba Iceweasel, estuvieron básicamente divorciados la mayor parte de su vida, en todo menos en los papeles. Iceweasel tiene una hermana, no sé qué habrá sido de ella. Estoy segura de que Jacob Redwater tiene acceso a toda la compañía que pueda querer.

—Otra cosa no sé, pero era encantador —intervino Etcétera—. De esa forma inteligente, sociópata. Era divertido discutir con él; si no eras su hija, claro.

—Ahí está —anunció Limpopo.

Los chicos se reunieron alrededor de su pantalla cuando ampliaron y aplicaron la corrección de errores a las imágenes de las cámaras que quedaban en el patio interior. Iba vestido con un pantalón de pana verde botella y un chaleco encima de una camisa. Tenía el pelo cano, pero el rostro terso y una postura erguida. Andaba despacio y decidido. Era viejo, pero no transmitía fragilidad.

—¿Podéis ir alguno a por él, por favor? —pidió Gretyl a los chicos—. No quiero salir, por si tiene intención de secuestrarme.

Los chicos discutieron quién lo haría. Se impuso un crío llamado Troy, de dieciséis años, con el pelo a lo afro corto, una sonrisa relajada y ojos inteligentes y rápidos. Salió corriendo. Un momento más tarde lo vieron en la pantalla charlando con Jacob Redwater y guiándolo.

—Esta va a ser buena —dijo Etcétera.

Gretyl se preguntó dónde estaría Iceweasel, si estaría viendo aquello. Había todo un clamor entre los andantes para que la conversación con Redwater se emitiera en directo. Gretyl se negó sin fisuras, si bien aceptó grabarla y publicarla más tarde, si es que había un más tarde.

Jacob Redwater entró en la sala de control precedido por una oleada de discreta colonia. Gretyl se levantó y lo miró de arriba abajo buscando bultos que pudieran ser indicativos de armas o de otras sorpresas. Tampoco es que en aquellos tiempos tuvieran que sobresalir mucho ni que ella supiera gran cosa del tipo de bultos que podía esperar.

Jacob Redwater tenía una expresión impasible. Había estado llorando minutos antes, destrozado y desorientado. Ahora se había puesto la máscara zota, dos tercios de sofisticación conquistadora y un tercio de depredador de mirada vacía. Un hombre que podía mantener una conversación entretenida en la cena y luego marcharse a casa, llevar a la bancarrota a tu jefe y ponerte de patitas en la calle.

—Hola, Gretyl.

Jacob Redwater se mantenía delante de Troy como si el niño presionara una pistola contra su espalda y tuviera que fingir que no estaba ahí.

—Hola, señor Redwater.

Gretyl estiró una mano. La que encontró era cálida y firme.

—Lláname Jacob.

Limpopo lo miró con unos ojos peculiares. Gretyl recordó que Jacob Redwater le había tendido una trampa para encerrarla en aquella cárcel, alejada de la familia y de todo cuanto quería. Gretyl estaba acostumbrada a ver en él al hombre que había engendrado y secuestrado a su mujer, pero era también el archienemigo de Limpopo. Gretyl se preguntó si Limpopo intentaría apuñalar a aquel cabrón; al fin y al cabo se lo merecía. Estaba a punto de sacar de la sala a su frágil y anciana amiga, aún más frágil al lado de aquel hombre vigoroso y dueño de una riqueza inconcebible, pero en ese momento Limpopo le tendió una mano.

—Soy Limpopo.

Jacob Redwater torció la cabeza en un esfuerzo por reconocerla.

—Hola, yo soy Jacob.

—Encantado de verte —dijo Etcétera. Los ojos de Redwater se abrieron de par en par, sobresaltado por el altavoz situado entre las clavículas de Limpopo—. Soy yo, Hubert. Estoy muerto.

—Ya veo. Un placer charlar contigo de nuevo, a pesar de todo.

Troy le acercó una silla. Se sentaron los tres juntos y los chicos se apelotonaron en el extremo contrario de la sala, donde hacían una demostración ostentosa de no estar escuchando al tiempo que ponían toda su atención para enterarse de todo.

Redwater no dijo nada. Gretyl apoyó los codos en las rodillas y se inclinó hacia delante, arqueando la espalda para conseguir expulsar con un crujido el dolor por llevar tanto tiempo sentada, también el miedo.

—¿De qué querías hablar, Jacob?

—No quiero que resultéis heridos.

—No quieres que tu hija resulte herida. Te da igual lo que le pase a la vieja tortillera con la que se ha juntado.

Redwater negó con la cabeza.

—No me importa tu sexualidad. Mi primo es gay, ¿sabes?

—Sí. Ese es el motivo por el que manejas la fortuna de la familia ahora.

Redwater negó con la cabeza.

—Es más complicado. Puedes creer eso si quieres. La política interna de la familia Redwater gira siempre únicamente en torno a una cosa.

—El dinero.

—El poder. El dinero es solo la forma de tener un marcador.

—Tuvo que joderos vivos que Iceweasel le diera su parte a esa mercenaria.

Gretyl quería que sufriera. Esperaba encontrarse con el hombre lloroso del teléfono. No quería morir con la imagen de Jacob Redwater estirado y orgulloso grabada en su nervio óptico, prueba de que el sol nunca se pondría en el imperio zota.

—Complicó las cosas en la familia —respondió Redwater con un asentimiento—. Pero no fue un golpe mortal. Nadia y yo tenemos una buena relación ahora, aunque parezca difícil de creer.

Gretyl puso su mejor cara de póquer, obligándose a no dejar traslucir el hecho de que Nadia tenía a Iceweasel y a los niños.

—Me gustaría ver a mi hija y a mis nietos.

—Me parece que usted renunció a ese derecho cuando la secuestró, señor Redwater —dijo Limpopo, a la que todos miraron y vieron que tenía un brillo peligroso en los ojos—. Cuando hizo que yo desapareciera.

—Cuando hizo que me asesinaran —dijo Etcétera.

Redwater seguía impertérrito. Gretyl creyó ver signos de ansiedad, la repentina toma de conciencia por parte de aquel principito arrogante de que estaba tres pisos por debajo del nivel del suelo y rodeado de personas que tenían con él una deuda de violencia.

Habló midiendo sus palabras:

—No he dicho que tuviera derecho. Lo que sucedió fue más que lamentable. Fue terrible. Me traje a Natalie a casa porque sabía que vuestros amigos y vosotros ibais a tener problemas. El asesinato de aquellos dos operadores de seguridad colmó el vaso. No había forma de que las cosas funcionaran como siempre después de aquello. Yo quería que Natalie estuviera a salvo. Las cosas que sucedieron después, lo que os pasó a vosotros, no tienen nada que ver conmigo.

Gretyl y Limpopo empezaron a hablar al mismo tiempo, se interrumpieron y se miraron. Limpopo hizo un gesto para cederle la palabra.

—Es tu suegro —dijo con una sonrisa sardónica.

Jacob Redwater devolvió la sonrisa fingiendo que no se había percatado de la malicia.

—¿De qué asesinatos hablas, Jacob?

—Las dos personas que Zyz perdió en el complejo de la «universidad». Entraron y nunca salieron. Aquello ya era de por sí bastante terrible. Pero luego descubrimos que habían sido capturados y posteriormente ejecutados..., que se les había practicado la eutanasia..., que sus restos habían sido profanados...

—¿De qué coño estás hablando? —dijo Gretyl.

Pero sabía de qué hablaba. Los dos primeros años, los cuerpos descabezados de esos dos mercenarios habían sido como esas reliquias familiares que nadie quiere, obedientemente trasladadas de un sitio a otro, con los escáneres siempre custodiados y con copias de seguridad. En aquella época, cuando Gretyl había estado todo el rato de un lado para otro, los cuidados de los mercenarios habían sido un constante recordatorio de aquello tan terrible que habían hecho en los túneles de la Universidad Andante, de las funestas advertencias de Tam, de la obligación que se habían impuesto ellas solas. Una vez que se establecieron en Gary y trasladaron los dos cuerpos —o las dos personas o lo que fueran— a sendos frascos canopes en el sótano, atendidos de manera automática en su sueño sin fin, sin

expresión facial, en aquella parálisis de muerte cerebral, Gretyl había conseguido sacárselos de la cabeza. O casi.

—Así que la secuestraste y la privaste de abrigo y compañía porque en el fondo tenías en mente lo mejor para ella...

—Sí. Porque sabía que la alternativa era muchísimo peor. La muerte. Como descubristeis. Por eso estoy aquí. Porque, lo creáis o no, quiero a mi hija. La crie. La tuve en mis brazos cuando nació. Le contaba cuentos por las noches. Le cambiaba los pañales. Es carne de mi carne. Y yo soy parte de ella, siempre lo seré. No quiero que muera. No quiero que mis nietos mueran.

—¿Pero los demás sí que podemos morir? —dijo Limpopo—. No hay ningún motivo especial para que sigamos por aquí. Más allá de producir ingresos para TransCanada, somos excedentes.

—Eso no es cosa mía. —Redwater se encogió de hombros—. Me interesa mi familia. Que tu familia cuide de ti.

—Es muy amable por su parte, señor Redwater —contestó Limpopo.

Gretyl a punto estuvo de preguntarle cuántos cambios de pañales y cuentos para dormir había protagonizado y cuántos se habían delegado en niñeras. No le vio sentido.

Jacob Redwater era exactamente lo que parecía: un zota que se preocupaba de conseguir lo que quería y no le importaba una mierda lo que les sucediera a todos los demás. Fueran los que fueran los pañales que cambiara, eran suficientes para afianzar esa parte de él que consideraba que secuestrar a su hija era una alternativa aceptable a impedir que sus amigos mataran a todo el que se encontrara a diez kilómetros a la redonda de ella.

Gretyl miró con atención el excelente tono de piel y los hombros musculados debajo del chaleco. Parecía que estuviera pasando un día de descanso en su casa de campo, alguien que estaba sometiéndose a una sesión de fotos para publicitar una línea de ropa informal. Bruñido por los años, no maltratado. No como ella, no como sus amigos. Gretyl se había echado a andar porque no podía formar parte del proyecto de convertir en dioses inmortales a hombres como este. No necesitaban su ayuda.

—Tu hija no quiere verte.

Era cierto. Gretyl no necesitaba consultárselo a Iceweasel: nunca vacilaba.

—Le puso mi nombre a su hijo.

—Le pusimos tu nombre a nuestro hijo para que ella nunca olvidara a qué le había dado la espalda. Yo no lo entendía al

principio. Me explicó que quería hacer un Jacob Redwater que no fuera recordado como un monstruo egoísta.

Redwater se mantuvo impasible.

—¡Ostia puta!

Un chico señalaba las pantallas.

Siguieron la dirección que marcaba el dedo. Allí, caminando por la autopista 15, había una gran multitud. Cientos de personas. Al frente, todavía con los restos de sus uniformes y armaduras, estaban los policías que se habían echado a andar. Se dividieron en tres grupos más pequeños y se fueron directos hacia la policía privada, que intentó evitar que entraran en los patios interiores de las cárceles, manteniendo breves refriegas mientras intentaban decidir cuánta fuerza podían emplear contra los recién llegados. Un momento después habían superado a los policías y estaban entre ellos y las cárceles. Se tomaron del brazo y se sentaron delante de los edificios sin mediar palabra. Los expolicías andantes se sentaron en el centro. Gretyl entendió que la tropa internacional andante no había dejado de actuar después de que las cámaras se apagaran.

En el momento oportuno, nuevos drones de todo tipo, incluidos repetidores para la red, empezaron a zumbear en el patio. Gretyl vio la inmensa ampliación del ancho de banda desde su asiento, creciendo por encima de las infografías en

una oleada azul que se hizo verde cuando las cachés de ambos lados del nodo se vaciaron y la congestión se deshizo: estaban sincronizadas con el mundo.

Jacob Redwater parecía... incrédulo. Entrecerró los ojos. Conforme los chicos movían las manos sobre las imágenes para enfocar la muralla humana, sacudió ligeramente la cabeza, como diciendo: «Esto no está bien».

¿Qué era lo que había dicho Nadia? No quieren otro Akron. No quieren mártires. Si bombardean, será con las cámaras apagadas. Los dos bandos estaban en un nuevo escenario táctico. Se habían producido muchos ataques a bastiones andantes por parte de regímenes de pordefecto: fundamentalistas religiosos en Estados Unidos y en Arabia Saudí; mercenarios sin insignias en Ucrania, Moldavia y Siberia; tropas de choque apoyadas por masivas armas digitales de destrucción de redes en China. Había habido avances y retiradas. Nunca este tipo de asedio.

El teléfono de Gretyl sonó. Por el tono supo que era su mujer. Dejó escapar un sonoro suspiro.

—Estamos bien.

Iceweasel sabía que Gretyl habría estado tirándose de los pelos después de un silencio tan prolongado.

—Te quiero.

—Yo también te quiero. Los niños te quieren. ¿Estás bien? Hemos estado viéndolo todo desde aquí. Los niños están furiosos porque no los hayamos dejado quedarse a ayudar con los drones. No tienen del todo claro el peligro. Y yo no quería que se preocuparan.

—No.

Gretyl era muy consciente de que Jacob Redwater se esforzaba por escuchar y deseó haber aprendido a hacer eso de hablar sin voz a la pantalla. Nunca le habían atraído demasiado los espacios sonoros privados: demasiado propios de ermitaños.

—¿Que no qué? Ah, que no los preocupe. ¿Estás bien? ¿Puedes hablar?

—Sí.

—Pero no mucho. ¿Por qué? ¿Quién está ahí? ¿Qué está pasando? ¿Estás en un sitio seguro?

Gretyl suspiró. Su mujer era buena en muchas cosas, pero las operaciones encubiertas no estaban entre ellas.

—Está aquí tu padre.

El silencio que se produjo era inquietante, el silencio de un canal de audio sobrecomprimido que anula el ruido de fondo.

—¿Va a hacerte daño? —preguntó Iceweasel con voz fría.

—Eso no lo va a tener fácil. Está encerrado con nosotras en un subsótano de la cárcel de menores, un centro de control. Quería hablar contigo, pero como no le cogías el teléfono me llamó a mí.

Jacob Redwater se estrujaba la cabeza pensando dónde podía estar Iceweasel. Se preguntaba qué significaba que le tuvieran que explicar todo aquello.

—Claro, sabía cómo ponerse en contacto contigo. ¿Vas a pedir rescate por él?

Gretyl no pudo evitar sonreír.

Había previsto la reacción de Jacob Redwater, así que se colocó delante de la puerta cuando él se levantó de pronto tirando la silla al suelo. Se lanzó a por ella. Gretyl recordó que aquel cabrón estaba en forma, tonificado en el gimnasio con entrenadores personales y la mejor tecnología. Y estaba a punto de darle un puñetazo. En ese momento, Troy aterrizó sobre su espalda y, rodeándole el cuello con sus brazos, lo tiró al suelo. Los otros chicos agarraron cada uno una extremidad y se sentaron encima.

—¿Gretyl? —Iceweasel parecía alarmada.

—No pasa nada. ¿Me das un segundo?

Gretyl miró a Jacob Redwater a la cara. Estaba tranquilo, como si se estuviera relajando con una copa de vino en su refugio personal, no tumbado en el hormigón con cuatro delincuentes juveniles sentados encima.

—Jacob, Iceweasel y los chicos se marcharon antes de que esto empezara. Están a salvo. ¿Quieres que le pregunte si tiene algún interés en hablar contigo?

—Ni aunque estuviera muerta de hambre y él fuera el único que pudiera servirme algo de comida de toda la Tierra —dijo Iceweasel.

Aquellas palabras hicieron que Gretyl soltara una risita. Fue más cruel y más engreída de lo que hubiera pretendido. Aun así, se contuvo antes de disculparse con aquel zota despatarrado.

—Ya sé la respuesta. ¿Puedo irme?

—¿Por qué íbamos a dejar que te fueras? Esto está lleno de grilletes y de celdas. Podríamos encerrarte y asegurarnos de que, sea lo que sea lo que nos pase a nosotros, te pase a ti también. Puede que eso no sea suficiente para que no nos bombardeen. Pero igual sí que lo es.

—Probablemente no. Ya he gastado todas las bazas que tenía deteniéndolo todo para poder entrar aquí. Concedérmelo les ha costado demasiado... —Jacob Redwater hizo un gesto en dirección a las pantallas, donde

los policías privados y los andantes se miraban unos a otros bajo un palio de drones—. A la gente que está al cargo no le va a importar perderme. Desestabilizaría las cosas, pero también serviría de ejemplo para la próxima vez que suceda algo así. No soy la única persona poderosa que tiene familiares en vuestro bando, como bien sabéis. Los ejemplos prácticos son caros. Es un derroche dejarlos pasar cuando están a mano.

—No te van a matar —intervino Limpopo—. A Jacob Redwater no. Hemos visto los puestos que ocupas en juntas directivas. Demasiada gente te debe demasiado, dependen excesivamente de ti...

Etcétera la interrumpió (la situación era de lo más extraña, como si Limpopo y sus clavículas estuvieran discutiendo):

—Eso significa que hay gente a la que le encantaría ocupar su posición.

Redwater reaccionó como pudo:

—Tenéis razón los dos. Si muero aquí con vosotros, las consecuencias serían muy graves. Pero gente muy poderosa tendría la oportunidad de ser mucho más poderosa. La razón por la que se me ha permitido hacer lo que he hecho es que es un riesgo completamente cubierto. Estarán encantados si muero y también si no sucede.

—Probablemente se hace un escáner nuevo todas las mañanas después del desayuno —dijo Etcétera con la suficiencia de una máquina—. Para la hora de la cena lo tendrán montado y en funcionamiento en un clúster enorme.

—No con esa velocidad, pero estoy al día y han ejecutado en seco mis simulaciones. Hay cuestiones de testamentaría más bien liosas, así que no sería exactamente a la hora de la cena.

Gretyl no soportaba que aquel tipo pudiera estar aplastado contra el suelo en territorio hostil y siguiera tan tranquilo y al mando.

—¿Gret?

—Perdona, me había olvidado un poco de ti. Mira, cariño, voy a tener que dejarte. Te quiero. Quiero a los niños. Eres todo para mí.

—Nosotros también te queremos —respondió Iceweasel llorando.

Gretyl apretó los párpados y se obligó a no llorar. Jacob Redwater la observaba atentamente.

En ese momento Iceweasel soltó un grito de sorpresa. Gretyl dio un brinco.

—¿Qué pasa?

Miró los monitores y se quedó boquiabierta.

Los policías privados se estaban retirando, fila tras fila, hacia los blindados, que arrancaban de manera ordenada. Los polis miraban hacia la prisión mientras esperaban su turno para subir a los vehículos. Como si no fuera todo ya lo bastante sorprendente, una policía rompió filas, se quitó el casco y dejó caer el arma, tal y como habían hecho otros ese mismo día, y se fue hacia las líneas andantes. Dos más lo imitaron. La retirada ordenada dejó de ser ordenada. Los policías se apiñaban. Muchos parecían estar escuchando con atención voces que oían dentro del casco. Algunos hablaban ávidamente entre sí. Se despedían con bromas y camaradería de los que habían cambiado de bando.

Jacob Redwater estaba desconcertado. Observaba el espectáculo retorciendo el cuello desde el suelo. La expresión de su cara era lo más cercano al miedo que Gretyl creía haber visto.

—¿Qué te parece, Jacob? —preguntó con una risa que tenía un tono malvado involuntario—. ¿Se retiran para poder bombardearnos y mandar un mensaje, o se largan antes de que los mercados se derrumben y los que se dedican a custodiar el sistema renuncien?

—¿Puedo sentarme?

—Yo no decido eso.

Los chicos se miraron y se levantaron. Redwater se sentó y estiró los hombros.

—Me voy.

Estaba todavía paralizado por las imágenes. Uno de los blindados se detuvo y, acto seguido, un policía se bajó de él y desertó.

Gretyl miraba a Redwater. Todavía estaba erguido y firme, con una coraza de dignidad.

—Jacob, yo sé que siempre habrá gente como tú.

—Gente rica.

—Gente que piensa que otras personas son como ellos. Gente que piensa que o coges o te dejas coger. Nunca nos libraremos de eso. Es un miedo atávico, egoísmo infantil. La cuestión es si la gente como tú será la que defina la vida por defecto. La cuestión es si podéis convertirlo en una profecía autocumplida e imponeros a nosotros antes de que nosotros nos impongamos a vosotros, lo que significa que seríamos unos imbéciles si nosotros no intentáramos conseguirlo antes. Esa vida por defecto era más fácil de mantener cuando no teníamos suficiente. Cuando no teníamos datos. Cuando no podíamos hablar todos con todos.

—Muy bien —respondió Redwater sin la más mínima señal de sarcasmo (lo que lo hacía más sarcástico todavía).

—No estamos construyendo un mundo sin avaricia, Jacob. Estamos construyendo un mundo en el que la avaricia es una perversión. En el que cogerlo todo para ti en lugar de compartir es como cubrirte tú solo el cuerpo entero de mierda: algo asqueroso. Vil. Quevenzamos nosotros no significa que no podáis ser avariciosos. Significa que la gente se avergonzará de vosotros, que os tendrá pena y querrá distanciarse. Puedes ser tan avaricioso como quieras, pero nadie te admirará por ello.

—Vale.

Redwater estaba un poco más pálido. Quizá solo era lo que Gretyl quería creer.

—Me parece que vas a perder el autobús —dijo Gretyl.

Estaba eufórica. La aceptación fatalista de su inminente destrucción se transformó de pronto en su pecho en la canción de la victoria. La parte de sí misma que había estado preparada emocionalmente para morir se sumó a la parte de sí misma que sabía que no tenía por qué ser así. Quería beberse todo lo que pudiera beberse, quería follar y cantar, hacer una hoguera y bailar desnuda alrededor. Había estado a punto de morir. Ahora viviría. Para siempre tal vez.

—Adiós. Les diré a Iceweasel y a los niños que has preguntado por ellos.

Aquello sí que dolió. Redwater gimió como si le hubieran dado un puñetazo en las tripas. Gretyl se sintió de repente una completa cabrona. Fuera el monstruo que fuera Jacob Redwater, era alguien a quien le importaba la familia, si bien de una forma retorcida y coercitiva. A punto estuvo de disculparse. No lo hizo. Pensó hacerlo, pero Jacob Redwater ya se había marchado. Limpopo la abrazó ferozmente, Etcétera murmuró algo en su escote desde los altavoces. Los chicos daban gritos y bailaban.

—Te quiero —dijo Iceweasel.

—Yo también te quiero, cariño. Vuelvo a casa. —Gretyl se secó las lágrimas de alegría de la cara—. A menos que los niños y tú queráis volver y quedaros un tiempo.

Gretyl sabía que era una petición estúpida. Quería mantener vivo el subidón de los «primeros días» un poco más, antes de regresar a los días habituales que, por defecto, habían establecido en Gary.

—No —respondió Iceweasel, que buscó más palabras que decir, pero al parecer no encontró ninguna—. ¿Qué ha sido de mi padre?

—Se ha ido. Intacto.

—Me parece que lo estoy viendo.

Gretyl miró la pantalla. Ahí estaba, andando, con una falange de policía privada escoltándolo al otro lado de sus líneas, de vuelta a los vehículos de mando.

—Ese es.

—Que te follen —dijo Iceweasel.

A Gretyl el corazón le dio un vuelco y se le triplicó en tamaño cuando oyó a los niños reírse por lo que acababa de decir su madre. ¿En qué había estado pensando? Ponerse en peligro, arriesgarse a no ver a su mujer ni a sus hermosos hijos nunca más... ¿Qué locura se había apoderado de ella? ¿Tenía una voluntad suicida oculta?

—¿Cuándo te vienes? —preguntó Iceweasel.

—Mañana, o tal vez algo más tarde. Va a haber mucha gente moviéndose por aquí los próximos días. Tal vez Hoa traiga bicicletas. Lo que tenga más sentido.

—¿Te vas a traer a Limpopo?

Gretyl miró a Limpopo, que observaba con verdadero interés. Encorvada y vieja, con los ojos en llamas y esa actitud de «no admito mierdas» que se podía ver desde el espacio. Gretyl sabía desde la primera vez que había visto a Limpopo que aquella mujer era una puta superheroína.

—Iceweasel quiere saber si te vendrás conmigo.

Limpopo ni lo dudó.

—No. Hay cosas aquí con las que quiero ayudar. Este es mi sitio. Lo compré con catorce años de mi vida. Quedan muchas luchas por llegar y quiero estar aquí, con la gente que luchó por este sitio. Me quedo.

—¿Lo has oído?

—Dile que la queremos. Dile que tiene una casa aquí también. Cuando quiera.

Gretyl se lo dijo y Limpopo asintió con seriedad. Los chicos las miraban con los ojos como platos, todavía en *shock* por la repentina revocación de su condena a muerte.

Etcétera añadió:

—Dile a la otra Limpopo que no tiene que preocuparse por que yo vaya a volver pronto.

—Estoy segura de que será todo un alivio.

Resultaba que las simulaciones también podían carraspear. Era toda una novedad para Gretyl.

EPÍLOGO

UNA NACIÓN MEJOR AÚN

No era como despertar de un sueño, pero Iceweasel estaba segura de que sí que había soñado. Aparecía Billiam flirteando escandalosamente con Noozi, lo que no podía ser cierto, porque el pobre Billiam llevaba mucho tiempo muerto. Noozi estaba en órbita, llevaba quince años en órbita y juraba que no sentía ninguno de los efectos fisiológicos negativos, que habían sido mitigados por el descabezamiento y los medicamentos que imprimían en el biorreactor de la estación. Aparecían médicos, algunos presentes y otros a distancia, que ofrecían opiniones sobre sus pruebas de imagen, sobre el cáncer que estaba carcomiendo su hígado y amenazaba con extenderse a la sangre. ¡Y su padre! Había hablado con él y con Cordelia. Era como los viejos tiempos. Nadia también había aparecido y, joder, se lo habían montado delante de Gretyl. Se sonrojaba con solo recordarlo.

Sonrojarse le recordaba que tenía un cuerpo. Recordar que tenía un cuerpo le hacía recordar que estaba descabezada, que se había aparcado por el cáncer. Eso no se lo había imaginado. Se había aparcado después de una fiesta lacrimógena con los niños —adolescentes grandes y llenos de granos—, con Gretyl —vieja y triste, pero esforzándose por que no se le notara— y sus amigos. Cordelia había estado presente, había dejado la ciudad amurallada en la que vivían su padre y ella y había llevado una pantalla en la que apareció la cara de Jacob en directo. Su padre había dicho cosas urgentes y desesperadas que la habían hecho llorar. No las recordaba.

Estaba descabezada. Ahora estaba despierta. En una habitación. Se esforzó por mirar a su alrededor. Había poca luz. Olía bien. Como un bosque, con una pincelada de vapor aromatizado. Como si hubiera un *onsen* cerca. Azufre, eucalipto. Estaba en una cama de hospital con barandillas. Vio la luz que emitían las infografías situadas a cada lado, proyectándose sobre el suelo oscuro —¿de piedra?— que las rodeaba. Una ventana, un hilo de luz solar debajo de las cortinas. Comprobó su cuerpo y descubrió que no le dolía. Era tal el alivio que estuvo a punto de romper a llorar. Le había dolido mucho antes del descabezamiento. Todo el tiempo, en todas partes.

Apretó una mano contra la otra y la sensación fue... rara. ¿Por qué rara? No sabría decirlo. Se acercaban unos pasos. La puerta se abrió. Entonces pudo ver las dimensiones de la

habitación. Era más o menos del tamaño del dormitorio que había compartido con Gretyl. Le llegaban aromas a *onsen* cada vez más fuertes y definidos. La piel rogaba agua y vapor. Quería incorporarse, pero ¿era buena idea?

Había una persona en la puerta. Un hombre. Andaba hacia ella. Con una sonrisa. Con barba. Joven. Iba vestido con algo peculiar que parecía resbaladizo, muy ajustado. De hecho, podía ver la forma de sus pelotas. Era una prenda peculiar. Podría haber salido de una pasarela un siglo antes, o de una impresora cincuenta años después de que ella se echara a dormir. ¿Cuánto tiempo había pasado?

El hombre sonreía. Iceweasel sintió vértigo. Ese rostro le resultaba familiar. Era imposible. Lo olió, un olor agradable que recordaba de muchísimas noches y días juntos en multitud de caminos.

A punto estuvo de reírse cuando lo pronunció:

—Hubert Vernon Rudolph Clayton Irving Wilson Alva Anton Jeff Harley Timothy Curtis Cleveland Cecil Ollie Edmund Eli Wiley Marvin Ellis Espinoza.

Iceweasel rompió a reír. Él se reía también. Cualquier idea que hubiera tenido de que pudiera tratarse del hijo de Etcétera, de un clon o de un robot quedó disipada por la risa.

—¿Cómo coño...?

Etcétera estiró las manos, suaves, sin arrugas y en absoluto muertas.

—¿Te gustan?

Iceweasel tomó una mano. Era cálida, joven y llena de vida. Se la llevó a la mejilla y lloró sobre ella.

—¿Cómo? —preguntó Iceweasel observando las manos suaves y sin marcas de Etcétera.

—Igual que tú.

El vértigo había vuelto con fuerza. La habitación empezó a girar lentamente con ella en el centro. El motivo por el que la mano de Etcétera le resultaba tan suave era la suavidad de su propia mano. Por eso notaba raro el tacto. Era su mano, pero ¡nueva! Recorrió su cuerpo con ambas manos, palpando zonas donde había temido de forma inconsciente encontrar cicatrices de quirófano o bolsas, apretando los músculos de los pies, de las piernas, el culo... Tocó su rostro. Volvió a mirarse las manos.

—No me jodas.

—Hicieron falta treinta años. Los cuerpos fueron más fáciles, salieron de materiales para crear órganos. Pero los cerebros... Había que mandar los escáneres de vuelta, y eso resultó más difícil. —Etcétera se dio unos golpecitos en la

cabeza—. Es imposible saber si ha funcionado. Pero yo me siento yo.

Iceweasel le tocó el brazo y la tripa.

—Pues sí —dijo. Se tocó entonces los labios, las orejas, los ojos, el cuello—. Yo también. —Tragó saliva—. Supongo.

Iceweasel se apoyó en Etcétera para incorporarse. No le parecía haber estado durmiendo. No se parecía a nada que hubiera sentido antes. Como nacer de nuevo. Notaba un hormigueo en la piel. Se sentía genial.

—¿Y Gretyl?

Etcétera frunció el ceño.

—Estamos trabajando con ella. Murió hace cinco años. Dejó un escáner. Esperamos tenerla en un año, dos como mucho. Estamos cultivando el cuerpo todo lo rápido que podemos.

Iceweasel tenía la boca abierta. La cerró.

—¿Y Stan y Jacob?

—Dejaron de tener cuerpo hace diez años —dijo Etcétera encogiéndose de hombros—. Niños... Están esperando para hablar contigo. Creo que quieren convencerte de que dejes el cuerpo y te sumes a ellos. Están fuera del mundo la mayor

parte del tiempo. Se entrelazan mucho, entre ellos y con otros. Me pone los putos pelos de punta. Pero a eso es a lo que se dedica siempre la siguiente generación, ¿no? Da igual lo que te esfuerces, los cabroncetes siempre te abren una brecha generacional.

Iceweasel deslizó los pies más allá del borde del colchón y dejó que tocaran el suelo. Eran baldosas, tal vez pizarra. Cada junta le hacía chisporrotear el sistema nervioso. Era una sensación entre las cosquillas y estar al borde del orgasmo. Agarró el brazo de Etcétera, con el vértigo y la alegría en plena disputa.

—Huelo un *onsen*.

—Construimos otro B&B. Es totalmente retro. Limpopo nos está esperando. Las dos nos están esperando, en realidad.

Iceweasel se quedó boquiabierta de nuevo.

—¿Las dos?

—No está bien visto, pero nadie le da la brasa a ninguna de las dos. Y solo una me dirige la palabra.

Iceweasel se levantó y dejó que la sábana resbalara. Se quedó desnuda. Notó el aire en la piel. Era una sensación tan intensa que estuvo a punto de volver a sentarse, pero siguió aferrada al brazo de Etcétera.

—Disfrútalo. Te sorprenderá lo rápido que lo superas. Es difícil resistirse a lo normal. Todo termina siendo por defecto, por muy nuevo que sea.

Etcétera la guio por el pasillo.

Pasaron delante de otras personas, que les sonrieron y los saludaron con todo un abanico de acentos. Algunas parecían familiares, versiones antiguas de personas a las que había conocido. Otras parecían versiones más jóvenes. Podría haber jurado que una era Tam, pero a una edad imposible. Adolescente. ¿Sería una prima? ¿Su hija? ¿Tam?

Se detuvieron en la puerta pesada y cubierta de sal del *onsen*, unos gruesos tablones de madera que transpiraban un aire cálido y aromatizado. Etcétera la abrazó. Iceweasel le devolvió el abrazo.

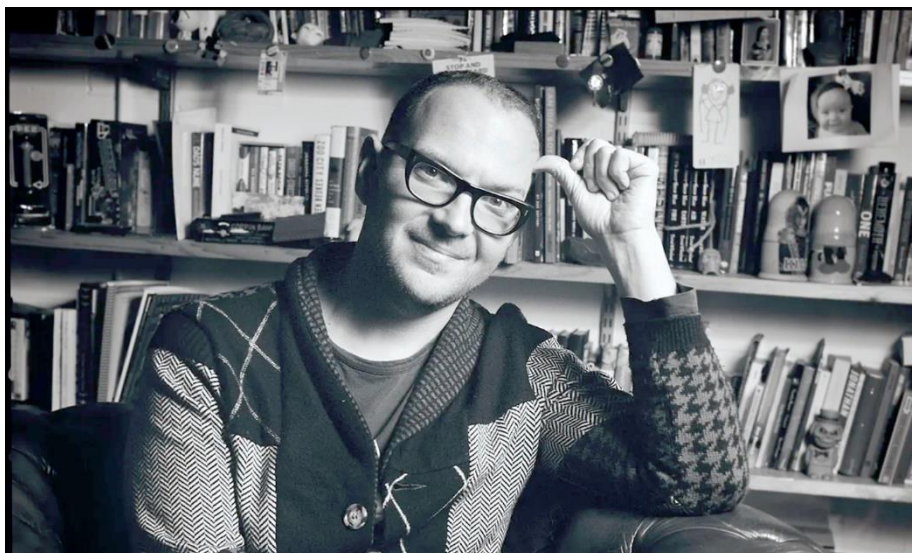
—Bienvenida a casa.

AGRADECIMIENTOS

Este libro nunca hubiera podido escribirse sin la influencia de *Un paraíso en el infierno*, de Rebecca Solnit; *En deuda: una historia alternativa de la economía*, de David Graeber; y *El capital en el siglo XXI*, de Thomas Piketty.

Gracias a Alice (¡por supuesto!), Steven Brust, Scott Westerfeld, Barton Gellman, Patrick Ball, John Gilmore, Roz Doctorow, Noah Swartz, Biella Coleman, Mitch Altman, Quinn Norton, Jo Walton, Kim Stanley Robinson, Vladimir Verano y Third Place Books, Madeline y McNally Jackson Books, Ben Wizner (ACLU), Jeremy Bornstein, William Gibson, Edward Snowden y Eleanor Saitta.

Gracias como siempre a mi agente, Russell Galen, y a mi editor, Patrick Nielsen Hayden, que lo mejoraron todo apoyándome e impidiendo que abandonara el barco. Mi agradecimiento a Tom Doherty por sus contribuciones a la ciencia ficción, a la edición, a la literatura..., y por las numerosas y gentiles conversaciones que ha compartido conmigo a lo largo de nuestra prolongada y fructífera vinculación.



ACERCA DEL AUTOR

CORY DOCTOROW. Novelista canadiense de ciencia ficción, periodista y activista tecnológico. Es asesor especial de la Electronic Frontier Foundation, un grupo de libertades civiles sin ánimo de lucro que defiende la libertad en la legislación, la política, las normas y los tratados sobre tecnología. Es doctor *honoris causa* en Informática por la Open University (Reino Unido), donde es profesor visitante. También es investigador afiliado al MIT Media Lab y profesor visitante de prácticas en la Escuela de Biblioteconomía y Ciencias de la Información de la Universidad de Carolina del Norte. En 2020 ingresó en el Salón de la Fama de la Ciencia Ficción y la Fantasía de Canadá. Sus novelas han sido

traducidas a decenas de idiomas. Ha ganado los premios Locus, Prometheus, Copper Cylinder, White Pine y Sunburst, y ha sido nominado a los premios Hugo, Nebula y British Science Fiction. Entre sus libros recientes se encuentran *Attack Surface* (2020), una secuela independiente de *Pequeño hermano* para adultos, *Poesy The Monster Slayer*, un libro ilustrado infantil (2020), el libro de tecnología y política de no ficción *How To Destroy Surveillance Capitalism* (2020), *Radicalizado* (2019) y *Walkaway* (2017), de ciencia ficción para adultos; y *En la vida real*, una novela gráfica para adultos creada con Jen Wang (2014). Su última novela es *Homeland*, la secuela superventas de *Pequeño hermano*. Doctorow es también cofundador de la empresa de *software* de código abierto *peer-to-peer* OpenCola.

Su nueva y estupenda novela *Walkaway* plantea una sociedad disidente en Estados Unidos que rechaza la economía capitalista, con sus pocos ganadores y sus muchos perdedores, en favor de una economía del don. Sus personajes se han “alejado” de la idea de que la abundancia se define por lo que uno tiene. La definen haciendo cosas por amor a hacerlas y por amor a las personas que los rodean. Y cuando ocurre un desastre, esta economía del don resulta ser la mejor manera de sobrevivir.